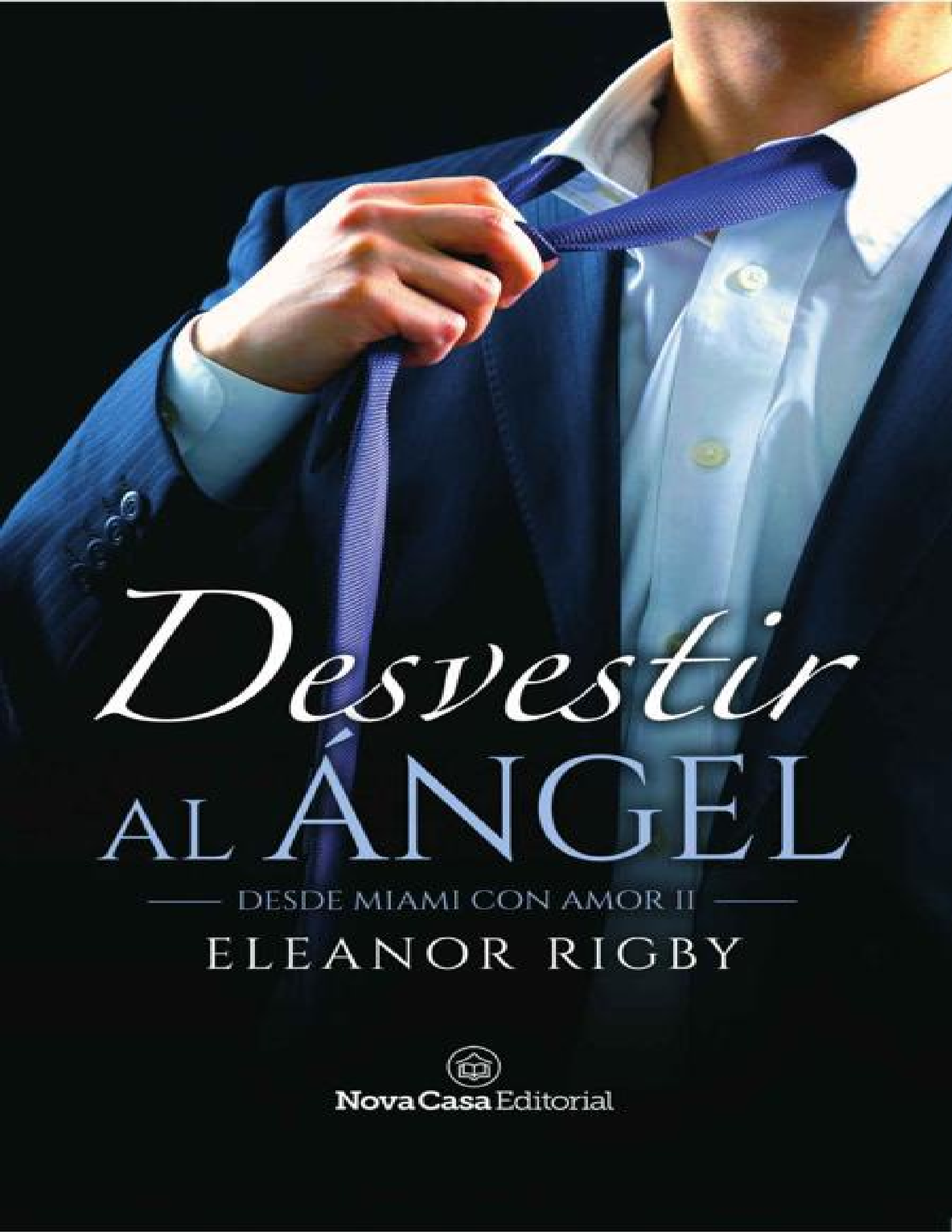


Desvestir al ÁNGEL

DESDE MIAMI CON AMOR II

ELEANOR RIGBY

Nova Casa Editorial

Publicado por:
Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

© 2020, Eleanor Rigby
© 2020, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor
Joan Adell i Lavé
Coordinación
Sílvia Vallespín
Noelia Navarro
Portada
Vasco Lopes
Maquetación
María Alejandra Domínguez
Corrección
Bileysi Reyes
Primera edición en formato electrónico: Abril de 2020
ISBN:978-84-18013-41-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Desvestir
al Ángel

DESDE MIAMI CON AMOR II

Eleanor Rigby

Índice

Prólogo
1 Los beneficios de escuchar detrás de las puertas
2 El verano más largo
3 Galletas de la suerte y arroz a la cubana
4 Mayores de dieciocho
5 El que quiere ganar, y el que quiere hacerlo bien
6 El arte de contradecirse
7 Del cero al cien y del cien al cero
8 Los vestidos de mi hermana
9 El momento perfecto no existe
10 Piernas, para qué os quiero
11 Veinte centímetros de amor, y una noche desesperada
12 The Beatles
13 Lo bueno se hace de rogar
14 Too much love will kill you
15 Que es Mio con o, pesados
16 Dilo
17 Todas las verdades duelen
18 Hiroshima y Nagasaki fueron juntas
19 La calseñal
20 Cambio de roles
21 El romanticismo está sobrevalorado
22 Bienvenida a casa
Epílogo

Prólogo

La gente aún se extrañaba cuando veía unos pies tan pequeños en una mujer más alta que la media. Pero es que Mio no entraba en esa media. No entraba en ninguna media en general, porque las rompía solo subiéndoselas por las piernas a tirones, y cuando salía a la calle con los vestidos a pelo. De esto se quejaba su piel sensible, a los cambios de temperatura, un padecimiento que sufrían todas las partes de su cuerpo, excepto esos minúsculos y ridículos pinreles. Siempre los tenía calientes.

Los pies de Mio habían pisado el suelo del infierno al corretear por el borde de la piscina en pleno verano, cuando los azulejos ardían. Estaban preparados para caminar por las losas de la cocina estando recién fregada. Adoraba hundirlos en la arena de la playa y sonreír porque le hacían cosquillas.

Desde luego que Mio sabía cómo torturarlos, y estos sabían cómo resistir. Por eso, el nuevo escenario no era nada nuevo ni especial para ellos.

Bailar una canción de La Oreja de Van Gogh sobre la barra de un bar no era una de sus actividades comunes. Mio nunca antes pidió a un camarero que pusiera a su grupo musical preferido, ni jamás se puso borracha como una cuba, ni mucho menos había pisado una mesa descalza... Pero en ese momento, tanto sus pies como ella, estuvieron de acuerdo en que podrían acostumbrarse.

—¡Súbete un poco la falda, guapa! —gritó uno de los cabezones que la admiraban de lejos.

Corrección: de lejos, no. Mio no era ninguna obra de arte que valorar a distancia, sino una principiante en eso del *striptease*. Su público se congregaba bajo la barra, tan cerca que se los podría comer; allí donde ella se contoneaba un poquito afectada.

Solo *un poquito*.

—¡P.J, ponle otra canción a la nena! ¡Una con la que nos pueda mover esas caderitas...!

—No, no, no... o bailo con esta, o no bailo con ninguna —se pronunció ella, meneando la cabeza coquetamente.

—¿Y qué te parecería bailar con esta? —exclamó uno de los observadores, metiéndose la mano en la bragueta. Todos rompieron a reír alrededor—. Venga, nena, ¿qué me dices...?

El tipo le rodeó el tobillo con la mano. Sonrió al ver que casi llegaba a abarcarlo entero. Sus dedos treparon por la pierna hasta rozarle uno de los muslos, en torno a los que se movía un fino vestido blanco que dejaba poco a la imaginación. El tanga rojo que llevaba debajo, no era ningún misterio para el grupo de caballeros. Ni para ellos, ni para nadie que se asomara a la ventana del *pub*.

—Qué buena estás, niña. ¿Cómo te llamas?

—Mio. Con «o», no con «a», ¿eh? —explicó. Para ayudarse, dibujó un gran círculo en el aire con los dedos. Se tambaleó un poco hacia delante al añadir—: Es un nombre japonés que

significa «cereza bonita».

—Mm... No me extraña, porque vaya dos cerecitas tienes ahí debajo —rio el hombre. Enredó los dedos en la falda de la mujer, que seguía moviéndose al son de *Inmortal*—. P.J, sírvele otro par de bebidas a la señorita. Está perfecta para que me la lleve a casa.

—¿Que tú te la llevarás a casa, capullo...? ¿Quién ha sido el que te ha avisado de lo que estaba pasando aquí dentro? —se quejó otro—. Mia se viene conmigo. ¿A que sí, guapa?

El cerebro de Mio detectó la entonación interrogativa, que no el significado, y sonrió por inercia. Siendo justos, veía la realidad un poco distorsionada. Sus espectadores formaban un grupo bastante amplio: por lo menos contaba cuatro... que podrían ser ocho... O dieciséis... ¿O doce? Se le habían olvidado cómo iban los múltiplos de dos. ¿Cuando se iba borracho se veía doble o triple? Porque a lo mejor eran seis.

Aceptó el chupito que le ofreció el barman, y se lo bebió de un trago. Ella no hacía esas cosas. Solía ser seria, puntual, responsable. Por lo menos, a veces. Pero también solía aprobar sus exámenes, y el que determinaría si se graduaba oficialmente o no podría ejercer el Derecho, ese que había hecho hacía unas semanas, estaba suspenso. Suspenso. *Suspensísimo*.

Era una noche de estreno. Estrenaba vida de mierda, admiradores y tanga rojo. Y por lo visto, también estrenaba paranoia, porque el hombre que acababa de cruzar la puerta no podía ser Caleb Leighton, sino una alucinación.

Mio soltó una risita histérica y levantó los brazos para descender moviendo las caderas, como en la coreografía de *Bomba* que se aprendió para una exposición navideña en casa de sus abuelos. Los dos se escandalizaron con el King África; le preguntaron si no prefería tocar la pandereta y cantar sobre los peces que bebían en el río. Sus nuevos amigos, en cambio, rieron como críos y la animaron a menearse más. El vestido se levantó, y se pudo ver con claridad que su ropa interior estaba compuesta de encaje.

Uno de los tipos bufó y se pasó la mano por la cara.

—Nena... Me estás provocando. Sería mejor que te quitaras eso para no provocar un desmayo.

—Quitarme... ¿El qué?

Mio se arrodilló sobre la barra y apoyó las manos en los muslos de manera coqueta. El hombre no se contuvo y alargó el brazo para levantarle del todo la ridícula faldita. Sus intenciones eran seguir subiendo y rozar la fina tira lateral, pero una gran mano morena lo agarró por la muñeca a tiempo.

—Como la toques, te mato.

Los más cercanos a la voz dejaron de reírse y se giraron hacia el paisano. El desconocido que pretendía sobar a Mio, demoró en retirar su brazo. Si lo hizo fue solo para reclinarse hacia atrás y guiñarle un ojo a la chica. Esta no le miró de vuelta: la paranoia humana estaba más cerca, tan cerca que entre el alcohol y el sudor reconoció su ligero acento canadiense, y su olor a gel de baño, cedro y *aftershave*.

«¿Ahora los delirios vienen con perfume implementado?».

Mio se humedeció los labios e intentó enfocar la vista. No podía estar soñando. Ni sus sueños estaban a la altura del atractivo de Caleb, ni tampoco tendría el poco gusto de fantasear con que se mosqueaba con ella. Puestos a aprovechar la fantasía, lo visualizaría en bañador, sacudiéndose el pelo negro empapado... Pidiéndole que se quitara el tanga, o quitándoselo él...

Pero claramente estaba enfadado, como casi siempre que la cazaba haciendo algo que dejaba mucho que desear. Aunque, ¿quién decía que su comportamiento estuviera mal? Ella *sí* que estaba mal. Al carajo sus sueños, al carajo su esperanza de parecerse un poco más a su hermana Aiko, al carajo su deseo de trabajar en el bufete de abogados de Caleb… Al carajo todo. ¡Mejor! Así tendría más tiempo libre para seguir torturándose con el hombre inalcanzable.

Pensar en él la debilitó. Caleb no tenía por qué estar allí. Era la última persona a la que quería ver allí. Hubiera preferido enfrentar el dulce abrazo de la muerte. Sí, quería morirse. Que se la comieran las hienas. No servía como abogada: su suspenso lo aseguraba. Y eso significaba que no servía para nada, porque no quería ser ninguna otra maldita cosa.

Miró a Caleb con seriedad y apoyó las manos en la barra, quedando a cuatro patas. Ni se dio cuenta de la sugerente postura, ni de lo inconveniente que era dada la compañía. Él la anulaba como mente pensante. Le derretía el cerebro, la condenaba a nadar en un charco de hormonas, hacía que le ardiera la piel sobre la que posaba sus ojos… Lo que se dijera en esos casos. Las gafas negras de pasta deberían restar fuerza a su mirada de jade, pero tenía el mismo doloroso impacto que una puñalada en el pecho. No lo veía bien a través de la neblina del colocón, pero sabía muy bien que escondía un tentador lunar justo en la comisura del ojo izquierdo, y un ejército escaso de pecas en los laterales de la nariz.

Su voz restalló como un látigo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? Baja de ahí ahora mismo y ponte el vestido en condiciones.

Mio frunció el ceño. ¿Había oído bien? ¿Le estaba dando órdenes? ¿Casi un año sin verlo, y lo primero que le decía era lo que debía o no debía hacer...?

«Bueno, Mio, lo primero que tú has hecho ha sido imaginarlo en bañador».

«¿Y qué pasa, subconsciente, se te ocurre algo mejor?».

«No, en realidad no».

—Mi vestido está en perfectas condiciones, le gusta cubrir lo justo y necesario.

Caleb levantó las cejas con esa ironía punzante que a veces le dolía.

De acuerdo, ese «a veces» era sustituto relativo de «siempre».

—¿De veras crees que está cubriendo algo? Te he dicho que bajes. ¿No te das cuenta de que te estás ridiculizando?

—¿Ridiculizando? —repitió, sintiendo cada una de las letras escupidas. Solo él podía hacer eso: partirla en dos con cualquir desprecio, por sutil que fuera—. Bájate tú de tu pedestal de superioridad, y ya de paso vete a la mierda. Yo estoy muy cómoda con mis nuevos amigos.

—Ya has oído a la señorita. Está de nuestro lado...

Caleb apoyó la mano en el hombro del que habló. Mio no apreció la fuerza con la que lo apretó, pero fue suficiente para que el tipo se doblara al lado.

—Cierra la jodida boca, ¿vale? —le animó con voz engañosamente dulce. Después levantó la barbilla para mirar a Mio, que acababa de ponerse de pie entre tambaleos. No estuvo preparada para su mirada directa, tan verde como la absenta que llevaba horas ingiriendo. Y mucho más letal—. No me hagas repetírtelo, Mio.

—Peleas de novios... Siempre igual —masculló uno—. Nunca falta el que viene a rescatar a la que no quiere ser rescatada. Mejor vamos por donde íbamos... ¿Vas a quitarte el tanga o no?

—Ni se te ocurra —amenazó Caleb, dando un paso hacia delante.

Mio lo retó con la mirada, mosqueada. Debió tener alguna significancia, porque su tensión muscular aflojó bajo la seria americana y probó de nuevo, esta vez con paciencia.

—Te estoy hablando en serio. Por favor, no me lo pongas difícil. Tengo mucho trabajo esta noche, no quiero pasarla peleando contigo.

—¿Y para qué has venido? —espetó ella a la defensiva—. ¿Cómo sabías dónde estaba?

—No lo sabía. He tenido que patearme todos los bares en diez kilómetros a la redonda. Llevo una hora buscándote.

Sonó tan cansado que ella se sintió una auténtica hidra. Con sus tres cabezas y todo. Luego recordó que nadie le había llamado, y que le acababa de soltar que era ridícula.

Se cruzó de brazos.

—Yo no te dije que vinieras a buscarme.

—Me lo dijo Aiko. Está preocupada por ti.

Ni medio litro de alcohol en el estómago pudo amortiguar el dolor. Por supuesto que se lo había dicho su hermana. Si Aiko no descolgaba el teléfono y entonaba sus *porfavores*, Mio podría aparecer al día siguiente en una cuneta; si no desmembrada, al menos desnuda. Por Caleb, como si la despedazaban los perros salvajes del sur de África. Le importaba una mierda cómo estuviera. Lo que sí le preocupaba era cómo se sintiera su amor platónico.

—Pues claro que te lo dijo ella. ¿Por qué iría Caleb Leighton a perder el tiempo conmigo, la ridícula y pesada hermana pequeña de su adorada Aiko?

Vio que entornaba los ojos, pero no le prestó ninguna atención y se dirigió a su público, que parecía muy entretenido con la escena. Recordó lo que su prima Otto le decía regularmente: «Regla número uno del *millenial*: haz de tus desgracias todo un circo para que al menos alguien saque provecho de ellas». Ambas eran las reinas haciendo locuras que enmascarasen sus desengaños.

—Si pensáis que esto es una pelea de novios, estáis muy equivocados. Este señor de aquí solo se preocupa por mí cuando su querida Aiko lo manda a rescatarme. Es su perro faldero. Le lamería las botitas si ella lo pidiese. Seguro que está cabreado porque le estoy quitando tiempo al lado de su adorada, perfecta y preciosa Kiko, que lo recibirá con una palmadita en la cabeza. —Alargó el brazo y le revolvió el pelo a Caleb como si fuese un perro—. ¡Misión cumplida! ¡Qué bien lo has hecho, *lassie*...!

Él la miraba con la mandíbula desencajada.

—¿Con qué te paga cuando vuelves? ¿Te da galletitas sin azúcar?

Por sus ojos verdes cruzó una sombra de decepción que ella no supo apreciar.

—¿Te deja dormir en su camita?

—Basta ya, Mio —cortó, furioso—. Tienes una edad para volcar tus frustraciones sobre los demás. Sea lo que sea que te haya salido mal, yo no soy tu saco de boxeo.

—¡Y yo no soy ningún saco de mierda para que me hagas sentir así con tu condescendencia!

—Deja de ponerte a la defensiva. Nadie está intentando hacerte sentir de ninguna manera, pero te estás buscando una buena haciendo gilipolleces de este estilo.

—¿Beber en un bar es hacer una gilipollez? Ah, claro, supongo que por eso todo el mundo es gilipollas menos tú. Tú eres el más responsable, centrado, inteligente y maduro del universo.

—Más maduro de lo que tú estás demostrando, desde luego. Respétate un poco y baja de ahí. No voy a decírtelo más.

—¿Me estás llamando inmadura?

—No le hagas ningún caso, cerecita —exclamó un tipo—. Aquí todos los encantos de tu personalidad van a ser muy bien valorados, empezando por lo que hay debajo de tu falda…

Caleb lo calló de una sola mirada fulminante.

—Si no cierras la boca…

Pero el que la cerró fue él mismo, cuando observó que Mio iba a concluir el desafío entregando una prenda. «Respétate un poco», le había dicho. ¿Qué clase de héroe denostaba y rompía el corazón a la princesa cuando iba a su rescate? Solo de pensar en la penosa idea que tenía de ella, se vino abajo. Y la única forma que se le ocurrió de elevarse, fue complaciendo a los que la estaban apoyando.

Se agachó para que los espectadores no vieran cómo metía los pulgares entre las tiras del tanga. Lejos de la constricción de sus caderas, permitió que descendiera lentamente por sus largas piernas. Aterrizó en los tobillos, aunque no permaneció ahí mucho tiempo. Mio tomó la pieza de tela y la levantó entre los dedos índice y pulgar, sacudiéndolo en las narices infladas de Caleb.

Uno de los tipos silbó.

—Chaval, ¿no ves que no es ninguna niñita para que la tengas que recoger antes de medianoche? Fíjate en las bragas que se pone... Eso solo lo lleva una mujer. ¿Por qué no las lanzas para ver quién las coge, nenita? Como los ramos de flores en las bodas.

Mio agradeció la idea con un guiño, mientras que el rincón de Caleb se iba oscureciendo cada vez más y más, como en los dibujos de anime. Le lanzó un último aviso, en formato mirada ojerosa: «no te atrevas a hacerlo, Mio». Pero ella se atrevió..., y tanto que se atrevió. Sacudió el tanga como un pañuelo rojo delante de un toro, como la mediadora en las carreras de motos ilegales, como las chicas del *round* en el boxeo, que se lucían con sus tops deportivos y sus paseítos en tacones.

Antes de que pudiera soplar para que cayera sobre alguno de sus *fans*, unos brazos la agarraron por las piernas. Mio se golpeó el estómago con un hombro muy duro. Sintió unos dedos en el trasero que intentaban cubrir su desnudez sin mucho éxito.

—¡Yo me follaba ese culo! —rio uno de ellos.

—Repite eso y te juro que te arranco la cabeza —retó su captor, temblando de furia. Mio sintió el pecho de Caleb vibrar contra los muslos, y enseguida, su propia rabia cortándole la respiración.

—¡¡Caleb!!

Le golpeó la espalda para afianzar sus órdenes, sin ningún éxito. Caleb la sacó del bar siguiendo la ley del mínimo esfuerzo. Ya imaginaba que a un tío de metro noventa y cinco no le supondría un gran sacrificio cargar con un saquito de huesos veinte centímetros más bajo, pero fue igualmente denigrante que no pudiera hacer nada para zafarse de él.

—¡¡Bájame ahora mismo!! ¡Capullo de mierda! ¡¡Socorro!! ¡¡¡Soco...!!!

Abrió los ojos como platos al recibir un fuerte azote en el cachete. El golpe resonó entre las paredes de la calle como la correa de una fusta.

Mio descolgó la mandíbula, sin poder creérselo, y se quedó muy quieta mientras masticaba toda la rabia. El pequeño hijo de puta —que de pequeño no tenía nada, y en realidad, su madre tampoco tenía la culpa— la soltó como a un animal en medio de la acera, justo delante de su coche.

En cuanto se miraron a los ojos, Mio asimiló lo que había ocurrido.

—¡¿Me acabas de pegar?!

—Y te estrangularía si pudiera —juró en tono beligerante. Señaló la puerta del Audi—. Ahora cállate de una puta vez y métete en el coche.

Mio hizo un mohín que se columpiaba entre el puchero y la mueca de desdén.

—No pienso ir contigo a ninguna parte... No eres nadie para sacarme de una fiesta por orden de mi hermana y tratarme como si fuera tu plumero. Arranca tu carcasa de mierda y vete a tomar por culo. Yo me quedo. ¡Y no tienes derecho a enfadarte! —añadió, apuntándolo con el dedo.

Un músculo palpitó en la mejilla oscura de Caleb.

—¿Que no tengo derecho a enfadarme? ¡Tengo la *obligación* de enfadarme! ¿Es que no eres consciente de lo que ha salido por tu boca ahí dentro, o de lo que estabas a punto de hacer?

—¿Qué he dicho? ¿Acaso te jode la verdad? Claro que no —se respondió—. A ti te da igual lo que yo diga. Solo soy la hermana pequeña, la pesada, la que os perseguía y os copiaba, la que os molestaba cuando queríais daros besitos detrás de un árbol...

—¿Qué diablos tiene que ver nuestra infancia con tu afán suicida? Mira, no tengo tiempo para este circo. Sube al coche y no me calientes más la cabeza.

Mio abría la boca para decir que podía meterse su glorioso e irrecuperable tiempo por el culo, cuando se fijó en que llevaba uniforme de trabajo. Traje sin corbata, gafas y ojeras de llevar horas dando vueltas al mismo caso. Estaba cansado y lo último que necesitaba era que ella se pusiera a gritar y rompiese a llorar en sus narices, pero había suspendido. Estaba suspensa y, para colmo, se había reencontrado con Caleb Leighton en términos lamentables después de casi un año.

No es que fuese simpático con ella. El noventa y nueve por ciento de las veces era cordial y distante. El uno restante se cabreaba tanto como esa noche. Hacía tiempo que Mio debería haber abandonado la esperanza de que le sonriera. O la abrazara. O tuvieran una conversación tranquila, sin exabruptos o tensiones. Pero era de esas chicas que vivían de sus sueños, y no podía dejar de fantasear con que un día la tratara como a Aiko.

Entre que en ese momento se sentía una fracasada, y que el mayor fracaso de su vida antes del Derecho se había presentado ante sus narices para humillarla, sentía que fuera a explotar. Era demasiado en una noche.

—Llevaba meses estudiando para el examen —confesó entre sollozos—. Aiko me dio todos sus trucos, me... me lo explicó todo cien veces, e incluso fui a la capital para asistir a una escuela de leyes que te preparaba el BAR... Y he suspendido. Me he quedado a un punto de la C, a un solo... Un solo punto.

Se abrazó a sí misma y escondió la nariz.

—¿No puedes dejar que me sienta mal a solas? ¿Que me regodee en mi miseria sin espectadores?

Los ojos de Caleb centellearon.

—No, no puedo dejarte. Nunca —espetó, con especial vehemencia. Mio no captó la ligera inclinación a la vulnerabilidad en su tono—. Y a mí me ha parecido ver a varios espectadores ahí dentro.

—Pero ellos no son tú.

—¿Te refieres a que yo no soy un predador sexual al acecho? ¿A que yo no te estaba pagando chupitos para violarte una vez cayeras desmayada? Porque en eso estamos de acuerdo.

Mio estaba demasiado sumida en su propia desesperación para entender lo que decía.

—Me refiero a que tú eres… eres perfecto.

Él se estremeció.

—¿Es ironía? ¿Lo dices por lo que he soltado antes sobre la madurez? Claro que no soy perfecto, joder. Estoy muy lejos de eso. Y si necesitabas consuelo, podrías haber ido a verme. —Vaciló y tragó saliva—. O a tu hermana.

—¡Claro que no! ¡Eres la última persona a la que acudiría!

Caleb desvió la mirada.

La odiaba tanto que no la podía ni ver.

—Ya sé que no soy el mejor consolando a nadie, pero esos capullos tampoco iban a hacerte sentir mejor, ¿sabes?

—No hablo de eso, sino… —Jadeó, llorosa—. Tú ya eres abogado, Cal. Siempre has tenido las mejores calificaciones, has sido el becario y *junior* estrella, y ahora diriges un bufete de renombre. Eres un triunfador, tanto tú como Aiko. No quería que ninguno de los dos me vierais así, ni que supierais que he fracasado. No he aprobado, no tengo nada. No es justo que hayas venido tú, porque no puedes entenderme.

—Repito que la maldita solución a tus problemas no es quitarte las bragas delante de un grupo de desconocidos. Se estaban frotando la polla mientras bailabas, Mio, por Dios. —Dio un paso errático y la cogió del brazo, por si el contacto resultara más efectivo a la hora de despertarla—. ¿Tienes idea de lo que podría haber pasado?

Mio levantó la barbilla y lo miró con los ojos tan abiertos como se lo permitía el sueño, la tristeza, la decepción... Y la esperanza. Nunca perdía la esperanza, jamás.

¿Era preocupación lo que había en su semblante, o seguía paranoica?

—Que no habrías venido a por mí y me habría pasado otro año sin verte —probó, perdida en sí misma—. Te echo de menos, ¿sabes?

Lo sintió tensarse. Por un momento pareció que iba a responder, pero volvió a sellar los labios.

—Métete en el coche. No me gusta que estés medio desnuda en una acera.

Su rechazo radical al deseo de expresar cómo se sentía le hizo daño, y como hacía casi siempre, se disfrazó de energúmeno para protegerse.

—No estaría desnuda en medio de ninguna acera si no me hubieras sacado a rastras del bar.

Caleb se plantó delante de ella con solo un paso.

—¿Es que no me escuchas cuando hablo? ¡Estabas en medio de un grupo de violadores! —gritó, por fin perdiendo los nervios—. Si lo que buscabas era que te manosearan por turnos, yo mismo te meteré de nuevo ahí dentro, pero me decepcionaría mucho que eligieras esa opción. Pensaba que querías ser como tu hermana, no que planeabas convertirte en una imprudente moviéndole el culo en la cara a todo el mundo para llamar la atención.

Zas. O *casi* zas. Caleb debió haber visto venir la bofetada mucho antes de hacer su comentario, porque se retiró justo a tiempo. Estaba segura de que era un golpe merecido, pero él no lo dejó correr. La agarró por los hombros y tiró de ella hasta meterla en el asiento del copiloto. Mio se resistió a su empuje durante casi un minuto de reloj, lo que significaba que Caleb no se estaba esforzando demasiado; si él quisiera podría partirle el cuello con dos dedos, ni hablar de su facilidad para encerrarla en el Audi. De todos modos, lo consiguió, y bloqueó la puerta con las llaves del coche para que no escapara.

Mio contuvo el aliento durante los segundos que siguieron. No se atrevió a mirarlo. Si lo hacía, le apuñalaría con el aro del sujetador por insinuar que era una zorra. O le pediría perdón por haberse atrevido a pegarle. Ella, golpeando a Caleb Leighton... Bueno, en realidad lo hizo muchas veces cuando eran niños. Y no tan niños. Se había comido hostias como panes, el pobre. Tanto que Aiko tenía que ir a separarla. Pero esa vez era distinto.

Observó por el rabillo del ojo cómo arrancaba el motor y se remangaba la americana para empujar la palanca. Caleb la miró de soslayo, aún tenso, y pisó el acelerador. Utilizó un instante fugaz para echar un vistazo a Mio, que se sintió atrapada entre aquel abanico de pestañas negras. Intuyó un brillo especial en sus ojos.

—Se acabó —concluyó él. Mio notó el peso de una tela sobre las piernas; su tanga—. No pienso cuidar más de ti. Ni por orden de Aiko, ni por orden de nadie. ¿Quieres comportarte como una suicida? Adelante. Ya no es mi deber aparecer en el último momento para ayudarte.

Mio se giró para encararlo con renovada energía negativa.

—Deja de actuar como si fueras un héroe y no pudiera vivir sin ti —resolvió, mucho más dolida que molesta—. No te necesito.

—Claro que no —gruñó—. Necesitas un jodido psiquiatra.

Pisó el acelerador de golpe, haciendo que Mio rebotara contra el respaldo.

—¿Por qué me tienes que tratar así?

—¿Es que no te das cuenta de que lo tuyo no es normal? —bramó él, sin despegar la vista de la carretera. Cambió a segunda como si la palanca le hubiera hecho algo—. No quiero hablar más. Esto se ha terminado. Me desentiendo de ti.

Mio se quedó helada. Se *desentendía*. Se desentendía de sus apariciones estelares en momentos de máxima tensión: únicas circunstancias en las que lo veía, aparte de reuniones familiares que se celebraban en fechas clave, como cumpleaños, aniversarios y fiestas nacionales. No me malinterpretéis: no es que Mio armara escándalos y arriesgara su integridad para que Caleb fuera a buscarla. Nunca lo molestaba adrede, ni lo haría sabiendo que ya lo ponía a rabiar sin querer. Imaginaba que, como pusiera todo su empeño en sacarlo de sus casillas, directamente le provocaría un infarto. Y no quería que Caleb Leighton se terminara.

Pero se acababa. Él lo había dicho.

Se acababa la escasa y triste relación que les unía, que, por escasa y triste que fuera, al menos le proporcionaba unas cuantas horas con él de vez en cuando. Y se acababa en cuando aparcase delante del edificio.

Nunca deseó con tantas fuerzas que un trayecto se hiciera eterno.

Estuvo repitiendo para sus adentros miles de rezos, suplicando no llegar nunca, hasta que el coche se paró. Se quedó quieta por costumbre. A él le gustaba rodear el vehículo para hacer el honor de ayudarla a salir, tan caballeroso como era cuando le apetecía. Pero es que, si hubiese

querido contradecir su deseo, tampoco habría podido. Se había quedado atascada en el asiento. Y se quedaría en ese asiento para siempre, o por lo menos hasta que dijera que era una broma y todo estaba bien. El problema principal era que nunca hubo nada bien entre ellos, y que Caleb era más fuerte que ella. No le costó sacarla y guiarla al portal.

—No le digas a Aiko lo que ha pasado —acotó con voz queda, sin mirarla—. Yo no lo haré.

—¿Eso es en lo único que piensas, después de todo? ¿En no preocuparla?

A lo mejor no era el mejor momento para seguir buscándole las cosquillas.

—Buenas noches, Mio.

¿Buenas noches, Mio? Eso estaba por verse.

Ella se adelantó y lo inmovilizó con un abrazo torpe, que le envolvió desde la espalda. No le importó si parecía suplicar una disculpa o quedaba como una trastornada bipolar. Lo único que quería era que supiera que lo adoraba, a pesar de todo. Y él se estaba dejando, inmóvil como una estatua.

—No te enfades conmigo.

Lo sintió suspirando bajo sus manos temblorosas, entrelazadas sobre su pecho.

—No estoy enfadado.

—Pues decepcionado.

—Tampoco.

—Pues irritado. O molesto. O… Lo que sea. No te *decepcionesirritesmolestes* conmigo. Yo... y-yo... Tú sabes que lo siento.

—Sé que estás borracha, sensible y triste. Créeme, lo sé. Pero los demás también nos sentimos mal y no solo no nos dejas compadecerte, sino que nos atacas. Y… —Se quedó callado—. Da igual, Mio. Yo también lo siento, no te he tratado bien. Pero ya va. Se acabó.

La cogió de las manos para que lo soltara. Le costó un poco, pero al final lo consiguió.

—No puedo seguir así, ¿entiendes? —murmuraba—. Esto puede con mis nervios.

—Si es por lo que he dicho sobre perros falderos...

—No es por eso. Es porque te estás buscando la ruina constantemente y no puedo quedarme para verlo. Ni debo. No soy la persona paciente y comprensiva que necesitas, ni lo seré nunca. Tú me sacas de quicio y yo te hablo mal: llegará un momento en el que nos destruiremos del todo. De todos modos, no, no ayuda que me insultes.

Mio tragó saliva, intentando deshacer el nudo de la garganta.

—Cal, por favor… Y-yo solo lo he dicho p-porque estaba celosa —imploró, lagrimeando—. No te vayas así. Te he tratado regular por eso, porque yo solo... Quiero ser como ella, y... C-Cal, yo te quiero. Te quiero a ti.

Caleb se dio la vuelta y la miró de una forma que nunca le había visto. No como si se hubiera vuelto loca; esa era su expresión por antonomasia cuando ella estaba en su campo de visión. El cansancio existencial suavizaba su expresión, moldeándola hacia la peor de las resignaciones. Y no era una resignación indolora, porque se notaba que la situación le producía una tristeza infinita.

Lo vio negar con la cabeza sin dejar de mirarla con atención.

—No, Mio, no me quieres.

Lo aclaró con tal seguridad que Mio estuvo a punto de dudar de sus propios sentimientos. Ni se planteó rechazar su tesis, pese a su falta de argumentos. Así lo tuvo que ver dar la vuelta y volver al coche, como un resumen sin simbolismos de cómo perdía todo lo que quería y nunca tuvo. Todo lo que siempre escaparía de sus manos por no ser un poco más guapa, un poco más inteligente, un poco más responsable. Un poco más Aiko, a la que él nunca habría dado la espalda.

1

Los beneficios de escuchar detrás de las puertas

No es que Mio tuviera ningún trastorno obsesivo compulsivo, pero si no encontraba los calcetines del lunes y tenía que ponerse los del martes, entraba en pánico. Su forma de lidiar con ello era o no saliendo de casa, o haciéndolo con los zapatos a pelo. Por eso había sufrido una crisis épica en los últimos cuarenta y cinco minutos, llegando a levantar los adoquines del patio de casa de su hermana para encontrar las medias del día presente: el puñetero, soleado y escurridizo sábado. Eran las blancas que combinaban con su vestido preferido, uno lila muy similar al que Aiko llevó en su graduación.

Graduación. Eso era lo único que la salvaba del ataque de ansiedad por su enfermiza manía de conjuntar. Lo había conseguido. Un año después de su fracaso y su apoteósica borrachera, se había graduado en Leyes por la Universidad de San Diego, y aprobado con una nota bastante decente el examen que le permitiría ejercer el Derecho. Fue tercera en la lista de notables gracias a los calcetines de su correspondiente día. Así que, si pretendía tener el mismo éxito celebrándolo por todo lo alto en casa de su hermana, más le valía encontrar aquellos grabados con la ese de «sábado», «*Superwoman*» o «santo Dios, qué nerviosa estoy».

Sobre todo eso último.

No recordaba la última vez que sus padres habían organizado una fiesta para celebrar sus éxitos. Quizá porque jamás lo hicieron. Solo se esforzaron con los globos de colores y la tarta de arándanos cuando Aiko se estrenó como socia mayoritaria en su bufete de abogados, Aiko consiguió graduarse *cum laude* en la facultad, Aiko anunció que estaba saliendo —y en serio— con su actual pareja y, en general, Aiko había hecho *algo*, como, por ejemplo, limpiarse el culo con la mano izquierda. Estaba innovando; era toda una pionera en el arte de los zurdos. Los Sandoval debían estar ahí para prorrumpir en aplausos.

Era importante no tomarse muy en serio a Mio —ni a sus pensamientos— cuando tocaba reunión familiar, porque *Miss* Subconcious, esa choni rencorosa que toda mujer tenía en su interior, salía a relucir. Desde que Mio se marchó a San Diego para probar suerte en otra facultad y volvió para acomodarse en el apartamento de su hermana y su novio, las visitas de *mami* eran pruebas de fuego que descontrolaban su vena impaciente. «Estás más delgada» —¿Perdona? ¿Es que antes estaba gorda?—, «estás más gorda» —oh, bueno, *gracias*, pensaba que solo estaba llena de encantos—, «a ver si te arreglas un poco el pelo» —¿Olvidaste que tengo un agaporni? Esto solo es un nido para intimar con él—, y un sinfín de comentarios sin maldad que solamente Otto, su prima menor, sabía responder con la mordacidad que merecía. Pero Otto no podía ayudarla a sobrevivir. Aparte de que vivía en Barcelona, estaba en periodo de exámenes finales,

dándose golpes en la cabeza con su manual de Derecho Romano y llorando por las esquinas. No tenía tiempo de hacer un viaje de cambio de escala para darle una palmadita en la espalda.

Sin embargo, Mio estaba contenta. Por fin lo había logrado. Tampoco es que la satisfacción la inundase, porque podría haber salido mejor. Podría haberle salido como Aiko, y así, el ático a orillas de Sunny Isles Beach, la matrícula de honor de su nombre que había en el despacho en Leighton Abogados, y el rubiazo espectacular que se paseaba por la casa como si fuera dueño del universo, serían suyos... pero bueno, por lo menos tenía una carrera universitaria.

Siendo la verdad dicha, a Mio le daban vértigo las alturas, odiaba la playa por haber proliferado las pecas en sus mejillas, y Marc Miranda, novio oficial de Aiko desde hacía año y medio, le imponía demasiado para atreverse a respirar cerca de él. Pero aun así, le habría gustado tener las tres cosas. Debía ser muy satisfactorio poder decir que Marc la miraba como si fuera una mujer, no un tarro de pepinillos envasado al vacío.

Que nadie se confunda aquí. Marc le interesaba lo mismo que la *Fórmula 1 —nanai de la China—*: la delirante obsesión de Mio por conquistar a los hombres que rondaban a Aiko empezó y seguía continuando con Caleb Leighton. Pero nunca estaba de más suplicar que un buenorro te concibiera como algo mejor que latas en conserva. No podía evitar victimizarse observando cómo Marc ponía la mesa, haciendo de yerno perfecto. Era el perfecto chico de calendario incluso con unos vaqueros y una camiseta desgastada.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó ella, estudiándolo con atención.

Marc le dirigió una sonrisa secreta. Guiñó un ojo.

—Jamás. ¿Y tú?

La pregunta no era mera cortesía. Marc se había acoplado a suficientes almuerzos familiares para saber en qué consistía la relación con sus padres. Nunca lo dijo en voz alta, quizá porque esa era su regla número uno: ser un encantador misterio con muchas más virtudes de las que dejaba entrever… Pero Mio sabía que estaba de su parte.

—Estoy segura de que sí.

—No te preocupes —dijo él, terminando de alinear los cubiertos—. Soy el mejor defendiendo a la gente.

Mio le dedicó una sonrisa de agradecimiento y obedeció la señal que le hizo hacia el salón. Le estaba dando la oportunidad de huir del grupo mientras pudiera, hasta que no quedara otro remedio que enfrentarlos. Se levantó, suspirando de alivio, y corrió a ocultarse en la sala contigua.

En realidad, él único motivo por el que había aceptado a protagonizar aquel almuerzo en casa de su hermana, era Perro. Y Perro no era un perro, de ahí su inicial en mayúscula: era un perico de plumaje azul. Aiko lo bautizó así para criticar el hecho de que sus padres no le permitieran tener un shiba peludo. Este rencor hacia los Sandoval, *haters* del *canis lupus*, originó el famoso chiste que de vez en cuando se repetían: «¿Para qué quiero un pájaro si Mio ya tiene suficientes en la cabeza?».

Lo peor era que a ella misma le hizo gracia.

Mio quería a Perro, y como para no. Era un perico agradable y cantarín… al menos con ella. No como su agaporni propio, Noodles, que vivía fuera de la jaula y no podía dormir si no se hacía bolita en su hombro, pero seguía siendo precioso, suave... Y el único en la familia que no la juzgaba por tener una media inferior a nueve sobre diez.

Mio sacó a Perro de su encierro y dejó que jugara con sus pendientes largos. ¿Se habría propasado eligiendo vestuario? «Nunca se va demasiado zorra», decía Otto. Pero ella no quería ir zorra, sino elegante, un gran problema porque a Mio le gustaban las faldas cortas. Pensaba que le quedaban bien. De todos modos, la ropa no era lo importante, sino los: «¿por qué no has sacado un diez, Mio?», «podría haber estado mejor, teniendo en cuenta que pagaste el BAR dos veces», «estás más cerca de los treinta que de los veinticinco, ¿y todavía no te sabes poner colorete?». Ese era un buen resumen de sus defectos, a los que debía dar la razón. Por culpa del exceso de maquillaje, tenía la cara del mismo color que el año pasado por esas fechas, y entonces, por lo poco que sabía, andaba bailando borracha en garitos.

—Noodles te echa de menos. Debí haberlo traído para que pasarais el rato juntos —le dijo al pájaro, que le respondió trinando—. Pero qué carismático eres, contigo sí que se puede tener una conversación. Si es que eres como tu dueña. Tu amigo Nood no puede ser más tonto. Todavía se choca con los cristales. Un día se va a quedar como Voldemort, con el pico metido para dentro... ¡Eh! —exclamó, al ver que Perro pasaba de largo y volaba lejos de su dedo índice—. ¡Te estoy hablando! ¡Ven aquí ahora mismo!

Mio se giró empuñando el fli-fli, ese botecito con aplicador para echar agua cuando los pájaros se portaban mal. ¿O era fli-flis? ¿Flu-flú? ¿Fuchi-fuchi? Eso sonaba japonés. ¿Fiu fiu? No, eso era lo que decían los viejunos a las jovencitas cuando paseaban en bañador. Las derivaciones para referirse al arma eran lo de menos. No podía castigar a Perro por haber elegido otro árbol, porque el hombre que acababa de entrar en la habitación estaba macizo como un roble.

«Esa comparación ha sido buena».

«Gracias, *Miss Subconcious*. Saca lo mejor de mí».

Bueno, eso no era del todo cierto. Caleb le sacaba las mejores comparaciones, y también hacía que le chorreasen las manos de los nervios como si fuera eso las cataratas del Niágara, y eso no era ninguna virtud. Con toda el agua que transpiraba cada vez que se reencontraba con él, le sobraba para crear un manantial y patentar su propia marca de botellas.

No fue extraño que se le cayera de las manos el *fli-fli-flus-flus-fiu-fiu-la-madre-que-lo-parió* al ver que Perro aterrizaba en la cabeza morena de Caleb. Un Caleb con el que no había contado. Ni con él ni con ninguno, porque no conocía a otro.

—Hola, pajarraco.

Eso no se lo decía a ella, gracias y adiós. Habría sido lo que le faltaba. Caleb se dirigía al pajarito, que le daba picotazos —besos— en la frente a modo de bienvenida. Él sonreía en toda la gloria divina de los santísimos angelitos desnudos, como si no fuera eso delito de terrorismo, asesinato de primer grado y agresión sexual. ¡Se estaba corriendo en contra de su voluntad...!

«No hagas bromas con eso, Mio».

Competencias de abogado penalista aparte, se le encogió el corazón al asistir a la sumisión de Perro, que bajó de la cabeza al dedo que Cal ofreció, y pio a modo de saludo.

Le costó asumir el choque. No supo cómo reaccionar. Estaba allí, en el salón, de pie. Guapo, atractivo, perfecto. *Sexy*. Caleb. Después de un año, que no fue un año cualquiera, sino un año en el que Mio se tuvo que ir a California para aprobar en otra universidad... y para huir de la promesa de Caleb de no volver a apostar por ella.

Poco recordaba de la noche de su suspenso. Solo que dijo a Caleb cosas horribles sobre su lealtad a la hermana mayor, hizo referencia a un perro de orejas preciosas y pretendió arrearle un

bofetón. Mio no se atrevió a llamarlo en cuanto lo recordó, y él no volvió a dirigirse a ella. Y así pasaron 368 días exactos. Sin hablarse. Sin saber del otro. Sin verse. Sin atreverse a felicitarle por su cumpleaños o el año nuevo. Sin pasar por casa para Navidad.

Se quedó estática, al borde del colapso físico —porque el mental ya lo tenía aprobado con sobresaliente—. ¿Es que no iba a decir nada? La estaba mirando con las cejas alzadas, a través del grueso cristal de sus gafas de topo —Dios, cuántas veces se había reído de él por estar medio cegato—, como si quisiera que dijese algo.

Mio se aclaró la garganta e intentó no escupir el corazón al hablar.

—Creo que Perro se ha hecho caca en tu mano.

Caleb echó un vistazo y comprobó que, en efecto, así era. Mio aprovechó que se distraía limpiándose y se acercó, con las piernas como si estuviera jugando al *Twister*. Se plantó delante de él coqueteando con la histeria.

Era Caleb. Estaba allí. *Caleb*. Demasiado alto para llegarle a la nariz; demasiado inteligente, culto y caballeroso para estar a la altura de sus zapatos; demasiado guapo para enfrentarlo sin sufrir un aneurisma. No había palabras para expresar cuánto lo había echado de menos, así que era justo y necesario mantener el pico cerrado —nunca mejor dicho— y solo quitar al pájaro del medio.

Mio iba a darse la vuelta y hacerse un rollito debajo del sofá, cuando Caleb la retuvo de una mirada directa.

—¿Es que no me vas a decir nada? ¿Ni me vas a saludar?

«Pues claro que sí, guapo. ¿Cómo quieres que te dé la bienvenida? ¿De pie, o de rodillas?».

«Mio, por favor».

—Hola —balbució, mirándolo como si tuviera una motosierra en la mano. Carraspeó y se acercó, temerosa—. Es que no... No sabía que vendrías, aunque debería haberlo imaginado. Mamá no organiza una reunión familiar sin ti, porque claro, es que eres de la familia... Eh... Bueno, n-no sé si lo sabes, pero ya soy abogada —anunció—, y... Estas medias son nuevas.

—Muy bonitas —halagó. «Pero si ni me has mirado las piernas, zorro»—. ¿Has puesto el cronómetro para ver cuánto tardas en romperlas?

Mio hizo una mueca.

—No, pero si hubiera sabido que estarías aquí lo habría puesto para ver cuánto tardabas en decir una gilipollez.

Qué rápida era para ponerse a la defensiva, señor.

—Cuidado con tu vocabulario... Mamá está cerca y sabes que le cuesta resistirse a coger el jabón. —Metió una mano en el bolsillo y le echó una de sus miradas evaluadoras—. Ya sabía lo de tu graduado. Por eso he venido.

Caleb sonrió absorbiendo toda su confusión. Se inclinó sobre ella, cogiéndola de la barbilla, y susurró un «felicidades, pecosa» que le erizó el vello de la nuca. Se detuvo un instante mirándola a los ojos, y a continuación puso el sello de sus labios en la mejilla. Mio estuvo segura de que le palpitaría aquella zona de la cara durante el resto de su vida. Tensa de la emoción, pero con los ojos cerrados y un suspiro atascado en la garganta, formó un estrangulado «gracias» que no llegó a sonar.

—¡¡Cal, corazón mío!! ¡Ven aquí que te coma a besos!

Mio se separó de él como si acabaran de cazarlos en medio de un juego sexual. Era tan ridículo que hasta le hacía gracia. Ella hiperventilando por un beso en la mejilla, y Caleb saludando a su madre con esa contenida expresividad que tan hablaba de sí mismo. Ese era él, el hombre que te abrazaba evitando que sintieras sus dedos, practicaba caridad a partir de dos besos educados y sonreía con la misma calidez casi a todo el mundo: ninguna. No era frío, sino comedido, educado, y con un sentido de la justicia apabullante. Pero a Mio no la engañaba. Sabía de sus preferencias porque, aparte de notarse lo bastante para sufrirlas, las había vivido en directo y diferido durante muchos años. Sabía que la única persona que quería más que a su madre, la matriarca Sandoval, era Aiko.

Mio estaba con él en eso. Aunque su madre era asidua a las críticas y la ignoraba olímpicamente, no podía evitar adorarla. ¿Cómo no hacerlo? Empezando por su desenvuelta manera de ser, pasando por la historia de su vida y terminando en que solo por ser su madre debía quererla, Aiko I era la niña de sus ojos. Para las hermanas Sandoval, el gran defecto era el padre, con el que mantenía una tempestuosa relación. Se habían separado para volver cientos de veces. Gracias a Dios, en los últimos tiempos —y después de una seria discusión entre los dos y la hija mayor—, lograron asentarse y vivían, más o menos, como una pareja corriente. O eso es lo que ellos contaban. A saber si era cierto… Costaba saberlo cuando decidieron trasladarse a la ciudad natal de su padre, Barcelona.

—Pero mira qué guapo estás —decía la Aiko primera de su nombre, revolviéndole el pelo a Caleb—. ¿Te lo has dejado crecer? Fíjate, seguro que has estado haciendo ejercicio... Oye, este color te sienta genial.

Eso de las críticas no aplicaba a Caleb. No aplicó nunca, en realidad. Ni siquiera cuando eran niños y derramaba la leche, o agarraba una pataleta. A ojos de su madre, Caleb siempre fue un niño que necesitaba exclusivamente amor y comprensión. Y era verdad. Ya era «el amigo de la escuela de Aiko» cuando perdió a sus padres en un accidente cuando se conocieron. A raíz de la tragedia y que no pudieron contactar con ningún familiar cercano, tuvo que vivir con diversos padres adoptivos. La mayoría no le cuidó bien. No lo quisieron. Mio no lo sabía porque él lo dijera, porque ese tema era terreno pedregoso y lo esquivaba como un profesional… Sino porque Aiko I se lo contaba. Como recibía suficientes desprecios por parte de sus tutores, mamá se controlaba y lo educaba a su manera durante los veranos, sin varas ni castigos.

—Lo del pelo... —Se pasó una mano por la cabeza. Mio reconoció la ligerísima tendencia a la timidez que afloraba en él cuando su madre estaba allí, y tuvo que contener una sonrisa—. He pedido cita mil veces con el peluquero, pero se me olvida ir.

—Si es que te pasas todo el día trabajando, y eso no puede ser. La vida es muy larga, hay tiempo para hacerlo todo, cariño. No pierdas tus horas libres en el despacho. ¡Estás en la flor de la vida! —Se giró, al fin, hacia Mio. Sus labios dibujaron una sonrisa gigantesca—. Cielo, me alegro muchísimo de verte… ¿Eso que llevas es un vestido de tu hermana?

—Pero bueno, ¿qué es toda esta multitud? —interrumpió Marc. Se echó el paño con el que se secaba las manos sobre el hombro y miró a Caleb—. Ha debido costarte un gran esfuerzo venir.

Mio reconoció a través del autocontrol de Caleb que no se tensaba de milagro.

—¿Y eso por qué? —preguntó el moreno.

—Oh, por nada. Sé que eres un hombre ocupado —concretó Marc.

No le sacaba los ojos de encima a su rival.

Mio sabía muy bien de dónde salían esas miradas despectivas el uno al otro. Caleb, celos. Marc, recochineo por haberse quedado a la chica. Sabía poco al respecto, puesto que durante la época en que Aiko y Marc empezaron, se preocupó más por la salud de su hermana que de cómo se sintiera Cal respecto a la relación, pero era evidente que este no podía soportar al hombre que le había levantado al amor de su vida. Mio entendía sus sentimientos, aunque tampoco estaba de su parte. Era la vida de su hermana, podía hacer lo que quisiera. Caleb debía rehacer la suya. A poder ser, con ella.

«Mio, por favor».

—¿A qué esperáis para venir a comer? —exclamó Aiko II desde la terraza—. ¡La mesa lleva preparada media hora!

Marc sonrió a Caleb.

—Los últimos serán los primeros —dijo, haciendo una reverencia para que cruzara a la sala.

Las pullas eran tan sutiles que nadie se daría cuenta si no estuvieran al tanto de la historia. Ese era el talento de Marc, socio del bufete de abogados más brillante de Miami, quizá incluso de toda Florida. Ser implacable sin perder el estilo.

Mio se giró hacia su madre buscando ese abrazo parental que tanto necesitaba para cubrir sus inseguridades. Ella se lo ofreció, pero duró apenas unos instantes. Enseguida buscó la voz de la primogénita al grito de «¿dónde está mi niña?».

«Pues aquí, justo detrás de ti, que tienes dos. Podrías hacer el favor de acordarte de vez en cuando».

Suspiró y siguió a su madre a la terraza. Las vistas eran *alucipantes* desde allí. Kiko y papá, Raúl, conversaban mientras la primera colocaba los platos con un delantal sobre el vestido veraniego. Era la clase de mujer a la que le quedaba de maravilla un pantalón de cuero, un traje de chaqueta, un pijama y el uniforme de ama de casa. En cuanto a ella, pues... Mio podía decir que (aún) no se había cargado las medias, y que no le sentaban del todo mal. Porque eran constrictoras, como las boas, y la hacían parecer más delgada.

—No me digas que has cocinado tú —exclamó la madre, emocionada.

Aiko esbozó una sonrisa de circunstancia que Mio conocía muy bien. La desarrolló a raíz de la última discusión seria que tuvieron, hacía año y medio, en la que confesó que se sentía la segundona de la familia. A partir de entonces, su hermana mayor se esforzó por difuminar esa línea separadora. Lamentablemente no había tenido grandes resultados.

—Sí… Quería celebrar esto a lo grande, haciendo la comida preferida de Miau. Estamos aquí por ella, ¿recuerdas? Ya es una abogada con todas las de la ley. —Y sonrió con cariño, esta vez de verdad. Mio tuvo que contenerse para no tirarse encima, agarrarse a su pierna y comérsela a besos—. Por favor, sentaos.

Aiko no sabía cocinar. Era lo único que le salía mal, y lo único con lo que se dio por vencida. Pero el acontecimiento debía ser importante si se había tomado la molestia de entrar en la cocina para hacer algo que no fuese coger el matamoscas. Incluso había tenido la amabilidad de ponerse un vestido cualquiera, no maquillarse e ir por ahí descalza, en un intento por pasar desapercibida. Pero daba igual lo que hiciera, porque en cuanto se sentaron, su madre no tardó en dirigir la conversación a ella.

—Me encanta la casa. No imaginaba que os iríais a vivir juntos definitivamente —decía Aiko I —. Vais en serio de verdad.

—Por supuesto —dijo Marc, acomodándose en la silla—. No puedo perder a una mujer que cocina tan bien.

Su sonrisa se hizo socarrona al mirar a Aiko, que solo entornó los ojos.

Traducción: se había encargado él hasta del espolvoreado del postre.

—Machista de mierda —masculló Caleb, tan bajo que solo Mio pudo escucharlo.

—Oh, entonces... —continuó la madre—. ¿Has aprendido a cocinar?

Aiko lanzó una mirada incómoda a Mio, que acariciaba el rabillo de los cubiertos con aparente indiferencia. Bueno, no era nada nuevo que dieran prioridad a las pequeñeces de su vida diaria. Sería deprimente que después de años, décadas, no se hubiera acostumbrado.

—Hago lo que puedo —concluyó la mayor, con los hombros tensos—. Pero creo que no deberíamos desviarnos de...

—Claro, claro, la graduación... ¿Has visto las fotos? Estaba guapísima. Se puso un vestido muy parecido al que llevaste tú debajo de la chaqueta durante tu primer juicio, del mismo color. Ese día sí que fue memorable... Kiko solo tenía veinticuatro años cuando ganó a Gibbins. ¿Sabéis cuánto tiempo llevaba el hombre dedicándose a la ley? Más de una década. Creo que lo tengo grabado. Fue un juicio a puertas abiertas.

Aiko apretó los labios y cerró los ojos un segundo. Mio sonrió para sus adentros al ver que le afectaba más a ella que a sí misma la indiferencia de su madre. Dio un golpecito con el borde de la uña sobre el plato para llamar su atención. Aiko la miró con una mueca de consternación, a lo que Mio negó con dulzura. Le hizo una señal para que respirase hondo.

—Mamá, déjalo. Seguro que Mio iba más guapa que yo. A ella siempre le han quedado mejor los vestidos ceñidos.

—Sí, claro, eso es cierto. Lo malo fue cuando dio el discurso de cierre. No te haces una idea de cómo se trabó al dar su discurso en el estrado... Qué vergüenza pasó.

—Qué curioso, yo también estaba allí y no recuerdo nada de eso —comentó Marc, que comía tranquilamente. Envidió con todas sus fuerzas su actitud y la deseó para sí.

—Y no es como si te quitaran el título por balbucear un poco —resolvió Aiko, cada vez más crispada.

Mio le dio las gracias con una mirada, aunque en el fondo quería levantarse y darle un buen guantazo. ¿Cómo se le ocurría intentar hacerla protagonista? ¿Y cómo se le ocurría a ella aceptar a ser el conejillo de indias de un experimento que evidentemente, iba a fracasar? Ojalá estuviera en casa, sobando a *Noodles* mientras se regodeaba en su soledad.

—Lo importante es que se ha graduado, todos coincidimos en eso —intervino el padre—. A este paso pensamos que no lo haría. Primero idiomas, luego dejándolo para meterse a enfermería, en la que no duró ni tres años, después el módulo de informática… Al final, Derecho. Tuvo que suspender dos veces antes de conseguirlo. En fin, te ha costado lo tuyo. No eres una gran nota, pero por lo menos puedes ejercer.

Mio agachó la cabeza, avergonzada. Notaba la mirada de Caleb sobre ella. Le daba miedo levantar la barbilla y descubrir la compasión en sus ojos, así que pretendió preocuparse por los dibujos de la servilleta.

«Menuda palurda estás hecha».

«Gracias, *Miss Subconcious*, tan comprensiva como siempre».

«Tú no quieres compasión, quieres salir de aquí».

—Es difícil acertar a la primera —volvió a intervenir Marc. Le guiñó un ojo a Mio, que se ruborizó—. Mi hermano estuvo un año en Bellas Artes y estudió Psicología antes de probar con Leyes... Y miradlo, en Leighton Abogados haciéndome competencia.

—Es bastante mejor que tú en algunos aspectos, de hecho —se metió Aiko. Se recogió la melena en una coleta alta y la dejó reposar sobre el hombro—. Lo importante no son las notas, sino la aplicación. Y sobre eso he estado pensando que...

—Sobre eso... —intervino Raúl—. ¿Qué vas a hacer ahora que estás de baja?

Aiko presionó los labios en una línea.

—Trabajaré desde casa, dedicándome a los casos que me quedan. Quería llegar a este tema para hablaros a todos de una decisión que he tomado sobre mi despacho —anunció, estirándose —. Ya que va a estar libre por unos cuantos meses, he pensado que...

—¡Aiko! —exclamó la madre, con los ojos clavados en su escote—. ¿Qué es eso que tienes ahí? ¿Es un anillo de compromiso?

Mio levantó la cabeza de golpe y se fijó en que, efectivamente, del cuello de Aiko pendía un colgante con un anillo. Era lo bastante largo para ocultarlo entre los pechos, pero en un mal movimiento se había escapado de su encierro. Ella corrió a cubrirlo con la mano. Era tarde.

—Me ofende, mamá —habló Marc, aburrido sobre su plato de comida—. No se me ocurriría pedir la mano de Aiko con un anillo como ese. El de compromiso lo tiene escondido en un cajón.

Aiko apretó los puños visiblemente y le lanzó una mirada rabiosa al rubio.

—Y estaba guardada en un cajón por un motivo...

—¡¿Es verdad?! —exclamó Aiko I—. ¡¿Te vas a casar con Marc?!

Caleb se atragantó con el agua que estaba bebiendo, iniciando un ataque de tos que fue doblemente peligroso por la mirada de odio que le dirigió a Marc. Este abrazó el respaldo con actitud chulesca. Raúl escupió el trozo de carne que se había metido en la boca... Y empezaron las preguntas.

—¿Es una broma? —carraspeó Caleb.

—Sé que los hombres como tú celebráis la fiesta de los inocentes todos los días, pero aún no estamos a uno de abril —respondió Marc.

—¿No es un poco pronto? —opinó Raúl—. No hacen ni dos años.

—¡Y son muchos los preparativos que hay que llevar a cabo! —continuó Aiko I—. Con tu salud, es peligroso que te pongas a organizar un evento semejante... Pero ¡oh, Dios mío! ¿Cómo te lo pidió? ¿Aiko?

Aiko no dejaba de mirar a Mio con ganas de echarse a llorar, y Mio, que estaba lo suficientemente apegada a su hermana para haberse tragado tres conciertos de Pablo Alborán sin gustarle un pelo, sintió en sus carnes la frustración que expresó.

—No os he invitado para hablar de mi boda. Por algo no me he puesto el anillo y lo llevaba escondido entre las tetas. ¡Ni siquiera para hablar de mí! Me parece increíble que no le podáis dedicar un solo día a ella... ¡Un puto día! —gritó, señalándola—. Se acaba de graduar y...

—Por supuesto. Y estamos muy orgullosos. Nos alegramos mucho por ti, corazón. —Aiko I miró a su hija menor con ojos tiernos—. Pero era algo que sabíamos que iba a ocurrir. Algún día tenías que aprobar.

Aiko se levantó de golpe. Su tenedor cayó al suelo; Marc se agachó y lo recogió con amabilidad. Mio asistía al espectáculo horrorizada, con un nudo en la garganta. Su hermana no se enfadaba nunca, pero cuando lo hacía… El riesgo de derrumbamiento era tal que había que bajar al búnker.

—¿Es en serio?

—Kiko, cariño. No te pongas así... Con lo delicada que eres no te vienen bien estos disgustos, y...

—A la mierda —murmuró por lo bajo—. Tienes razón, no me vienen bien estos disgustos. Pero no soy yo la persona de la que te debes preocupar, porque la que peor lo pasa aquí siempre es tu hija menor. Se acabó... Bueno, antes voy a decir para lo que os he reunido: he decidido que Mio va a ocupar mi sitio en Leighton Abogados. Mi despacho y todas mis competencias. Y si cuando vuelva lo ha hecho bien, cosa que no dudo, le daré uno a ella. Una placa con su nombre en la puerta… Si tú lo quieres, claro —añadió, girándose hacia Mio.

No le dio tiempo a mirarla con cara de «¿cómo dices que dijiste?». Aiko fue más rápida que nadie disculpándose y abandonando la mesa, y dígase de paso... Dejándola con dolor de cabeza y los nervios a flor de piel. ¿Qué había sido eso? Aiko nunca antes enfrentó a su familia, básicamente porque no solía darse cuenta de lo que sucedía. Mio tuvo que espetárselo una vez, no hacía mucho tiempo, para que abriera los ojos. No imaginaba que ocurriría algo así, y por eso no sabía si sentirse halagada, o entristecerse, o mosquearse... A fin de cuentas, si lo que esperaba era que le prestasen más atención, no lo había conseguido. Todo lo contrario. Marc y Caleb casi se empujaron para ir tras ella, igual que su padre y su madre, dejándola sola en la mesa.

Mio se quedó allí en medio con cara de haberse tragado un ajo, dividida entre el «gracias por intentar que alguien me quiera un poco» y el «te mataré por hacer que me odien más». Nadie quería mosquear a Aiko, y si ella era la culpable de su enfado, quedaría totalmente justificado que su madre la mirase por encima del hombro y le soltara un: «estarás contenta». Que no lo hizo, pero casi.

Entre tanto malestar, dilema y desesperación, Mio no dejaba de repetir para sus adentros lo que Aiko había prometido. Tres meses trabajando con Caleb en el desapacho de al lado, demostrando su valía como abogada... El vello se le ponía de punta solo de pensarlo, pero no era emoción. Es decir, claro que le ilusionaba. Sin embargo, le daba miedo. Le aterrorizaba. ¿Y si la liaba? Dios, ella tenía a cagarla sistemáticamente, sobre todo cuando Caleb andaba cerca. Aunque no corrían ningún riesgo físico, ¿no? En un bufete de abogados, la posibilidad de acabar prendida en llamas era muy limitada. Seguro que tenían alarma de incendios y auxiliares de sobra para culparlos en caso de ocurrir un accidente.

Mio suspiró y se tapó la cara con las manos. Trabajar donde y como Aiko, era una buena noticia porque eso la acercaba… a Aiko. Y a Caleb, que eran las dos personas que más quería del mundo entero. Pero conllevaba una gran responsabilidad y no se veía lográndolo. Tampoco podía estar cerca de Caleb, aunque lo deseara con todas sus fuerzas. Se moría de ganas de decirle que lamentaba que Aiko hubiese elegido a otro. Solo le quedaba un consuelo, y era que nada de lo que pudiera ocurrir en Leighton Abogados podría equipararse a aquel patético almuerzo, en el que fue desplazada una vez más. Y lo que le dolía de veras no era cómo la despreciaban, sino ver a Caleb cambiando de postura en la silla, sin saber cómo enfrentar a Marc. Odiándolo porque no lo podía derrotar.

Dios, quería tanto a su hermana…

Viendo que nadie aparecía, se levantó con los tobillos flojos y se internó en el salón. Oyó las voces de sus padres discutir acerca de Aiko, y vio a Marc cruzar el pasillo para meterse en una habitación. Le hizo una señal para apuntar dónde estaba su hermana. Mio la siguió con el corazón encogido.

Ciertamente, Kiko no tenía el cuerpo para trotes. Era difícil, muy difícil alterarla, y ella lo había conseguido.

«¿Para qué aceptas ninguna invitación? Mira lo que has hecho. El ridículo, y ahora joder a tu hermana».

«Pero era comida gratis...». Sí, comida gratis. Y una irritación gratuita, también. Ah… y que una minúscula parte de su ser sospechaba que Caleb estaría allí. Aprovechaba cualquier excusa para estar con Aiko, y esa era una buena.

Intentó que los celos no la consumieran al suponer que los dos estaban detrás de la puerta cerrada. Levantó el puño para tocar...

—...entiendo, pero no puede ser —oyó decir a Caleb.

—¿Y por qué no? —protestó Aiko.

Mio podía imaginar su cara perfectamente. Aparte de lo obvio, que es que era perfecta, tendría el ceño fruncido y las manos en las caderas.

—Me parece muy bien que seas el genio y figura del bufete, pero no vas a decirme a quién puedo y a quién no puedo meter en mi oficina.

—Ni genio ni figura. Solo debes consultarme algunas cosas, y no hacer y deshacer a destajo.

—Entonces dime cuál es tu problema con que Mio ponga su culo en mi asiento y lo discutiremos, porque así no vamos a llegar a ninguna parte.

Mio se mordió el labio. ¿Estaban discutiendo por ella? Eso era nuevo.

—No está cualificada para meterse en el despacho de una socia con amplia experiencia laboral —atajó Caleb enseguida—. Debería empezar como una júnior más, igual que el resto de aspirantes de Miami.

«Pues es verdad».

—Tú y yo tampoco estábamos muy cualificados cuando empezamos. Teníamos un par de años de experiencia y nada más. Y, por Dios, somos una firma privada. Nos caracteriza haber empezado tan jóvenes. Podemos meter a quien nos dé la gana mientras pueda ejercer. Vas a tener que buscarte otra excusa.

Un silencio. Un murmullo.

—Sabes muy bien por qué no la quiero revoloteando por allí, pero si no te vale con ese motivo… Te diré que es incoherente, porque ella no puede coger tus clientes sin más y ponerse en tu lugar sin ninguna experiencia. Además de ser necesario —añadió—. Vas a resolver tus casos desde casa, los pocos que te quedan, nadie tiene que hacerte el trabajo sucio… y yo no necesito ayuda.

—Caleb, no digo que ella vaya a hacer lo mismo que yo.

—Entonces, ¿cómo la vas a meter en tu estudio? Por Dios, Aiko, ¿es que no piensas? ¿Cómo vas a explicar que le den un despacho a la hermana de la socia, si no es por favoritismos? No me he partido la cabeza durante toda mi vida para ahora entregarme a las indulgencias y convertir mi

bufete en una secta a la que se accede por invitación. Lo último que quiero es dar imagen de que es más importante ser amigo del gerente que esforzarse por una recompensa.

»Y no es por nada, pero Julie merece un ascenso. Si alguien debe quedarse tu silla, será ella. No voy a darle a la nueva un puesto que no se ha ganado ni por antigüedad, ni por experiencia, ni por méritos propios. Entiendo lo que quieres hacer, pero por favor, mantengamos las cuitas familiares lejos del trabajo, ¿de acuerdo?

Aiko no pudo decir nada. Mio tampoco podría haber replicado. Si es que tenía más razón que un santo.

—Sigue siendo mi despacho, y siguen siendo mis clientes —refunfuñó—. Puedo transferir a los nuevos a quien me dé la gana.

—¿Vas a transferir clientes que vienen buscando a la gran Aiko Sandoval, a una chica que aún no ha puesto un pie en el estrado? Kiko, no quiero ser cruel. Entiendo que quieras darle una oportunidad a Mio. Se la merece después de todo. Pero el bufete es lo más grande para mí —resolvió con honestidad—. Es todo lo que tengo ahora mismo. Necesito gente que pueda defender mis principios y mi profesionalidad, no que eche todos mis lemas por tierra accediendo por recomendación.

—Entonces contrátala como adjunta. Contigo aprenderá muchísimo.

Caleb masculló algo.

—¿Sigues sin enterarte de cuál es el problema? Aiko, no la quiero allí por muchas razones, y no puedes resolver ninguna de ellas. ¿Adjunta? Es solo lo que me faltaba para desquiciarme. ¿Se te ha olvidado lo que ocurrió el año pasado, y el anterior, y cada día de mi vida que hemos compartido habitación? No quiero numeritos infantiles. Y no me digas que ha cambiado, porque no me fío. Ella siempre ha sido así.

Joder, lo que acababa de decir dolía como el infierno, especialmente porque no estaba mintiendo. Mio reconocía sus errores, y lo que ocurrió durante la noche de su primer suspenso —entre todas esas veces que lo sacó de quicio, mencionadas de corrido—, no tenía perdón. Se burló de sus sentimientos por Aiko, intentó golpearlo cuando vino en son de paz... ¿En qué estaba pensando? Cal era un hombre muy introvertido al que no le gustaba hablar de sus sentimientos, y ella iba, con todo su genio alcoholizado, y lo llamaba *lassie*. Normal que no le quisiera dar una oportunidad.

—Haz lo que quieras —declaró Aiko, en tono mordaz—. Pero esperaba más de ti, Caleb. Pensaba que eras más profesional que tus recelos hacia una persona a la que has visto crecer, y que se supone que te importa.

—No empieces a chantajearme.

—Si el zapato te encaja, Cenicienta, no es ni chantaje ni manipulación: es la verdad que no quieres asumir. Al final no eres tan justo y racional. Te dejas llevar por tus emociones tanto como los demás.

Caleb soltó una risa profunda, ronca y oscura, que desnudó a Mio de piel.

—Créeme, Aiko. Si me dejara llevar por mis emociones, para empezar, habría destrozado la cara de tu novio en cuanto ha empezado a provocarme. Y siguiendo por ahí, tu hermana no estaría sentada a esa mesa en la que no han hecho otra cosa que despreciarla.

Mio tragó saliva.

—Si tanto te molesta que la desprecien, ¿por qué me has dejado sola defendiéndola? —Fue como si viera a su hermana cruzándose de brazos—. ¿Por qué la desprecias tú mismo?

—Porque se tiene que defender ella —espetó, enfadado—. Igual que ella tiene que demostrar que quiere trabajar con nosotros, no aceptar un puesto que le has tirado a la cara por vacilar a tu madre. Igual que ella debe merecer que no me tenga ni que pensar incluirla en plantilla. Por lo pronto, no ha hecho nada que demuestre que es responsable y seria, y eso no tiene nada que ver conmigo despreciándola. Como empiece a señalar hechos objetivos por los que lo pienso, me quedo solo.

Mio retrocedió con el corazón en la boca al oír el chasquido del cerrojo. Sin embargo, no acabó allí la conversación. La continuaron en voz baja, y le fue imposible escuchar.

«¿Debería ir buscando una silla? ¿Palomitas? ¿Grabo audios y se los mando a Otto, a ver qué dice...?». No, debería marcharse a casa.

—Tú siempre estás diciendo que hay que comprenderla —decía Aiko—. Dale una oportunidad, Cal. Ella no te decepcionará. Una cosa es cómo se maneje en su vida personal, y otra cómo trabaje. Tú eres el primero que diferencia entre ambas y admite que ser un desastre con las mujeres no significa tratar mal a los clientes… entre otros ejemplos.

Mio se quedó en vilo, esperando el veredicto final de Caleb.

—Muy bien —se plantó él, tenso—. Tendrá su oportunidad, pero no tu despacho porque no quiero dar pie a cotilleos. Y me lavo las manos. Si Julie se queja...

—Te la llevarás a casa y te asegurarás de que se pasa la noche riendo, señor hay-que-ser-profesional —se burló.

—Fuiste tú la que me dijo que me hacía falta un polvo después de echar a Delfino. Ahora no me jodas con bromitas, ¿quieres?

—Tranquilo, vaquero… Es solo que me sigue sorprendiendo, ¿vale? No pensé que buscarías el amor en la plantilla de abogadas mercantiles.

Mio tragó saliva, reconociendo el viejo y amargo regusto de los celos. Llevaba toda su vida celosa, envidiando a cada mujer que se acercaba a Caleb, pero se enteraba de sus historias en diferido, y las conocía solo por omisión. Aquella mención directa a la cama hizo que se estremeciera.

«Venga, ni que tú fueras virgen».

Se escurrió por el pasillo, con la espalda pegada a la pared. Pero... ¿A qué coño había venido eso? ¿Qué se creía esa gente, que podía negociar su futuro como si no tuviera opinión? Habían dado por hecho que aceptaría... Y sí, habría aceptado si no hubiese escuchado aquello. Caleb no la quería allí. Entonces, no pintaba nada. Aunque, por otro lado, se debía a que la consideraba una irresponsable, y quizá fuera su oportunidad de demostrar justamente lo contrario.

«No tienes que demostrar nada. Que le jodan. Por puto».

Vamos, ella también tenía derecho a cabrearse, ¿verdad? ¿No?

Suspiró y se dirigió al salón, justo al cuadrante donde se olvidaban de la jaula de Perro. El perico estaba dentro, dando vueltas y piando como loco, deseando salir. Mio abrió la puertecilla, aún con la nariz arrugada, y se recluyó en una esquina del sofá con el pájaro entre las manos. Se lo acercó a la cara y examinó su plumaje con cuidado, como si quisiera encontrar respuesta a sus miserias en los huecos de sus alas. Ni se dio cuenta de que sus padres andaban cerca. No quería afrontar una regañina por haber molestado a su hermana.

—A veces, Noodles y yo jugamos al juego de la margarita. ¿Sabes de qué va? —preguntó en voz baja—. Es como el «me quiere, no me quiere», solo que en lugar de quitar pétalos... te quito plumas. —Hizo una pausa y rio suavemente cuando el pájaro torció el cuello—. Era broma, tranquilo. Yo solo digo: «¿me quiere?», y tú decides si piar o no. Lo mismo con «no me quiere». Y así sucesivamente hasta que decidas lo que es correcto. Noodles siempre me da la misma respuesta, y como hoy por hoy es la correcta, me fío más de los pájaros que de las margaritas. Pero no voy a preguntarte algo que ya sé, sino...

—Suena interesante —oyó casi sobre su oído.

Mio dio un respingo que le puso el corazón en la boca y le hizo soltar al perico. Perro aterrizó en su rodilla. Sus garras pincharon la media al aferrarse a la carne, dando por inaugurada la primera carrera de muchas.

Y por esa la iban a felicitar menos todavía.

—Ahora es tu culpa —dictaminó, mirando a Caleb de soslayo—. Me debes unas con la ese de sábado.

—¿Aún haces eso? —Perro echó un pitido, como si acabara de asimilar las reglas del juego. Ambos lo miraron divertidos—. Parece que quieres jugar. Dime... —Se inclinó hacia delante y le rozó la cabecita con la yema del índice—. ¿Gutenberg inventó la imprenta?

Perro dio otro pitido, Caleb se se echó a reír, y Mio por poco se desmayó. Como cada vez que él se acercaba, se le había puesto la piel de gallina, y no es que no supiera dónde mirar —porque en esos ratos apenas despegaba los ojos de él—, pero no sabía cómo hacerlo sin exteriorizar el deseo patético de su existencia.

—Es una fuente fiable. Puedes confiar en él, pecosa.

Mio se guardó para sí la opinión que tenía de aquel mote denigrante.

—¿Me pedirá Aiko que sea dama de honor? —El pájaro no hizo ningún ruido—. ¿Niña de las flores? —Nada—. ¿No me va a invitar a la boda?

—¿Va a ser la madrina? —probó él. Perro se irguió orgulloso y trinó alegremente, entonando una canción de cinco notas—. Sí que dice la verdad... Respóndeme una cosa: ¿Mio va a aceptar el cargo de su hermana?

«Cuidado con lo que haces, pajarraco». Y el pajarraco se lo tomó muy en serio, porque en lugar de trinar o quedarse en silencio, saltó de la rodilla de Mio a su hombro y le picoteó con suavidad el cuello. Caleb sonrió, consiguiendo dominar con su atractivo rostro todas las dudas que ella hubiera podido tener.

«Qué fácil eres».

—Entiendo, es cosa suya. ¿Qué me dices?

Mio se giró y lo miró, planteándose escupirle que lo había oído todo. Acabó decidiendo que no serviría para nada, solo para pelearse de nuevo, y Mio no estaba en condiciones de hacerlo. Solo lo enfrentó, no tan intimidada como familiarizada con sus ojos verdes, e intentó ser franca al decir:

—Si no piensas que encajaré... Puedo buscar otros sitios, empezar como becaria y poco a poco ir escalando. No quiero estar en un bufete donde me hayan admitido porque a mi hermana le doy pena.

—A nadie le das ninguna pena, aunque es cierto que podrían pensar que estás allí por enchufe. Sobre todo si coges el despacho. Pero existe la posibilidad de que entres como una más, y a partir

de ahí vayas escalando… —La miró de soslayo—, si es lo que quieres de veras.

—Claro que quiero. Siempre lo he querido. Más que a nada, ni nadie.

Caleb asintió, pensativo. Detectó cierta rigidez en sus músculos.

—Entonces ven mañana a primera hora. Te enseñaré las oficinas y cómo funciona todo, y si te quedas, te presentaré a los demás.

—¿Estás seguro? —balbució ella—. ¿Crees que merezco estar allí?

—Sé que lo mereces. Lo que no sé es si puedes defenderlo —explicó—. Eres lista y trabajadora. Si no lo fueras, no te habrías graduado. Ahora solo debes descubrir si el Derecho está en tu sangre… Si esto es lo que de verdad quieres. Y si estás preparada para asumir responsabilidades. ¿Lo estás? —preguntó, un tono más bajo. Su mirada la abrasó.

Mio se mordió el labio para contener un sollozo, que le atravesó el pecho en el momento más inadecuado.

—Sí. Por supuesto que sí. Quiero estar allí.

Caleb volvió a menear la cabeza silenciosamente. Acercó la mano abierta a Perro, que se subió a sus dedos sin pensarlo.

—Bien. El primer sacrificio sabes cuál es, ¿no? Tienes que estar allí a las ocho —apuntó, sin despegar los ojos del pájaro—. Dime, ¿esta dormilona de aquí conseguirá llegar a su hora, o tendré que esperarla hasta el almuerzo?

El pájaro pio.

—Eh, puedo ser puntual —protestó Mio. Se le quitaron las ganas de quejarse en cuanto Caleb sonrió. «Qué fácil eres, Sandoval»—. ¿A que sí?

Perro hizo su particular asentimiento.

—Si llegas tarde, va a perder toda credibilidad como oráculo... Sobre ti recaerá la culpa, así que ya sabes. Dime, gran Perro. ¿Ganaré mi juicio de la semana que viene? —Obtuvo su «sí» antes de terminar la oración—. Bueno, eso no es nada nuevo.

Mio bufó.

—¿Dejará de ser un petulante alguna vez en su vida?

Tardó unos cuantos segundos en piar, lo que la hizo romper a reír. Caleb no la imitó, pero su expresión fue serena al extender la mano y animar a Perro a subirse a sus dedos. ¿Quién no quería subirse a ellos?

«Mio, tía».

Caleb se sumió en uno de sus silencios reflexivos, breves periodos de concienciación que le asaltaban a diario. Mio estaba acostumbrada a verlo fijarse en un detalle, y, sobre él, meditar para sus adentros. En esos momentos, ella solo quería apoyar la cabeza en su hombro y robarle un beso en la mejilla, o abrazarlo. Quería abrazarlo, a cualquier hora, sin importar dónde, o cómo, o quiénes asistieran. Sabía cómo se sentían sus labios sobre la piel, pero no cómo era que la arroparan sus brazos. Ni Aiko tampoco. Nadie había logrado aún ser blanco de sus gestos cariñosos. Como mucho, abrazaba por la obligación de ser educado.

—¿Dejaré alguna vez de querer lo que quiero? —preguntó de repente. Mio no se atrevió a respirar, por si se perdía el «pío» de Perro. En voz baja, añadió—: ¿Dejará de doler?

El pájaro movió la cabeza como si no entendiera nada, y por estúpido que fuera —porque, en realidad, no era una fuente fiable—, su silencio le rompió el corazón. Caleb quería dejar de amar

a alguien que no le correspondía, y lo quería más de lo que ella necesitaba que borraran su nombre del alma. Era duro verlo machacándose en el trabajo porque no encontraba emoción en nada más, porque Aiko se lo había quitado todo al buscar su felicidad. Pero era todavía más duro no verlo, no estar con él para ofrecerle un mínimo consuelo. Por eso, porque era una gran oportunidad y porque quería demostrar que podía ser excelente, aceptó su ofrecimiento y acabó fijando una hora para citarse al día siguiente.

2

El verano más largo

Caleb respiró hondo y enfrentó su mirada en el espejo. Sentía la falta de seguridad en la rigidez de los hombros. Y esa vez no podía culpar a las constrictoras hombreras de la americana. También le sudaban las manos y su corazón latía desenfrenado.

Carraspeó.

—Bienvenida —entonó en voz baja—. No, así no. Con ese tono de enmascarado de *Saw* se va a asustar... Hazlo con propiedad. Bienvenida —repitió más alto. Torció la boca en una especie de sonrisa. Patética. Bufó y se pasó una mano por el pelo—. Maldita mierda. Relájate un poco, Leighton.

No lo consiguió. Apoyó la espalda en la pared, rendido. El cansancio de no haber dormido en toda la noche empezaba a pasarle factura. Pero al mismo tiempo, estaba tan excitado que no podía parar de moverse, como un niño a punto de subir al autobús que lo llevaría al campamento. Esa era más o menos su emoción al volver a ver a aquella revolución de piernas larguísimas y faldas cortas: a veces, era un adolescente regresando con sus viejos amigos de verano, sufriendo el flechazo de siempre con la chica que no lograba sacarse de la cabeza el resto del año. Otras, un veterano de guerra que, cada noche, agradecía no haber muerto en medio de la nada.

Ese día se sentía más identificado con el segundo caso. No podía evitar ir al frente otra vez, aun sabiendo que un día acabaría matándole. Un día, Mio Sandoval lo destruiría. Su artillería era el encanto personal, y la metralla dentro de su cuerpo tenía la forma de los anhelos reprimidos. La mañana anterior, en cambio, cuando le llegó su voz tranquila desde el salón... Fue, definitivamente, el flechazo.

El de siempre. Del que no se podía librar.

—Bienvenida —repitió en un murmullo tímido—. Qué raro, hoy no llegas tarde... Me alegra verte por aquí, pensé que tardarías un par de semana en aparecer. ¿Qué tal...? No, no, no.

Se dio una palmada en la frente y negó. Ahuecó el cuello de la camisa, que no sabía ni para qué se había puesto.

—¿Por qué coño accediste a esto, Cal?

Esa era la gran pregunta. Se estaba tomando demasiado en serio eso de recibir a Mio, tanto que había decidido seguir el código de vestimenta por una vez en su vida y ponerse lo que los grandes bufetes ordenaban: traje y corbata. Para haceros una idea, digamos que, para Caleb, tener un trozo de satén anudado a la garganta era tan cómodo como graparse los testículos. Pero era un día importante, el día en que tendría que acostumbrarse a tener a la hermana de su mejor amiga

revoloteando por su oficina como el pájaro que no dejaba de pensar en enjaular. Y teniendo en cuenta que no sabía si sobreviviría, el evento merecía un poco de solemnidad.

Cerró los ojos y la visualizó tal cual la vio el día anterior. Bailarinas de charol, vestido de ante morado oscuro. El pintalabios a juego. Las medias nuevas por encima de la rodilla, que se mantenían en su sitio gracias a un liguero. Pensó en esa pieza de lencería, y se preguntó de qué color sería. El lila era su preferido, pero no lila lavanda, sino lila amatista, como las piedras falsas de esa diadema que le vino con el número diecisiete de una revista adolescente. Esa que le gustaba hojear, y de la que sacaba sus pósteres de ídolos masculinos cuando tenía doce años.

—Mucha suerte en tu primer día —le susurró al aire, congelando con el pensamiento a esa Mio que le hablaba a Perro con naturalidad. Ella se giró hacia él, en contra de que la visualizara sin movimiento, y rememoró el momento de su encuentro—. Joder, Mio... ¿No me vas a dar un abrazo como los de antes?

«Ya soy abogada... Y estas medias son nuevas».

«Genial, pecosa, genial. Ahora no podré parar de mirarlas, pensando en lo bien que quedarían en una esquina de mi habitación, por fin rotas por una buena causa».

Caleb se pasó una mano por la cara y volvió a tirarse del cuello de la camisa. En cuanto llegara a su apartamento, haría una hoguera con aquel traje de mierda, especialmente porque acabaría oliendo a Mio. Su perfume era una encerrona, como cada gesto, cada movimiento en ella. Se acababa pegando a su piel, a su nariz, incluso a su mente. Volviéndole loco.

—Bienv...

—Pero bueno, zorrillo, ¿a quién vamos a contratar, que andas tan nervioso? ¿A Brigitte Bardot? —se carcajeó una nueva presencia. Caleb transformó el susto en una mirada agresiva—. No te he visto tan alterado desde que tuviste que hacer de juez en el primer juicio-simulacro de los juniores.

Jesse Miranda cruzó el despacho, ignorando las reglas de Caleb de no entrar sin tocar antes a la puerta. Se despatarró en el sillón del cliente, algo que tampoco le había permitido nunca. Y tocó un par de teclas del reproductor de música, cosa que también tenía especificada como prohibición. Había algo que Jesse y aquel desgraciado de Marc tenían en común al compartir sangre, y era, aparte de su falta de vergüenza, su poco respeto por la autoridad.

—Antes de que me preguntes qué hago aquí tan temprano, respondo: adelantarme a mi adjunta. La muy cabrona es peor que Dexter, ya sabes, el dibujito del niño de laboratorio que tenía una hermana pesada. Siempre llega antes que yo y eso me hace sentir ridículo, además de que me huelo que actúa con tanta formalidad porque quiere pedirme que le suba el sueldo. Y si no quiero ser un nazi como tú, tendré que darle ese aumento... Por encima de mi cadáver dejaré que eso suceda, claro. Estuve esperando mi invitación al almuerzo con los Sandoval, por cierto —continuó, ejemplificando una de sus grandes virtudes que a veces eran defectos: la facilidad para hilar un tema con otro, deteniéndose solo para coger grandes bocanadas de aire—, pero supongo que eso no depende de ti. Estoy muy ofendido, zorrillo. ¿Acaso no soy parte de la familia? Ya conozco a Aiko, incluso soñaba con acostarme con ella... De acuerdo, me callo, sé que no te hacen gracia estos comentarios. Pero por favor, soy el padrino del novio. Debería haber estado ahí cuando daban la noticia.

Levantó las manos.

—Y juro que este interés familiar no tiene nada que ver con que quisiera meter mis bolas moradas de tanto trabajo y represión sexual en su *jacuzzi*.

—Por supuesto que no, no eres esa clase de hombre —ironizó Caleb. Fingió acomodarse la chaqueta—. La reunión de ayer no fue para celebrar ningún compromiso; supongo que por eso no te invitaron, y no porque seas un molesto grano en el culo —puntualizó, estirando los labios —. Celebrábamos la graduación de la hermana menor.

Jesse esbozó su sonrisa de lobo.

—«La hermana menor». Suena como si no hubieras fantaseado nunca con ella desnuda. ¡O peor! Suena *como si quisieras evitar que se note que fantaseas con ella desnuda*, cuando soy un jodido experto del lenguaje corporal y percibo en tu falta de verbalidad que has pasado la noche cascándotela. Tranquilo, amigo —prosiguió, en su línea de no callarse ni bajo demanda—, no cobro por lecturas psicoanalíticas. Lo sé, lo sé... —Utilizó las palmas para calmarlo—. Es demasiado temprano para ponernos a hablar de rajas femeninas, pero no podré empezar bien el día si no me haces un resumen de lo que llevaba puesto. Sabes que hago vida a partir de tus distintos sentimientos hacia las hermanas Sandoval, Cal, no me niegues la ilusión de mi existencia.

—En efecto, es demasiado pronto, tú tienes mucho trabajo, y yo debo ponerme a lo mío. El juicio de mi vida, ¿recuerdas? —Señaló la carpeta confidencial que descansaba sobre el escritorio.

Jesse fingió un bostezo.

—No quieres responder porque nada iguala su *outfit* del año pasado. Sé que odias que te lo recuerde, pero a mí me da igual admitir una vez más que soy un fisgón y me encanta escuchar tus conversaciones con Aiko. Dudo que se presentara con un tanga rojo y un vestidito de vuelo blanco a la comida familiar, ¿no?

—Estoy a una provocación de despedirte.

—No lo creo. Soy tu Mike Ross y tu Donna juntos, Míster Specter1... No serías nada sin mí.

»Dicen que las universitarias engordan o adelgazan mucho el último año por encerrarse a estudiar. ¿Cómo estaba? ¿*Tiene tumbao*, o se ha quedado sílfide...? Oh, venga, responde, no te hagas el Mahatma Gandhi —insistió, haciendo un puchero—. Es tu musa del erotismo desde tiempos inmemoriales y solo lo sé yo. ¿Seguro que no te quieres desahogar?

¿Cómo diablos iba a desahogarse hablando del impacto que tenía Mio en él? En todo caso le ponía peor, y no pensaba recibirla en el despacho con la tienda de campaña a cuestas.

Jesse no era tan inteligente como se creía. No estaba experimentando con él, sino simplemente interesándose en el motor central de su vida, que venía siendo el sexo.

Desde que Caleb cometió el error de comentarle en una noche de borrachera —que jamás se repitió por ese motivo— lo recurrente que era la figura de Mio a la hora de protagonizar sus fantasías sexuales, no había podido librarse de hablar de la «musa del erotismo» justo al día siguiente de verla. Se quejaba mucho, y protestaba durante horas por su acoso, pero al final cedía a causa de ese deplorable instinto masoquista, y narraba a grandes rasgos, y sin mucha importancia, las gestas de las faldas de Mio… cuando para sus adentros se hacía un esquema mental de todas las formas que existían para levantársela.

—No llevaba escote, pero el vestido era muy corto. Eso es todo lo que voy a decir. Prefiero no convertir a una persona que considero de mi familia en el objeto de tu onanismo, maldito perro

salido.

—Creo que una mujer me llamó así una vez —meditó Jesse. Se puso en pie en cuanto observó que Caleb hacía ademán de salir—. Vestido corto y piernas largas... Tuviste que hacer un gran esfuerzo, sobre todo sabiendo que tu gran motivación para resistirte no valora lo mucho que te reprimes para conquistarla. Te lo dije una vez y te lo repito, zorrillo: a las mujeres hay que asediarlas, los gestos bonitos en la sombra no les llegan. Mira al Cyrano, con todas esas cartas de amor solo le alcanzó para un beso. Hace tiempo que deberías haber plantado rodilla delante de Aiko o haberte tirado a Mio, y mírate, ahí estás... En medio de la nada.

Caleb negó con la cabeza y pasó de largo. Prefería dar detalles que alimentaran sus perversiones —las de ambos— que definir sus sentimientos.

Sí, se había pasado la noche dándole vueltas al corto de su falda, y sí, se había destrozado al tocarse pensando en ella. Los mejores orgasmos se los daba Mio en su cabeza, y ni siquiera la había visto sin ropa. No le hacía falta, y eso que la muchacha no era la definición de cuerpo curvilíneo o escandaloso. Su encanto no era visual, sino inherente a su manera de hacer las cosas. Solo mirándola se ponía duro, y cuando ella lo encaraba... Por Dios, podía correrse a lo bestia, y si no en el momento, al menos reservaba el recuerdo para hacerlo por su cuenta. Lo volvía loco de lujuria. Bastaban unas horas a su lado y tres frases intercambiadas en fechas señaladas para soñar con ella el resto de días del año.

—Entonces cuéntame cómo fue. ¿Se portó bien Marc? ¿Y tu madre, consiguió superar su obsesión por Aiko y mostrarle interés a la diosa japonesa de los encajes escarlata?

Caleb maldijo su talento para la concreción.

—Todo lo que sale de tu boca suena tan sucio que me dan ganas de vomitar. Y no fue del todo bien. Como siempre, se centraron en Aiko... Hasta que ella explotó. Ella, no Mio.

—Ah, la historia de siempre. No la soportas porque es incapaz de defenderse.

«No la soporto porque me dan ganas de defenderla».

—Lo es, no puede levantar la voz a nadie… Salvo a mí. Pero no es eso lo que me molesta. Es su resignación, su silencio, lo sumisa que es ante los desprecios. Intento no meterme, Jesse; tiene una edad para que los demás andemos de matones o salvadores por detrás. Y sabes que odio pelearme con Aiko La Grande, me siento un desagradecido al plantarle cara... Pero acabo haciéndolo. Tuve una discusión con ella al volver que casi me cuesta la relación, y no es algo que piense sacrificar por nadie. Es como mi madre, sin el «como».

—A lo mejor no se defiende porque le da igual —propuso Jesse, encogiéndose de hombros.

—Claro que no le da igual. Su vida está subordinada a las comparaciones que tiene que escuchar, a lo que lleva viendo desde que es una cría. No es Mio al cien por cien porque le han enseñado a avergonzarse de ello, y como no puede dejar de ser ella misma porque es auténtica, lo pasa mal. Al principio quería ayudarla, pero ahora ni se da cuenta del problema que ha desarrollado y me ataca cuando intento hacérselo ver. Me cabrea.

—¿Eso es lo único que te cabrea?

Caleb fulminó a Jesse con la mirada, aunque la respuesta estaba implícita. No. No había ni una parte de Mio que *no* le cabrease, ni tampoco ninguna que no le hiciera acordarse de ella antes de cerrar los ojos. Desde luego que le mosqueaba mucho más aparte de su falta de autoestima, como, por ejemplo, llevar tanto tiempo queriendo tocarla y no poder. Aiko era más importante

que un revolcón que Mio olvidaría al día siguiente, dadas sus tendencias a aburrirse de todo a los cinco minutos. Lo que sentía por Aiko era más duradero a la larga.

—Lo que más me cabrea es que me sigas molestando. Lárgate de mi despacho y ponte a trabajar, Miranda, o te juro que te despido.

—No puedes hacerlo porque sabes que volvería al bufete de la competencia y eso te mataría. Te tengo cogido por los huevos, zorrillo... Más te vale tratarme como a un rey. Y esto no es chantaje, solo una sugerencia que podría evitarte problemas.

—Los dos sabemos que no te largarías de un sitio donde brillas con luz propia para ir a uno donde le harías sombra al gilipollas de tu hermano menor. Puedo pretender que no sé esto y subirte el sueldo cuando me lo pidas, pero si quieres que te abaniquen con hojas de palmera, vas a tener que buscarte a otro... *zorrillo* —añadió con retintín.

Jesse se levantó y estiró perezosamente.

—No queda bien esa palabra en tus labios. Suena a diminutivo de Flanders, no como en mi caso. Yo lo convierto en un término glamuroso, recogido por el diccionario de *vedettes*...

—Lárguese, Miranda.

—Ahí revientes.

Caleb contuvo una carcajada al verlo salir. No se movió hasta que desapareció en su despacho, cerró la puerta y puso un disco de... Ah, claro, el que había cogido «prestado» —no lo volvería a ver—: uno de los primeros de Los Beatles que le regaló Kiko.

No quería pensar en ello, en lo que significaba ese nombre en los últimos tiempos: un marido, una boda, separarse de él por meses... y quién sabía si regresaría cuando Marc trabajaba para la competencia. Bloqueó el silogismo antes de que empezara. Si era demasiado temprano para mencionar traseros, mucho más para recordar cuánto odiaba a Marc Miranda.

Salió del despacho a las siete justas, y recorrió el pasillo para acceder al recibidor. Allí debía estar Mio si algo valoraba su palabra, cosa de la que Caleb dudaba bastante por experiencia propia. Pero el pájaro de Aiko no mintió. Allí estaba la menor de los Sandoval sin contar a la prima Otto, con los ojos clavados en la gran pecera de la entrada, queriendo absorberlo todo.

Caleb metió una mano en el bolsillo interno de la chaqueta para calmar la opresión que le destrozó, solo al admirarla de lejos. Fue imposible no enrabietarse al reconocer uno de los trajes de chaqueta de Aiko sobre su cuerpo. Aquello era un sacrilegio del que odiaba ser cómplice y que no podía solventar. No le quedaba mejor ni peor, solo de manera distinta. Pero los sobrios trajes de chaqueta de Aiko en Mio eran un chiste sin gracia. Ese que te contaban cuando estabas a punto de llorar, y te salvaban del abismo en el último segundo. Era tan guapa, *tan guapa* como la canción de La Oreja de Van Gogh que la emocionaba tanto, que no podía quedarle mal. Ya de lejos advertía su perfil de nariz respingona, los labios gruesos perfilados, el largo cuello enmarcado por la melena corta, lisa, color castaño oscuro...

La vio colocarse un mechón tras la oreja, esa que tanto odiaba porque sobresalía de su cabello; más todavía cuando se hacía coletas. La vio también bajarse la americana para rascarse el hombro. Sabía que aquel tipo de telas gruesas le causaban sarpullidos, y que al final del día le escocería la piel. Un detalle que solo hizo crecer su anhelo de colar los dedos allí, de pasar sus labios por el lienzo más blanco, dulce y perfecto que se hubiera visto.

Como cada vez que la veía, se preguntó qué sería lo peor que podía pasar si se saltaba las reglas autoimpuestas y la besaba allí mismo. A riesgo de que ella lo empujara, ofendida, y no

volviera a hablarle… O le devolviera el beso para luego olvidarlo. Esa falda que no le pertenecía le daba rabia, esos zapatos también: solo las medias, rotas por el tobillo, le recordaban que se moría por meterse entre sus piernas.

«Al final no eres tan justo o caballeroso como dices, sino una persona que se deja llevar por sus emociones», le había dicho Aiko el día anterior. Estaba furioso por su compromiso, por lo mucho que le desconcertaba lo que Mio hacía con él, cabreado porque Aiko quería echar abajo sus principios de profesionalidad, enchufando a su hermana en el bufete. Su respuesta fue bastante explícita. «Si me dejara llevar por mis emociones, para empezar, habría destrozado la cara de tu novio (...). Y siguiendo por ahí, tu hermana no estaría sentada a esa mesa».

Claro que no. Estaría sentada sobre él.

Pero no allí.

—¡Dios! ¡¡Dios!! —exclamó Mio de golpe, llevándose una mano al pecho. Caleb se puso alerta y avanzó rápido—. ¡No! *¡Nooooo!*

—¿Qué pasa?

Mio se giró hacia él.

Bofetada mental: ojos de cervatillo, rasgados e inocentes.

«Espabila, imbécil».

—¡Hay un pez muerto! ¡Un pez enorme muerto en la pecera! ¿Cómo no os habéis podido dar cuenta? Necesito una red para sacarlo... No podemos dejar que los otros se lo coman. ¿O es que el canibalismo te parece bien...? ¡Caleb! —exclamó otra vez, dándole un golpe en la corbata—. ¡No puedes tener un pez muerto entre peces vivos!

Caleb parpadeó sin poder creerse el espectáculo de Mio buscando la red. La empuñó como un salvavidas. La pecera era bastante grande, y meramente decorativa. Prefería que ninguno de sus habitantes sufriera la muerte súbita, pero tampoco le importaba demasiado si flotaban en la superficie. Y ahí estaba ella, orgullosa de preocuparse por todo lo que no se tenía que preocupar. Ignorando lo importante para centrarse en pequeñeces como aquella. Era una cualidad en ella que encontraba fascinante.

—No llego —refunfuñó. Apoyó la mano en el borde de la pecera y se puso de puntillas para examinar la abertura—. ¿Me ayudas, o no?

Podría haber intentado disuadirla, pero era imposible convencer a Mio de lo contrario. No fue lo bastante veloz ayudándola, y a ella solo se le ocurrió encaramarse a la pecera y echar todo el peso hacia atrás. Esta se tambaleó un poco, haciendo que el agua se moviera de un lado a otro y la abertura derramase medio litro, arrastrando a un par de peces consigo.

—Mierda, Mio —masculló Caleb, conteniendo el cristal para que no se cayera. Miró por encima del hombro y observó que la chica estaba arrodillándose para tomar entre sus manos un pececillo que culebreaba nervioso—. Venga, devuélvelo dentro.

—Hay otros más... —balbució, mirando a un lado y a otro—. Míralo, ese pequeñito... Estoy segura de que hay otro que... —Se mordió el labio, pintado de un rosado suave encantador—. ¿Dónde está la red?

Mio se levantó con las medias y la camisa empapadas. Se puso de puntillas y volvió a meter a los peces en el agua, mientras buscaba con clara ansiedad al tercero que se le había perdido. Caleb se acabó uniendo a la búsqueda, intentando no pensar en lo estúpida que le parecía la situación, y lo poco extraño que resultaba teniendo en cuenta que era Mio la involucrada.

—¡¡No!! —gritó, cubriéndose la cara con las manos—. ¡Creo que lo he pisado!

Caleb examinó sus pies y, dentro de que el momento no era el mejor para señalarlo, sonrió por la idea. Los pies de Mio no podían matar a nadie, ni hacer ningún daño. Eran tan pequeños que apenas la llevaban a ella a alguna parte.

—Claro que no... Mira, está aquí.

Se agachó y tuvo cuidado al rescatar entre el charco a la pequeña especie desconocida que Jesse había encargado a la tienda de mascostas. Los peces no eran santos de su devoción, ni ningún animal en general, pero la manera que Mio tuvo de mirarlo sabiendo que estaba bien le hizo pensar que a lo mejor merecían respeto.

Caleb se incorporó despacio, pendiente de sus medias caladas, con la «d» de «domingo» en el tobillo, día en el que solamente Jesse, Aiko y él —además de los respectivos adjuntos— trabajaban. Se fijó también en la blusa transparente, recordándole durante un dulce y asimismo amargo momento aquel vestido de tirantes blanco que ocultaba la ropa interior de toda una mujer. Ese que llevó la última vez.

Devolvió al nadador al agua, obligándose a recuperar la compostura. Después se volvió otra vez hacia ella.

Pequeña, bonita, *sexy*. Especial.

Mio.

—¿Crees que podrías... —empezó, adoptando un rictus severo—, solo por una vez... dejar de hacer estas cosas que solo se te ocurren a ti?

Y no se refería al percance de acabar empapada, sino a su manía de sacarle el lado tímido y el lado orgulloso a la vez.

—Lo siento mucho, es que leí hace un tiempo que no es bueno para los peces que en su ambiente haya... Lo siento. Te prometo que solo quería sacarlo de ahí.

—Debería devolverte a casa. Esta no es la manera de empezar una entrevista y una visita rápida —resolvió con dureza. Le encantaba hablarle así, porque era el único que podía hacerlo obteniendo una respuesta positiva. Solo con él sacaba el genio, que bastante falta le hacía—. Ven, te daré algo de ropa limpia.

—¿Ropa limpia? ¿En el despacho? ¿Tienes repuestos?

—A veces duermo aquí —respondió, emprendiendo el camino a la oficina. No se giraría para echarle un vistazo de arriba abajo como uno de esos salidos. No, no lo haría...—. Cuando se me acumula el trabajo, o tengo un juicio muy temprano, o me faltan cosas por completar, etcétera. En los baños hay una ducha, así que...

La vio sonreír.

—Aiko me ha contado algún que otro incidente con el hermano de Marc en esa ducha, hace solo un mes.

Caleb masculló una maldición.

—El hermano de Marc está despedido.

—Aiko me ha advertido que sueles decir mucho eso. Y me ha aconsejado que no te haga caso porque en realidad no puedes vivir sin él.

—Tu hermana le da mucha importancia a los papanatas. Marc y Jesse tienen grandes defectos en común.

La miró de reojo y empujó la puerta del despacho.

—¿Te ha advertido de algo más?

—Me ha dicho que nunca te ofrezca un descafeinado, porque te parece que se pierde el objetivo básico de los *capuccinos*. Que tratas a las secretarias, juniores y auxiliares como seres humanos, lo que no suele ser común. Que ordenas las carpetas de los informes por colores, según cuales sean tus Power Rangers preferidos. Que robas la canela de la despensa de la cafetería, porque si no, Jesse se la traga a buches, y que te encanta ponerte morado con las quesadillas del restaurante de la tercera planta. Y me ha dicho que, si alguien me ordena que le traiga un café, les haga un corte de mangas.

—Preferiría que no. Pero sí puedes mandarlas con mucha amabilidad al carajo. No hace falta levantar la voz para ser contundente. Toma esto... Póntelo y luego te explicaré lo que tendrás que hacer.

Le tendió una de sus camisas, que ella se quedó contemplando como si fuera la sábana que envolvió al Salvador. Caleb procuró no prestar atención a la expresividad con la que aceptó el ofrecimiento y sonrió.

—Oye, Cal... —empezó.

—La ropa —cortó—, y luego hablamos.

—No es como si fuera a enfermar, no estoy tan mojada.

«Bueno, nena, el problema es que yo sí, y no me gusta».

Le señaló la puerta contigua al baño y se desplazó hasta su sillón. Lentamente se fue dejando escurrir. No se tranquilizaba. No podía dejar de pensar que era una pésima idea. Estaba bien mientras los encuentros con Mio fueran puntuales y estuvieran controlados: su indiferencia podía servir para una jornada, pero no todos los días... Y eso era lo que le esperaba. Se consolaba sabiendo que Mio necesitaba esa oportunidad, y que tal vez, si demostraba merecerla... Si demostraba no ser una veleta, y haberse encontrado a sí misma durante el proceso de convertirse en Aiko... Quizás podría cumplir su condena y acercarse a ella como quería.

Aunque no quería hacerse ilusiones. Mio llevaba casi treinta años sin desear nada por sí misma, y no iba a aplicarse con alguien para que luego le diera la patada por no estar segura de quererlo.

En teoría era fácil. Pero luego, Mio abrió la puerta y salió ajustándose su camisa con un nudo sobre la cintura, y el corazón se le paró.

—Me gusta que los azulejos sean morados —dijo tímidamente. Caleb se levantó maldiciendo esos tres botones desabrochados—. Lo que te quería decir antes... No me interrumpas. Llevo mucho tiempo pensando en cómo abordarlo.

Caleb asintió. No estaba preparado para lo que diría, aunque sabía qué tema iba a tratar. Era fácil meterse en su cabeza. Nunca le dio miedo decir lo que pensaba, y gracias a eso conocía su patrón mental. Por eso, en parte, la admiraba: no temía decir su verdad, y nunca dejaba de ser ella misma, aunque intentara desprenderse de lo que hacía único su espíritu. Todo lo contrario a él, que no se atrevía a hacer nada si no le aseguraban el éxito.

—Sé que lo de antes ha sido una estupidez, pero no volverá a pasar, lo juro. Y... Antes de que digas nada, quiero darte las gracias por darme esta oportunidad. Ayer escuché parte de tu conversación con Kiko y, bueno, no es ningún secreto que no me quieres aquí. Yo lo entiendo —aseguró, avanzando con torpeza—. Sé que desde lo que pasó el año pasado no... No podrá ser lo

mismo entre nosotros, y estás en tu derecho de evitarme. Fui injusta contigo, no debí hablarte así cuando solo querías ayudarme.

—No te traté de la mejor manera —repuso él con suavidad—. Sobre eso no es necesario disculparse.

«Además de porque sé que no te acuerdas de nada y lo haces sin saber».

—Pero yo me reí de tus sentimientos y eso no está bien. Quería que supieras que fue por las circunstancias y por el alcohol. No pienso que seas nada malo. Todo lo contrario.

Caleb desvió la mirada a su bolsillo, como si fuera primordial encontrar algo allí. Odiaba recordar ese día. Lo odiaba porque significaba para él mucho más de lo que Mio podría llegar a imaginar. Odiaba pensar en lo que podría haber sucedido si no hubiese aparecido a tiempo, odiaba haber perdido el control gritándole y zarandeándola, odiaba que ella lo hubiera tratado así, y, joder, sí, odiaba la burla que hizo sobre sus sentimientos. Pero por encima de todo, Caleb no podía soportar los recuerdos de esa noche porque reafirmaron su mayor temor. Ella lo hizo de nuevo. Le dijo que lo quería, otra vez, y lo olvidó después.

No fue agradable traer al presente sus frases concretas, su vestido blanco o el tanga que se dejó en el asiento del copiloto, porque le daba razones para correrla de allí y pedirle que no volviera. Caleb tenía cosas muy importantes en las que pensar: el caso de su vida. Después de que Aiko se comprometiera, se volcó en la demanda que aún estaba perfilando. Y esta no era un ejemplo más de lo que le gustaba el trabajo bien hecho, ni tampoco una vía de escape, sino *su justicia*. Algo que le devolvería la tranquilidad. Mio allí era la gran distracción que podría desviarlo de su proyecto.

—Mio, eso ya no importa. Pasó, y se acabó. No hay que darle más vueltas. Yo no pienso en ello, así que no lo hagas tú.

Ella asintió, no muy convencida.

—Bueno... El tema es que oí lo que decías y sé que no me crees cualificada, ni seria, entre otros motivos... Pero quiero demostrarte que puedo hacerlo. Y demostrármelo a mí. Necesito encajar en algún sitio, hacer algo bien y que me lo reconozcan. Así que te doy las gracias por dejarme estar aquí, y también te pido que no me subestimes.

Caleb inspiró hondo.

«Si no te subestimaras tú... Y si solo pudiera creerte...»

—Que no te crea cualificada para un puesto relevante no significa que no lo estés para comenzar en el mundo legal. Aquí trabajan graduados en Harvard, gente con una amplia trayectoria profesional: busco personas con vocación y talento. Si tú los tienes —continuó, mirándola de hito en hito—, parte del trabajo está hecho. Me refería a que necesitas experiencia, y tomártelo en serio. Puedes adquirir esa experiencia aquí, no tengo problema con eso. Pero de verdad necesito que demuestres que puedo confiar en tus objetivos —casi lo suplicó. Apoyó los nudillos sobre la mesa y se inclinó hacia delante, mirándola muy serio—. Necesito que no cambies de opinión, que seas firme al tomar decisiones, y que no te arrepientas. Si puedes hacer eso, retiraré todo lo que escuchaste y te pediré perdón, porque no voy a negar que lo dije. No era mi secreto, y no te escondo mis percepciones.

—Claro que no me voy a arrepentir.

«Eso dijiste cuando empezaste enfermería, e idiomas, y aquel curso de informática, y ese grado superior en Barcelona sobre administración; y cuando salías con un tal Bruce del que luego

hablabas pestes, y sobre ese Dan, o Don, al que pusiste los cuernos con Gabriel, y cuando te compraste cuatro vestidos para la fiesta de fin de año, alegando que el segundo era el que llevarías... Cuando al final te pusiste uno de tu hermana». Todo aquello solo eran alegorías que concluían en una sola verdad, y es que Mio no era alguien a quien pudieran tomarse en serio. Era tan indecisa que, directamente, jamás decidía: lo quería todo a la vez, y Caleb quería que se conformara solo con él. En vista de que no podía ser porque violaba todos sus juramentos, no pensaba tener a alguien así en su firma. Ni en su vida.

Pero seguía siendo Mio, y por eso daba igual lo que él quisiera. La adoraba y mataría por ella, y eso estaba muy por encima sus idas y venidas, de lo malo que era para él que nunca supiera del todo a dónde diablos se dirigía. Se tomaría como algo personal que le defraudase en el ámbito profesional. O, mejor dicho: se tomaría como algo personal que se defraudase *a sí misma*.

—Lo haré bien —insistió—. Te lo prometo.

—Nada de gritar por peces muertos.

Mio hizo una mueca cómica.

—Pues no dejes que mueran y dales de comer.

—Nada de llevarle la contraria al jefe.

—No eres mi jefe. Aiko dice que, como júnior, no respondo ante ti.

Caleb levantó una ceja. Ella se encogió de hombros.

—Bien jugado, pecosa.

Vio que arrugaba la nariz, como cada vez que la llamaba así.

—Ven, te enseñaré todo esto y mañana empezarás propiamente.

Mio asintió, emocionada, y siguió el gesto que hizo hacia la puerta del despacho. Pasó sin ponerse la chaqueta, con esta colgando del brazo. Se fijó en la curva de la falda de tubo, en las arrugas que se dibujaban debajo de su trasero, y recordó con vaguedad el azote que le propinó en medio de la calle.

Dios, quería maltratar ese culo suyo.

Se estaba poniendo duro solo de imaginarlo, cuando Mio se giró para mirarlo con el agradecimiento grabado en los ojos. Y ahí estuvo él de nuevo: prendado por su chica de campamento, solo que acababa de congelarse el tiempo porque esta vez, el encuentro se prolongaría.

Y quizá, por demorarse más la despedida, no fuera capaz de volver a irse.

Iba a ser el verano más largo de la historia.

---

1 Personajes de Suits, serie de abogados.

3

Galletas de la suerte y arroz a la cubana

—Ojo, ojo. Que iba con Carla por la calle y el tío me paró allí en medio, así, poniéndome la mano en el hombro como si me conociera de toda la vida. Entonces va y dice: «oye, chica pelirroja, quiero que nos conozcamos». Y ya sabéis que yo llevo ahora mismo el pelo tintado, así que me aludí. Me giro y lo miro haciéndome la Shakira, en plan sorda, muda y todo lo demás... Pero que el tío nos sigue por todo el puente y se pone a contarme que tiene un perro al que le gusta maltratar, como si fuera esa la llave para llegar al corazón de una mujer. Carla estaba que se meaba encima, la muy puta, pero imagínate el percal...

—Resumidamente, te molesta que los hombres te pidan salir a la vieja usanza, parándote para decirte que les gustas —concluyó Aiko.

Mio fingió rascarse la nariz para ocultar una sonrisa que Otto, el personaje al otro lado de la pantalla casi enterrado en apuntes, podría usar más adelante en su contra.

—No, Kiko, me molesta que fuera feo —replicó, poniendo voz de tonta—. *Y, ¿qué es eso de la vieja usanza? Lo único que reutilizaría del pasado serían los tirantes que se ponían los hombres en los años veinte y la música disco, no eso de perseguir a una mujer por la calle babeándole el oído con maltratos a chuchos adoptados. ¿Para qué coño está el Tinder? ¿Es que no pensó en lo raro que sería, lo mucho que me violentaría...?*

—Creo que el violentado sería él, porque si me dices que le pusiste cara de asco… —meditó Aiko—. Requiere mucha fuerza de voluntad y descaro acercarte a un desconocido y decirle que te ha llamado la atención.

—¡Que te estoy diciendo que era tan feo que su madre le daba la espalda en vez del pecho! Yo no simpatizo con aprobados raspados, Aiko Sandoval, y ese tío era un suspenso.

Aiko y Mio intercambiaron una rápida mirada que la daba por perdida. A simple vista, o más bien a primera oída, su prima Otto podía parecer la típica rubia estúpida de tetas operadas que protagonizaba comedias de instituto. Su perfil encajaba con el de Blair Waldorf. Cruel, pérfida y superficial.

Kyoto Sandoval podía ser todo eso, pero había sido su manera de construirse a sí misma y no solo podía considerarse una *Mean Girl* en su definición. En su caso se podía permitir cualquier defecto, siendo esa magnífica obra de la naturaleza que conjuntaba los rasgados ojos japoneses con el tono azul grisáceo de las modelos caucásicas. También era lista, generosa, y quería de todo corazón a su familia lejana.

La que andaba por allí, en Barcelona... Bueno, esa era otra historia aparte.

—Lo importante es qué te pondrás mañana para el primer día de trabajo —se interrumpió—. *Tienes que impresionar a toda esa panda de guarras sin cerebro que intentará destruirte... Te he*

visto poner los ojos en blanco, Kiko. Miénteme y dime...

—*Que ya no piensas en mí* —siguió la canción Mio, apoyando la mejilla en el hombro de su hermana. Esta se rio y siguió el rollo.

—*No seas tonta y acepta que yo soy mejor que él...*

—*Mírame y dime que con él eres feliz, si cuando besas sus labios tú me imaginas a mí...* —canturreó Otto para cerrar el trío, sin perder el ritmo de la canción de Nyno Vargas—. *En fin, que no dirás que tus becarias, secretarias y demás personajes femeninos que andan con Chanel* de segunda mano no son unas serpientes.

—No asustes a Mio con tus ideas preconcebidas. Ni siquiera has estado aquí más de una vez para saberlo.

—Suficiente para agarrarme del pelo con una y acabar embarrada de café... Y ya sabes que yo odio todo lo que empieza por «c».

Por «c» empezaba, por ejemplo, el nombre de su padre biológico: el hombre que las abandonó a ella y a su madre cuando apenas cumplía los doce. César Sandoval se largó para formar una familia aparte, abocándolas a vivir en la miseria económica por mucho tiempo.

Algo que también empezaba por «c» era Caleb, y sobre eso, Mio tenía muchas ganas de hablar, algo que Otto no tardó en notar y abordó sin anestesia.

—Por no perder el hilo de esas cosas con «c», ¿qué se cuenta Caleb? ¿Cómo lleva lo de tu boda, Kiko?

Mio procuró mantener la postura en la que estaba sin tensarse.

—Hombre, no le hace mucha gracia, ya lo sabes... Pero yo sé que acabará entablando amistad con Marc. Le he pedido que lo llame un día. Pero ¿por qué no hablamos de otras cosas con «c», como «cuándo» vas a venir a vernos?

—«Cuando» apruebe los exámenes, o en su defecto, «cuando» alguien los apruebe por mí. El «cuento» de siempre, ya sabes.

—«Cuánta» sinvergüenza veo por aquí... Anda, vete a estudiar y déjame a mí terminar mis informes. Mio se tiene que llevar esto mañana.

La susodicha asintió y se encogió un poco más en el sofá. Ir a conocer las instalaciones un domingo por la mañana no era tan difícil, aunque la habitual distancia de Caleb hubiese estado a punto de congelar el pasillo. Lo que le parecía todo un reto era... hacer *algo*. Sabía cómo la mirarían por representar a su hermana en los casos menores que le asignaban como abogada de oficio. Seguramente pensarían que estaba allí por enchufe —algo que era cierto—, y que nunca estaría a su altura —lo que también era verdad—. Aiko era el monstruo de lo civil. No tenía un apodo en los juzgados como Marc, al que llamaban «demonio», pero se había relacionado con todos los abogados de renombre de Miami y los graduados en Harvard. Aparte estaba ella, sin experiencia alguna... que a saber si de pronto tendría que tratar con un cliente multimillonario.

«Estás jodida, amiga».

«Gracias, Subconcious, tan cálida como de costumbre».

Observó que Aiko rompía la conexión con Otto y se apoyaba en los informes con cara de sueño.

—¿Me dejas husmear en tu armario para ver qué me pongo mañana? —preguntó, sabiendo de antemano la respuesta.

Esa vez, Aiko la sorprendió con una sonrisa especial.

—¿Y por qué no vamos mejor de compras, y te consigues los modelitos apropiados? Ya no eres una universitaria que puede ir a clase con cualquier cosa, sino una persona que apunta a convertirse en toda una celebridad del mundo legal. Necesitas tu propia ropa, Mio. Aunque seguro que tienes algo elegante en el armario.

—Todo lo que tengo es horrible —protestó—. Por favor, préstame algo. Por lo menos una chaqueta que tape las blusas tan feas que me compré el otro día. Mamá tenía razón, es como si hubieran vomitado sobre ellas.

—A mí me parecen muy divertidas y coloridas. La ropa alegre te sienta bien y te caracteriza, deberías ponértela más a menudo, en lugar de mis grises.

—¿Tú crees? —dudó, mirándose los pies descalzos—. Podría intentarlo, si dices que queda bien...

—No es lo que yo diga, es lo que *tú* digas —recalcó, poniéndole el dedo índice en el pecho—. Mio, a partir de mañana tienes un trabajo real en el que vas a tomar decisiones. Parecerá una tontería, pero si ya dudas de lo que te vas a poner, es más probable que fracases. Y no puedes fracasar. Debes demostrarle a todo el mundo, especialmente a ti misma, que puedes ser eficaz y eficiente. Confía en ti. Confía en tu ropa, en tu maquillaje, en tu corte de pelo. Y no dejes que nadie te diga que no eres capaz de hacer algo.

—No sabía que tuviera entradas gratis para el *live action* de *En busca de la felicidad* —comentó Marc, que acababa de llegar a casa. Aiko se giró con una sonrisa—. «¿Quieres algo? Ve a por ello y punto». ¿Por casualidad no querrá alguien un beso?

Aiko se levantó del sofá como si flotara, mientras él esperaba con aires de cantautor engalanado bajo el marco de la puerta.

Aparte de imponerle respeto por su trayectoria profesional —Marc era el enemigo ancestral del fracaso; había perdido un único juicio, y solo por transferir el caso, por lo que técnicamente no contaba—, aquel tipo causaba mucha curiosidad.

Era condescendiente y chulesco, el malo malísimo de chupa de cuero de las películas que al final acababa llevando jerséis de lana y suplicando clemencia a la protagonista por haberla ignorado delante de sus amigos. Pero también era encantador y educado, pese a tener siempre las réplicas sutilmente mordaces en la punta de la lengua. Podía hacerte llorar sin levantar la voz ni perder la sonrisa. Lo que más le gustaba era su aire de galán de telenovela, con el pelo rubio al viento y la sonrisa estudiada, torcida el grado exacto para desequilibrar a una mujer.

Marc era un amante de los trajes a medida. La clase de hombre que escuchaba a Luis Miguel; de los que sacaban a bailar a una chica bonita al azar por el gusto de regalarle unos cumplidos; de los que regalaban joyas caras y tumbaban a su mujer para besarla en los labios, como en las películas en blanco y negro. De los que nunca se manchaban las manos porque ya sabían derrotar a los malos con su labia asesina.

Aiko no solo estaba con él, sino que había conseguido que se desviviera por ella. Como logró lo mismo con Caleb.

Se fijó en cómo se daban el beso de recibimiento, tan enamorados que Otto se habría cubierto la nariz y habría echado *spray* matarratas por toda la habitación. Ahí ya no entraban la envidia o los celos. Mio era una fanática del cariño que se profesaban, y aunque no era como si les faltara amor, se alegraba de que su hermana lo hubiese encontrado en alguien de su talla.

—¿Cómo has estado hoy? —preguntó él, quitándose la chaqueta—. ¿Te duele? ¿Estás cansada?

—Muy cansada. Y ahora mismo no me duele. Estaba entretenida con Mio llamando a Otto por Skype.

Mio levantó la mano con timidez para saludar a Marc, que le hizo un gesto de barbilla antes de seguir con su interrogatorio diario. Mio vivía allí desde que regresó de San Diego, dado que sus padres ya no vivían en la ciudad, e iba a quedarse allí hasta que encontrara un piso barato que se adaptara a sus necesidades: tener buenas vistas y bañera. Llevando ya unos cuantos días, se había acostumbrado a ver cómo Marc se preocupaba de manera obsesiva por la salud de Aiko.

No era para menos. Si ella misma no la acosaba, era porque la hacía sentir mal. Desde que era muy pequeña, su hermana mayor se esforzó por fingir que todo estaba bien, que nada le dolía, porque sabía que eso le impediría hacer ciertas cosas, como estudiar y trabajar. Y nada le importó tanto más que labrarse un buen futuro. Sin embargo, sus descuidos y sobreesfuerzos acabaron pasándole factura más de una vez. Le diagnosticaron insuficiencia renal crónica a los once años, cuando se sometió a la primera operación de riñón. De ella surgieron dos grandes y terribles cicatrices que protegió del mundo cambiándose de ropa en baños apestillados, yendo a la playa con bañadores de cuerpo entero y gruesos pareos, y negándose a compartir intimidades con nadie.

Siendo una enfermedad crónica y sin trasplante hasta que llegara al estado crítico, estaba condenada a sufrir dolores continuos que Mio no podía ni imaginarse. En general, no estaba mal. Con medicación y relativo reposo podía superar las jornadas, pero en el último año se empleó tan a fondo en sus casos que sufrió una recaída que podría haberle costado la vida. Mio recordaba aquellos días en el hospital, enchufada a la máquina de diálisis, como los peores de su vida. Los médicos hicieron muy mal trabajo, complicando tanto su situación que su cuerpo se intoxicó a sí mismo por falta de tratamientos. Casi la perdió aquella noche. Todos estuvieron a punto de hacerlo. Mamá y papá, que se reconciliaron —de nuevo— por su situación, Marc, con quien estaba peleada entonces... Y Caleb. Caleb fue el único que nunca, jamás llegó a separarse de ella. No la dejó sola ni un minuto, pasando más de setenta y dos horas despierto para velarla. Fue en esas circunstancias cuando Mio perdió del todo la esperanza de que alguien la quisiera tanto.

Era un pensamiento injusto y humillante, pero... ¿Cuántos se habrían quedado a su lado si los hubiese necesitado? ¿Caleb habría apretado su mano con los ojos llorosos? ¿Su madre habría rezado al dios al que dejó de dedicarle sus oraciones hacía años…?

—Mio, nos vamos a dormir —anunció Aiko, dedicándole una sonrisa desde la escalera—. Cuando termines, apaga el ordenador. Mucha suerte mañana, ya verás que todo el mundo se queda deslumbrado contigo.

Mio agradeció su apoyo devolviéndole el gesto y desvió la vista a *Noodles*, que seguía durmiendo tranquilamente sobre su tobillo. No tenía ninguna esperanza de pegar ojo, así que puso una película al azar que resultó ser de aquel raro de Woody Allen. Otro director excéntrico al que no entendía y que a Aiko le encantaba. Aunque no era como si estuvieran mirando, ¿no? Podía poner lo que quisiera.

Sonriendo con resignación, tecleó en la página *web* de películas piratas el título de su imprescindible. En cuestión de minutos, un ogro de dibujos animados se bañaba en barro a ritmo de *All Star*.2



Las cosas que empezaban por «c» no estaban nada mal, pero las que comenzaban por «i»... Esas jugaban en otra liga. Y si no, que se lo dijeran a las gotas de perfume «Invictus» alojadas en la camisa con la que Mio se acostó esa noche.

En el momento le pareció una idea estupenda, pero a la mañana siguiente sí que pensó en lo patético que era dormir abrazada a una prenda de ropa… O lo que era peor: haber invertido la mitad de sus horas de sueño en esnifar la colonia como una cocainómana después de cobrar la lotería. Mientras duró la fantasía, se sintió como Los Beatles durante su visita a la India, o lo que era lo mismo... Feliz por haber contactado y conectado con las drogas de diseño al primer contacto.

Mio había visto un mundo de colores espectaculares abrazada a la camisa que Caleb le había prestado, y ahora le tocaba pagar las consecuencias. Enfrentarle para pedir disculpas por haber llegado tarde en su primer día.

Había estado tan ocupada fantaseando con aquel pedazo de lino y algodón que cuando consiguió dormir, se le olvidó poner el despertador. Era una suerte que Noodles hubiera nacido con una alarma integrada y haya decidido entonar sus singulares cánticos a las siete exactas. Tenía que estar en su puesto a las siete y media, lo que le dio exactamente diez minutos para vestirse.

Como era natural, se cargó las medias en el proceso de ponérselas —y ni siquiera eran las de su correspondiente día—, y como no tenía tiempo para infiltrarse con sigilo en la habitación de su hermana, tuvo que ponerse algo suyo. Una falda plisada más corta de lo recomendable, y una chaqueta celeste.

¡Una chaqueta celeste! ¿Qué clase de abogada respetable llevaba un accesorio de *Polly Pocket*? No podía pararse a meditarlo, ni quería responderse con un «pues una abogada de pacotilla, como tú», así que salió volando sin mirarse mucho en el espejo. Con la cara que llevaba, acabaría invocando a Verónica tres veces, para que al final fuese el espíritu el aterrorizado. «Disculpa por despertarte tan pronto, Vero, pero quería saber si podías prestarme una blusa decente». Tal vez, aprovechando su poder como leyenda tétrica, pidiera en su lugar que le arrancase la cabeza y la usara como bola de bolos, porque el reloj indicó las ocho menos diez cuando empujó las puertas de entrada al bufete... Y para entonces más le habría valido estar muerta.

Nada más entrar, una serie de mujeres con cafés en la mano y carpetas en la contraria clavaron sus ojos pintados en ella. Mio estuvo a punto de meter las piernas para dentro, o de saltar mucho sobre la loseta hasta que se la tragara, como aquella lámpara estúpida que no aprendía la lección después de décadas protagonizando la firma de *Pixar*.

—Tú debes de ser Mio Sandoval —se adelantó una de ellas, subida sobre unos tacones elegantes. Fallo garrafal: necesitaba unos como esos. No podía robarle los zapatos a Aiko, tenía los pies de Michael Jordan—. Soy Julissa Janet Jones; Julie para los demás. Me suelo encargar de casi todos los casos mercantiles.

Julie, Julie, Julie... Le sonaba, y no era solo por ser el nombre de la actriz de *Sonrisas y Lágrimas*. ¡Claro! Era la mujer que Caleb mencionó... La que merecía el ascenso. El puesto de Aiko.

Glup.

—Encantada, Julie... —Le estrechó la mano con la misma determinación que el pedo de una vieja. «Necesitas practicar tus apretones, Mio»—. Tengo que hablar con C... El señor Leighton, así que si me disculpas...

—Claro, claro.

Mio se separó del grupo de faldas caras con el estado de ánimo de una canción *rock* emo. No podía dejarse impresionar. Como mucho, podía dejarse reprender por cutre y por tardona. Aunque Cal ya sabía que esas eran sus cualidades definitorias, ¿no?

Tocó a la puerta de su despacho. Se estremeció de pies a cabeza al oír el serio «adelante» que reverberó en el interior. Mio abrió la puerta, y en cuanto lo vio ajustarse las gafas para mirarla, le vino una palabra a la cabeza.

Con «c» de «cañón».

Caleb miró el reloj de reojo.

Con «c» de «cabreadísimo».

—Espero que tengas una buena excusa para justificar tu tardanza.

—He aparecido a la hora que me has dicho, solo que estaba en el baño haciendo... estiramientos. —La osada ceja de Caleb le cerró el pico antes de lo previsto—. Lo siento. No volverá a pasar.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—Por qué has venido tarde.

«Porque me dejó exhausta el maratón de sexo con tu camisa, la que, por cierto, me he molestado en traerte... Cuando debería haberla tomado como rehén».

El pago por el rescate sería un beso, claro. O un beso y lo que solía seguir.

—Mio, quiero una explicación.

—Porque no sabía qué ponerme —soltó de sopetón—. Y... estaba nerviosa, no he dormido en toda la noche. Tampoco me ha sonado la alarma, ha sido todo horrible... Y encima no he desayunado. Así que no te pongas flamenco conmigo, es tu culpa por hacerme venir tan pronto.

Con «c» de «cagada».

Gran cagada, amiga.

—Si te molestan los horarios, te invito cordialmente a no someterte a ellos y buscar otro trabajo de tu gusto.

—*No, no, no, no,* no quería decir eso. O sea, sí quería, pero ha sonado fatal. Lo siento, de verdad. No volverá a pasar. Me quedaré haciendo horas extra... Aunque mañana no puedo porque tengo que ir con Aiko a ver su vestido de novia.

Se mordió el labio.

—Siento haberlo mencionado.

—¿Por? Todo el mundo sabe que Aiko se casa —repuso de mal humor. No la miraba: tenía los ojos puestos en el escritorio—. Como sea. No vuelvas a llegar tarde. Te recuerdo que estás en periodo de prueba. Estas dos primeras semanas vas a hacer lo que yo te diga. En tu mesa están todos los informes y declaraciones que quiero que redactes para hoy.

Mio abrió la boca y la cerró varias veces.

Con «c» de «cierra tu bocaza por una vez en tu vida».

¿Era necesario que mencionara lo del vestido? Porque no lo iba a tener en secreto, no lo era, pero recordárselo cuando era innecesario sonaba a recochineo y ella no pretendía hacerle daño. Y saltaba a la vista que estaba muy molesto.

—Vale —aceptó con la boca pequeña. Se quedó en la puerta con la bolsa en la mano y contuvo un suspiro—. Eh...

Caleb soltó el bolígrafo y la miró.

—¿Necesitas algo?

«Un almacén provisto de ejemplares de la colonia que usas. Y un abrazo de bienvenida, o algo así».

No lo dijo, claro. A ojos de Caleb debía mostrar serenidad y fingir que tenía un poco de dignidad.

Cambió el peso de pierna y sonrió.

—¿Qué tal estás? ¿Has dormido bien?

—Sí. Gracias por preguntar.

—Y… ¿Qué haces?

Caleb devolvió los ojos al taco de folios grapados.

—Cosas.

—«¿Cosas nazis?»

Caleb agachó un poco la cabeza para ocultar una sonrisa que a ella no le pasó desapercibida. Sabía que era un fanático de las series estilo *Padre de Familia*, y que de pequeño repetía en YouTube todas las partes que le hacían gracia. Con once años llegó a memorizar los *sketches* más divertidos, entre ellos, el de Peter y Hitler.

—«Sí, Peter —respondió, entre cansado y divertido—. Cosas nazis».

Mio no se fue hasta que él sonrió con todos los dientes, concediéndole una especie de perdón que le sirvió como comienzo, y un aliciente para hacer las cosas bien. No quería ser repetitiva, pero aquel hombre fue la inspiración de la «c» de «cosa bonita».

Casi flotó hasta el despacho de Aiko. Caleb no lo sabía, pero había estado en Leighton Abogados varias veces antes de su primera visita. No contaba con el acuario —ni con los cadáveres—: desde la última vez que se dejó caer por allí, habían hecho algunas reformas. Pero en general todo seguía siendo igual. Un lugar amplio y luminoso, con unas magníficas vistas al centro de la ciudad, y con casi todas las oficinas acristaladas. Excepto las de los juniores o asociados, cuyas oficinillas segmentadas recordaban a los cubículos de una empresa de telecomunicaciones. Leighton Abogados era la firma más prestigiosa de Miami, tal vez después de Miranda & Moore, y eso se notaba en el aspecto del lugar y de sus empleados.

Mio no tuvo que pedir indicaciones para encontrar el despacho de su hermana, pero sí para ubicar la máquina de café. No era ninguna apasionada, solo lo tomaba por supervivencia y para aumentar su hiperactividad. Y ese día necesitaba demostrar que podía hacer miles de cosas a la vez.

Doblaba por el primer pasillo que giraba a la puerta del despacho del hermano de Marc, cuando oyó una conversación alta y clara que provenía del baño femenino.

—¿Has visto cómo iba vestida? —reía una mujer de voz profunda—. No sé qué era peor, si la falda, la blusa, los zapatos... O las medias hechas jirones. Entiendo que no tenga tanto dinero como su hermana y no pueda permitirse sus modelitos caros, pero hasta un ciego combinaría mejor los colores.

—Ni que lo digas. Parece mentira que sea hermana de Sandoval, no podrían ser tan distintas ni queriendo. La ropa ya es una seña, pero ¿qué me dices de cómo balbuceaba delante de Julie? Si hubiera sido ella la del ascenso en lugar de esa enchufada, podría haberla dejado por los suelos solo preguntándole por qué llega tarde.

—¡Esa es otra! ¡Qué falta de profesionalidad! —exclamó la víbora inicial—. Aunque supongo que se lo puede permitir. Estando aquí como delegada de Aiko, dudo que le echen una bronca por tomárselo todo a la ligera. Sobre todo con lo metido dentro de sí mismo que está el gerente últimamente... Dudo que pierda tiempo de trabajo para referirse a esa colegiala. ¡Si es que parece una adolescente, una *tokyo idol* de esas!

—Desde luego llevaba la falda igual de corta. Pero he estado pensándolo, en por qué elegirían a esa chica por encima de Julie... Y creo que podría ser porque Caleb quiere a una mujer parecida a Aiko en su lugar. Ya sabes, que la tiene ahí para que algo le conecte con la Sandoval mayor. Está tan loco por ella que no me extrañaría que hubiese colocado de sustituta a otra china.

China.

Acababa de llamarla china.

¡China! ¡¡CHINA!! ¡Chinas eran las galletas de la suerte, no ella!

—Pero ¿tú la has visto bien? Si fuera un poco mona, se entendería.

—Ya, es verdad que no es la más guapa del bufete. Pero piénsalo...

—Ni hablar. Pongo la mano en el fuego porque Caleb no tocaría a esa mosquita muerta ni con un palo, ya se disfrazara de su hermana o aprendiese a hablar como ella. La clase no es algo que se pueda aprender, es algo con lo que se nace... Aiko lo tiene, y Mía no. Está aquí por pena.

Eso ya era el colmo. Llamándola china y llamándola Mía: las dos cosas que más detestaba en una sola oración. Bueno, *tres*, porque acababan de compararla con su hermana, y naturalmente salía perdiendo. Eso, a diferencia del cambio de nacionalidad y nombre —malditas serpientes... A ese paso tendría que renovarse el carné de identidad—, le dolía de verdad. Por eso se retiró tan rápido como pudo, escuchando de fondo sus risas pérfidas.

Por favor, ¿esas cosas no se acababan en el colegio?

Negó con la cabeza y clavó la vista en el suelo. Para secarse las manos empapadas de sudor tuvo que cambiar de mano la bolsa que contenía la camisa de Caleb. La camisa de Caleb... Un detalle que le encendió la bombilla y le averió los cortocircuitos. Acabó dando media vuelta y dirigiéndose al baño, con la bolsa apretada contra el pecho y los labios fruncidos.

Se situó justo detrás de ellas y carraspeó, haciendo notar su presencia. Las dos se giraron. Una era pelirroja y otra tenía el pelo oscuro, cortado como un chico.

—Perdonad, ¿alguna de vosotras es la secretaria de Cal? —preguntó, con todo el tacto del que fue capaz. La morena de pelo corto asintió, asumiendo el cargo—. Ah, genial. Te he estado buscando para que le devuelvas esto.

Le acercó la bolsa, casi poniéndosela en las narices. Su confusión, además del insulto a sus medias rotas —por favor, eso era ya una institución—, la animaron a aproximarse con un gracioso contoneo.

—Verás, podría dárselo yo, pero si tengo que interrumpirle todos los días para entregarle una bolsa con la ropa que se dejó anoche en mi habitación, podría acabar siendo sospechoso. Confío en que tú y tu compañera seréis discretas y me guardaréis el secreto. Solo es una camisa que se ha olvidado esta mañana.

«Chica, tus dotes de interpretación son una maravilla».

«A irme con toda la dignidad del mundo me enseñó Norma de *Pasión de Gavilanes*».

«Pues a ver cuándo reclamas a tu Juan».

Esa era una buena pregunta. Pero por lo pronto se acostaba con él a menudo —aunque fuera delante de esas dos—, no podía quejarse. Ni las otras podían moverse, por la conmoción en la que estaban.

—¿Te estás acostando con Caleb Leighton? —preguntó la pelirroja, con los ojos redondos.

—Eso no es de tu incumbencia —le soltó. Enseguida se sintió mal por hablarle de esa manera, y carraspeó—. Pero sí. Deberíais probarlo, no lo hace nada mal —añadió desinteresadamente.

Quiso darse un palazo en la frente en cuanto asimiló lo que acababa de decir.

—Ah, no, no, de aquí no te puedes ir sin dar detalles —exigió la morena, cogiéndola del brazo. Mio la miró temiendo que no la hubiese creído—. ¿Cómo? ¿Desde cuándo? Pensábamos que estaba colado por Aiko, y que por eso se pasa ahora todo el día trabajando. No quiere tiempo libre para no pensar en su boda.

Mio estuvo a punto de hacer un puchero.

¿Quién la mandaba meterse en esos percales? ¿Y más cuando estaba sola...?

—Hace tiempo que Cal olvidó a mi hermana. Reconoció a Miranda como un adversario digno en su momento y se retiró. De todos modos, en nuestra relación no importan los sentimientos. Es todo carnal.

La morena sonrió lobuna.

—¡Ay, sobre eso! ¿Cómo es? ¿Es tierno, o lanzado...? Porque así a simple vista parece el típico empolloncito al que solo le preocupa no hacerte daño, pero me lo imagino quitándose las gafas y convirtiéndose en Superman. Dinos, dinos. ¿Cómo lo hace?

«Rápido, Mio. Piensa. ¿Cómo lo hace Caleb?».

«Cómo hace Caleb, ¿el qué?».

«¡Cualquier cosa! Dale al coco y luego lo trasladas al plano sexual».

«Bien... ¿Cómo hace el arroz a la cubana?».

—Se toma su tiempo, porque es algo que le encanta —se oyó decir, tan roja que hacía daño a la vista—. Lo condimenta muy bien, si sabes a lo que me refiero... Le pone de todo, aunque también depende de su estado de ánimo. Cuando está de buen humor... —Mio miró al techo y se mordió el labio, recordando la última vez que cocinó su plato estrella para mamá—. Lo acompaña con distintos sabores.

—¿Usa lubricantes?

—Sí. Lo hace muy caliente, realmente me pone a hervir... Y luego me deja un rato hasta que me relajo y ataca de nuevo.

—¡Es de los que repiten! —palmeó la morena—. ¡Lo sabía! ¿Y qué hace?

—Ah, pues de todo. Un poco de aquello, un poco de lo otro... —mintió.

Caleb hacía arroz a la cubana, tres o cuatro platos mexicanos, y mucho era. El resto del tiempo se aprovechaba del talento culinario de los demás. Eso le dio una idea.

—Aunque yo no me quedo corta, le gusta más que se lo hagan a hacerlo él.

—Pues como todos —bufó la pelirroja.

—Y entre tú y yo... —añadió la otra en voz baja—. ¿Cómo la tiene? Ya sabes...

Mio cometió el error de imaginarlo. Caleb completamente desnudo, en su habitación. De pie. Con las gafas. Esperándola, muy, muy duro... Con una de esas sonrisas de perro malo que le veía poner a Marc.

¿Cómo la tenía? Dios, le daba igual.

Eso debía ser el amor.

—Enorme, y cuando digo enorme... Me refiero a *enorme*. —Siguiendo su propia regla, separó los dedos para medir más o menos el tamaño de su pene ficticio—. Por lo menos dieciocho. Muy por encima de la media.

—Eso tampoco es estar muy por encima de la media —se quejó la morena, con el ceño fruncido—. Mi ex era de diecisiete, y no marcaba ninguna gran diferencia respecto a otros. En fin, vaya decepción... Yo me lo imaginaba gigantesco. Tiene un paquete increíble, pero supongo que engaña.

Mio la miró muy indignada.

¿Cómo se atrevía a meterse con el falso miembro de Caleb Leighton?

Le habría dado lo que era bueno por faltarle el respeto a su gran creación, pero las dos se despidieron prometiendo guardar silencio. Eso al principio tranquilizó a Mio, igual que saber que había hecho justicia consigo misma al menos por una vez. Se sentía bien. Poderosa. Y más al sentarse en el sillón de su hermana... Si le hubieran hecho una foto al acomodarse, *House of Cards* ya no tendría que preocuparse por el póster de la última temporada.

Pero luego le asaltó una duda. ¿Y si no le guardaban el secreto? ¿Y si se lo contaban a Julie...? ¡Dios! ¡Julie salía con Caleb, o por lo menos dormían juntos! ¿Y si había intereses románticos en medio? Bueno, eso era imposible, porque Julie nunca sería como Aiko, el gran amor de su vida... Pero a lo mejor estaba pensando en pedirle salir de verdad, en formalizar su relación, y ella acababa de cagarla inventándose una fantasía en la que Caleb le daba hasta en el carnet de identidad. Ese en el que, por lo visto, estaba escrito que era china.

Se empezó a poner tan nerviosa que no había pañuelos suficientes para secar el sudor de sus palmas. ¿Qué podía hacer? ¿Ir y contárselo? No, no, no, de eso nada. Qué maldita vergüenza... Encima estaba en periodo de pruebas. La mandaría a casa antes de que pudiera llegar contarle cómo había definido su entrepierna. Aunque no es que fuese la mejor parte. Por lo visto, dieciocho no era para tanto.

—Mio.

La humilde servidora dio un respingo sobre su asiento que por poco la tiró atrás. Caleb acababa de entrar en el despacho con una carpeta a cuestas, perfecto e impoluto con su camisa un botón desabrochada y su americana desenfadada. Entre la enajenación por lo bien que le sentaba todo y la preocupación por lo que pudiera suceder, se preguntó si se habría sentido decepcionado al empujar la puerta y no ver a Aiko, sino a ella.

La chica que nació sin clase y no la podía copiar, en palabras de otros.

—Necesito que vayas enviándome los infor...

Caleb entornó los ojos sobre el trabajo que no había hecho.

—¿No has empezado?

«Perdona, estaba ocupada respondiendo preguntas sobre si te va el anal. Por cierto, ¿te va?»

—N-no. Lo siento, e-es que... Yo... V-verás...

Caleb la cortó apoyando una mano muy cerca de donde descansaba la suya. Rozó su dedo meñique sin querer, enviando una onda eléctrica desde la yema hasta el resto de su cuerpo. Solo se había inclinado hacia delante, y ya olía su perfume, percibía la mezcla de su aliento con el aire... Y sus ojos. Sus ojos sobre ella, mirándola con comprensión.

—Mio, puedes hacerlo. Solo tienes que concentrarte y recordar lo que has aprendido en la universidad. Ya has hecho esto antes durante las prácticas, no hay truco. Y si tienes dudas, puedes preguntar a Jesse.

»Los necesito para esta tarde. Sé que cumplirás el horario, pero cuanto antes empieces, mejor.

Dios... Y ahora, justo *ahora*, cuando debía estar cabreado, sacaba su lado tierno y empático. ¿Por qué todo le tenía que salir mal? Para ser china, tenía muy pocas galletas y muy poca suerte.

Pero se forzó a sonreír un poco.

—Gracias. Lo tendré listo lo antes posible, lo prometo.

Caleb asintió y se dio la vuelta. Por un lado, se sintió aliviada. Necesitaba a ese fanático del arroz blanco con tomate bien lejos de ella para no culparse de algo que había hecho mal. Pero por otro, le dolió que no aprovechara para preguntarle cómo estaba, o si necesitaba ayuda...

«Mio, querida, ya no eres una cría de párvulos que se agobia si se sale de los círculos al colorear».

Ciertamente no, no lo era, pero... Con Aiko siempre tenía algunas palabras.

«Céntrate». Sí, eso. Debía concentrarse, con «c». Y no mirarle el culo, también con «c». Ni cometer suicidio, por no perder la bonita costumbre de comenzar las frases con la tercera letra del abecedario.

Mio suspiró e intentó enfocarse en lo que tocaba. Que no era el hambre que tenía, por cierto.

Si hubiera sabido que mentir daba antojos...

---

2 Shrek.

4

Mayores de dieciocho

Caleb necesitaba paz para trabajar. No, no solo para trabajar, sino para alcanzar la perfección en su trabajo. Y con paz se entendía no tener que escuchar el *rock* manido que Jesse ponía en sus tiempos libres, gracias a la estrechez de las paredes. Si tuviera dinero que malgastar o tiempo que perder, se ocuparía de levantar un muro de cemento para escapar de la sordera de su amigo.

Pero eso no era todo. Estaba alerta por si Mio seguía teniendo la costumbre de entrar en habitaciones ajenas —o en ese caso, despachos— sin llamar. Había demostrado que sabía llamar a la puerta, cosa que no hacía cuando eran niños y les cortaba el rollo a Aiko y a él. Era un paso. Pero por si acaso, echaba vistazos rápidos. No quería que le pillara con la guardia baja.

Y después estaba, para colmo, la insistencia de Aiko en que le echara un ojo a los distintos diseños que había fichado para su vestido de novia. No era tan tonto como para pensar que no se daba cuenta de lo que estaba haciendo. O más bien, ella no era tan tonta como para negar lo evidente. Pero sabía que lo hacía por el bien de todos, que su móvil estaba ardiendo a causa de su voluminosa entrega de capturas de pantalla para ayudarle a superar lo que estaba por venir.

—*¿Cuál te gusta más?* —le preguntaba, al otro lado de la línea. Había repetido la misma pregunta alrededor de diez veces, solo que en distintas materias: flores, hoteles, destinos de luna de miel... Tanta insistencia había provocado que acabase por poner el manos libres—. *Ni siquiera les has echado un vistazo a los modelos, ¿verdad? Igual que has pasado del diseño de las invitaciones.*

—Me parece bastante estúpido e irónico que vengas a preguntarme a mí qué veo más apropiado para tu boda. ¿Por qué no recurres a tu novio? ¿O es que tiene demasiado *glamour* para patearse la ciudad yendo a ver a un par de organizadores de eventos?

Aiko suspiró.

—*Veo que no te pillo en un buen día.*

—No sé lo que son buenos días. Quiero trabajar y nadie me deja tranquilo. Por Dios, Kiko, esta tarde te voy a acompañar a comprar ese vestido de novia. ¿No puedes esperar? Ya te prestaré atención luego.

—*Pero quiero echarle un ojo a lo que tiene la tienda antes de aparecer por allí. Me preguntarán si voy con alguna idea, y... Lo siento, Cal. Es que estoy tan aburrida aquí todo el día... Marc no vuelve de trabajar hasta bien entrada la noche, no tengo perro al que pasear o con el que jugar, no puedo hacer ejercicio y ya he terminado todo el trabajo pendiente. Me siento como la estúpida mujer florero, necesito una distracción. A este paso acabaré buscándome un amante.*

Caleb se rio sin ganas.

—¿Y lo más apropiado para divertirte es llamarme a mí en horario de trabajo?

—Pensé en molestar a Mio, pero no quiero entretenerla. Seguro que tiene muchas cosas que hacer.

—Por lo que se ve, yo no las tengo, por eso has decidido entretenerme a mí.

—Qué gruñón eres cuando quieres. Y sí, te entretengo a ti porque te lo puedes permitir. Con todas las horas que echas en el despacho, ya habrás acabado con cada una de las demandas del Estado de Florida. ¿Qué planeas, dejar a la competencia sin trabajo? Porque sé que planeas algo, Cal. Te conozco.

Caleb cerró una de las carpetas con la que acababa de terminar, y se estiró para alcanzar otra. Todo con una sonrisa que habría revelado la verdad a Aiko si la hubiera visto.

Claro que planeaba algo. No, «algo» no... Planeaba el caso más importante de su vida, y Aiko no podía meter sus narices hasta que no lo tuviera todo preparado. Le diría que estaba loco y lo forzaría a abandonar. De hecho, ya sabía a qué argumentos recurriría. «Sí, Cal, eres muy buen abogado... De los mejores que conozco. Pero eso es porque sabes poner distancia entre los clientes y tú; no dejas que te afecten sus sentimientos. Ahora... Lo que quieres hacer te toca de manera directa. Es algo que podría hundirte».

—Te estoy oyendo pensar. Y te estoy viendo sonreír como el capullo introvertido que eres.

—Serás la primera en saberlo cuando esté listo para salir. Pero ahora me quedan algunas cosas que preparar.

—¿Mio te está ayudando con el que quiera que sea tu plan?

—Claro que no.

—Has sonado como si te aterrase la idea. ¿Es que ha hecho algo malo? Sé sincero, por favor. ¿Cómo se está desenvolviendo?

¿Que cómo se desenvolvía...? Pues por lo pronto, se había puesto una falda a la que podría acusar de estrangulamiento y provocación, y dado que cuando se ponía nerviosa se le subían los colores y nunca lo estuvo tanto, había tropezado con una cara de recién follada que le había sacudido el pantalón. Bueno, la que él suponía que sería su cara de recién follada. Ruborizada, un poco despeinada, y con los labios rojizos de tanto mordérselos...

—Al final de la tarde te haré un informe detallado de sus progresos. Pero no tienes por qué llamarme como una madre preocupada. Tiene una edad, Aiko. Y no, no ha trabajado antes, pero eso no significa que haya que sobreprotegerla. Sabes que cuidaré de ella si es necesario. Por lo pronto, no lo es.

—¿La cuidarás? ¿Vas a romper tu promesa del año pasado, esa de dejar de andar detrás de ella?

—Nunca he ido detrás de ella si no necesitaba que alguien lo hiciese —repuso, molesto—. Y no, no voy a romper ninguna promesa. Solo la cubriré si arma un escándalo para que no se le tiren encima. Hay muchas hienas por aquí, muy competitivas, ya lo sabes. Puedo salvarla de ellas, pero no de sí misma.

—Me dejas más tranquila. Gracias.

—Ni se dan. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Ajá, así que ahora me sacas conversación... ¿No decías que debería llamar a mi novio, o algo así?

—Deberías. Poner un anillo en el dedo de alguien significa aguantarle haga lo que haga. Y deberías aprovechar que estás infiltrada en la competencia para sabotearlo con toques cariñosos que bloqueen el flujo de llamadas a su bufete.

Aiko bufó.

—*Tú eres la verdadera hiena aquí.*

Caleb aulló al teléfono, burlón. Sonó más como un lobo, porque no sabía qué clase de ruido hacían las hienas, pero lo importante fue que Aiko captó la indirecta y le dejó seguir sumergiéndose en los documentos que llevaba semanas examinando.

Era consciente de que, si el tema no le tocara de cerca, habría acabado hacía mucho tiempo. Pero necesitaba que todo fuera perfecto. Más que de costumbre. Y para eso necesitaba un café solo, que estuvo a punto de convertir en un café acompañado cuando se cruzó a la atolondrada revolución de ojos rasgados, meneando la faldita con resultados similares a los del vaivén de un tornado.

Caleb no socializaba con sus compañeros. No era por ser elitista, que igualmente lo era un poco; solo le interesaba entablar una verdadera relación con los socios, los que partían el bacalao en la zona. Y poco tenía que ver con su preferencia hacia la gente inteligente y capaz. Tenía que ver con su introversión, su timidez, su nulo talento expresivo. Sabía que siendo el gerente nadie le llevaría la contraria ni le harían un desaire: ese era otro motivo por el que no se acercaba a nadie. No quería lameculos, como tampoco necesitaba amigos mientras tuviera a Aiko, así que estaba bien.

Esto significa que no se preocupaba de fijarse en los demás, pero aquel día fue un poco distinto. Empezando porque a Mio le sudaban mucho las manos, señal de que había vuelto a portarse mal, y siguiendo porque los juniores y secretarias no paraban de mirarlo de reojo, como si hubieran descubierto algo tórrido sobre él.

Debían ser imaginaciones suyas. Se había pasado la noche desvelado —otra vez—, y la falta de sueño le solía producir alucinaciones de vez en cuando. Fuera cual fuera la razón, le molestaba. Huyó de la incomodidad de estar siendo sometido a un escrutinio incomprensible y se retiró a su despacho.

Pasó el resto de la mañana tan ocupado con sus investigaciones que apenas tuvo tiempo para recordar que la tentación vivía —temporalmente, y no en el sentido literal— al lado. No quería ni pensar en la tarde que le esperaba acompañando a Aiko y a su hermana —porque Mio estaba obligada a ir como madrina— a por un vestido de novia. Despreciaba las bodas. Le traían muy malos recuerdos.

Cuando el reloj marcaba casi la hora de irse, la puerta se abrió de golpe. Caleb observó que Mio se colaba en el despacho con la respiración descontrolada, y echaba el pestillo para enfrentarlo casi asustada. Fue a preguntarle a qué se debía, pero ella lo interrumpió.

—Tengo que darte una mala noticia.

Las malas noticias de Mio variaban entre ponerse los calcetines del jueves un viernes cualquiera y haberse perdido el maratón de la última telenovela que estaba viendo, por eso no se preocupó.

—¿Los Lakers han perdido? —bromeó. Se puso de pie y rodeó la mesa muy despacio, arrepintiéndose de cada paso. Estar cerca de Mio era otra forma de tortura, pero la carne era débil —. ¿Qué es, pecosa?

Mio lo miró con los ojos llenos de arrepentimiento, como cuando rompió el mando de la *PlayStation* para el que Cal llevaba ahorrando una eternidad, o como cuando tuvo que reconocer haberse comido los cereales que Aiko I compraba para los días que él pasaba en su casa.

—¿Mio?

—Tienes que prometerme que no te vas a enfadar.

—No puedo predecir el futuro.

—*Porfi* —suplicó, haciendo una mueca—. Necesito tu juramento de abogado. Pon la mano sobre la Constitución, o lo que sea importante para ti.

Si lo que buscaba era un elemento sagrado al que no se le ocurriría traicionar, tendría todo el derecho a plantarle la mano en el culo y rezar un Padrenuestro.

«Céntrate, zorro», le dijo el diablo de su hombro, que tenía el aspecto de Jesse.

—No me enfadaré, palabrita de *Boy Scout*.

Mio se tranquilizó, aunque no lo suficiente. Examinó cada rincón del despacho, respirando como si fuera a hacer salto de trampolín y le dieran miedo las alturas.

—Verás, yo... Estaba yendo esta mañana al despacho de Aiko, justo al salir del tuyo... Bueno, iba por un café para terminar tus informes, y... Y llevaba tu camisa en la mano. O sea, la bolsa con la camisa. No sé dónde iba, ya no me acuerdo, pero pasaba por el baño y oí que dos mujeres hablaban de una tal Mía. Que no es... No es por ser egocéntrica, pero a no ser que haya una Mía por aquí relativamente nueva, con ropa patética y con una hermana llamada Aiko... Jo, eso sí que sería gracioso, descubrir que tengo otra hermana. Una gemela...

—Mio, ve al grano.

—Sí, sí, sí...

Se retorció las manos en el regazo.

—Pues que estaban hablando y decían algo sobre enchufes. En el sentido figurado, nada de instalaciones eléctricas... Se referían a mí, y, eh... Sé que esto es una tontería, debería darme igual lo que digan, pero entonces dijeron que era china y sabes que eso a las Sandoval no nos gusta nada de nada. Y también mencionaron que...

Tragó saliva y lo miró directamente, tan histérica que contagiaba la sudoración.

—Dijeron que tú nunca me tendrías aquí por interés propio y que era demasiado fea para que te interesara, y yo llevaba tu camisa encima…

—Me he perdido. ¿Dijeron que eras demasiado fea para el puesto?

—No, para el puesto no, sino para ti. Así que…

—Así que, ¿qué?

—Les mentí. Conté que nos acostamos juntos una vez. —Pausa arrepentida—. Estoy mintiendo otra vez. Una vez no, sino muchas. Como que... Te quedas a dormir conmigo casi todos los días. Y... Cuando solté la mentira, ellas me agarraron y les tuve que dar detalles. Me preguntaron un montón de cosas al respecto y no me pude callar.

Viendo que Caleb cerraba los ojos un segundo para asimilar la información, selló los labios. Primero tuvo que deshacerse de la imagen mental de él durmiendo en la cama de Mio. Después... En fin.

Después empezó el drama.

—A ver si he entendido bien. La gente que trabaja en el bufete cree que tenemos una especie de relación sexual porque querías demostrar que me pareces atractiva.

—También creen que eres muy activo en la cama, y que tienes... —Bajó la vista a su entrepierna—, un buen arsenal.

Caleb se quedó ojiplático. Sintió la cara arder, no sabía si de vergüenza, de rabia o porque Mio se humedecía los labios examinando su paquete.

Al hacer la gran pregunta, procuró deletrear cada palabra.

—¿Has hablado del tamaño de mi polla con personas de la firma?

Asintió con firmeza.

—¡Pero les dije que era grande! A ver, yo dije en mi inocencia que era grande. Ellas respondieron que dieciocho no era para tanto. Y si eso no es para tanto, ¿qué es grande? —balbució, contrariada—. A mí me parece una medida razonable, tampoco hace falta ser Rasputín.

Caleb se dio la vuelta y caminó hasta el escritorio para que Mio no viera cómo se esforzaba por no descojonarse allí mismo.

Durante un buen rato, ella estuvo defendiendo su tesis acerca de lo que consideraba el tamaño medio oficial de trabucos. La dejó a su aire, intentando mantener el control. Se decepcionaría muchísimo si llegara a soltar una carcajada.

Al final la pudo encarar de nuevo, serio. Tal y como merecían las circunstancias.

—Dime exactamente qué has dicho, palabra por palabra. Necesito saber a qué me enfrento.

—No dije nada malo —se defendió, con los ojos llorosos—. Pensé en cómo haces arroz a la cubana y me inventé una historia. Se supone que te gustan los lubricantes con sabor y que... Que te va todo, que no le haces ascos a ninguna... práctica sexual.

Qué coño, ¿acababa de decir del arroz a la cubana? Caleb estuvo a una maldita inspiración de echarse a llorar de la risa delante de una criatura que se esforzaba por no deshacerse en lágrimas. Una parte de él se sintió injusta y quiso pedirle disculpas, como si tuviera la culpa de que fuera magnífica inventando historias, pero otra...

Frunció el ceño y se acercó a ella, crispado.

—¿Te crees muy graciosa? ¿Tienes idea de lo que cuesta hacerte respetar, de lo difícil que es separar tu vida privada del trabajo y que nadie te conozca más allá de lo que haces en horario laboral? Me he partido la crisma llevando la discreción a otro nivel para que ninguno de mis compañeros supiera nada de mí que yo no quisiera, y ahora llegas tú y te inventas una historia de la nada. ¿Para qué? ¿Para que crean que estás aquí para alegrarme las vistas? ¿Para que te tomen menos en serio y se piensen que eres la amante del jefe? ¿Qué puñetas hay en tu cabeza, Mio? ¿A quién beneficia esto?

Mio se mordió el labio para contener el puchero.

—Es mejor que piensen que soy la amante del jefe que la patética hermana menor de la otra jefa. Por lo menos estaría aquí por méritos propios. Que, vale, no tendrían que ver con el derecho, pero evitaría que pensaran que me han dado el despacho de Aiko por pena.

—¿Estás de broma? ¿Prefieres que piensen que te lo han dado por ponerte de rodillas?

—Dijiste que no te ibas a enfadar —le reprochó.

—Y no estoy enfadado.

Era verdad, no lo estaba. Le faltaba muy poco para morirse de la risa, y tenía que echarla de allí antes de que eso sucediera o le estaría dando carta blanca para hacer con su reputación lo que quisiera.

—Estoy furioso.

—Tu juramento incluía sinónimos. No podías estar *enfadadofuriosocabreadomolesto*.

—No puse mi firma en ninguna parte, y esto no va sobre mi reacción, sino sobre lo que has liado en tu maldito primer día trabajo. ¿No has pensado en la imagen que estás dando de mí? —espetó, irritado. Mio pegó la pared a la puerta, mirándolo espantada. «No cedas»—. El lema principal de esta firma es el trabajo duro, que es lo que conduce a la recompensa. Demostrar talento y responsabilidad, no ser la hermana o «follamiga» de nadie. Bastante me he jodido a mí mismo metiéndote aquí siendo quien eres, dando a entender que soy persona de favoritismos, para que ahora piensen que mezclo trabajo con placer.

Mio apretó los labios.

—Pero es que sí lo haces. Metes la polla donde tienes la olla. Sé que te acuestas con Julie, y es abogada aquí… Así que no me eches una bronca sobre principios o bufetes porque aquí tu verdadero problema es que es *a mí* a quien te tiras en el mundo ficticio. A lo mejor, si hubiese sigo Aiko tu *amigovia* de cara al público, estarías dando palmas.

Aquello le sacó de quicio.

—¿De qué coño estás hablando?

—De que estás mosqueado porque te avergüenza que el mundo crea que te tiras a la hermana fea.

Caleb se rio de pura incredulidad. Tenía la polla como el canto de una piedra por la raja de su falda y se atrevía a decir que era la hermana fea.

—No hay ninguna hermana fea. Y créeme, no tendría problema en que el mundo entero supiera que follo contigo si me hiciese ilusión que se me conociera por mi falta de profesionalidad.

Observó que cambiaba de expresión de golpe. Le devolvió la mirada con las mejillas algo más coloradas, como si acabara de hacerle un cumplido.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que vaya a desmentirlo y quede fatal delante de tu secretaria? Ella también sabe que te acuestas con Julie. Afróntalo, Cal. Todo el mundo lo sabe todo.

—Incluso lo que no ha pasado, por lo visto —ironizó, irritado y también complacido por la presentación de sus garras—. La diferencia es que me haya acostado con Julie o no, no le he dado ningún privilegio en el bufete.

»No te debo ninguna explicación acerca de con quién ando, pero Julie fue cosa de una vez estando borrachos, y te aseguro que ella no ha ido difundiendo mis medidas por ahí. Encima, medidas erróneas —apostilló, sin poder resistirse.

Mio abrió los ojos con curiosidad, y Caleb supo que se quedaría con la parte del discurso que le interesaba.

Su cuerpo se calentó solo de pensar a dónde viraría la discusión.

—¿Menos de dieciocho? —preguntó en voz baja. Caleb abrió la boca para soltarle que no pensaba responder a eso, pero el instinto le traicionó haciéndole apoyar una mano sobre su hombro. Ella la miró de reojo con el pecho alzado—. ¿M-más?

Le costó mantener la sonrisa a raya, defraudando a su autocontrol, permitiendo que le sesgara un lado de la mejilla.

—Te has quedado un poco corta —confirmó en tono íntimo. Se fijó en su forma de tragar saliva; en cómo sus ojos se aclararon, tirando al castaño claro—. Y nunca he comprado lubricante. No lo suelen necesitar conmigo.

—¿No? —jadeó con voz estrangulada.

Caleb negó, muy pendiente de la sensual tensión que la cohibía. Pensó que no sería excederse jugar un poco con ella, que podría servir como castigo. Pero en realidad le daba igual lo que pensaran, y no quería usar excusas para tocarla.

Se columpió hacia delante y la admiró de arriba abajo. El celeste le quedaba bien, igual que la falda, aun estando arrugada. Los rotos de las medias le hacían querer meter los dedos allí para terminar de hacer el trabajo. La blusa intuía un escote que él ya se tenía estudiado. Mio no era de grandes pechos, pero Caleb tampoco era un adepto de las tetas, y aun y con eso le parecían perfectas.

Años y años sin mirarla directamente ni acercarse por si cometía un error, y ahí estaba él, saltándose sus normas para provocarla un poco. Y qué efecto tan sublime tuvo... Oía a Mio respirar con dificultad, la veía estirar y encoger los dedos de las manos. Sabía que le gustaba, ella demostraba estar muy pendiente de él, y su reacción al estar solos era reveladora.

Ah... Pero eso no era suficiente. Era un inconformista.

No le costaba trasladar su pequeña mentira a la imaginación y plantear esas noches de sexo que ella había descrito. Y definitivamente no le molestaba la historieta. Al contrario. Le complacía tanto que cargaba una semierección. Mio había pensado, aunque fuera por un segundo, en estar con él. Y por primera vez no lo hizo para parecerse a Aiko, o para demostrar que podía ser Aiko, sino para reivindicar su propia valía. Aunque le molestaba que tuviera que dársela incluyéndole en su vida sexual, no podía pensar en eso entonces.

En su cabeza solo estaban Mio y él, follando.

—¿Algo más que deba temer? —preguntó, mirándola a los ojos.

Si se inclinaba un poco más, la estaría besando. *Por fin*. Sonaba Jarabe de Palo de fondo: «por un beso de la flaca daría lo que fuera». Mio no era cuarenta kilos de salsa, pero sí cuarenta y cinco de inocente provocación.

—N-no. Solo añadí que te gustaba más que te complaciera a complacerme tú a mí, y por eso yo... Tomaba las riendas.

Solo un beso. Quería un beso suyo. Uno y se olvidaría, uno y dejaría de pensar en ella de aquel modo tan enfermizo. Sus labios suaves y tiernos. Su boca esponjosa. Su lengua resbaladiza enredada con la suya. Sus cuerpos apretados, rígidos, ansiosos. Tenía que besarla al menos una vez en la vida, solo para saber cómo se sentía cumplir un sueño.

Pero no podía. Ese no era el momento. No le robaría un beso cutre en su despacho, habiendo decenas de personas en los pasillos contiguos. Había riesgo de que los interrumpiesen, y mataría con sus propias manos al desgraciado que lo hiciera, yendo gustosamente a la cárcel después.

—¿Y es verdad? ¿Te gustaría tomar las riendas?

Mio lo miró a la cara sin miedo.

—No me importaría.

Caleb estuvo a punto de cerrar los ojos para saborear su tono seductor. No lo hacía adrede, no era ninguna seductora, y eso solo le daba más poder.

Chasqueó la lengua.

—Otro hueco en tu historia. Me gusta mucho más dar que recibir. Y no dejaría tomar las riendas a nadie. Soy demasiado... perfeccionista —explicó en voz baja—. Cuando quiero algo bien hecho, lo hago yo mismo.

—Puedo aceptarlo. O sea, quiero decir... *Podría* aceptarlo en mi... realidad paralela y utópica que nunca se va a cumplir.

—Utópica, claro.

—Porque solo era una mentira tonta, no es como si se fuera a cumplir ni nada...

Caleb se separó escondiendo una sonrisa. Claro que se iba a cumplir. Él nunca dejaba un negocio a medio cerrar, y sabía muy bien lo que esperaba de Mio. Llevaba años, casi dos décadas, esperando el momento para lanzarse al vacío. Tal y como funcionaban las acciones, dejaba correr el tiempo para que su valor bursátil aumentase, y así comprarlas cuando llegaran a su máximo beneficio en el mercado. Mio iba a ser la inversión de su vida, y eso tomaba un riesgo. Un riesgo que no correría hasta que los porcentajes de éxito no se disparasen. Había progresos; Mio cada vez mostraba más interés en él… Pero no sentía que ella estuviera preparada para darle todo lo que quería y necesitaba.

Eso no quitaba que no fuera a cumplirse. Lo había imaginado tantas veces que prácticamente era un hecho. Ya incluso parecía que la había tocado.

Un día lo haría de verdad. La besaría por fin, y todo sería malditamente perfecto.

—Como sea, ya son las cuatro —anunció, fingiendo arreglarse los puños de la camisa—. Aiko estará esperando en la tienda de novias, y sabes que no soporta la impuntualidad. Coge tus cosas, y procura no inventarte ninguna historia sórdida por el camino —añadió, haciéndola enrojecer antes de dar un portazo.

Podría haber sido peor. Podría haber dicho por ahí que era el amante de Aiko, o que estaba enamorado de Julie. De todas las posibles mentiras —y Caleb solía odiarlas todas—, aquella semipiadosa y escupida sin pensar a modo de defensa, era la única a la que le gustaría dar su toque de verdad.

Lo pensaba, y le regocijaba que lo empezaran a mirar sabiendo que tenía a Mio desnuda para él. Si no lo envidiaban antes —aunque no era algo que fuese buscando—, lo envidiarían a partir de entonces.

Hasta él se envidiaba a sí mismo.

En cuestiones personales —porque tratándose de profesionalidad, destacaba como la que más —, Aiko Sandoval tenía la misma capacidad resolutiva que un ladrillo. Caleb llevaba siendo cómplice de su falta de decisión desde que tenía once años, y por eso sabía a lo que se enfrentaba cuando entraba en la tienda de novias. Había vaciado la vejiga y preparado un macuto con lecturas y *Aquarius* para entretenerse mientras transcurrían las setenta y dos horas que pasaría encerrado entre aquellas cuatro paredes, presenciando la asombrosa transformación de mujer a

bestia sedienta de sangre que sufriría su amiga al no encontrar nada de su gusto. Así era ella, y había que quererla pese a todo.

—¿Qué tal tu primer día? —preguntó Aiko nada más se encontraron con ella.

Caleb casi respondió. También era su primer día.

Su primer día sufriendo el síndrome de la falda infernal.

—Lo ha hecho muy bien. Ha demostrado ser muy imaginativa y sociable.

Mio lo fulminó con la mirada. Ya hacía falta tener poca vergüenza para abrazarse a su hermana mayor como un koala y esperar de su parte que guardara silencio. Podía hacerlo. Caleb había inventado la institución del pico cerrado. Pero estaban hablando de Aiko, y a Aiko no se le ocultaba nada. Era imposible. Siempre se enteraba de todo, la muy bandida, así que acabaría descubriendo que, en apariencia, se estaba tirando a la Sandoval menor.

Caleb suspiró y echó un vistazo alrededor. No iba a dárselas de antihéroe y enemigo del romanticismo; sabía que existía el amor, le conmovían sus manifestaciones y él mismo lo sentía, pero estar rodeado de vestidos de novia y mujeres deseosas de probárselos era demasiado. Asistió a una sola boda en toda su vida, y recordarla era tan doloroso que le dejaba exhausto.

—Ya estamos todos, Florencia —anunció Aiko, después del interrogatorio en el que había incluido un «¿te lo has pasado bien?», como si Mio tuviera diez años. Dios, cómo le reventaba que la tratasen como a una cría—. Podemos empezar a buscar.

Caleb hizo ademán de escabullirse y hacerse bolita en un sillón lejano, pero Aiko lo retuvo con el brazo.

—Tú no vas a ninguna parte. Te gusta lo mismo que a Marc, así que tu opinión es la más importante aquí.

¿Era necesario que se lo recordara con tan poco tacto? Ella se dio cuenta enseguida y puso cara de arrepentimiento. Caleb tuvo que disculparla. Tampoco iban a actuar eternamente como si no hubiera pasado nada entre ellos, ¿no? Mejor acostumbrarse a lo que ya fue y procurar normalizarlo hasta que dejara de escocer.

—No has sido de ayuda, así que he tenido que elegir cinco vestidos en lugar de los tres que pensé inicialmente.

—Genial, así acabaremos antes.

—¿Quién dice eso? A lo mejor me pruebo cada uno de los tres unas veinte veces —replicó con malicia—. Mio, ¿por qué no te das una vuelta por la tienda y echas un vistazo a los vestidos de dama de honor? Algo que creas que pueda gustarle a Otto y quedaros bien a ambas.

Mio asintió con las mismas ganas de probarse ropa que de hacerse el harakiri. Caleb lo veía en su cara. Estaba cansada después del día, y no era para menos. Le había dado tiempo a reinventar la vida sexual de ambos y a terminar los informes, que esperaba recibir como mínimo dos días después. Pero obedeció, como siempre que la orden venía de su hermana mayor.

Aiko le hizo una señal para que entrara al probador, donde habían colgado una serie de vestidos. Aquel sitio era tan grande como todo su salón, y no le extrañaba. Estaban en la mejor tienda de novias de Miami, a la que a veces acudían modistas y sastres de renombre para hacer trajes a medida.

—A tu novio no le importa gastarse el sueldo en un vestido que no vas a volver a ponerte, parece —comentó a mala idea. Se cruzó de brazos—. Bueno, tal vez sí que te lo pusieras otra vez, para otra boda. Con otro hombre. No puedo esperar a que llegue ese momento.

Aiko le dio una palmadita más fuerte de lo normal en el hombro.

—Ay, querido, qué haría yo sin ti —comentó con una sonrisa muy forzada—. Bájame la cremallera, haz el favor.

Caleb obedeció sin mucha emoción. Estaba delante de una de las mujeres más guapas que conocía, canónicamente hablando, y era muy consciente de ello. Cintura estrecha, culo perfecto, tetas proporcionadas y melena de revista. Aiko podría hacer un desnudo en *Vogue* y ridiculizar a las *top models* del momento. Él lo sabía bien porque la había visto desnuda más veces de las que podía recordar. Quizá por eso se podía decir que había nacido vacunado contra el interés sexual hacia ella. Ambos se aprovechaban de esto para no separarse ni para ir al baño.

—¿Te has quitado a Mio del medio por algo en especial? ¿O querías quedarte a solas conmigo, mi amor?

Aiko se rio y terminó de bajarse el pantalón, quedándose en ropa interior.

—Sí. Quiero hablar contigo, porque me ha dicho Marc que te llamó ayer y no se lo cogiste.

—No me digas que fue a trabajar con ojeras de haberse pasado toda la noche llorando por mí —se burló, apoyando el hombro en la pared—. Dile que, para el mal de amores, el *Jägermeister* va muy bien.

—Caleb, deja de comportarte como un estúpido y un envidioso —le espetó, poniendo los brazos en jarras—. Si me quieres tanto como afirmas, debes madurar y reconciliarte con él. Y te recuerdo que tú y yo tenemos una charla pendiente al respecto. Una que no dejas de esquivar.

—Kiko, ya soy uno de los padrinos de tu boda y voy a tu casa a almorzar sabiendo que está él. Hago todo lo que puedo. No me exijas más. Ese tipo no va a ser mi amigo nunca.

—Es porque no le das ninguna oportunidad. Cal, te conozco. Sé que no le echas la cruz a cualquiera, y ni mucho menos solo porque cometiera un error.

—La mierda que te hizo no me parece ningún error. No quiero ser un aguafiestas y soltarte esto a poco tiempo de la boda, y menos cuando te lo he repetido mil veces, pero no es bueno para ti. Es un cabronazo, y no vas a hacer que cambie de opinión.

—¿Quién está hablando aquí? ¿Tú, o tu orgullo herido? No lo puedes odiar de esa manera por haber manejado mal una relación que no te incluye. Y menos cuando solo se equivocó al principio.

—No es solo eso. Sabes que es mi archienemigo mucho antes de que coincidierais. ¿O se te olvida por qué siempre dices que «me gusta lo mismo que a él? El muy cabrón me ha levantado a todas las tías cuando estábamos juntos en el bufete, y me ha destrozado en los juzgados… Por no mencionar que se acostó con la única mujer con la que me atreví a tener algo serio. No voy a sentarme a comer en su mesa y brindar por nuestra amistad cuando aún me acuerdo de su cara cuando los pillé.

Por fin lo había soltado. Toda la verdad sobre Marc Miranda, que destrozaba a Casanova en conquistas y dejaba en paños menores al más malo de los malos cuando se lo proponía. La reacción de Aiko no fue la esperada. Pensaba que conseguiría disuadirla de seguir adelante confesando la gran penuria de su vida, pero no. Ella solo lo miró sorprendida.

—Así que es eso. Lo odias porque fue el que se acostó con Diane, no solo porque sea mejor que tú en el trabajo —murmuró, con tono de haber descubierto la pólvora. *Con pólvora le gustaría a él hacer volar a su novio*—. ¿Por qué no me lo dijiste desde el primer momento? No

me digas que es porque no querías hacerme daño. Lo que hiciste en los meses posteriores y sigues empeñándote en hacer después no es mucho mejor. Tus pullitas me han estado cansando.

Caleb relajó los hombros de un suspiro.

—Lo siento —dijo de corazón—. Al principio no quería condicionar tu opinión sobre él, y el *shock* no me dejó reaccionar. Cuando lo asimilé... Me puse un poco gilipollas, lo admito.

Puso los ojos en blanco al comprender el significado de su ceja alzada.

—Vale, me puse *muy* gilipollas. Pero tú también tienes lo tuyo. Te tuvo que gustar el peor, el más inconveniente. Ya sabes que, si te hacen daño a ti, me lo hacen a mí. Alguien tiene que guardar rencor, y por lo visto las Sandoval no sois esas personas.

—Caleb —interrumpió suavemente—. Ha pasado un año desde lo que pasó entre nosotros. Ya no es ese hombre malvado. Yo lo he superado, él se ha perdonado a sí mismo... Tienes que pasar página, como todos.

—Sigue pareciéndome imbécil. Es algo que está en su ADN. Aunque no te hubiera hecho nada, y aunque no me hubiera hecho nada a mí... Es mejor abogado que yo, y eso me revienta —masculló con voz de niño pequeño—. Es increíble que hayas decidido casarte con el único hombre que me rompe las pelotas y me gana siempre.

Aiko se colocó bien el escote del primer vestido, y sonrió con la socarronería que le había contagiado su novio.

—Cariño, me caso con él por eso. Respecto a lo de Diane, creo que tenéis una conversación pendiente —añadió, con aire misterioso—. Es verdad que me costó mucho confiar en que mantendría los pantalones en su sitio, con esa cara y labia que se gasta, pero me demostró que era de fiar.

—Aiko, haría falta ser mucho más que gilipollas o mujeriego para ponerle los cuernos a alguien como tú. Por ejemplo, un suicida. Le avisé de que como te hiciera algo, le partiría la cabeza, y sabe que yo no soy tan elegante como él. No siempre creo en el arte de la conversación.

—Sí, suele recordármelo a menudo —rio, encantada—. Ya no tienes que protegerme de los hombres malos. He aprendido a contentarlos, y a enseñarles a contentarme a mí.

—Pues será la costumbre. Te he tenido que consolar demasiadas veces cuando eras adolescente, y te he cubierto cuando ibas a casa de alguno otras tantas. Joder, Aiko, entiéndeme. Me he pasado toda la vida haciéndole creer a tus padres que era el novio para que no estuvieran encima de ti, porque conociéndolos, te encerraban en una torre, para que ahora te cases con el peor de todos.

—Vamos, si no desmentías el mito de que éramos novios, era porque no querías decepcionar a mamá... Y lo sabes. Y porque si no, no había manera de explicar que durmiéramos en la misma cama. Salvo que fueras *gay*, y no queríamos que te endosaran al vecino, ¿verdad que no?

En el proceso de fingir un estremecimiento, Caleb se estremeció de veras. No tenía nada en contra de los hombres como compañeros de cama, aunque no le interesaran en absoluto, pero aquel vecino amigo de Aiko y Raúl era la criatura más horrenda que hubiera visto. Como decía Otto, «era tan feo que bebía de orinales». No dudaba que Aiko I, con su afán de casamentera, se lo habría endosado.

—No sabes cuánto me alegra saber todo esto —suspiró ella, apartándose el pelo de los hombros—. A veces te cabreabas tanto cuando me veías con Marc que dudaba y me he creía tu

propia mentira, esa de estar locamente enamorado de mí.

Caleb la miró con una mueca de espanto.

—¿Estás de coña? Sabes que te quiero más que a mi propia vida, pero no te haría el boca a boca ni para resucitarte.

—Vaya, gracias —ironizó ella.

—Eres preciosa, no me necesitas para alimentar tu ego. Y al igual que a mí, no te va el incesto.

—Claro que no, pero es que no le encontraba explicación a que te mosqueara tanto la boda...

—¿No te parece suficiente saber que tendré que pasar la Navidad a su lado durante el resto de mi vida?

—Pobre Caleb Leighton... Qué cruel y desconsiderada es su mejor amiga Aiko —se burló. Le dio un golpe en el hombro con el puño cerrado—. Supera a Diane de una vez, machote.

—A mí Diane me importaba una mierda, solo fue un duro golpe a mi orgullo.

—¿Sabes? Estás sonando como Jesse cuando le dan calabazas. ¿Quién es el machista ahora?

—Marc —respondió Caleb, como si fuera una pregunta estúpida—. Y ese vestido te hace gorda.

—No, no me hace gorda porque no estoy gorda.

—Ya, solo te estaba molestando. Voy a hacer tu vida insoportable por encasquetarme a Mio y a Marc.

—Maravilloso. Puedes empezar yendo a por mi hermana y diciéndole que pase por aquí para ver qué tal me queda.

Caleb asintió. Pero antes de salir, lanzó una mirada divertida a su mejor amiga.

—¿De verdad pensabas que estaba enamorado de ti? —Negó con la cabeza—. Egocéntrica…

—¡Oye! ¡No tengo la culpa de que mandes señales contradictorias!

Caleb la dejó hablando sola. Lo pensó un momento antes de salir del probador, y casi se echó a reír. ¿Él, enamorado de Aiko? Era una de las cosas más surrealistas que había oído nunca. Por supuesto que llevaba años aguantando bromas, insinuaciones y sugerencias de aquel tipo. Todo el mundo —familiares, amigos, compañeros— estaba tan seguro de cuáles eran sus sentimientos que ni preguntaban, directamente lo daban por hecho: Caleb Leighton bebía los vientos por Aiko Sandoval, solo porque se desvivía por ella. Sin embargo, que la misma Aiko se lo hubiese planteado hizo que se diera cuenta de que quizás no era problema de los demás, que los veían hacer tan buena pareja que inventaban un romance para no aburrirse, sino suyo. Él daba a entender aquello queriéndola tanto.

Bueno, pues no pensaba cambiar de actitud, ni renunciar a lo que tenían. Aiko no era solo su mejor amiga, ni era solo su hermana. Era su alma gemela. Fue Aiko quien lo encontró en estado de *shock* por la precipitada muerte de sus padres y lo llevó a casa para tranquilizarlo. Quien, aun teniendo solo once años, le dio su espacio y aguardó en silencio hasta que pudo hablar.

Aiko siempre lo había entendido a un nivel para el que no existían las palabras. Por eso su relación era algo que nadie entendía, salvo ellos. Era lo fácil, suponía. Ver a un hombre y a una mujer tratándose con complicidad, dejándolo todo y a todos para verse en un mal momento, y asociarlo a un vínculo del tipo amoroso. Claro que era amor, pero nunca estuvo colado por ella, aunque no negaría que tenía todo lo necesario para que un hombre perdiera la cabeza. No era su caso. Desde el primer momento, desde la primera vez que lo cogió de la mano, fue Aiko. Su

Aiko. Generosa, buena, paciente. Inteligente. Única. Ni su amiga, ni su novia, ni nada. Aiko y nada más. Y al carajo podían irse los que no creían en la amistad entre hombres y mujeres.

Por otro lado, la diosa de las piernas kilométricas que se probaba diademas y se examinaba en el espejo... Ella era otro cantar. Algo completamente distinto. Nada de tranquilidad, paz interna y empatía, nada de viajes al cielo, sino lo opuesto. Rabia. Nervios. Histeria. Impulsividad, frustración, locura. Viajes al centro de la tierra, donde se ahogaba en el fuego.

Fuego.

Aiko lo equilibraba, y Mio lo mataba muy despacio. De forma tan seductora, que él se dejaba ir. Aiko era la niña que lo cuidaba de lejos, sonreía con aprecio sincero cuando lo veía sufrir y lo abrazaba diciéndole «estoy aquí». Mio era la que nunca lo soltaba, la que lo perseguía por todas partes y quería que sus besos tontos le calaran en forma de «aunque no estás preparado para querer a nadie más porque acabas de perder todo lo que tenías, voy a obligarte a adorarme tanto, justo desde hoy, que vas a desear estar muerto». Fue duro para un huérfano de doce años hacerse dependiente de una niña veleta, caprichosa y que tenía amor para todos, sabiendo que un día dejaría de tenerlo para él.

Al igual que Caleb, Mio solo quería de verdad a alguien, y esa era Aiko.

Bueno, no. Él quería a alguien más. La quería a ella. La deseaba tanto que le dolía físicamente. Aiko le daba las herramientas que necesitaba para ser feliz, para no recordar lo que le faltaba, para encontrar la felicidad en la soledad, mientras que la dependencia a la figura de Mio suponía un pasaje directo a todo lo que Caleb odió haber sido, pasando de manos en manos porque nadie se ocupaba de él y alguien debía hacerlo. Aiko le ofrecía la mano para levantarse. Mio se sentaba a su lado y lo consolaba. Pero dejaría de hacerlo, como lo dejaba todo de lado... Tarde o temprano.

Aun así, no luchaba contra ese sentimiento y permitía que viviera en él. Dejaba que le inundase, como por ejemplo en ese momento, cuando Mio sacaba el móvil para hacerse una foto con una diadema plateada. Le sacaba la lengua al espejo, como en casi todas sus fotografías, y luego se la quitaba rápido por si alguien la había pillado.

Dulce. Espontánea. Divertida. Especial...

—Mio —llamó. Ella dio un respingo y escondió el móvil—. Aiko quiere que la veas.

Casi corrió hasta el probador, donde ya se había colocado Florencia para alabar el buen gusto de la clienta. Los pelotas le daban ganas de vomitar. Pero comprendió que no estaba siendo pelotera, porque Aiko subió a una pequeña tarima para exhibir el traje en todo su esplendor, y él por poco se meó encima. Más porque a Mio se le iluminó la cara que porque estuviera perfecta.

El amor de Mio no tenía precio. Caleb amaba eso de ella, entre todo el rechazo que sentía hacia su despreciable —pero también comprensible— deseo de convertirse en su hermana: que pese a haber pasado por comparaciones despectivas, escuchado comentarios mezquinos y aguantado los favoritismos de su familia, no albergaba una sola chispa de rencor hacia Aiko.

En realidad, Mio no quería ser como ella. La admiraba y quería, pero la copiaba por confundir deseos ajenos con los suyos, cuando lo único que quería de Kiko era su aprecio. Y eso ya lo tenía.

—Jo, eres la novia más guapa del universo —balbució, yendo hacia ella para abrazarla. Aiko sonrió muy emocionada—. Pero el vestido te hace gorda.

La Sandoval mayor soltó una carcajada y miró a Caleb dándole la razón.

«Tú ganas, bastardo».

Caleb hizo el gesto de quitarse el sombrero.

—He visto uno que podría quedarte bien. Espera aquí, que te lo traigo.

Siguió a Mio por curiosidad y, por qué no decirlo, también porque era un masoquista. Le encantaba torturarse con el movimiento coqueto de sus caderas al caminar. La vio estirarse para alcanzar una percha alta, y tirar, tirar y tirar para sacarla del enganche. Se aproximó para colaborar, pero en su línea de impaciente, acabó haciendo sonando un desgarro.

Pudo escuchar perfectamente lo que pensó: «Mierda, Mio, no puedes estarte quieta».

—¿En serio? —farfulló—. Pensaba que estas cosas solo pasaban en las películas de comedia... Ese vestido vale más que mi propia vida, ¿y se rasga si le doy un tirón? ¿Es que está hecho con papel de envolver?

—O a lo mejor es solo que eres una bruta.

Mio lo miró por primera vez desde que había salido del probador. Se la veía cansada, pero reconocía algo más detrás de todo eso. Quizá estaba... decepcionada, triste. ¿Por qué?

—Deja, cogeré el vestido y se lo llevaré a Aiko.

—¿Qué? ¿Para qué? Cal, me lo acabo de cargar —bufó en voz baja. Él reprimió una sonrisa. Le gustaba cuando lo llamaba así, joder. Le gustaba mucho.

—¿Se te olvida que siempre resuelvo tus marrones? No me subestimes, pecosa.

Sacó el vestido de la cremallera medio rota. Cubrió con la mano esa parte de manera que no se notase. Se lo alcanzó a Aiko, que lo revisó de un vistazo y se metió en el probador para salir con él puesto unos minutos después. Tal y como esperaba Caleb, no tardó en llamar a Florencia y notificarle que el vestido tenía un fallo y que debían coserlo, que un defecto de ese tipo en una tienda de alta costura podía salirles muy caro. Florencia le dio la razón en todo —ya hemos dicho que era difícil llevarle la contraria a Aiko— y desapareció en busca de la modista.

Aiko sonreía con cortesía hasta que se giró hacia ellos.

—Mio, como vuelvas a cargarte un vestido, te doy una paliza. Esto cuesta varios de mis sueldos.

—Pero solo uno de Marc —se defendió ella. Caleb desvió la mirada al techo para que no se notara que planeaba reírse—. Lo siento, ¿vale? No es mi culpa que pongan el plástico reciclado tan caro.

—Claro que no, nunca tienes culpa de nada —suspiró Aiko, yendo hacia el probador—. Cal, lleva a Mio a casa, por favor. He quedado en quince minutos con alguien y voy a ir andando.

—¿Con alguien? ¿Al final te has buscado ese amante?

Aiko sonrió misteriosa.

—Algo así.

Caleb ni se molestó en insistir. La última vez que estuvo persiguiéndola para que le contase qué se traía entre manos, se presentó diciendo que estaba coladita por Marc Miranda, y no pensaba volver a correr otro riesgo poniéndose pesado. Obedeció porque estaba cansado del día y debía volver a la oficina lo antes posible para culminar los pormenores de la introducción a su demanda.

—¿Has dejado el coche en el *parking* del bufete? —le preguntó a Mio, mientras buscaba las llaves en el bolsillo. Ella negó con la cabeza—. ¿Dónde lo tienes? ¿O es que no vienes en coche?

—No tengo el carnet.

Caleb se detuvo en seco.

—Las últimas veces que te he visto estabas estudiando para sacártelo.

—Lo suspendí cinco veces seguidas y... decidí darme por vencida —confesó, encogiéndose de hombros—. El coche no es lo mío. Ni la moto: la última vez que cogí la Vespa de Otto, me pasé dos semanas con el tobillo vendado. Y no tengo equilibrio para en bicicleta. Ni bicicleta.

Cinco veces seguidas. Bendito fuera Dios.

Mejor se reservaba la respuesta, porque no le gustaría y no se le ocurría otro modo de abordar el hecho de haber cateado el mismo número de veces que él había pasado la inspección técnica del Audi.

Se metió en el coche, y en cuanto lo hizo, le vino un flashback de la vez que tuvo que meter a Mio a la fuerza. Seguro que ella ya no se acordaba, pero le costó un mundo sentarla en el maldito asiento de copiloto, y más todavía ponerle el cinturón. Esa noche no solo fue horrible por lo que podría haber pasado, ni por el tremendo cabreo que agarró, sino por lo que le costó resistirse a ella. No era ningún maldito abusador, y antes se inmolaría que tocar a una borracha, pero cuando se inclinó entonces para protegerla con la banda sabiendo que no llevaba bragas... Estar cabreado le acentuaba la libido, y nunca ante lo estuvo de esa manera.

Carraspeó y subió el volumen del reproductor para concentrarse en algo que no fuera tangas rojos y lo difícil que le había resultado verlos en otras mujeres desde aquella noche. Los Beatles entonaban su *Eight Days A Week*. Le hizo gracia que fuera esa exactamente la que sonaba, y sonrió algo melancólico. No era la que más le recordaba a Mio: de Mio se había llevado la música española, gracias a su pasión por los grupos de la Península y los viajes que hacían en familia a Barcelona. Y aunque sentía que todo encajaba con ella, eran las letras de IZAL las que parecían haber compuesto en su nombre. Pero cuando se estaba enamorado, todas las canciones empezaban a sonar por y para la misma persona.

«*Ain't got nothing but love, babe... Eight days a week*».

El viaje hasta la casa de Aiko no duraba ni quince minutos, pero Mio sabía exprimir cada segundo al máximo. Esa vez no logró sacarlo de quicio iniciando una discusión sobre por qué no podía quitarse los zapatos, sino mirándolo varias veces por el espejo retrovisor con cara de indecisión.

Love you every day, girl
Always on my mind
One thing I can say, girl
Love you all the time<3

—¿Estás enfadado? —le preguntó—. Por lo de hoy.

—No. Podrías haberlo hecho peor. Echándole cicuta a mi café, por ejemplo. O llegando a las manos discutiendo con Julie.

—¿Por qué te acostaste con Julie?

Captó la mirada de Mio a través el espejo. Era una pregunta estúpida, y a la vez, muy inteligente. ¿Por qué la gente se acostaba con otra gente? Por placer, generalmente. Pero a él no

le aplicaba la norma. Sabía correrse, pero nunca se sentía del todo satisfecho, y con Julie no fue distinto... Aunque no era como si se acordase. Tenía muy borrosa esa noche. Solo recordaba que, antes de reunirse en el bar con la abogada, había estado en la universidad con Aiko haciéndole una visita a Mio, que presentaba muy orgullosa a su último novio. Un auténtico gilipollas.

—Quiero decir... Si tanto te importa tu imagen y separar una cosa de la otra...

—Fue un error. Como ya te he dicho, no se repitió, ni tampoco pienso hacerlo.

Apenas un par de rotondas después, Caleb estaba ralentizando la marcha para aparcar delante de la casa. Un viaje rápido, breve, pero igualmente tenso. Mio en su coche era la Mio del pasado año, la Mio semi desnuda, con el pelo aún largo y no tantas ganas de sufrir como de hacerlo sufrir a él con sus comentarios. Que ella lo acusara de estar enamorado de Aiko fue la gota que colmó el vaso. Llevaban años intentando dejar claro que no estaban juntos, pero suponía que a Mio le convenía creer lo contrario para no aceptar lo que era evidente. ¿O de veras lo pensaba? ¿Cómo de ciega estaría?

—Las secretarias no hablaron solo de mí —empezó Mio. Se quitó el cinturón y se giró hacia él, con una expresión solemne que le sentaba muy bien—. También dijeron que estabas encerrado en tu despacho para distraerte de todo el asunto de la boda. Aiko ha admitido que no te hace ilusión, y mamá confirmó que solo trabajas, y... Solo quería decirte que lo entiendo. —Hizo una pausa—. Entiendo que lo estés pasando mal. No me imagino lo duro que tiene que ser ver cómo el amor de tu vida se casa con otro hombre y no puedes hacer nada para que cambie de opinión. Por eso quiero que sepas que si alguna vez... Si alguna vez necesitas llorar, o solo desahogarte... —Se frotó las manos contra los muslos—. Estoy aquí. No soy la mejor dando consejos, ya lo sé, y soy la primera que necesita un psicólogo, Otto me lo repite mucho... Ella tiene uno y le va mejor, por lo menos no se inventa que se acuesta con su jefe. En fin... También sé que me guardas rencor por lo que pasó el año pasado, que no lo olvidas... Pero de verdad.

Sonrió un poco, deteniéndole el corazón.

—Llámame y yo estaré contigo, ¿vale?

Caleb abrió la boca para contestar, pero ella se lo prohibió impulsándose hacia delante y robándole un rápido beso en la mejilla. Salió del coche antes de que él pudiera reaccionar —y, joder, fue lo más inteligente que podría haber hecho—, siguiendo precipitadamente el camino de piedrecitas del jardín costero que bordeaba el edificio. La perdió en el portal antes de parpadear una tercera vez, y no pudo sino preguntarse de qué acababa de huir.

Miró de reojo la guantera cerrada, y luego examinó el asiento que la chica había ocupado. Retuvo el aliento sin saber por qué, y esperó unos cuantos minutos aparcado hasta que recordó que la vida seguía cuando se separaba de Mio.

Aunque a veces no lo pareciera.

---

3 Te quiero todos los días, chica; siempre en mi mente. Una cosa puedo decir, chica: te quiero todo el tiempo.

5

El que quiere ganar, y el que quiere hacerlo bien

Lo había vuelto a hacer. Volvía a llegar tarde.

Era oficial que a Mio le duraba la puntualidad lo mismo que las medias en su estado original, o lo mismo que los novios, o lo mismo que los vestidos de novia carísimos sin romper. Consiguió aparecer en la oficina a su hora durante los días siguientes a su presentación, pero al lunes que continuó ya había vuelto a olvidar el despertador.

Podía decir que no era su culpa, una de sus excusas preferidas y que nunca le creían porque... en fin, solía ser su culpa. Casi siempre. O tal vez siempre, a secas. Pero es que había sido decisión suya pasarse toda la noche mirando la tele con cara de amargura, contándole a Noodles lo que llevaba callándose unos cuantos atardeceres.

—Se metió en el probador con ella, te lo digo en serio —balbució, mirando a su pájaro con una mueca—. Cuando fuimos a mirar vestidos, Caleb la acompañó al probador y salió ya cambiada, así que se quedó en ropa interior delante de él. Y... Ya sabes que me gusta escuchar detrás de las puertas. No estuve mucho rato, porque luego me siento mal y casi me pilla esa tal Florencia, que por cierto... ¿Por qué todas las argentinas se llaman Florencia? ¿Es una especie de alegoría a algo, o les pagan para ponérselo de segundo nombre? ¿O es por *Floricienta*…?

»En fin, como te iba diciendo; que Caleb dijo algo sobre romperle la cara a Marc, y que lo odiaba por quitarle a la única mujer con la que estuvo de verdad, y... Y no sé a qué juega Aiko, obligándolo a acompañarla a todas partes para organizar la boda, cuando debe estar pasándolo fatal.

»¿Te acuerdas de esa peli en la que sale Patrick Dempsey cuando era joven y guapo, en la que se da cuenta de que está enamorado de su mejor amiga al ir a casarse y ella lo nombra dama de honor? ¿O es damo de honor? ¿Caballero de honor? Uy, eso suena a que participó en las Cruzadas... Bueno, eso, que si Caleb hubiera sido Patrick y Aiko hubiese sido la otra, pues lo entendería, porque la protagonista no sabía que había sentimientos por medio. Pero Kiko ya debería sospecharlo. ¿Por qué le hace sufrir?

Esa duda llevaba matándola toda la semana, además de otra relacionada con medidas no incluidas en el parte de nacimiento de los hombres. Mio terminaba sus tareas a la hora en que Caleb se las pedía, bebía café en cantidades industriales solo porque todo el mundo lo hacía —y los vasos eran muy *cucos*, merecía la pena pagarlos—, lloriqueaba para sus adentros porque no entendía qué estaba pasando con Caleb y su hermana, y aprovechaba cada distracción del gran jefazo para medir mentalmente el tamaño de su paquete.

¿Se podía saber cómo podría esconder una anaconda superior a dieciocho en un pantalón de pinzas? Mio no se fijaba en esas cosas cuando lo veía. Por favor, tenía los ojos verdes, un lunar

precioso y una sonrisa de ensueño. Mirarle la garumpeta sería renunciar a piezas de coleccionista por baratijas de bazar.

Aun así, sentía curiosidad, y ya la habían pillado unos cuantos con los ojos puestos en la bragueta de Caleb Leighton. Eso estaba bien porque afianzaba el rumor de que tenían sexo, lo que ya quedaba de por sí reafirmado cuando Caleb la llevaba de vuelta a casa en coche sin faltar un día —probablemente para saludar a Aiko, o para admirar la luz en su ventana, modo romántico, porque no siempre subía a verla—... Pero seguía siendo vergonzoso. Y lo peor, obsesivo.

Dios, ¿cuánto mediría en realidad? ¿O acaso era un farol...?

Se pasó un día entero haciendo cálculos y comparando con actores porno. Chris Diamond, el favorito de Otto —porque su prima sostenía que las mujeres también tenían derecho a verlo, sobre todo, para recordar que existían los hombres que se bajaban al pilón, no como los que conocía—, tenía un cañón de carne de veinticinco centímetros. Y eso para ella era una auténtica barbaridad. Aunque luego había visto vídeos y tampoco parecía para tanto... Claro que las actrices de PornHub estaban preparadas para usar pepinos, bananas y todas esas cosas que Mio normalmente echaba a la ensalada.

Ella no era ninguna mojigata. Había tenido sus cuantas experiencias con compañeros de la universidad, chicos de prácticas, amigos del instituto y hombres desconocidos en bares. Pero no se imaginaba siendo atravesada por...

Pues eso, que acababa de llegar tarde otra vez. Y en lugar de presentarse en el despacho de Caleb para suplicarle que la perdonase, o que se pusiera de pie y le prestase un cartabón y una escuadra para calcular el volumen de su paquete, se había metido en el baño para practicar una excusa que la convirtiera en la víctima.

«Son las ocho menos veinte, tampoco he llegado tan tarde». «En esos diez minutos atrasados te da tiempo a hacerte la línea del ojo mal un promedio de siete veces, ¿de verdad crees que son inapreciables?».

Mio enfrentó al espejo.

—Lo siento, no volverá a ocurrir. Es que esta mañana ha habido un accidente trágico... O sea, un accidente de tráfico.

Imaginó que tenía a Caleb delante y cuadró los hombros. Quizá no era la más inteligente o *sexy* de su promoción, pero imaginativa era un rato, y casi murió de la impresión de visualizarlo con su medio traje y sus gafas de pasta.

—El taxi se ha chocado con un autobús de la línea siete, y resulta que cuando el conductor ha salido muy enfadado, se ha reencontrado con su amor de la infancia, que era el conductor del transporte público. Ha sido muy bonito, se han dado un beso en medio de la calle, y pues eso ha provocado otro choque... No me mires así —le dijo, frunciendo el ceño. El Caleb de su pensamiento levantaba una ceja y miraba el reloj—. Es verdad, te lo juro. Te lo juro por la dieta que estoy haciendo.

Que no estaba haciendo ninguna, claro, y eso el Caleb de su pensamiento lo sabía porque... Estaba en su cabeza. Mejor jurar por algo que no existía a por algo que sí, ¿no? Así no le podrían reclamar nada. Cosas que le enseñaba a una el Derecho.

Pero eran las ocho menos cuarto, y si el Caleb mental estaba cabreado, el Caleb de verdad le daría una patada en el culo. Mio suspiró y se miró en el espejo con resignación, asimilando que

lo defraudaría una vez más.

—No me eches —suplicó en voz baja, practicando una excusa que no iba a pronunciar—. Me hace feliz verte todos los días.

—Es la primera vez que me dicen algo tan bonito sin tener que pagar por ello —exclamó alguien.

Mio se llevó un susto que la replegó a la pared con la mano en el pecho, y su impresión no fue a menos cuando descubrió a un tío empapado y desnudo salvo por una toalla enrollada en la cintura.

—Verás, soy un caballero al que le gusta llevar sombrero para quitárselo y hacer una reverencia cuando conoce a una diosa escultural. Pero ahora mismo solo me podría deshacer de la toalla, y si algo me ha enseñado la mitología es que como le pongas el rabo a la cara a una ninfa, te lo electrocuta por atrevido. Además de que no soy de los que se la sacan hasta la tercera cita, y creo que no te he visto en mi vida. ¿Estrechamos nuestras manos como la gente normal, y luego vemos si podemos hacerlo mejor?

Y le guiñó un ojo.

Mio podía estar todo lo enamorada que quisiera, pero cuando un hombre guapo le tiraba los tejos, se ponía muy tonta. Le salía la sonrisilla, se le subían los colores y se le pasaba la torpeza simplona para elevar la inutilidad a un nivel para el que aún no estaban preparados los diccionarios de la lengua castellana.

Se acercó al hombre y aceptó la mano que le tendía, aunque antes examinó aquella con la que sostenía en su sitio la minúscula toalla. ¿Y él? ¿Sería mayor de dieciocho? La verdad, podría ser un eunuco y seguir ligando. Mio tendría sexo con sus pantorrillas de ciclista... O con las venas que salpicaban sus fuertes antebrazos.

—Estaba practicando cómo pedir perdón por llegar tarde. Normalmente, no hablo con el espejo, ni me declaro, ni nada de eso.

—Chiquita, el que está en pelotas en el baño de Leighton Abogados soy yo. No tienes que ponerte como si te acabara de pillar pelándosela al subdirector, lo que sería raro, porque «el subdirector» es una mujer —puntualizó—. Pero tiene una explicación. Suelo venir en bicicleta a trabajar desde la otra punta de la ciudad, y si quiero mantener la reputación de ser el más guapo de la firma, no me puedo sentar sudando como un cerdo a la mesa de debate. ¿Te incomoda que esté desnudo mientras hablo?

«Madre mía, cómo hila una cosa con otra». Era como si se hubiera estudiado un monólogo cómico para representarlo.

—¿O...? ¿Puedo decirte ya que soy Jesse, me he enamorado de ti y quiero que seamos pareja?

Mio se rio como una tonta.

—Yo soy Mio —se presentó con timidez, aceptando la mano—. Aiko me ha delegado alguna de sus tareas más irrelevantes, o sea, que podría decirse que soy su adjunta, pero a veces estoy en su despacho…

—¿Cómo has dicho que te llamas? —interrumpió, abriendo los ojos—. De acuerdo, Mio, me temo que vamos a tener que romper. No me van las mujeres con ropa interior roja.

Chasqueó la lengua y la miró con cara de pillo. Le dio un repaso de arriba abajo que no llegó a incomodarla, pero que habría merecido un bofetón. ¿Qué había dicho de ropa interior roja? ¿Es que se le transparentaban las bragas...?

—Somos prácticamente familia, sería raro llevarte a Camboya —continuó.

—¿Camboya?

—Sí, ya sabes... Camboya, mi polla... —Hizo un gesto con la mano para acelerar la explicación —. ¿Conoces a un tío un poco más alto que yo, que se gasta tres mil dólares en trajes y no sabe mandar audios en WhatsApp? En juzgados lo llaman «el demonio sobre el hombro», las mujeres le dicen «cabronazo» y yo voy improvisando. Hasta donde sé, mi hermano Marc está encamándose con tu hermana, ¿no?

—Sí... Se van a casar. Entonces eres ese famoso Jesse. El abogado que le cuenta chistes al jurado, tiene en su despacho un póster de una mujer desnuda del tamaño de un retablo cristiano y...

—Para empezar, no siempre cuento chistes, solo cuando estoy de buen humor. En segundo lugar, no sé cómo de grande es un retablo cristiano, pero el póster es a escala real. Y no digas «mujer desnuda» como si los artistas renacentistas no pintaran tetas y lo llamaran buen gusto, o como si no estuviéramos hablando de Brigitte Bardot.

»Antes de que sigas con la lista de leyendas sobre mí... No, no tengo un muñeco vudú de nadie, es una figura de porcelana que me regaló mi sobrino y que guarda un turbador parecido conmigo. Tampoco hago el baile del cuadrado antes de enfrentar un juicio: solo unos pasos de la sardana, porque me recuerdan mi viaje a Barcelona y me pongo contento. Respecto al sexo oral en la ducha en horario de trabajo, no es cierto. Me estaba enjabonando y una mujer apareció y sin querer se tropezó, se cayó, mi cuca estaba ahí y... Ya sabes, son cosas que pasan. ¿Te importa si voy a vestirme, y luego seguimos hablando de accidentes laborales?

Mio apenas se dio cuenta de que desaparecía y volvía vestido. Se quedó con la boca abierta por su desenvoltura. Luego recordó lo de caerse y la cuca y la cerró, por si acaso.

Jesse apareció con otro aire diferente. No llevaba traje, lo que daba a entender a Mio que allí se pasaban el código de vestimenta por el arco, aunque iba elegante. Marc nunca se salía del traje completo, Caleb prefería ahogarse a ponerse corbata, y Jesse llevaba su camisa con chaleco elegante y tirantes.

—¿Te gusta? Estoy viciado a *Peaky Blinders* y les he copiado el estilo. —Le echó otro vistazo de arriba abajo—. La verdad es que aquí nos ponemos cómodos cuando podemos, y siendo una Sandoval no tendrías por qué venir tan emperifollada. ¿Has pensado en ponerte una falda más corta? Esa que vistes es un modelo anticuado, ya no se lleva. Mira a las secretarias, si no. De medio muslo para arriba. Y que conste que no hay ninguna intención oculta detrás de lo que digo, no me interesa verle las piernas a nadie, solo le hago un favor a un amigo.

Mio cada vez entendía menos. Pero por suerte, el hombre no echaba en falta sus respuestas: preguntaba y contestaba él, y los chistes y las risas los añadía también él... Debía pasárselo muy bien cuando se quedaba solo en casa.

—Caleb no está hoy, así que no tienes que preocuparte por las excusas. —Le ofreció el brazo —. Por esta mañana voy a ser yo tu perro guía. Me ha encomendado poco trabajo para ti, apenas movilizarte a buscar jurisprudencia de dos casos civiles.

—¿Por qué no está? —preguntó, con un deje triste en el tono.

—Entre hoy y mañana se celebra uno de los juicios más importantes para el bufete. Caleb y Aiko lo llevaban juntos. No te habrás enterado porque ha tenido poca repercusión mediática,

pero el cliente está forrado y si gana nos colocaremos por encima de ese cerdo despreciable de Marc Miranda.

—Pero si es tu hermano.

—Por eso digo que es un cerdo despreciable, aunque es *mi* cerdo despreciable. Y créeme, prefiere que lo llamen así a que digan cosas bonitas de él.

La dejó en la puerta de su despacho.

—Tienes las carpetas sobre la mesa. Yo voy a ver de incógnito cómo lo hace mi zorrillo, con sombrero y todo, que como me vea entre el público mientras interroga se pone nervioso. Ay, mi dama victoriana...

Mio lo cogió del tirante antes de que se fuera.

—¿Puedo ir?

Jesse la miró con interés. El tío era guapo, parecido a Marc, aunque con un aire completamente distinto. Mientras que Marc era el caballero de la melena retocada y la sonrisa de «vamos a jugar», Jesse era el lobo, la bestia, el rebelde de pelo revuelto y ojos despiertos.

—¿Nunca has estado en un juicio?

—Claro, claro, durante la carrera fuimos a algunos... Pero nunca he visto a Caleb hacerlo. —Pausa—. Hacer de abogado, digo.

—Desde luego, no has visto a Caleb hacerlo *porque lo haces con él* —puntualizó, perverso. Se echó a reír—. Por mi despacho pasan todos los chismes, pero tranquila, sé que es mentira. Cal no se tira a las mujeres que le ponen, creo que le tiene miedo a ponerse tan cachondo durante el proceso que tendrá que pasar el resto de su vida meándose en la boca. A este paso le va a echar un nudo a la polla... ¿Digo demasiadas veces la palabra «polla»? No se lo digas a tu madre, tengo la esperanza de impresionarla con mi magnífica educación.

¿Que no se tiraba a...? ¿Qué había dicho? Hablaba tan rápido y cambiaba tantas veces de tema que no le daba tiempo a asimilar lo que salía de su boca.

—Sí, puedes venirte, claro —añadió. Coño, era un auténtico misterio cómo lo hacía para acordarse de lo que le preguntaban, cuando parecía que no escuchaba—. Le diré a mi adjunta que se encargue de la jurisprudencia por ti.

—Pero eso no es justo...

—Claro que es justo, ¿para qué crees que la contrataron? La mía no sabe conversar y tiene un gusto musical deplorable, y, por cierto, es más fea que un coche bocarriba, pero para compensar toda la tragedia es excepcionalmente eficaz. Además de que le hace muy feliz estar entre libros, yo solo la catapulto al cenit del placer. Vamos. —Hizo un gesto para que le siguiera—. Tenemos muchas cosas de las que hablar, tú y yo...

Cuando se presentaron quince minutos después en los juzgados —tuvieron que ir andando porque Jesse solo tenía bicicleta, y Mio la cara muy dura aprovechándose de la caballerosidad de Caleb para llegar a los sitios—, ya le había cogido el tranquillo al abogado. O por lo menos se sentía menos intimidada por sus respuestas largas. Desde luego, el muchacho no estudió el «*Yes, I do*», corto y cambio; debía ser de los que trasladaban todo el enunciado al resultado.

—Es un caso complejo —le dijo de camino—. Son dos hermanos enfrentados por la división testamentaria del padre... Pero que no se pusieran de acuerdo no es lo único: en Leighton Abogados podemos manejar a los niñitos de papá peleándose por millones como mujeres en rebajas. Por lo que sé gracias a mi admirable talento de fisgonear para enterarme de lo que no

debo, esto del testamento destapó la malversación de uno de los hermanos sobre los activos bancarios del otro. Pura envidia, por lo que se conjuga la parte preferida de Aiko en los juicios: los sentimientos. Envidia, arrepentimiento, dolor... Qué malos son los celos.

»Y hablando de celos —hiló. La dejó pasar antes que a él y se colocó un sombrero de fieltro que parecía haber sacado de los felices años veinte—. ¿Tienes novio, rollete...? Tranquila, sé que esto es improcedente y que cualquier otra mujer me habría dejado la marca de sus anillos por entrometido. Me he comido varias piezas de coleccionista; piedras de rubí, zafiros, esmeraldas... Todas alianzas de casada. Pero me arriesgo de todos modos.

—Ah, no me importa que me preguntes esas cosas. No, no tengo novio, ni nada... Solo a Cal, y como has dicho, es mentira. Pero no se lo digas a nadie, por favor.

—Descuida, es justo lo que necesitaba para chinchar a mi zorrillo. Pero dime...

Hizo una pausa delante del guardia de seguridad para mostrar su identificación. Señaló a Mio alegando que lo acompañaba porque era la adjunta, y cruzaron las puertas de la sala. El juicio ya había comenzado, pero nadie se percató de la interrupción.

—¿Qué te llevó a decirle a la gente que estabas liada con él? Nenita, habría sido más creíble si hubieras dicho que te echas unos casquetes conmigo *from time to time*. Si la gente se lo tragó fue porque llevabas su camisa como la Libertad de Delacroix, porque sin eso nadie habría pensado que Caleb tuviera genitales y, menos aún, que les diera uso.

—¿En serio? —preguntó en voz baja. Se acomodó en el banco y apoyó los codos para impulsarse hacia delante e intentar captar a Caleb—. ¿Por qué? Sé que de vez en cuando se acuesta con Julie. Bueno, que lo hizo una vez.

—Pero Julie es toda una profesional... Quiero decir: no es que sea una profesional porque cobre por el noble oficio del sexo, no me malinterpretes. Simplemente sabe tener la boca cerrada, por eso no la soporto. La gente discreta me pone de mal humor, me dificulta el trabajo de averiguar a quién se mete en las bragas...

»En fin, como te iba diciendo, nadie confía en la sexualidad de Caleb porque si tuviera membranas, el muy cabronazo sería una ameba. Van a hacer dos años desde que lo conozco, y tuve que dejar de admirarlo porque su vida personal daba pena. No lo he visto salir en serio con una tía jamás, aunque es verdad que ha tenido sus momentos. Eso por no mencionar lo comprometido que está con el bufete. No se le ocurriría acostarse con alguien con quien trabajara. Es demasiado serio y se lo toma todo demasiado a pecho.

Mio sí que se tomaba a pecho algunas cosas... Como, por ejemplo, la forma de su trasero. Caleb era uno de los tíos más altos y fuertes que conocía, siendo un metro noventa y cinco de piernas larguísimas y espalda en forma de triángulo invertido. La chaqueta de traje le favorecía, pero las camisetas de deporte la ponían a sudar. Marc y Jesse parecían unos muñequitos a su lado, unos don nadie.

—Pero por eso lo contratan, por eso lo eligen como asesor y representante —continuó Jesse, que no podía dejarla fantasear tranquila—. Aparte de por sus grandes gestas. Míralo: el estrado es más suyo que del juez. Trata a los señores del jurado con cortesía y distancia porque se lo puede permitir. ¿Has visto a mi hermano en acción? El muy cerdo saca sus ojitos, se hace un poco la víctima y se mete al jurado en el bolsillo con argumentos patéticos que acaban siendo convincentes porque les da el sentimentalismo que esa gente quiere. Al final, es una especie de *reality show*. Pero Caleb no necesita nada de eso. Sus hechos son tan obvios, consigue pruebas

tan claras y específicas que daría igual cómo contara la historia o interrogase a los testigos, siempre tendría razón.

—Aun así, Marc le gana cada vez que se enfrentan —señaló Mio. Entornó los ojos para ver mejor, captando los gestos que Caleb hacía al referirse al juez.

—Porque no importa cuántas veces te hayan contado que el bien triunfa: los malos siempre ganan. Los malos retorcidos y que conocen la lección, no los pardillos que tiran piedras y se entregan. Partiendo de que muchos casos son muy subjetivos y la ley no puede aplicarse de la manera más justa, Marc se aprovecha de sus vacíos para salir por donde quiere. Caleb pretende ser el justiciero, hacerlo todo de la manera correcta, y eso es muy difícil... Por eso pierde a menudo. Al final solo hay dos tipos de abogado, chiquita. El que quiere ganar, y el que quiere hacerlo bien.

—Pero el que gana es porque lo ha hecho bien, ¿no?

—Solo a veces. De todos modos, no hablamos de resultados, sino de motivaciones: a Marc le motiva la victoria, y a Caleb, hacer lo correcto.

—¿Tan malo es tu hermano? —preguntó, dudosa—. Todo el mundo dice que es el demonio, y es verdad que la cagó con Kiko una vez, hace tiempo… Pero me parece muy simpático.

—Oh, y duerme como un tronco todas las noches aun habiendo restado años de pena a auténticos miserables, pero es solo su trabajo. La gente debe entender que todo el mundo tiene el derecho a ser defendido, y que a Marc le han estado tocando los villanos, por oficio y por delegación de su jefe. Y tampoco es tan simpático. Se nota que no lo has visto cuando me como sus Skittles. Ni tan entregado. Los dos estudiamos Derecho por herencia paterna, no porque nos importase un carajo la gente. Pero conforme ha pasado el tiempo, nos hemos acostumbrado y ya no podemos alejarnos del mundo legal. Sabrás lo que se dice... «Si puedes vivir sin hacer algo, déjalo inmediatamente».

Mio se giró y lo miró confusa. Repitió la frase para sus adentros. La había oído muchas veces antes: era el lema espiritual de su madre, que soltaba para justificar sus constantes idas y venidas con su padre, sus «ahora sí», «ahora no». Aiko y Caleb eran fanáticos de lo bien que sonaba y cómo aplicaba en la vida cotidiana, así que lo adoptaron como filosofía de empresa: la había visto grabada en una placa de titanio y cristal en el recibidor del bufete. Era lo primero que se veía al salir del ascensor.

Ella no se sentía identificada con lo que sugería. La descolocaba, y por eso prefería pasar sin mirarla. Como la leyera, pasaría el día dándole vueltas a su significado, y lo trasladaría a ámbitos de su vida en los que prefería no pensar. No quería hacerse preguntas, porque sus respuestas ya estaban definidas y temía que, al probar otras alternativas, se diera cuenta de que estaba perdiendo el tiempo siendo alguien que no era. Pero si tuviera la fortaleza y voluntad necesarias para replanteárselo todo, se preguntaría sin qué *no* podía vivir... A lo mejor descubriría que la abogacía no era una de esas cosas, probablemente sufriendo un ataque de ansiedad después.

Sacudió la cabeza, no muy contenta con lo que estaba sugiriendo. ¿En qué estaba pensando? Ella siempre había querido ser abogada, trabajar con su hermana y defender a los desfavorecidos... Aunque el bufete de Aiko defendía mayormente a multimillonarios y otros personajes influyentes. Muy desfavorecidos no eran del todo.

Silenció aquella parte de su cabeza y se fijó en que Jesse le sonreía a la Corte, donde Caleb se levantaba para protestar por subjetividad.

Mio levantó las cejas.

—¿Tienes una dilatación en la oreja? ¿Está eso permitido en un abogado?

Jesse puso cara de indignación.

—Espero que no lo digas porque parezco un tío menos legal por ello. Peores son los que quieren pasarse la ley de prohibición del acoso en ámbito laboral haciéndole una dilatación anal a su adjunta, y te aseguro que yo no soy el que inauguró ese grupo el día que pusiste un pie en la oficina.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Nada, mujer. Solo que es una pena que Caleb sea tan serio, seguro que le gustaría que te partieras el culo con él.

Mio lo miró con curiosidad e ilusión.

—¿Tú crees? Porque... Somos amigos de la infancia, y es gracioso cuando quiere, solo que no conmigo. Es como si yo fuera una molestia para él. Siempre ha sido distante, incluso un poco borde. A veces se ha portado como si fuera mi padre.

—¿Y quién no quiere ser un *sugar daddy*? —replicó en voz baja.

—¿Qué has dicho?

—Que me encantaría que me contaras más.

—Ese es todo el resumen. Caleb y Aiko se hicieron mejores amigos en la preadolescencia, y yo iba detrás de ellos como una tonta esperando que me incluyeran en el grupo. A veces Kiko me animaba a acompañarlos a alguna parte, pero al final me sentía desplazada. Ni siquiera lo hacían adrede, es solo que tienen esa conexión que incomoda a los demás porque no la entienden. Yo no la entiendo. Aunque de los dos, era Cal quien se pasaba todo el día con cara larga.

—El priapismo no es muy divertido, no me puedo imaginar a nadie sonriendo cuando lleva a todas partes la polla como las avellanas del turrón.

Mio siguió hablando, sin escuchar ni descifrar los comentarios que Jesse hacía por lo bajo.

—Por eso dudaba sobre si ocupar el lugar de Aiko o no, que en realidad no es su lugar, porque no estoy haciendo su trabajo... Pero temía que Caleb se enfadara o agobiase por tener que verme todos los días. Sé que no le hace ilusión...

—Estoy seguro de que al menos a una parte de él le ilusiona muchísimo, Mio.

—¿Y por qué no lo demuestra? —protestó.

—Porque el bufete toma medidas estrictas contra el escándalo público, y Caleb no es un gran exhibicionista. Además, quién sabe si al final querrías denunciarle...

—¿Denunciarle? ¿Por qué?

—Ya sabes, por los pormenores de trabajar en equipo —comentó con tranquilidad—. No todos quedan satisfechos siempre.

Mio suspiró y se miró las manos. Se había pintado las uñas de morado: era una manera de desearse suerte y convencerse de que todo iría bien.

—Ojalá no fuera tan duro conmigo.

—No digas nada de lo que puedas arrepentirte... —canturreó.

—No me arrepentiré. Créeme, me acuerdo de todas las veces que me ha regañado por hacer algo mal, y de la cara de decepción que ponía. Y de lo tenso y enfadado que estaba.

—La satiriasis no es el camino a la felicidad, Mio, lo tienes que entender.

—¿Satiriasis? ¿Qué es eso? Da igual. Solo quiero saber cuál es su problema conmigo.

—Creo que son las faldas. —Mio lo miró expectante—. Son demasiado largas, ¿sabes? Le recuerdas a su madre, y eso le pone de mal humor. Deberías probar con una mini un día, a ver qué tal.

—No lo había pensado... Es verdad que Caleb sufre mucho por sus padres todavía —murmuró para sí. Se giró hacia Jesse con esperanza—. Tú lo conoces muy bien, ¿verdad? ¿Qué otro consejo me darías para no incomodarle, o para que deje de evitarme siempre que puede?

—Si te sirve de consuelo, en el trabajo nos evita a todos porque no va allí a hacer amigos. Créeme, tardé un tiempo en convencerlo para que fuese mi *partner in crime*. Y más últimamente, que se está volcando en un caso secreto del que no le quiere hablar a nadie.

—¿Un caso secreto? Te equivocas. Caleb se refugia en el trabajo porque... Bueno... Supongo que todos lo sabréis... Está enamorado de Aiko y no puede soportar que vaya a casarse con otro.

—Chiquita, cuando un hombre no soporta que le quiten a la novia, no se encierra en un despacho: enseña los dientes. Caleb más que nadie, ¿o es que no es famoso por su grandioso gancho de mano izquierda? Ese zurdo sabe pelear por lo que quiere. Y, entre tú y yo... Los abogados solo nos escondemos detrás del escritorio cuando queremos ocultar una erección de elefante, el resto del tiempo nos encanta lucir el traje sin arrugas, y para eso hay que estar de pie.

Mio frunció el ceño.

—Entonces, si no está en el bufete todo el día por Aiko, ¿qué hace allí? ¿De verdad crees que lleva un caso secreto?

—O eso o se le pone durísima con alguien y no quiere que lo sepa. Una de las dos.

Mio se quedó pensando al respecto. Eran buenas noticias, ¿no? Si Caleb no lloraba en el despacho muy de buena mañana, significaba que a lo mejor estaba superando a Aiko. Pero entonces, ¿por qué se metió en el probador con ella? Y, ¿qué habrían hecho ahí dentro...? Rezaba porque no le hubiera recordado las medidas a su hermana.

¡Su hermana! ¡Las medidas! ¿Cómo no había podido pensar antes en ello? Se suponía que Aiko estuvo saliendo con Caleb unos años, debía saber muy bien en qué número del intervalo dieciocho-más-infinito se encontraba la dirección del machete de Leighton. Era un poco sórdido abordar a su hermana para preguntarle algo así, por no mencionar que podría resultar doloroso, pero necesitaba saberlo. No ya por fantasear —que por supuesto también—, sino para salir de dudas, porque a ese paso acabaría plantándose en la oficina con unos prismáticos... Y no podía permitirse seguir bajando puntos en reputación.

Se fueron antes de acabar el juicio para que Caleb nunca supiera que estuvieron allí. Era un milagro que no los hubiera echando por charlatanes. La adjunta de Jesse había terminado el trabajo de Mio y eso la dejaba libre, por lo que decidió pasarse por casa de su hermana para investigar lo que la tenía sin dormir.

Ya hemos dicho que Aiko vivía en un edificio de quién sabía cuántas plantas —muchas, eran muchas— con vistas a la playa, algo bastante irónico porque a Kiko no le gustaba ir —era muy malo para sus riñones— y Marc no tenía tiempo para eso. El último piso era el que les pertenecía, y contaba con *jacuzzi* interior, además de las instalaciones de la urbanización, que incluían pista de tenis y piscina olímpica. La casa no se quedaba atrás en dotación, siendo de aspecto moderno, y estando tan limpia que parecía recién comprada.

—Vienes justo a tiempo —exclamó Aiko, saliendo de la cocina con el delantal. Mio temió que bajaran cuatro jinetes del cielo con la intención de matarlos a todos: ¿qué era Aiko cocinando, si no el fin del mundo?—. Me aburro tanto que he buscado recetas de postres en Internet y me he descargado unas cuantas para probar. Ya que no hago nada, por lo menos estudio y aprendo.

Mio se acercó a degustar la obra de su hermana, arrepintiéndose en cuanto se la metió en la boca. La porción de tarta, se sobrentiende. Fue difícil masticar aquella masa dulce, pastosa y en algunos puntos hasta...

¿Acababa de tragarse un trozo de cáscara de huevo?

—¿Y bien? —preguntó, muy pendiente de su reacción.

Mio sonrió y levantó el pulgar, sin tragar el contenido. La hermana mayor aplaudió y se dio la vuelta para traer algo de la cocina, momento que aprovechó para acercarse a la ventana y escupir. Eran veinte pisos... O más. No le caería a nadie, ¿no? Se desintegraría antes de llegar al suelo.

—¿Qué tal ha ido todo hoy?

—Genial. He conocido a Jesse y me he informado de un par de casos que llevará Caleb. Él no estaba, tenía un juicio.

—El de Millstone, sí. Voy mañana a la resolución, hoy era una especie de calentamiento, al que de todos modos no me quiso invitar. Caleb está muy raro —meditó. Abandonó la cocina negando con la cabeza—. Antes trabajábamos en equipo, y ahora está muy centrado en historias que aparentemente no me conciernen. ¿Tú sabes algo, o has visto algo raro...?

Mio frunció el ceño. Pues claro que había visto cosas raras, como meter en el probador de la tienda de novias a tu mejor amigo y quedarte en bolas delante de él. Pero eso no lo iba a decir, porque siendo sinceros, Mio nunca había entendido del todo la naturaleza, las razones o las normas de la relación entre aquellos dos. Como mínimo se acostaron juntos durante una época. No había otra explicación a que durmieran juntos.

—Jesse me ha dicho que está con un caso secreto.

—¡Ja! ¡Lo sabía! —aplaudió, señalando a Mio—. Sabía que estaba ocultando algo de ese tipo. Dios, llevo una semana sin dormir, temiéndome lo peor. ¿Y si ha reabierto la investigación del asesinato de la chica Pierce...? No es algo que le concierna, él es ante todo asesor y defiende los perjuicios sobre empresas, pero... —Miró a la hermana menor con los ojos entornados. Mio supo enseguida lo que iba a decir—. Tienes que enterarte de qué trama.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Tienes que averiguar como sea qué se trae entre manos y contármelo. Si me lo oculta es porque sabe que es malo para él. Como cuando empezó a salir en secreto con la medio camorrista de la universidad, o cuando no me dijo que había perdido la beca...

—Espera... ¿Qué? ¿Tuvo una novia camorrista?

—A ver, no fue su novia oficial, pero sí. Eso ya da igual, duraron una semana. ¿Lo harás? Solo tendrías que colarte en su despacho y husmear un poco, algo que será muy fácil porque mañana estará defendiendo a Millstone. Se te da bien entrometerte, mucho mejor que a mí.

—¿Quieres que haga de espía?

—Podría mandar a Jesse, pero al día siguiente lo sabría todo el mundo. Y si es algo turbio...

—Ya, ya, lo entiendo. Lo haré. Pero si no encuentro nada...

El sonido del timbre la interrumpió.

—Pues vuelves a tu despacho y te pones a trabajar, y aquí no ha pasado nada. Fácil, ¿no?

Aiko encogió un hombro y se dirigió al recibidor.

—Hola —dijo, en cuanto abrió la puerta—. ¿Has venido a contarme qué tal?

—Ya sabes que ha ido bien —oyó la voz profunda de Caleb, los pasos firmes de Caleb, la risa seca de Caleb por un comentario por lo bajo de Aiko—. Si ganamos, Millstone incluirá todas las empresas que le tocaban a su hermano en la bolsa de la que me encargo. Haciendo un cálculo aproximado, facturaremos medio millón más al año...

Paró de golpe al ver a Mio allí, sentada a la mesa el comedor. Tenía las piernas recogidas contra el pecho, los pies descalzos y solo la ropa de andar por casa. Caleb clavó la vista en sus pies.

—Bonito esmalte de uñas. ¿Qué tal ha ido hoy?

Mio resistió la tentación de repasar el bulto del pantalón. No fue difícil, porque estaba guapísimo. A Caleb le sentaba bien ganar. Le brillaban los ojos y dejaba de estar tenso para caminar con seguridad, más que lo habitual.

—Cal, ven, tienes que probar el pastel que he hecho.

El aludido miró a Mio con una ceja alzada, como diciendo: «¿Pastel? ¿Aiko? ¿Qué?» y se acercó asustado al plato del ofrecimiento. Observó, pálido, que cortaba un trozo para él. Mio se rio internamente. Las habilidades de Kiko en la cocina eran pésimas. Hasta la fecha, había conseguido intoxicar a Marc y a Caleb, y a la vez, la que tal vez sería su única cosa en común.

Como cabía esperar, Caleb dio un mordisco y lo escupió en una de las macetas antes de morir envenenado. Después aplaudió su habilidad en la cocina y se dirigió a la mesa del comedor, a la que Mio había traspuesto para alejarse de la parejita. La miró aliviado. Ella sonrió con la justa timidez.

Santo Dios, eso sí que era belleza, y lo demás puras paparruchas. Llevaba el traje completo, con gemelos, corbata bien ajustada y el pelo echado hacia atrás... Aunque la corbata no le duró mucho. Se la empezó a quitar nada más se sentó. Era increíble lo nervioso que le ponía llevar algo alrededor del cuello, pero Mio lo entendía, porque era un cuello ancho y fuerte, y ya debía apretarle la camisa para que las marcas se notaran siendo tan moreno.

—A manotazos no vas a conseguir nada.

Estiró los brazos, no muy segura de que fuera a dejarle tocarlo... Pero Caleb no se movió, aceptando la ayuda. Podría haberlo liberado de su tortura personal sin acercarse tanto. Dónde estaría la gracia entonces, pensaba. Se tuvo que levantar de la silla y agacharse un poco para quedar a la altura del nudo, que deshizo tan lento como le fue posible. ¿Oler así de bien no era un pecado capital, una incitación a cometerlo...? Y no sabía a qué se refería, si a la colonia o al suave aliento que le acariciaba la nariz.

Mio intentó concentrarse en lo suyo, pero acabó echándole miradas furtivas. Él la miraba también, suponía porque le asustaba que lo estrangulase, y sus ojos a esa distancia eran de todos los verdes que pudieran encontrarse en el mundo. Sus labios entreabiertos y carnosos, su nariz firme, la barba negra con algunos pelillos blancos... Caleb tenía solo treinta años y ya le salpicaban las canas, aunque eran tan imperceptibles que solo una acosadora en toda regla como ella podría haberlas descubierto. Bueno, también lo sabía porque a Caleb no le hacía ilusión tener la barba a dos colores; se lo había confesado alguna que otra vez a Aiko. Decía que le hacía ver

viejo en comparación con las mujeres con las que salía. Frente a eso, Mio solo sabía decir que lamentaba que a todas les gustaran tanto los «maduritos», o no tendría competencia.

Acabó con el nudo y deslizó la corbata por su cuello tirando solo de un extremo. Él lo estiró, aún agobiado. Ella decidió colaborar desabrochándole un botón de la camisa. Y luego otro. Y Caleb no decía nada, solo la miraba con los ojos verdes del poema, abrasadores. Respiraba haciendo ruido, calentándola con el aire que suspiraba.

Mierda. Mierda. Mierda. Ahí estaba otra vez, la intensa necesidad de agarrarlo de las solapas de la chaqueta y besarlo. ¿Cómo besaría? ¿Sería tierno o duro, indecente y húmedo o tranquilo y concienzudo? Su boca... Estaba tan cerca. *Tan*. *Cerca*. Tan malditamente cerca... Se le recogió el estómago formando un nudo que subió hasta la garganta. Quería hacerlo. Quería atreverse. Un beso y adiós, solo para saber a qué sabía, cómo se sentía... Y sus manos, su abrazo, o su piel tibia.

«Deja de delirar».

Se separó sin mirarlo, con los ojos perdidos en el suelo, y balbució algo parecido a «voy a la cocina». Estaba casi sudando, y al borde de las lágrimas. No pedía que la quisiera, pero por favor, ¿es que no veía que se moría, literalmente, porque la tocara?

—*Geisha*... —oyó que decia Marc, al que ni había visto entrar—. Tienes suerte de ser inteligente, porque la cocina no es lo tuyo.

—¿Solo inteligente? ¿Y guapa?

—He preferido nombrar una virtud de la que estás orgullosa. Solo me pasaba para ver cómo estabas. Nos vemos en unas horas.

Marc desapareció con su caminar de «compartes la calle conmigo porque a mí me da la gana», saludando a Mio con una sonrisilla. Ella se quedó pegada a la pared, en silencio, para observar cuál era la reacción de Caleb al enfrentarlo. Se cruzaron, para desgracia de ambos, pero no reaccionaron mal. Cal mantuvo un semblante razonablemente sereno al asentir con la cabeza.

¿Hola? ¿Dónde estaba el «te voy a poner la sonrisa del payaso» que solían intercambiar? ¿Ahora eran amigos...? ¿Acaso estaba superándolo?

—Al final, Caleb siempre sabe echarle huevos —comentó Aiko a su lado, con una sonrisa satisfecha—. Le cuesta... Pero lo hace. Era el que tenía que ceder. Como dice Jesse, Marc los tiene demasiado gordos para pedir disculpas o dar el primer paso.

Mio miró a su hermana con una pregunta en la punta de la lengua.

—Así que... Gordos.

—No en el sentido literal —rio ella, apartándose el pelo de los hombros. Mio se fijó en que se ruborizaba, como cada vez que se mencionaba algo relacionado con el sexo—. Están bien.

—¿Y lo otro? —tanteó—. ¿Le sobra o le falta?

Aiko se puso roja como un tomate.

—Pues no lo sé, no es como si tuviera con quién comparar —balbució—. Él ha sido el único hasta ahora, y parece que lo será siempre, así que...

Carraspeó.

—¿No podemos cambiar de tema?

—¿Que no tienes con quién comparar? —insistió—. ¿Y qué hay de Caleb?

—¿Caleb...? No he estado con Cal en ese sentido en mi vida.

—No seas mentirosa. —Se cruzó de brazos—. Dormíais juntos, y te paseabas desnuda delante de él, y... Muchas cosas más. Ah, y me conozco muy bien esa broma entre vosotros de que tienes un lunar muy cerca del...

—Que me haya visto desnuda no significa nada, por Dios. Vamos, Miau. Te he dicho mil veces, a ti y a mamá, que no había nada entre nosotros.

—Pero eso no quita que pudierais tener cierta relación física…

—Mio, nunca he abandonado la idea adolescente de que el sexo es un intercambio especial. No iba a practicar con mi mejor amigo porque sí. Estaba buscando a alguien de quien estuviera enamorada.

Eso dolió. Se confirmaba lo que Mio a veces había sospechado: Aiko no quería realmente a Caleb, nunca lo hizo, lo que significaba que él estuvo y estaba solo en un barco a la deriva. Le alegraba haber descubierto que no se acostaron, pero también le entristecía pensar en toda una vida sufriendo de amor no correspondido. Por lo menos ahora podía decir que lo entendía. Caleb y ella habían soportado durante años la misma pena.

En fin. Ahora ya no sabía a quién preguntarle cuáles eran sus medidas reales, a no ser que abordara a Julie. Y aunque parecía agradable, no tenían suficiente confianza.

Se quedó meditando, concluyendo una conversación de la que podría haber sacado más. ¿Cómo podría proponer el tema a Julie? «Oye, de todos los tíos con los que has estado... ¿Qué nota le pondrías a Caleb? En ganas, desenvoltura y, a poder ser, *tamaño*».

Habría sido más fácil si Aiko lo supiera. Y en ese momento no se paró a desglosar la nueva información, pero cuando se fue a su habitación y le contó la jornada a Noodles, se dio cuenta de algo que le puso el corazón en un puño. Caleb la veía desnuda y dormía con ella sabiendo que no podía tenerla. Debía amarla mucho más de lo que imaginaba si, sin haber estado con Aiko de veras, seguía sintiendo lo mismo. El amor de Caleb ya no estaba al nivel de los humanos, sino al de los dioses. No necesitaba tocarla para anhelarla, ni su aprecio para sentirse realizado... Estaba contento con lo que tenía.

Contra eso no podía competir, aunque no era como si hubiese tenido alguna oportunidad desde el principio.

6

El arte de contradecirse

Al día siguiente, Mio no se pudo escaquear del trabajo que Caleb dejó en la mesa. Era un poco incómodo hacer lo propio al lado de una placa en la que ponía el nombre de su hermana, pero por suerte pasaba poco tiempo encerrada entre aquellas cuatro paredes. Que no es que no fuesen acogedoras, porque los tonos claros, los ventanales con vistas al centro de la ciudad y los clásicos muebles tipo inglés transmitían una sensación de pulcritud e importancia que no venía nada mal para centrarse en lo que debía. Simplemente era demasiado curiosa y le gustaba tener una excusa para familiarizarse con el entorno: la zona del archivo, la cafetería, el espacio dedicado a la informática... Tenía ganas de encontrarse con Jesse y que le enseñara su despacho, que según decían era algo más pintoresco, pero no se pasó por la oficina en toda la mañana.

Una lástima, quería preguntarle qué tal estaba su falda. No era mini, pero sí ceñida y bastante más corta.

Tuvo que afrontar su primera jornada completa yendo de acá para allá con formularios y peticiones por rellenar, declaraciones, actas e incluso algún que otro currículo. El trabajo de delegada de la socia no era el más encantador, porque al final estaba trabajando como júnior. Aunque estuviera en el despacho de Aiko, sus competencias eran las mismas que los que ocupaban la sala de oficinas segmentadas y se pasaban el día tecleando en el ordenador o cogiendo teléfonos.

A media mañana hizo un descanso para desayunar, rogando al dios de los torpes que no la obligara a sacrificar su camisa con una mancha. Era de Aiko, lo que significaba que le quedaba un poco holgada de pecho, y una de sus favoritas. Si se la devolvía sucia, jamás se lo perdonaría.

Se dirigió a la pequeña cocina de los asociados y esperó en la cola a que cada uno se sirviera lo suyo. Un chaval espigado y con acné, sonrió amablemente y se ofreció a preparar los cafés de algunos.

—Un café vienés con doble de chocolate, leche condensada y una nube de nata —pidió una chica con un moño tan tirante que le dolió solo de mirarlo—. Si pudieras echarle canela y me acercaras el bote del caramelo líquido... Hoy sin crema batida. Sí, gracias.

Mio seguía sin ser una gran aficionada al café, pero la manera en que la desconocida agrupó los condimentos por sí misma —el muchacho no supo ni por dónde empezar— y colocó para rematar una pajita entre la espuma de la leche, la ayudó a descubrir un nuevo tipo de talento.

—Me lo bebería solo por lo bonito que ha quedado. O sea, no critico a la gente que le echa tanto dulce, pero eso parece un billete a la diabetes.

La chica le puso cara de circunstancia y sonrió a su pesar.

—No es para mí. Si me tomara uno de estos al día habría que sacarme de este sitio con remolque. —Giró el vaso, donde había escrito «Jesse» con una caligrafía perfecta que ni el plástico ni el bebedor apreciarían—. Es para mi jefe.

—Oh, tú eres la famosa adjunta.

Pues no le parecía *tan* fea. Era de esas mujeres que iban con la laca a todas partes y decían que el maquillaje, a la larga, derivaría en enfermedades cutáneas o ceguera. Llevaba el moño demasiado apretado para oír sus propios pensamientos, pero seguía siendo guapa. Por no perder la costumbre de envidiar todo lo ajeno, Mio se imaginó con sus ojos verdes grisáceos y su piel perfecta.

—No me extraña ser famosa, seguro que cuando se aburre de hablar de sí mismo, degenera y acaba contando batallitas ajenas —suspiró y se puso el café tamaño barril bajo el brazo para tender la mano—. Soy Galilea Velour. Puedes llamarme Gal, Lily, Lea, Gigi, o Velour, como quieras.

—Yo soy Mio. Con «o» y sin tilde.

Galilea asintió y se marchó tras saludar a Julie con una sonrisa. En cuanto Mio oyó su voz, se giró hacia ella y la detalló como no pudo hacerlo el primer día, barriendo su físico tal y como lo había hecho con la adjunta.

Julie era todo lo contrario a ella, empezando porque medía un palmo menos, llevaba unos tacones mucho más caros y elegantes y movía la espesa melena rubia de un lado a otro sabiendo que todos la miraban.

Y encima era simpática. Lo que le faltaba. Estaba condenada a enamorarse de todas las mujeres que hubieran tenido algo con Caleb.

—Buenos días, Mio. ¿Qué tal ha ido tu primer medio mes? —preguntó, sonriendo un poco tensa. Puso cara de culpabilidad—. Siento invadir la cocina de los asociados, pero es que en la grande no hay sobres de sacarina... Ni miel.

«Porque Cal la va robando, el muy capullo».

—Bueno, ¿qué? ¿Leighton está siendo muy duro contigo?

—La verdad es que n-no... —balbució, intimidada por su desenvoltura y su sonrisa cálida—. Estoy siendo más dura conmigo misma de lo que él podría serlo.

—Eso está bien, es importante presionarse para llegar a alguna parte. Seguro que todo acabará saliéndote bien. —Sus dedos temblaron al mover el café con la cucharilla—. Estás en muy buenas manos.

—Gracias, Julie. Eres muy amable...

Julie apoyó las dos palmas en la encimera y agachó la cabeza. Respiró muy profundamente y cambió de postura unas cuantas veces, se abanicó con la mano y al final solo dijo con voz aguda:

—¿Podrías... cerrar la puerta? Por favor.

Obedeció, y en cuanto se escuchó el chasquido de las bisagras al ceder, Julie exhaló el aire de golpe y rompió a llorar.

Mio se quedó estática contra la pared.

¿Estaba llorando de verdad? ¿Y estaba llorando... de *esa manera*, como si acabara de perder la pierna? Dios mío, ¿qué se hacía en esos casos? Sabía consolar a su hermana y a sus amigas de la universidad, pero no conocía de nada a esa mujer. Ni sabía cómo debía referirse a ella.

Al final lo hizo a la vieja usanza. Le pasó un brazo por la cintura, notando que temblaba, y le preguntó qué estaba mal. Si podía ayudarla en algo. Que lo sentía en caso de haber hecho un comentario desagradable.

—No, mujer, no has hecho nada. Es que llevo unos días muy sensible, trabajando bajo presión, y encima hoy me ha bajado la regla. Estoy pasando por un mal momento en mi vida, eso es todo. —La miró con una sonrisa vacilante y se secó las lágrimas, llevándose la máscara de pestañas sin querer—. Dios mío, menudo espectáculo te estoy dando.

—No te preocupes. Puedes contarme lo que te pase, no se lo voy a decir a nadie. Soy horrible aconsejando, pero a lo mejor, si te desahogas...

—Oh, nada, es lo típico. Y no tanta confianza, no sé si debería... —sollozó—. Lo siento mucho, tendría que estar llorando en mi despacho, no... No aquí. Es solo que llevo demasiado tiempo aguantando.

Mio le frotó la espalda con cariño.

—No pasa nada. Si necesitas hablar...

Julie la miró con los grandes ojos azules empañados. Al principio, incrédula y desconfiada. Después, agradecida y nerviosa.

—Eres la última persona a la que debería decírselo, pero... Lo haré porque si llegaras a enterarte por otro lado de que él y yo tuvimos algo, no me gustaría que me empezaras a mirarme mal. Las mujeres lo hacen mucho conmigo, eso de castigarme por haberme acostado con sus parejas actuales cuando estaban solteros, o... —Aspiró por la boca—. El caso es que... ¿Alguna vez te has enamorado de alguien inalcanzable?

«Chica, ¿me lo dices o me lo cuentas? No es que haya cruzado ese puente, es que vivo debajo».

—Llevo mucho tiempo... Desde que entré a trabajar aquí... —jadeó, agarrándose la chaqueta—. Él me deslumbró, ¿sabes? Pero soy tímida con los hombres y no me atrevía a decir ni hacer nada. Luego él descubrió, no sé cómo... que me interesaba, y estuvimos juntos. Solo una noche. Y yo creí que a partir de entonces todo cambiaría, y que empezando con ese tipo de relación podría llegar al amor, pero... He sido una estúpida. Ahora él está con otra… contigo. Y eso está muy bien, es solo que yo no puedo dejar de pensar en ello. Te he visto aquí de repente, tan mona y exótica… Me ha dado un poco de envidia. Me alegro por vosotros, pero... duele.

—Hablas de Caleb, ¿no? —dedujo Mio—. Él no está conmigo.

—¿Cómo que no? No hace falta que me mientas, todo el mundo sabe que sales con él.

—¡No! Solo… tenemos sexo. —Se arrepintió tan pronto lo dijo—. No está enamorado de mí ni nada de eso, Julie, aunque sí que está enamorado de...

Julie se secó las lágrimas con la mano.

—De Aiko, ya. Por eso siempre he sabido que nunca lo tendría.

—No es imposible —la animó—. A lo mejor ahora está enamorado de otra, pero lo que caracteriza a los sentimientos es que pueden cambiar de un día para otro. Incluso de un momento a otro. Son muy volubles. Puede que eso cambie si te arriesgas. ¿Por qué no intentas acercarte a él? Hay hombres muy tozudos que necesitan que les abran los ojos.

«Haz el favor de callarte. Estás pasándole tu amante ficticio a una mujer que no le interesa, ¿no te da vergüenza?». Mio lo pensó y se sintió mal porque no había caído en la cuenta, pero se mantuvo firme. Julie no tenía nada que envidiarle a Aiko, podría conseguir el amor de Caleb.

Además, Cal merecía querer y ser querido, no pasar el resto de su vida pendiente de una mujer —pronto casada— que lo veía como un amigo. Solo quería hacerles un favor a los dos.

—¿Me estás diciendo... que le proponga salir? ¿No se supone que es tu… medio pareja?

—No, no, de pareja nada. Y no es muy importante para mí, ¿sabes? Quiero decir... Me lo hace bien, pero yo no estoy enamorada, ni lo estaría nunca. No es mi tipo, en realidad —comentó desenfadada—. Y tengo menos oportunidades con él que nadie, sería absurdo que esperase algo más. Una estupidez. Vamos, una locura... Pero qué más da. Si para mí no es para tanto —continuó, esperando convencerse a sí misma—. No me imagino siendo su novia, ni…

—Mio —interrumpió el protagonista de la trola. Las dos dieron un respingo: Mio se giró hacia la voz, mientras que Julie le daba la espalda para limpiarse los rastros de maquillaje—. ¿Cuánto tiempo se tarda en conseguir un café? Te necesito en el despacho para que te hagas cargo antes de que me vaya.

Caleb se acercó a las dos con expresión impenetrable. ¿Habría visto llorar a Julie? Esperaba que no, la pobre lo pasaría muy mal. Ella sabía lo que era emocionarse delante del hombre del que estaba enamorada, y sabía de lo que ese hombre en concreto era capaz en esos momentos. De desentenderse y meterte a rastras en el portal de la casa de tu hermana, más o menos. De lo único de lo que se acordaba, era de su rechazo.

Fue a coger el vaso y disculparse. Caleb lo hizo por ella. Lo de agarrar el café, claro, no tenía que pedir perdón por nada. Y no solo eso, sino que lo destapó y giró el plástico adrede para beber donde Mio había dejado su marca de pintalabios morado.

A Mio se le paró el corazón cuando él la miró de reojo al pasarse la lengua por los labios. Le entregó el café, y teniendo la mano libre, rodeó su cintura para guiarla a la salida. Vio que miraba a un lado y a otro para confirmar que no había nadie, saludaba a Julie con una sonrisa amable y se dirigía a Mio de nuevo.

—Intenta seguir los horarios, o se van a dar cuenta de que soy permisivo contigo porque eres mi favorita —le dijo en voz baja. Su boca estuvo peligrosa, delirante y turbadoramente cerca de su orejita, que sobresalía de la melena corta para avergonzarla.

Mio fue a preguntarle de qué leches estaba hablando, pero Caleb encontró una manera muy efectiva de cerrarle el pico. Se inclinó sobre ella y le dio un beso en la mejilla. No en la mejilla como tal, en el pómulo, bajo el ojo, en la línea del *contouring* o en todo el moflete... Caleb dejó sus labios muy cerca de una de las comisuras de su boca. Muy, muy cerca. Tan cerca que no pudo pensar si Julie estaría mirando o preguntarse a qué venía eso, porque dejó de ser un ente corpóreo para derretirse.

Caleb tuvo que empujarla un poco por la zona lumbar para que reaccionase, y ni así consiguió encontrar sus piernas o sentirse propietaria de su cuerpo. Todos persiguieron con la mirada el paseo que dieron juntos hasta el despacho. Cal lo señaló bajo la morbosa atención del público, y Mio accedió flotando. Se paró en medio de la alfombra, oyendo como en un eco los pasos de Caleb, la puerta cerrada, el chasquido del pestillo...

—¿Qué coño te crees que estabas haciendo?

Mio salió de su ensoñación como si le hubieran arreado un palazo en la nuca. Parpadeó una, dos y cien veces, y levantó la barbilla para fijarse en Caleb. Estaba cabreadísimo. Se pasaba la mano por el pelo, conteniendo unos cuantos mechones con los puños crispados.

—Recuerdo haber sido muy claro cuando te dije que no me interesaba tener nada con Julie, ¿y ahora te pones a animarla a pedirme salir? ¿Se puede saber qué coño pretendías metiéndole mentiras en la cabeza?

—¿Mentiras? En todo caso he desmentido lo que ella pensaba. No quiero que una persona sufra creyendo algo que no es verdad, incluso si no tiene una sola oportunidad. Y, ¿por qué no te interesa? Julie es guapa, inteligente y muy amable.

—Me da igual cómo sea Julie, te especifiqué que fue cosa de una noche y ahora la arrojas a mis brazos. Y por la parte de las mentiras tampoco te salvas. Te pusiste a hablar con dos secretarias de lo bien que te follo para ahora soltar que no es para tanto... ¿Es que no te das cuenta de lo que haces? ¿Cómo te vamos a tomar en serio si no mantienes ni tus trolas?

Mio frunció el ceño.

—¿Y eso qué tiene que ver? Mira, si te ha molestado, no haberle hecho ilusiones metiéndote en la cama con ella. Las mujeres tenemos sentimientos, ¿sabes? No puedes acostarte con una y esperar que lo olvide, y menos cuando ella sabía que tú sabías que te quería. —Miró al techo—. ¿Ha tenido sentido lo que he dicho? Ha sonado a trabalenguas.

—No, nada de lo que dices tiene ningún sentido, jamás. Lo primero, es que no estás aquí para darme sermones por follar con quien me dé la gana...

—Pues alguien te los tiene que dar. Eso que hiciste es muy rastrero. Aprovechaste que ella te seguiría a cualquier parte para desahogarte...

—Yo no sabía que estaba enamorada —cortó—. Y eso es otro tema que no pienso discutir contigo. ¿Es que no te enteras?

Se alejó de la puerta y se plantó delante de ella.

—No puedes utilizarme para lo que te venga en gana. No voy a ser el salvador cuando te apetezca, y luego tu supuesto novio, y ahora el tío al que le encasquetas a otra porque te da pena. Soy una jodida persona, Mio, no un muñeco a tus órdenes.

—¡Pero si has sido tú el que me ha manipulado a mí! —espetó apretando los puños—. ¿O no me has dado ese beso para que Julie siga pensando que te gusto de verdad?

—No iba a permitir que saliera de la cocina con los pájaros que te gusta meter a todo el mundo en la cabeza.

—A ti lo que te molesta es que dijera que no eres para tanto —se plantó Mio con insolencia—. Porque ahora se van a pensar que soy yo la que te va a dejar a ti.

La sonrisa sarcástica de Caleb fue puro veneno.

—Yo que tú, no le hablaría a mi jefe con esa caradura. Por muy hermana de Aiko que seas, si me tocas las narices, te voy a echar sin remordimientos. De hecho, debería haberte despedido cuando te inventaste una historia sobre nosotros. Y, nena... Se te olvida que estás hablando sin conocimiento de causa. Sé muy bien que soy para tanto.

Mio salivó.

Dios, le encantaba cuando se ponía fanfarrón.

—Ah, ¿sí? —se chuleó, poniendo los brazos en jarras—. Pues no me lo creo, vas a tener que hacerme cambiar de opinión.

—¿No se supone que no tienes ninguna oportunidad conmigo? Apechuga con lo que ha salido de tu boca, y deja de cabrearme —amenazó, muy serio—. Ahora mismo la única opinión que me

importa es la de Julie, y lo que vaya a hacer porque te ha dado la gana suponer que volvería a tocarla.

Mio recibió ese golpe hacia Julie como si se lo hubiera dado a ella.

—Vete a la mierda. Eres un capullo manipulador. Te la llevaste a la cama por egoísmo, flirteas conmigo delante de ella para romperle más el corazón, y ahora te refieres a sus sentimientos como si no valieran nada. ¿Vas a tener el valor de enfadarte porque intento arreglar tus crueldades?

Caleb la cogió del brazo y tiró de ella para acercarla a su cuerpo. Mio se encogió, y no de miedo, sino excitada por la energía con la que la traspasaban sus ojos como ascuas.

—¿Mis crueldades? ¿Te crees que haberte dado un estúpido besito para dejar claro lo que hay, ha sido una crueldad? Podría haber sido bastante más cruel diciéndote delante de ella que tu falda lleva poniéndome malo toda la mañana, y que solo puedo pensar en abrirte de piernas cada vez que pasas por delante... O podría haberte dado un beso de verdad. Podría haberte encajado en la pared y haberte comido entera. —Entornó los ojos sobre sus labios—. Créeme, eso sí que habría sido jodidamente cruel.

Mio abrió y cerró la boca varias veces antes de contestar. Estúpido besito, había dicho... ¿De qué iba refiriéndose a otro símbolo del arte histórico de esa forma tan despectiva?

—P-pero no lo has hecho.

—No. —La soltó y retrocedió. Descansó las caderas contra el escritorio, estaba más calmado, y desde allí le dirigió una mirada cauta—. No lo he hecho.

Una parte de Mio celebró que no lo hiciera. Habría sido horrible para Julie estar delante. Ella no lo habría soportado si hubiera sucedido a la inversa, suponía que por eso Aiko y Caleb tenían la amabilidad de reservarse las carantoñas para cuando estuvieran en privado... Si es que se las hacían, porque cada día estaba más confusa respecto a ese tema.

No obstante, otra parte de Mio, la que llevaba cuernos y tridente —porque sí, Mio tenía un lado pérfido, aunque pasara la mayor parte del tiempo echando una siesta—, lamentó que Caleb no hubiera sido un poco más malo. Lo lamentó mucho.

Muchísimo.

—No lo he hecho para molestarte, ni para que no me tomen en serio...

—Entonces, ¿para qué? ¿Para que tu reputación vaya de mal en peor? ¿Es que quieres ser el maldito hazmerreír del bufete? Porque a mí no me hace ninguna gracia escuchar lo que dicen de ti, y no me puedo meter porque, aparte de que tienes una edad para lidiar con las consecuencias de tus decisiones y nadie más debe meterse, es algo que te has buscado tú solita.

»Primero, quedas como la oportunista que se acuesta con el jefe para que le dé el despacho de la ausente, y ahora te pones el disfraz de la cachonda a la que no le importa pasarse los amantes, a la que yo no valoro lo suficiente para querer fuera de la cama. ¿Por qué tienes esa manía tan jodida de despreciarte?

—No me estaba despreciando —protestó, haciendo una mueca—. Lo estaba haciendo por vosotros dos. Puede que ellos piensen que tú y yo tenemos algo, pero a la hora de la verdad, tú estás solo y triste porque Aiko se va a casar con otro. Se me ocurrió que... Ya que no buscas a nadie para llenar ese vacío, agradecerías un empujón. He hecho la función de página *web* de citas.

Caleb le rio una gracia silenciosa a la pared del lateral, soltando una carcajada vacía.

—¿De verdad estamos teniendo esta conversación? —Devolvió la mirada a Mio y se impulsó con las manos para caminar hacia ella—. No tenemos doce años, tampoco soy un divorciado con el corazón roto. No necesito que me busques novia.

—Pero Julie te quiere y te tratará muy bien. ¿Por qué no le das una oportunidad? Solo una oportunidad, Caleb. A ella, o a cualquier otra. La única manera de salir de donde estás en dando un paso al frente y superándolo. Vamos, ¿por qué no?

—Porque no lo quiero superar —atajó, mirándola fijamente—. Estoy enamorado de otra mujer y no pienso engañar a otra haciéndole pensar que podría llegar a quererla, cuando no es así.

En otro momento, Mio se habría venido abajo. Pero en ese caso no pudo. Caleb no hablaba con resignación, sino empecinado en seguir donde estaba. Le daba igual su situación, o andar rompiendo corazones por seguir con la cabeza metida en la tierra, como los puñeteros avestruces. Y eso le sentó tan mal que cuadró los hombros y se envalentonó.

—Haz lo que te dé la gana, pero si yo tengo ya una edad para dejar de emparejarte con alguien, tú tienes otra para parar de ir detrás de alguien a quien no le interesas. Aiko me dijo el otro día que nunca estuvo contigo porque esperaba a un hombre del que enamorarse, y resulta que tú no eras el elegido... Y mira, aquí sigues: intentas convencerte de que lo conseguirás, lloriqueando para no complicarte la vida. Lo que tú haces sí que no tiene ningún sentido —le espetó, apuntándolo con el dedo—. Tú sí que te desprecias a ti mismo.

Se arrepintió en cuanto lo dijo, y no solo porque hubiera hablado desde el rencor y la impotencia, cuando le enseñaron desde pequeña que no era buena idea abrir la boca estando enfadada... Sino por la cara que puso Caleb. No frunció el ceño, ni le apartó la mirada, ni le gritó de vuelta. Nada. Fue la decepción lo que suavizó sus facciones, y conformidad lo que se deslizó por su garganta al tragar saliva.

Acababa de desilusionarle.

—Así que Aiko te dijo que nunca me quiso, ¿eh? Bueno, desde luego cobra sentido lo que has dicho en la cocina. Explica que hayas cambiado de opinión.

Se giró hacia la mesa y cogió un par de papeles de la impresora personal. Mio no supo qué decir, porque nunca lo había visto así.

—Solicita la patente que se explica en el documento y envíala a donde corresponde antes de la una. Después te puedes ir. He terminado contigo.

«He terminado contigo», repitió para sus adentros.

¿Por qué eso sonaba tan mal, más allá de despedirla hasta el día siguiente?

—Cal...

—Cuanto antes termines, antes llegas a casa —cortó—. Hoy no puedo llevarte. Tengo un juicio en una hora.

Mio observó con cara de pena que se sentaba y agarraba el ratón del ordenador, todo eso sin mirarla, como si ya se hubiera ido. No supo cómo disculparse por haber sido tan dura. Ella no lo creía así, pero Aiko mencionaba a menudo que Caleb era una persona, ante todo, sensible, solo que fingía muy bien lo contrario. Sabía, también gracias a su hermana, que el arte de esconder sus sentimientos lo aprendió cuando sus padres fallecieron. Así era como se armaba de valor para enfrentar el día a día.

Él nunca hablaba de ellos, y nadie se atrevía a decir sus nombres, así que no sabía cómo reaccionaría si lo hiciese. ¿Importaba? Aiko estaba al nivel de sus progenitores, y había vuelto a

atacarle por ahí para hacerle sentir miserable por amarla, como si ella no fuese igualmente patética por no querer olvidar a alguien con quien tenía todavía menos oportunidades. Se había retratado a sí misma al dirigirse a él de ese modo, y quizá de ahí viniera su falta de tacto: de que detestaba verse reflejada en su desesperación.

Se tragó la vergüenza y bordeó la mesa. Una cosa que no había cambiado con los años, era su incapacidad de abandonar la habitación después de una discusión con Caleb. No sin antes haberse ganado su perdón. Solía ser ella la que se equivocaba, rompiéndole juguetes que le gustaban, robándole cromos para intercambiar en el recreo, chinchándolo a secas; persiguiéndolo cuando necesitaba espacio. Caleb nunca hizo nada mal con ella. Tal y como él había dicho, era siempre el que le resolvía los marrones y hacía la vista gorda a sus errores. Bueno, antes de eso la regañaba, pero después no volvía a mencionarlo, ni la comparaba con nadie. Y eso era algo que nadie más hacía por ella.

—¿Qué más quieres, Mio?

Ella jugó un poco con los dedos antes de poner una mano sobre la suya. De este modo lo apartó del ordenador y lo obligó a escuchar. Se sentó a medias sobre la mesa, movimiento que Caleb apreció de reojo.

—Lo siento. No sé por qué he dicho eso, cuando la verdad es que entiendo muy bien lo que te pasa. A veces no queremos olvidar a la persona en la que pensamos porque la queremos tanto que no importa que no nos corresponda: es suficiente con estar en su vida —soltó de carrerilla. Esperó un poco por si Caleb se cansaba de escucharla, pero no se movió, ni habló, ni apartó los ojos de los suyos—. Sé que me voy a contradecir... Pero bueno, Rihanna también se contradice matando hombres en sus videoclips y luego diciendo en entrevistas que no sabe estar sola, así que no pasa nada, si Rihanna lo hace es porque está bien.

»Lo que quiero que sepas es que es justo si prefieres seguir soltero, o si tu objetivo es hacer voto de castidad —añadió, recordando una de las peroratas de Jesse—. Yo no soy nadie para decirte con quién debes salir, o de quién debes enamorarte, por muy bueno que sea para ti. Al final eso no se elige, ¿no?

—Todo este discurso es innecesario. Sabes que mañana se me habrá olvidado lo que has dicho. No le des mayor importancia.

—No me parecería justo, porque tú sí le das importancia a lo que hago.

—La vida no es justa. Todo está bien, pecosa. Olvídalo.

Mio sabía que eso era mentira. Le había hecho daño, joder. ¿Por qué no lo admitía? ¿Por qué no dejaba que entrase, ella o cualquier otro? Quería consolarlo, abrazarlo, y que llorara, si es que eso era lo que necesitaba para arreglar su corazón roto.

Incluso se ofrecía a tener sexo por despecho con él, pero solo para hacerlo sentir mejor, nada que ver con sus propios deseos, ¿eh?

—No te creo.

Alargó el brazo para apartar una serie de folios que había sobre la mesa y las retiró para acomodarse allí, aclarando indirectamente que no iba a moverse hasta que se sintiera mejor. Organizó el papeleo como pudo.

—Esto no es como cuando te hice la zancadilla porque le dijiste a mi hermana que usé su falda favorita para limpiar el zumo que derramé. He vuelto a meterme con... *Ups*, perdón.

Se agachó para recoger un papel que se había soltado del clip del conjunto. Se incorporó y peinó rápido, y fue a pasar la lámina al montón, cuando se fijó en la foto tamaño carné que había pegada en el extremo superior.

Mio parpadeó para asegurarse de que era lo que ella creía que era.

—¿Por qué tienes una copia del historial médico de Aiko?

Caleb se levantó y le quitó el informe de la mano, pero Mio fue más rápida husmeando entre los folios agrupados, descubriendo que no se le había escapado ni una sola de las especificaciones de la enfermedad de su hermana. Utilizó la mano para investigar y comprobar que había unas cuantas partes subrayadas, y que debajo de su trasero encontraría otra serie de papeles sellados por el hospital que la atendió.

—Deja eso donde estaba.

Caleb no estaba muy contento con el descubrimiento. Pretendía intimidarla con la mirada, y utilizando su clásico tonito sin derecho a réplica. Todo el mundo se lo tomaba muy en serio cuando se ponía así, pero a Mio no le causó ninguna conmoción. Ninguna más allá de que le sentaba bien el disfraz de mandón.

—Te he hecho una pregunta, Caleb. ¿Por qué tienes esto en el despacho?

Se levantó, por si se había sentado debajo de más información interesante. De repente se le olvidó que había más anotaciones por todo el escritorio, borró la expresión inquisitiva y lo miró con horror.

—¿Es que se ha puesto enferma otra vez y no nos lo ha querido decir para no preocuparnos? ¿Es eso?

Sus manos temblaron al casi pegarse los folios a la cara y empezar a buscar entre las fechas la que fuese más reciente. Él se los quitó antes de poder pasar del primero año de su ingreso.

—¿Caleb?

—No es nada relacionado con eso —acotó, algo más calmado—. Todo está bien.

—¿Entonces? —insistió, impacientándose—. ¿Por qué tienes eso *aquí*? ¿Es una especie de… recuerdo?

Caleb no cedió al interrogatorio, así que se giró y buscó por su escritorio alguna que otra copia. Bueno, estaba claro que ese era su secretito, lo que no quería que Aiko supiera.

—Mio, para.

—¿Cómo que «para»? Tienes entre tus documentos un historial médico estudiado y subrayado de mi hermana —se clavó el pulgar en el pecho—, ¿y me dices que me esté quieta? No te lo crees ni tú —resumió, moviéndose entre el desorden. No tardó en fijarse en una documentación que llamaba la atención a simple vista: dos fotos, también tipo carné, de un hombre y una mujer —. ¿Quiénes son estos? Nacionalidad canadiense y mexicana...

Mio dejó de leer y levantó la cabeza de golpe. Buscó sus ojos con cara de póker. Si había tenido alguna duda, la resolvió su semblante severo.

—¿Son tus padres?

Caleb le quitó el historial y lo dejó en el otro extremo de la mesa, tenso. Hizo lo mismo con los papeles desordenados, agrupándolos en montones separados y cubriéndolos con sus respectivas carpetas, todo en un silencio que la incomodó. Abrió la boca, aun sin tener idea de qué iba a decir a continuación. Él resolvió interrumpiéndola con una mirada fulminante.

—¿Crees podrías, por una vez en tu vida, dejar de meterte en mis putos asuntos?

«Tiene toda la razón. No tenías ningún derecho. Discúlpate».

«Y una mierda».

—Aiko es mi asunto. Y lo es bastante más que tuyo —puntualizó, señalando el misterioso taco de papeles—. Así que estoy en el deber, además de tener el derecho, de saber qué está pasando. Si no quieres hablarme de tus padres, muy bien, pero quiero que me digas ahora mismo de qué va eso. Parece que lo escondes, y si lo escondes es que no es nada bueno... ¿O Aiko le restará importancia si se lo cuento?

Los ojos de Caleb se oscurecieron.

—¿Me estás amenazando?

—Entonces esto es lo que no le quieres decir. No le quieres contar algo que le concierne. ¿Por qué? ¿De qué va todo esto?

—No es ningún secreto. No lo iba a ser eternamente. Aiko sabe todo lo que hago y cuando lo hago, así que no vuelvas a insinuar lo que parece que estabas insinuando. Y no intentes chantajearme, porque eres la última persona a la que metería en esto.

Cómo no. Caleb no perdía la costumbre de apartarla a un lado. Si no tuviera cara de palo, diría que se lo pasaba bien marginándola. Pues en esta ocasión no lo iba a conseguir.

Se armó de valor y le dedicó una mirada retadora. Dio la vuelta y se encaminó a la salida, no tan segura de sus pasos como le gustaría. Plantó la mano en el tirador.

—Entiendo con eso que no te importará que le comente a grandes rasgos de lo que creo que van tus misteriosos chanchullos.

No pudo abrir la puerta más de tres centímetros. Acababa de bloquearla apoyando un puño crispado por encima de su cabeza. La enorme presencia de Caleb la acorraló. Estaba cabreado. Bien. Se alegraba. Que le partiese un rayo. Que la partiese un rayo a ella también.

Que la partiese él, ya de paso, si tan enfadado estaba.

«Esto es muy serio, haz el favor de centrarte».

—No se lo he dicho porque sé que no va a estar de acuerdo, y va a intentar sabotearme porque aún no tengo las pruebas suficientes para presentar la demanda —espetó. Todavía la acorralaba contra la puerta. Mio tuvo que girarse con cuidado de no tocarlo en el proceso—. Pero en cuanto haya reunido todo lo que necesito y pueda demostrar que saldrá adelante, se lo contaré.

—¿Qué es lo que tiene que salir adelante? ¿A quién quieres demandar?

—A quien responda por la pésima organización del hospital Kendall West.

Estaba nervioso, y aunque era bueno camuflándolo, esa vez Mio lo percibió. Era obvio que ese no era su tema de conversación preferido. Seguramente no lo había hablado aún con nadie, y eso la hacía sentir... especial, por una vez. Era la primera en la que confiaba. Y vale, eso se debía a que lo había presionado, pero el resultado era el mismo.

—¿Quieres que le den una compensación económica a Aiko por lo que pasó hace casi dos años? Cal, ella no quiso denunciar. Entendió que fue un error de diagnóstico.

—¿Error de diagnóstico? Y una mierda. No la atendieron bien porque no saben atender en condiciones, y por eso se complicó. Estuve investigando porque lo que pasó no fue normal. No se puede tener a una persona en esas condiciones de salud en una habitación sin apenas vigilancia cualificada y luego confundir el tratamiento. Casi la matan.

—Entonces es eso, quieres que paguen...

—No quiero que paguen. Me limpio el culo con su dinero. Quiero que cierren el hospital.

—¿Cerrarlo? Caleb, fue una casualidad.

—No fue ninguna casualidad —cortó secamente—. Mis padres...

Él mismo se calló al iniciar la frase. Carraspeó y tardó unos segundos de más en abrir los ojos al parpadear. La enfrentó muy convencido.

—Cuando mis padres tuvieron el accidente, fueron a parar a ese hospital. Empezando porque a rehusaron a atender a mi madre por ser mexicana y no tener número de la Seguridad Social, los intervinieron tarde y mal. En el historial médico está redactado el parte de lesiones con el que llegaron, supuestamente intratables e inconscientes. Pero era mentira.

Mio contuvo el aliento.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—El auxiliar de ambulancia que los trasladó se presentó aquí hace unos pocos meses. No por nada relacionado con mis padres; necesitaba que le ayudara con un tema económico ahora que se jubilaba. Vio la foto que tenía de ellos dos, la de la estantería. Me dijo que la mujer le sonaba familiar. Mi madre era inconfundible porque tenía la cara llena de lunares. Entre unos comentarios y otros, acabé hablando más de la cuenta sobre ellos y me sorprendí cuando él exclamó que los había conocido. Fue quien cuidó de ellos durante el trayecto, los apeó del vehículo y estuvo a su lado hasta que entraron en quirófano. Hablaron, Mio —concretó—. Estaban conscientes, lúcidos, y muy seguros de que se recuperarían.

»No sé qué coño hicieron allí dentro. Podría ser una casualidad que uno de ellos reaccionase mal a cualquier medicamento, o que no despertaran de la anestesia, o que uno de los cirujanos cometiera un error fatal. Pero ¿los dos? ¿Y ahora Aiko? ¿Y encima mintiendo en un informe que debería ser oficial, y que tuve que pelear para que me dieran siendo un familiar directo?

Mio negó con la cabeza, casi en *shock*. Lo que Caleb insinuaba era un delito muy grave, y aparte, estaba hablando de sus padres. Por primera vez en la historia, desde que lo conocía y supo por qué Aiko I sentía especial debilidad por aquel amigo de su hermana, estaba abriéndose. Sí, los motivos eran profesionales: su objetivo no era desahogarse, sino exponer un caso. Pero le tocaba de cerca. *Muy* de cerca.

Mio se sentía como en una realidad paralela, en un sueño. Sabía que Caleb tuvo unos padres y que los quiso muchísimo. Pasaron tantos años enterrados en todos los sentidos que su mención la sacaba de onda.

—¿Cómo sabes que el auxiliar no mentía, o no se confundió? Si se ha jubilado debe ser porque es ya mayor, y...

—No mentía ni se confundió. Confesó que aquella pareja marcó un antes y un después en su historia laboral. Supuso toda una conmoción que fallecieran de repente. Me contó palabra por palabra lo que dijo cada uno. Me mencionaban a mí. A su hijo Caleb de once años, que estaba en casa estrenando niñera con un par de amigos.

Cambió la cara.

—¿Te crees que buscaría información entre las piedras si la historia tuviera lagunas? El auxiliar no padece ningún tipo de demencia, ni siquiera pasa los cincuenta años. Ha dejado de trabajar porque tiene cáncer terminal, y vino a mí para arreglar ciertas cuestiones económicas del testamento.

—Entonces no lo puedes usar a tu favor en el juicio...

—Tengo una declaración jurada de que conoció a mis padres, pero no es una prueba que puedan corroborar terceros o que sirviera para algo. Dudo que la presentara, a no ser que estuviera muy desesperado... Y lo estoy, porque no tengo nada —confesó, conteniendo la rabia —. Puedo demandar al hospital por mis padres y por Aiko, pero soy abogado y sé que como mucho cederían a un acuerdo económico, a esa compensación de la que hablas. Yo no quiero dinero sucio. Estoy seguro de que, si esto ha pasado tres veces, es porque hay algo turbio detrás, y peor: mucha más gente afectada.

—No niego que no suene sospechoso, pero han sido dos tragedias en una diferencia de casi veinte años. Los hospitales no siempre lo cubren todo, se pueden equivocar.

Caleb forzó una sonrisa falsa.

—Eso es exactamente lo que me iba a decir Aiko, que son coincidencias, que no debo darle importancia, que es un desperdicio de tiempo y dinero... Y no fueron dos tragedias —corrigió—. Fueron *tres*, porque eran tres personas. Mi madre, mi padre y Aiko. Ellos, y todos aquellos a los que les salpicó.

Mio se mordió el labio inferior, lamentando haberlo decepcionado con su respuesta, y lo que era más extraño: lamentando, por una vez, haberse parecido a su hermana en algo. Claro que Aiko se echaría las manos a la cabeza, y más si veía a Caleb contarlo con esa falsa calma que acabaría en estallido. Y tendría razón, porque era una locura demandar a todo un hospital y dejar a miles de empleados en la calle por dos casualidades. Más aún usándola a ella como prueba.

Pero por otro lado... Debía ser mejor que Aiko. Comprenderlo y concederle el beneficio de la duda.

—¿Qué necesitas para presentar la demanda? —preguntó al final.

Caleb vaciló.

—Testigos. Pacientes que tengan alguna queja del hospital. Amigos de pacientes que hayan sufrido pérdidas. Empleados que detectaran movimientos extraños. Echar un vistazo a la hoja de reclamaciones... Incluso los despidos improcedentes podrían servirme, aunque no como prueba determinante. Bruno, el auxiliar, se ha ofrecido a ayudarme a encontrar a gente que dejara el puesto en circunstancias fuera de lo normativo. Conoce a todos los que trabajaron y siguen trabajando allí, pero hay que ir con cuidado porque necesito pillarlos con la guardia baja. Ante todo, lo que me hace falta es acceder al archivo donde guardan todos los historiales médicos para supervisar si corresponden a la verdad. Quiero tener al menos quince relatos de quince personas diferentes, desde su apertura hasta la actualidad, para sostener que no ayuda a la sociedad… Más bien todo lo contrario.

—Pero no puedes sacar los historiales sin el permiso de los pacientes, a no ser que vayan a archivarse para eliminación porque han fallecido. Y tampoco puedes abordar a los especialistas por la confidencialidad médico-paciente.

Se ruborizó de placer cuando Caleb sonrió un poco y cabeceó al asentir, aplaudiendo su perspicacia.

—Efectivamente.

Mio le devolvió la sonrisa.

—Pues te alegrará saber que durante mis años estudiando enfermería hice unas cuantas amigas que hoy día trabajan en ese hospital, y a las que podría pedirles el favor de buscar pacientes

descontentos que les hicieron tomar declaración. Teniendo unos cuantos de estos, podrías presentar al juez las pruebas que ya tienes, más las que obtendrías, y solicitar que diera la orden de abrir el archivo. También sigo teniendo mi identificación de estudiante de prácticas. Hice unas cuantas allí a finales del tercer año. Podría infiltrarme, aunque no creo que el juez aceptase lo que pudiera sacar de ahí. ¿O sí?

—Más bien no —suspiró Caleb. La miraba con tal intensidad que Mio se sintió grande e importante—. ¿Es que estás dispuesta a ayudarme?

—No es que lo esté, es que *lo voy a hacer*. Me da igual lo que digas, o que vayas a negarte, o las pegas que se te ocurra poner, porque...

—No iba a poner ninguna pega. En todo caso, solo una condición. No se lo digas a nadie.

Mio se acobardó por un segundo. Ese «no se lo digas a nadie» incluía a Aiko, y jamás le había ocultado un solo detalle de su vida, solo sus sentimientos por Caleb, y porque creyó que la molestaría. Era un libro abierto con su hermana porque la adoraba y era excelente dándole consejos. Pero quizás, si se convencía de que era por una buena causa, lograría mantener el pico cerrado. Que las historias manaran de su boca sin necesidad de pensarlo no la beneficiaba. Temía que se le escapara.

—Vale —acordó. Le ofreció la mano—. Lo prometo.

Caleb estudió su gesto con curiosidad, todavía algo trastocado por toda la información, y también extrañamente divertido. Sabía que le hacía mucha gracia que tuviese las manos y los pies de los elfos, y que se comprara tanto los zapatos como los guantes y los anillos en la sección de niños del centro comercial. Nunca perdía la oportunidad de hacer un comentario respecto a eso, pero por una vez se calló y le dio el apretón diplomático que esperaba.

—No hagas que me arrepienta de no haberte hecho firmar un juramento con demanda en caso de incumplimiento.

—Señor abogado, no necesito castigos positivos para portarme bien.

No retiró la mano, y él tampoco.

—¿Y qué necesitas para hacerlo a menudo? —preguntó en voz baja. Casi pegó la barbilla al cuello para examinarla—. ¿Refuerzos negativos o positivos?

—Ninguno. Mis motivaciones son suficientes.

—¿Eso significa que no vas a pedirme nada a cambio?

¿Podía pedir algo a cambio? Solo de pensar en las opciones se le hacía la boca agua, pero lo que quería de él era inmoral, ilegal, y la ayudaría a adelgazar más rápido que ninguna otra dieta. Proponerlo en voz alta era una barbaridad, especialmente después de haber descubierto que Aiko le importaba más de lo que pensaba, así que se calló.

—Me conformo con que sigas siendo mi amante fingido, solo que sin besos delante de mujeres que te adoran.

«¿Entiendes la puntualización, guapo? Besos prohibidos delante de Julie, pero sin Julie puedes hacer el helicóptero con la lengua dentro de mi boca si te place».

—Muy bien.

Sin soltar su mano, que desaparecía bajo el apretón de la de él, Caleb abrió la puerta. Unos cuantos chismosos habían parado sus quehaceres para observar a lo lejos la entrada al despacho,

como si así fueran a escuchar lo que hablaban o interpretar fielmente lo que hacían. Mio estuvo a punto de ruborizarse; Caleb pareció regodearse al fulminar con la mirada a un pasante.

—Sé discreta —le recordó. Al final separó los dedos de los suyos, creándole un vacío inmenso. Subió el tono al seguir hablando, de manera que una de las secretarias captó un pedazo de conversación—. Y no pongas más excusas de que te dejo demasiado cansada y te cuesta levantarte. Procura no llegar tarde mañana.

Caleb le guiñó un ojo y ella medio sonrió.

—Pues procura tú no tenerme despierta toda la noche, que, a diferencia de ti, los seres humanos necesitamos dormir.

—Veo que no me incluyes en eso de seres humanos. ¿Me estás llamando Dios?

—Te estoy llamando insomne.

Caleb aceptó la réplica riéndose un poco. Se asomó por debajo del umbral para escrutar el pasillo. Al volver sobre sus pies, sonreía de manera distinta, como le vio sonreír una vez a la chica de la gasolinera cuando se fijó en que sus pantalones cortos cubrían más bien poco.

—Hasta mañana.

Se inclinó sobre ella y le dio un beso en la boca.

No fue un beso de verdad, ni de película, ni tuvo las florituras que solían justificar un estremecimiento brutal, pero Mio se olvidó de cómo se hablaba y respiraba. Ni siquiera llegó a dejar su sello, fue un roce sugerente que la advirtió de que Caleb tenía los labios suaves. Muy suaves.

Mio supo que no lograría hacerse oír por encima de sus latidos, así que solo asintió, roja desde los calcetines hasta las cejas, y se marchó precipitadamente.

7

Del cero al cien y del cien al cero

Cada día era más evidente que, con Mio Sandoval, iba del cero al cien y del cien al cero en cuestión de segundos. Otra cosa que también se presentaba con claridad y distinción, era que acabaría por volverse loco, si no lo estaba ya. Era algo que no se podía permitir, pero que sí se merecía por ceder a los deseos de Aiko.

Él sabía que Mio le daría problemas. Por eso saltó de la mesa durante la reunión familiar y casi suplicó de rodillas a la hermana mayor que se olvidara de ello. Ahora que había aceptado el reto, empezaba a padecer las consecuencias de tenerla tan cerca. De lo que llevaba intentando protegerse años y años.

Qué tortura. El destino había encontrado la forma de vengarse de él por todo lo que hizo mal en el pasado.

El día anterior, después de la segunda sesión del juicio, había despedido a Millstone con una resolución justa. Confiaba en ganar y eso hizo, y ahora, como tenían por costumbre los peces gordos, el tipo se estaba empecinando en invitarlo a él y a medio bufete a celebrar la victoria en el ático de uno de sus hoteles. Caleb no se sentía especialmente apegado a los agradecimientos de sus clientes, y su afinidad con los multimillonarios empezaba y acababa en cualquiera que fuese su necesidad legal, pero no olvidaba que, aunque su trabajo como abogado hubiera terminado, seguía estando a sus órdenes. A la mañana siguiente tuvo que hacer público entre los asociados que estaban invitados a un cóctel con el dueño de casi todas las empresas de turismo de Florida.

Caleb tenía las mismas ganas de pasar una velada perdiendo tiempo entre Martinis que de ducharse con ácido. No era tímido ni asocial, ni tampoco le costaba ser educado, pero tenía demasiadas cosas en las que pensar, y más ahora que Mio estaba en medio de su proyecto.

En cuanto alguien entró sin llamar en su despacho, supo de quién se trataba. Caleb guardó un suspiro para sus adentros y procuró no mirar directamente a Jesse, del que pensó que se libraría por un solo día. No estaba de humor con lo que se traía entre manos, y la jornada anterior había sido un suplicio. Si tenía que aguantar una sola gilipollez de aquel perla, se suicidaría.

—No te puedo creer —declaró, cruzándose de brazos en medio de la alfombra. Caleb despegó los ojos del ordenador y observó que lucía su expresión pilluela habitual—. Has contratado a Mio. A *esa* Mio. No sé todavía si quieres recrear *La tentación vive arriba* versión hentai o es que te va la tortura física. Viendo la corbata que te has puesto, yo diría lo segundo.

—¿Qué le pasa a mi corbata ahora?

—Ah, no es cosa de ahora, sino de todos los días. Tienes que buscar algo que combine con tus ojos o que favorezca tu bronceado, zorrillo... Que por cierto debe ser natural, porque no te he

visto ir a la playa ni una sola vez. ¿O sigues las rutinas de *Jersey Shore*? ¿«Gimnasio, rayos y lavandería»?

Hizo un gesto rápido con la mano, que venía a significar «como sea», y se tiró sobre la silla frente al escritorio.

—Cuéntame tu plan.

—¿Mi plan?

—No te hagas el remolón. Si tienes a la diosa japonesa de piernas de marfil paseándose entre mortales es porque pretendes hacer algo con tu disfunción eréctil. Eres un tío listo, no sueles hacer las cosas si no te vas a lucrar. Y entre tú y yo, estoy deseando que desentierres el oro de esa cueva. Y que luego me cuentes qué tal, claro.

»Es bastante mejor a como la imaginaba —continuó—. Aunque no me la esperaba así.

—Así, ¿cómo?

—Como una réplica exacta de Kilo Mizuhara. Pensé que se parecería más a… No sé, Lucy Liu en *Los Ángeles de Charlie*. Sea de Charlie o sea de Leighton Abogados, es un ángel, eso lo reconozco.

No se le había ocurrido pensar en que Jesse y Mio podrían coincidir. Estuvo demasiado ocupado intentando contener todas las emociones habidas y por haber para prevenir un cruce entre los dos. Ahora se arrepentía de no haberlos presentado él mismo.

No pretendía convertir el interés de Jesse en el motivo de su nuevo dolor de cabeza: sabía que era un tío legal y no se le ocurriría flirtear con ella existiendo el código de amistad —pese a que técnicamente Mio no fuese nada suyo a sus ojos—, pero no le gustó que se refiriese a ella de esa manera.

—Si lo que esperas es que te enseñe un mapa conceptual de mi plan para seducirla, te invito a abandonar la habitación.

—Me duele que a estas alturas, me escondas algo de vital importancia para nuestra amistad, Cal. Somos compañeros de aventuras, debes hacerme partícipe de todos tus pensamientos. Sobre todo si incluyen un poco de *bellaqueo*.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Oh, vamos, puedes deducirlo por el contexto.

Caleb lo miró muy serio.

—No estoy bromeando, Jesse. Mio no está aquí porque así lo haya querido; Aiko le delegó algunas de sus tareas menos comprometedoras en contra de mi voluntad. Intenté disuadirla por razones obvias y no lo conseguí. ¿El resultado? Aquí la tenemos. Créeme, no me hace mucha ilusión, pero no voy a jugar el papel de malo interponiéndome en su primera experiencia laboral solo porque me desconcentro.

—Pues deja que te diga una cosa, chaval: no veía a alguien desaprovechando una oportunidad tan maravillosa desde que me negué a que Lory Patterson me hiciera una mamada en el baile de invierno por ser novia de mi colega. ¿Entiendes la doble moraleja de esta historia? Si no te la mama a ti, procuraré que lo haga conmigo: aprendí la lección de no pasarme siendo demasiado leal.

—¿Me estás intentando provocar?

—Tío, es que no lo entiendo. La pibita está que se muere por un pollazo, no había visto algo tan exagerado en toda mi vida, y eso que mi exmujer quiso probar una vez los afrodisíacos...

Caleb esbozó una sonrisa burlona.

—Ah, ¿tienes una exmujer?

—Tengo tres. Esta de la que te hablo —contó—, tu madre y tu abuela.

A Caleb no le molestó el comentario. Sabía que Jesse tenía un límite: nunca bromeaba con los sentimientos ajenos. Pero cuando uno tocaba los suyos, se ponía muy a la defensiva, y eso solo sucedía cuando mencionaba a su ex. El cambio en él no era muy notable, solo hacía una bromita no apta para todos los públicos. Sin embargo, Caleb lo notaba.

Fingió mosquearse y lo miró con severidad.

—Vale, sí, lo reconozco. Ese comentario ha sido de muy mal gusto —cabeceó antes de que pudiera decir nada—. Pero venga, hombre, no te irás a enfadar, ¿no? Los chistes de tirarse a las madres de tus amigos están siempre a la orden del día, son más viejos que el sexo y nunca pierden su gracia...

Alzó una ceja, disfrutando de su incomodidad.

—Salvo cuando la madre de tu amigo está muerta.

—Lo siento. Haré mis ciento treinta horas de trabajo comunitario para enmendar mi error, o si quieres, pasaré una hora en silencio. Pero antes, necesito que me expliques por qué no le vas a dar a ese ángel toda la atención que merece. Llevas fantaseando con sus bragas desde que Plutón aún era un planeta, ¿no crees que ha llegado la hora de... no sé, aprovecharte de la situación y ponerla a orbitar?

—Visto que parece que no te vas a callar hasta que te lo explique, haré un resumen —concluyó, hastiado. Acercó la silla al escritorio y apoyó los codos sobre la mesa—. Mio cree que le intereso porque piensa que le intereso a Aiko, y quiere ser como ella en todos los sentidos que puedas imaginar. Suena gracioso, incluso poco creíble, pero ayer decidió que no le merecía la pena fingir frente al bufete que se acuesta conmigo porque Aiko confesó el día anterior que nunca estuvo enamorada de mí.

—¿En serio? Pensaba que salíais juntos. Si nunca estuvo enamorada de ti, ¿por qué mi hermano te odia tanto?

—Porque me quiere más a mí que a él. Solo para que quede claro, no he salido con Aiko nunca, ni he estado enamorado de ella, pero llega un momento en el que te hartas de dar las mismas explicaciones a todo el mundo y te limitas a hacerte el tonto cuando te preguntan.

—Bueno, eso saca de tu vida a una de las tres mujeres de las que me has hablado durante las tres noches que te emborraché. Aiko, la mujer inalcanzable que perdiste a manos de un Miranda; Mio, la jovencita del dardo a punto... Y la extraña mujer que quieres por encima de todas las cosas a la que no le pusiste nombre. No creas que olvidé que la mencionaste, tengo una memoria cojonuda. Es solo que no me gusta burlarme del amor, es demasiado incluso para mí.

—Todo un detalle. Pero esa es la cosa, Jesse —continuó, volviendo al tema inicial y poniéndose de pie. No pensaba decirle que las dos mujeres que le quedaban por rodear con rotulador rojo en su corcho de investigación federal eran la misma. Mio Sandoval—. No voy a intentar nada con una mujer inmadura y veleta que cada día quiere una cosa. Valoro la estabilidad, y la responsabilidad es mi mayor virtud. Por muy largas que sean sus piernas no voy

a vender ambas estando con ella, eso en el remoto caso de que decidiera aceptar, cosa que dudo bastante porque como ya te he dicho, ha descubierto parte del pastel.

—Hablas como si tuvieras que casarte con ella. Zorrillo, estamos hablando de un casquete. Eso es hasta bueno para la circulación.

—Para follar sin compromiso hay que ser más maduro que para tener una relación, y... No voy a volver a mencionar esto contigo; me da grima cómo te refieres a ella, pero siendo sincero, dudo que con una vez fuera suficiente para mí. Y se te olvida que su familia es la mía. No me puedo arriesgar a tener algo pasajero con ella que luego acabe mal y no poder volver a poner un pie en casa de la que considero mi madre. Es mucho lo que hay en juego.

—Pero merece totalmente la pena —insistió.

Pues claro que la merecía. Un beso de Mio podría amortizar los *Cien años de soledad* de García Márquez; Los doce de esclavitud de las memorias de Solomon Northup, y los veinte de Penélope esperando a Ulises en Ítaca. Pero le dolió más de lo humanamente posible que sus temores se confirmaran, y ella misma se dejara en evidencia arrojándolo a los brazos de otra ahora que Aiko tampoco lo quería. De todos modos, y pese a eso, no había podido resistirse a darle un beso rápido y confiarle su mayor secreto, su gran preocupación, e incluirla en todo el embrollo. Caleb tenía asumido que era imposible sacarla de su vida, y ya ni buscaba defensa, ni consuelo. Solo calma entre sus mil cambios de humor.

—Puede ser. Pero solo para que te quede claro y no te confundas ni hagas planes a mis espaldas para salirte con la tuya: mi objetivo no es desvestir «al ángel». Lo que no significa, por otro lado, que vaya a permitir que lo hagas tú. No te acerques a Mio, ¿me oyes?

Jesse bostezó.

—Ay, el perro del hortelano, que ni come, ni deja comer... Nene, yo a Mio no le intereso. Está demasiado cegada por tu metro noventa y cinco de mal gusto eligiendo trajes —y que Dios me perdone porque he sonado como mi hermano—, pero no dudes que, si me eligiera a mí, ya me habría transfigurado como Madre Teresa para que me rozara con su toque divino.

—Lo digo en serio, Jesse. Y no esperes por mi parte una gran argumentación sobre por qué no deberías ir detrás de ella, que igualmente hay numerosas razones de carácter moral. Acepto ser ese perro, y ser un celoso y un desgraciado, igual que puedo aceptar mi irracionalidad y me atrevo a decirte que no quiero verte con ella.

—¿Ese eres tú siendo el padre sobreprotector de las Sandoval, o la sangre acumulada en tu cipote subiéndosete al pechito de pollo?

Caleb medio sonrió y se acercó a la puerta para indicarle a la secretaria que hiciese llamar a Mio.

—Nunca lo sabrás.

Jesse se levantó con aires de ladronzuelo juguetón y lo rodeó, sonriente. Le dio una palmada en el hombro.

—Oh, ya lo sé. Solo era una pregunta retórica.

Caleb puso los ojos en blanco y lo ignoró. Prefirió no pensar en lo que le esperaba por parte de aquel tipo con el síndrome del adolescente, porque lo conocía lo suficiente para saber que no se quedaría parado e insistiría hasta la saciedad en salirse con la suya. Así consiguió entrar en el bufete en primer lugar, cuando venía de la competencia. Caleb guardó sus reservas a la hora de

contratarlo. Pero el bicho era mucho más fuerte que él, y los poderes de persuasión que le venían de familia estaban a otro nivel.

Esperó con paciencia a que Mio apareciese, y acabó por deducir que Jesse había olvidado obedecer. Se dirigió al despacho de Aiko y tocó a la puerta varias veces; nadie respondió. Su sorpresa varió entre el menos infinito y el cero cuando cruzó el umbral y vio que Mio se había quedado dormida sobre el escritorio, con un vaso de café en la mano y un bolígrafo con forma de pluma en la otra.

Suspiró para sus adentros. ¿Cuánto más tiempo podría seguir manteniendo a Mio allí, siendo tan eficaz y responsable como un maldito gusano de seda? No le hacía gracia que la gente hablara a las espaldas sobre ella, y, menos aún, en los términos en que lo hacían, pero menos le divertía aún robarle tiempo poniéndola a trabajar en algo que no le llenaba.

Ahora bien: ¿qué le llenaba a esa mujer?

Se acercó a la mesa y observó que tenía la mejilla pegada a una hoja de papel escrita a mano. Caleb se inclinó un poco, apoyando la mano muy cerca de su cabeza, y leyó por encima.

«Lista de cosas que hacer:

1. Comprar alpiste a Noodles.

2. Buscar en el videoclub las pelis de Destino Final.

3. Aprender a conducir de una vez

4. Sacarle a Caleb el palo del c».

—¡Estoy despierta! —exclamó de repente, incorporándose. Caleb se echó hacia atrás y preparó su expresión más severa—. Solo ha sido un momento, estaba... estaba... lamiendo el sobre para cerrarlo y...

Su voz se apagó al ver a Caleb.

—¿Me has llamado?

Mio llevaba una falda razonablemente larga, pero su blusa tenía escote trasero y se había pintado los labios de un tono oscuro que le ganaba a todo lo demás. Solo mirarla le puso el estómago del revés.

Decidió no regañarla. Solo porque salía en su lista. Como un amargado, pero salía.

—Sí. He puesto en regla todo el trabajo que tenía para hoy y necesito que me ayudes con lo que me prometiste. —Hizo una señal en dirección al despacho—. Cogeré unas cosas e iremos al hospital.

—¿Nuestra primera misión imposible?

Caleb contuvo una sonrisa reveladora ante su tono ilusionado.

—Así es.

—Genial, porque llevo encima mi identificación por si la pidieran. La tengo en el bolso, que está... justo en tu mano, vale —dijo. Se puso en pie y se alisó la falda. Miró a Caleb—. Entonces... ¿Somos compitruenos? ¿Como Thelma y Louise?

—Solo que sin disparar a nadie. Espero.

—¿Ni siquiera si son violadores?

—En ese caso me lo pensaré. No daría un buen ejemplo como abogado si matara a la gente

antes de juzgarla —comentó, dirigiéndose a la salida. Paró justo en la puerta y le lanzó una mirada seria—. Mio, si vuelves a dormirte en el trabajo, te despido.

—¿No es Jesse al que siempre amenazas con eso?

—Es más divertido cuando amenazas a alguien a quien le importa —respondió, saliendo al pasillo. Añadió para sí mismo—: O a quien cree que le importa.

Caleb dejó una lista de tareas a Julie y a la secretaria, que gracias a su historia con Mio ya no se le ocurría ponerle ojitos. Mio sabía darle sentido hasta a los refranes: «no hay mal que por bien no venga». En su caso, el mal fue menor, y las consecuencias muy bienvenidas. Fueron las que le cualificaron para acompañar a Mio a la salida cogiéndola por la cintura, colando el pulgar de manera insinuante en la abertura de la blusa.

Sonrió para sus adentros. Pues sí que era un zorrillo y un aprovechado... Pero ella se lo había buscado.

En el coche volvió a verlo de otra manera menos simpática. Tenía en estima su Audi. Le gustaba conducir, pero no era ningún fanático de los coches. Aun así, los trayectos cortos se le hacían cómodos de hacer, y Mio destrozaba esa calma chocando las rodillas en el asiento del copiloto. No dejaba de recordar la noche del vestido blanco, de la bofetada y el «te quiero», y la moraleja que sacó de ese día: no podía fiarse de ella. Era demasiado voluble.

Puso el equipo de música y subió el volumen del disco en solitario de John Lennon.

When the night is cold...

—¿Haces esto por tus padres... o por Kiko? —preguntó Mio. Metió las manos bajo los muslos —. Porque sería bonito que lo hicieras por ella, pese a todo.

Caleb sonrió de incredulidad, sin preocuparse de cómo interpretaría ella ese gesto. ¿Importaba? Le daba la impresión de que Mio entendía lo que quería para usarlo en su propio beneficio, que era el que le permitiría seguir en un punto intermedio de la nada. No sabía lo que quería, y para no tener que decidirlo, escogía fingir no saber lo que querían los demás. Eso le daba tiempo. Apostaba porque prefería pensar que estaba enamorado de Aiko, algo que él nunca dijo y que se pasó toda la vida desmintiendo. Podría haber vuelto a desmentirlo en la discusión del día anterior. Pero ¿para qué? No sentía que fuera a cambiar nada, y se le quitaban las ganas de ser sincero.

—No lo hago por ninguno de ellos. Ni siquiera por mí. No creo en la justicia para los que ya no pueden disfrutarla, sino en el castigo de los que han errado y en la prevención del sufrimiento. Investigo para que nadie pase por lo que vivieron tanto ellos como nosotros.

—¿Por eso te hiciste abogado? ¿Para castigar a los malos?

—De pequeño, sí, pensaba en castigar a los malos. En el instituto fue para defender a los inocentes. Durante la carrera... Un poco por ego —reconoció. Echó un vistazo fugaz al espejo del panel que Mio había despegado del techo. Le gustaba cómo el pequeño cristal enmarcaba sus ojos maquillados, ilusionados. Nadie lo miraba con tantas ganas de aprender de él, de escucharlo —. Ahora lo soy porque no podría ser otra cosa, no querría. Por la satisfacción que me produce. Al final eso es lo importante, que seas feliz haciendo lo que debes, y no hacerlo por los resultados. Estando comprometido con ello, el éxito llega solo.

—Pues no veo que te haga muy feliz este caso. Creo que te va a recordar cosas que te duelen, y si no lo conseguimos...

—A no ser que el representante del hospital contrate a Marc, no me da miedo. Te creía más optimista, pecosa.

Mio hizo una mueca.

—No me llames así, *porfi*.

—¿Por qué no?

—Porque es recordarme todo el tiempo un defecto que tengo. ¿Sabes que la gran virtud de las japonesas suele ser su piel perfecta? Bueno, de la gente con ascendencia oriental, yo en realidad soy norteamericana, no de Japón, pero... Tú me entiendes. Se supone que lo bueno de haber nacido con los ojos rasgados es que vienen con la piel bonita, y mírame, con las mejillas llenas de pecas. Ni Aiko ni Otto tienen esto en la cara. Son como los escupitajos del demonio.

Si Caleb no le dio un golpe al volante fue porque le hizo gracia su forma de referirse a las pecas, pero no le duró mucho la diversión. Siempre acababa haciendo un paseo por las virtudes de Aiko, siempre se comparaba y nunca salía ganando.

Lo odiaba. Le ponía de muy mal humor.

—Si no tuvieras pecas te acercarías más al canon, pero no serías única. ¿De verdad quieres cambiar algo que te distingue y te hace especial solo para encajar?

—No creo que los cíclopes se quedaran con un solo ojo si pudieran tener dos. A la gente no le gusta ser distinto.

—Solo son pecas, Mio —suspiró, apretando el volante—. Y son preciosas.

Silencio.

—No tienes que decir eso para hacerme sentir mejor. Ah, y tampoco me tienes que llevar a todos lados en coche —añadió—. Intentaré sacarme el carnet en estas semanas, y mientras, cogeré el autobús.

—No me supone ninguna dificultad llevarte a casa. Pero estaría bien que te sacaras el carné, sí. Puedo ayudarte con eso, si quieres. Es imposible aprobar si no coges el coche ilegalmente unas cuantas veces.

Enseguida se arrepintió de la propuesta. «Muy bien, lo que quieres es perderla de vista y te ofreces a meterte en un espacio cerrado con ella. Eres muy lógico».

—¿Practicar con tu coche? ¿*Tu coche*? Te doy cinco minutos para retractarte, o al final sí que seremos Thelma y Louise, despeñándonos por un barranco.

—No puedes hacerlo *tan* mal.

—Te recuerdo que me suspendieron cinco veces.

—¿Por qué? ¿Te chocaste con una pared, o...?

—Me salté un par de semáforos... Y casi atropellé a un señor que cruzaba un paso de peatones. No lo hacía tan mal, es que me ponía nerviosa. Pero hace mucho que no practico. Seguro que ahora sí me choco con una pared. Y no quiero hacer tortilla de Caleb. Hay gente que te quiere.

«Y a ti también, Mio, por Dios».

Caleb torció por una calle estrecha que daba a una avenida poco frecuentada. Frenó. ¿Que qué estaba haciendo? El gilipollas. ¿Que se arrepentiría? Muy posiblemente. Si estaba vivo entonces, claro.

—Para hacer una buena tortilla hacen falta huevos. Estoy listo para ponerlos.

Le hizo un gesto para que se sentara sobre sus rodillas.

—Ven. Si tenemos un accidente, ya vamos con coartada para invadir la recepción del hospital.

Mio lo miró espantada.

—¿Lo dices en serio? Eso está prohibido.

—Hay muchas cosas prohibidas que se hacen igualmente. Tienes cinco minutos para sentarte aquí, o para jurar sobre los Estados Unidos que adoras tus pecas por encima de todo.

Mio no lo dudó. Se quitó el cinturón y se desplazó a gatas. En el proceso, golpeó la palanca de cambios con la rodilla y se dio un golpe en la cabeza con el retrovisor. Fue difícil mantener el equilibrio con una mano sobre Caleb y otra agarrándose la falda.

«Pero mujer, deja que siga la inercia».

—Menos mal que tiene los cristales tintados —masculló, muy cerca de su mejilla. Con el rabillo del ojo la vio sonreír—. Esto me recuerda a cuando nos subimos los tres en los coches de choque de la feria y yo me tuve que poner encima... Menudos cabezazos nos dimos.

Oh, Caleb se acordaba de eso, de lo tenso que estuvo durante todo el maldito jueguecito teniendo a una Mio de dieciséis años encima de él. También recordaba la bronca del que llevaba la atracción. Aunque para atracción, la que sintió hacia su culo cuando se acomodó sobre él. Justo como en ese momento.

La cogió de los codos y fue deslizando los brazos hasta sujetarla por la muñeca. Se fijó en que se le ponía el vello de punta al guiar sus manos al volante, y sonrió de alivio. Gracias al cielo no estaba solo en su contenida excitación.

Apoyó la barbilla en su hombro e inspiró. Reconoció su peculiar perfume enseguida, ese que compraba en cantidades industriales en el *Primor* de Barcelona cuando iba de vacaciones: musgo y mora de *Taï & Jôn*. Dulce y atrayente.

Cerró la llave de contacto y rodeó la cintura de Mio con ese brazo.

—Arranca el coche y será todo tuyo.

—V-vale, pero... Esto... ¿Por qué me abrazas?

—Soy el cinturón. Solo cumplo mi función protectora.

«No te lo crees ni tú».

Mio se echó hacia atrás, rozándole la cremallera del pantalón. Ese día se había puesto vaqueros, una tela lo bastante firme para que no notase cómo empezaba a calentarse. Inspiró hondo, y sintió que ella hacía lo mismo.

El motor del Audi rugió.

—No quiero romperte el coche —murmuró, mirando sobre su hombro.

Por un momento, sus labios estuvieron muy cerca de los de Caleb, y él no hizo nada por alejarse. Al contrario. La agarró más fuerte, conteniéndola contra su semierección. Mio empujó las caderas, ofreciendo su trasero de manera perversa.

«Y yo no quiero romper mis propias leyes de autocontrol, pero estoy a punto de hacerlo».

—Inténtalo. Demuéstrame que puedes hacerlo.

Vio que ella se mordisqueaba el labio y agarraba el volante con firmeza, justo por encima de las manos de Cal. Él sonrió al verla tan motivada, fingiendo inocencia respecto a la postura

cuando la sentía vibrando sobre su regazo, removiéndose cada dos por tres como queriendo decir «aquí estoy».

«Ya sé que estás aquí, nena... No me lo tienes que recordar».

Mio pisó el acelerador con suavidad. Se puso rígida en cuanto el coche obedeció la orden.

—*Sh*... —silbó en su oído. Presionó los dedos contra su estómago, y siguió bajando hasta reposar en su bajo vientre—. No va a pasar nada.

El cuerpo de Mio reprodujo un placentero estremecimiento. Soltó el volante y puso la mano contra la de Caleb.

—No, no, no... —La devolvió a su lugar—. Tienes que concentrarte en la carretera.

—Pues no me pongas obstáculos, que esto no es Mario Kart.

—¿Obstáculos? ¿A qué te refieres? —preguntó él con inocencia, poniéndole una mano en el muslo. Piel con piel. Estaba caliente, y suave, y parecía tan manejable... Sus dedos se movieron contra toda voluntad, quedándose a un atrevimiento de meterse bajo la falda—. No te ha lanzado ningún caparazón.

—Ya, me refería al efecto de ponerte cañón. No uses tu plátano contra mí.

—No tengo ni idea de qué estás hablando, pecosa.

Estaba jugando con fuego y lo sabía. No quería darle esperanzas, pero no pensaba perder la oportunidad que le había brindado con su juego de parejita en la sombra.

—Esto es más divertido que las clases con la autoescuela. —Dibujó un semicírculo con las caderas. La falda se le subió un poco—. ¿Conduzco hasta el hospital?

—Sí, porque a este paso me va a hacer falta una revisión.

—¿Cómo?

Caleb puso las manos sobre sus caderas. Tiró del borde de la falda hacia arriba. Se fijó en sus piernas desnudas, y se preguntó con la cara ardiendo si llevaría un tanga, o unas bragas corrientes. Fantaseó incluso con que no llevara nada. Por poco se corrió encima cuando ella las separó, invitándolo a meterse allí.

—Qué cinturón tan travieso —balbució ella.

—Hay que proteger todas las partes. No hay ninguna más importante que otra.

—Cal... —jadeó. Curvó el volante para cruzar la calle—. Méteme...

—¿Sí?

—...méteme segunda, por favor.

Caleb se mordió el labio para no soltar una carcajada y obedeció, empujando la palanca.

—¿Algo más? —susurró en tono íntimo.

Le apartó la melena del cuello y la echó sobre un hombro. Sonrió al ver que sudaba por los nervios y la tensión, y que allí se concentraba el olor más dulce del mundo.

Se volvió loco. Inhaló ruidosamente y pegó la boca a su cuello. Ella paró delante de un semáforo en rojo. Caleb reconoció la tentación en la forma en que su cintura onduló hacia él, y ladeó la cabeza para darle lo que quería. No pudo resistirse a su abandono y la mordió con suavidad. Presionó la lengua contra la piel dulce y succionó, y succionó... Ella se estremecía en la cumbre de su erección.

Mio perdió el control del coche, pero Caleb lo recuperó a tiempo agarrando el volante. Derraparon al colisionar con la acera frente al hospital, y estuvieron a punto de chocar con una

ambulancia aparcada. Caleb pisó el freno de golpe y utilizó el brazo para proteger a Mio, que apenas se movió.

—Qué miedo —balbució cuando pudo salir del *shock*.

Caleb suspiró y cerró los ojos un instante. Sí, joder; qué miedo haber estado a punto de no parar.

La tuvo que soltar para que se desplazara al asiento del copiloto y saliera por la otra puerta. No corrigió la postura de la falda, y al gatear le enseñó un tanga color escarlata con la tirilla de satén que estuvo a punto de desquiciarlo sin retorno. Se imaginó tirando de la tela, arrancándola y metiendo la cabeza ahí debajo.

«Calma».

Salió con la cabeza hecha un lío, incapaz de recordar para qué había ido allí. Le costó rescatar la cara del Caleb Leighton responsable, el que no dejaba coches a mujeres sin carné, a revoluciones con piernas preciosas... Pero lo consiguió, y por eso casi no le afectó que Mio lo mirase con la pregunta implícita en los ojos.

«¿A qué ha venido eso?».

Esperaba que no la hiciera en voz alta, porque no sabría cómo diablos responder sin dejarse en evidencia.

—No ha estado mal, aunque necesitas un poco de práctica —anunció poniendo distancia—. Entremos.

Caleb pensó que le costaría centrarse en lo que había ido a hacer —que no era manosear a Mio, por cierto—, pero en cuanto puso un pie en la recepción del hospital, sus buenos ánimos se desvanecieron.

No tenía sentido, porque a pesar de que sus padres fueron intervenidos en una habitación de la clínica, él jamás entró. Le dieron la noticia al día siguiente, después de horas intentando localizarle, y sin detalles. Supuestamente, un niño de su edad no merecía explicaciones detalladas. El señor y la señora Leighton estaban muertos, y ya estaba. Se suponía que desde el principio, desde el choque. Y él, hacía tan solo unos minutos, estaba enseñando a conducir a una mujer en medio del tráfico de Miami. Podría haber ocasionado un choque igual o peor que el que los trasladó a urgencias.

Caleb apretó la mandíbula. Menudo inconsciente.

Ahora resultaba que no era cierto. Que los Leighton no llegaron moribundos en ambulancia. Estaban heridos pero lúcidos. Quizá por le invadió una extraña sensación de familiaridad al entrar, como si alguna recóndita parte de su cuerpo supiera que sus padres exhalaron su último aliento en alguna de sus habitaciones. Le costó respirar al dirigirse al recepcionista, pero trató de disimularlo dentro de lo posible. No quería darle la razón a Aiko: aunque no se lo había dicho, tenía metido en la cabeza el sermón que tarde o temprano vendía. «Esto es lo peor que podías hacerte, Cal». Llevaba años sosteniendo que era un detonador y, el tema de sus padres, el botón que acabaría con él. Y muy posiblemente fuera cierto. Si alguien podía permitirse hacer ese tipo de teorías, era Aiko, quien le acompañó durante sus malos momentos. Era la única con la que se había atrevido a hablar en voz alta del miedo que sintió al quedarse solo. Siempre a grandes rasgos, porque temía evidenciar que aún le dolía. Porque le parecía innecesario violentarla con sus recuerdos. Porque no sentía que lo fuera a entender. Y no lo entendía… Pero lo sabía. Por mucho que se esforzara en ocultarlo, Aiko lo sabía todo, y respetaba que no quisiera

mencionarlo. Lo que no quería decir que no insistiera en que, tarde o temprano, tendría que deshacerse de esa carga.

La voz de Mio se coló en su silogismo.

—¿En qué piensas?

—En nada.

Metió las manos en los bolsillos y la miró. Parecía que hubieran pasado cien años desde que la abrazó en el coche.

—Tengo que llamar a Bruno. ¿Sabes lo que vas a hacer? ¿Necesitas que te ayude con algo?

Mio negó con la cabeza y se adelantó, sacó del bolso el pase que necesitaba. La siguió no muy convencido de que fuera funcionar, mientras tecleaba en el móvil el número de Bruno. Sabía que el hombre no era un adepto de las nuevas tecnologías y tardaría en responder, si es que lo hacía, pero más le valía intentarlo.

—Buenas tardes —saludó Mio, apoyando las manos en el mostrador—. Me preguntaba si podría ayudarme a localizar a dos enfermeras. Se llaman Camille Jones y Rosie Stone.

El encargado se subió las gafas por el puente de la nariz y miró a Mio. Tenía la cara ancha, picada por los granos, y tan poca barbilla que parecía acabar en su labio inferior. Llevaba el pelo largo recogido en una coleta que le llegaba a media espalda.

—Camille Jones fue transferida al Jackson Memorial y Rosie Stone acaba de tomarse la baja por maternidad, aunque visto el deceso de su eficiencia laboral, dudamos que vuelva a poner un pie aquí.

Caleb observó que la sonrisa de Mio desaparecía. Se acercó para decirle que no importaba, aún con el teléfono pegado a la oreja. Ella no se dio por vencida y sacó la identificación.

—Bueno, no pasa nada. Solo las buscaba porque son mis amigas de la universidad y quería saludarlas para contarles que he entrado a trabajar aquí.

El tipo la miró de arriba abajo, pero no dijo nada. Ella sonrió.

—Seguro que tú me puedes ayudar. Mira...

—Ese pase dejó de tener validez hace dos años —cortó él, devolviéndoselo—. Si ha entrado a trabajar aquí de verdad, no le importará enseñarme la nueva identificación.

Caleb cogió a Mio suavemente del brazo para apartarla. Ella se resistió.

—De acuerdo... Estaba mintiendo —reconoció. Caleb estuvo a punto de llevarse una mano a la cabeza—. Verás... En realidad sí que cursé enfermería, pero suspendí el tercer año. Solo quería que me hicieran una especie de *tour* por el hospital, porque mi sueño siempre ha sido trabajar aquí, y ver si puedo encontrar a alguien que me ayude con la parte de prácticas. Rosie y Camille pueden asegurarte que intenté aprobar pero no lo conseguí. Por favor... —suplicó, apoyando los codos en la mesa y echándose hacia delante. Se acercó tanto al tipo que las alarmas saltaron dentro de Caleb—, señor Marsden.

Él se quedó en silencio un momento, midiéndola con la mirada. Mio esbozó una de sus sonrisas dulces, las que le servían de pequeña para conseguir que Caleb perdonase sus travesuras.

—Espera... ¿Gavin Marsden? ¿Ese Gavin Marsden, el que iba al instituto conmigo? ¿John A. Ferguson?

El tipo asintió.

—Soy Mio Sandoval, creo que eras un año mayor que yo... O dos. Ibas siempre con aquel chico rubio de las pecas, ¿verdad? ¿Cómo se llamaba? ¿Daniel?

—Daniel Perry, sí —respondió, algo confuso—. ¿Cómo es posible que te acuerdes... de nosotros? No éramos precisamente los más populares del instituto.

Mio se encogió de hombros con gracia.

—Bueno, yo tampoco lo era.

—Pero nosotros éramos inexistentes.

—No, no lo erais si yo me acuerdo. ¿Cómo está Daniel? Me acuerdo de que quería estudiar Biología. Me contaba muchas curiosidades sobre los pájaros porque sabía que a mí me encantaban.

—Oh, entonces tú eres la chica con la que solía verse —exclamó, sorprendido—. Pensaba que se la había inventado.

—¿Es que te hablaba de mí? Pues vaya, no sé por qué no nos presentó.

Caleb se fijó en que Gavin se ruborizaba de puro placer. Estuvo a punto de arrancar a Mio del mostrador y llevársela castigada al coche por jugar de aquella manera con sus sentimientos. ¿Le regañaba por intentar cortar de raíz las esperanzas de Julie, y ahora ella le hablaba al tipo como si quisiera que la invitara a salir?

—B-bueno, supongo que por una vieja amiga podría hacer una excepción y... No tengo amigos aquí, no puedo convencer a nadie para que te ayude a pasar la prueba, p-pero quizás pueda conseguirte una identificación para ver de cerca cómo trabajan las enfermeras y echarles una mano como auxiliar.

—¡Genial! —aplaudió Mio, extasiada. Se acercó a Marsden y le plantó un beso en la mejilla—. ¿Crees que podrías enseñarme la sala de archivo, donde se encuentran todos los historiales médicos de los ingresados?

—No tenemos esa sala —respondió. Se subió las gafas de nuevo—. Desde la implantación de las nuevas tecnologías todo se hace por ordenador. ¿Por qué?

—Oh, por nada. Solo para saber cómo funciona —remoloneó, tocándole el brazo con los dedos —. Supongo que tú te encargas de eso, ¿no? Debe ser un trabajo muy difícil y aburrido, todo el día haciendo cambios, añadiendo fichas. ¿Sabes? A cambio de llevarme a hacer el *tour*, podría ayudarte a organizar eso.

—O... Podrías salir conmigo una noche —sugirió Marsden, con los ojos puestos en la caricia de Mio. Ella se quedó sin habla un segundo, pero se repuso rápido; mucho más rápido que Caleb, que no cupo en su perplejidad.

—Si quieres pedirme salir, déjalo fuera de este intercambio... O quedaría como si estuviera haciéndote un favor. Estaré encantada de salir contigo, pero eso es paralelo a la identificación. Deja que un día te ayude con las citas a cambio de colarme, es lo mínimo que puedo hacer cuando te estás arriesgando a perder tu puesto. ¿Te parece?

Caleb cerró los ojos y se contuvo para no gritar. Para no gritarle *a ella*, en realidad. Apenas se lo pudo creer cuando Marsden accedió a su sutil manipulación, sonriendo y tartamudeando sobre el día en que se verían para el paseo por el hospital y la noche de su quedada. No pudo evitar odiarlo con cada fibra de su ser, incluso sabiendo que Mio solo estaba «salvando el plan». Se identificaba con los marginados y los solitarios, pero no soportó que otro fuese a tener una cita con ella antes que él... Lo que enseguida desembocó en una duda que le puso de peor humor.

¿Cuántas citas habría tenido Mio? ¿Con cuántos hombres habría estado? ¿Se habría enamorado de alguno? ¿Cuántos habrían pasado por su cama? Eran preguntas que Aiko sabía contestar y que él nunca había hecho porque le aterraba la respuesta. Que él nunca fue un santo. No se cortaba un pelo si una mujer llamaba su atención, aunque no supiera mantenerla como pareja y debiera limitarse al sexo esporádico. Pero…

Tuvo que quedarse media hora allí parado, como un maldito pasmarote, esperando a que Gavin terminase de teclear en el ordenador para conseguirle a aquella pequeña lianta lo que había suplicado con ojitos dulces. A veces no soportaba a los que la despreciaban, y otras odiaba más aún a los que la miraban con la devoción que merecía. No había quien lo entendiese.

El teléfono sonó por fin, librándole de desafortunados pensamientos.

—*Perdona, Cal, estaba en casa de mi hija cuando has llamado* —se disculpó Bruno —. *Supongo que me has contactado por el asunto de los viejos empleados.*

—Así es. Siento haberte interrumpido en medio de una reunión familiar. ¿Cómo estás?

Bruno suspiró.

—*He visto tiempos mejores, ya sabes... El hospital me está dando medicación para el dolor, pero me obliga a pasar el día tumbado, y no quiero dedicar mis últimos meses de vida a la almohada. Ya dormiré cuando esté muerto. Antes prefiero disfrutar de mis hijas y mis nietos, de a familia que me queda, aunque sea sufriendo un poco.*

Caleb asintió lleno de admiración y respeto. El hombre no era solo su primer y único testigo, lo que ya le hacía especial, sino una especie de colega. Bruno lo contactó sabiendo que era el mejor y seguramente no podría permitirse sus tarifas, pero fue tan humilde al concertar la primera reunión que Caleb no dudó en echarle una mano.

En los últimos meses, cuando trabajaron en las peculiaridades de su testamento, descubrió que era un hombre honesto y sencillo que perdió a su padre y a sus tíos siendo muy joven, a causa de la misma enfermedad que se lo llevaría pronto. Empatizó con él porque pasó solo gran parte de su infancia, hasta que conoció a su esposa, y se vio reflejado en su perseverancia y deseo de seguir adelante.

—Si necesitas cualquier cosa, no tienes más que llamarme.

—*Lo sé. Eres un buen hombre, Leighton. Pero yendo al grano… He llamado a los siete compañeros con los que mejor me llevaba, por si pudieras sacar de ellos alguna pista.*

»*Cuatro de ellos fueron despedidos de mala manera. Les he contado muy a grandes rasgos para qué necesito que cuenten su historia, y han estado de acuerdo en hacerte este favor. Solo a ellos, porque ya no tienen contacto con el Kendall West y es improbable que lo comentaran al gerente.*

»*Uno de ellos, Jonas, me comentó algunas cosas que podrían interesarte. Están relacionadas con la pésima organización. Quizá debieras empezar por él. Te mandaré su número a la oficina, ¿sí?*

Caleb dio las gracias en el mismo momento en que Mio se despedía.

—Muchísimas gracias, Gavin. —Sonrió y volvió a besarle la mejilla—. Nos veremos este fin de semana.

—Lo estoy deseando.

Caleb supo por la mirada que Gavin le dirigió, que Mio había clarificado que no suponía ninguna amenaza hacia la cita del sábado. Aquello era un sacrificio necesario para hacer su

coartada creíble, pero igualmente se tensó, y más cuando Mio lo siguió a distancia prudencial, procurando mantener la coartada.

—Pues... —empezó, sonriente. Sacudió la identificación en sus narices antes de guardarla en el bolso—. Ya está.

Apretó los labios.

—Vas a tener que hacerme un croquis para saber en qué distritos de Miami soy tu novio y en cuáles estás disponible para salir con recepcionistas —soltó sin poder evitarlo—. Por ejemplo, parece que por *Downtown* nos acostamos frecuentemente, pero en Kendall... ¿Soy tu mejor amigo? ¿Tu hermano, a lo mejor?

Mio lo miró de reojo con el ceño fruncido.

—¿Estás enfadado?

Caleb esperó a salir del hospital para responder. Frenó justo a las puertas y la cogió del brazo para apartarla de la entrada. Se aseguró de que nadie miraba al arrinconarla entre las columnas del parqueo de las ambulancias.

—Pues claro que estoy enfadado. ¿Tienes idea de lo que acabas de hacer? Dos veces he intentado quitarte del medio, y no te ha dado la gana de obedecer. Dos. ¡No puedes engañar a alguien para sacarle las pruebas!

—Pero... He conseguido lo que querías, ¿cuál es el problema?

—¡Que las pueden invalidar! ¿Cuántas películas o series de abogados has visto? Porque parece que te sacaste la carrera a base de capítulos de *Cómo defender a un asesino* en lugar de estudiando la legislación. En la vida real no se seduce a un tipo para que te dé lo que quieres.

—Yo no he seducido a nadie.

Caleb soltó una sola risa crispada.

—Te estaba ayudando —protestó—. Lo de Rosie no funcionó, y no pensaba irme con las manos vacías, así que...

—Si esta era tu forma de ayudarme, lo mejor habría sido que te quedaras quieta. No sé en qué coño estaba pensando al incluirte en esto.

—Oye, no pueden invalidar nada porque no he mentido. De verdad estudié para ser enfermera y suspendí. En todo caso lo procesarían a él por dar información clasificada a una desconocida.

—A una desconocida que mentía sobre sus objetivos al acercarse, y que ha utilizado su cara bonita para convencerlo de que le dé un pase —corrigió—. Tienes que dejar de lado la ficción, Sandoval. Esto es el mundo real. No puedes hacer lo que te dé la gana y conseguir las cosas manipulando a los hombres que se prendan de ti.

—¿Y cómo pensabas conseguir si no la información? —explotó ella, empezando a cabrearse —. ¿Por ciencia infusa? ¿Y de verdad te crees que no sé que esto no se suele hacer?

—¿Para qué lo has hecho entonces? ¿Te hacía ilusión jugar a ser Mata Hari? Porque si es eso, te has ganado un diez de diez. Una representación maravillosa. Tendrás que perfilarte el papel para la cita, y ponerte un vestido muy escotado para que no se dé cuenta de que mientes más que hablas.

Mio lo fulminó con la mirada. Le plantó el pequeño bolso en el pecho, obligándolo a retroceder un paso.

—¿Sabes qué te digo? Paso de ti, capullo. Ahí te quedas.

—Oh, ahora soy «capullo» —ironizó, girándose para ver cómo se dirigía al coche aparcado. Se perdió momentáneamente en el vaivén de sus caderas—. Me pregunto qué seré mañana para la bella y voluble Mio Sandoval. ¿El padre que nunca tuvo? ¿Su marido? ¿Repetiré como amigo pagafantas? ¡Estoy ansioso por descubrirlo!

Mio se dio la vuelta con los puños apretados. Regresó a él con grandes zancadas. Estaba roja de la rabia, y eso le producía sentimientos contradictorios. Por un lado, le mosqueaba, porque no tenía derecho a enfadarse cuando la acababa de cagar, y por otro... Adoraba cómo se defendía.

—¿Qué seré yo en el mundo de Leighton? —contratacó, haciendo grandes aspavientos—. ¿La molesta hermana pequeña? ¿La abogada inútil que todo lo hace mal? ¿La mujer a la que vuelve loca con sus cambios de humor? ¿O a lo mejor se iluminará y me meterá mano en su coche? —Se quedó sin aire, teniendo que hacer una pausa—. ¿Yo soy la voluble aquí, cuando tardas veinte minutos en cabrearte conmigo y otros veinte en perdonarme?

—No me cabrearía si no hicieras jodidas estupideces que ponen en peligro la única cosa que me importa en este mundo. Estás metida en esto porque decidiste hacerme chantaje, y ahora parece que intentas sabotearme. ¿Crees de verdad que me enfado porque me apetece, o que me gusta que me vuelvas loco todo el tiempo? Y una mierda, Mio. No disfruto con esto como insinúas. De hecho, odio lo que soy cuando me sacas de quicio, algo que sucede muy a menudo. Pero no puedo permitir que des un solo paso en falso, porque ahora mismo, esto es mi vida.

—Pues despídeme.

—Despedirte no va a solucionar los problemas de nuestra relación.

—¡Pues córtala de raíz! No vuelvas a aparecer por casa cuando sepas que estoy yo. Borra mi número. Haz como si no existiera —resolvió con voz temblorosa. Extendió los brazos, como abarcando todas las posibilidades—. Te resultará fácil si de verdad es tan difícil para ti estar conmigo.

Caleb estuvo a una sola palabra más de arrancarse el pelo.

—¿Qué estás diciendo? No lo saques de contexto. Estoy mosqueado por lo mismo de siempre: tú haciendo cosas que no te benefician, y que ahora no me benefician a mí. No tiene nada que ver con que quiera que desaparezcas.

—No quieres que desaparezca porque soy la hermana de Aiko y sabes que no podría soportar que nos lleváramos mal. ¿Te crees que no lo sé? Lo haces todo por ella. Si no fuera por Kiko, tú…

No pudo soportarlo más. La tomó por los hombros.

—Ya vale. Deja de relacionarlo todo con tu hermana. Aiko no tiene que ver con esto, ¿te enteras?

—¿Qué se supone que es *esto*?

—Tú y yo.

Lanzó una mirada suplicante al cielo para desintoxicarse de las mejillas coloradas de Mio. Cuando creyó que estaría preparado, volvió a concentrarse en sus ojos.

—No la quiero, ¿me oyes? No estoy enamorado de Aiko. Me cabreo porque me preocupo por ti, no porque seas una extensión de ella y por eso sienta la necesidad de protegerte. Que la siento —puntualizó, sin voz—, pero porque me importas.

Tragó saliva, asustado por las consecuencias que podría tener su arranque sincero. Era lo más cercano a un te quiero que había dicho nunca. Y se habría arrepentido de abrirse en canal si no se

tratara de Mio. Ella lo curaba del desprecio hacia a sus impulsos de amor. No solo no le importaba quitarse la máscara en su presencia, sino que a veces merecía la pena. Sobre todo en momentos como aquel, cuando Mio dejó de estar enfadada para mostrarse tan confusa como ilusionada.

Caleb no entendió nada. ¿Acaso no era obvio que ella era importante para él? Quizá no lo expresaba con el mejor de los tactos, pero creía que los hechos valían más que las palabras y siempre estuvo ahí cuando lo necesitó. Y, cuando no, también.

—¿No estás enamorado de Aiko de verdad? —balbució—. ¿No lo dices por...?

—¿Por qué iba a decirlo? —cortó. La cogió de la cara y acarició sus mejillas salpicadas a pequeñas pecas. Su carita dulce, sus ojos soñadores… No necesitó más para reconciliarse consigo mismo—. No la quiero de esa forma, Mio. No hay trampa. Simplemente *no la quiero.*

Mio boqueó una y otra vez, sin saber por dónde empezar. Se puso de todos los colores. Pálida. Verde, como si fuera a vomitar de la impresión. Azul. Roja. Caleb no supo cómo interpretar sus mejillas coloradas; prefirió disfrutar de ello en silencio.

—Te llevaré a casa.

Ella asintió. Podía entender que le chocara su declaración de no-amor: estaba claro que, para Mio, al igual que para el resto de personas de su entorno, Caleb siempre estuvo y estaría enamorado de Aiko. Pero que le hubiese sorprendido su preocupación por ella, era ofensivo. No iba a quitarse de culpas. Sabía que él no era el hombre más expresivo del mundo, y que se cortaba mucho por miedo a que lo descubriera. Mio tampoco es que fuera de las que captaban las indirectas. Ni las directas comprendía. Aun así, a Caleb le parecía tan obvio…

La guio hacia el coche en silencio, sin perderse detalle de su expresión. Le hizo gracia que Mio tropezara varias veces, como cada vez que se ponía nerviosa, y que nada más acomodarse en el asiento, empezase una lluvia de miradas ansiosas. Caleb tardó un poco en arrancar, dándole tiempo para que hiciese alguna de las preguntas.

—Entonces... —murmuró ella, justo cuando él se incorporaba al tráfico—. Cuando has hecho eso antes... Lo de la... la clase de conducir...

—Lo de besarte el cuello —la ayudó, conteniendo una sonrisa.

Ella carraspeó.

—Sí, eso... ¿Lo has hecho porque querías? O sea, lo... ¿Lo has hecho adrede?

—Pues claro. ¿Cómo se da un beso sin querer?

—No sé, a lo mejor lo hiciste para ponerme nerviosa, o... o talvez pensando en Aiko. Pero si no la quieres, pues supongo que lo de acosarme porque me parezco a Aiko está descartado.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión tan retorcida? No sé si me asombra la mente de las mujeres, o la temo. Te lo aclaro por si acaso: no, lo he hecho con ninguna intención oculta. Solo porque he querido. Sí, reconozco que suelo pensar en una mujer cuando toco a otras —confesó, lanzándole una mirada seria por el retrovisor—, pero esta vez no ha sido así. Eres una buena alumna y se me ocurrió que valorarías que te recompensara. No ha sido para tanto, ¿no? Si hubieras reaccionado así delante de alguno de los que piensa que tenemos un lío, te habrías dejado en evidencia tú sola.

—Pues sería culpa tuya, que no me pones a practicar más.

—Por supuesto… La culpa siempre es de Caleb —suspiró.

El trayecto fue demasiado corto para lo que la Mio curiosa habría querido. Caleb sabía que tenía muchas dudas. Pero él las bloqueó todas recortando por un par de callejones, aparcando cerca de la playa con diez minutos de diferencia.

—Mañana por la noche hay un cóctel en el hotel Millstone por la resolución del juicio de ayer —añadió, centrándose en la carrera—. No te extrañe venir por la tarde y ver a todo el mundo vestido de etiqueta.

Mio asintió, con cara de haber visto a un fantasma. Agarró el mango de la puerta y lo empujó. Chocó la rodilla sin querer contra la guantera, que se abrió mostrando una rendija. Ella no se dio ni cuenta y salió, asomándose después para decir adiós con un hilo de voz. En lugar de arrancar y marcharse, Caleb apagó el motor, sabiendo que volvería a asomarse.

Bingo. Mio rehízo sus pasos y encontró la ventanilla del copiloto bajada, esperándola.

—Entonces… ¿No estás celoso de Marc?

—No, Mio, no estoy celoso de Marc. Simplemente me cae mal.

Ella asintió.

—¿Algo más? —inquirió él.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

—No me has preguntado.

—Pero he mencionado a Aiko muchas veces y no me has corregido.

—Llega un momento en el que te cansas de que la gente asuma cuáles son tus sentimientos, y te limitas a darles la razón como a los locos.

—Pero les estás mintiendo.

—Yo no les miento. Ellos creen lo que quieren creer. De todos modos, no es una cuestión de vida o muerte, ni afecta al día a día de nadie. Así que, ¿para qué molestarme?

—A lo mejor sí hay gente a la que le afecta.

Los ojos de Caleb centellearon.

—En ese caso les convendría manifestarse, ¿no crees? Hazme caso, pecosa. Es muy molesto que actúen como si supieran lo que pasa en tu corazón, y los que lo hacen no suelen merecer la verdad.

Mio volvió a mover la cabeza en señal afirmativa. No estaba de acuerdo con él, pero al menos lo comprendía, y eso le bastaba. Sabía que tenía miles de preguntas acumuladas. Por desgracia, aún parecía morirse de ganas de encerrarse en casa para meditar al respecto. Aiko I tendría una reacción similar si llegaba a aceptar algún día que no amaba a su hija mayor.

La vio dirigirse con pasos erráticos al portal. Allí se paró a respirar antes de internarse en el edificio. Se había dejado el bolso en el asiento. Apuntó mentalmente devolvérselo al día siguiente.

Al alargar el brazo, se fijó en un borrón rojo entre el chaleco reflectante y otras cosas en la guantera, que se había abierto después del rodillazo. Con el ceño fruncido, tiró un poco más para descubrir qué había llamado la atención. Se le encogió el corazón al reconocer el tanga rojo que dejó allí olvidado, esperando el momento en que sería apropiado devolverlo.

Devolverlo... Como si hubiese o hubiera habido forma de hacerlo, cuando Mio ni se figuraría que eso estaba ahí. Como si se acordara de algo de lo que dijo o hizo el día que lo dejó a merced

de un hombre que se moría por sus huesos.

Esa noche pensó en tirarlo a la basura, en quemarlo, en arrojarlo a la calle sin contemplaciones… pero ninguna idea habría hecho justicia a la prenda. Aquel tanga merecía algo mejor que el trato que su dueña le dio, y de algún modo, representaba unos supuestos sentimientos por Caleb que no quería olvidar. Sentimientos que no podía tomarse muy en serio porque Mio no tardó en cambiar de opinión, pero que le hicieron sentir único durante un instante y eran el vivo recordatorio de que debía luchar por ella. De que algún día se saldría con la suya; de que, en algún momento, conseguiría que se enamorase de él.

Caleb no las tocó. Nunca las tocó, salvo para meterlas allí y tener un sorpresivo encuentro con ellas cada cierto tiempo. Nunca sería tan asqueroso como para abrazarlas o usarlas como bola antiestrés, porque no significaban nada sexual, ni nada turbio. Significaban lo que quería de Mio: ser quien le quitase la ropa interior. Ganarse el derecho a guardarla en la mesilla de noche de su habitación.

Por desgracia, aún no estaban en el punto de seguridad que necesitaba para dar el paso. Suspiró, tenso, y arrancó de nuevo el coche... Pero no cerró la guantera, en una especie de reclamo. No aguantaría mucho más tiempo viviendo de las sobras.

8

Los vestidos de mi hermana

Noodles había escuchado tantas veces la historia de la clase de conducción que, si hubiera podido hablar, la habría retransmitido con pelos y señales. Sin saltarse una coma, ni una exclamación, ni una respiración dramática. Pero es que el relato del momento en que Caleb confesó que ya no estaba enamorado de Aiko no se quedaba atrás: incluso Noodles hizo un salto sobre el pequeño columpio que su padre le regaló hacía años, y se quedó colgando bocabajo, mirándola con ojos de loco. *Increíble*, pareció decir. Y tanto que increíble.

Mio no era ingenua para pensar que, solo porque Cal hubiese olvidado a Aiko, ahora tendría posibilidades con él. Al menos, no mucho. Viendo que nunca mantuvieron una relación formal, y que él acababa de deshacerse del recuerdo de... *lo que quiera que hubiesen tenido*, sí que empezaba a tener más confianza en el futuro, pero seguía siendo muy poco para él. Por no mencionar que, en solo dos semanas, ya le había cabreado suficientes veces para que la mandara a casa. Al principio, le pareció bien encararse cuando le echó la bronca, pero luego se puso a pensar en su reacción y se murió de la vergüenza. Quiso ayudar y eso le quitaba parte de culpa, pero mentir para conseguir pruebas estaba prohibido y eso ella lo sabía, igual que era consciente de que si el caso se iba al carajo por su culpa, Cal jamás se lo perdonaría. Y lo entendería perfectamente, porque hacer justicia por padres era lo más importante de su vida. Dicho por él.

Esos eran los pensamientos recurrentes de Mio en sus días buenos: la invadía la esperanza. Pero era tan voluble que no tardaba en llegar a la conclusión de que, si Caleb quiso una vez a Aiko, podría enamorarse de ella de nuevo viviendo su boda tan cerca. Si algo le habían enseñado las comedias románticas con temática matrimonial, era que costaba muchísimo olvidar a alguien de manera definitiva. Y, ¿cuánto llevaría Caleb sin pensar en Aiko? ¿Meses? ¿Años? Entonces, ¿por qué se ponía hecho un basilisco cuando mencionaban la boda? Y lo que era más importante: ¿por qué le dolió tanto que ella dijera que Aiko nunca lo quiso, si supuestamente ya no era de su interés? Sí, de acuerdo, se podía asociar a que a uno no le gusta que le digan que jamás has sido importante para la persona a la que diste prioridad, pero ¿y si había mentido? ¿Y si le dijo que ya no la quería para quitársela del medio, para que dejara de recurrir a ello en cada discusión? Tenía mucho más sentido. Mucho más.

Sin embargo, y ante todo, sabía que Caleb era muy sincero. A lo mejor era reservado, y un poco complaciente al dar la razón como a los locos, pero no recordaba una sola vez que no le hubiese abordado con una pregunta directa y él hubiera mentido. Era abogado, por el amor de Dios: y era uno de esos abogados que no dejaban de serlo al salir del despacho. Vivía jurando por lo que más quería y respetaba. No le tentaba la falsedad. Aunque, por supuesto, tenía muy

bien aprendida la lección de que, mientras la pregunta no fuese concreta, él daría la interpretación que quisiera y contestaría medias verdades.

Se le acumularon las dudas como polvo bajo la cama. Que si Caleb y sus sentimientos, que si su siguiente paso para ayudar a Leighton con su investigación, que si Míster Dieciocho estaba más cerca de los veinte o de los veinticinco... Y lo más importante de todo: ¿qué se ponía para un cóctel en un hotel? Porque gracias a Jesse, se había enterado de que no era precisamente la persona más querida del bufete, y saber que la criticarían aunque se pusiera lo que se pusiese, ponía sobre sus hombros la gran responsabilidad de deslumbrar. Habría recurrido a Aiko, pero le cerró las puertas del armario a cal y canto.

—Ya va siendo hora de que te compres tu ropa. Te lo dije hace medio mes y no me hiciste ni caso —señaló su hermana—. Esta vez no te vas a escapar de ir de compras conmigo y conseguirte lo que quieras.

Mio no se negó por dos razones. La primera era que podría utilizar la aventura como excusa para indagar en los misterios del corazón de Caleb, y la segunda... Ella se hacía cargo de la factura. Además de que le encantaba ir de compras, y si Aiko iba, que era su ejemplo a seguir, tardaría mucho menos en conseguir algo decente. O eso pensó, porque no se ponían de acuerdo en nada de lo que le enseñaba.

—¿Es que no te gusta nada? —resopló al final.

—¿No será que a ti no te gusta nada lo suficiente, o que estás más pendiente de si me lo pondría yo que de otra cosa? Las cosas hay que probárselas antes de rechazarlas y seguir mirando. Y yo no soy ningún ícono de la moda para que me pidas opinión hasta para los complementos.

—¿Es que los complementos no son importantes? Porque eso precisamente me lo enseñaste tú.

Aiko suspiró y se ciñó el bolso al hombro.

—Los complementos serán importantes para quien sean importantes, igual que los zapatos o los pintalabios. A Otto le encanta la peluquería y tú eres la enamorada de las medias, y yo prefiero gastar en bolsos que en brazaletes. Cada persona es un mundo. Deja de preguntarme si me lo pondría yo y elige algo que te guste.

—A mí me gusta lo que te guste a ti.

—¿Y lo dices tan tranquila? —se desesperó—. Mio, no quiero discutir... Ni aquí ni en ninguna parte. Pero si no te toman en serio, es porque te estás intentando convertir en una sombra de lo que yo soy. Y, escucha: nadie va a ser mejor Aiko que yo misma, igual que a nadie se le va a dar tan bien ser Mio Sandoval como a ti. ¿Por qué no aprovechas que eres una edición limitada y sacas partido a tu autenticidad, en lugar de buscarme a mí en todo lo que haces y ves?

Mio no dijo nada, pero tenía muy clara su respuesta. Siendo ella misma no llegaría a ninguna parte, era algo que tenía comprobado. Si ya se quedaba por el camino al arreglarse, al estudiar o al empezar una relación con alguien siendo lo más parecida a Aiko que podía, no quería ni imaginarse de lo mal que le saldría mostrándose en su esplendor. Y eso no era lo único, porque la triste realidad era que Mio ya no sabía qué le gustaba y qué no iba con ella. Se había pasado toda su vida fijándose en Aiko, y estaba tan obcecada en parecérsele que llegó un momento en que la copiaba sistemáticamente, sin darse ni cuenta. Los gustos de su hermana se convirtieron en los suyos. Si antes no le interesaban las películas románticas, la música empalagosa de Pablo Alborán o los tacones, empezaron a interesarle a raíz de una narración sobre los gustos que Aiko

hizo para la clase de español. Si antes no le llamaba la atención ser abogada, cuando Aiko eligió las leyes para dedicar su vida se lo replanteó. Incluso se fijaba en los chicos que, por físico, le iban a Aiko, y los perseguía hasta que le hicieran caso.

Nunca antes le habían llamado la atención respecto a ese tema. Sus padres lo comentaban divertidos, lo curioso que era que las dos niñas hubiesen salido con gustos tan similares. Ni siquiera Aiko le había dado importancia hasta que discutieron durante su internamiento en el hospital, casi dos años atrás. Mio nunca supo por qué le tocó la fibra sensible lo que le dijo. Para ella, fue una conversación corriente, pero a su hermana le afectó tanto que empezó a cambiar de actitud. Dejó de ser tan complaciente, tan generosa, y se dedicó a dar discursos sobre lo importante que era encontrarse a sí misma.

—A ver —suspiró—. Empecemos por algo fácil. ¿Cuál es tu color favorito? Así reduciremos un poco la variedad.

—El morado. ¿Y el tuyo?

—Eso da igual. —La cogió del brazo y tiró de ella—. Ven, vamos a buscar algo por ahí.

Aiko se desesperó unas cuantas veces cuando Mio se resistía a meterse en un vestido si no le había dado su aprobación, pero con el transcurrir de las horas, se cansó tanto de ir de arriba para abajo que simplemente cogió lo que más le gustaba, se lo puso y decidió que iría con eso mismo al cóctel. Y ya tenía que ser grave el cansancio, porque si algo caracterizaba a las Sandoval, era que les perdía la moda. A Mio la que menos, pero porque Aiko se iba de compras todos los fines de semana y Otto tenía tres tarjetas de crédito.

—¿Tú vas a venir?

—Claro, Millstone era mi cliente. Bueno, de los dos, pero con lo de la baja no he podido estar ahí... Aunque fui a la resolución del juicio por si Caleb me necesitaba. Hizo un muy buen trabajo. Es un abogado increíble. Entiendo que a veces demuestre tener más autoestima que Marc... Al margen de que no se pueda tener más autoestima que un Miranda.

—Jesse no me parece tan engreído.

—Eso es porque no lo has tratado lo suficiente. Te aseguro que son los dos igual de insufribles. Todo lo insufrible que puede ser un Miranda, repito: muchísimo, pero se las apañan para que no te parezca grotesco. En fin, volviendo a lo de si voy al cóctel... Claro, llevo tres semanas pensando en lo que me pondré, y eso que no estaba del todo claro que Cal ganase.

—Qué poca fe —protestó, arrugando la nariz.

—No es por poca fe, sino por lo perdido que está últimamente. Se cree que no me doy cuenta de que relega el trabajo del bufete para centrarse en su proyecto secreto. Jesse y yo estamos por ahí revoloteando a ver si descubrimos algo. ¿Tú has conseguido encontrar alguna pista?

«Dile la verdad. Es tu hermana».

«Caleb me ha pedido que no, así que no».

«Ah, ¿y si Caleb te pide que te tires por un barranco, te tiras?».

«Pues a lo mejor, ¿tienes algún problema?».

«Muchos. Tantos que no sé ni por dónde empezar, loca».

«Oye, que yo me tiraría pero con cuerda. Siempre he querido hacer *puenting*».

—No, lo siento. Es que me pone nerviosa entrar en su despacho, sobre todo ahora que la gente piensa que... —Se mordió el labio—. Es posible que el primer día le dijera a mis compañeras que

Cal y yo tenemos una especie de... rollo...

Aiko dejó de caminar de golpe. El tipo que iba detrás de ellas se chocó con su espalda, maldijo en inglés y las adelantó.

—¡¿Qué?! —espetó, con los ojos muy abiertos—. ¡¿Estás de broma?!

—¿Te ha molestado? Es que estaban hablando mal de mí y como Cal me dio su camisa el día anterior porque casi tiré la pecera...

—¡¿Qué?!

—¡Es que no le da de comer a los peces! Pero esa es otra historia. Lo importante es que oí a dos secretarias quejándose de que era una enchufada y les dije que no estaba allí por eso, sino porque Caleb y yo estábamos enrollados.

—¡¿Qué?!

—Si lo repites una vez más vas a quedar como una tonta —se rio Mio. Enseguida se puso seria —. Oye... No pensé en su momento que pudieras enfadarte, aunque no creas que no le di vueltas luego. O sea, a nadie le gusta que su hermana ande cerca de su ex, incluso si es ficción, o incluso si no es un ex propiamente dicho, solo un follamigo... O no un follamigo, porque ya ha quedado claro que no lo fuisteis, sino... ¿Besamantes? —probó—. En fin, que sé que podría ser molesto porque tuvisteis *algo*.

—No es molesto en absoluto, Miau. Ya te dije que Caleb y yo nunca tuvimos nada, y sabes que se me da bien pisar el pasado, así que incluso si hubiese sentido algo por él, que no es el caso, no me habría importado. Puedes estar tranquila. Pero... Me extraña que a Cal le haya hecho ilusión enterarse, porque vaya cagada. ¿O aún no se ha enterado?

—Claro, se lo dije antes de que se enterase por terceros.

—¿Y no te armó la de Dios es Cristo?

—Un poco. Pero luego se le pasó.

Aiko se mordió el labio para contener una sonrisa.

—Madre mía, cómo se nota que eres tú. Lo llega a hacer otra persona, y se las arregla para hacerle la vida imposible. Por eso tienes que dejar de armar estos escándalos, ¿me entiendes? Cuando una persona es capaz de perdonártelo todo, como hace Caleb, hay que procurar no decepcionarla jamás.

—No pensé cuando lo hacía. Ya le he pedido perdón.

—Bien. Porque valora por encima de todo su imagen en el bufete. Lleva muchos años siendo meticuloso, separando su vida privada de su vida laboral y procurando no mezclarse fuera con gente a la que ya ve todos los días. Con decirte que tuvimos una bronca muy gorda porque se me escapó que éramos muy amigos de la infancia... No me mires así porque yo tampoco lo sé. Ese secretismo suyo es enfermizo, pero hay que respetarlo. No podemos olvidar cómo es, o de dónde viene.

—¿A qué te refieres?

—A que no quiere que nadie sepa nada de sus preferencias, sus intereses románticos y, en general, su vida privada, porque es doloroso para él. Quiere que lo miren y vean a un hombre trabajador, no al tío enamorado de su mejor amiga, al que se acuesta con la hermana de esta, o al niño huérfano que pasó de unos brazos a otros hasta la mayoría de edad.

—¿Nadie sabe nada de eso?

—No. No le gustaría que supieran que se sintió solo toda la vida.

—Pero no estuvo solo. Nos tenía a nosotras. Éramos y somos su familia.

—Durante la infancia y adolescencia nos veía una vez al año, Mio. Mamá nunca se hizo cargo, solo durante los veranos. ¿No te acuerdas de lo tenso que llegaba? ¿De lo difícil que era hablar con él durante los primeros días? De pequeño estaba convencido de que acabaríamos abandonándolo, igual que los demás. A veces creo...

Se mordió el interior de la mejilla. Estuvo un rato pensando. Al final negó.

—Olvídalo.

—No, no. —La agarró de la manga—. Dímelo.

Aiko la miró con preocupación.

—Solo son percepciones mías… y no me gusta hacer elucubraciones sobre Cal. Él las odia.

—Dilo, venga. Porfi.

Suspiró.

—Creo que sigue pensando que algún día lo vamos a dejar de lado. Está más cómodo con nosotros, confía más en la relación que tenemos, pero estoy segura de que aún no se siente seguro. Y eso me entristece, no te voy a mentir. Sabes que lo adoro con todo mi corazón… Pero lo comprendo. Igual que entiendo sus reservas y sus miedos.

—Yo también —asintió, aunque sin estar muy segura—. Pero ¿qué tiene que ver eso con que no quiera que nadie sepa nada sobre él?

—Con que no es una verdad muy halagadora. Fue un niño que perdió a sus padres siendo muy pequeño, cuya familia de sangre decidió darlo en adopción, y que no tuvo un hogar en casi diez años, que pasó en casas de protección social y con familias subvencionadas. No es un gran currículo, y con lo orgulloso que es, no querrá que lo traten con displicencia o, peor, con pena, por todo lo que ha pasado.

»Es una manera de protegerse, o eso me dijo Jesse. Recuerda que hizo Psicología; Caleb es de sus perfiles preferidos y lo ha estudiado muy a fondo. Dice que Cal debe creer que, si no dice nada, si no expresa abiertamente sus sentimientos, luego el fracaso parece más pequeño y se puede olvidar con facilidad, porque no tendría que verlo a diario en las caras del resto. Si sumas eso a lo seguro que está de que lo vamos a abandonar, es lógico que no quiera que nadie sepa que somos amigos, o que tú te acuestas con él… Aunque no lo haces de verdad, ¿no?

—No. —*Por desgracia*—. Tiene sentido, pero... No sé, no es justo.

—Nadie elige tener miedo, y no es tan sencillo como levantarse un día y decir: «ya estoy curado».

—Pero no se puede tener tanto miedo por una simple sospecha.

—Es que lo de Caleb no es una sospecha, es una realidad. Ha perdido. Ha perdido mucho, muchas veces, y ya no quiere perder más. Por eso odia tanto a Marc —añadió, para quitar hierro al asunto—, porque le hace perder todo el rato.

—Eso me ha dicho. Yo pensaba que era porque estaba celoso. Como os vais a casar…

—*Arg*, Mio, no vengas tú también con eso. Caleb odia a Marc porque son los dos unos gallos de corral y no le gusta que se le rían en la cara, ni que le vacilen, ni que le roben clientes, ni, en general, que sean mejor que él en aquello a lo que dedica su vida. Y Marc odia a Caleb porque lo

quiero más que a él —concluyó, tan tranquila que Mio soltó una carcajada—. Ah, y porque es más alto. Uf, no soporta que sea más alto.

—Pero Marc sabe cocinar y baila muy bien. Cal ninguna de las dos. Solo hace arroz a la cubana —balbució Mio, recordando su propio paralelismo.

Dios, ¿en qué coño estaba pensando? ¿Cómo iba a comerse su arroz a partir de entonces...? Vale, eso ya sonaba fatal de por sí. Comerse su arroz... Dieciocho gramos, dieciocho mililitros, dieciocho minutos al fuego.

—Es que Caleb es un canadiense aburrido, bastante hace siguiendo el ritmo. Lo de bailar está en los genes Miranda. No olvides que son mitad puertorriqueños.

—¿En serio? ¿Marc es puertorriqueño?

—De nacimiento no, pero la madre de Jesse es como una madre para él y ha estado en Puerto Rico suficientes veces para considerarse que sí. En fin… Espero que se tomase bien tu pequeña mentira. Aunque sabiendo lo mucho que te adora y viendo que sigues en tu puesto, parece que te lo dejó pasar sin castigos.

—Ya te digo que tuvimos una discusión... Bueno, dos. Tres, con la de ayer. Y las que nos quedan —se lamentó—, pero es verdad, no me despidió y sigue siendo educado conmigo. Ya lo conoces, le pueden las formas todo el tiempo. O casi.

—No le pueden las formas. Le puedes tú, tonta.

—¿Eh?

—Mio, cielo... Caleb es un cascarrabias y yo tengo muy poca paciencia. Y mamá puede ser un incordio a veces. A papá mejor no lo nombro, pero está incluido. Lo que te quiero decir es que todos te perdonaríamos un asesinato.

—Sí, claro —ironizó, metiendo la mano en el bolsillo de la falda vaquera—. Sobre todo Caleb.

—*Especialmente Caleb.* Te quiere mucho, Mio. Parece mentira que te lo tenga que decir, cuando es la persona que más demuestra su cariño de todos los que hay en nuestra vida. A su manera... pero lo hace. ¿O se te olvida quién iba a sacarte de líos, a resolverte los problemas de matemáticas y te recogía cuando te quedabas hasta tarde? Él siempre ha estado ahí, para ti. Y no tiene nada que ver con su caballerosidad, porque conmigo no lo hacía.

El corazón de Mio se aceleró.

—Pero no lo hacía porque tú nunca te has metido en líos, ni necesitabas ayuda con las matemáticas...

—Es verdad, siempre he sido la mejor en matemáticas —cabeceó, divertida—. Puedes creer lo que quieras. Yo no estoy aquí para hacerte cambiar de opinión, ni para ser tu modelo a seguir —señaló la bolsa que contenía el vestido nuevo y todas sus faldas de secretaria recién adquiridas—, ni para decirte a dónde tienes que dirigirte, ni para resolver tu vida. ¿Entiendes eso? Tú decides lo que quieres creer y al lugar al que vas. Solo tú tienes que abrir los ojos —especificó, hablando muy despacio. Mio se sintió intimidada con la mirada que le dedicó—. Yo soy tu hermana, no tu estrella polar. Te abrazaré si lloras, pero no te voy a quitar las piedras del camino. Ese es tu trabajo.

—Vale... —balbució, sin entender nada—. ¿Y esto a qué viene?

El suspiro de Aiko se mezcló con una carcajada.

—Vete a saber. Últimamente estoy muy sensible... Anda, vamos. Quiero que pasemos por la peluquería antes de ir al cóctel.



A veces podía parecer que lo que a Mio le entraba por un oído, le salía por otro —era a lo que recurría su madre cuando no obedecía a la primera, cosa que sucedía entre frecuentemente y siempre—, pero la conversación que tuvo con Aiko no fue uno de esos sermones que se olvidan a los cinco minutos.

Estuvo un buen rato pensando en Caleb. En cómo, sin querer, acababa metiéndolo en sus líos, y lo mal que lo trataba cuando lo único que él quería era hacerle ver que no podía seguir así. Por supuesto, eso no significaba que fuera a besarle los pies y a pedirle perdón por todo: Cal podía ser muy duro cuando quería, pero sí que merecía un poco de cancha.

Ya se disculpó por el numerito del bar, y evitaría pedir perdón por manipular a Gavin mientras el caso siguiera en pie. Lo que tenía que enmendar era el bulo de que estaban liados. El punto de vista de Aiko le había abierto los ojos, y no solo porque lo que su hermana dijese tuviera que ir a misa, sino porque tenía razón. ¿A quién le hacía gracia que se inventaran historias sobre él, y encima una que involucraba gustos sexuales? Para colmo, vinculándolo a la enchufada, a la copia barata de Aiko. No era una ayuda a su reputación, precisamente.

Mio se quebraba la cabeza intentando llegar a alguna parte mientras se vestía para la ocasión. Se había comprado un vestido que le gustó a primera vista, pero nunca se puso nada similar: el rojo le parecía un color demasiado llamativo, y las faldas solía preferirlas ceñidas, pero aquel minúsculo vestidito de cóctel con vuelo y los hombros al aire era demasiado bonito para dejarlo correr. En sentido figurado, claro. Los vestidos no corrían. Esa solo era ella, llegando tarde otra vez... Aunque a las fiestas se podía llegar a cualquier hora, ya. El problema era que, cuando apareció en la azotea del hotel, parte de los invitados estaban borrachos y ni siquiera pudo localizar a su hermana.

¿Aiko había ido, o se inventó que estaría allí para que no se pusiera su vestido preferido?

—¡*Deredere*! ¡Aquí estás! —exclamó Jesse, moviendo los brazos como si quisiera llamar la atención de un barco de rescate.

Y la de un barco de rescate a lo mejor no, pero consiguió captar la de gran parte de las mujeres, y la de Caleb, que bebía de su copa con tranquilidad. Mio esperó a que se diera cuenta de que estaba allí. No tardó en ocurrir. En cuanto sus ojos verdes cayeron sobre ella, Cal se atragantó y se puso a toser de forma dramática. Escupió el líquido ambarino por el balcón mientras Jesse le daba unas palmaditas en la espalda.

—Piensa en Franklin desnudo —oyó que decía al acercarse—. Franklin desnudo, Cal; te aseguro que se baja antes con esa imagen mental que con un hachazo en el cipote.

—¿Crees que podrías no hablar de pollas por un solo día? El cliente es bastante exquisito y educado, si te oye...

Le lanzó una mirada relámpago a Mio. No era su mirada preferida, pero servía para echarle un vistazo de cuerpo entero sin incomodar a la víctima.

—Eso no es de Aiko.

—Pero bueno, zorrillo, ¿dónde han quedado tus modales y esa educación que me acabas de mencionar? A una señorita tan guapa, lo primero que se le dice, es que está reluciente. Y después se le pregunta si lleva la ropa interior a juego, aunque conociendo sus antecedentes, yo diría que... —Jesse aulló al recibir un codazo en el costado—. ¡Puñeta! —exclamó con acento—. Supongo que a esto se refieren cuando dicen que la verdad duele... ¿Otra copita?

—Ya he bebido bastante por hoy —decidió Caleb, apartándose—. Permiso.

Mio lo vio acercarse a otro grupo sin esconder su cara de pena. ¿Qué esperaba? ¿Que se pusiera de rodillas y le besara los pies por haberse arreglado un poco más de la cuenta? Caleb no era de esos. Formalmente se le conocía como una persona fría. Harían falta unas tenacillas y una amenaza para sacarle un cumplido.

Pero aun y con eso, se sintió decepcionada.

—Hoy está irritable y ha bebido más de lo normal —explicó Jesse—. No le hagas caso.

—Pues con esa mujer no parece precisamente irritado —se lamentó. Caleb había parado delante de una morena despampanante, de esas que se pintaban los labios de rojo para ir a trabajar y arqueaban las cejas cuando les hacían un cumplido—. Aunque no lo culpo.

—No te preocupes. Ya se la tiró una vez, y Caleb nunca repite.

Mio se dirigió a él, alarmada.

—¿Qué?

—¿Me he excedido? Lo siento, es que ya que él no habla de la hazaña como lo que es, procurando restregárselo al resto de mortales, lo suelo hacer en su lugar. Si yo me hubiera tirado a esa mujer, lo habría puesto en la placa de mi despacho, bastante más grande que mi nombre. Pero no te preocupes, *Deredere*. Como ya te he dicho, Cal nunca duerme con la misma dos veces. Y ella menos.

Mio ni siquiera sonrió ante la mención del estereotipo manga. En los últimos días, Jesse se había vuelto a aficionar al anime por «la influencia japonesa en el trabajo», y estuvo investigando a fondo —dicho por él— para encontrarle un apodo apropiado. Al final se quedó con «deredere», lo equivalente al tópico de personaje cariñoso y enamoradizo.

—Pero ¿quién es?

—Una de las hijas adoptivas de Moore. Esta no lleva su apellido porque viene del matrimonio anterior de la madre.

—Espera… ¿De *ese* Moore? ¿El de Miranda & Moore SLP?

—Ajá.

—¿Se acostó con la competencia?

—Qué va. Natasha Markham trabaja al margen del negocio corporativo de su padre. Ha crecido por su cuenta y ahora es una empresaria de éxito. Cal es su asesor. Le lleva las cuentas porque la chica le tiene rabia al bufete de su padrastro y quería distanciarse lo máximo posible. Ahora se puede decir que son amigos.

«Pues si se anda tirando a sus amigos podría haber empezado por mí».

—¿Y hace cuánto que pasó... *eso*?

—¿Lo de follársela en una habitación de hotel durante siete horas seguidas? —preguntó inocentemente—. Como mucho un año y medio. ¿Por qué tanta curiosidad?

Mio no le hizo caso; estaba al tanto de la fama de provocador de Jesse. No sabía qué se proponía y no pensaba perder tiempo descifrándolo cuando Natasha le ponía la mano en el brazo a Caleb con toda la familiaridad del mundo. Pero no familiaridad de madre e hijo, sino de marido y mujer sin problemas en la cama.

Por favor, ni que una caricia en el brazo fuese ahora la máxima demostración de amor. Mio no era ninguna experta en lenguaje corporal, pero eso no podía interpretarse como un «ábreme de piernas», ¿verdad...? Bueno, en las películas era distinto. En el cine, la caricia en el brazo era motivo sobrado para que dos mujeres en edad de amar se engancharan del pelo y acabaran revoleándose por la tarima.

Como si el brazo conectase directamente con la vagina...

—No, solo pensaba en lo mal que voy a quedar si tontea con otras mujeres delante de todos. Ya sabes, en el bufete piensan que nos acostamos. Su actitud lo desmiente. Pero no pasa nada, porque mi mentira no debe afectar a su vida. Si quiere dormir con ella, pues que lo haga. Yo dormiré... con mi pájaro, y ya está.

—¿Qué dices? Chiquita, si él se comprometió a mantener tu mentira, tienes todo el derecho a reclamar. Si yo fuera tú... —empezó. Apoyó un codo al lado de Mio, acercándose a su oído—, iría a marcar territorio. No hace falta echar una meada, que nos conocemos tu literalidad y yo, pero a lo mejor unos cuantos comentarios mezquinos le pondrían en su lugar. Hombre, por favor, un poco de respeto a tu cama ficticia.

Mio lo pensó durante un segundo y se dio cuenta de que tenía razón. O a lo mejor no, y estaba usando una de las tres armas letales de los Miranda en su contra —en ese caso, la labia—, pero no tenía tiempo para pararse a meditar mucho más. Decidió cuadrar los hombros y dirigirse a ellos con actitud desenfadada.

«¿Qué hago? ¿Cómo los interrumpo?».

«Tienes que ser directa y contundente, nada de titubeos; haz algo que no dé lugar a dudas sobre vuestra confianza».

«¿Un beso?».

«No, tonta, un beso no. Tendrías que trepar por su corbata para llegar, y llegados a ese momento, le habría dado tiempo a apartarte quince veces».

Mio estaba más cerca, y más, y aún no se había decidido, así que siguió su primer instinto e hizo lo primero que se le ocurrió: arrearle un azote en el culo que si no paró la música fue de milagro.

—¿Qué pasa? —saludó sonriendo. Natasha la miró con un amago de ceño fruncido—. ¿Interrumpo algo?

No quiso mirar a Caleb, porque antes vio en la cara de la mujer lo que acababa de hacer. Y por Dios que prefería tirarse por el balcón a asumir las consecuencias.

«¿Un azote? ¡¿Estás de broma?!».

—Poca cosa, en realidad... —habló la mujer, despacio. Con más seguridad de la que ella mostró en toda su vida, le tendió la mano. Controló el *shock* de manera envidiable—. Soy Natasha Markham. Tú debes ser la mujer de la que tanto se habla. ¿Mia?

—En realidad es Mio, con «o». Es un nombre japonés. Seguro que no te pilla por sorpresa —añadió, señalándose los ojos—. Y no tiene tilde, por si acaso.

—Perdona. Sé lo que es que no escriban o pronuncien bien tu nombre. Para todo el mundo soy

Markov, en lugar de Markham. —No puso los ojos en blanco porque habría parecido humana, y ella estaba muy por encima de eso—. Me alegro de que Caleb tenga a alguien. Es un buen hombre y se lo merece.

Mio dejó de sonreír, recuperando lentamente el juicio. ¿Cómo que se alegraba de que Caleb tuviera a alguien? ¿En qué momento habían pasado de...? Ya, sí, el azote, pero se suponía que eran un rollo secreto, y ahora lo sabía hasta una empresaria con el *delineador* mejor definido de la historia del maquillaje.

Solo por eso la admiró.

—Ah, no, no, te confundes... Caleb y yo no somos pareja. Somos amigos —dijo. Casi suspiró de alivio al volver al objetivo principal: desmentirlo todo para que Cal dejase de depender de ella y pudiera recuperar su privacidad—. Bueno, teníamos algo, él y yo... Pero me dejó. *Él* —recalcó —. Fue duro, pero bueno, las rupturas siempre lo son, aunque no sea una relación propiamente dicha... Porque no fuimos nada, ¿eh? Solo amigos. Con derecho a roce. Como la película de Timberlake. ¿Te gusta Timberlake? A mí no mucho, solo su canción con Madonna. ¿*4 Minutes*, era?

Natasha la escuchaba con la perfecta máscara de autocontrol tras la que seguramente se escondía el deseo de llamar al psiquiatra. Y Mio seguía sin atreverse a mirar a Caleb. Se apostaba cualquier cosa a que la estaba atravesando con los ojos verdes.

—En realidad sí que somos pareja —contratacó Caleb. Pronto notó que su brazo le envolvía la cintura y la apretaba algo más de lo normal—. Solo que es demasiado tímida para decirlo. No te tienes que preocupar, cielo, Natasha es una buena amiga mía. Nos guardará el secreto.

—¿Estás... estás seguro de que somos novios? —balbució—. Porque la última vez que hablamos de eso no parecías muy contento. Ya sabes, el día que comimos *arroz a la cubana.*

—Ah, sí... Ese día me sentí como si volviera a tener *dieciocho* —recalcó a mala leche. Mio apretó los labios. Por lo menos alguien tenía tan presente como ella la medida secreta de su entrepierna—. Pero hace mucho tiempo de eso.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuántos tienes ahora? Porque supongo que ya no creces.

No respondió. ¡No respondió! ¡Ella solo quería saberlo, maldición!

—Lo importante es que estoy seguro de lo que quiero, y ya hablamos de esto en su momento. Somos pareja. *Finito*. No puedes cambiar de opinión, ni mentir más sobre nuestra relación.

Mio lo captó. «Como vuelvas a cambiar de idea y a contarle a alguien otra historia distinta, te las vas a ver con mi látigo».

—Creo que me están llamando por allí —anunció Natasha, algo incómoda—. Nos veremos luego, si eso…

Ni se dio cuenta de que se quedaban solos.

—Pero yo no quiero estar contigo. Te dejo —anunció decidida—. Creo que mereces algo mejor que una relación que no va a ninguna parte y que da la sensación de que aún no ha comenzado.

—¿Perdón? —masculló entre dientes.

¿Cómo lo decía ahora para que entendiese que lo estaba haciendo por él?

—Pues eso, que corto contigo. Eres libre. Puedes hacer lo que quieras, tirarte a quien quieras siete horas seguidas en una habitación de hotel y poner su nombre en la placa de tu despacho, o

en tu lápida, o en tu carné de identidad... Vuela lejos. —Hizo un gesto para abarcar el aire—. Te daría un calcetín para sellar la ruptura, pero no eres ningún elfo doméstico y francamente me duele recordar que Dobby...

Una mano se cerró en su muñeca. Mio giró la cabeza hacia Caleb, y observó que volcaba el fondo de la copa en su garganta. Muy decidido, la arrastró, casi literalmente, hasta el espacio reservado a los servicios.

Caleb la metió en un cubículo al azar.

—Esto es el baño de hombres, y da igual que tengas butifarra para dos, si es que existen los penes de nueve centímetros, que es la división exacta de dieciocho, porque no me lo vas a…

—Te voy a matar —aseguró, mirándola con los ojos más verdes que nunca. Por los fluorescentes, por la adrenalina y el enfado, y por el alcohol.

Guau, nunca lo había visto borracho.

—No me digas eso en un baño cerrado. Quiero tener posibilidades de huir.

—Ah, no, de eso nada. Después de lo que acabas de hacer no vas a huir de mí jamás.

«Uy, qué miedo... Mira cómo tiemblo de pensar que puedas maniatarme, estoy que me cago».

—Pues he armado este numerito justamente para lo contrario. Era demasiado egoísta por mi parte obligarte a fingir que eres mi amante solo para quedar bien, y quería arreglarlo para que puedas llevarte a casa a quien quieras sin que los del bufete digan a tus espaldas que eres un cerdo, o... A lo mejor solo dirían que eres poliamoroso. Si lo eres, podemos...

Caleb le puso el índice en los labios.

—Voy a ser rápido y directo —empezó, hablando muy lento. Aun así arrastraba un poco las eses—. Como vuelvas a avergonzarme en público o a soltar una mentira que me involucre sin haber pedido antes mi consentimiento, voy a darte azotes hasta que te desmayes, y luego te despediré sin carta de recomendación. ¿Ha quedado claro?

«Sí. ¿Pongo el culo ya?».

—Lo estaba haciendo por ti —se defendió—. Sé que has tenido algo con Natasha, y si por casualidad ha llegado a sus oídos la mentirijilla del bufete, pensé que alguien debía decirle que no se preocupara…

Caleb la calló presionando el índice que aún no había apartado contra sus labios pintados. Sus ojos se quedaron allí prendados, en el rojo brillante. Utilizó la yema del dedo para borrarlo muy despacio. Mio no entendió la erótica en que Cal frotara el dedo lenta y seductoramente contra su boca para sacarle el labial, pero la tenía.

—Veo que siempre estás haciendo cosas por mí, y qué casualidad que todas acaban afectándome negativamente. ¿Quieres ser mi enemiga, o qué?

Mio negó sin moverse y separó los labios para facilitarle la tarea. Él no habló durante unos segundos, perdido como estaba allí, en el uso del pulgar para emborronarla.

—No tienes derecho a jugar conmigo. Dilo.

—No tengo derecho a jugar contigo —murmuró.

Caleb asintió imperceptiblemente. Entornó los ojazos: dos líneas verde radiactivo.

—No voy a volver a hacer algo así sin consultar a Caleb. —Mio lo repitió, obediente. Le costó teniendo los dedos del hombre sobre la boca—. No tocaré a Caleb sin su consentimiento.

—No te tocaré sin tu consentimiento. —Y cruzó los dedos de manera visible.

Caleb interceptó el gesto. No dijo nada.

Apartó la mano de su cara. Mio no podía ni imaginarse cómo la tendría; tampoco le importó cuando él se llevó los dedos manchados a los labios y dibujó con el rojo sobre ellos, dejándose marcas de haber sido besado. Mio se asustó por su propia reacción corporal. Corrió severo riesgo de derretirse bajo la intensa y seria mirada de Caleb. Había algo profundamente *sexy* en sus ojos, y en la forma en que se humedeció los labios, ahora rojizos.

—Así van a seguir pensando que tenemos algo, y Natasha…

—Me la suda Natasha.

—Oh —balbució—. Entonces he hecho un poco el ridículo.

—¿Un poco? —repitió—. Gracias al cielo, ella sabe cómo eres.

Mio tragó saliva al verlo avanzar. Se sintió arrinconada sin tener ninguna pared ni remotamente cerca.

—¿Cómo soy?

Soltó un pequeño gemido cuando él le acarició el cuello con los dedos y le apartó el pelo. Mio notó su palma caliente en la nuca, y se rindió a ella dejando caer la cabeza. Puede que cerrase los ojos, solo un instante.

—Mi pequeña gran revolución —murmuró—. Pero estoy tan enfadado que te estrangularía. Tienes que dejarme en paz solo unas horas al día, Mio, solo unas puñeteras horas. No te pido tanto. ¿Es que no te das cuenta? Eres la única persona en el mundo que me cabrea de esta manera y aún tiene el descaro de mirarme como si fuese mi culpa.

»Lárgate —masculló, soltándola—. Después de lo que has hecho no solo deberías irte de la fiesta, sino del bufete. Incluso de la ciudad. No me he labrado un nombre para que me lo destroces de un azote.

—Tú también me diste uno. Me acuerdo. Y fue en medio de la calle, así que no te hagas el santo.

Caleb entornó los ojos. No debía tomarse muy en serio a un hombre con los labios manchados de carmín, por muy mosqueado que estuviera, pero curiosamente jamás se lo había tomado tan, *tan* en serio.

Si en el fondo la cuestión era tomárselo, con o sin condimentos.

—Veo que recuerdas de esa noche lo que te da la gana. Como siempre. Te mueve la conveniencia, y así es imposible creerse luego que vayas a hacer algo de buena fe.

—¿Me estás diciendo que soy una mala persona?

—¡Te estoy diciendo que eres mala para mí! ¡Me tienes bailando en tu meñique y te aprovechas de ello comportándote como una estúpida! ¡No te lo voy a decir de nuevo! ¡Madura de una vez para que no tenga que mandarte al infierno!

Fue una puñalada. Muy merecida, pero una puñalada.

—¡Lo siento, ¿vale?! —gritó casi sin voz—. ¡Lo siento, pero nadie te está obligando a estar aquí!

Se dio la vuelta y agarró el pomo de la puerta para salir. Como siempre le pasaba, se le ocurrió una réplica ingeniosa demasiado tarde. Renunció a ella en pro de salir lo antes posible... Pero él la bloqueó dando un golpe a la superficie. Mio ni se percató del ruido; todos sus sentidos se

concentraron en el brazo que tiró de su cintura y la boca que se estrelló violentamente con la suya.

Toda la tensión de su cuerpo fue reemplazada por otro tipo de rigidez mucho más profunda, temblorosa y dependiente del hombre que la abrazaba. Mio se deshizo de los pies y de los brazos y fue solo labios. Labios que se abrieron por la sorpresa y por la necesidad, y que dibujaron un suspiro de alivio en el aire al encontrar la lengua ansiosa de Caleb.

Tenía tantas fantasías a las que aferrarse que le costó elegir una. ¿Lo envolvía con las piernas, lo abrazaba también, lo empujaba y lo ponía contra la pared…? No pudo meditarlo en ese momento. Tomó sus mejillas y se pegó más él. Caleb hizo un ruido con la garganta que le recordó a un animal, y la embistió con el cuerpo, haciendo retumbar la puerta. Se movía rápido, pero seguro, con una certera, seca y también sensual exploración que le sacó el alma del cuerpo. Mio temblaba, y a la vez, no podía moverse. Se quedó encerrada en ese momento, colapsada por la enérgica sensación de estar bajo los efectos de alguna droga... Y olvidó todo lo que no fuera el tacto de su barba, las cosquillas de esta contra su piel, sus brazos envolviéndola como el abrazo que siempre quiso. También soñó con que ese momento era romántico y bonito, pero no fue ninguna de las dos cosas... No las necesitó. La necesidad urgente que él le contagiaba apretándose contra ella era un ejemplo de lo que ni su mente podría haber dibujado.

Dejó ir un jadeo ahogado y un suspiro entrecortado al encuentro de la mano enorme de Caleb invadiendo el interior de su falda, agarrándola por una de las nalgas como si quisiera dejarle marca. No llevaba medias, pero sí un tanga muy insinuante que él apreció acariciándola por la zona húmeda. El toque de sus dedos allí se sintió como el encaje perfecto, algo que debió haber sucedido hace años.

Mio se deshizo, perdió el equilibrio y no lo quiso recuperar. La estaba besando y no sabía que la estaba besando. No sabía si era ella o era otra. No sabía si era un sueño o era vedad. Solo tuvo una certeza, y era que, en ese mundo o en otro, en la realidad o en la fantasía, lo quería más que a nada ni a nadie.

El beso acabó con una perezosa lamida a su labio inferior, que ella recogió humedeciéndoselo con los ojos cerrados. El latir de su corazón le taponaba los oídos.

—Esto es lo que pasa cuando no llevas un vestido de tu hermana —le oyó murmurar, con cierto aire desafiante, como si la estuviera retando a volver a ponerse otro.

Luego vino el aliento del aire al pasar por su lado. La cola del perfume masculino, enredándose en sus narinas. El chasquido de la puerta, el pequeño empujón que le dio para salir, y luego, la soledad. La dulce soledad que aprovechó para llevarse las manos a la boca y recordar cómo se respiraba.

9

El momento perfecto no existe

De todos los escenarios que había imaginado... De todas las veces que soñó con ese momento, y de todas las posibilidades que tuvo al alcance de su mano para besarla, tuvo que elegir la peor. Años fantaseando, conspirando, calculando un plan, para plantarle un beso en un maldito baño, estando borracho y cabreado, después de que ella se portara como una cría.

No podía tomarse en serio ni él mismo.

Estaba que trinaba. Llevaba ya cuatro horas encerrado en el despacho, intentando concentrarse en las declaraciones, en los números; llamando a los contactos que Bruno le había brindado y anotando en su agenda todos los compromisos que iban surgiendo… en vano. No había manera física o mental de sacarle de la cabeza que todo se acababa de ir al carajo por su culpa. Besarla en esas circunstancias había ido contra sus principios, y podían llamarle calculador, perfeccionista o a lo mejor romántico, pero no se llevaba reprimiendo desde que tenía uso de razón para plantarle un beso olvidable que podría haber dado a cualquier desconocida en una discoteca.

Se llevó las manos a la cabeza por quinta vez. A esas alturas debía tener el pelo hecho un desastre. Qué más daba. Solo Jesse se atrevería a señalarlo con su acostumbrado descaro: ya lo hizo en cuanto coincidieron en la cocina de los asociados. Aprovechó también para recordarle que Mio le había dado un azote delante de Millstone. *Un jodido azote*. Estuvo escuchando las carcajadas de Jesse hasta bien entrada la mañana, y cada vez que se cruzaron tuvo que reprimir las lágrimas de hilaridad, el muy cabrón. Si no supiera que dentro de lo manipulable que era la pequeña Sandoval, hacía las cosas porque quería, habría estrangulado a ese desgraciado de Miranda por darle ideas. Porque sabía que fue cosa suya que Mio se hubiera acercado a marcar territorio.

Aunque Jesse no era el más importante. El resto de empleados tampoco lo eran; dentro de lo que cabía, le importaba un bledo que lo mirasen sorprendidos por lo que permitió a la nueva en la azotea del hotel Millstone. No entendían por qué no estaba despedida, y, francamente, él tampoco. Seguro que ni ella se lo explicaba, y no era que a Caleb le importase lo que ella estuviese pensando, sobre el azote o sobre el beso. Le era indiferente si aplaudía su impulsividad o se hacía la loca. Estaba tan enfadado consigo mismo que no tenía tiempo para pensar en hojas de dimisión y escándalos.

Dormir cuatro horas con la entrepierna ardiendo no había ayudado. Le duraba la irritación de la noche anterior. Y si solo fuera irritación, podría tolerarlo, pero se mezclaba con una interminable lista de sentimientos contradictorios. Como la desgarradora necesidad de volver a besarla.

No la había estado ignorando toda la mañana para castigarla por su comportamiento, aunque fuese merecido. Ni para evitar murmuraciones. Ni para alimentar su vanidad con las miraditas que Mio le echaba cuando pensaba que no la veía, seguramente preguntándose a qué jugaba. La ignoraba porque estaba avergonzado en todos los sentidos. Avergonzado por no haber controlado el instinto y por no saber apartar a Mio de forma definitiva.

«Nadie te está obligando a estar aquí», había dicho.

Casi se murió de la risa. La risa histriónica de los locos.

A lo mejor no le obligaba con palabras, pero tenía otros métodos. Era más persuasiva de lo que pensaba. Era encantadora a su manera. Era una droga y no podía dejarla. Estaba encadenado a quienes consideraba su familia, y Mio formaba parte de ella. ¿Cómo iba a dejarla a su suerte? Ni siquiera podía imaginarse despidiéndola. Tendrían que hacerlo por él, y Caleb se negaba a delegar tareas tan importantes en las que era un deber dar la cara. Además de que, después de dos semanas viéndola corretear por el pasillo, estrenar faldas e ir a molestarlo por placer, ya no quería volver a su rígida rutina en blanco y negro. Y tampoco quería volver a los tiempos en que no la había besado. A pesar de no haber sido el momento perfecto, llevaba todo el día reviviéndolo y recreándose.

Estaba borracho, pero no lo suficiente para olvidar cómo se sintió su dulce sabor, su piel suave; su conmovedora entrega. Ella lo besó de vuelta con la misma intensidad. Fue por él de manera agresiva. Incluso le mordió. Había abierto una pequeña llaga en el interior de su labio. No dejaba de repasarla por la lengua, muerto por el morbo. Se ponía jodidamente cachondo de pensar en su esbelto cuerpecito apretado contra el suyo, en sus pezones duros, en sus débiles gemidos.

La gran pregunta era qué iba a hacer ahora. Porque al verla de espaldas cerca de la fotocopiadora industrial, lo único que se le ocurrió fue imprimir sus tetas en tamaño folio, separarle las piernas y follársela sin ningún aprecio. Y todas las veces que había entrado en su despacho desde entonces, quedándose unos segundos inmóvil por si mencionaba algo de la noche anterior, pensó que era un demonio por ponerse especialmente *sexy* cuando menos podía soportarla. Iba de secretaria, con una blusa sin mangas, escotada por delante y una falda de talle alto que no pertenecía a Aiko. Y lo sabía porque, aparte de sentarle como un guante, le pilló la etiqueta al hacer su provocativa andada hasta la salida. Si no hubiera tenido tanto autocontrol, se la habría arrancado con la boca.

Estaba volviéndose loco y era su culpa. Él, y solo él, había cerrado un capítulo para abrir otro, y no negaba que se moría de miedo. Si Mio empezaba a comportarse de forma extraña y, de últimas, decidía que no lo quería de esa manera, ¿cómo se presentaría en casa de Aiko I de nuevo? Tendría que renunciar a todo lo que tenía si Mio lo despreciaba. Sería tan doloroso el rechazo que no podría sentarse a su lado y fingir durante las reuniones familiares. Caleb adoraba a los Sandoval porque con ellos se sentía cómodo, él mismo, pero si proponía una relación, Mio aceptaba y al final acababa mal, perdería lo único que le hacía feliz de veras.

Sacudió la cabeza y se centró en marcar bien el número del enfermero que le quedaba para conseguir información relevante. Para colmo de males, los otros tres contactos que Bruno le facilitó no habían servido para nada. Uno de ellos hablaba bien del hospital, el segundo había muerto en las últimas setenta y dos horas a causa de un infarto, y el otro no aportó ninguna prueba.

Todo se estaba hundiendo. El fin del mundo caería sobre él y encima, le pillaría con una erección. Lo nunca visto.

—Buenos días, señor Reyes —saludó en cuanto respondieron a la llamada. Cambió enseguida de registro y se acomodó en la silla, ahuecándose el cuello de la camisa—. Soy Caleb Leighton, abogado de Bruno Marcello. Imagino que no le tomará por sorpresa esta llamada. El caballero le puso al tanto de que me comunicaría con usted.

El enfermero se llamaba Jonas Reyes y tenía ganas de hablar. Después de las correspondientes presentaciones y un intercambio rápido de cortesías sin importancia, Reyes comenzó su relato.

—En realidad no he aceptado la llamada solo para ayudarle con lo que quiera que se traiga entre manos, sino por motivos personales. A mí me despidieron sin finiquito y sin los tres días de antelación, solo por encararme al supervisor por haber vuelto a amañar la elección de jefa de enfermeras.

»Verá, yo nunca he sobresalido como especialista, pero mi mujer era la más trabajadora, y también la única que sabía poner orden cuando los días de urgencias todo se desmadraba. La gente la adoraba, ¿sabe? Nadie dudó en poner su nombre en una papeleta cuando llegó el momento de elegir a la nueva jefa. En realidad es una chorrada, pero le hacía ilusión ascender y, como yo mismo venía sospechando, trucaron los resultados para que saliera la amiguita del director. Y no habría sido para tanto si esa Patrice hubiera sido eficiente, pero en muchos casos ha sido la culpable indirecta de algunos accidentes. Yo no soy un muchacho, tengo ya los cincuenta, pero Patrice es un dinosaurio y no puede supervisar en condiciones el trabajo de los demás...

»Después de eso, mi mujer se vino abajo, y yo empecé a investigar por qué diablos nunca cambiaban a la supervisora. Sigue siendo un hospital privado, si el director quiere colocar a sus familiares, está en su derecho. Pero nada de eso. Y de hecho, descubrí que los puestos de mayor rango los llevan ostentando los mismos desde que entraron hasta esos días. Dos de los cirujanos generales tienen sesenta y ocho años, y uno de cardio pasa los setenta. No sé usted, pero yo no dejaría que me operase una momia con Párkinson. Lo que quiero decirle —continuó, cada vez más agitado—, *es que parece que no ha pasado un inspector por la zona en años. Y es cierto que el porcentaje de vidas salvadas es mayor que el de vidas perdidas, pero si comparas con otros hospitales, este es un cementerio. Eso por no mencionar que las únicas cirugías que salen bien son las que se programan; las que se deben hacer por urgencia, rara vez siguen adelante. Y en cuanto a la organización...*

Alguien tocó a la puerta.

—Espere, señor Reyes —interrumpió, echándose hacia delante. Observó que Mio entraba con toda una serie de casos pendientes. Casi se mareó de pensar en todo lo que tenía que hacer—. Escuche... Ahora mismo debo encargarme de unos asuntos, pero si tuviera un momento libre para venir al bufete y profundizar sobre esto que me cuenta...

—Pues claro que tengo un momento libre, ¿no ve que me despidieron?

—Entonces venga esta misma mañana, o por la tarde; a la hora que le venga bien, no tengo compromisos fuera del despacho. —Echó un vistazo rápido a Mio, que en lugar de salir, se hacía la tonta pululando por las estanterías. Apretó un puño por debajo de la mesa. Quería hablar, maldición—. Hablaremos y perfilaremos su denuncia para que recupere su puesto o en última instancia le paguen lo que le deben. Pregunte por Leighton.

Colgó y apuntó a grandes rasgos la historia de Reyes. Las únicas cirugías que salían bien eran las programadas. No había rotación ni acceso a los puestos de mayor responsabilidad... Y no

había mucho más. Nada más.

Con eso no podía ni empezar.

Apartó el bolígrafo y encaró a Mio, que seguía allí, cerca de la puerta.

—¿Necesitas algo?

—No. ¿Y tú?

Caleb se levantó lentamente, como si un movimiento brusco fuera a asustarla. Examinó a conciencia su expresión, por si acaso encontraba ultraje, o indignación, por no haberla hecho llamar en toda la mañana. Pero Mio estaba como siempre. Quizá un poco nerviosa, mordisqueando su colgante.

Iba a señalarle la puerta con amabilidad, cuando dio un paso torpe hacia delante.

—Bueno, en realidad sí que necesito algo —balbució. Se colocó un mechón de pelo tras la oreja; esa oreja pequeña y de soplillo que a Caleb le llevaba por la calle de la amargura—. Creo que sigues enfadado por lo que pasó ayer, y quiero pedirte perdón. Ya sabes, lo del azote. Lo he estado pensando y me he dado cuenta... Bueno, me di cuenta en el momento, pero ahora es como que he visto la luz, ¿sabes? Y no quería que pensaras que pretendía hacerte quedar mal, o embarrar tu reputación, o quién sabe qué. No sé por qué lo hice, fue un impulso, y... no tiene sentido que siga buscando excusas porque no las hay. Solo dime que lo has olvidado y que no debo darle más importancia.

Caleb relajó los hombros. Podía echarle otro sermón, pero no era ni su padre —ni pretendía serlo; era lo que le faltaba—, ni Mio funcionaba a través de reprimendas. Por desgracia, lo único que Mio entendía era que le gritasen y se enfadaran con ella, y no tenía fuerzas para eso.

—No sé de qué estás hablando —respondió con sutileza.

Ella pareció perder el hilo un segundo.

—¿Cómo? ¿No te acuerdas de nada? Jesse dijo que ibas borracho, p-pero no imaginaba que sería para tanto, y... —Cogió una bocanada de aire y lo expulsó después de abrazarse a los hombros. Al mirarlo a los ojos, parecía a punto de llorar—. Supongo que es bueno que no recuerdes eso, aunque...

—Era un decir, Mio. Me has pedido que dijera que lo había olvidado y eso he hecho. Claro que me acuerdo.

—¿De todo? —preguntó con timidez—. ¿Lo de después del azote... también?

Caleb disimuló la tensión manteniendo un gesto inescrutable. Solo asintió con la cabeza, esperando de corazón que no pretendiera continuar la conversación. Pero como siempre solía pasar, Mio tuvo que tirar de la manta.

—¿Por eso estás distante conmigo? ¿Por... lo que pasó?

—¿Distante? —repitió para ganar tiempo. Caleb lanzó un vistazo anhelante a la puerta cerrada. ¿Por qué no podía estar más cerca?

—De seis veces que nos hemos cruzado esta mañana, solo me has mirado una vez, y fue para darme los buenos días con un gesto de cabeza. No me has hecho llamar para traerte los informes cuando ayer me dijiste que los querías a las diez, y he aparecido a las once y media y no te has enfadado... ¿Es por eso, es porque me besaste? Y te besé, claro. Nos besamos.

«Y te *besaría* otra vez; añade esa conjugación».

Intentó sonar razonable al responder.

—Este no es lugar para discutir algo como eso.

—¿Y cuál es el lugar adecuado?

Mio dio una vuelta sobre sí misma, buscando algo en la habitación. Acabó señalando un armario.

—¿Qué tal ahí?

Caleb abrió la boca para contestar, pero Mio se adelantó y tiró de su chaqueta para meterlo en el interior. El armario estaba vacío porque lo adquirió hacía poco tiempo y aún tenía que levantar las baldas para el archivo, así que cupo sin ningún problema. Y ella también, aunque mucho más cerca de lo que le habría convenido. Quizá debiera haber comprado el grande, no el tamaño medio…

—No sé si me simpatiza meterme contigo en un armario.

—Espero que no sea por las connotaciones *gay*, no tienes derecho a tomártelo como un insulto. Como sea… Aquí seguro que no nos oyen. ¿Y bien? —insistió, mirándolo desde abajo—. ¿Es que... te arrepientes?

Controló la risa histérica a tiempo. Que si se arrepentía... Era una pregunta mucho más compleja de lo que ella podría imaginar. O comprender. Hasta él se perdía por la cantidad de direcciones en las que iban sus pensamientos, por la contradicción emocional en la que vivía. Sí que se arrepentía de haberlo hecho, porque lo hizo mal. Lo hizo rápido y se largó después. Porque no era así como quería que surgiera. Pero Mio no preguntaba por las circunstancias del beso, ni tampoco por el beso en sí mismo, sino por lo que significaba. Y a esa pregunta solo se podía dar una respuesta.

—No.

—Ah, vale —murmuró. Miró a un lado, a otro... Se miró las manos, y luego a él. Estaba tan nerviosa que no podía dejar de moverse, y era contagioso—. Bien. Me alegro. Yo tampoco.

Caleb tragó saliva muy despacio, como si eso fuera a ponerle el corazón en su lugar.

—Vale.

—Entonces no te parece que haya sido un error —siguió, aguantando su mirada con pánico. Mio temía a su respuesta tanto como él temía a la verdad oculta tras sus propios recelos. Claro que era un error, se decía, pero detrás del error estaba la bienvenida—. Ni me vas a decir que lo hiciste porque estabas borracho, o porque te aburrías... O porque querías darme una lección.

—Tienes que dejar de leerte los libros de Aiko. Los hombres reales no justificamos nuestros actos en gilipolleces.

—¿Y en qué los justificáis?

—En este caso… En que queremos hacerlo.

Después de soltarlo, intentó respirar sin llenarse los pulmones del perfume de Mio. Imposible. Ya debía habérsele pegado a la chaqueta, a la camisa y a la piel.

«Nos justificamos en que queremos hacerlo». Era una media verdad. Porque en realidad se justificaba en que la quería, la necesitaba, estaba loco por su boca y se moría con cada pintalabios que sacaba.

—¿Te gusto? —preguntó de golpe. Caleb por poco retrocedió—. Quiero decir... No te pregunto si te gusto *gusto*, si te gusto *en serio*, como para que me añadas como contacto en WhatsApp con

un nombre romántico o para que me lleves a tu casa y me enseñes a usar la vitrocerámica, sino como... un cuerpo. Ya sabes, si te gusto como para que me des otro beso.

»Bueno, espera, me he precipitado. Vayamos por partes. —Inspiró, levantó el pecho hacia el techo, y lo miró con decisión—. No te arrepientes ni ha sido un error, pero ¿te gustó el beso?

«Casi me corro encima, nada del otro mundo».

—No estuvo mal —respondió con desenfado—. Sí, me gustó.

—Vale... —Carraspeó. La vio entrelazar los dedos de las manos y dejarlos en el regazo, como si fuera a dar un discurso político—. ¿Te suelen gustar normalmente los besos de la gente? Me explico: hay muchos hombres a los que les da igual a quién besar, o con quién meterse en la cama, y no es que quiera ofenderte sugiriendo que eres uno de ellos, pero me gustaría estar segura de que no vas por ahí tirándote a cualquiera.

Caleb se sentía como si estuvieran haciéndole un *test* con preguntas trampa.

—No, no me tiro a cualquiera. Soy bastante exquisito en ese aspecto.

—Vale. Y ahora: ¿te gusto? —repitió. Abrió la puerta del armario para que entrara más luz, y se puso una mano en la cadera. Con la otra se tocó el vientre plano y la cadera. Al rozarse un pecho, Caleb contuvo el aliento—. Esto, digo. No hablo de mi personalidad, sino de... pues eso. Todo lo que estás viendo.

«Nena, me gusta sobre todo lo que no se te ve. Puedes interpretarlo como quieras».

—Sí.

—Podrías mostrar un poco de entusiasmo —protestó. Se arrepintió enseguida, cambiando el ceño fruncido por un rubor adorable que le prendió las pecas como pequeñas bengalas—. Da igual, p-perdón, encima que te estoy robando tiempo de trabajo... Pues es que he estado pensando en el beso porque como dices... No estuvo mal, fue bien. —Asintió repetidas veces con la mirada perdida, intentando convencerse de algo—. Y creo que deberíamos hacerlo más a menudo, ¿sabes? No en el trabajo, claro, pero... Ser amigos, casi familiares y también compañeros de trabajo, y luego acostarnos. O sea, no suena mal, ¿no? —continuó, hablando cada vez más rápido —. Porque si yo te gusto y tú me gustas, porque en fin, estás muy bueno, eh... Creo que podría funcionar, tú me entiendes.

»Me estoy explicando fatal —gimoteó—. Solo quería que supieras que si te apetece repetir, pues... Yo ando por aquí. De ocho a una y de cuatro a siete —puntualizó. Caleb abrió la boca, solo para exteriorizar su asombro. Ella se apresuró a cubrírsela con una mano—. ¡No digas nada todavía! Tienes *tooooodo* el día para pensarlo, no hace falta que me respondas ahora mismo. Tú solo... medítalo, ¿vale?

Mio sonrió con el miedo grabado en los ojos y empujó la puerta del armario entornado. Se pasó la mano por la mejilla, dudosa, y antes de salir decidió robarle un beso en los labios a Caleb. Rápido, casto y también suave... Él cerró los ojos involuntariamente, deseando que se quedara un poco más porque estaba demasiado en *shock* para retenerla y prolongarlo tanto como quería. Y, como si ella le hubiera leído el pensamiento, permaneció allí quieta, con los brazos apretados contra el pecho y las bocas juntas esperando nueva orden. Se separó con la misma torpeza con la que se había acercado, y se escabulló antes de que Caleb pudiera decir nada.

Estaba loca. Como una cabra. Desquiciada. Demente. Desequilibrada. Chiflada. Majara. Perturbada. Tarada. Había perdido la cabeza. La chaveta. Estaba mal de la azotea. ¿Cuántos más sinónimos existían para resumir que el dios de los lunáticos había vuelto a elegirla para profetizar sus credos? Por el amor al cielo, ¿cuánto más tiempo tendría que permanecer bajo su mando? Porque sugerirle a Caleb que empezasen a acostarse como quien no quería la cosa había sido excesivo incluso para ella.

Se suponía que el hecho de haber trazado el plan la eximiría de remordimientos, pero todo lo contrario. Eso solo reafirmaba que estaba aún peor de la cabeza de lo que pensaba. Había entrado en el despacho de Caleb muy convencida de que, si él se acordaba y no se arrepentía, se plantaría y le pediría ser su conejillo de indias en el noble arte del sexo sin compromiso. Mio nunca había hecho eso, y si era cierto que Caleb no repetía —tal y como Jesse aseguraba—, probablemente tampoco. Vamos, que eran los dos marineros a la deriva del barco del amor... Solo que sin amor. Bueno, sí había amor, pero solo por su parte. Ella soplaba sobre las velas para que anduviese.

Metáforas aparte... No le pareció tan estúpido cuando intrigaba sobre las instancias que quedaban por redactar. Parecía lógico y todo. Dos personas que se atraían, se acostaban. Uno más uno, dos. Pero cuando tuvo que ponerle voz, lo único que hizo fue chapurrear tonterías, y Caleb se puso tan tenso que solo pudo salir corriendo.

¿En qué estaba pensando? Nunca pensó que se dejaría llevar por sus necesidades primarias para destrozar del todo su relación con Caleb. Estaba convencida de que, en cuanto se cruzaran en la oficina —y ocurriría muchas veces, porque quedaban horas y horas de jornada—, Caleb le metería el sobre con el finiquito en el bolso. Muy merecidamente. Una cosa era divulgar rumores, y otra cosa hacerlos realidad. Aunque si Cal se ponía obtuso, podría apelar a eso. «Lo dije porque si confirmábamos el rumor, ya no tendríamos el peso de estar mintiendo encima».

—¿Te encuentras bien? —preguntó Julie, poniéndole una mano en la espalda—. ¿Necesitas ayuda con la cafetera? A veces no va y hay que darle un par de golpecitos en la base.

Ella sí que necesitaba un par de golpecitos en la base.

Se giró para agradecerle a Julie que se pusiera a cargo de la dichosa máquina. No asimiló que era realmente Julie, Julissa Janet Jones, la mujer que empujó a los brazos de Caleb, hasta que intercambió una mirada con ella. Por lo que pudo entender a simple vista, todo apuntaba a que presenció el azote y lo que vino después: Caleb arrastrándola a un baño del que salió con los labios pintados.

—Lo siento muchísimo —murmuró, sin saber qué otra cosa decir. Julie pareció sorprendida al principio, pero enseguida se repuso y sonrió con afectación.

—No pasa nada. En realidad no iba a hacerte caso, reconozco a un hombre interesado cuando lo veo, y aunque a Leighton se le dé bien fingir... Contigo no le sale tan bien. Me alegro por vosotros.

Julie se marchó antes de que Mio dijera nada, desmintiendo el mito urbano de que las mujeres competían entre ellas. Por supuesto que debían existir algunas que sí lo hicieran; de algo habrían sacado el estereotipo de las comedias románticas que le habían freído el cerebro, tanto a ella como a su hermana... Pero Julie no formaba parte del club, y por el momento no se había topado con ninguna. Tal vez eso fuera madurar. No, tal vez no. *Era madurar*, sin condicionales: aceptar la derrota con deportividad, sin comportamientos infantiles, ni azotes, ni historias falsas de por medio, y seguir adelante con dignidad. Ya podría ella tomar nota.

Mio se hizo bola en una esquina de la cocina y se bebió el café a sorbitos. Seguía sin gustarle, no sabía por qué diablos lo tomaba. Por moda, suponía. Porque la ayudaba a mantenerse despierta. Porque era mucho mejor eso que encontrarse con Caleb, y ese espacio estaba reservado a los pasantes y asociados, por mucho que Julie se colara para birlarles la miel y hacer vida social.

No se movió de allí hasta que la avisaron de que su teléfono estaba sonando. Después de eso, estuvo yendo por el bufete como un alma en pena, trasladando tochos de folios a un despacho y a otro, ayudando a restaurar el sistema de un ordenador —hacía falta, y con urgencia, un especialista informático—, conversando con el único secretario masculino que había en toda la firma, y... En general, permitiendo que el inminente final de su relación con Caleb la carcomiese, porque era evidente que llegaría. Un hombre que había estado enamorado de Aiko, que se había acostado con alguien maduro e inteligente como Julie y que era amigo y amante de Natasha Markham, una de las mujeres más guapas del mundo, no perdería su tiempo con ella. Era pura lógica. Los hombres atractivos se juntaban con sus equivalentes atractivos, y de ahí solo surgían personas más atractivas, solo había que mirar a la familia Kravitz, o a los Pitt-Jolie.

Dos palabras para definir aquella horrible media mañana: desbarajuste emocional. Hasta que llegó un correo a su bandeja de entrada y por poco escupió el corazón.

De: Caleb Leighton
Para: Mio Sandoval
Asunto: *Urgente*
Ven a la sala de reuniones.

¿A la sala de reuniones? ¿De verdad iban a tratarlo con tanta diplomacia? Prefería que escribiera «NO» en una esquina de papel y la pasara por debajo de su puerta, o que mandara a Jesse a hacer el rechazo más llevadero. Mio no era una de esas personas que se indignaban si no terminaban con ellas en condiciones —mirándolas a la cara y siendo honestos—: le parecía bien cualquier medio. Pero no podía pedirle a Caleb que fuera un infantil simplemente poniendo el pulgar hacia abajo, como si fuera el jurado de una pelea de gladiadores en época romana. Era Caleb. Se marcaría un discurso sobre las responsabilidades con la familia, la madurez y todos esos tópicos que se notaba que eran sus preferidos, y luego le diría que no.

Un no tajante.

Mio se dirigió allí como si fuese un cerdo camino al matadero. La comparación no iba tan lejos. Sudaba daba como uno, y sin duda la mataría. Ya vivió un rechazo de Caleb: «no, Mio, no me quieres». Claro, como si él pudiera saber lo que había o no en su corazón. De todos modos, ese fue soportable porque estaba borracha, lo había cabreado y... en fin, a lo mejor intentaba usar la terapia de la repetición o cualquier otra aplicación psicológica para convencerla de que no estaba enamorada para facilitarle el proceso de olvido.

«Bueno, chico, pues no te salió muy bien».

El caso era que no podría vivir otra negativa, y menos mirándolo a la cara.

Cuando llegó, observó que no estaba solo. Aparte de que a Caleb siempre le acompañase la belleza sobrenatural, el atractivo demoledor y el macizorrismo en general, un hombre de mediana edad tomaba asiento frente a él. Mio estaba tan nerviosa que le dio cientos de locas

interpretaciones al momento: el hombre era el abogado que expediría el contrato de confidencialidad en el que pondría, claramente, que no podía comportarse como una estúpida. Quizá hubiera otra cláusula específica de cosas que *no* harían en la cama, y se preguntó qué disgustaría a Caleb en ese aspecto. ¿Qué opinión tendría sobre las cuerdas y el sadomasoquismo? Su fijación (mutua) por los azotes debía tener algún trasfondo. Tal vez le iba jugar duro… De ser así, estaba preparada para recibir al señor Grey en cualquier aspecto, y en cualquier orificio.

Si no, a lo mejor el hombre estaba incluido en el acuerdo de sexo sin compromiso. ¿Le irían los tríos a Caleb? ¿Le gustaría verlo con otro tío en faena? Sí, claro que sí, aunque lo prefería para ella sola. Para empezar, al menos. Luego que hiciera lo que quisiera. El tipo no era muy guapo, pero a nadie le disgustaba un latino. Increíble mezcla de culturas, la descendiente japonesa en medio de un canadiense y un colombiano —por decir algo— haciendo un sándwich perfecto.

—Sandoval, siéntese aquí —dijo Caleb, mirándola con cara de «qué coño haces ahí parada».

Mio obedeció.

«Sandoval, siéntese aquí». Su apellido no era el más bonito del mundo, y no le gustaba que la llamaran así porque le recordaba a ese profesor de laboratorio que no paraba de mirarle las piernas. En Caleb, como pasaba con todo, sonaba distinto. Severo y sexy. Si no hubiera un desconocido mirando, se habría sentado en su regazo.

«Ups... Culpa tuya, haber especificado qué es eso de *aquí*».

—Este es Jonas Reyes, antiguo enfermero de Kendall West Hospital. Voy a tomarle declaración respecto a nuestro caso —explicó. Le alargó un MacBook Air y levantó la tapa—. Intenta anotar todo lo que diga, lo consideres importante o no.

—¿Y por qué no ponemos la grabadora?

Enseguida se arrepintió. No debía discutir sus órdenes, ¿no? O de lo contrario se consideraría osadía... Claro que no era nada nuevo, Mio era osada todo el tiempo, tendría que estar acostumbrado.

—Porque no tengo tiempo y se pierde mucho más escuchando un audio de media hora que leyendo una declaración —respondió sin mirarla—. No interrumpa y teclee.

Mio obedeció mordiéndose el labio. Saludó al señor Reyes con un asentimiento de cabeza, aunque el hombre insistió en estrecharle la mano, y clavó los ojos en la pantalla. No se podía ser más tonta. Ella pensando en contratos sádicos y el hombre estaba allí por el hospital. Y Caleb la había llamado por el hospital, igual que la incluyó en el caso para que este no peligrase, no porque le interesara su ayuda. Debía tener eso muy presente.

Aunque entendía su perseverancia y seriedad como algo bueno, una parte de ella se rebelaba ante el asunto. Primero, porque no se lo contaba a Aiko por los aspectos turbios que había detrás. No le gustaba mentir a su hermana. Y en segundo lugar, porque le recordaba que ella no era tan importante. Esto lo tenía tan interiorizado que ni dolía, pero a veces se ponía melancólica. Darse cuenta de que nada era tan importante para ella como Caleb, mientras que Caleb estaba inmerso en cientos de cosas mucho más interesantes y necesarias en su día a día que una loca con nombre de pila raro, no era plato de buen gusto. Sus prioridades no coincidían, porque el mundo de Caleb era amplio, lleno de detalles, personas y responsabilidades, y el mundo de Mio… era Caleb.

Aun y con todo, eso seguía sin ser lo problemático. En toda relación había siempre uno que quería más. Lo que le dio que pensar fue que todo el mundo tenía su interés, su vocación, su forma de vida, y ella... Ella iba dando tumbos, enamorándose cada día de una afición distinta

para, al final, no sentir verdadera pasión al desempeñarla. Intentaba poner en práctica sus famosos bloqueos mentales cada vez que las dudas le asaltaban, y así se convencía de que todo estaba bien… Pero cuando Caleb estaba cerca, sus murallas saltaban por los aires: tan poco le costaba enviarla de cabeza a las dudas sentimentales. Cal era única certeza que tenía, lo único que la apasionaba; a su lado todo empequeñecía. Por eso era el medidor, lo que determinaba si una afición o una relación eran tan valiosas como se planteaba al principio. Imaginaba que por eso acababa dejándolo todo y a todos, porque comparado con Caleb, nada era tan importante, o interesante, o curioso.

¿Por qué no podía ser como los demás? Aiko amaba el Derecho, Caleb amaba el Derecho, Jesse amaba el Derecho, Marc amaba el Derecho —o por lo menos se amaba a sí mismo—... Y ella amaba a Caleb. Se había visto en el espejo al volver a casa después del beso, y tenía la misma expresión de ilusión y felicidad que llenaba a su hermana cuando ganaba un caso. Pero Caleb no podía ser su vocación. Debía encontrar algo que la emocionase tanto como un beso suyo.

Estaba perdida en sus pensamientos cuando se percató de que Reyes ya había empezado a hablar. Sacudió la cabeza y se puso a teclear, alegrándose como nunca de haber tomado aquel curso de máquina de escribir.

El tipo hablaba tan rápido como Jesse.

—Si lo que necesitas es más gente para notificar movimientos raros, no podré conseguirte mucha porque me largué dando un portazo, pero por lo menos podría conseguirte a un par. Yo estaba muy pendiente de mi trabajo, por eso no me coscaba de lo que pasaba dentro o fuera, y si echo la vista atrás... Me doy cuenta de que eran pocas cosas las que se reportaban.

»Una mujer vino a quejarse durante mi turno porque el recepcionista le había insistido en que no tenían hoja de reclamaciones, cuando casi todos los hospitales cuentan con su apartado de quejas. Estaba como loca, no dejaba de repetir que iría al tribunal a presentar una denuncia formal. No volví a saber de ella, supongo que porque el propietario se hizo cargo y la convenció de olvidarse. Por lo que sé, eso sucedió unas cuantas veces. Mi mujer me contó algo similar, y un par de colegas de entonces también tuvieron que aplacar varias protestas. Oí por ahí que el encargado les indemnizaba económicamente a cambio de, ya sabe...

—Soborno —acotó Caleb.

—Puede ser. Aparte, creo que es un hospital bastante apático, que no tiene realmente el deseo de ayudar a los demás. Un día que uno de los auxiliares de ambulancia enfermó, me pusieron detrás con todo el equipo. Fue una noche movida porque nos llamaron dos veces, pero la segunda... Nos quedamos sin gasolina a un par de cuadras del hospital. El paciente iba a morirse si no llegaba pronto, así que me asusté y decidí llevarlo yo mismo.

»Sé que fui contra las reglas y que es peligroso sacar a un hombre herido en camilla y trasladarlo por dos calles hasta urgencias, pero de no haber sido por mí, habría muerto. Por eso me inhabilitaron durante dos semanas —recordó con amargura—. ¡A mí, y no al que no revisó el tanque de gasolina, ni al que tardó diez minutos en llamar a otra ambulancia para transportarlo!

Mio se fijó en que Caleb no anotaba nada, a diferencia de Aiko. Había ido varias veces con su hermana a hacer interrogatorios y charlar con los clientes para hacerse una idea de cómo era el trabajo, y la había visto anotar palabras concretas, unirlas y sacar conclusiones mirando el papel, además de sus famosas pegatinas. Caleb debía hacer lo mismo, solo que mentalmente. Su

hermana era un genio deduciendo a partir de cuatro garabatos, y él casi que se estudiaba de memoria la conversación... Y luego estaba ella, que iba a una habitación en busca de algo y se olvidaba de qué era al llegar. Hasta hacía listas de la compra cuando solo necesitaba pienso para el pájaro y un *brik* de leche.

«Ya vale con la autocompasión, tampoco eres un monstruo. Siempre podría ser peor».

La conversación duró menos de lo que pensaba, pero fue interesante... para Caleb. A Mio le parecían una serie de quejas hacia una institución que lo había echado de mala manera, exageradas adrede para quedar como la víctima. Y quizás lo fuese, pero le dio la sensación de que como prueba le quedaba mucho que madurar: solo eran datos inconexos que Caleb intentaba cuadrar en su cabeza, o eso dedujo Mio al escrutar su rostro en busca de un veredicto.

Después de hablar de generalidades, se metieron en las singularidades del trato a Reyes como trabajador, y al motivo de su despido. Mio dejó de teclear y escuchó intentando poner toda su atención, pero le pasó como en la universidad: atendía forzando una ilusión que no sentía, porque aquello no le daba ninguna curiosidad, y al final no captaba ni la mitad de la exposición. Se dijo que debía ser porque el caso concreto de Reyes y su despido improcedente no era el más interesante, y que cuando tuviera uno para ella menos simple, se motivaría y sacaría a la abogada que llevaba dentro.

Cuarenta y cinco minutos después, con el culo acarpetado y unas tremendas ganas de echarse a dormir, se levantaron, despidieron y volvieron a sus puestos. Caleb le hizo una señal para que lo siguiera al despacho, seguro que para echarle la bronca por haberle vacilado delante del cliente.

«Mio, no es tan difícil callarse un ratito».

Suspiró y cerró la puerta tras ella al entrar. Caleb se acomodó en el asiento, señal de que las recriminaciones irían para largo. Ahora que lo pensaba, a lo mejor había bostezado un par de veces durante la charla...

—Ahora revisaré lo que has escrito. Espero que no haya nada raro.

—Eso espero yo también.

Caleb se quedó en silencio un momento.

—Mio, tienes que entender que esto... —Hizo un gesto para abarcar la distancia que los separaba—, es importante para mí. No puedo permitir que fracase, porque todo lo que lo rodea, lo que *nos rodea*, es lo único que hay de valor en mi vida.

—Lo sé, lo entiendo. Lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

—Pues vas a tener que hacerlo mejor que eso. Mucho mejor. Porque no voy a tolerar un solo comportamiento infantil. Tú lo propusiste, tú te has ofrecido: ahora no puedes cambiar de opinión, ¿entiendes?

Mio asintió muy rápido.

—Perfectamente. Lo hago porque me importas, y eso no va a cambiar nunca.

—Te lo repito: tienes que estar muy segura. Hay muchas cosas en juego que serán irrecuperables si se jode. Y digo «si se jode» y no «si lo jodes» porque sé que yo también podría equivocarme en un momento dado. No soy la persona del año, ni el hombre perfecto. Ten por seguro que si hiciera algo mal, asumiría mi error y te pediría disculpas.

—Claro, yo también. Se me da bien pedir perdón.

—Desde luego. Pero no se trata de ser bueno con las disculpas, sino de evitar las situaciones en las que hay que pedirlas.

—Sí, tienes razón.

Silencio. Apartó la silla del borde del escritorio y se puso de pie, sin dejar de mirarla. Mio se sintió extraña siendo objeto de esa mirada tan intensa, llena de todas las esperanzas que nunca habían depositado en ella por ser incapaz de cumplirlas. La melodía roquera que venía del despacho de Jesse le dio un toque casi humorístico a la situación.

—Da igual que la gente sospeche —continuó. Se acercó a ella paso a paso, tensando el aire—, no vas a ir gritándolo a los cuatro vientos. No quiero que Aiko lo sepa.

—Ya, no se lo he contado. Puedes confiar en mí.

—No voy a permitir que me mandes a la mierda cuando te dé la gana. La primera vez que lo hagas o me conviertas en la causa de tus escándalos o tus frustraciones, me largaré sin mirar atrás. ¿Ha quedado claro?

—Sí, me ha quedado claro. Lo que no entiendo es qué tiene que ver esto con el caso del hospital. Parece un ultimátum, o un aviso... ¿No habíamos hablado ya de esto cuando lo descubrí?

Caleb frunció el ceño.

—¿A qué viene lo de...?

Se cortó él mismo, como si acabara de darse cuenta de algo importante.

—Ah. Creías que estaba hablando del caso.

—De eso iba el discurso, ¿no? —preguntó, confusa.

—Sí, sí, claro. Estaba hablando del caso —accedió enseguida. Se rascó la nuca, visiblemente confundido. La falta de seguridad le duró una fracción de segundo. Solo poniendo recta la espalda recuperó el talante severo y firme—. También quería hablarte de lo que me has dicho esta mañana en el armario.

Mio sintió que se mareaba. Miró de reojo la puerta; estaba mucho más lejos que Caleb, así que si intentaba huir de sus decisiones, él la agarraría. No le gustaba que lo dejasen con la palabra en la boca.

—Sobre eso... —balbució, mirándolo con horror—. Puede que me precipitara y... No es que haya mentido, porque pienso todo lo que dije, y sobre todo, siento todo lo que dije, pero... A lo m-mejor no es conveniente.

La mirada de Caleb se oscureció.

—¿Te estás echando atrás?

Esperanza. El tono entre duro y vacilante de Cal le dio esperanza.

—Depende. Si me vas a decir que no, sí.

La mueca que compuso, se la arrebató tan rápido como la sintió.

—¿Qué infantilería es esa? Si haces una propuesta de ese tipo, se supone que es porque estás preparada para el rechazo, igual que para la aceptación. No sé de qué me sorprendo —bufó—. Mio Sandoval cambiando de opinión en el mismo día.

»¿Cuánto te ha durado la convicción de que me quieres para ti? —Echó un vistazo desganado al reloj de pared sobre sus cabezas—. Unas... cuatro horas y media. Creo que has marcado un nuevo récord.

—No he cambiado de opinión —replicó, apretando los puños—. Pero no quiero que me rechaces y sé que es lo que vas a hacer, así que tengo el deber de proteger mi dignidad. Que no tengo mucho de eso, ya veo venir que esa iba a ser tu respuesta...

—Ah, ¿sí? ¿Esa iba a ser mi respuesta? ¿Suelo denigrarte muy a menudo por no tener dignidad, Mio? Porque no me acuerdo de una sola vez en la que te haya animado a pensar que no mereces la pena.

—¿Y qué hay de la noche en que viniste a por mí al bar, cuando suspendí el examen?

—¿Ahí te estaba denigrando? Creo que te cuesta mucho diferenciar entre que te insulten y te digan las cosas como son. Si te pareció denigrante que te soltara que esos tipos pretendían violarte y te estabas exponiendo sacándote las bragas en un local, debe ser porque tu actitud contigo misma era, en efecto, denigrante, y no te diste cuenta hasta que te lo señalé. Yo me cabreo porque me pones en ridículo o te valoras poco, pero no te he faltado el respeto en la vida. Y no voy a permitir que lo pienses, porque es injusto, y es falso.

Mio se mordió el labio. Más que mosqueado por la acusación, parecía dolido. Incrédulo, como si no se lo creyera.

—Vale, lo siento…

—No, no quiero que me digas que «vale» o que lo sientes. ¿Eso es lo que piensas de mí?

—No. O sea, no eres la persona más agradable del mundo, pero porque no eres una persona agradable a secas. No pienso que me trates mal, ni que no merezca que me pares los pies cuando estoy haciendo una estupidez. Solo quiero que entiendas mi postura. Tu rechazo sería lo que me faltaba y debo protegerme.

—Y si tan segura estabas de que te iba a rechazar, ¿para qué propones nada?

—¿Por qué no dejas de alargar esta agonía y me dices que no? Así podré irme a casa tranquilamente.

El semblante de Caleb se endureció, lo que ella se tomó como una forma de obligarla a responder.

—Lo propuse porque tenía que arriesgarme, ¿vale? Pensé que merecía la pena después de que tomaras la iniciativa la otra noche. Pero luego me acordé de que te acuestas con modelos de *Victoria's Secret* y que nunca repites y pensé que no había tenido en cuenta tus preferencias, ni tu forma de vida. Me pudo la ilusión y luego recordé que un beso no hace magia, ni cambia a las personas.

—Entonces te estás echando atrás —resumió secamente.

—¿Qué quieres? ¿Que me arrodille y te lo repita suplicando? Te he hecho una pregunta y sigues sin responder, y ahora te enfadas porque quiero retirarlo antes de que me digas «lo siento, eres muy poco para mí».

—¿Que eres muy poco para mí? ¿De verdad crees que me tengo en tan alto concepto?

«Más bien yo me tengo en bajo concepto».

Apretó los puños, el estómago, los labios y todo lo que se podía crispar de tensión, y luego se relajó para soltarlo de nuevo.

Mio lo miró directamente a los ojos.

—¿Quieres estar conmigo, o no?

—¿Cuánto tiempo va a estar disponible la oferta antes de que vuelvas a retirarla? ¿Quince minutos?

—Toda la vida desde luego que no, ya bastante tiempo te he esperado —respondió en tono marchito—. Vamos, no es tan difícil decir que sí o que no.

—Por fin estamos de acuerdo en algo, tú y yo. Es tan fácil como saber si sí o si no. ¿Tú estás segura de que esto es lo que quieres, o lo dices porque te gustó el beso como podría haberte gustado besar a Jesse, a Ronnie o a cualquier otro?

A Mio le entró la risa tonta.

¿Qué si estaba segura? Era como preguntarle a Garfield si le gustaba la lasaña, o a *La Bella Durmiente* si quería seguir en la cama cinco minutitos más, o a Otto si aprovecharía los descuentos en *Jimmy Choo* para comprarse dos pares de zapatos por el precio de uno. La segunda pregunta era más concreta, y Mio estaba dispuesta a decir la verdad: que aunque el beso hubiera sido una basura, lo habría elegido a él. Pero Caleb pareció arrepentirse de su curiosidad, porque la interrumpió antes de que pudiera decir nada.

—Sí quiero estar contigo.

Mio dejó de reírse y lo miró como si... Como si nada, no había comparación disponible en esos momentos. Su cabeza era una hoja en blanco.

—¿Qué? ¿Has dicho que sí?

—Sí. Y, si quieres, lo digo otra vez.

«Por favor y gracias».

—Has dicho... que sí —balbució. Dio un paso hacia atrás, sintiéndose de repente demasiado pequeña y torpe como para estar delante de un hombre enorme—. ¿Y qué significa eso? ¿Qué vamos a hacer ahora?

Caleb metió las manos en los bolsillos del pantalón y la miró sin agachar la cabeza, entornando los ojos. Aun siendo una fina línea verde, la atravesaron con su intensidad.

—Hay muchísimas opciones. Es cuestión de explorarlas y elegir la que más nos guste para empezar.

Mio siguió retrocediendo. Había dicho que sí. Sí. Sí a ser… *follamigos*, *besamantes*, novios de la noche, aliados del placer. Miles de sobrenombres para llegar a una sola verdad: lo tenía para ella sola. *Por fin*. Tanto tiempo esperando, tantos años, casi dos décadas soñando, envenenándose con fantasías, poniendo su cara a otros. Y, de repente, ya estaba.

Piernas largas y fuertes, cintura estrecha, hombros amplios y espalda ancha. Solo un pie suyo era tres veces el de ella. Un metro noventa y cinco de piel morena y ojazos verdes. Un hombre que sabía lo que hacía, *sexy* y seguro de sí mismo…

Para ella.

«Joder».

—¿Así de fácil? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Esperabas trámites burocráticos? ¿Resistencia por mi parte?

—Un poco de lo segundo, la verdad.

Él sonrió en un gesto de superioridad terriblemente erótico que conjugaba a su vez la rendición. Su corazón latió desaforado.

—La verdad es que para mí ya es bastante difícil, pero si quieres complicarlo vas a tener que poner tú los obstáculos. Por ahora...

Caminó hacia ella, decidido.

Mio se tropezó intentando llegar a la puerta al escapar.

—Por ahora, ¿qué?

—Tendremos que cerrar el pacto en condiciones, ¿no?

—¿Qué? ¿Cómo que «cerrar el pacto»? Que esto no es la guerra de los treinta años… Es muy precipitado. Yo...

Le sudaban tanto las palmas que no podía agarrar el pomo para abrirla.

—No estoy preparada ahora mismo para que me toques. Antes debo...

«Confesarme. Gritar un poco. Correr y saltar. Y depilarme, claro, sobre todo depilarme».

—Debo pensar.

—¿Pensar?

—Sí, pensar un poco. Tú también deberías hacerlo. —Lo señaló con un dedo tembloroso. Dio un respingo al ver que se acercaba—. Eh, quieto *parao* ahí. —Puso la mano abierta delante de sus narices. Caleb sonrió; al muy simplón le hacía gracia que le saliera el acento andaluz de su abuelo paterno—. Que ahora seamos lo que somos no significa que vaya a ser cuando y como tú quieras... Me tienes que respetar.

—Yo te respeto —murmuró él, con cierto deje erótico. Pasó un dedo por el lateral de su cuello, arrancándole un gemido de placer—. Te respeto profundamente.

Mio carraspeó.

—Pues haz que lo parezca. Si crees que esto va a ser como cogerme de la mano y llevarme a tu casa, y... ponerte a lo tuyo, pues no. Yo necesito que me preparen un poco, no puedo ir ahí a lo loco...

Dejó de hablar cuando Caleb le puso un dedo en el primer botón cerrado del escote. Todas sus alarmas saltaron al notar cómo lo desabrochaba.

—Ay, Dios, ¡que no hagas eso! Necesito... Necesito estar tranquila y relajada, ahora voy a vomitarte encima, así que aléjate de mí.

Caleb se mordió el labio, seguramente para no reírse en su cara.

—¿Qué significa eso? ¿Tengo que esperar a que te acerques tú?

—No. Significa que no te lo voy a poner fácil. Yo necesito que me cortejen un poquito, que me hagan querer meterme en la cama, no que me tiren de las bragas en medio de la sala de reuniones.

«Pero ¿qué coño dices? ¡Si llevas metida en su cama diez años, aunque fuera mentalmente! ¡Te sabes de memoria todos sus juegos de sábanas ficticios!»

—Entiendo.

—Pues eso. Seducción, como en los libros. Espontaneidad, gestos bonitos... —Movió la mano —. Todo eso.

Caleb chasqueó la lengua.

—Y yo que pensaba que me propusiste esto porque te da igual cómo, cuándo y dónde te desnude... Qué crédulo soy.

Mio se planteó, con toda seriedad, sacarse la blusa como Lobezno, de un tirón brusco y con un grito liberador, y tirarse encima de él con las piernas abiertas. Pero no lo hizo, porque seguía viéndose capaz de vomitar de tan nerviosa que estaba.

Histérica. Más que nunca.

Había dicho que sí. No necesitaba un beso para creerlo, sino un buen puñetazo.

Había dicho que sí.

Sí. *Sí.*

Por fin consiguió abrir la puerta y escabullirse con los tobillos tan flojos que no se cayó de pura chiripa. Se arrastró hasta su despacho —el de su hermana— y cerró la puerta con llave, como si de verdad corriera algún riesgo que no estuviera dispuesta a asumir con ilusión. Dios, ahora entendía muy bien aquella frase que decía «cuidado con lo que deseas».

No tenía ni idea de que cumplir un sueño era tan terrorífico como la idea de no llegar a alcanzarlo nunca.

10

Piernas, para qué os quiero

Al día siguiente, Mio no tuvo ni un solo momento para preguntarse por qué parecía que Caleb y ella tenían la misma relación que antes de la conversación en el despacho. Estuvo adelantando trabajo porque Marc se iba de viaje de trabajo a California, y Aiko no quería quedarse sola, y para pasar tiempo con ella en casa iba a tener que culminar antes sus tareas. Caleb estuvo de acuerdo en que terminase lo que tuviera que hacer para tomarse un par de días libres con ella. A fin de cuentas, tampoco es que fuera indispensable en el bufete.

Las dos jornadas posteriores fueron complicadas también. Jesse se había resfriado e iba por la oficina como alma en pena, suplicando paquetes de pañuelos, cafés con diez cucharillas de azúcar y abrazos de cariño y apoyo. Esos solo se los pedía a las secretarias que más guapas le parecían, incluida aquella que se cayó encima de su Cuca si querer. Sí, por fin Mio pudo ponerle cara. Era la morena de pelo corto que estuvo echando pestes de ella hasta que apareció con la camisa de Caleb.

El cuarto día, Mio reclamó su trato con Gavin y se pasó por el hospital para que le hiciera el *tour*. Después le explicó cómo funcionaba el sistema de grabado de los historiales médicos, a los que le estuvo echando un vistazo concienzudo durante toda la mañana. Parecía que todas sus compañeras de enfermería habían ido a parar al Kendall West, porque se pasó gran parte del tiempo saludándolas y contándoles a qué se dedicaba en la actualidad. Información falsa que le habría procurado una buena reprimenda si Caleb hubiera estado presente. Se preguntó también, cuando Gavin le echaba el aliento en el cuello y se tomaba libertades para cogerla de la cadera, qué habría pensado al verlo.

¿Sería Cal de los que se ponían celosos? Mio no era ninguna fanática de la posesividad, pero sería entretenido verlo mosqueado por culpa de un baboso.

No fue hasta que hizo la selección de los historiales más sospechosos —muchos de ellos de difuntos que aún no se habían eliminado, y que conservaban el contacto de algunos parientes como número de emergencia— que se dio cuenta de que llevaba casi una semana siendo la amante de Caleb y ni siquiera habían vuelto a besarse. Vale, sí, él estaba muy liado con una sucesión de juicios sin mucha importancia —pero tenía que trasladarse al juzgado y mover hilos, y eso significaba tiempo—, con la demanda de Reyes y la dirección de los *juniors* para empezar sus prácticas serias con casos simplones... Pero siempre había unos segundos libres para darle un besito, ¿no? O unos minutos, todo dependía de la clase de beso que quisiera darle.

Imaginaba que era su culpa que Caleb no tuviera ningún interés en dar el primer paso. En el momento le pareció necesario salir corriendo. No pensaba permitir que le pusiera un dedo encima teniendo a Tarzán columpiándose en las lianas de sus ingles, y bueno, un beso no

significaba acabar sin ropa —cosa bastante improbable porque dudaba que Caleb se jugara un poco más su reputación desnudándola en el despacho— pero Mio se conocía y podía ser muy persuasiva en ese aspecto cuando quería. El caso es que era lógico que se quedara en *shock* al obtener el sí. América también necesitó un respiro cuando el que se ganó el sí de los ciudadanos fue Donald Trump. Pero ahora que veía que Caleb pasaba olímpicamente de ejercer su derecho de amante oficial, se planteó que quizá se había excedido al salir por patas.

Por Dios... Primero le dijo que podían ser amantes, luego intentó retractarse por miedo, y, cuando consiguió lo que quería, se largó corriendo. Eso sí que era prender el calentador para no bañarse luego, darle patadas al avispero y luego huir... ¿Cómo diría su abuelo? Ah, que «después de matar al tigre le tenía miedo al cuero». Una cosa ridícula. Y encima le espetó que necesitaba cortejo y seducción, como si fuera el protagonista de una novela de Johanna Lindsey. Que no estaría mal que le declarase su amor como hacían aquellos galanes, pero la vida no era así.

«La vida no es así, Mio».

Pero por otro lado... ¿Tanto pedía? No necesitaba que la llevara a una cena de gala, o le mandase flores, o le pusiera su nombre a un barco, o le dedicase un libro, como hizo aquel escritor francés con su novia. ¿*Mi mayor inspiración4*, se llamaba…? Qué importaba. A ella le valía con que le hiciese un cumplido. Ya estaba, ese sería su cortejo. «Te sienta bien ese color»; «deberías ponerte ese vestido más a menudo»; «te haría gemelos hasta que salieran impares...».

¿Qué pasa? El romanticismo estaba sobrevalorado, ella solo quería ver interés.

Y no veía nada parecido. Pero era comprensible. Fue la que salió corriendo y casi le clavó las uñas en los ojos por acercarse, le tocaba llamarle la atención para que moviese el trasero. Aunque... ¿Quería que lo moviera? Es decir, claro que sí, y a poder ser encima de ella, entre sus piernas. Pero también estaba asustada. Por eso renunció al plan de entrar en su despacho sin camisa para enseñarle el último *wonderbra* que había comprado —rojo, por supuesto—, y acto seguido hacerle el salto del tigre. Se estaría contradiciendo. Quería que él, antes, le regalase los oídos. Así pues, lo único que se le ocurrió fue aprovechar que se pondría sobre la marcha con los contactos recién adquiridos del hospital para meter en la carpeta una pequeña notita. Nada muy exagerado. Exagerada era su falda, que como se agachara un poquito, el espectador haría un viaje por toda su matriz para puntuar del uno al diez el estado de sus trompas de Falopio.

Eso fue idea de Jesse, claro. No le había contado que pretendía trajinarse al jefe porque, primero: en cierto modo ya lo sabía. Y segundo: Jesse era un bocazas... Bueno, esa excusa no contaba porque fuera un bocazas o no, a nadie le pillaría por sorpresa. Se suponía que se llevaban acostando desde el primer día. Habían pasado «del mito al logos». Así que, por poner una segunda excusa... Jesse era amigo de Caleb, y a lo mejor Caleb no quería que lo supiera...

Bah, ¿qué más daba? No se metería en psicología masculina, estaba muy tranquila orbitando en Venus para pasarse por Marte. Solo le preguntó al pelirrojo del bufete qué se pondría él para impresionar a un hombre, y respondió lo que ella ya se temía: una falda corta, escote, y perfume. No en cantidades ingentes, pero que dejara un rastro atrayente. Y había servido, porque en cuanto Mio entró en el despacho de Caleb con la falda del piñazo del *Seat*, el escote del pecado de Chinchilla y los labios más rojos que un guiri en Mallorca, Caleb dejó todo lo que estaba haciendo y clavó los ojos en sus piernas.

—Ayer no estuve mucho por aquí porque tenía que conseguir esto.

Levantó la carpeta y se la acercó a la mesa, sintiéndose toda una *femme fatale*. La emoción le pudo y acabó tropezándose con sus propios pies. Afortunadamente se agarró al borde del escritorio a tiempo, colorada de la vergüenza.

«Eso te pasa por hacerte la guay».

—Eh... Ahí están los contactos que seleccioné. No los cogí todos porque solo necesitabas quince, así que elegí los treinta que me chirriaron más, y...

Caleb entornó los ojos sobre el archivador.

—¿Has puesto «*top secret*» en el reverso?

—En realidad no, solo he cogido una carpeta que tenía Aiko por ahí. Ya sabes que le gusta llenar todo de pegatinas, y... Puede que eligiera esa porque me parecía la más apropiada.

—La más apropiada para que meta las narices dentro quien no debe —puntualizó Caleb—. Mio, supongo que habrás visto series de crímenes suficientes para saber que para no llamar la atención hay que intentar ser discreto, ¿no?

—De hecho, he visto suficientes series de crímenes para saber que cuando llamas la atención muy descaradamente, nadie se fija —replicó, cruzándose de brazos—. De nada.

Caleb la miró con diversión, y Mio se relajó un poco. Una parte de ella temió que se hubiera enfadado por el desaire que le hizo al salir corriendo, pero no parecía afectado. Aunque tampoco como siempre. Sus ojos tenían un brillo travieso.

—Gracias, pecosa.

Mio se quedó un rato de pie.

¿Ya estaba? ¿Gracias? ¿Ni un abrazo, ni un beso, ni...?

Pues no. Haberse jugado la vida, el puesto, la integridad y la dignidad, no valía ni siquiera una caricia atrevida en el muslo, en el que debería haberse puesto una liga para reivindicarse de forma (más) obvia. Si le preguntaba a Jesse seguro que la incitaría a ponérselo, pero una cosa era provocar al personal, y otra convertir una oficina decente en una mancebía.

Tuvo que inventar otro modelito para el día siguiente, sintiéndose francamente ridícula por preocuparse tanto por ir rompedora. Todas las mujeres del bufete cuidaban su imagen, pero dudaba que estuvieran tres horas enganchadas a las perchas y a un perfil de Instagram para descubrir qué podría dar mejor impresión de estar en necesidad de un manoseo ilegal. Necesitaba un *hobby*, o un segundo trabajo, o descargarse el *Clash Royale*, porque no podía seguir así de desesperada ni aburrida. Y no iba a dar ella el primer paso. No. Si no se tratara de Caleb, ni se esforzaría en dar impresión de profesionalidad dedicando sus jornadas laborales a trabajar —y no en medir el bulto de la entrepierna a distancia—, pero era Cal y quería que saliera bien.

¿No se sentía preparado aún para atacar? Bien, pues ella lo respetaba.

Lo respetaba... Hasta que esa mañana se tropezó con un Caleb sin chaqueta y sin nada más que una camisa remangada, abierta por un botón, y el pelo húmedo de haber salido de la ducha. Se había afeitado un poco —había pasado de la barba de cromañón a la barba de modelo *hipster*; nunca se la quitaría del todo, formaba parte de su ser—, y viendo que Jesse tenía el mismo aspecto y se reían por una broma privada, o bien habían vuelto de hacer deporte o es que pasaron la noche juntos.

Caleb se giró para saludarla con una sonrisa que la hizo hiperventilar. De repente, la falda de su ceñido vestido azul oscuro perdió protagonismo. Solo existía el pecho que insinuaba aquel provocador malnacido, al que debían multar por escándalo público.

Pero ¿cómo se atrevía a ir a trabajar con esas pintas de destructor de vaginas?

¿Quién hacía eso?

«Tú».

«¿Te callas, o te callo?»

—Buenos días, Mio —saludó, levantando el café. Quién hubiera sido café para estar en su mano—. En la sala de reuniones está nuestro primer interrogado. Coge lo que necesites y ve para allá.

—Creo que no va a poder cogerse lo que necesita con un cliente delante —comentó Jesse maliciosamente.

En eso estaban todos de acuerdo, porque se hizo un breve pero significativo silencio entre los tres. Mio prefirió no asumir que ya lo sabía. Aunque no se lo hubieran confirmado, Jesse estaba varios pasos por delante y lo dedujo incluso antes que ellos.

En lugar de quedarse allí pensando o admirando tamaña obra maestra, se encaminó al despacho de Aiko, cogió lo que necesitaba —aire, fuerzas, agua para beber y el portátil— y se dirigió a la sala tarareando una canción pegadiza.

El primer interrogado era la definición de norteamericano que avisaban las películas: corte de pelo desenfadado, gorra de béisbol, sonrisa demasiado blanca y antebrazos fuertes. Mio no reconoció a simple vista de quién se trataba pese a haberse estudiado cada perfil. Supuso que debió ser ingresado cuando aún era un muchacho.

—Señor Walker —saludó Caleb, estrechándole la mano. Se había puesto una corbata y una chaqueta en tiempo récord—. Gracias por venir.

—No hay de qué, aun que me van a tener que explicar mejor de qué va todo esto, porque mis problemas con el Kendall West acabaron hace tiempo —dijo Walker, echándose hacia atrás en el asiento. Puso las manos entrelazadas tras la nuca y encogió los hombros—. Tuvimos una bronca seria y me indemnizaron rápido. Tampoco es que les quisiera joder, ¿sabe? En cuanto tuve el dinero me olvidé... Vaya, vaya —silbó al girarse hacia Mio. Le echó una mirada de arriba abajo que la incomodó lo suficiente para sentarse—. ¿Qué tenemos aquí? ¿El aperitivo?

—En realidad no soy comestible. Mio Sandoval. Trabajo en el caso como ayudante.

—Mm... ¿A cuánto se paga que me ayudes a mí también? Es broma, tranquila, guapa. ¿Qué quieres que te cuente?

—Pues... Podrías empezar contándonos qué te relaciona con el hospital. Qué hizo que llegarais a un acuerdo económico.

Walker se estiró con pereza. Tiró del escote de la camiseta, que para tener aún más parecido con Homer Simpson, estaba manchada de cerveza. Así enseñó una fea cicatriz en medio del pecho.

—Tenía veintitrés años y estaba en mi último año universitario. Fui a una fiesta y, como solemos hacer los *senior*, empezamos con los retos a los novatos. Uno era medio chulito y se me encaró... Una cosa llevó a otra, y acabé haciendo el reto con ellos. Tenía que tragarme una moneda de veinte centavos. No era gran cosa, ya... Pero estaba borracho, no calibré bien y se me atascó en algún punto del esófago. Tuvieron que atenderme de urgencia. Me lo sacaron, y todo bien. Volví a casa bien fresco, con una cicatriz sobre la que inventarme alguna historia para impresionar a las mujeres.

»Lo malo es que al cabo de unos días me empecé a sentir mal. Me costaba respirar, me dolía el pecho... Tuve que volver para que me hiciesen un reconocimiento, y, atenta aquí, porque resulta que operándome para sacar la moneda, se dejaron dentro unas pinzas curvas que, al moverme, acabaron perforándome el pulmón. ¿Cómo coño te dejas en el cuerpo de una jodida persona... unas putas pinzas? Gracias al cielo que eran pequeñas, o había palmado de la tremenda hemorragia interna. Lo malo no es solo eso, es que me tuvieron que extirpar el pulmón porque ya no servía. Me dijeron que estaba totalmente atravesado. Y tío, no me morí ni nada, ya ves que estoy aquí, pero tenía veintitrés años y me cagó eso de vivir solo con un pulmón por culpa de unos cabrones.

—Quizá debería no haber apostado nada, en primer lugar —comentó Caleb con desinterés.

Walker lo miró sin muchas ganas.

—Sí, puede ser. Igual que ellos deberían haber puesto las pinzas en su sitio. Obviamente fue una negligencia médica y debían pagar por ello. Les amenacé con denunciarlos, y ellos se cagaron encima. Por temas como este pueden llegar a inhabilitarte, y parece que le tenían cariño al cirujano porque llevaba dos décadas en ese puesto, o quién sabe qué. Me ofrecieron la compensación por los daños, la acepté porque quería mudarme con mi novia a una casa a Hallandale Beach, y lo olvidé.

Se dirigió a Mio con una sonrisa.

—La novia ya es historia, por suerte. Estoy totalmente libre. ¿Qué me dices? ¿Te sales esta noche a tomar algo?

—Lo siento, pero no puedo.

—¿Por qué no? ¿Sales con alguien, chinita, o algo así?

«Como si tuviera que salir con alguien para rechazarte».

Estiró la espalda, mucho más cabreada por el «apodo cariñoso» que preparada para lanzar una indirecta a Caleb. Pero ¿qué le pasaba a la gente? ¿Es que veían unos ojos rasgados y ya directamente debía ser chino? No era ningún insulto; no se cabreaba porque le ofendiera que la relacionasen con la cultura de los farolillos rojos y ponían comederos a las mariquitas —porque eso le encantaba—, sino porque era una generalización jodidamente racista. Y no se daba ni cuenta, el muy imbécil.

—Pues... —Miró de reojo a Caleb, que la estudiaba con atención—. No. O sí. Más o menos. Creo que estoy con alguien.

Walker apoyó los codos sobre la mesa, muerto de curiosidad.

—¿Crees?

—A ver, es que aún no hemos hecho nada juntos —explicó. ¿Qué más daba que estuviera confesándoselo a un baboso? Necesitaba darle el aviso a Caleb, y hacerlo por diferido le resultaría más fácil—. Y está tardando mucho, pero puedo esperar un poco más. Quiero darle la oportunidad.

—¿Que todavía no habéis hecho nada juntos? ¿Qué le pasa a ese tío? ¿Tiene a un bomboncito como tú para él y no se mueve...? Ah, ya entiendo. Me estás mintiendo porque no quieres salir conmigo —determinó, cruzándose de brazos con una sonrisa.

—¿Qué? Claro que no.

—Admítelo, nena. Es poco creíble que tengas un novio que no te hace caso.

—Que te digo yo que es verdad —insistió, nerviosa. Agarró un taco de papeles y los ordenó dando un golpecito sobre la mesa. Carraspeó—. Por favor, volvamos a...

El tipo echó el pecho sobre la mesa para acercarse a ella. Alargó el brazo para cogerla de la mano, haciéndola sentir muy violenta. Ese tipo de situaciones la ponían muy nerviosa. Las manejaba con mayor diplomacia que Aiko, que se liaba a golpes con el bolso, pero en general, el acoso activo, pasivo, sutil o en medio de la calle, le sacaba de quicio tanto que se le olvidaba actuar.

—Lo siento, es que no me entra en la cabeza que...

—Puedo hacer que le entre por otras vías —espetó Caleb. Mio levantó la vista, a tiempo para ver cómo lo empujaba por el pecho para devolverlo a su asiento—. Está conmigo, y chino puedo dejarle yo a usted como vuelva a tocarla sin su permiso.

—¿Perdón?

—Que se largue. Lo que ha estado haciendo durante toda la entrevista se denomina acoso verbal, con el agravante de darse en el entorno laboral de la afectada; perfectamente denunciable habiendo un testigo delante. No querrá pagar una multa, ¿verdad? Vaya a ser que pierda el dinero que ganó gracias a su pulmón, y ya le digo que lo perderá si voy contra usted. Yo nunca pierdo.

El tipo se puso blanco.

—¿A qué viene eso? Si yo no he hecho nada, solo... Y ha sido usted quien me ha llamado, quien me ha hecho venir, p-para...

—Para que aporte pruebas a un caso gubernamental, no para que insinúe favores sexuales. No lo repetiré de nuevo. Lárguese.

Walker se puso en pie, cada vez más pálido, e hizo una serie de asentimientos nerviosos. Pidió disculpas hasta cinco veces antes de dirigirse hacia la puerta y desaparecer casi corriendo. Más que divertida, Mio se quedó lívida.

—¿Un caso gubernamental? ¿Que tú nunca pierdes? Creo que Marc no estaría muy de acuerdo con eso —se le ocurrió decir—. Eso que has dicho ha sido una locura detrás de otra... Te das cuenta, ¿no? No puedes denunciar a nadie por acoso verbal, y para hacerlo por acoso físico se supone que necesitas cazarlo en delito flagrante. Y ni siquiera me ha pedido sexo directamente o...

Caleb la interrumpió poniéndose de pie. Estiró las piernas dando una vuelta alrededor de la mesa

—Pues claro que he dicho una locura detrás de otra, pero eso él no lo sabe. Y si lo supiera, puede venir cuando le apetezca y acusarme de exagerado.

Mio parpadeó varias veces.

—¿Que él no lo sepa te da derecho a mentir para asustarle? Has intimidado y amenazado al pobre hombre, y eso sí es un delito. No conocía tu faceta de poli malo.

—Podría haber esperado a que, en lugar de alargar sus dedazos hacia tu mano, los hubiera metido en tu escote... Pero me gusta cortar de raíz antes de que las cosas se desmadren. Y visto que a ti no se te ocurría nada mejor que meter la cabeza en la blusa... —Se cortó a sí mismo—. No importa.

—¿Cómo que no importa? ¿Qué ibas a decir?

—Que tienes una actitud muy pasiva cuando te están tratando mal, o te sueltan babosadas como esas. Y que no me gusta intervenir porque no eres una pobre alma desamparada, sino una persona con cabeza y carácter (lo demuestras cuando estás conmigo), pero me pones difícil no salir en tu defensa. Y no me gusta hacerlo, porque no soy tu salvador, ni quiero.

—La actitud pasiva es una forma de reaccionar.

—Cuando te gritan en medio de una vía peatonal estando rodeada de gente, puede ser la manera correcta de afrontarlo, pero en otros casos, como este, no es lo conveniente.

—Estoy segura de que, si le hubiera puesto en su lugar, me habrías dicho que es una falta grave de educación y profesionalidad.

—No es por nada, Mio, pero has demostrado muchas veces que eres poco profesional. Por hacerlo en un momento en que es necesario, y con un tipo que ya estaba siendo maleducado, no iba a pasar nada —suspiró—. Vamos, volvamos a lo nuestro.

Mio no tenía nada que aportar a la charla.

—¿Ya está? —preguntó, observando que se dirigía a la salida—. ¿No le has hecho firmar un acuerdo de confidencialidad, o... o algo que verificase su historia para poder presentarlo como prueba?

—No necesito su mierda de historia para mi juicio —atajó—. Y no es tan importante para pedirle un acuerdo de confidencialidad. No está ni remotamente relacionado con el hospital, y no olvides que llevo la demanda de Reyes; si alguien duda de los motivos de mi investigación, tengo el respaldo de que lo hago para nutrir su petición de indemnización. Ahora, haz el favor de levantarte y volver a tu puesto.

Mio recuperó la conciencia en el exacto momento en que observó palpitar un músculo en la mandíbula de Caleb. Le dio el perfil al inclinarse para abrir la puerta y señalar la salida con un movimiento elegante. Procuró no ser demasiado expresiva al sonreír por lo que detectaba en sus gestos: estaba enfadado porque aquel tipo la había molestado. Quizá incluso celoso.

Se levantó, demorándose lo que pudo y más en recoger sus cosas. No necesitaba mirarlo para saber que ponía los ojos en sus piernas, de donde no habían podido despegarse en toda la mañana.

Piernas, *uno*. Caleb, *cero*.

Al llegar a su altura, puso cara de inocencia.

—Pensaba que habías olvidado que lo estabas —le dijo—. Que estabas conmigo, me refiero. Ha sido bonito que lo mencionaras, porque no se nota.

No sabía qué reacción esperaba con exactitud, pero no fue *esa*. La mirada de Caleb cobró nuevos matices, intensificándose, y sonrió de lado como si hubiera dicho una soberana estupidez.

—Nena, no puedo olvidarlo cuando te paseas por ahí con faldas como esa. Tus piernas me vuelven loco.

Se le aceleró el corazón.

—Pues que sepas que no se miran. *Se tocan.*

Caleb le acarició las mejillas al ampliar su examen visual hasta la boca.

—¿Y tus labios? ¿Se tocan también?

—Sí, porque callarse no lo hacen mucho.

—Qué bien que me pones sobre aviso —ironizó. Cerró la puerta, que estaba entornada, y la tomó de la barbilla—. Con lo poco que has hablado con ese tipo, parece que no te gusta mucho discutir.

Mio sintió que los dedos de Caleb quemaban en esa parte de su anatomía. Para acercarse a él no tuvo que dar órdenes a su cuerpo: este obedeció un instinto antiguo y poderoso. Su mano suplicó acariciar la nueva barba de Caleb. Pinchaba, pero era agradable al tacto, y olía tan bien que cerró los ojos un segundo. Solo uno, porque no podía permitirse perder de vista los hoyuelos que afloraban en sus mejillas.

—Solo discuto con la gente que me interesa.

—Pues parece que yo soy la única persona que te interesa, porque no te he visto gritar a nadie más.

—Lo eres.

—¿Y eso es alguno bueno, o es algo malo?

—Es bueno. Todo lo que está relacionado contigo… es bueno.

Iba a añadir algo. No sabía el qué, pero pretendía seguir hablando para retenerlo allí. No hizo falta, porque Caleb avisó que iba a alargar el momento antes de hacer el amago de tocarla. Solo la forma que tuvo de inspeccionar su rostro, reflexionando sobre cada rasgo, hizo que su cuerpo se pusiera en situación para recibir el beso. Llegó cuando estaba a punto de esconderse, incapaz de soportar su mirada apasionada: Caleb se quitó las gafas muy despacio, las colgó del escote, y se inclinó sobre ella.

Tocó sus labios. Primero con cuidado y suavidad, solo verificando que le eran conocidos, practicando cómo le gustaría encajarlos, si ladeando la cabeza hacia la derecha, o torciendo a la izquierda. Después soltó su barbilla y le envolvió el cuello por detrás. Se le escapó un suspiro al sentir sus dedos allí. La nuca era muy sensible para ella.

Caleb se fue introduciendo en su boca con lentitud, dando tiempo a Mio para reaccionar y acoplarse a su ritmo. Todos sus sentidos estaban alerta, y la habitación se había sumido en el silencio. Oía los latidos de su corazón y un sonido como de ventosa cuando sus bocas se separaban. Notaba el pecho encadenado, los pies hundidos en la tierra, y una parte de ella desconocida, volando sobre sus cabezas. Lo abrazó por la cintura y se escondió de ningún espectador acoplándose a su pecho.

Olía a gel, a *aftershave*, a la colonia que le gustaba y sobre la que se durmió cuando le prestó su camisa. Sabía dulce y masculino, y sabía hacerlo bien. Sabía plantar en ella la semilla del deseo de ampliar, de ir a más, solo deslizando la lengua en su boca con esa lentitud criminal.

Amó el primer beso por ser el primero, y porque afirmaba de una forma más suave y preciosa todo lo que le gritó antes de abrazarla: que nunca la dejaría, que no podía… Pero ahora la besaba como nunca lo habían hecho: como necesitaba, como quería.

Lo deshizo todo. Los recuerdos de otras personas. Las fantasías con él. Superó con creces cada detalle anterior y cada posibilidad de su imaginación. La meció en una ilusión que era más grande que las anteriores, porque esta, a diferencia de las demás, era real. Caleb estaba allí, comprometido con el único objetivo de derretirla.

Se separó tan despacio que la última caricia no la dieron sus labios, ni su aliento; ni el pulgar que le recorrió la mandíbula, sino su ligera sonrisa aliviada.

—Ahora sí.

4 Novela de la autora. Mi mayor inspiración, Eleanor Rigby.

11

Veinte centímetros de amor, y una noche desesperada

Como llevaba haciendo desde que Marc se fue a California, Mio cogió el autobús para volver antes a casa de Aiko y pasar con ella parte de la tarde. No podía sentirse sola porque Mio vivía en la habitación de invitados mientras buscaba piso —no lo estaba buscando; se vivía demasiado bien de la cortesía del anfitrión—, pero le sabía mal que hiciera casi todas las comidas sin compañía.

Era noche de viernes, y eso significaba que tocaba película cursi con la que echar unas lágrimas al final. Si le preguntaban, Mio respondería que le encantaban y que eran sus favoritas. Había sido cuestionada demasiadas veces a lo largo de su vida cuando confesaba que sus preferidas eran las de terror, y ahora se esforzaba por no defraudar a gran parte de la población femenina mundial volviéndose loca con la mención de *Titanic*. A decir verdad, a Mio ni le gustaban las tragedias en altamar, ni le gustaba DiCaprio. Le iban los hombres grandes y morenos, y era demasiado sensible a todo el asunto de ahogarse; lo pasaba muy mal viendo cómo un Jack Dawson esposado estaba a punto de morir en el último piso del barco. Y, en cuanto a las escenas de sexo, las prefería más explícitas que una manita en una ventana empañada. Eso por mencionar uno de los grandes tópicos. Pero todo fuese por complacer a su hermana, que era medio mujer, medio unicornio, y necesitaba su dosis semanal de cursilerías para vivir tranquila.

Mio, por su parte, aceptaría cualquier tipo de distracción. Estaba angustiada, y no solo era incoherente después de haber recibido un beso como ese —*ese,* **ese**, E-S-E—, sino que tenía todo que ver con ello. Necesitaba otro. Urgentemente. Ya. Y necesitaba comprender qué diablos significaba ese «ahora sí» que había suspirado sobre ella.

Se veía pasando toda la noche dando vueltas al tema, hecha un ovillo en el sofá. No solía llorar con ninguna historia de amor: le transmitían mucho más los libros que las películas, pero tal vez aprovechara el drama final para soltar unas lagrimitas sin que le preguntaran qué estaba mal con ella. Le hacía falta un desahogo a ese nivel.

—Hoy he elegido algo diferente —anunció Aiko desde el sofá. Llevaba el vestido amarillo con floripondios, ese que tenía los mismos años que la Independencia y que se ponía cuando Marc estaba de mal humor o, en su defecto, cuando lo echaba de menos—. Nada de vísceras, no me mires con esa cara. *Les jeux d'enfants* —pronunció, con un francés lamentable—. Me ha llamado la atención porque lo protagonizan Marion Cotillard y su actual marido. Parece que se conocieron ahí, y a raíz de la grabación surgió el amor.

Cuando Aiko descubría que la pareja de una película no estaba junta en la vida real, o que se llevaban mal ya en el *set* de rodaje pese a compartir escenas íntimas —como Rachel McAdams y Ryan Gosling en *El diario de Noa*—, arrugaba el ceño y exclamaba que no lo entendía. Era ridículamente romántica y muy sensible a los sentimientos ajenos: a los de matrimonios que conocía, a los de amigos que salían juntos, y muy fan de los que mantenían relaciones a distancia. Siempre había preferido vivir los amoríos del resto —sobre todo en ficción, y lo atestiguaba su gran biblioteca de novela rosa— que escribir su propia historia. Hasta que apareció Marc.

—Perfecto, ve poniéndola. Voy a cambiarme y bajo enseguida a... —Un timbrazo la interrumpió. Miró a su hermana con confusión—. ¿Has invitado a alguien? ¿Marc está aquí?

—Lo dudo —respondió, dirigiéndose a la puerta de entrada—. Hemos hablado por teléfono hace una hora y se oía el barullo de Los Ángeles. ¡Hola! ¿Qué traes contigo?

—La salsa de queso para tus asquerosos nachos y las asquerosas palomitas dulces que Mio adora —contestó la voz de Caleb.

Mio hizo un salto desde los escalones que habría ridiculizado el de Adam Cooper al final de *Billy Elliot.* Se asomó a tiempo para comprobar que, en efecto, era Caleb. Despeinado, con una camiseta de manga corta y unos pantalones de chándal anudados al tobillo. Unos pantalones grises y no lo suficientemente holgados para...

Dios. Dios. Dios.

«No invoques a Dios cuando piensas en guarradas. Cerda. Cerda y cutre».

—Espero que vayas a poner la última de Clint Eastwood —comentó Cal, entrando con una mueca. Mio sabía por qué. No le hacía ninguna ilusión poner los pies en casa de su enemigo—. Sale ese actor de los ojos azules que te gusta. Si no, no me importaría ver *Gran Torino* por quinta vez.

Se tiró en el sofá y puso los pies sobre la mesa.

—¿Dónde está tu hermana?

Mio volvió a subir la escalera para ocultarse de la mirada de Aiko. La vio internarse en el salón, que conectaba directamente con el recibidor sin puerta que valiese, y tirarse al lado de Caleb. Muy cerca: cadera con cadera, sien con sien... Aiko le dio un beso en la mejilla y Caleb se lo devolvió en la coronilla.

—Ha ido a cambiarse. Bajará en un rato. ¿Qué tal el día?

En lugar de pegar oreja, subió las escaleras y buscó su habitación como si nunca hubiera estado allí antes. Escuchar conversaciones ajenas nunca la había beneficiado, más bien todo lo contrario, y si Cal declaraba su amor o le plantaba morreo con lengua, prefería no estar allí cuando sucediera.

«Pero ¿qué dices? ¡Si ya no la quiere! ¡Y está contigo! ¡Con-ti-go!».

Mio se sacó la ropa sin darse cuenta de lo cansada que estaba. En realidad solo había sido un saludo, pero Caleb no era una persona cariñosa. Y Aiko tampoco. Puede que ambos fueran la mutua excepción. Sin embargo, Mio no terminaba de acostumbrarse a ver sus gestos de afecto. No le dolían menos porque Cal ya no estuviese enamorado; de hecho, hacía que se lo replanteara todo. Donde hubo fuego, quedaban las cenizas, y viendo a Aiko con tanta frecuencia, no sería raro que hubiese confundido la superación con la resignación. Ella era la primera que estaba tan

acostumbrada a querer a Caleb que a veces ni lo notaba. Quizás a él le pasara lo mismo. Era imposible que la hubiese olvidado. Incluso con su vestidito anti-erotismo estaba preciosa.

Pero esa no era la peor sospecha. ¿Y si... Caleb había iniciado su «relación» con ella para sacarse a Aiko de la cabeza? ¿Y si Mio era el reemplazo o el consuelo?

No. No pensaría así de Caleb. Estaría cayendo demasiado bajo, y él no era así. Además de que la cara que puso cuando supo lo enrevesados que eran sus pensamientos, habló por sí sola. Pero a lo mejor la había elegido porque era la persona más parecida a Aiko, y no se daba cuenta ni él de que ese era el motivo. El subconsciente no jugaba en equipo, iba por libre y nunca contaba sus secretos. Podría estar buscando a Kiko en ella sin saberlo.

Mio se quedó mirando el montón de pijamas que improvisaba con camisetas viejas para no gastar. Todo era espantoso. No podía presentarse delante de Caleb con eso.

«Cámbiate y baja de una vez».

Le costó silenciar ese distrito de su pensamiento y elegir lo que ponerse. Fuera cierto o no lo que imaginaba, seguía habiendo un hombre *sexy* en el salón al que quería impresionar y seducir para que la llevara al catre. No podía coger un pantalón de baloncesto cualquiera... Pero si se ponía un camisón, su hermana sospecharía. Bah, ¿y qué? Aunque nunca se lo hubiera dicho, aunque nunca dijeran su nombre en voz alta, Aiko sabía muy bien quién era el hombre de sus sueños. O al menos eso creía.

Agarró una camisa sin mangas con encaje satén que le hacía un escote espectacular y se puso un pantalón de gimnasta debajo para no ser demasiado obvia. Se retocó la máscara de pestañas y bajó descalza, mirándose los diminutos pies con curiosidad. Así podría poner a prueba a Caleb: con sus pies. Los de Aiko eran grandes, casi como los de un hombre bastante alto, mientras que ella se compraba las plantillas en la sección de niños. Le tendría que poner el dedo pulgar en la cara para ver qué pensaba...

«Prometiste que no volverías a hacer el gilipollas».

Saludó a Caleb con un tímido «hola» que acompañó de un rápido vistazo a las manos entrelazadas de los dos *mejores amigos*. Aquello fue un hachazo en el pecho. Estuvo a punto de retroceder, poner una excusa e irse: dejarlos solos para que se hicieran arrumacos, o para que no se los hiciesen y simplemente fueran ellos mismos. No importaba si Caleb la había olvidado o no. Cuando Aiko estaba allí, Mio no existía, y era insoportable. En especial ahora que se suponía que eran… amigos con derecho a roce, y debería estar prestándole más atención.

—Te dejaré este sofá para que te tumbes —anunció Cal—. Mio y yo nos pondremos en el otro.

—Llevo todo el día tumbada, no lo digas como si estuvieras haciéndome un favor. —Torció la boca—. Pero igualmente acepto.

Caleb se rio y le cedió el espacio entero con una reverencia. Luego se giró hacia Mio, con una mirada distinta, y le hizo un gesto para que se pusiera con él en el paralelo. Se estremeció al notar sus ojos un instante sobre sus pechos. Desde ahí descendieron por su cintura y sus muslos. No se había equivocado eligiendo pijama.

Se acomodó entre los cojines con el corazón en la garganta. Abrazó uno para proteger su pecho, abrazando a su vez la timidez. Verlos juntos le había dolido de veras. Tenía dudas, y no sabía si quería hacer las preguntas porque resolverlas podría cambiarlo todo.

Por primera vez en su vida, se concentró en la película y procuró ignorar que Caleb estaba en la otra punta del mismo sofá, poniendo los ojos en blanco en cada escena romántica. «Qué machote

eres», quiso decirle. «Ponte la chupa de cuero y enciéndete el puro, tipo duro». Solo esperaba que acabase llorando al final. Aunque fuera una lagrimita. Así podría regodearse un poco.

Pero la que lo pasó mal fue ella, cuando Sophie, la protagonista, se declaraba al amor de su vida y él no decía nada... y apenas unos minutos después, este corría detrás del autobús en el que se había subido para gritar que la amaba de vuelta.

—¿Es una broma? —se le escapó, comentando por primera vez. Hasta el momento, habían sido Aiko y Caleb quienes intercambiaban opiniones y se reían—. Llevamos la mitad de la película, ¿y no piensan ponerse de acuerdo? Él la quiere, y ella a él también, y aunque hacen todas esas estupideces está claro que se adoran. ¿Por qué no dejan de retarse y hablan claro de una maldita vez?

—A lo mejor no es tan sencillo como nosotros creemos. No pueden tomarse en serio, ¿no lo ves? Están siempre jugando. Los dos piensan del otro que es demasiado infantil para aceptar sus sentimientos, y por eso temen declararse. Pero aunque no están juntos... Lo están.

—Eso no tiene ningún sentido —bufó Mio.

—Claro que sí. Esta es la única manera que tienen de ser ellos mismos y de coincidir, a través de los juegos y los cabreos. Y como temen dar un paso más, se conforman con lo que tienen. Lo aprovechan lo máximo posible, hasta que puedan afrontar la verdad.

Mio miró a Caleb con expresión dolida.

—Pues menuda tontería. Los tira y afloja no son ninguna forma de aprovechar nada. Están perdiendo un tiempo de felicidad que no recuperarán, cuando los dos saben que se corresponden —defendió, cruzándose de brazos—. Si yo fuera Sophie y él me siguiera el juego fingiendo que no me declaré, solo para hacerme sufrir... Lo mandaría a la mierda en un pispás.

—Ella también se presta al juego —señaló Caleb.

—¡Pero porque prefiere eso a perderlo! ¡Está contenta con lo que tiene porque no le queda otro remedio! ¡No va a conseguir nada más de él!

—Sh... —Se puso un dedo en los labios—. Aiko se ha dormido, no hagas ruido. Entonces, ¿qué es lo que insinúas?

—Él no la quiere tanto como ella a él.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ella le dijo cómo se sentía y él no lo pudo afrontar. Fue demasiado tarde cuando quiso enmendarlo. A mi modo de ver, es el malo.

—¿Y no te preguntas por qué no lo pudo afrontar? No había quien se lo creyese. Ella llevaba toda la vida haciendo el estúpido y comportándose como una amiga.

Mio devolvió toda la atención al televisor y al bol de palomitas con mantequilla.

—Mira, no sé. Si tenían un motivo para comportarse como se comportan, el guionista no lo ha explicado bien. Me parece horrible su situación. Pensar que podrían haber estado juntos desde el principio y no lo hicieron por quién sabe qué. A lo mejor él la tenía demasiado pequeña y le daba miedo decepcionarla…

El roce de unos dedos en su empeine cortó la queja. Mio ladeó la cabeza hacia Caleb, observando el exacto momento en que enroscó la mano en su tobillo y tiró de este para acercarla. Sonrió, complacido, al tener sus piernas sobre el regazo. Levantó una al azar, acercando el talón a su hombro, y besó un punto imaginario unos dedos por debajo de la rodilla.

Mio dejó escapar el aire en un jadeo histérico. Apoyó todo el peso en los codos e intentó incorporarse.

—¿Demasiado pequeña? Deberías saber que el tamaño no lo es todo. Más importante tiene cómo te manejes.

—Dijo el señor de los dieciocho centímetros.

Caleb se volvió a poner el dedo en los labios, aunque con una sonrisa divertida. Le dedicó una caricia vertical desde el tobillo hasta medio muslo. La carne se le puso de gallina.

—No son dieciocho centímetros —susurró.

—Ya, me lo dijiste. Pero ¿cómo lo sabes? ¿Los hombres de verdad hacéis eso? ¿Cogéis una regla, o un metro, y os... medís? Pensaba que era un bulo, o una broma privada entre vosotros.

—¿Acaso las mujeres no comparáis vuestras tetas? —replicó—. Porque me suena haber visto a algunas mirándose el escote.

—Se llaman lesbianas, Caleb —farfulló, como si fuera estúpido.

Él alzó una ceja. No soltó su pierna y ella tampoco hizo amago de apartarla. Le dio carta blanca para rozar de forma insinuante el borde del pantalón, y regresar la pantorrilla trazando una línea con el índice en el interior del muslo. Algo tan tonto, tan simple, hizo hormiguear su piel.

—¿Por qué estás a la defensiva?

—No estoy a la defensiva. Es que me... Me impone que Aiko esté aquí, con nosotros, cuando nosotros somos... Lo que una vez fuisteis vosotros. Es raro, y... Deberías haber avisado de que venías para acostarme antes.

—¿Lo que una vez fuimos, Aiko y yo? —repitió, mirándola con curiosidad. Lo vio especialmente guapo con su pierna pegada a la mejilla—. Ya sabes que nunca fuimos nada.

—A lo mejor oficialmente no, y puede que para ella no significaras nada en el plano amoroso, pero tú... Tú tenías algo con Aiko, o lo sentías, y es incómodo.

Caleb permaneció en silencio por unos segundos. Se distrajo con las venitas que se le marcaban en el empeine, recorriéndolas con el índice.

—Yo nunca he sentido nada por Aiko. Nada más que amor de amistad, se entiende. De hecho, jamás he dicho que estuviera enamorado, como tampoco confirmamos nunca nuestro noviazgo. Es algo que se dio por hecho desde un primer momento.

»Al principio me tomaba la molestia de desmentirlo, igual que ella, pero no nos escuchaban. Era la primera vez que tus padres veían a Kiko tan involucrada con alguien que no fuera su hermana, y yo era un chaval sin familia. Supusieron que a los dos nos venía bien enamorarme e intentaron juntarnos por todos los medios. Después de un tiempo nos cansamos de decir la verdad y usamos eso en nuestro beneficio.

»Fingía escenas de celos cuando Kiko quería sacarse a un tío de encima, o le decíamos a Aiko I que pasaba la noche conmigo para que ella pudiera verse con los tíos que le gustaban. A la inversa funcionaba igual. Ella me cubría las espaldas. También nos trajo problemas. Muchos tíos la dejaron creyendo que jugaba a dos bandas, y lo mismo pasó conmigo, pero en líneas generales podíamos sacarle beneficio y por eso nunca lo dejamos de lado. Pensábamos que, con el tiempo, la gente se daría cuenta de que esa pareja perfecta solo existía en su cabeza. Pero ya se ve que aún hoy, tu madre cree que Aiko me ha roto el corazón, y tú incluso piensas que estoy enamorado.

»No lo estoy, Mio, y nunca lo he estado. Y no se me ocurriría empezar nada relativamente serio con alguien, como en este caso contigo, teniendo en mente a otra persona.

Era tanta información que procesar que su cerebro ni hizo el intento de empezar filtrarla. Hasta ese pequeño cabrón tendía a procrastinar.

—Entonces… sí has tenido parejas serias.

Caleb besó su empeine antes de responder. Estaba tan ocupada temiendo la respuesta que no pudo sorprenderse con la familiaridad de la escena. Se sentía tan cómoda allí que parecía que lo hicieran todos los días.

—No. Tuve intentos de pareja en la universidad, que no duraron más que semanas. Solo me esforcé en tener una novia seria una vez, no hace mucho tiempo, y no salió bien. Aparte de porque se lio con otro, yo no estaba realmente interesado en hacer el papel de novio. A raíz de la experiencia deduje que lo mejor sería estar solo.

Hizo una pausa tensa y le dirigió a ella una mirada disimula. Le pareció que intentaba camuflar la inquietud con la curiosidad.

—¿Y tú?

—Nada serio. Soy una chica de bar —reconoció—. Bar y discoteca. Conozco a alguien, bailamos, nos reímos, y luego vamos a su casa. No nos da tiempo a intercambiar teléfonos. Solo salí con alguien en serio en la universidad... Cuando estudiaba francés —concretó, con una sombra de vergüenza en los ojos. Odiaba tener que especificar por culpa de su indecisión—. Se llamaba Don y me trataba muy bien. Cortamos poco después de la visita que me hicisteis Kiko y tú.

Eso era cierto, pero concretando para que el encuadre de los hechos fuera perfecto... Fue muy poco tiempo después. Muy, muy poco. Mio creyó que había olvidado a Caleb y por eso empezó con Donald, pero en cuanto él apareció en la cafetería de la universidad, con sus gafas de aviador y sus vaqueros... Se sintió una falsa conformista, y odió darse cuenta de que estaba utilizando a una persona para esconder un sentimiento que nunca desaparecería. No solo le engañaba a él, sino a sí misma. Rompió la relación en cuanto Aiko y Caleb se marcharon, y después estuvo llorando durante dos horas en el único maldito baño de la universidad que se bloqueaba al echar el cerrojo. Se quedó encerrada una hora más; lo que tardaron en darse cuenta de que había una desgraciada aporreando la puerta y en encontrar al conserje.

—Qué pena. Era el chico que me presentaste, ¿no? Parecía buen chaval —comentó Caleb sin mucho interés. Apartó sus piernas con respeto—. Voy a por agua. Despertaré a Aiko. Tú quita la película. Va siendo hora de irse a dormir.

Mio no estaba pensando en nada erótico mientras duró la conversación de sus parejas. Su mente trabajaba asimilando de la gran mentira en la que consistía su vida amorosa. Era mejor que Caleb le diese la noche libre para procesar que la envidia, los celos y el sufrimiento fueron fruto de un malentendido. De lo que el resto quiso creer. Pero una parte de ella estuvo a punto de agarrarlo por el pescuezo y espetarle que no iba a dormir un jodido minuto mientras él estuviera bajo su techo. Por Dios, estaban en el ático doble de Marc Miranda; si no quería despertar a Aiko, podían tener sexo ruidoso en la terraza con vistas al mar.

Caleb despertó a Aiko con susurros y toquecitos en el hombro. Mientras la somnolienta subía a su habitación, se dirigió a la cocina con tanta tranquilidad que nadie diría que su amante esperaba en el sofá a que le hiciera una señal que pudiera interpretar como un ‘desnúdame’. Tenía todo el

derecho a enfadarse porque no hiciera nada cuando todo —el lugar, la hora— era propicio para consumar su relación. Pero en su lugar, dedicó una mirada anhelante a su trasero respingón, sin decir ni una sola palabra.

Eso era la perfección.

Una perfección que tampoco cataría esa noche.



Al día siguiente tenía que madrugar, poner todos sus asuntos en regla antes de la hora de comer, ir a la peluquería y acudir a la cita que le debía a Gavin. Apenas había pensado en ello porque le era indiferente, y no era la primera vez que salía con alguien que no le gustaba. Aunque el objetivo de esas reuniones solía ser el sexo, no obtener una lista de historiales médicos. Y menos mal que era lo segundo, porque con las ojeras que luciría, le daría mucha más pena que morbo a su acompañante.

No podía pegar ojo. Porque, por fin, una hora después de meterse en la cama, se dio cuenta de que su vida había sido una gran, enorme y gigantesca mentira. No tenía el valor para buscar culpables. No sabía qué sería peor, si que su hermana no lo hubiese especificado desde el principio, sabiendo —o al menos sospechando— cómo se sentía por él, o que ella no le hubiera echado narices preguntando directamente.

¿Tan difícil habría sido? «Aiko, ¿de verdad te tiras al amor de mi vida, o es un jueguecito?».

¿Estaba en el derecho de enfadarse con su hermana? No, porque nunca abordó el asunto, igual que nunca habló de sus sentimientos —por mucho que se notaran—, e igual que Aiko podría tener su propia opinión sobre el tema. A lo mejor no se lo contó porque sería una estupidez darle ilusiones con un hombre que, en ese entonces, no la miraba dos veces.

Y no solo no podía dormir porque las dudas la carcomieran, sino porque ahora que sabía la verdad, ya no podía esperar más. Pero no sabía cómo expresarlo sin ser demasiado obvia. Caleb estaba durmiendo en otra de las habitaciones de invitados, una que estaba justo al lado de la suya. Eso de colarse requería muy poca vergüenza, vago sentido del ridículo y unas importantes ganas de fiesta, si sabéis a lo que me refiero, y le sobraban de las tres. Solo le faltaba valentía. Le faltaba que la puerta estaba cerrada, y que él no había insinuado que deseara estar con ella esa noche.

Es importante hacer un apunte: aunque Mio pensara de forma recurrente en el sexo, no era lo único que quería de Caleb, y eso ella lo sabía muy bien. Era consciente de que algún día, quizá cercano, no le bastaría con una relación física y, a lo mejor, tendría que alejarse para no sufrir. Una parte de ella ansiaba tomar lo que le ofrecía, que era mucho más de lo que nunca imaginó, pero otra no se quería conformar.

Para colmo, estaba asustada. Acostarse con él no iba a cambiar nada, porque nada de lo que pudiera pasar, haría que dejase de amarlo, igual que sería imposible quererlo un poco más. Pero Caleb tendría unas expectativas y ella ansiaba estar a la altura. Le aterrorizaba hacerlo mal. Le temblaban las manos, le sudaban las palmas y le dolía la cabeza solo de pensar que Caleb podría acabar insatisfecho, o sentirse defraudado. Mio no tenía esa preocupación, porque ya sabía lo que una sola caricia suya podía hacer en su cuerpo: estaba perdida en las sensaciones antes de que

continuara. Apostaba cualquier cosa a que, sin importar cómo o cuándo sucediera, vería el séptimo cielo. Ahora bien… ¿La acompañaría él?

Esa era Mio al dar vueltas por el pasillo con los hombros como pendientes. Hacia la derecha, derecha, derecha, derecha, media vuelta; hacia la izquierda, izquierda, izquierda... Media vuelta. Miradita ansiosa e ilusionada a la puerta cerrada. Suspiro inaudible. Golpecito en el pecho. Y ahí iba la séptima repetición de su paseo, de su custodia temporal a la puerta que la conduciría con el hombre con el que soñaba.

Se acercó a la puerta y puso un dedo sobre el tirador. *Bum*. Otro dedo. *Bum*. El anular. *Bum*. Cuando puso el meñique, su corazón latió dos veces. *Bum bum*. Pensó en tararear alguna canción que pudiera acoplarse al ritmo de su pulso frenético. Quizá *La niña que llora en tus fiestas*, de La Oreja de Van Gogh.

Se concentró en la letra y dejó de pensar que solo necesitaba empujar hacia abajo para entrar. Se sintió tonta perdiendo el aliento por algo que estaba autorizada a hacer —era su amante, por favor, lo que tenía prohibido era hacerse la difícil—, pero Leire Martínez empoderó su sufrimiento con esa frase con la que se sentía tan identificada: «Vuelvo a casa perdida otra vez, porque no sé dejar de adorarte».

Iba a soltar el tirador cuando empujaron la puerta desde dentro. Mio estuvo a punto de caer de rodillas en la habitación. Recuperó el equilibrio gracias a unos brazos que la cogieron por los hombros. La vergüenza le hizo perderlo de nuevo, y los ojos de Caleb, que la miraban a través de las gafas, no ayudaron.

—¿Qué haces aquí?

«Hacer un poquito el imbécil, ya deberías estar acostumbrado».

Tragó saliva y cuadró los hombros.

«Vamos, invéntate algo, lo que sea...»

—Tengo sed y me da miedo ir a la cocina sola porque... he visto una cucaracha en la escalera. —Le temblaba tanto la voz que no dudó que fuese creíble. Él tampoco lo hizo, a tenor de su expresión—. ¿M-me acompañas?

Caleb se ajustó las gafas, desviando allí la atención de Mio. No parecía somnoliento. Más bien demasiado despierto para ser tan tarde. Incluso daba la sensación de que no se había quitado las gafas para tumbarse.

¿Tendría problemas de insomnio?

Menuda excusa patética acababa de poner. ¿Una cucaracha en el piso de Marc? Si era el amo de casa por antonomasia, el novio del Cloralex.

No había quien se lo creyera.

Una vez en la cocina, lo miró de reojo.

—¿Te he despertado o ibas a alguna parte?

—No, tranquila. Iba a bajar a comer algo. —Y la miró fugazmente como si fuera a comérsela a ella.

Mio lo vio apoyar las manos y las caderas en la encimera, cerca del frigorífico. Ella lo abrió sin recordar qué hacía allí. ¿Le había dicho que tenía hambre, o sed?

Se lo quedó mirando a la espera de que le echara una mano. Olvidó cómo llevar aire a los pulmones al echarle un rápido vistazo. Estaba tan ocupada canturreando una canción de La Oreja

que no se había dado cuenta de que Caleb solo llevaba los pantalones.

«Ay, mamá».

Lo había visto varias veces sin camiseta, no era nada nuevo o especial. Y al mismo tiempo, parecía que era la primera. Se sofocaba igual. Le entraba un calor del infierno y los sudores de la muerte. Parecía que no hubiera visto a un tío en toda su vida. Era robusto, ancho de espaldas y estrecho de cintura; tenía los hombros amplios y los brazos fuertes. No estaba definido porque no hacía apenas ejercicio, pero era fuerte por constitución y eso llamaba la atención.

—¿Cuál es el problema? —preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Qué te tiene dando vueltas? Te conozco. Sé que duermes como un tronco a no ser que algo te desvele antes.

—Es la película —se le ocurrió. Metió la mano en la nevera y que fuese lo que Dios quisiera. ¿Un espetec de los que Otto mandaba? ¿Un yogur caducado? Se lo comería sin mirar—. No paro de pensar en el final.

—¿No estás de acuerdo? ¿De verdad sigues creyendo que él no la quiere tanto después de los créditos?

—Sí. O no. No lo sé.

Se llevó una mano a la frente. Agobiada, estaba muy agobiada. Jodidamente agobiada. Y tenía calor. Musitó, para sí misma:

—Mierda, Cal...

—¿Qué pasa? No me digas que lo que te tiene sin dormir es si el protagonista la tenía pequeña de verdad.

Tardó en recordar a lo que se refería.

—Ah, es verdad, lo dije. Y luego tú esquivaste lo de los dieciocho. Por Dios, ¿por qué lo escondes? —gimió. Abrió más la nevera para que la luz interior iluminase a Caleb—. Si es verdad que es más grande... Dudo que un hombre se lo callara. Esas cosas se van gritando por ahí, ¿sabes?

—No soy tan extravertido, me temo.

—No, prefieres jugar a las adivinanzas.

Caleb ladeó muy divertido la cabeza.

—¿Para qué lo quieres saber?

—¿Es que no tengo derecho a saberlo? Tarde o temprano lo descubriré, y prefiero no llevarme una sorpresa desagradable cuando no podamos...

Se mordió el labio.

—¿Me lo vas a decir, o no?

En cuanto sus ojos relampaguearon, supo que tendría su deseada respuesta… pero con condiciones. Tuvo que soportar segundos de agonía antes de recoger el premio.

—Me lo vas a decir tú.

—¿Cómo?

Caleb se impulsó desde la encimera y se acercó. Mio le ofreció espacio pegando el coxis a la primera balda de la nevera. El frescor en la espalda la alivió, aunque solo en parte.

—Hagamos una cosa. Jugaremos a una nueva versión del ahorcado. ¿Recuerdas el ahorcado? —Asintió—. Muy bien. Vas a intentar adivinar el número diciendo algunos al azar. Si fallas... Tendrás que quitarte una prenda de ropa.

Mio desencajó la mandíbula.

—¿Cómo?

—¿Hay trato?

—¡Hay números infinitos, Cal! ¡Y hay muchos decimales que tener en cuenta! Es imposible que acierte, antes me quedo sin piel y sin huesos.

—Una pista: está entre los dieciocho y los treinta.

—¿Los treinta? Y una mierda. Ese es el intervalo de la temporada sexual del individuo medio durante su vida; no existen de treinta centímetros.

Muy a su pesar, tuvo que darle una respuesta.

—Vale. Acepto.

Caleb se separó un poco con una levísima sonrisa victoriosa que ella apreció con el corazón. Le hacía ilusión verla desnuda, y eso era casi tan *sexy* como los besos en las piernas, aunque aún no había decidido qué idea le gustaba más. Solo sabía que, siendo un juego estúpido, se había encendido. Iba a intentar averiguar las medidas de su...

Fascinante.

—Veinte —probó.

Se hizo el silencio, y él, el remolón. Echó un amplio vistazo al techo, y chasqueó la lengua.

—Lástima. —No lamentaba una mierda; el brillo de los ojos le delataba—. Vas a tener que prestarme tus pantaloncitos, porque llevas los pies al aire.

—Pues esto acabará antes de lo que pensamos —masculló, metiendo los pulgares en el interior del *short*—. No tengo mucho más que tres prendas.

La tela resbaló por sus piernas. Sin elegancia ni bailes sensuales, levantó el pie, lo cogió y se lo tendió. Caleb los tomó y los hizo una bola en su puño.

¿Tenía el culo tan pequeño, o eran sus manos enormes?

—Tienes dos intentos más.

—Dame una pista.

Caleb negó con la cabeza. No apartó la vista del interior de su palma, como si la tela negra fuese muy interesante.

—Arriésgate.

«Zorro cabrón».

—Veintiuno.

Por poco gritó de frustración al verlo aspirar con los dientes apretados. Mierda... ¿O no? No, todo lo contrario. Él tenía la piel de gallina, y el frío que despedía el frigorífico abierto no tenía nada que ver con eso.

—¿En la universidad también usabas esta técnica para obligar a las chicas a enseñarte las tetas?

—Esta técnica en concreto, no —bromeó. Mio se rio, pero de pura agonía—. ¿Tienes miedo, nena? Porque como tú has dicho, voy a verlas tarde o temprano.

—¿Y tú estás fumado? —Bajó un tirante con la mano y se abrazó la cadera con la otra para que no viese que temblaba—. Te noto muy contento para tratarse de ti.

Caleb arqueó una ceja y levantó el *short*, agitándolo en sus narices como un reclamo.

—¿Debería estar triste? Tengo la bandera de mi propia revolución.

—Mis bragas son mucho más coloridas que eso —provocó, mirándolo con los ojos entornados —. Y sí deberías estar triste, porque no hay mucho que ver aquí. Tú solo... Procura no reírte. No soy tan... abundante. No como Natasha o Julie.

Caleb no dijo nada, pero la sonrisa desapareció de sus labios. El desasosiego cubrió a Mio. ¿Qué significaba ese cambio? ¿Estaba decepcionado? ¿Temía estarlo? Dios, tampoco debía sorprenderle. Sí se ponía sujetadores que ayudaran a subir, pero tampoco hacían milagros, y nunca usó postizos, relleno o maquillaje de *drag queen*. Si sus limoncitos ofendían su gran y pervertida imaginación, sería su problema, porque lo que se veía con ropa era exactamente lo que había debajo. Ni más, ni menos.

Mio pensó en echarse atrás varias veces durante el proceso de bajarse el segundo tirante y dejar que el camisón cayera en brazos de la gravedad. La tela era tan resbaladiza que voló en el acto a sus tobillos, revelando la piel más clara y sensible de su cuerpo. Se le endurecieron los pezones en cuanto Caleb clavó sus ojos allí. Uno y otro. Otro y uno. La repasó, y no como si debiera encontrarle un defecto. Le había visto esa expresión muchas veces, la ponía cuando ganaba una pelea. Se estaba regodeando porque creía tener la razón.

Caleb eligió ese momento para regresar a su acostumbrado silencio lleno de reflexiones. Pero sí lo vio llevarse la mano a la entrepierna y rozarla con la base de la palma. Mio aguantó la respiración, quieta como una estatua. Estaba excitado. No apartó los ojos de la erección que se frotó solo dos veces antes de avanzar un paso y atravesarla con una mirada de carbón.

—Última oportunidad —susurró con voz ronca. Las palabras volaron a su vientre y allí se clavaron, derritiendo todo lo que fuera sólido, evaporando todo lo que fuese líquido.

Mio se creció ante el descubrimiento de que provocaba algo en él. Algo que le dolía y gustaba a partes iguales.

—Veinte.

—Ese ya lo has dicho.

—Veinte —repitió en voz baja.

Oyó la agitada inhalación de Caleb. Ella lo copió, y sin que él diera la última orden, se quitó las braguitas. Repitió el proceso de la primera y la segunda vez: dejó que corrieran muy despacio por sus piernas y se quedaran enganchadas en sus tobillos, con un silencio de fondo que llenó el momento de solemnidad.

Observó que un músculo hacía vibrar la mandíbula de Caleb. Poderosa. Así se sintió. Y cumplidora, porque había cumplido consigo misma. Eso era una parte de lo que ella siempre quiso, y ahí lo tenía. Caleb excitado por su cuerpo. El *suyo*. Nadie más estaba allí.

El jadeo masculino rompió la fingida calma y la envolvió en una fantasía. Ella se apretó contra la nevera, que ayudaba a mantener a raya el calor, y él puso una mano grande al lado de su cadera. De pronto estaban frente con frente, y él la cogía de la cintura con una mano de uñas largas, afiladas, que acabarían dejándole marca.

Así lo quería.

—Nena... —gimió. Mio despegó los labios y cabeceó en su dirección para que le diera un beso. Él obedeció, sacándose antes las gafas como hizo para el beso del día anterior—. Va en contra de mis principios follarte en la casa de Marc Miranda. Va en contra de mis principios follarte y que no sea perfecto —concretó en un susurro—. Pero créeme, tienes de lo que yo quiero en mucha abundancia.

—¿Y por qué tardas tanto? —balbució. Puso las manos en su pecho—. ¿Qué necesitas? ¿A qué más esperas?

—Estaba esperando a que te echaras atrás —confesó. Sus bocas estaban tan cerca que los labios de Caleb la acariciaban al pronunciar cada sílaba—. Sé que tiendes a pensar que quieres algo... y luego resulta que no lo querías tanto.

Desenredó con los dedos su pelo y dejó caer la mano sobre su hombro. Una caricia de fuego la derribó al descender cerca de su pezón, de su ombligo, deteniéndose al final en la ingle.

—Yo no quiero ser una de esas cosas. Necesito ser especial para ti.

Mio hiperventilaba cuando sintió los dedos de Caleb entre sus piernas. Era una caricia sutil, como aire caliente, como las cosquillas del vaivén de una atracción de feria; las sentía en todo el cuerpo. El pecho, el vientre. Incluso detrás de las orejas la azotaba ese bienvenido vértigo.

—No lo eres —aseguró sin voz. Sus caderas viraron hacia las yemas que la torturaban superficialmente—. No lo eres, no... No lo eres.

Caleb suspiró muy cerca de su oído.

—Quiero que sientas la misma desesperación que yo. Quiero que no puedas dormir porque no puedes dejar de pensar en mí. Quiero que me imagines tocándote todo el día, ahí donde estés, incluso cuando vas caminando por la calle. Quiero que sueñes conmigo...

Su pulgar rodeó el clítoris con varias caricias seguidas. Caleb cubrió con un beso húmedo el sonoro gemido que Mio exhaló.

—Quiero que te pongas tus bragas preferidas pensando en la cara que pondré al verlas. Y quiero todo eso porque no me gustaría estar solo en mi obsesión.

Ojalá hubiera podido confesar que ya lo hacía, que monopolizaba sus pensamientos y que estaba agarrado a cada célula de su cuerpo como una enfermedad letal. Pero Caleb la miró sin gafas, con los ojos empañados de no ver bien, y lo olvidó. Se le olvidó todo. Él ardía aunque no enfocara la vista, porque no necesitaba una ojeada para desearla. Ella estaba en su cabeza... Ella era especial para él, aunque fuese temporalmente.

—Vete a la cama —pidió en tono suave—. Si después de esto, mañana me sigues queriendo, te daré lo que me pidas. Cualquier cosa.

Una prueba de lealtad. No parecía muy difícil, pero es que no solía enfrentarse a una noche larga y caliente metiéndose cojines entre las piernas. Iba a dejarla así, desnuda y con todo el cuerpo destrozado de pasión. Era una crueldad. Pero por algún motivo era importante para él, y sabía que, al igual que a ella, no le hacía ilusión posponerlo. Solo por eso, y porque haría cualquier maldita cosa que le pidiera, lo rodeó y respiró hondo con los ojos cerrados. Al recoger sus bragas, pensó que, para estar desnuda, se había sentido más segura que nunca.

Mio se giró hacia él con el pecho cubierto. Intentó que pareciese que lo tenía todo bajo control al hablar, pero se le escaparon varios gallos y terminó susurrando.

—No me has dicho el número exacto.

Él, aún apoyado en el borde de la nevera y sin girarse, era todo un espectáculo. Observó los músculos de su espalda flexionados, cómo ondulaban por la tensión a la que estaban expuestos.

—Has acertado dos veces —confesó.

Mio abrió la boca tanto que se podría haber destaponado los oídos.

—¡Me has mentido!

Caleb la miró por encima del hombro con una sonrisilla que arrugó las comisuras de sus preciosos ojos. Esas dos rayas le dijeron todo lo que necesitaba para olvidar el mosqueo antes de procesarlo: «soy demasiado bonito para mosquearte».

Se impulsó desde la nevera y le echó un último vistazo a sus piernas.

—Estoy fuera de servicio, y cuando no trabajo..., me gusta ser un poco malvado.

12

The Beatles

Se había tirado toda la noche como un tigre enjaulado, dando vueltas por la habitación, histérico, preguntándose qué miembro de la familia tuvo la desfachatez de transmitirle vía ADN aquel lamentable sentido de la justicia. ¿Podía llamarse *justicia*? Porque a ratos pensó que era estupidez y masoquismo, nada que ver con el virtuosismo. Era el amo saboteándose cuando más necesitaba a Mio y por culpa de esto pasó la madrugada cobijado en el umbral del dolor más agudo. Gracias a Dios, después de la tormenta siempre salía el sol: por la mañana lo vio todo de otro color y se sintió aliviado.

No había pasado una semana entera estudiando a la víctima muy de cerca para arrojar por la borda su plan, y menos en una cocina que no era suya. Bastantes lamentaciones hubo con el cutre beso en el baño, para luego cometer el mismo error y tener que lidiar con un polvo esporádico en la casa de Marc. En casa de Marc, por Dios; ni siquiera debió estar allí para empezar, pero quería aprovechar la excusa de que Aiko necesitara compañía para ver a Mio sin tener que dar explicaciones.

Había sido duro. Verla cada mañana con un modelito más atrevido que el día anterior, echándole miradas suplicantes y confusas —aunque sus preferidas eran las irritadas, las de «¿vas a venir a por tu puto hueso, sabueso de las narices, o tengo que enviarte a la perrera de una patada?»—, puso a prueba su autocontrol… y la elasticidad de la bragueta del pantalón. Ambos resistieron como campeones, aunque tuviera que darse unos minutos para respirar y discutir consigo mismo sobre los motivos de la espera. «No tienes que ser tan literal; tómala, y si se arrepiente, pues da igual. Eso que te llevas». Palabras del diablo sobre su hombro, que seguía teniendo la cara de Jesse.

Pero no se llevaba nada solo acostándose con ella. Tuvo que repetírselo cien veces al día durante los seis que habían transcurrido desde su atrevida petición. Y no solo debía ponerla a prueba. También él necesitaba preparación. Si Mio cambiaba de opinión después —lo que le ponía los huevos en la garganta—, quería que al menos recordara su momento por largo tiempo. Debía ser perfecto, y eso requería un estudio exhaustivo del momento en cuestión. Algo que no se le daba muy bien. Podía ser extremadamente calculador, pero en esa materia siempre dejó que fueran las mujeres las que se le acercaran. ¿Querían follar y él estaba de buen humor? Muy bien. Una sonrisa bonita; respondía con lo mismo. Una caricia en su brazo, insinuante... Él ponía su mano sobre la de ellas. Si se acercaban tres pasos, Caleb daba el cuarto. Después todo iba rodado. Pero Mio merecía algo mejor, porque aparentemente, siendo una chica de bar y discoteca, no se lo habían dado.

Suspiró y salió de la cama tal cual había entrado, sin arrepentirse de haber dejado las sábanas enrolladas para nada. Aiko dedicaba a ordenar y limpiar las mismas horas que su prometido entregaba a ser una persona decente: ningunas. Marc, en cambio, disfrutaba haciendo las tareas del hogar, así que sería buen invitado dándole trabajo para cuando volviese.

Cuando se presentó en la cocina, procuró tirar de la tela del pantalón. Su mente no estaba preparada para olvidar los volúmenes del cuerpo de Mio, y su entrepierna menos. Era él quien se había llevado la peor parte del juego, quedando cachondo para el resto del día. Y no le importaba que Mio lo descubriera, pero Aiko sí, y era ella la que estaba haciendo café.

—Buenos días —saludó, sin mirarlo—. He hecho café. No, tranquilo, no lo he hecho manualmente: ha sido la cafetera, así que se puede beber. ¿Qué tal has...? ¡No te puedo creer! —exclamó en cuanto se giró. Caleb miró hacia abajo enseguida, por si su pequeño problemita físico se hubiera hecho demasiado notable—. ¿Te has acostado con la misma ropa con la que viniste?

«Por los pelos».

—Sí, ¿por? Estaba limpia.

—Estaba limpia —repitió con voz graciosa, haciendo una mueca. Caleb se rio. Le encantaba cuando se ponía a imitar a los demás; le salía muy bien—. Siempre igual. Eres un desastre con patas, Caleb Leighton. Ibas a pasar la noche aquí, ¿y no se te ocurrió traerte un pijama, o una muda limpia...? Suerte tienes de que no fueras a trabajar.

»Mira que eres guarro —siguió despotricando—. Haces lo mismo que cuando tenías doce años y venías a pasar las vacaciones con nosotros: meterte en la cama con la ropa asquerosa de haber estado revolcándote por el césped.

Caleb se encogió de hombros, esperando que la bronca quedara ahí. Era una de las muchas cosas que tenía aprendidas. Sabía que Aiko I procuraba que sus hijas tuvieran su pijama limpio, su ropa de paseo y su chándal de estar por casa, y se ocupaba personalmente de que se cambiaran en cada momento del día. Explicaba que a Kiko le escandalizara su falta de interés por la ropa. Pero él pasó gran parte de su infancia en una casa donde no le lavaban ni los calzoncillos, y se podía dar con un canto en los dientes si podía ponerse algo limpio después de tres días con lo mismo. Nunca tuvo pantalones para estrenar. Era un milagro que destinaran alguna parte de las subvenciones que su «familia» adoptiva recibía a alguna necesidad de los niños que mantenían.

—No tengo la ropa asquerosa. Me la puse para venir aquí —suspiró. Se sentó en la barra que daba a la cocina, y esperó a que Aiko sirviera—. Y se supone que me revolcaba contigo, no con el césped.

—Oh, sí, y lo pasábamos genial —ironizó—. ¿Hoy no trabajas?

—Hoy es el Día de la Independencia —le recodó. Aceptó el café y le echó un vistazo antes de dar un sorbo. Con suerte no pasaba el resto del día amoldando el culo a la taza del váter—. Pero en un rato iré a la oficina para adelantar trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Cosas de abogados. Sé que no lo entiendes porque no estudiaste nada relacionado, pero...

Aiko lo calló de un manotazo en el hombro.

—Pues si vas al despacho tendré que prestarte algo.

—Nada con lentejuelas o plataforma, por favor.

—Imbécil... Le echaría mano al armario de Marc. Aunque no podrías tocar los trajes. Sería una

especie de sacrilegio.

—¿Es que tiene algo aparte de trajes?

—Bañadores. Le gusta la playa.

—Todo lo que conlleve alguna clase de lucimiento…

—Estoy pensando en qué podría quedarte bien, porque dudo que tengáis la misma talla. Y en que tendrías que dejarme por escrito que no vas a contarle que has puesto un pie en su vestidor.

—No jodas, ¿tiene vestidor? Me alegro de que te vayas a casar con Paris Hilton, es un buen partido. —Otra llamada de atención en forma de manotazo—. La verdad, no sé de qué me sorprendo. La ropa es lo de menos, Kiko. Pasaré por casa antes, y no me gustaría ver el mundo arder solo porque se me cayera una gota de café en una camisa de mil dólares.

—Cinco mil dólares.

—Es broma, ¿no? —preguntó, mirándola divertido.

—¿Qué pasa? Le gusta estar *sexy*.

—Ser *sexy* no depende de la ropa, sino de la actitud.

—Ah, ¿y puedes decir que no tiene la actitud? —rebatió.

—No, pero puedo decir que es otro ricachón descerebrado más. ¿Ha pensado en invertir, o en dedicar una parte de sus ingresos a los niños desfavorecidos? Sus camisas podrían alimentar a quince países en extrema pobreza.

—En sus palabras... «No le des peces al hombre: enséñales a pescar».

—En ese caso serían cañas de pesca para quince países en extrema pobreza.

Una tercera garganta se aclaró para llamar la atención.

—Eh... No quedaba champú y necesito lavarme el pelo.

Caleb se encontró directamente con los ojos somnolientos de Mio. Tenía el pelo pegado a las mejillas, y succionaba un mechón negro empapado como seña de su nerviosismo. No eran ni las ocho de la mañana y estaba como él: esperando algo que quería que llegara ya, pero que no sabía cómo atraer. Lo que sí sabía era que podría llegar antes de lo previsto si se paseaba con esa minúscula toalla anudada al pecho.

Fue curioso que no necesitara que se la quitase para verla desnuda. La había visto como vino al mundo una sola vez: su figura recortada contra la luz de la nevera, no precisamente en alta definición porque no llevaba las gafas…, y, si le preguntaban, podría señalar el lugar exacto del lunar en su estómago. Su ombligo. Incluso sus pezones pequeños y las pecas cerca de la cadera derecha. Lo había memorizado todo. *Todo*. Como si su mente hubiera reservado un espacio específico para aquellos detalles y llevara toda la vida con el temporizador para inmortalizarla de un solo vistazo.

Oyó que Aiko respondía algo y se giraba para abrir una de las despensas. Le pareció que decían su nombre y le dio igual. Estaba absorto en la travesía de la lluvia que acariciaba las piernas más bonitas de la jodida cristiandad. ¿Era ese el momento ideal para arrodillarse y lamer las gotas de agua? ¿Existía de verdad ese puñetero momento? Porque a veces sentía que nada estaría a su altura nunca, y eso le llenaba de orgullo y desesperación. Incluso ser tan increíble traía problemas. A lo mejor Mio se cansaba de todo el mundo porque nadie podía igualarla, ni siquiera él. En situaciones como aquella lo confirmaba, cuando demostraba que se podía jugar a ser Dios con una toalla de baño.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó, mirándola con atención. Estuvo a punto de descojonarse con su respuesta expresiva. «Que te den»—. Podrías haberte quedado descansando hasta tarde. Si no vas a volver a dormir, podrías venir conmigo.

—¿A dónde?

«Eso es. ¿A dónde? Improvisa. Improvisa, vamos».

—A mi coche. Tengo un rato libre antes de ir a trabajar. Podríamos ir al extrarradio a seguir con las clases de conducción.

Clases de conducción. Se rio tanto de sí mismo para sus adentros que por poco se le escapó una carcajada. Al único sitio al que Mio conseguiría conducirle, sería a la muerte por combustión espontánea. Y él quería meterla en su coche para terminar defraudando su idea del buen sexo, no para enseñarla a conducir. Pero ella quería meterse —se le iluminó la cara con la mención—, así que, ¿qué importaba?

Aiko apareció enseguida con el bote sin estrenar en la mano.

—Me lavo el pelo, me visto, y vamos.

Caleb esperó a que se diera la vuelta para provocarla.

—No hace falta que te vistas.

Su respuesta fue mirarlo con timidez por encima del hombro. Echó a correr escalera arriba. Adoraba esa tendencia a la cobardía que a veces se le escapaba entre tanto valor. Gracias a esos momentos se sentía más cerca de ella, porque él era esa persona retraída que no es que pensara antes de hablar; es que repetía tanto las consecuencias antes de hacerlo, que al final lo hacía paralizado de miedo. A Mio le sentaba bien la máscara de vergüenza, y a él le avergonzaba su propia cobardía. Él odiaba sus defectos y a ella le sentaba de maravilla la humanidad.

—¿A qué ha venido eso? ¿Ahora os lleváis bien, o estás haciéndote el gracioso? Porque sabes que no me gusta que hagas esas cosas.

Caleb miró a Aiko con ironía.

—A mí tampoco me gusta tu novio, y te lo haces igualmente. De todos modos, sí que nos llevamos bien ahora —continuó. Hizo una pausa para beber café—. Sobre eso tenía que hablar contigo.

Podía esconderle a Aiko una cosa: el caso. Porque sabía que tenía la razón, y porque se lo contaría más adelante. Pero no podía mirarla a la cara ocultándole, a la vez, las dos cosas que más le importaban en esos días. Estaba tan acostumbrado a que Aiko estuviera en su cabeza, pensara y sintiera junto a él, que se sentía extraño actuando a sus espaldas. Sobre todo cuando aquel tema no solo involucraba a su hermana, sino que traía una cola mucho más larga.

Pensaba que tendría que hacer una gran introducción y repetirlo varias veces para que lo captara, pero se le pasó por alto que Aiko estaba conectada con él y lo reconocería.

—Se lo has dicho. Le has dicho que estás enamorado de ella —dedujo, tan segura de sí misma que incluso él se lo creyó—. ¿Desde siempre, o le has hecho pensar que es cosa de ahora?

—No. No le he dicho nada de eso.

—Ella te lo ha vuelto a decir.

Aquella mención directa a la primera y única vez que Mio le dijo que lo quería fue un ataque al corazón. Una parte de él se tomó un instante para saborear una fantasía en la que se lo repetía, sintiéndolo de verdad.

En realidad, no fue la primera y única vez. Lo era para Aiko, pero él recordaba unas cuantas más. Fue la única en la que Caleb estuvo convencido de que lo decía por aburrimiento, costumbre o desesperación, porque hubo varias veces antes.

Una, cuando tenía dieciséis años y celebraba Año Nuevo en casa de unos amigos. Cal fue a recogerlas, a Kiko y a ella, porque ninguna de las dos tenía coche y la casa rural donde se celebraba le quedaba cerca. Mio no estaba borracha: tenía prohibido beber desde que con quince se cogió su primera cogorza y estuvo la noche entera vomitando... Pero sí estaba contenta, ilusionada. Llegó a tiempo para ver unos juegos de pirotecnia que improvisó el hermano del anfitrión, un estudiante de Química recién graduado. No se le olvidaría el momento en que ella lo abrazó por la cintura, siempre en contra de su falsa voluntad porque sabía —maldita fuera por saberlo— que lo necesitaba aunque no lo dijera, y le soltó que quería estar con él. Empezar el año con él. Después se separó sin darle tiempo a responder y estuvo dando vueltas por jardín hasta orillarse en la hoguera cerca de un compañero de clase. Caleb estuvo allí cuando el tío empezó a darle besos en el cuello y ella se dejó, y quien volvió solo a casa con Aiko porque Mio decidió dormir con su nuevo ligue.

La segunda vez fue cuando cumplió dieciocho y lo celebró en casa. Caleb no supo cómo consolarla cuando dieron las doce y no recibió ninguna llamada de su padre, que en esos momentos estaba peleado con toda la familia. Mio disimuló la tristeza, pero en cuanto su madre se acostó, rompió a llorar y Cal no pudo soportarlo. También fue ella quien lo abrazó de nuevo, como si fuera él el desdichado. Esa vez le dijo que no le importaba que su padre la ignorase, porque la única persona a la que quería a su lado era a él. Volvió a decirle que lo quería, con esa clase de mirada que no daba lugar a dudas de a qué clase de amor se refería, y se quedó dormida. Cuando a la semana siguiente fue a verla, dispuesto a hacer algo al respecto, ella se pasó toda la tarde hablando de un chico al que había conocido en la bolera.

—Tampoco —concluyó secamente.

—¿Entonces?

Caleb le contó a grandes rasgos la situación. No quiso alargarlo, y de haberlo querido, tampoco habría sido posible. Las maneras de decir «tu hermana y yo queremos follar» dando muchos rodeos eran escasas, y él no era un gran orador.

—No me lo puedo creer. Dime que bromeas —soltó Aiko, mirándolo decepcionada—. Caleb, esto es literalmente lo peor que podrías hacer. Estás enamorado de ella y no se lo has dicho porque piensas que te usará y te tirará, ¿y lo mejor que se te ocurre es empezar una relación lo contrario a seria?

—Yo también lo pienso. Créeme, cuando la besé por primera vez, no se me ocurrió algo así en ningún momento. Estuve dándole vueltas y las conclusiones variaron entre hacerme el sueco y decirle que la quiero, con lo que eso conllevara. Te aseguró que aun estando cagado, pensé en una relación seria. Pero ella salió con eso, y... Me pareció lo mejor.

—¿Que te pareció lo mejor? Caleb... —suspiró—. Me dijiste que algún día harías algo con tus sentimientos. Lo juraste varias veces. Pero no se me habría ocurrido que te conformarías con algo menor a lo que ambos merecéis. Mio necesita a alguien que la quiera, no a alguien que se acueste con ella.

—No voy a tirármela y a pasar de ella. Parece mentira que lo insinúes.

—Eso es lo último que pretendía insinuar, pero es el problema. La vas a cuidar y la vas a tratar tan bien que vas a creerte que estás en una relación, y si ella se cansa... Todo se va a ir a la mierda. El miedo que tenías antes sigue presente. Desde mi punto de vista estás en la misma situación que hace diez meses o diez años. Así que dime, ¿qué ha cambiado para que ahora te hagas cargo?

—Que no puedo aguantarlo más —respondió con honestidad. Aiko se desinfló como un globo, sustituyendo la tensión por la cálida resignación con la que solía tratar el asunto—. Piénsalo. Podría tirarme otros diez años callando, o podría rendirme de una vez. He estado posponiendo lo inevitable porque esto solo podía acabar de una forma. Vi la luz cuando ella dio el paso y no se arrepintió. Y si lo hace después... Procuraré que no afecte a nadie.

—Es imposible que no afecte a nadie, porque tú serás el primer afectado, y nadie quiere verte pasándolo mal. Yo...

Se mordió el labio y lanzó una mirada preocupada al techo.

—No sé qué hay en la cabeza de Mio, Cal. Nunca lo he sabido, y lo último que se me ha ocurrido ha sido meterme entre vosotros e intentar hacer de casamentera cuando encima tenía que ser la de mis padres. Pero... ¿Qué quieres que te diga? No me gusta un pelo.

—¿Qué significa eso? ¿Te vas a interponer ahora?

—No. Nunca me meto en relaciones o decisiones ajenas, para bien o para mal. Tú te metiste lo suficiente en la mía para no hacer lo mismo nunca —apostilló, mirándolo con los ojos entornados—. Pero no me hace feliz. Te lo digo porque me has pedido opinión, no porque pretenda que me tomes la palabra. Haz lo que quieras. Eres responsable y ella quiere esto, así que está bien.

—Crees que va a acabar mal —dedujo.

—No, no lo creo, porque no lo sé. Solo tengo miedo. Odiaría que os separaseis por cómo repercutiría en la familia. Hemos trabajado muy duro para ser una de verdad; papá, mamá, tú y yo, Mio... Si faltarais alguno de los dos... Aunque confío en que seréis lo bastante maduros para afrontar lo que venga.

Hubo un silencio muy tenso. Caleb entendía sus recelos. Era la que más había sufrido con diferencia los problemas entre sus padres, y quien mejor conocía a Mio. Cuando Raúl y Aiko I tenían problemas, ella se desvanecía, o no se daba cuenta de lo que pasaba. Aiko nunca pudo desahogarse con su hermana, jamás compartió sus preocupaciones en casa, porque Mio estaba demasiado ocupada soñando y revolucionando al mundo entero para darse cuenta de que las tenía. Si la familia volvía a romperse, Mio no le daría importancia, porque en el fondo Raúl era un desconocido para ella y Aiko I tampoco era la madre del año. Kiko, en cambio... Los necesitaba a todos unidos, siempre, porque había sacrificado su orgullo y el dolor de su corazón para que ahora pudieran mirarse a la cara.

—Anda, ven aquí. —Le hizo un gesto para que rodeara la barra. Ella obedeció con cara de perro pachón. Se dejó abrazar—. Estaremos bien.

—Más os vale —masculló contra la camiseta—. No es que crea que mi hermana es una loca inestable que va a romperte el corazón. Sabes que no estoy de parte de nadie, ni tengo derecho a opinar sobre algo que no siento. Ante todo, ella necesita tanto como tú descubrir si lo que siente por ti es real.

Caleb puso los ojos en blanco. Siempre acababa volviendo a eso, a su sospecha de que Mio lo quería de vuelta. Estaban como los críos, haciendo elucubraciones sobre la tendencia afectiva de alguien que tampoco lo tendría claro. Aiko se lo señalaba siempre que podía: «eres especial para Mio. Le gustas. No pondría la mano en el fuego por ello, pero creo que está enamorada». Él no se tragaba nada, y sabía que ella tampoco lo haría si le contara cuántas veces jugó a hacerle pensar justamente eso y luego dejarlo con la miel en los labios. Pero no se lo decía porque en el fondo le gustaba fantasear con lo mismo. Nada de vanidad u orgullo. Solo le ilusionaba.

—En fin... —Se separó y sonrió sin ganas—. Vas a estar con ella hoy, ¿no? Tengo un paquete de condones sin abrir. Puedo darte unos cuantos.

Caleb soltó una carcajada ruidosa a la que Aiko no tardó en unirse.

—Dios, ¿qué diría mi madre si supiera que de vez en cuando nos prestamos condones?

—Apuesto porque seguiría pensando que acabaremos casándonos. —Estiró la sonrisa a un lado —. Mejor me voy poniendo en marcha. No los necesito, aunque gracias por la oferta. A lo mejor me podría quedar bien una camisa de tu novio, pero en la talla del condón diferimos, te lo aseguro.

—El hábito no hace al monje, ni el atractivo o el tamaño al buen follador —se burló Aiko. Se la vio disfrutar de la mueca de Caleb—. ¿Qué pasa? Marc me ha enseñado a ganar discusiones. Y me alegro de que no hayas aceptado, era una pregunta trampa.

—Lo sé. Yo te enseñé a ser la abogada malvada.

—Oh, seré muy malvada como Mio no me diga que ha sido el mejor polvo de su vida.

Caleb agarró las llaves del coche y le guiñó un ojo.

—Es una garantía saber que seguirás siendo la persona más buena que conozco.



Caleb no supo cómo comportarse cuando Mio apareció con un peto y un *top* sin mangas de satén celeste. Lo segundo era una provocación, y lo primero, ese tipo de prenda que llevó durante toda su adolescencia a sus actividades extraescolares para familiarizarse con el gremio. Según la oyó decir una vez, no se podía ir a clase de pintura al óleo sin una pechera vaquera. Y el modelito en sí no tenía nada de malo, pero le traía recuerdos que aún no sabía si le ilusionaban o le bajaban el ánimo.

Hizo una señal para que ocupara el asiento del piloto. Nunca antes había estado allí, en ese sitio concreto, y le gustó cómo le sentaba el volante. Era alta y estilizada; conducir un vehículo de esas características le añadía encanto. Él se encargó de poner el aire acondicionado y la música.

—¿Son Los Beatles? —preguntó ella—. Me encantan.

Caleb la miró con diversión.

—No, no te encantan.

—¿Y tú cómo lo sabes?

«Lo sé porque si te gustaran estaríamos casados».

—Pataleabas cuando tu madre quitaba La Oreja de Van Gogh para ponerlos.

—Pero eso no significa que no me gusten. Puedo cantarte *Blackbird* de principio a fin, siempre lloro con *Don›t Let Me Down* y en la pared de mi habitación de la infancia tenía escrito con

papelitos de periódico «*Living is easy with eyes closed*», que es...

—De *Strawberry Fields Forever*, sí. —«No me hagas esto o tendré que casarme contigo»—. Anda, *beatlemaníaca*, enciende el coche de una vez.

Lo hizo con movimientos mecánicos.

—¿Dónde quieres que te lleve? Tendrá que ser un trayecto corto porque hoy tengo muchas cosas que hacer. Aiko me pidió anoche que le trajera unas cosas de la oficina y la ayudara con un par de trabajos. Y luego he quedado.

Caleb se puso tenso, pero lo disfrazó de indiferencia.

—No hace falta que te pases por allí para dos minutos. Le preguntaré qué es y le llevaré yo lo que sea.

Se quedó callado un momento. Procuró que pareciese una pausa para valorar el estribillo de *Revolution.*

—¿Estarás hasta muy tarde, o muy lejos? ¿Necesitarás que te recoja?

«Qué sutil eres, te mereces un premio».

—Pues no lo sé. No me ha dicho a dónde me quiere llevar, pero vive cerca del hospital, así que supongo que no pasaré de Olympia Heights. —Le lanzó una mirada fugaz—. Le prometí a Gavin que saldría con él después de enseñarme el hospital.

—Gavin —repitió, recordando lo cariñoso que se mostró estando él delante—. Claro.

No quería ser un exagerado, pero por poco se lo comieron vivo los celos. Y no tenía ningún sentido, porque a diferencia de otras salidas que hizo acompañada o relaciones reales —aunque poco serias—, lo de Gavin no era más que una transacción. Prefería no entrar en detalles de físico, porque por lo poco que sabía, Mio no diferenciaba a los guapos de los feos y quizá no fuera ningún problema que Gavin no fuese precisamente modelo... si saliera con él por gusto y no por interés, claro. Por favor, ella misma admitió que era una chica de bar. Si debía empezar a ponerse celoso, no terminaría nunca.

—¿Estás enfadado?

—¿Por qué debería estarlo? Ya sabía que quedasteis. Estaba allí, ¿recuerdas? Como tu hermano. Supongo que adoptivo, o si no, no se lo habría tragado. —«Ah, no, no vayas por ahí. No te pongas gilipollas, Leighton»—. Espero que te lo pases bien.

Se sentía como el protagonista de aquella recargada película de Luhrmann que Aiko le hizo tragarse hacía solo unas semanas, cuando Satine debía ir a la torre con el duque para cumplir con su deber como cortesana y amortizar su inversión en el *Moulin Rouge*. Por suerte, Caleb cantaba y bailaba como el culo, así que no existía riesgo de ponerse a interpretar el tango de *The Police*. Lo que estaba claro era que Mio no tenía por qué ponerse en la luz roja esa noche.5

—Entonces... —tanteó ella—. ¿No te importa?

—Según tengo entendido vas a cenar y nada más. ¿O me he perdido algo?

—*No, no, no, no,* claro que no. O sea, sí, exacto —aclaró, nerviosa. La vio apretar el volante—. Pero... Como se supone que estamos juntos, aunque no sea nada serio o... una relación real, pues... No es que quiera que te pongas celoso, ni mucho menos, eso está muy mal. —Lo miró como si esperase un asentimiento—. Pero creo que deberíamos definir si podemos salir con otras personas mientras...

—No.

«Ahí te he visto rápido, cabrón». Se aclaró la garganta.

—No es negociable ni está abierto a debate. Cuando estoy con alguien, no me gusta compartir. Aunque si prefieres acabar con esto antes de que empiece para tener mayor libertad, no pondré objeciones.

«No lo hagas, por favor».

—Claro que no quiero acabar con nada. Esto solo era para conseguir los historiales, ya lo sabes.

—Por supuesto.

No añadió nada más, y ella tampoco. Se quedaron en silencio mientras sonaba *Happiness Is A Warm Gun*. *«She›s not a girl who misses much»*, decía al comenzar. Caleb se preguntó si Mio echaría de menos las horas que pasaran juntos mientras durase su *affair*, si lo echaría de menos *a él*, y no al sexo, cuando formalizase su relación con alguien. Procuraría que así fuera. De hecho, intentaría montárselo de manera que ella se convirtiera en una adicta y no pudiera dejarlo nunca. Pero sabía que el porcentaje de fracaso era muy alto, y que en caso de quererlo, tal vez no lo hiciera por mucho tiempo. Lo cierto era que Caleb la conocía demasiado bien como para ver la situación con optimismo, y más cuando esa noche la pasaría en compañía masculina.

Un frenazo lo sacó de sus pensamientos. Mio tenía los labios apretados y se aferraba al volante con cara de consternación.

—¿Sabes a dónde vas? —preguntó, levantando una ceja—. La primera vez lo hiciste mejor.

—Lo hice igual, casi nos matamos —corrigió—. De todos modos, la primera vez tenía motivación.

Caleb sonrió para sí, aunque sin ganas. No se pudo sacar de la cabeza la conversación anterior. No terminaba de entenderla, y no porque fuese un misterio: era tan expresiva y honesta que uno podía creerse cualquier cosa que saliera de sus labios. El problema no era que no hablase de corazón, porque lo hacía, sino que esos sentimientos perdurasen. ¿Había sacado ese tema porque quería ver a otras personas, o porque no le gustaría que él lo hiciese, o era una forma de asegurar el acuerdo?

—Se te da mejor trabajar bajo presión, ¿eh?

—Llevo toda la vida bajo presión, no conozco otra forma de trabajo.

—Es bueno presionarse. Solo así sabes hasta dónde eres capaz de llegar, y si de verdad quieres hacerlo. A veces crees que necesitas algo, y cuando estás esforzándote por descubrirlo, te das cuenta de que no es lo tuyo.

Mio se detuvo en un semáforo en rojo y aprovechó para mirarlo con interés.

—¿Te ha pasado eso alguna vez?

—Claro. Nadie nace sabiendo. Siempre he pensado que los que tienen clara su vocación desde muy pequeños son afortunados. Lo difícil ya está hecho, porque desde mi punto de vista, lo complejo no es trabajar duro, sino conseguir la motivación para hacerlo. Cuando no sabes lo que quieres, no existe esa motivación, y si existe... Viene condicionada por terceros, por recompensas temporales o vacías, o por presión.

»No puedes elegir a qué vas a dedicarte en función del dinero o la fama, porque eso se agota, y luego, ¿qué? Además de que, si no eres muy estable, si no tienes una mente fuerte, estos supuestos motivos pueden llegar a hacerte creer que estás donde querías y que te hace feliz, pero

es una felicidad de pega..., y es muy peligrosa. Por eso es importante detenerse, pararse a pensar si lo que estás haciendo te llena o te quedas ahí por aburrimiento.

—Pero tú siempre has querido ser abogado, como Kiko. Eres de esas personas afortunadas y que yo sepa nunca te has desviado de esa carrera.

—La formación profesional no es lo único en lo que puedes equivocarte. Ha habido siempre muchos ámbitos en mi vida en los que he fracasado por culpa del convencimiento de que podía hacerlo cuando no quería. Me ha pasado con relaciones, por ejemplo. Lo bueno de abrir los ojos y darte cuenta de que te has equivocado, es que puedes rectificar. Aunque también puede ser malo para quien no soporta los cambios.

El semáforo se puso en verde y Mio aceleró. Tenía los ojos clavados al frente. Solo por la tensión en su cuerpo dedujo que el pequeño debate había sembrado las dudas. Adoraba y odiaba eso de ella. Le gustaba que escuchara a los demás y tuviera en cuenta cada palabra, que fuese de mente abierta. Pero no soportaba que fuese, a su vez, tan influenciable. Como si la opinión ajena fuera muchísimo más importante que la suya y debiera amoldarla para ser respetable o coherente. Alguien debía decirle que su problema no era que sus criterios fueran erróneos o menos serios, sino que no era firme en sus decisiones. Pero ahí donde se la veía, capaz de hablar de cualquier cosa con honestidad, era tan sensible, manipulable y terca, que podría tomarse cualquier amago de charla como un ataque.

Entendía por qué era así. Su madre, que siempre se centró más en Aiko porque necesitaba mayor dedicación al estar enferma, la había abocado a tenerse en poca estima. Pero a esas alturas, y estando tan cerca de cumplir los treinta, debería haber buscado nuevas fórmulas para reconducir su vida. Tal y como hicieron todos, porque todos, sin excepción, tenían problemas. Y buscaban maneras de ponerles solución, empezando por afrontarlos.

Caleb quería ayudarla, ser su guía si lo necesitaba, pero a Mio no le serviría de nada que le señalaran el camino. Esa sería otra forma de aleccionarla, de hacerle pensar que solo lo que apasionaba a sus seres queridos era lo que merecía la pena. Ella sola debía encontrar su camino, y a este llegaría en cuanto se reconciliara consigo misma. Cuando lo hiciese, Caleb estaría allí para lo que quisiera. Mientras tanto, era muy peligroso. Mio debía quererse y entenderse antes de querer y entender a otra persona, o se aferraría tanto a esta que acabaría convirtiéndose en alguien que no era.

—¡Oh, me encanta esta canción! —exclamó de repente—. ¿Te gusta Alejandro Sanz?

—No mucho, pero es el disco que me grabó Otto. Creo que tiene un popurrí de música española. Fue inteligente poniendo canciones de Los Beatles para que no me quedara otro remedio que ponerlo.

—¿Cómo se llama el disco?

Caleb sonrió.

—Lo llamó «Arroz con pollo» —citó, recordando lo que se rio cuando vio las letras sobre el disco y debajo, la firma de la expedidora oficial de recopilaciones musicales de la familia Sandoval—. También me grabó otro con sus canciones flamencas preferidas, pero por ahí ya no pasé. Se lo di a Aiko, que a ella sí le gusta. Ese se llamaba «Los lunares de Lola». En realidad tiene un don para los títulos.

—Pues sí. A mí me ha grabado ya tres. El que tiene esta canción se titulaba «Si no lloras, eres un nazi». Incluyó a Álex Ubago, Pablo Alborán, ya sabes. Esta es la única canción por la que lo

pongo. «Ella borra las horas de cada reloj y me enseña a pintar transparente el dolor con su sonrisa...» —canturreó por lo bajo. Caleb sonrió—. Siempre he querido que me dedicaran esta canción. Sé que es mucho pedir. O sea, «la quiero a morir» suena a amor inmortal y eso no es lo normal, pero... Es la única canción que no es de La Oreja que me emociona tanto. ¿No tienes tú una canción que sea especial para ti?

—*Pequeña gran revolución* de IZAL —respondió sin pensar. Observó que ella se giraba para mirarlo con los ojos muy abiertos. «Sí, no puedo evitar relacionarla contigo»—. Salió no hace mucho, pero desde que la escuché estoy obsesionado... ¡Cuidado!

Mio dio otro frenazo que derivó en una larga regañina sobre los peligros al volante. A esas alturas ya le salía sin querer la preocupación de padre, aunque no pensara precisamente como uno al mirarle las piernas. Habían creado los pantalones cortos para que ella pudiera lucirlos.

La fiesta de la música y la conducción no se alargó mucho más. Caleb tenía que seguir trabajando en el caso y ella elegir lo que se pondría esa noche. Pensar de nuevo en ello le volvió a amargar. Intentó ser positivo cuando se despidió al regresar a casa, pero no pudo, y no la besó porque sabría que sus labios estarían contaminados de posesión y desconfianza. No quería tocarla para que aquel tío lo oliese en ella, no era un animal para marcarla. Y si la besaba, pasaría esa tarde rabiando como un perro por lo que estuviera haciendo.

Supo que la había decepcionado cuando se limitó a un beso rápido en la mejilla, pero quería hacerlo bien. Se lo repetía incansablemente. Si arremeter contra el hospital era la obra profesional de su vida, Mio era lo equivalente en el apartado emocional. No podría perdonarse convertir algo tan desenfadado y bonito como aquello en un nido de reproches, celos y payasadas que ya debería tener superadas como hombre adulto.

Sin embargo, ni siquiera pudo superarlas esa tarde. Se acomodó en el despacho, encendió el ordenador, dispuso cada historial médico e hizo anotaciones, y no salió más que para tomar café. A cada rato echaba un vistazo a la hora y se preguntaba si no haberla besado acabaría siendo un problema. Tal vez Mio se hubiese enfadado, o a lo mejor buscaba consuelo en Gavin con comentarios como el que le hizo al pringado sin pulmón izquierdo… Joder, claro que no haría eso. Mio no era así.

En un momento dado decidió dejar el trabajo a un lado. Apoyó la frente sobre la mesa y cerró los ojos. El reloj marcaba las cuatro. Se había olvidado de almorzar, hacía un calor de mil demonios —y eso que al final no se cambió; total, nadie lo iba a ver siendo festivo— y le dolía la cabeza de pensar en todas las cosas que podían salir mal.

¿Qué estaría haciendo ella? ¿Habría empezado a prepararse? Mio era de las que pasaban horas y horas rebuscando en el armario; cuando Kiko, Otto, ella y él iban al cine de verano en Barcelona, era la que primero abandonaba el parchís o se levantaba del salón, y también la culpable de que llegaran cuando la película ya había empezado.

¿Qué se pondría? ¿Importaba cuando todo le quedaba bien? Si era una chica de «aquí te pillo, aquí te mato», pocos la habrían llevado a cenar, así que Gavin podía considerarse un tío afortunado. Por el mismo motivo se esmeraría al vestirse, le gustara la cita o no. Y no la culparía si quisiera disfrutar el momento. Quizá él también debiera llevarla a cenar. Aunque eso no sonaba a ser amigos con derecho a roce.

Dios, iba a volverse loco. A lo mejor tendría que haberle pedido que no fuera. No era como si pudiese quitarle los historiales por eso, ¿verdad?

No pudo resistirse a agarrar el teléfono y jugar con su contacto. Mio Sandoval. Casi se rio. Vaya mierda, la tenía agregada como si fuera la vecina del quinto. No, en realidad, a la vecina la trataría con más familiaridad poniendo «vecina», pero ella era nombre y apellido, como un cliente. En un arrebato decidió cambiárselo. Solo Mio. Ya sonaba algo mejor.

«No te pregunto si te gusto en serio, como para que me añadas como contacto en WhatsApp con un nombre romántico». Sonrió para sus adentros, maldito. «Nena, me gustas tanto que para abarcarlo todo en un nombre de WhatsApp necesitaría más caracteres de los permitidos». Pero lo intentó. *Pecosa*; ese no le gustaba. Ángel... Se sentía demasiado expuesto llamándola así. Su pequeña revolución. Pequeña y grande, enorme.

Se puso los auriculares y escuchó la canción de IZAL por decimocuarta vez en el día. Era increíble cómo unas cuantas estrofas y un estribillo podían resumir tan bien todos los estados por los que pasaba con Mio. La canción la describía, le hablaba directamente, y encontraba palabras para expresar la única verdad para él: que daba igual a dónde fuera, cómo estuviera, porque siempre estaría para ella.

Pulsó sobre la barra blanca y tecleó un mensaje. «No vayas». Lo miró unos segundos. «Por favor», añadió. Enseguida lo borró todo sacudiendo la cabeza. Infantil y estúpido. A lo mejor ella quería salir con él... A lo mejor se habían hecho amigos. «Ven conmigo esta noche». Desesperado e irreverente. No tenía derecho a hacer eso. Tal vez se lo pasara bien con Gavin. «Está mal, pero sí que estoy celoso». Demasiado sincero. «Debería haberte besado». No venía a cuento. «Dime algo para que no me arranque la piel mientras estás con él». *Uf*… Desagradable.

Todo denotaba una falta de confianza brutal, y eso le preocupaba más que ninguna otra cosa. Si no confiaba en ella no había nada, pero en el fondo sabía que el problema lo tenía Gavin. Era una chica guapa, mucho más que guapa, cenando con un tío, y él ni siquiera sospechaba que lo hiciera por conseguir algo: procuró separar los favores de la cita para que el tío no sintiera que lo hacía por pena. Hasta para eso era compasiva y generosa, para alegrarles la vida a desconocidos... Porque eso era, un puto desconocido. Y parecía un pringado. A lo mejor no había tocado a una mujer en su vida y perdía la cabeza estando con ella. Ya había visto que Mio era de las que reaccionaban con pasividad si le ponían la mano encima.

Tuvo un mal presentimiento.

Caleb: ¿A qué hora te recojo?

Esperó a que se conectara husmeando en su perfil. Era de las que se cambiaban la foto cada dos por tres porque le encantaba hacerse *selfies*. Caleb no era de los que pasaban mucho tiempo en WhatsApp, y menos comprobando la última conexión o los cambios de alguien, pero le hacía gracia que fuera una aventura abrirle conversación a la chica. Uno no sabía si se encontraría una foto tonta o una hecha por Aiko, que sabía encuadrar y editar perfectamente. En ese caso, Mio salía con un *jersey*, haciendo el símbolo de la victoria con los dedos y poniendo morritos.

Mio: No estaré mucho rato, así que a las ocho estaría bien.

Bueno, por lo menos podría recogerla.

Caleb: ¿A las ocho? ¿Vas a comer migajas de pan?

Mio: He almorzado *noodles* para un regimiento, lo último que me apetece es pensar en la cena.

Caleb: Si no quieres, puedes no ir.

Tardó unos minutos en contestar, pero sin abandonar la conversación.

Mio: ¿No quieres que vaya?

Caleb: No tiene nada que ver conmigo. Es tu decisión, pecosa. Si quieres ir, ve. Si no, no. A él no le debes nada, y a mí tampoco.

Soltó el móvil y se pasó una mano por la cara. Tenía que relajarse. ¿Cómo coño se pensaba que había estado viviendo Mio durante todos esos años? Habría desayunado, almorzado, merendado y cenado en compañía muchas veces, con hombres, mujeres y con quienes le placiera. Estaba siendo irracional, y lo estaba pasando mal.

«Ya está bien».

Se levantó y fue a la cocina de los asociados en busca de un aperitivo que llenara el vacío en su estómago. Una cosa tenía muy clara, y era que si aquel tipo intentaba algo, lo mataría. Pero Dios, Mio era tan complaciente con los deseos de los demás que a lo mejor no lo paraba. Rezaba porque su disposición a cumplir fantasías ajenas no fuera aplicable a esos casos.

Frenó de golpe al toparse de frente con Jesse. Abrió la boca para preguntarle qué hacia allí, pero antes le sorprendió pillarlo con unos pantalones de chándal Adidas y una camiseta de tirantes.

Frunció el ceño.

—¿Qué coño haces en chándal en la oficina?

Jesse se rio de lo lindo.

—Es día festivo, está prohibido ponerse traje. Tú tampoco llevas un Gucci, zorrillo, y no es mi apellido el que figura en la firma, así que no tengo que dar buena imagen.

—Claro que no, estás exento de toda responsabilidad.

Jesse sonrió con pereza.

—¿Qué haces aquí en día festivo? ¿Negocios sucios? ¿Planes secretos? ¿Algún caso que no le hayas contado a Aiko y que me ha pagado por investigar?

—¿Bromeas? ¿Aiko te ha pagado para que me lo sonsaques?

—Sin duda eso lo ha sacado de mi hermano. A Marc le encanta el soborno, aunque entre tú y yo, creo que lo hace porque como nadie lo quiere, el chantaje emocional no le sirve.

Caleb rodó los ojos y retomó el camino hasta la cocina.

—Pues sigue tu investigación mañana. Hoy no estoy de humor para interrogatorios.

—Yo también estoy triste. Ayer perdieron los *All Blacks* de Nueva Zelanda contra unos payasos de segunda. Me pasé la noche llorando agarrado a un peluche.

—Espero que eso del peluche no sea una forma elegante de referirte a una mujer desnuda.

—En todo caso a sus partes nobles. Pero no. No me gusta follar cuando ando deprimido, pierdo facultades y me dan ganas de dar azotes dolorosos. Es un peluche de verdad. Lo comparto con mi perro.

—¿Que lo compartes con tu perro?

—Ya le tengo dicho a Prozac que está demasiado mayorcito para ir por ahí con peluches, pero no me hace ningún caso. Y siendo sincero, me veo reflejado en su obsesión. El peluche es en realidad una muñeca rubia de tetas enormes. Pero no me esquives, quiero saber qué ronda esa cabecita tuya. ¿Tendrá que ver con la diosa japonesa de las piernas como Torres Gemelas? Seguro que nunca te imaginaste soñando con ser Bin Laden.

—Bromear con eso es demasiado incluso para ti.

—No lo creo. El humor negro está justificado mientras no haya intención de ofender y no se hagan los chistes en público. Y solo hay dos cosas con las que no juego: sentimientos y tarta de queso. Lo demás está abierto a diversión. Ahora, desembucha.

Caleb se giró para mirar a su amigo. Su *amigo*. Parecía mentira que dos personas tan distintas pudieran llevarse bien. Aunque, en el fondo, tenían muchas cosas en común. Jesse podía ser un cachondo, pero era muy responsable, le gustaba su trabajo y por muy abierto y desahogado que pareciese, era reservado, casi huraño cuando se trataba de hablar de ciertos aspectos de su vida. Sobre todo lo referente a su exmujer.

—Te daré una lección de síntesis resumiéndote una semana entera en una frase: me estoy follando a Mio. Tienes prohibido gritar, saltar, bailar o celebrarlo de alguna forma expresiva que pueda perturbar la paz de mi oficina.

Jesse se contuvo como pudo.

—¿Sabes? Me encanta vivir el sexo a través de otros, pero si me lo cuentas cuando ya ha pasado, pierde la gracia. Soy una adolescente y tú eres mi mejor amiga virgen, zorrillo. Dame datos, detalles. Quiero saberlo todo. Principalmente qué tiene de triste esa noticia.

—Que no llevamos ni una semana y voy a reventar. Estoy cagado, no duermo por las noches y ni me puedo concentrar cuando solo toca a mi puerta dos o tres veces al día. Esto no es ninguna fuente de diversión, Jesse; estamos hablando de sentimientos, así que ya puedes prescindir de las bromas. Si sale mal, mi familia se va a la mierda y me quedo solo. Y si no sale mal, ella igualmente va a quedar con un tío esta noche. No lo aguanto. Quiero que le dé un infarto antes de las siete y no le he visto la cara más de una vez. Me siento un gilipollas y un desgraciado, porque yo no soy así.

Jesse asintió.

—¿Y qué crees que necesitas para dejar de sentirte así?

«Saber que me quiere. Tenerlo claro. Estar seguro».

—Espera... ¿Quedar con un tío? ¿Es una relación abierta, o...?

—No. Trabajamos juntos en un caso, y para conseguir pruebas, aceptó salir con el tío. No fue exactamente un intercambio ni un soborno. Ella se lo montó bastante bien. Aunque puede que me dé problemas en el juzgado.

—¿Es ese caso importante para ti? —Cal asintió—. Sin problemas. Moveré unos cuantos hilos para que te acepten las pruebas.

—De eso nada. No voy a ganar haciendo trampas.

—No será hacer trampas si tienes la razón, porque sabes tan bien como yo que a veces, los buenos tienen que ser malos. ¿La tienes? —Volvió a asentir—. Entonces dime qué te hace falta y yo convenceré al juez. Sabes que tengo conexiones con todo el mundo.

—Bonita manera de intentar averiguar para Aiko qué me traigo entre manos —señaló. Cogió un vaso de plástico y lo llenó de café hasta los topes—. J, yo mismo se lo diré cuando sepa que saldrá adelante. Más que nada porque tendría que testificar.

—Nene, si me pides que cierre mi bocaza, la cierro. Ante todo soy un profesional. Si me incluyes en tu caso, tendría que ceñirme a la confidencialidad. Y no me cuesta guardar secretos.

—Entonces, ¿por qué los difundes?

—Porque me gusta. Mis idas de lengua son calculadas, no víctimas de un impulso. Sabes que me necesitas. Dime qué pasa y así podré ayudarte.

—Vaya, ¿te importa más el trabajo que los detalles de mi relación con Mio, o consolarme por su cita? Esto es nuevo.

Jesse lo miró como si fuera idiota.

—No va a ir —decidió con seguridad. No le dio mayor importancia—. Y sí, ese es mi orden de prioridades, pero tú tienes otro y si quiero enterarme tendré que hacer un sacrificio.

Caleb suspiró. No hizo falta que remarcara que lo ponía al tanto porque sabía que necesitaría mover unos hilos para que aceptasen una prueba relativamente manipulada, porque Jesse ya lo sabía, pero también era consciente de que una parte de él quería soltarlo. Soltarlo todo. Se moría por avanzar, decírselo a Aiko y que todo saliera bien.

Unas horas más tarde, Caleb salía del despacho de Jesse —que le había liado para que hiciese la corrección de las pasantías de su adjunta— y echaba un vistazo al móvil. Tenía unos cuantos mensajes e iban a dar las seis y media.

Mio: ¿Me llevas?

Caleb no ocultó su decepción. Nadie podía verla. Pero sí la disfrazó de resignación para sus adentros, porque no tenía derecho a molestarse y estaba haciendo una montaña de un grano de arena. No se haría mala sangre y procuraría distraerse mientras Mio se divertía con Gavin.

Releyó el mensaje y se rio un poco, sin ganas. Que si la llevaba, decía. Cualquier cosa que ella pudiera decir entre interrogaciones sería contestada con un asentimiento sumiso.

Caleb: Estaré allí a menos cuarto.



El vestido era suyo. Lo había elegido ella trasteando en su armario, no en el de su hermana, y por eso le sentaba tan bien. Ya a través del espejo se notaba que era de su talla y se sentía cómodo con él. El que no estaba del todo cómodo con la visión angelical era Caleb, que de primeras no supo qué decir cuando entró en el coche y acomodó el vuelo de la falda de flores para cubrirse las piernas.

Corta, como siempre. Guapa, como siempre. Y con el aditivo de que, al entrar, el perfume le dio en la nariz como un puñetazo de boxeador. No solo olía a la colonia de siempre; al inclinarse hacia su lado para abrocharse el cinturón, le vino un aroma afrutado muy suave. Cerró los dedos en torno al volante y respiró hondo.

Él, mientras tanto, con la ropa de todo el día y la noche anterior. Cansado. Harto.

—¿Preparada? —preguntó. Mio asintió con una sonrisa algo tensa. Estaba incómoda, y Caleb temió tener la culpa. A lo mejor había exteriorizado sin querer su frustración por la salida y ella ya no sabía qué hacer. Carraspeó y arrancó, decidiendo a la vez que haría un esfuerzo—. Vas muy guapa.

Hubo un silencio en que él pretendió sintonizar el equipo de música para estudiarla con una mirada de reojo. Se le pasó un poco la irritación al apreciar su rubor.

—Gracias. La verdad es que no sabía qué ponerme. He estado horas y horas buscando... No porque me importe impresionarle, por supuesto que no.

—Estarías en tu derecho si así fuera. A todo el mundo le gusta arreglarse para una cita.

—Sí, claro. Pero no es lo mismo. Quería ponerme algo bonito sin pasarme, porque ya sabes cómo son los hombres... Como te vean una falda un poco más corta de lo habitual, se piensan que lo haces para provocar, o que vas buscando guerra.

—Lamentablemente sí, es cierto.

Lanzó un suspiro entrecortado. Se dio cuenta de que se agarraba el borde del vestido.

—Es verdad que podría haberme puesto unos vaqueros, pero es la primera cita de Gavin. Y va a ser la última, obvio...

—Nadie ha dicho lo contrario.

—Aun así, sé que le hace ilusión y no quería restarle importancia, aunque para mí no la tenga.

—Si la tiene no pasa nada.

—Ya... En realidad me he puesto algo intermedio porque sabía que venías a recogerme, si no llevaría algo menos formal.

Caleb la miró a través del espejo, encontrándose con sus ojos de perro abandonado.

—Mio... —empezó, sintiéndose en el deber de decir algo. Aquella situación era muy extraña, y no solo porque hubiera tensión sexual y tuviese las ganas de tocarla acumuladas del día anterior... O de diez años anteriores. O de veinte. En el ambiente se palpaba culpabilidad y un secreto, además de sus emociones—. No entiendo por qué estás balbuceando todo esto, pero si lo que te preocupa es que esté enfadado... No lo estoy. Lo que me cabreó del asunto fue que arriesgaras el caso. Y claro que no me hace ilusión que salgas con un tío... —Al ver que le cambiaba la cara, intentó arreglarlo—, pero solo porque no lo conozco, y tú tampoco sabes gran cosa sobre él. Es como quedar con alguien en una página *web* de citas. Podría no ser tan simpático, o intentar algo, y... —«Perfecto, ahora le estás intentando meter miedo. ¿Qué te pasa?»—. Lo importante es que tú te sientas cómoda. Confío en que si hiciera algo, sabrías manejarlo.

—No pienso ir a su casa después ni nada.

—Ya lo sé.

—Y estamos en un lugar público, no creo que vaya a tocarme en contra de mi voluntad.

«Por la cuenta que le trae... Más le vale».

—Claro que no.

—Y si lo intentara, pues lo pararía.

Caleb inspiró hondo e intentó concentrarse en la carretera, pero era difícil después de que apareciera el tic nervioso de Mio de chocar las rodillas. Levantaba la falda con el aire.

Joder. Se encontraba en un estado de enajenación y al mismo tiempo súper-conciencia que no sabía cómo manejarse. Estaba preocupado, hastiado, confundido, despistado con su perfume y terriblemente excitado.

—Por supuesto —respondió entre dientes.

Procuró repetir para sus adentros la letra de la canción que sonaba, en un intento por distraerse de sus pensamientos y del vómito de palabra que Mio parecía sufrir esa noche.

—Solo quería que lo supieras, y recordarte que, en fin... No imaginaba que pasaría esto entre nosotros cuando acepté la cita con Gavin.

—Lo sé —repitió, desesperándose—. Estaba allí, Mio.

—Ya, ya, es verdad. Perdón. Pero que no lo habría hecho si hubiese pasado después...

—Me lo puedo imaginar —interrumpió.

—Y quiero que sepas también que...

—Mio. Ya —cortó, perdiendo la paciencia—. No sé a qué coño viene esto y estoy demasiado cansado para ponerme a descifrarlo. Si crees que voy a cambiar la ruta para que no vayas o que mañana no te hablaré, o que me arrepentiré de algo..., estoy por encima de eso. Deja de intentar convencerme de que está bien, porque estoy bien. Todo está perfectamente.

—Pues no lo parece —murmuró con la boca pequeña.

Caleb giró la cabeza un momento para mirarla.

—Entonces es eso. Quieres saber si estoy celoso o me cabrea que vayas.

—No, en realidad quiero saber por qué *no* te cabrea —confesó. Caleb se quedó de piedra, y como consecuencia acabó dando un frenazo. El cinturón mantuvo a Mio en el sitio, que se ruborizó—. No me malinterpretes, no hago esto para darte celos, pero... Es raro que me estés llevando y no tengas nada que decir. ¿Te da igual?

Caleb se pasó la mano por la cara. Le dolía la espalda de haberse pasado tenso todo el día. Que estuvieran a tres minutos de llegar al restaurante no ayudaba. ¿Qué coño era para tanto? ¿De verdad le daba miedo que se lo pasara con él lo bastante bien para repetir y darle la patada?

Sí, evidentemente, sí.

—Mio, puedes hacer lo que quieras con tu vida. Yo ahí no tengo ni voz ni voto. ¿Quieres que me ponga dominante? Porque ese papel no me pega. Si me cabrea que hagas algo o que te pongas algo, es una reacción irracional y no voy a molestarte dando opiniones que no has pedido y que encima podrían hacerte sentir mal, porque no está bien.

—Pero he pedido tu opinión —interrumpió, ansiosa—. Y claro que pasaré de ti si te molesta mi vestido. Lo que no voy a pasar por alto es que no te guste que me vaya con otro hombre porque ahí si tienes todo el derecho, y... Y la verdad es que yo no quiero ir.

Se le desencajó la mandíbula.

—¿Qué? ¿Entonces para qué me tienes de chófer?

—Porque aunque no quiera, prometí que iría, y porque... quería verte.

Caleb estuvo a punto de echarse las manos a la cabeza. Ella no lo miraba. Tenía los ojos puestos en los pies, donde había plantado unos zapatos de tacón que harían sus piernas aún más inalcanzables.

«Quería verte». ¿Cómo quería verlo? ¿Rabiando? Porque le estaba contando mantener la calma. Y todo, ¿para qué, si ella no lo quería conteniéndose? Nunca lo quiso así, o de lo contrario no lo provocaría sistemáticamente, de una forma u otra.

—¿Quieres que sea sincero? —espetó, alternando ojeadas a la carretera y ojeadas al problema con piernas—. No me hace ni puta gracia que vayas. Sé que el tío ni te gusta, ni es tu ex, ni nada como para poner el grito en el cielo, pero no me gusta imaginarte con otro hombre, aunque sea de broma. ¿Y ves por qué no lo digo? Porque quedo como un bruto, y suena tan absurdo que pierdo la razón.

—No todo en la vida es tener la razón.

—Ni todo en la vida es ser tan honesto como para incomodar a los demás. Haz lo que te dé la maldita gana. Elige si te quedas o si te vas, y elígelo según tu preferencia, pero hazlo de una vez

porque llegamos en un minuto.

Caleb contuvo la respiración, arrepentido por el tono en que le había hablado. Quiso pedirle disculpas al instante. «No sabes cuánto siento hablarte mal cuando con quien estoy enfadado es conmigo». Ella no tenía la culpa de dudar o dejarse conducir por las prioridades ajenas, solo de regodearse en su indecisión e insistir en complacer a todo el mundo aun sabiendo que no quería hacerlo. Pero no dijo nada porque se había quedado sin fuerzas. No había explotado a la grande. Le quedaba mucho por decir. Y, sin embargo, estaba cansado para el resto del día. Llegaría a casa e intentaría recuperar las horas de sueño hasta que Mio llamara, y procuraría no mirar si tenía un solo pelo despeinado.

Ella necesitaba compresión. *Comprensión, Leighton.*

Aparcó en la puerta del restaurante, sin apagar el motor, y apoyó el codo sobre el volante. Esperó un minuto a que Mio tomara su decisión. Tenía los ojos puestos en la ventanilla y los dedos entrelazados en el regazo.

Caleb se sintió como en el momento álgido de una película de acción, cuando el protagonista caía por un precipicio y todos sus amigos se aglomeraban en torno al desfiladero, ya con lágrimas en los ojos; asustados y expectantes, porque no sabían qué ocurriría después. En algunos casos, el personaje sobrevivía. Conseguía agarrarse a algo. Una liana, una roca. O caía al agua y aparecía días después. En otros, moría. No intentaba comparar a Mio con una pérdida dramática, pero la tensión fue parecida por culpa de la elección.

Mio ni siquiera puso la mano en el tirador. Simplemente negó con la cabeza y sacó el móvil para escribir un mensaje.

Caleb respiró tranquilo por primera vez en todo el día. Respiró también por el día de los fuegos artificiales, cuando prefirió quedarse con su amigo a volver a casa con él, y por el día posterior a su cumpleaños, cuando volvió a elegir otro capricho pasajero. No había ninguna similitud con Gavin, pero la experiencia hacía que se sintiera igual. Aliviado.

Aceleró con cuidado, por si en el último momento se lo pensaba mejor. Nada. Ella no se movió, y él pudo meterse en la carretera casi vacía con el alma de regreso en el cuerpo.

La miró de soslayo. Mio lo hizo también con timidez, humedeciéndose los labios. Se le encogió el corazón y apartó la vista. Se habría reído por su reacción si no estuviera destrozado de necesidad. Dios, menudo estaba hecho. Era peor que un adolescente. Era peor que Jesse, incluso.

La canción terminó y empezó otra de Los Beatles. *«Why don›t we do it in the road?»*, cantaban. Y lo repetían, una y otra vez. La dichosa canción consistía en esa única frase. Las primeras dos veces, solo se agarró al volante como si eso fuera a salvar su vida. A la tercera, ladeó la cabeza para descubrir que Mio lo observaba en silencio. Se había dado cuenta de la elección del aleatorio. Algo tan estúpido le calentó la sangre y tuvo que estirarse para continuar conduciendo.

No one will be watching us... Why don’t we do it in the road?[6]

Le costó tragar saliva al fijar la vista en las piernas entreabiertas de Mio, en que el aire acondicionado hacía bailar su falda, como aquella escena de Marilyn Monroe. Por un instante solo existieron las flores de colores del vestido, la mirada ansiosa que ella le dirigía y el perfume que lo envolvía todo, todo, *todo*... Hasta los recuerdos más grises.

Los Beatles solo tuvieron que sugerirlo una vez más. Fue como si se lo susurrasen: «vamos, Caleb, ¿por qué no lo hacéis en la carretera?»

—A tomar por culo.

Dio un volantazo para salirse del carril y cruzar el arcén. Le dio igual que el tipo de atrás pitara y las llantas chirriasen de forma preocupante al meterse en el camino de tierra. Pisó el freno como si este tuviera la culpa de su desesperación, y se giró hacia Mio, que ya se había desabrochado el cinturón y estiraba los brazos para que la tomara. Caleb envolvió a su cintura sin dudar y la sentó sobre su regazo, liberando un gemido de alivio.

Estuvo a un paso de la muerte por combustión al sentirla contra su erección. Dios, estaba tan acostumbrado a estar cachondo con ella que ni se dio cuenta de que andaba excitado. Pero ahora la sentía en todas partes. En los oídos, por sus gemidos femeninos, y allí abajo, en el improvisado movimiento de sus caderas. Caleb convirtió la falda en un amasijo de tela al contenerla entre los dedos y levantársela para tirar de su ropa interior.

No respiraba bien. Ella tampoco. Mio se movía sin parar y aún no había empezado; lo abrazaba por el cuello y se apretaba contra él, como diciéndole que ya no podía arrepentirse, y que nadie la movería de allí. Ni siquiera él.

Nunca le dio un uso más útil a sus manos que enviando una a cada punto preferido. Solo palpó la ropa interior para averiguar si era un tanga... Y, joder, lo era. Después no pudo resistirse y acarició su muslo con los dedos, con las uñas, con la palma. Era tan suave y estaba tan bien hecha que intentar decírselo sería un fracaso, porque no alcanzaban las palabras. Con la otra mano le apartó el pelo de la cara y la besó en contra de lo que él entendía como beso. Canalizó los restos de la rabia a través de la fusión de sus labios y se llevó la contraria al torturarla con mordiscos por haber estado a punto de pasar la noche con otro.

Gavin habría fantaseado con aquello al tenerla delante, lo sabía... Pero Mio era suya por tiempo limitado, aunque el perfecto encaje de sus cuerpos y las chispas que saltaban al enlazar las lenguas dijera que eso sería así siempre. No habría temporalidad en el acuerdo no pactado en el abrazo candente de sus cuerpos.

—¿Tomas la píldora? —le preguntó con los ojos cerrados.

Dejó un beso húmedo debajo de su barbilla. Ella se estremeció al hacer un asentimiento, y eso le encantó.

Mio movía la cabeza como si no supiera por qué perspectiva era mejor tomar su boca. Puso las diminutas manos sobre su pecho; Caleb no pudo sentirse sucio cuando ella lo acarició ansiosa. La ropa les quemaba.

—¿Lo vamos a hacer? ¿Lo vamos a hacer *de verdad*?

Caleb le ahuecó la melena metiendo los dedos en los mechones de sus sienes y se la echó para atrás. La besó muy despacio, pero con la locura impostada en cada pequeño envite. ¿Qué iban a hacer?

Lo que *tenían que hacer*, lo que deberían haber hecho.

La saboreó haciendo pausas, deteniéndose en cada leve mordisco. Quería dejarle marcas por todo el cuerpo para que ni mañana ni nunca pudiera fingir que no ocurrió.

—Tú dirás —contestó, provocativo. Deshizo el nudo que sujetaba el vestido detrás del cuello, solo tirando de la cinta. Este se desplomó, acariciándole los pechos antes de quedar expuestos. Caleb trazó un semicírculo alrededor de la areola con el pulgar y posó allí los labios. Cerró los ojos. Estaba caliente, y se sentía tan bien...—. ¿Qué quieres que te haga?

La pregunta se quedó en el aire. Caleb sopló sobre el pecho y le acarició la espalda desde la base. Le llenó de orgullo que el pezón se encogiese. Ella ronroneó, montada sobre su polla como si allí hubiera pertenecido siempre. Su aliento le llegaba en calurosas oleadas, dificultando su deseo de tomarse tiempo y hacerlo bien. Hizo desaparecer el pecho izquierdo al contenerlo entre los dedos. Tierno en una mano, y dulce, muy dulce, en sus labios.

—No te muevas o esto acabará antes de lo que quieres.

—Necesito que lo hagas ya —suplicó ella. Jugó con el dobladillo de la camiseta. Un tirón. Dos. Al tercero, Caleb abandonó su cintura a regañadientes para ofrecerle su desnudez. Se desvistió frenéticamente—. Anoche podrías haberte detenido lo que hubieras querido, pero hoy no voy a aguantar.

Apoyó la mano en el vientre moreno y abrió más las piernas. Caleb se endureció con el gemido doloroso que tembló en sus labios. La vio morderse el labio al agachar la cabeza, ahí donde sus bragas rojas le humedecían el pantalón de algodón. Rojas, joder; se haría una puta colección.

—Te quiero ya —ordenó—. Ya.

Caleb no se hizo de rogar. Bastante tiempo había perdido pensándoselo. Agarró con decisión el dobladillo del vestido y fue a sacárselo por la cabeza de un solo movimiento... cuando ella lo miró. Solo lo miró a la cara, a los ojos, y descubrió algo tan importante en aquel conjunto de rasgos que se quedó idiotizado un instante.

Esa no era una mujer cualquiera. No era la compañera de cama que pretendía que fuera Mio, a la que le ponía su cara, a la que imaginaba con sus manitas, sus pecas, o su estrecha cintura. Era Mio *de verdad*, a la que estaba esperando. A la que quería desde siempre. No podía tratarla como a cualquier otra. Dios sabía que aquel coche no era el lugar indicado, que estarían incómodos y se frustrarían, pero no pensaba abrir esa puerta sin poder decir que ya la tenía. Tendría que calmarse un poco y detenerse, darle lo que merecía. Ni más, ni menos.

Después ella lo agradecería.

En lugar de sacarle el vestido, buscó la cremallera rodeando su cintura con la mano. Delgada y frágil, como una muñeca perfecta. Más perfecta aún al mirarlo con el ceño fruncido, preguntándole sin palabras a qué venía ese cambio de registro. «Voy a tratarte bien, nena. Alguien tiene que hacerlo». Y eso hizo, bajándole la cremallera con cuidado y desvistiéndola sin que la tela corriese peligro.

Como el día anterior, el corazón se le aceleró. Todos sus sentidos se activaron para apreciarla como era debido. La tenía sentada encima, jamás le había dolido tanto el cuerpo, y solo podía pensar en complacerla. Se le escaparon los dedos sobre un hombro, y desde allí rodaron por el brazo, volvieron a subir y el pulgar tomó el rumbo del cuello. Largo y elegante, como el de una emperatriz. Podía no ser dueña de nada salvo de sí misma, pero solo por eso poseía la mayor de las riquezas. Y esa noche era para él. Fue muy consciente de ello al jugar con sus labios carnosos, separarlos y besarlos tentativamente, induciéndola a calentarse a fuego lento para durar mucho más.

No pudo pensar en qué quería que le dijera cuando ella respondió. Tenía la forma dulce de besar que imaginó en sus fantasías, con el toque justo de picante para enloquecerlo. Caleb dejó de moverse dentro de su boca y solo la mantuvo ahí, llenándosela de suspiros que ella le devolvía, respirando como si estuviese enferma.

Acarició sus caderas y se prometió que contaría las pecas que tenía en una de ellas. Enredó los dedos en el tanga y tiró un poco.

—¿Me lo prestas?

—Vale, pero no te va a quedar bien.

Caleb escondió la barbilla y se rio contra su clavícula. Era de huesos marcados, algo que ella detestaba. De extremidades largas: tampoco le apasionaba. Más alta que la media. Y lo odiaba. Y tenía esas pecas preciosas en las mejillas que hacían de su existencia algo fuera de serie. Para no variar, se avergonzaba de ellas.

Caleb amaba todo aquello, y se moría por usarlo para su placer.

—Con permiso —susurró en su oreja de duende. De un simple tirón, rasgó el tanga y lo tiró al asiento del copiloto. No pudo evitar sonreír. Las bragas de Mio estaban destinadas a languidecer sobre el cuero de su Audi—. Deberías comprarte ropa interior nueva. Esta es de muy mala calidad.

—Si lo hubiera sabido m-me habría puesto algo más... Especial.

Caleb la besó otra vez. Era lamentable encontrar irresistible su falta de confianza, pero no era eso lo que hacía vibrar su corazón, sino la franqueza con la que hablaba. Ella no se escondía. Ella decía la verdad.

—Sé que dije algo sobre lencería la otra noche, pero eso es para fascinar al que necesita incentivos y yo llevo ya un tiempo impresionado.

Mio sí que se quedó impresionada. Tanto que no pudo responder. Caleb lo prefirió así. La acarició con los labios y la nariz por todo el cuello y la cara mientras se bajaba el pantalón lo suficiente para calmar sus temblores. Estaba como él la otra noche, como él todos los días. Se correría tan rápido que tal vez pudiera avasallarla una segunda vez.

Caleb jadeó al tocarse de arriba abajo. La miró solo para comprobar que no se distraía, encontrándola con los ojos brillantes y un sonrojo adorable y sensual a partes iguales. Fue tan impactante tenerla entre sus piernas al masturbarse, cuando normalmente, debía imaginarla, que casi pareció un sueño. Pero luego la tocó y ese hizo realidad. Todo tuvo sentido. Tocó su ombligo, el vientre que se encogió al roce, y devolvió los dedos a donde querían estar desde la noche anterior. Estaba tan mojada que soltó una palabrota por lo bajo.

La comprobación le puso la carne de gallina y elevó la libido a un lugar en el que nunca había estado. A la mierda el coche y la responsabilidad de tratarla bien; necesitaba averiguar de una vez si era flexible, si aguantaría, cómo se correría sobre él.

La cogió de las nalgas y la levantó. Por Dios, amaba ese culo con auténtica devoción. Ese vientre plano y sus tetas pequeñas. Era el todo en uno, y ella estaba más que preparada y ansiosa por recibirlo. Caleb no prolongó la espera y se aseguró de aprenderse de memoria su cara al penetrarla. Cualquier miedo de capacidad se desvaneció; Mio lo encajó hasta el fondo, destrozándolo con el sofoco que le subió hasta la garganta.

—Dios... —murmuró. Mio lo miró con ojos empañados de placer y lo apretó entre los muslos. Sus músculos internos lo saludaron con una pulsión sugerente, y él simplemente perdió la cabeza.

Dos manos. Una al botón que tumbaba el asiento hacia atrás, y otra, dueña del brazo derecho, volteándose con ella en brazos para aplastarla. Necesitaba sentir esas piernas rodeándole las caderas, y como si Mio pudiera leer sus pensamientos, lo hizo entre gimoteos ininteligibles.

—Nena —jadeó, sin pretender añadir nada más.

Apoyó la frente contra la suya, notándola húmeda. Le dolían las sienes del calor acumulado, que se concentraba allí donde el vello de ambos se confundía. Estaba dentro de ella, la sentía tan fusionada con él que parecía un pensamiento. Su cuerpo se deshacía, se desmoronaba en torno a su miembro. Se estaba muriendo. La necesitaba tanto que casi sollozó al clavarle las uñas en el muslo y embestirla. Mio se aferró al tirador de la puerta y luego a sus hombros. «Eso es, ángel, agárrate a mí, muérdeme a mí, hiéreme a mí». Sintió su suspiro de alivio a todos los niveles, incluido el espiritual. La penetró de nuevo. Su cabeza voló al repetirlo, una y otra vez; el chasquido de sus caderas coincidiendo, sus carnes chocando y adaptándose con una facilidad apabullante.

Era Mio... Estaba tocando a Mio. Eran sus hombros los que besaba, las caderas que intentaban alzarse cuando él se separaba para darle espacio; eran sus músculos los que se tensaban con cada embestida. Enrojecida, despeinada, gimoteando de placer y retorciéndose... Mio. «No. Mio no. Mía». Suya. Por un rato o para siempre, pero esas gotas de sudor que la hicieron brillar fueron por él, y por Dios que él no se sacaría nunca de la cabeza su manera de entregarse, jadeando su nombre como en una letanía sin fin.

Olvidó el ritmo y solo empujó y empujó a lo bestia, besándola a veces, mordiéndola otras, arrastrando los dientes por cada superficie lisa u abultada de la que estuviera formado su cuerpo. Perdió el control. Se olvidó de que existía el dolor, y se concentró en que Mio se perdía tanto como él, y buscaba sus labios con tanta desesperación que estuvo a punto de creer que quizás para ella significaba lo mismo.

Hasta que Mio lo hizo. Con un grito que se quebró y un arañazo que le abrió una herida en el hombro, se dejó llevar entre sus brazos como se aseguraría de que no hiciera con otro hombre. ¿Ella quería celos? Los tendría de cualquier cosa o persona a la que mirase como lo miró al pedirle en silencio que dilatase su orgasmo con un beso que llegara al futuro. Caleb se lo dio, y en cuanto sus labios húmedos se encontraron, se corrió. De verdad. La primera y única vez que lo hizo sintiendo cada músculo oxigenándose. Como llevaba sospechando desde siempre, el único placer de su vida estaba en ella. Solo en ella. Y poder desplomarse sobre su pecho y descansar la cabeza un instante, le llenó de tal ilusión que un nudo se le formó en la garganta. La abrazó por la cintura con fuerza, pidiendo que su espalda le aplastara el antebrazo, y plantó sus dedos en el costillar con la certeza de que no los movería de allí nunca... si pudiera.

No tenía palabras. Solo una sensación de felicidad tan plena y maravillosa que por primera vez en muchísimos años, los ojos se le humedecieron y estuvo a punto de romperse en dos. Si los abrazos de Mio no lo empujaron al llanto cuando era niño, la caricia que ella regaló a su espalda y el beso que plantó en su cabeza, casi lo lograron.

«Te quiero». «Te quiero, nena. Te quiero, te quiero. Te quiero *a morir*. Te adoro. No me dejes».

Cerró los ojos un instante y aspiró el aire lleno de ella. Lleno de los dos. Le vino a la cabeza otra de las versiones de su canción preferida, aquella del disco cutre de Otto. «Yo por ella me desespero y por eso y más, la quiero... Y prometo tenerla hasta que me muera».

Se incorporó para mirarla, aún instalado en su cuerpo, y se fijó en que también tenía los ojos cerrados. Frunció el ceño creyendo ver una lágrima corriendo por su sien, pero lo tachó de espejismo al parpadear y no encontrarla al instante siguiente. Además... ¿Por qué iba a llorar?

—¿Te he hecho daño? —preguntó, sin soltarla.

Mio tragó saliva antes de mirarlo con carita somnolienta, y a la vez, más despierta que nunca. Negó con la cabeza con tanta inocencia que el corazón le explotó. Estuvo a punto de fundirla a preguntas. «¿Te llevo a casa? ¿Te llevo a mi casa? ¿Duermes conmigo? Joder, te he follado con una canción de Los Beatles de fondo, ¿te casas conmigo?». O por lo menos conducir con ella en brazos. Pero al final no dijo nada de eso, porque ya era suficientemente terrorífico haber abierto otra puerta a la dependencia para pasarse la noche a su lado. Y esa puerta no era como la de la imaginación o las esperanzas, porque estas acababan pasando. Las pieles, en cambio, nunca se olvidaban.

---

5 You don’t have to put on the red light. Roxanne, de The Police.

6 Nadie nos estará mirando. ¿Por qué no lo hacemos en la carretera?

13

Lo bueno se hace de rogar

—Sé que estarás harto de que te lo cuente. Créeme, yo también me estoy cansando de que esto haya monopolizado mis pensamientos y no pueda concentrarme en nada —decía Mio, mirando de reojo a Noodles. Lo tenía apoyado en el hombro, picoteando el fino tirante de la camiseta del pijama. Sobre las rodillas descansaba el portátil, y en la pantalla, una gran variedad de tipografías intentaban llamar su atención en vano—. Pero es que fue... Fue como perder la virginidad, ¿sabes? —El pájaro pio—. Ya, ya sé a qué te refieres. No soy ninguna santa. Más bien todo lo contrario. Pero hay una diferencia entre acostarte con un desconocido en un baño y hacerlo en un coche caro. —Volvió a piar, esta vez más alto—. Vale, vale, note mosquees, pero es que tampoco hace falta que te lo diga. Sabes perfectamente que lo que lo hizo especial no fue la tapicería.

Suspiró y apoyó los codos en la mesa. Hacía un calor de mil demonios, y aunque el aire acondicionado fuera de ayuda, Mio se imaginaba tirándose a una piscina de fuego cada vez que recordaba la noche anterior.

—¿Te lo puedo contar otra vez? *Porfi*. —Noodles trinó tres veces seguidas, como diciendo: «si no hay más remedio...»—. Bueno. Pues entré en su coche, y estaba muy tenso. Quería preguntarle cuál era el problema, pero he aprendido que cuando se pone a la defensiva, no es conveniente molestarlo. Y dar rodeos tampoco, porque lo sacas de quicio. Solo funciona callarse y dejarlo solo. Obviamente yo no iba a hacer eso, necesitaba una excusa para no irme con Gavin y que se quedara conmigo, y entonces...

El agaporni bajó del hombro, agitó las alas muy cerca de su nariz y se plantó en una esquina de la pantalla del ordenador. La miró con la cabeza ladeada y gorjeó.

—Exacto, eso mismo. Podemos ir a cuando...

—Mio, cariño, ¿has visto algo ya? —preguntó su madre desde el salón. Ella miró a Noodles y se lamentó en silencio por no poder acabar su relato... por decimosexta vez. Incluso el pájaro se quejó, trinando un insulto a Aiko I.

—No seas maleducado —le espetó—. ¡Estoy buscando todavía! ¡Ahora voy!

Suspiró otra vez, como una adolescente enamorada —por lo menos la descripción acertaba en una de dos— y apoyó la barbilla en la mano. No le gustaban los domingos, porque odiaba estar quieta y nadie se movía cuando el Señor decidió descansar. Pero ese no era un domingo cualquiera, sino uno caluroso, lo que dificultaba cualquier actividad que no fuese buscar en Internet distintas caligrafías para las invitaciones a la boda de Aiko. Se había ofrecido a colaborar para así entretenerse y dejar de pensar en Caleb. Lástima, porque estaba condenada al

fracaso desde antes de empezar. Pero por lo menos ya tenía excusa para no ir corriendo a su casa y decirle... *algo*. Cualquier cosa. Una con sentido, a poder ser.

¿Había algo peor? Domingo. Domingo caluroso de un día de verano. Domingo caluroso de un día de verano escuchando a Miguel Bosé porque, por muy japonesa orgullosa que fuese su madre, llegó a Barcelona muy joven y era una amante del *pop* petardo nacional. Domingo caluroso veraniego con *Amante Bandido* sonando de fondo, después de haber pasado la noche más mágica de su vida. Quizá por eso Mio estaba, además de en *shock*, un poco mosqueada con el mundo: porque el mundo seguía girando como si nada hubiese pasado después de que ella, el gusano de Mio Sandoval, hubiera mudado a mariposa. Había dejado de verlo todo como los perros para apreciar los colores más vivos y bonitos…, y nadie parecía darse cuenta de que ya nada era lo mismo. Se sentía preciosa, capaz de cualquier cosa, poderosa. Y el ritmo decadente de esa canción solo la ponía más caliente. Se imaginaba a Caleb moviéndose entre sus piernas imitando la cadencia, mirándola como hizo el día anterior. Como si fuera especial.

A lo mejor lo era. Cabía la posibilidad, ¿no? Aiko nunca estuvo en su corazón o liada en sus sábanas, y las aprendices de modelo con las que se había encamado no significaban nada para él O eso dijo. Esto significaba que la torpe Mio podía luchar por un puesto de honor en su vida sin estar perdida desde el principio. Quizá a Caleb le fueran las feas, no sería tan raro. Había oído decir a Jesse que las feas se preferían porque se esmeraban más —se entiende en qué sentido—, aunque él tiraba por las guapas sosas porque «era un tipo trabajador y le gustaba ser el responsable de la noche». Y si no era especialmente mona para Caleb, por lo menos le gustaban sus pecas. Era un paso.

—¡Por Dios, Mio, no se tarda tanto en encontrar una página *web* de tipografías!

Mio suspiró por quinta vez. La verdad es que lo hacía porque notaba una opresión a la altura del pecho que no le dejaba respirar sin esfuerzo. Cuando Caleb la llevó a casa por acuerdo tácito, le costó salir del coche y recordar cómo se andaba. Todo le pareció desconocido, y al mismo tiempo, más suyo que nunca. Un ejemplo era su cuerpo, pero también la casa, y su hermana. Y no se acordaba de nada posterior a la despedida con él, solo tenía un vago recuerdo de sí misma inventándose una patraña para justificar que su supuesta cita con Gavin hubiese durado tan poco... Además del reproche que le hizo al espejo. «Eres tan débil que no podías pedirle que te llevara a su casa, o que se quedara a dormir contigo, porque te da miedo todo lo que *no* has hecho». Así era. No le daba miedo el sexo, porque había compartido noches muy locas —a veces demasiado— con gente que no le importaba un carajo. Tampoco temía exponerse. Lo que la aterrorizaba era quedarse a solas con él y ponerse a llorar como Magdalena porque por fin había descubierto lo que era sentirse feliz, y no era como imaginaba.

Ser feliz no era un estado indefinido, ni una forma de tomarse las cosas, como insistían en vender las campañas de *marketing*, las charlas de motivación o los libros de autoayuda. Ser feliz era ese efímero instante en que comprendías que todo estaba donde debía estar. No te irías a ninguna otra parte, ni cambiarías nada, porque ese momento era tuyo y tú también le pertenecías. Mio no se pudo contener entonces. La aceptación, el cuidado y el deseo de Caleb la emocionaron tanto que derramó unas cuantas lágrimas de frustración porque tuviera que terminar. Porque no sabía cuándo volvería a sentirse tan llena. Y porque temía que no significase lo mismo para él. Mio no pudo manejar tantos sentimientos y cuando volvieron a sus cabales, pidió que la acompañara a casa. No sabía si para Caleb algo habría cambiado —imaginaba que sí, pues seguía siendo una amiga de la infancia a la que de repente quería tocar—, pero ella necesitaba un

rato a solas para asimilarlo. Un rato que se había prolongado hasta esa mañana. Hasta ese segundo en que se levantaba de la mesa e iba al salón para mezclarse con la familia.

Tenía las mismas ganas de asistir a la repetida función de alabanza a Aiko Sandoval que de cortarse una pierna con una motosierra —y es importante puntualizar que estimaba bastante sus palitos con rodilla desde que Caleb confesó que le enloquecían—, pero las invitaciones de la boda eran importantes, y ella no tenía nada que hacer. Solo coger el teléfono y bombardear a mensajes a Cal, que ese día no trabajaba, y que quizá estaría durmiendo... O desayunando tarde... O viendo la tele...

«O haciendo cualquier cosa que no le gustaría que tú intentaras averiguar. Intenta no convertirte en una obsesionada *creepy* y haz algo con tu vida».

—He visto estas. —Se sentó en el sofá al lado de su madre y apuntó a la pantalla —. *Candlescript Demo Version, Chiangmai Hostel y Brothershood Script*. Son elegantes.

—No están mal —dijo su madre. Aiko II echó un ojo y asintió, dándole un trago a la limonada que sostenía con ambas manos—. ¿Tú qué opinas? ¿Cuál te parece mejor?

Mio abrió la boca para responder. Tardó unos segundos en darse cuenta de que se refería a su hermana. Claro, su opinión era la importante. Al fin y al cabo eran sus invitaciones.

—Me gusta esa, la segunda.

—A mí también. Es muy parecida a la que usé yo para mi boda con tu padre.

—Entonces creo que elegiré la primera —decidió Aiko, haciendo una mueca con la boca—. No es nada personal, mamá. Y sabes que soy muy poco supersticiosa, pero si puedo evitar relacionar algo de mi compromiso o mi boda contigo y con papá, lo haré.

Mio supo que se acercaba una de esas discusiones que solían acabar con su madre dándole la razón a Kiko, yendo en contra de lo que todas las madres del mundo tenían por acostumbrado.

Comprendía por qué su hermana mayor y ella entraban en ese bucle de discutir con elegancia y enterrar el hacha de guerra antes de que todo se pusiera feo, y también se hacía una idea de por qué su madre solo asentía a lo que Aiko decía, mientras que lo que saliera de su propia boca lo rechazaba. A diferencia de ella, la primogénita había visto a su madre hacer estupideces, comportarse como una cría, llorar, patalear, y cometer errores imperdonables que, no obstante, ella perdonó en todo su esplendor angelical. Por eso Aiko I la adoraba y odiaba contradecirla u ofuscarla. Y por eso Mio la admiraba, más allá de envidiar cómo todo el mundo se rendía a ella tarde o temprano. Cuánto le gustaría ser tan misericordiosa y paciente.

—¿No se supone que lo habías perdonado? ¿A qué viene esto ahora? —se quejó la madre.

—Y lo he perdonado —respondió Aiko, serena e imperturbable. Mio también ansiaba esa cualidad para sí. Parecía tenerlo siempre bajo control, mientras que ella se alteraba a la primera de cambio—. No era ninguna pulla para hacerte sentir mal, simplemente no quiero un matrimonio como el vuestro. Creo que estoy siendo razonable.

Desde luego, a Mio le parecía razonable. Ella no había sufrido en sus carnes los problemas de los dos Sandoval porque no les prestaba atención. Nunca estaba en casa, y estando allí, se encerraba en su habitación para comerse los libros. Y antes de ser estudiante, Mio no se daba cuenta de lo que pasaba, porque Aiko se ocupaba de no inquietarla con la situación. Pero Aiko sí que había vivido la decadente relación de sus padres en primera persona, y era comprensible que no quisiera lo mismo para sí.

Sus padres se separaban y volvían juntos varias veces al mes desde que Mio tenía uso de razón. La convivencia entre ellos era una auténtica locura. Teniendo esto presente, bastante bien salieron sus dos hijas. Sobre todo sabiendo que en la mayoría de los casos, problemas intrafamiliares graves como el de sus padres llevaban a las segundas generaciones al abandono escolar o la vida en la calle. Y aunque Mio no tenía un recorrido académico o un desarrollo personal tan exitoso como le habría gustado, y se había sentido apartada, ignorada y ninguneada en muchas ocasiones, por lo menos era una persona de provecho. Y no porque creciera sola o se hiciese a sí misma, sino porque Aiko estaba ahí para inspirarla, demostrando ser mucho mejor que la pareja que debería haberla educado.

Lamentablemente, había heredado algunos aspectos desagradables del ir y venir de los Sandoval. Por ejemplo, su indecisión, su inestabilidad, su irresponsabilidad y su inmadurez. Lo que no quería decir que no los adorase. Con Raúl, su padre, apenas tenía relación, pero Mio quería a su madre. Hizo un buen trabajo con ella dentro de lo que cabía. Y *lo que cabía* era una serie de infidelidades por parte de su pareja.

—Eres muy razonable —asintió la madre—. Pero supongo que ya sabrás que con alguien como Marc será inevitable que haya muchos baches. Yo no creo en la redención, ni en que la gente sea capaz de cambiar. Y no olvido lo que te hizo.

Aiko ni siquiera apartó la vista de la tele, en la que estaban echando un programa de novias. Muy apropiado.

—Pues para no creer en la redención ni el cambio, le has dado oportunidades a tu marido como para aburrir.

—Era un caso diferente. Teníamos hijas en común. No iba a apartar a su padre.

Aiko miró a su madre totalmente inexpresiva.

—No lo habrías apartado, porque existe la custodia compartida. Y me habrías ahorrado mucho sufrimiento.

Mio vio que su madre cambiaba de postura en el sofá, incómoda. Le dieron ganas de reírse. Le divertía y entusiasmaba la facilidad con la que su hermana cortaba de raíz cualquier intento de los demás por meterse en su relación.

—Pero no estábamos hablando de eso —se quejó Aiko I, dándose ese aire desenfadado que utilizaba para lanzar bombas—. ¿No me vas a dejar dar mi opinión? Creo que Marc es uno de esos hombres infieles por naturaleza. Yo reconozco a esa clase de personas a simple vista, y por experiencia. Me apena pensar que tu relación pueda acabar…

—Acabar, ¿cómo?

Mio cambió de postura. Su hermana parecía tranquila, pero sabía que le tocaba bastante la moral que Aiko I hablara de esa forma de Marc cada vez que tenía oportunidad. Intentó pensar una manera de dirigir la conversación a otra parte, pero fue en vano.

—Pues mal, Aiko, mal —resopló—. Ese tipo no tiene escrúpulos, él mismo lo afirma. Es la clase de hombre que debe estar solo para no dañar a nadie, y porque tampoco necesita compañía. Se basta consigo.

—Un poco de charla intrascendente con él y ya le has asignado un cuadro de personalidad. —Se metió en la boca una patata frita mientras negaba con la cabeza—. Qué imaginación tienes, mamá.

—Aiko, por favor. Escúchame —insistió.

La susodicha se giró de mala gana.

—¿Quieres que te escuche, o que te obedezca? Porque francamente, lo segundo no lo haré nunca y lo primero me está dando pereza. Soy una mujer adulta que toma decisiones al margen de la opinión general, y estoy orgullosa de todas las que he hecho. No te metas en mi relación.

—No me estoy metiendo, solo estoy…

—Dando tu opinión, ya.

—A lo mejor no lo conozco muy bien, de acuerdo —insistió—, pero sí que conozco a Caleb, y él sí era hombre para ti.

Aiko rodó los ojos.

—Ya empezamos.

—Serio, respetuoso, bondadoso y que haría cualquier cosa por ti. Tu boda se acerca, ¿y dónde está Marc, eh? Porque yo no lo veo por aquí. Debería estar ayudándote con los preparativos, o haciéndote compañía mientras estás de baja, y míralo... Dando vueltas por California, en la otra punta de los Estados Unidos, haciendo quién sabe qué con quién sabe quién.

Aiko exhaló de absoluta indignación, y Mio estuvo a punto de copiarla. Cuando su madre se metía con ella, apenas le dolía porque estaba acostumbrada, pero cuando atacaba los sentimientos de Aiko, le daban ganas de cambiarse el apellido.

Tal vez algún día lo hiciese.

—¿Cuál es exactamente tu gran problema? ¿Que me case con Marc, o que no me case con Caleb? —Enarcó una ceja—. Porque no es como si fuera a resolver ninguno de los dos, pero siento curiosidad por saber qué te jode más.

—¡Pero mira cómo te pones! ¡Tú antes no eras así! —exclamó, indignada—. Y a mí no me molesta nada, solo te digo que si hubieras seguido con Caleb, ahora no estarías tan irritable. Ese hombre te ha puesto en contra de tu familia.

—Madre mía… —Aiko se pasó las manos por la cara—. ¿Hacer lo que quiero con mi vida es estar en contra de mi familia? Será mejor que me vaya a la ducha, antes de que esto suba de tono.

—¿Ves? Te enfadas cada vez que hablo de él.

—Pues porque no paras de pincharme.

—No, es porque sabes que tengo toda la razón, y has cambiado a un hombre que te adoraba con locura por uno al que no le importa irse una semana sin llevarte con él, que al final acabará dejándote sola. El pobre Caleb... —Negó con la cabeza—. ¿Es que no te da pena?

—¿Pena? —repitió Aiko, cada vez más crispada. Lanzó una mirada alucinada a Mio, que hizo una mueca con la boca—. En el remoto caso de que Marc no se hubiese quedado conmigo, y viviendo la imposibilidad de que Cal y yo nos quisiéramos, ¿debería casarme con alguien por pena, o por no quedarme sola? Siento decepcionarte, pero no soy como tú... Y gracias a Dios —apostilló, levantándose del sofá.

—No te enfades —pidió ella, poniendo cara de perro—. Solo intento advertirte. Él no es bueno... Y Caleb nunca querrá a nadie que no seas tú, ¿es que no lo ves? Necesita a alguien que te adore de manera incondicional, no prolongar un capricho pasajero.

Mio apartó la mirada. No era la primera vez que oía a su madre hablar con tanta propiedad sobre los sentimientos de Caleb. Además de su poco interés por contrastar la información, ella era la culpable de que hubiera vivido creyendo que estaba enamorado de Kiko. Tenía tan

asumido que Aiko I decía la verdad, que nunca intervenía en esos casos. Se retiraba con una excusa para lamentarse a gusto, porque le dolía que le recordaran que Caleb nunca estaría con ella. Pero ahora que todo era distinto, no iba a dejarlo pasar.

—Marc no es ningún capricho pasajero —interrumpió, intentando que no le temblara la voz por el enfado—. Puede que todo el mundo piense que es un mujeriego, o que es un engreído: yo también lo pensé al principio, pero en cuanto tratas con él te das cuenta de que es pura fachada. La realidad es que mucha gente dice muchas tonterías sobre él, tú entre ellas, y él, que es una persona muy celosa de su intimidad, no pierde el tiempo protegiéndose de los insultos.

»Y, ¿sabes qué? Aunque fuese el malo del inspector Gadget, ¿qué derecho tienes a decirle esto a Kiko? Ya ha decidido. Si se debe equivocar, que se equivoque. Tú te equivocaste todas las veces que quisiste. Lo sigues haciendo, y ya nadie te dice nada. Intenta pagar con la misma moneda a quien ha sido benevolente contigo. Y una cosa más —añadió, envalentonada—. Caleb y Aiko nunca han sido novios, lo que pasa es que te crees que vives en el siglo diecinueve y debes buscarle la pareja más conveniente a tu hija. Has llevado tu obligación de casamentera hasta el cielo, creyéndote tu propio cuento, pero no deja de ser eso. Un cuento. Porque tampoco estuvieron enamorados; solo son muy buenos amigos.

»Y, por cierto. —Cogió aire—. Caleb está conmigo.

La cara que se le quedó a su madre no tuvo precio. Podía deberse a que era la primera vez que le plantaba cara, a que estaba triste porque la conversación estaba afectando a Aiko, o porque la limonada había salido demasiado agria... No importaba: su madre se quedó callada, sin palabras, y Mio se sintió tan bien por el milagro, como mal por saborear una discusión como si fuese una victoria.

«¿Qué clase de persona eres?».

«Pues una persona que está hasta las narices. Tú también tienes derecho a enfadarte».

—¿Cómo que está contigo? ¿Te refieres a que salís juntos? ¿Es tu novio?

Mio fue a negar con la cabeza. Lo suyo era una relación de pseudoamistad con derecho a roce, nada más. Y las condiciones de Caleb habían dejado claro que no tenía derecho a jugar con él e introducirlo en sus juegos, ni volver a hacer algo de ese tipo sin consultarle, así que no pensaba mentir para quedar en mejor lugar. Pero su madre la tuvo que interrumpir.

—No me lo creo. Tú no serías capaz de hacerle eso a tu hermana, y Caleb menos. Y eso por no hablar de lo extraño que sería... No hacéis buena pareja, ni tenéis nada en común. Eres una niña preciosa, llena de virtudes, pero Caleb busca algo distinto.

«No hacéis buena pareja», repitió para sus adentros. Eso era cierto, no la hacían. Ni siquiera eran una pareja. Pero lo que salió de su boca fue muy distinto.

—Pues es verdad. —Se cruzó de brazos para ocultar que le temblaban las manos—. Anoche sin ir más lejos, formalizamos la relación. Puedes llamarlo para preguntarle, si te apetece. —«Dios mío, no lo hagas. No lo hagas, por favor»—. Pero eso no es lo importante... Lo importante es que se acerca la boda de Aiko y deberías estar ilusionada, no intentando asustarla o haciendo que cambie de opinión.

Mio asimiló lo que acababa de decir y se quedó helada. No supo qué hacer para borrar de la cabeza de su madre la idea que acababa de plantar. Ya no eran amantes, cosa que se hizo realidad y por ello podía dormir tranquilamente: ahora eran *pareja*. Una maldita pareja. Cuando Caleb se enterase la iba a descuartizar e iba a hacerse un collar con sus trocitos.

Pero la cara de Aiko I no era la única que emulaba un poema, sino la suya por estar replicándole, y la de su hermana, que la miraba con la boca abierta. Por un momento, fueron tres mujeres mirándose las unas a las otras completamente en *shock*, hasta que como casi siempre pasaba, Aiko distendió el ambiente soltando una carcajada de alegría.

—¡Lo ha hecho! —exclamó ilusionada, yendo hacia ella para abrazarla—. ¡Por fin te ha dicho que te quiere!

Mio perdió el eje. Fue como si su cuerpo y su alma se separaran, y esta se elevara por encima de sus cabezas. Lo vio todo en una especie de vista aérea.

—¿Cómo? —Se separó un poco y clavó la vista en su hermana, confundida—. ¿Puedes repetir lo que has dicho?

La sonrisa de Aiko se torció un poco.

—Pues eso, que por fin te ha dicho que te quiere... como novia, ya sabes. —Hizo un gesto con la mano y le guiñó un ojo de espaldas a su madre. Mio comprendió lo que pretendía: echarle un cable para que Aiko II dejase de molestar—. Habló conmigo sobre eso. Me alegro de que se haya atrevido. Con lo tímido que es, pensé que no lo haría nunca.

—Eh... Claro, claro —murmuró.

El desengaño la invadió sin darse cuenta. Por un instante se había creído que de veras Caleb pretendía declarar sus sentimientos. Ojalá hubiera sido verdad, pensó.

—Ah, así que te lo dijo —comentó la madre—. Entonces... Supongo que me llamará y me lo contará, o me lo dirá cuando nos veamos la próxima vez... —Tragó saliva. Nadaba en la confusión, y Mio también—. Tendré que pensar en la manera de preguntárselo sin que se lo tome como un ataque. Con lo poco que le gusta hablar de sí mismo... —Sus ojos rasgados volaron hacia Aiko, a la que miró consternada—. ¿Tú estás de acuerdo con todo eso, lo de tu hermana con... con Caleb?

—Mamá —pronunció, casi deletreando—. No tengo que estar de acuerdo o no, porque, primero, es *su* vida. Y, en segundo lugar, yo nunca he sido nada para Cal salvo una amiga. Nunca hemos estado juntos, ¿entiendes? ¿Lo entiendes?

Mio no pudo culpar a su madre por negar con la cabeza con incredulidad. Esa fue su exacta reacción cuando se enteró. Eliminar de repente una información que creíste cierta durante años no era sencillo. Ella misma necesitó unos cuantos días para pasar la conmoción, y otros cuantos para asimilarlo.

Quizá todavía estuviera procesándolo.

—Tengo que ir a la pescadería antes de que cierren —anunció—. Ya nos veremos cuando impriman las invitaciones. Quiero verlas antes de que se envíen, ¿vale?

Mio no pudo ocultar su decepción. ¿Qué esperaba? ¿Que le pidiera detalles, o la felicitase? Para su madre, Caleb solo funcionaba con Aiko, y Aiko solo funcionaba con Caleb. Su cabeza venía con ese patrón predeterminado, y sabía que pasaría mucho tiempo hasta que se hiciera a la idea de que jamás ocurriría.

Aiko la acompañó hasta la salida. Mio se quedó tan planchada por su actuación que no pudo moverse. Las oyó hablar, seguramente pidiéndose disculpas, y luego la puerta se cerró.

Su hermana apareció con una escueta sonrisa.

—Gracias por defenderlo.

—Mamá puede ponerse muy pesada contigo. No me gusta que te trate como si fueras tonta y no supieras lo que te conviene.

—No me refiero a mí, sino a él. Me ha alegrado mucho que defendieras a Marc. Hago como que no me importa, pero me afecta que estén constantemente atacándolo. Es bonito tener por lo menos tu apoyo, y que pienses que es bueno para mí.

—Yo no he dicho eso. Creo que no hay nadie lo suficientemente bueno para ti, por eso tienes la suerte de poder elegir a quién vas a hacer afortunado —respondió con honestidad—. Pero Marc me cae muy bien.

Aiko se tiró en el sofá de nuevo con un gran supiro.

—Celebrará saberlo. —La miró de reojo. La sonrisa que intentaba disimular se ensanchó—. Lo de Cal ha estado muy bien. No pensaba que se lo fueras a soltar tan pronto, pero cuanto antes se haga a la idea, mejor.

—¿Por qué lo dices? ¿Sabías que Caleb y yo…? ¿Es que de verdad te dijo que quería... salir conmigo?

Aiko levantó las cejas con intención misteriosa.

—Me dijo que estáis en algo. Luego rechazó mis condones. Y después apareciste con las mejillas coloradas, el vestido desabrochado y cara de haber echado el polvo de tu vida. —Entrecerró los ojos—. ¿Y bien? ¿Vas a pedirme perdón por contárselo antes al pájaro que a mí, o voy a tener que enfadarme?

Mio se mordió el labio y necesitó un momento para decirse «estúpida» mentalmente antes de arrojarse a sus brazos. Aiko gimió por el codazo que le dio en el pecho y ella se disculpó, empezando a sollozar.

—Lo quiero mucho, Kiko. —Ni siquiera se dio cuenta de que era la primera vez que lo decía en voz alta—. Y me va a crucificar por decirle a mamá que somos novios, porque no lo somos, y porque le prometí que no iba a decir mentiras.

Aiko soltó una carcajada y le acarició el pelo.

—Eres de lo que no hay, Miau. No puedes seguir así, ¿eh? No puedes seguir mintiendo cada vez que sientes que amenazan tu amor propio.

—Ya lo sé. Me sale sin querer.

—Esas cosas no salen sin querer. No eres un animal en una situación de supervivencia, eres una persona con cabeza. Úsala antes de meterte en estos líos y arrastrar a Cal contigo.

—Me va a matar…

—No, no lo creo. Pero se lo vas a tener que decir. Por lo menos sabes que valora que le cuenten la verdad antes que enterarse por terceros. Y si lo quieres mucho —siguió, en tono cariñoso—, ¿a qué esperas para currártelo?

—¿Por qué dices eso? —preguntó tímidamente—. ¿Crees que tengo posibilidades?

—Pues claro que sí. Puedes conseguir cualquier cosa que te propongas, si dejas de escudarte en excusas y no cambias de opinión en el último momento.

—¿Y qué hago?

—Decirle cómo te sientes.

—Es muy pronto —musitó—. Anoche fue... la primera vez.

Aiko se separó, sorprendida.

—¿La primera? Eso no lo sabía, pensaba que a esas alturas de la noche ya habríais roto el colchón —rio. Se tiró sobre el sofá, apartó el portátil a un lado y le dio una palmadita al cojín a su lado—. Bueno, imagino que a Noodles no le habrás contado todos los detalles por ser menor de edad. Siéntate aquí y cuéntamelo parte por parte. Pensaba que Caleb solo se hacía el chulito con eso de los veinte centímetros.



El lunes, Mio se puso especialmente mona por si debía afrontar la muerte súbita. Si no se moría de la vergüenza descubriendo que su madre había llamado a Caleb para confirmar la mentira del siglo, sería él quien la estrangularía por reincidir como embustera.

Llegó a la oficina hecha un manojo de nervios, con un par de botones de la blusa desabrochados y una falda de tubo azul marino. No estaba de humor para zapatos de tacón, y las manoletinas serían más cómodas cuando Caleb le señalara el camino al carajo. Intentaba tomárselo con filosofía y recordar que Aiko le dijo que tenía posibilidades, que lo importante era que se lo confesara lo antes posible, pero lo cierto es que le asustaba volver a verse la cara con el Caleb del baño de aquella fiesta en el hotel Millstone. El que le dijo que era mala para él porque no dejaba de ponerlo en ridículo. El que tenía la razón. El que odiaba que la tuviese.

Los lunes eran días de movimiento, pero ese en concreto todo el mundo andaba más ocupado que de costumbre. Nada más plantarse en el recibidor de la oficina, oyó una discusión tranquila en torno a uno de los muchos cubículos de los asociados. Había cinco o seis de ellos con la mirada puesta en el ordenador, mientras la abogada adjunta de Jesse hacía una explicación. Recordó que la llamaban Lea para acortar un nombre que no le venía a la cabeza.

—Buenos días —saludó—. ¿Qué tramáis?

Lea le devolvió el saludo con una sonrisa relajada.

—Pues ahora que preguntas, estamos en algo que necesita un poco de ayuda. En unos días cumplimos dos años trabajando aquí como asociados y es tradición preparar una cena a la que se invita a los jefes. Estábamos eligiendo el restaurante, haciendo presupuesto... Porque todo sale de nuestro bolsillo, claro. Y la temática.

»Han propuesto que vayamos en parejas. No me parece bien porque hay gente que no la tiene, y a la que le da vergüenza pedir esas cosas... Pero no puedo contra la lógica de que en los bailes de promoción siempre hay que ir acompañado y ya hemos pasado por eso, así que acabaremos formando dúos. La gran pregunta es: ¿*The Capital Grille*, donde la comida es casera y hay hora de bebida feliz; el *Zuma*, que aunque es comida japonesa podríamos quedarnos hasta tarde, o el *Fratelli Milano*? ¿Sabes si hay alguien alérgico al *sushi* o al italiano entre los socios?

Mio parpadeó una sola vez. Entendía que Jesse no la soportara si se tomaba tan a pecho cada pequeña cosa que le mandaba. Su detallismo haría sentir un inútil a cualquiera.

—Puedo preguntar —se ofreció—. Cal no lo es, Jesse y Aiko tampoco, y si no hay ningún otro jefe... A Julie la podéis investigar vosotros, la conocéis desde hace más tiempo —propuso. No se imaginaba volviendo a abordar a la pobre mujer después de lo que hizo—. Si quieres mi opinión, me quedaría con *The Capital Grille*. Tiene de todo, lo demás es demasiado exclusivo, caro y puede no gustar a una minoría.

—Perfecto, gracias —asintió Lea. Se inclinó para garabatear algo en un cuaderno y se estiró—. Oh, ahora que me acuerdo... Tienes un cliente esperando en el despacho. Ha preguntado por ti y lo he enviado directamente allí.

—¿Un cliente? —Lea movió la cabeza en sentido afirmativo—. ¿Un cliente... para mí?

Volvió a hacer el gesto. «Pero si aún no tengo clientes», estuvo a punto de decir. Pero pensó que eso daría motivos a los adjuntos para desconfiar más de su trabajo en el bufete y le dio las gracias. Lo más probable era que fuese uno de Aiko. La noche anterior le dijo que transferiría alguno de sus casos para que practicase.

Se dirigió a su rinconcito para no hacerlo esperar. Caleb no podría agravar su condena por tardona porque había fichado a su hora. Quiso pasar por su despacho para restregáselo, pero tenía demasiados asuntos pendientes y antes debía pensar en cómo le diría lo de su madre. Además de que temía verle la cara y descubrir que estaba como siempre, como si nada hubiera pasado. No se veían desde que la dejó en casa, dos días atrás, y no se enviaron ningún mensaje. Mio no era ninguna cobarde, no iba a esconderse detrás de sus puertas durante todo el día. Solo hasta la hora de comer, cuando tuviera un discurso preparado.

Empujó la puerta del despacho y frenó en seco al reconocer la figura que esperaba de pie junto al escritorio. Al principio le costó. No lo había visto tanto para que la familiaridad fuera inmediata, y en esa ocasión iba vestido con traje, no con el uniforme de recepcionista.

—Gavin —dijo, a caballo entre el «hola» más educado y el «¿qué diablos haces aquí?». No añadió ninguna de las dos posibilidades, porque él se giró y, por la cara que traía, se dio cuenta de por qué había ido a verla—. La cita. Lo siento mucho.

Gavin llevaba el pelo rizado peinado hacia atrás, y un traje que ya a primera vista se notaba de segunda mano. No estaba muy contento, y Mio lo entendía. Le había plantado con una excusa patética y a través de un mensaje. Pero no imaginaba que iría a verla, porque no contestó, y además...

—¿Cómo sabes dónde trabajo?

El hombre sonrió un poco. Mio se fijó en que le temblaban los dedos al apoyarlos en el respaldo de la silla.

—Soy un experto manejando los ordenadores. Es a lo que me dedico. Fue fácil averiguar qué hacías además de estudiar... Ah, no. No estudias —afirmó. Su mirada se oscureció—. Ni enfermería ni nada parecido. Pero tranquila, no estoy aquí por eso, sino para saber por qué me dejaste tirado. Teníamos un trato.

—La cita no entraba dentro del trato, ¿recuerdas? Yo te ayudaba a organizar la base de datos del hospital y tú me hacías un *tour* por allí... Aparte, quedábamos para cenar. Pero me surgió un problema.

Hizo una pausa. Tenía la cabeza en blanco, y no sabía por dónde empezar a buscar una excusa coherente. No recordaba la que le puso esa noche. Lo escribió borracha de amor y luego se le olvidó que existía.

—Ya te he dicho que lo siento.

—También dijiste que eras estudiante y que el tipo con el que ibas era tu hermano, y según algunas fuentes, es el gerente de este sitio y no has pisado la facultad en un tiempo.

Mio empezó a ponerse nerviosa. Gavin señalaba hechos en tono desapasionado, pero detrás de esa neutralidad, había desprecio y preguntas que ella no sabía responder. No tenía nada

preparado, y aunque era una buena embustera, las mentiras nunca le salían cuando lo planeaba.

—No es mi hermano, pero sí que estudiaba enfermería...

—Lo dejaste hace años. Rosie me lo confirmó cuando vino a dar a luz al crío. —Gavin dio unos cuantos pasos hacia delante—. ¿Por qué me has mentido? ¿Qué es lo que querías? ¿Te has estado riendo de mí?

No era un buen momento para recordar las advertencias de Caleb, pero se dio cuenta, no sin cierta amargura, de que siempre tenía la razón, ya le pudiesen las formas o perdiese la paciencia al regañarle. Allí estaba Gavin, pidiendo una explicación que no sabía darle. Estaba amenazando algo extremadamente importante para Cal.

«No me cabrearía si no hicieras jodidas estupideces que ponen en peligro la única cosa que me importa en este mundo». Esas fueron sus palabras textuales.

—Claro que no.

—¿No? Porque a mí me parece un poco sospechoso que aparezcas con uno de los mejores abogados de Miami y metas las zarpas en el sistema de historiales del hospital. Ese no es mi asunto, pero fuiste cariñosa conmigo como si te importara —le espetó, plantándose un paso de ella—. Sé que me estabas manipulando para conseguir algo. Las mujeres guapas hacéis y deshacéis según vuestra conveniencia y no os importa si debéis hacerles daño a los demás. Sois todas unas zorras.

Mio arreaba bofetadas por insinuaciones menos procaces, pero en ese momento estaba mucho más preocupada por lo que pudiera pasar. Negó con la cabeza para ganar tiempo y respiró varias veces, eligiendo no pensar en la expresión de Gavin, que avistaba problemas. La había investigado, y si lo hiciera un poco más a fondo, tal vez llegara al *quid* de la cuestión. Por supuesto que pensó en lo terrorífico que era eso, y en que debía denunciar a la policía, pero por otro lado... Contárselo a alguien podría repercutir negativamente en ella.

Se aferró a un clavo ardiendo.

—No es eso. Yo... Es verdad que no estoy estudiando aún, pero porque hace solo unos meses que obtuve mi título de abogada y quería tomarme un descanso hasta retomar la carrera de ciencias. Aprovecho para ayudar en el bufete al mejor amigo de mi hermana mientras esta se recupera; por ahora está de baja por enfermedad. Tiene insuficiencia renal crónica... Tal vez sepas quién es, la atendieron en el hospital de urgencia. —Iba a dejarlo ahí, pero observó que Gavin se ablandaba un poco y continuó, sintiéndose asqueada por tener que utilizar los problemas de Aiko para salir del paso—. Estaba allí porque necesitaba comprobar una cosa de su historial y no podía decírselo a ella porque no le gusta que le recuerden por lo que pasó.

»Escucha —prosiguió, acercándose para cogerle de las manos—. Si lo que te ha hecho enfadar es lo de la cita... Estoy libre toda esta semana, podemos hacer lo que quieras, cuando quieras. La verdad es que me daba vergüenza ir contigo. No sabía qué ponerme para impresionarte y... No se me dan bien las citas, ¿vale? He tenido demasiadas malas experiencias, hace poco salí de una relación, y... Sé que solo son excusas, pero a veces las mujeres cambiamos de opinión en el último momento. Yo lo hago muy a menudo. Te habrás dado cuenta si has ojeado mi trayectoria profesional.

Fue sorprendente cómo Gavin pasó de estar enfadado a convertirse en un niño tímido y asustadizo al que le costaba mirarla a la cara.

—Entonces... ¿Saldrías conmigo? —fue lo único que preguntó. Mio suspiró de alivio: no más indagación incómoda—. Porque la verdad es que solo estaba... Molesto. Me han hecho esto muchas veces, y sin siquiera decirme nada, directamente plantándome en el restaurante, o en el bar, o donde fuera. Y no es justo, ¿sabes? Los hombres también tenemos inseguridades. Eso parece que muchas mujeres no lo entienden. Y también son muy superficiales. Pensé que habrías cambiado de idea por mi físico, como hacen todas. Eso me... —Su voz tembló—. Me siento solo y rechazado. Necesito a alguien para creer que existen las mujeres buenas.

—Claro que sí —respondió, perturbada por la extraña mirada que le dirigía—. Hay muchos tipos de personas en el mundo, y no todas son malas o manipuladoras. Yo... Me gustas —confesó —. Me pareces un buen hombre. Es solo que ese día no... no pude. Podemos vernos otro día, quizá para desayunar, o cuando tengas unas horas libres en el trabajo. Tienes mi número, ¿no? Llámame cuando puedas y nos pondremos de acuerdo.

No supo a dónde mirar cuando Gavin se quedó allí parado, observándola como si fuera de otro mundo. Siempre había querido que alguien la hiciera sentir especial, única, pero el vistazo de aquel hombre la turbó y no supo qué más decir.

—Claro —dijo al fin. Le costó poner rumbo a la puerta, parándose unas cuantas veces hasta que al final se dirigió a ella esperanzado—. Yo eh… Gracias. Y siento haber interrumpido.

Mio esbozó una sonrisa cortés.

—No te preocupes. Pero la próxima vez, llámame por teléfono y nos vemos fuera. Me gusta ser profesional en mi trabajo, y podrían decirme algo si saben que invito a gente de fuera por temas personales.

Gavin asintió con la cabeza, volvió a disculparse y le pidió que estuviera pendiente del móvil. Después se marchó en completo silencio, y hasta que no comprobó que se perdía por el corredor, Mio no se movió.

La puerta que daba al archivo, que estaba entornada cuando llegó, se abrió y de ella salió un cuerpo masculino lo bastante alto para que tuviera que levantar la cabeza. En la mano llevaba una serie de carpetas selladas como jurisprudencia, y en la boca, una mueca rígida.

Mio sostuvo la mirada de Caleb con cara de espanto. Así que no era ella la única que escuchaba detrás de las puertas... O quizá sí. El hecho de que fuera cargado, dejaba claro que Cal no tenía pensado oír esa conversación, ni estaba ahí para espiar.

Esperó una reacción agresiva que no llegó. Lo que imaginaba que sería una mirada glacial se convirtió en unos ojos cargados de decepción.

—En la sala de reuniones en diez minutos —anunció en tono ambiguo.

Pasó por su lado como una exhalación, tan rápido que Mio podría no haber reaccionado a tiempo. Pero lo hizo, cogiéndolo de la manga de la chaqueta y pidiéndole que volviese a su sitio. Por el rabillo del ojo, fulminó a la dichosa puerta del archivo. ¿Por qué tenía estar cerca del despacho de Aiko? ¿Por qué?

—Cal, eso que has oído no es...

—No es cierto, como casi todas las cosas que salen de tu boca —completó. Aquello fue un mazazo—. Tranquila, te conozco y sé qué tono utilizas cuando mientes, igual que cuanto más explicaciones das, menos verdad hay en lo que dices. Lo que no consigo comprender es por qué no puedes simplemente decirle que no quieres verlo y que estás con otra persona.

Entendió la pregunta implícita en su comentario, la que él nunca pronunciaría: «¿Es que te arrepientes? ¿Te avergüenza lo que tenemos?». Que lo insinuara fue doloroso, pero si solo había escuchado sus mentiras y no el comienzo de la conversación, no sería ella quien le dijera que Gavin tenía información que podía usar en su contra si llegara a descubrir la verdad. Manipuló a un hombre con su cara bonita para conseguir pruebas, y eso podía culminar en una sanción para el cabeza del caso: Caleb. Y a ella no le importaba que la inhabilitaran, pero él... Con ese casi ridículo sentido del deber, la lealtad y la protección, se responsabilizaría de sus errores antes de que Mio dijera la verdad.

Por no mencionar que ya se enfadaría bastante cuando le contara que su madre pensaba que salían juntos. Si añadía el problema de Gavin... No quería ni pensar en lo que pasaría. Como mínimo, la dejaba.

—Me da pena —dijo. Y en parte era verdad—. Todas las mujeres lo dejan tirado, y...

—Sí, he estado ahí cuando se lamentaba —cortó. Se acomodó las gafas sobre el tabique. Intentaba contener la irritación sin éxito.

—Espera... —balbució Mio, agarrándolo del brazo de nuevo—. ¿Estás enfadado?

Caleb levantó las cejas.

—¿Por qué, quieres que lo esté? Mira, Mio. Sé que tu vida no gira en torno a mí, pero si insistes durante todo un viaje en sonsacarme que algo me molesta para luego hacerlo a mis espaldas, inevitablemente lo voy a interpretar como que lo haces para joderme.

—¡No lo hago para joder a nadie! Yo no quiero salir con él, Cal, no te mentí. Te lo prometo. Pero me entristece su situación, y me cae bien. No es justo que se sienta solo.

—¿Y sí es justo que me engañes, o es que pensabas contarme que te verías con él?

Mio se quedó en silencio. Dios, cuánto le gustaría poder decirle que estaba entre la espada y la pared porque Gavin la había investigado, y que no tenía nada que ver con eso.

—Ahí está —señaló. Cambió el archivador al otro costado y se rio de incredulidad—. Si quieres andar por ahí de alma caritativa saliendo con tíos victimistas, no te lo voy a impedir, pero ponme sobre aviso para que tome medidas. Una cosa debes tener muy clara, y es que estando conmigo no vas a estar con otro.

—¿Me estás dejando? —preguntó, alarmada.

Durante los instantes que se tomó para meditarlo no sintió el corazón en el pecho.

—No —contestó. Estaba enfadado consigo mismo, lo sabía—, pero no voy a ser el que te lleve a restaurantes para que te tires a hombres solo porque te dan pena, ni tampoco seré uno de ellos.

Aquello la ofendió. Él pensaba que lo que pasó en el coche fue por pena, y si entraba en su cabeza, si se paraba a ponerse en su lugar... Tenía sentido: Caleb confesó que estaba celoso, mosqueado y tenso, y curiosamente ella decidió quedarse. Creía que era como Gavin, otro más. Y eso le dolió por muchos factores. Entre otros, que parecía que no sirvió para nada entregárselo todo cuando hicieron el amor.

«Los hombres también tenemos inseguridades», había dicho Gavin. ¿Las tendría él también?

Caleb repitió que debía ir con él a la sala de reuniones y se marchó con el derecho a réplica metido en el bolsillo. Mejor. No habría sabido qué responder. A lo mejor lo habría abofeteado por insinuar algo tan horrible, pero eso solo hubiera empeorado las cosas, y en el fondo debía perdonar su impulsividad igual que él siempre perdonaba la suya. Aunque necesitaría toda la

mañana para olvidarlo, y también la promesa de que de verdad no la dejaría, porque no había sonado muy seguro.

Mio se repitió varias veces que Caleb no estaría tan enfadado si le pidió que le acompañara a la sala de reuniones. También podía ser porque no le apetecía tomar anotaciones y ella era excelente tecleando, garabateando y pulsando los botones de la grabadora, pero no olvidaba que estaba hablando de un hombre que, cuando quería las cosas bien hechas, las hacía él mismo. O quizá solo la había incluido en su jornada de lunes porque quería que lo pasara mal viendo cómo la ignoraba.

Por un lado se lo tenía merecido, y por otro, ese que incluía la información que no le había transmitido a Caleb... Se lo tenía merecido el doble. Cuando se sentó a su lado y revisó el historial de la mujer con la que se reunirían, no le quedo más remedio que asumir que al final del día, Caleb habría tomado una decisión: decirle que hasta ahí habían llegado, o bien dejar pasar lo sucedido con Gavin. Lo conocía y sabía que necesitaba tiempo para decidir si el mosqueo merecía o no la pena. Si volvían a discutir, podía defenderse contándole lo del caso, pero entonces volverían al punto inicial, al «te avisé y tú seguiste adelante porque no escuchas a nadie». El caso era mucho más importante para él que compartir un helado con Gavin, o lo que fueran a hacer juntos. Mejor sacrificar su relación para que no se preocupara por la defensa de Aiko y sus padres.

—¿Trece? —preguntó. Levantó la barbilla hacia él—. ¿Ya llevas trece testigos? ¿Cuándo ha pasado eso?

Caleb no la miró al responder que había estado trabajando en ello en días festivos y fines de semana. Sonó más borde de lo normal. Vale, podía cabrearse. Si hubiese descubierto que él andaba diciéndole a otras mujeres que le gustaban y aceptara a salir con ellas, era muy posible que entrara en cólera y le volviese a plantar una bofetada. Pero eso no quitaba que doliera, ni que hubiese esperado otro tipo de recibimiento después de lo que ocurrió el sábado.

Se hizo bola en el asiento y esperó a que Amalia Rojas apareciese para cortar el tenso silencio entre los dos. Pensó en la mala suerte que tenía y en lo mucho que se esforzaba en que esta fuera a peor; en que no dejaba de meter la pata, y que sus errores, en boca de Caleb, se veían peor. Aunque él tampoco era perfecto, porque ese comentario sobre «tirarse a hombres por pena» no era nada justo. Jamás había hecho tal cosa. Ni siquiera había salido nunca con alguien porque su situación la deprimiese. Era buena y le costaba decir que no, pero si Gavin no hubiese tenido esa información en su poder, lo habría ignorado sin miramientos. Estaba con Caleb, por Dios: después de años deseándolo, por fin lo tenía a él. No se le ocurriría mirar a otro... ¿Por qué no lo veía? Ah, ya, porque no paraba de cagarla y enviar señales contradictorias. Lo reconocía.

Tal vez se hubiera vuelto loca estando con alguien como ella.

—Disculpen la tardanza —intervino una voz femenina. Dos mujeres entraron en la sala; una de las dos, la alta, llevaba las ojeras con ese orgullo pasivo típico de las que eran tan guapas que no necesitaban dormir. La otra, más baja, fue la que habló y se dirigió a Caleb con una sonrisa amigable. Este se levantó enseguida, y Mio, que no iba a ser para menos, lo imitó.

—Lina —saludó, arreglándose la corbata—. Me alegro de verte. ¿Qué haces aquí?

—Acompañar a Amy. —Se acercó, rodeó la mesa y le dio un abrazo amistoso. Mio se quedó rígida a su lado, pero por extraño que pareciese, no pudo sentir celos o traición—. No podía hacer esto sola.

—Lo entiendo. ¿Cómo está tu padre?

Lina sonrió sin muchas ganas.

—Ya sabes cómo es. Quejándose todo el día de que le duele el cuerpo, pero negándose a tomar las pastillas. Quiere que vengas a cenar a casa un día, como agradecimiento por todo lo que has hecho por él.

—Ojalá tuviera tiempo. Pero si me dices un día, tal vez pueda reorganizar mi agenda para escaparme un rato. —Hizo un gesto hacia las sillas—. Por favor, sentaos.

Amalia Rojas era una belleza morena de ojos claros, pelo lacio hasta la cintura y figura de modelo. Quizá tenía la frente un poco estrecha y la barbilla algo puntiaguda, pero en líneas generales era lo bastante guapa para que Mio se tensara y echase un rápido vistazo a Caleb para examinar su reacción. Lina no era fea en absoluto: una chica bajita, con la melena corta color miel y sonrisa grande, pero por lo que parecía, tenían una relación de colegueo. La otra, en cambio, le gustaba hasta a ella.

Tras las presentaciones, Amalia se sentó. Pasó medio minuto en silencio, mirándose las manos, y otra buena parte mirando a su amiga con cara de circunstancia. Caleb se aclaró la garganta y tomó las riendas de la situación hablando con voz clara.

—Sabemos que su novio, Samuel Simpson, falleció hace dos meses en el Kendall West Hospital. Estoy llevando el caso de uno de los auxiliares que solían trabajar allí, que ha denunciado una serie de desorganizaciones y problemas clínicos que en muchos casos han tenido como consecuencia una serie de complicaciones. La hemos llamado porque su número contacto era el que aparecía en el historial del señor Simpson. —Hizo una pequeña pausa—. Imagino que, si ha acudido a la cita, es porque está dispuesta a ayudar. Si es así, necesito que nos confirme si las causas de la muerte que se especifican en su informe son correctas.

Los dedos de Amalia temblaron al agarrar el papel que Caleb tendió con profesionalidad. Mio no sabía a dónde mirar, si a él para recordarse que no estaría bien levantarse e ir a abrazarla, o a ella para infundirle ánimos. Pero Amy no miraba a nadie, solo a Lina, que de vez en cuando sonreía y asentía. «Puedes hacerlo».

—No entiendo del todo los términos a los que se refieren... —murmuró, con la vista fija en el impreso—. Pero nadie lo esperaba. Nadie imaginaba que... acabaría así.

Lina la cogió de la mano y miró a Caleb y a Mio alternativamente.

—Yo estaba en casa de Amy cuando Samuel apareció diciendo que se sentía mal. Le dolía el pecho desde hacía unos días, pero era de esos hombres que le restan importancia a cualquier molestia física. Esa mañana fue insoportable, así que me ofrecí a llevarlo a revisión. Fuimos los tres —especificó, lanzando una mirada fugaz a su amiga—. El hospital que quedaba más cerca era el Kendall West, y teníamos buenas referencias, así que entramos por urgencias. Estuvimos esperando un rato hasta que le atendieron.

—Algunos infartos empiezan así —balbució Amalia—. Con un dolor intenso en el pecho. Parece que estaba teniendo uno y no... No nos dimos cuenta. Cuando entramos para verlo, ya lo habían ingresado para intervenirle. Le dieron dos infartos seguidos y no pudo seguir adelante. —Cogió aire. Su voz se rompió al intentar seguir—. Por lo menos... Por lo menos pudieron utilizar prácticamente todos sus órganos para gente que los necesitó. Él estaba obsesionado con eso, con la donación después de la muerte. Incluso en vida dio uno de sus riñones, donó médula y sangre. —Sus ojos se cristalizaron. Mio tuvo que apretar los labios para no llorar, y aun así, se le escapó

una lágrima—. No he vuelto a ir a ese hospital, solo para preguntar si podrían decirme a dónde fueron... Quiénes heredaron sus... pulmones, su hígado, y todo lo demás. Me gustaría conocerlos.

—¿Y qué te dijeron?

—Que no es recomendable porque los oferentes que conocen a sus donantes tienden a desarrollar problemas psicológicos que... a veces derivan en rechazos y... No lo recuerdo bien, pero entiendo que no todos querrían escuchar que su tabla de salvación perteneció una vez a una persona viva.

Amalia se frotó los ojos.

—Lo que no entiendo es cómo... cómo pudo pasar. Me lo intentaron explicar, pero estaba en *shock*. No podía creerme que hubiera ocurrido de verdad. Él estaba vivo, bailando conmigo en la terraza, y de repente... Esa noche... Ya no estaba. No estaba —repitió, ida. Mio parpadeó rápido para mantener a raya las lágrimas—. Justo cuando... Justo cuando habíamos empezado a vivir juntos, cuando nuestra vida comenzaba...

»Samuel y yo nos conocimos por Internet. Él... Él era de Carolina del Norte, y yo de aquí, y... Estuvimos años pensando en cómo hacerlo para no pasarnos toda la vida de un lado a otro. Años. Y cuando por fin decidió dejar su trabajo y venirse a vivir conmigo, a dedicarse a lo que le gustaba en Miami... Incluso aprendió español... Ocurrió esto. Ni siquiera llevábamos tres meses. La casa aún estaba a medio construir. Recuerdo que el día anterior discutíamos por el color de la pared del salón. No había empezado cuando se acabó.

Mio no pudo soportarlo más y rompió a llorar. Miró a Amalia a través de las lágrimas, pidiéndole disculpas por ser más sentimental que ella, por pasarlo mal cuando no tenía derecho; por estar lamentando también su propia situación en medio del trabajo, y utilizar su deprimente historia como filtrador.

«No había empezado cuando se acabó».

—L-lo siento. Y-yo lo s-siento *much*... muchísimo —chapurreó, restregándose las mejillas—. Espero q-que te *recup*... recuperes p-pronto y vuelvas a ser feliz, y... Y yo... Lo siento d-de verdad por Samuel, seguro q-que era un hombre... un hombre *mag*... magnífico...

Amalia, que se había contenido de manera envidiable, se unió a ella entre asentimientos y balbuceos incoherentes. Se estiró para coger las manos de Mio y apretarlas. No quería ni podía imaginarse cómo estaría ella si le ocurriese algo similar. Es decir... Algo similar estaba a punto de suceder, porque se encontraba en la cuerda floja con Caleb cuando por fin pensó que lo tendría todo, pero no era equiparable. Amalia tenía una historia, tenía el amor de Samuel... No le faltó nada, solo tiempo. Se ponía en su situación y no podía soportarlo.

—Disculpad un segundo —dijo Caleb.

Las patas de la silla chirriaron contra el parqué al desplazarla hacia atrás. Mio no vio ni sintió nada excepto a la mujer que se deshacía en lágrimas, hasta que una mano se posó en su espalda: una orden directa que comprendió enseguida.

Se levantó al toque de Caleb y pidió perdón durante todo el trayecto a la puerta. Apenas recordaba que la sala de reuniones no tenía paredes, sino cristalera, y que muchos de los empleados habían visto lo que acababa de pasar. Pero Mio no tuvo tiempo ni ganas para encogerse de la vergüenza. Dejó que Caleb la guiara a una zona vacía del bufete y la ocultase detrás de un par de columnas. La miró con la mandíbula a punto de explotar y los ojos algo más claros.

—Ve al baño, lávate la cara y espérame en el *parking* —ordenó—. En cuanto acabe con Amalia, te llevaré a casa y le dirás a Aiko que no estás preparada para ser abogada.

Caleb hizo ademán de largarse después de soltar la bomba, y Mio lo habría permitido si su tono no hubiera sido tan decisivo.

—¿Qué? —jadeó—. ¿Cómo que...? No pienso decirle eso a Aiko, ni voy a irme...

—No estás en posición de desobedecer —interrumpió, mirándola por encima del hombro—. Sigues estando a mi cargo y vas a hacer lo que yo te diga; en esto no me puedes torear. Y no creo que deba explicarme. Los abogados no se ponen a llorar ni alteran al cliente cuando están tomando testimonio. Es una falta de profesionalidad muy grave. Todos los días llegan historias de este tipo; amor, muerte, traición... Cualquiera que puedas imaginar. ¿Piensas llorar cada vez que te conmueva la situación de alguien?

Mio lo miró como si fuera un monstruo.

—¿Me estás echando la bronca por llorar? ¡Yo no puedo controlar mis emociones!

—No puedes controlar tus emociones, pero sí tus reacciones. Todos los que nos dedicamos a esto, lo hacemos. Tienes que cortarte un poco, y si no puedes…

—¿Es que no te conmueve lo que ha dicho? ¿No te parece triste?

Caleb se giró con una mueca.

—Claro que me parece triste —le espetó a la cara—. Pero estás aquí para ayudar al cliente, para darle esperanza y transmitirle seguridad, no para hacerle sentir peor. Puedes emocionarte y puedes decirle que lo sientes, no trastornarlo.

—¿No has visto cómo ha entrado? ¡Estaba trastornada antes de que yo llorase! ¿Por qué lo ves como si la hubiese apuñalado? A veces llorar es necesario, ¿sabes? Tal vez le he hecho un favor. Contenerse no es bueno, y si crees que eres mejor abogado por no expresar tu solidaridad al cliente, estás equivocado...

—La clasificación de mejores abogados de Miami no me tiene como alguien que se equivoca.

—¿Y la clasificación de mejores personas de Miami? Porque si tuvieras un puesto decente en ese *ranking*, no me echarías solo por llorar.

—¿Que te echo solo por llorar? —Caleb soltó una sola carcajada seca—. ¿Quieres que te enumere todas las cosas que has hecho mal desde que comenzaste? Todos los días has cometido un error que considero garrafal, y todos los días te has regodeado en faltas de educación. Por no mencionar lo mucho que te esfuerzas en ridiculizarme, contándole a todo el mundo aspectos de mi vida personal que, para empezar, son mentira.

Mio se secó las lágrimas con la manga de la chaqueta y lo enfrentó con los ojos llenos de odio.

—Entonces no me cojas de un puñado y me saques de la sala de reuniones para castigarme por llorar. Todo esto viene de antes. Y, ¿sabes? Que tú seas incapaz de ponerte en el lugar de alguien, llorar o sentir algo, no significa que los demás erremos por no seguir tu ejemplo.

Se arrepintió en cuanto lo dijo, pero no intentó arreglarlo. Permaneció allí de pie, delante de un Caleb callado y ya no solo decepcionado, sino enfurecido y dolido.

—¿Que soy incapaz de ponerme en el lugar de alguien? ¿Cuántas veces me he puesto en el tuyo para no mandarte al puto infierno? ¿Cuántas veces tengo que hacerlo más, para que te des cuenta de que soy la única persona en el mundo que aguanta cada jodida cosa que haces? Te largo porque no sabes separar trabajo y emociones y lo has demostrado cientos de veces, no

porque tenga nada personal contra ti. Estoy dedicando mi vida a este bufete y si no estás a la altura, te largas. Igual que si fueras otro empleado. ¿Qué crees, que voy a darte un trato preferente porque te quiera?

Su última pregunta le pasó totalmente desapercibida.

—Y-yo no decido cuándo lloro. Me parece increíble que te enfades por eso —insistió—. Y no he explotado solo porque Amalia contara una historia triste.

Si pensaba que Caleb bajaría la guardia al admitirlo, demostró haberlo subestimado.

—Eso no habla bien en tu favor. ¿Te crees que yo no tengo problemas o no sufro? Pues sí, los tengo. Y sí, sufro. Igual que cualquier persona. Igual que cualquier empleado que veas por aquí: Julie, Ivonne, Jesse. Pero los dejamos en un rincón mientras trabajamos, y no nos excusamos en ellos para justificar comportamientos infantiles. A eso se le llama profesionalidad y madurez.

Mio apretó la mandíbula.

—Claro que sí. Todo el mundo es perfecto menos yo. Tú nunca haces nada mal.

Caleb se pasó una mano histérica por el pelo.

—No sé ni para qué me molesto en intentar explicarme. Vas a tomarlo todo como un ataque.

—¿Es que no me estás atacando?

—Te estoy criticando, Mio. Estoy criticando cosas que haces mal para que las cambies, y no porque quiera convertirte en mí, o en Aiko Sandoval, sino porque estás en una oficina que tiene unas normas. Me da igual quien seas, no voy a permitir que te las saltes. Y ya te has saltado muchas, lo que quiere decir que no estás preparada para ser abogada —afirmó—, y tal vez sea porque tal vez no pretendieras serlo en primer lugar. Aprende a controlar tus emociones, a no pagar con los clientes tus frustraciones personales... A ser una persona equilibrada, en general.

—Ah, ¿se supone que tú no pagas con nadie tus frustraciones? Porque es un poco sospechoso que me despidas unos minutos después de nuestra pelea por Gavin.

—¡Te estoy diciendo por qué te despido! ¡Te lo estoy explicando! ¿Qué tiene que ver Gavin aquí?

Mio se abrazó a sí misma.

—Estás siendo muy injusto conmigo.

No imaginó que una afirmación tan sencilla como esa apretaría el botón definitivo que no sabía ni que tenía. Caleb se alteraba al enfadarse, pero nunca era violento o agresivo; era de los que discutían con frialdad. Sin embargo, esa vez la apuntó con el dedo y la miró como si hubiese dicho algo imperdonable.

—¿Que estoy siendo muy injusto? —repitió, alzando la voz—. Pensé que no podías estar más ciega, ni ser menos razonable, ni tan jodidamente egoísta. Parece que todo es un ataque para ti, que todos somos odiosos y abusivos contigo... Pues escúchame, y hazlo bien porque esta es última vez que perdono los disparates que salen de tu boca. La única que es injusta consigo misma, eres tú.

»La gente que te rodea es un reflejo de tus acciones... excepto yo. Te ningunean porque te ninguneas. Te ignoran porque te ignoras. Soy la única persona en tu puta vida, y estoy excluyendo hasta a tu hermana, que intenta ayudarte a encontrar tu camino, y qué curioso que sea el único que recibe patadas, insultos y a veces bofetadas por ello. Dime qué mierda tengo que hacer para que me tomes en serio, porque estoy seguro de que si Aiko te echa y te dice que no

sirves para dedicarte a las leyes, sonríes y asientes, no le sueltas que es injusta. Dime qué me distingue de los demás de una maldita vez, por qué conmigo juegas y al resto los respetas.

Mio lo encaró con un mohín.

—Porque ellos nunca me hablan mal.

—Si te hablo mal, es porque hablándote bien me la vuelves a jugar. Una y otra vez. Solo tienes que ver de qué me sirvió disculpar que te inventaras que estamos liados: para que luego me metieras un azote público. La gente tiene derecho a cansarse de pasarte por alto los escándalos y las escenitas, Sandoval. Y voy a ejercerlo, porque mi paciencia se ha agotado.

»Puedes ir al *parking* y esperar a que termine, o puedes coger un autobús. Me da igual el vehículo que utilices, pero vete.



Lo primero en lo que Mio pensó al salir del bufete no fue en cómo la había tratado Caleb, ni en que tendría que volver al día siguiente para recoger sus cosas, ni en la forma que tendría de comunicárselo a Aiko, quien le dio la oportunidad de estar allí. Definitivamente debería haberla echado hace mucho tiempo por humillarlo en público. En otras empresas formales lo habrían hecho por menos, como por ejemplo, sus tardanzas.

No le dolía. Igual que apenas le hizo ilusión que Aiko le cediera su despacho, cosa que ya de por sí le hizo replantearse ciertas cosas, e igual que no se sintió identificada con el lema que Jesse citó en el juzgado —«si puedes vivir sin hacerlo, déjalo inmediatamente»—, no le molestó ni se sintió un fracaso por la decisión de Caleb. Lo único que le importaba era lo mal que la trató, y que no sabría enfrentar a su familia cuando le preguntaran qué tal le iba.

Aquella nueva certeza se unió a un brote de incertidumbre. Llevaba años estudiando para llegar allí, para ser abogada del bufete de Leighton. Para convertirse en su hermana e impresionar a su familia. ¿Por qué haber perdido la oportunidad no le afectaba en lo más mínimo? No le extrañaba que la hubiese destrozado el doble la conversación con Caleb, porque él siempre era la prioridad, pero sí que esperaba alguna reacción respecto a su empleo. A nadie debía hacerle gracia su situación, y sin embargo, ahí estaba ella. Tranquila.

Cuando se plantó en la parada del autobús, estaba rabiando por la discusión. «Soy la única persona en tu puta vida, y estoy excluyendo hasta a tu hermana, que intenta ayudarte a encontrar tu camino», había dicho Caleb. Recordaba varias veces en las que él se refirió a su deseo de estudiar Leyes con una mueca despectiva, y alguna que otra ocasión en que insinuó que podía no ser lo suyo. Mio estaba demasiado ocupada estudiando para prestarle atención, pero ahora, sentada sobre la acera, se planteó que podría haberlo sabido antes que ella. Podría haber previsto que no le gustaría ejercer, tal y como se estaba temiendo entonces.

Por supuesto, eso no le excusaba.

«La única que es injusta consigo misma, eres tú». Pues claro que no. Mio se veía como la veían los demás... Bueno, quizá un poquito peor. O mucho peor. Pero eso no era algo que pudiera cambiarse, ¿no? La gente no se levantaba viéndose de una manera y se acostaba creyéndose el rey, a no ser que se hubiese despertado con los ánimos bajos y se hubiera ido animando conforme avanzaba el día. ¿Injusta con ella misma? ¿Por qué?

«Dime qué me distingue de los demás de una maldita vez, por qué conmigo juegas y al resto los respetas». Jugar con él. Ella no quiso dar esa imagen jamás. Ni siquiera sabía a qué se refería. Si hablaba por las veces que mintió a la gente sobre su relación, entendía que se molestara, pero eso ya lo había perdonado. Podía ser cierto que a los demás los tomara en serio, que las opiniones de su familia fuesen importantes y la de Caleb la desvalorizase. Al fin y al cabo, nada era tan necesario para ella como la aprobación de su madre y su hermana: Caleb solo era ese elemento secundario que en general, no daba su opinión, sino que simplemente intentaba decirle lo que era correcto y lo que no. No era correcto quitarse las bragas encima de una barra, ni era correcto ir por ahí sola a las tantas de la madrugada, borracha, a merced de gente mala. No era correcto azotar a la gente en público, ni inventarse la longitud del miembro de un hombre, ni era correcto abofetearle, llamarle *lassie*, espetarle que estaba siendo injusto y burlarse tanto de sus sentimientos por Aiko como de su supuesta incapacidad para sentir. Era pura objetividad. Visto de ese modo, parecía que Caleb era el que le ponía los límites para que no se hiciera daño ni se lo hiciera a los demás. Sobre todo para que no se lo hiciese a él, en su bufete. Y ese era el trabajo... de un padre.

Sacudió la cabeza. No, esa vez no iba a correr a pedirle perdón, ni lo iba a abrazar por la espalda para que se quedara. La había tratado como a la peste, cuando ella en ningún momento le dijo nada ofensivo. A excepción de haber insinuado que era una mala persona por no saber llorar, pero eso fue demasiado sutil para que lo interpretase tal cual. O no. Caleb era inteligente y tendía al pesimismo, seguro que eso fue lo que le molestó. Fuera lo que fuese, no iba a disculparse, pero sí que necesitaba poner los puntos sobre las íes.

Se levantó de la acera, se limpió la falda por detrás y rodeó la parada del autobús para dirigirse al *parking*. Intentó no mostrar su sorpresa al ver que Caleb estaba apoyado en el capó de su coche con los tobillos cruzados. Se había quitado la chaqueta, con la que no podía conducir, y daba vueltas al juego de llaves con el dedo.

Mio le sostuvo la mirada sin ninguna expresión concreta. Él fue algo más elocuente al esquivar la esquina del coche y abrirle la puerta del copiloto. No sonreía, ni tampoco había un semblante amable en su rostro, pero por lo menos no estaba tan enfadado como hacía media hora.

Se acomodó en el interior y procuró no exteriorizar las sensaciones que le producía estar allí. Sus mejores momentos con Caleb habían sido en ese espacio: la primera clase de coche y el viaje al restaurante que al final se quedó en un viaje al cielo. Respirar el mismo aire que exhaló cuando la besaba hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas, pero las contuvo con facilidad.

«¿No querías que aprendiera a no llorar? Pues mírame, y ahora intenta superarme».

Caleb no se abrochó el cinturón de primeras. Apoyó el codo en el volante y se giró hacia ella.

—La manera en que te he hablado no ha sido la mejor. Ha sido la peor, de hecho —aclaró, en tono contrito—. Te pido perdón por eso. Pero no retiro lo que he dicho, y reitero que no te ataco porque no quiero hacerte sentir mal. Quiero que me comprendas, Mio. Solo eso. Quiero que te pongas en mi lugar.

»Sé que a veces tengo una actitud paternalista contigo, y que soy tan duro cuando discuto que puedo parecer un cabrón. No descarto serlo. Pero insisto en que lo he intentado todo contigo y nada funciona. Solo los gritos. Y no quiero volver a gritarte.

—Yo tampoco quiero que me grites.

Caleb inspiró hondo.

—Quiero que entiendas que soy tu jefe. Soy tu jefe cuando entro en el bufete, y dejo de serlo cuando salgo. Así que echarte ha sido una decisión profesional. Muy impulsiva, lo admito, pero tu trabajo en el bufete ha dejado mucho que desear en muchos sentidos, y creo que es comprensible que haya decidido atajarlo. ¿Lo comprendes? Porque eso es lo que quiero, que me comprendas —insistió—. A veces me da la sensación de que si no me cabreo, no me escuchas. De que necesitas que pierda la cabeza para reaccionar. Y odio hacerlo: sabes que este tipo de discusiones acaban conmigo, que las evito, y por eso no las tengo con nadie. Solo contigo. Pero no puedo dejar que hagas lo que quieras en mi bufete, ni que hagas lo que quieras conmigo como persona. ¿Entiendes?

Mio giró la cabeza hacia él.

—Mira, sé que llorar ha estado fuera de lugar, pero podrías haber tenido un poco de tacto al decírmelo.

—Te estoy explicando por qué no sirve el tacto contigo, y sigues insistiendo en lo mismo. Sí, claro que podría haber sido sutil. Pero soy humano y pierdo la paciencia. Y no me lo pones nada fácil. Si te tiendo una mano, me coges del codo. A veces del hombro. Y no me importa caerme contigo. Lo que sí me importa es arrastrar la reputación de mi bufete conmigo. Estaré encantado de contratarte cuando te ajustes a los horarios y te lo tomes con seriedad. Puedo darte otra oportunidad porque esta vez nos hemos excedido los dos, pero no habrá otra.

Se puso el cinturón y clavó la vista al frente.

«Este es un excelente momento para contarle que tu madre cree que sois pareja».

«Sí, claro, y una mierda... Para que estrelle el coche de la rabia. Aún me quedan cosas por hacer, no quiero morir y necesito esa oportunidad».

—Me lo pensaré.

Se dio cuenta de que Caleb la miraba con el ceño fruncido, interpretando su contestación como un «estoy haciéndome la difícil». Dejó que pensara en ello, cuando en realidad solo necesitaba un par de días, o al menos unas horas, para averiguar por qué le importaba un comino el supuesto sueño de su vida.

—Aunque me gustaría seguir ayudándote con ese caso concreto.

—Claro.

Mio observó cómo arrancaba el coche, se remangaba la camisa, ponía el aire acondicionado y sintonizaba la radio. La voz de Fito & Fitipaldis inundó el interior, con sus huesos de los besos. Se habría reído de incredulidad por la habilidad que tenía aquel reproductor de elegir las canciones más apropiadas en función de la letra —*«¿Para qué quererte tanto si después te vas?»*—, pero se distrajo con los músculos de los antebrazos de Caleb al girar el volante.

Ese lugar tenía algo que le hacía querer tocarlo más que nunca.

—Por si no ha quedado claro —habló, en voz baja—, siento las formas.

—Yo también —dijo ella—. Algunas cosas de las que has dicho… Me han dolido de verdad. Más que nada porque no las entiendo. ¿Por qué dices que soy injusta conmigo misma?

Él le dedicó un vistazo fugaz y suspiró.

—Porque prohíbes ser tú misma. Acallas tus deseos e ilusiones y cuando descubres que no los tienes, te quedas hecha polvo. Lo subordinas todo a lo que diga tu madre o a lo que haga tu hermana, y eso es otra forma de traicionarte, de ser infiel a ti. No te culpo porque he vivido los

favoritismos de tu familia, porque has crecido con una pareja inestable con comportamientos inmaduros, y eso, quieras que no, afecta personalmente a los niños del entorno. En este caso, tú.

»Pero por muy limitada que vengas por tu situación, es tu deber hacer autocrítica y buscar la manera de hacerte feliz. A ti, no a nadie más. ¿Has visto la película *Infiltrados*, de DiCaprio? Hay una parte en la que Frank Costello dice: «no quiero verme condicionado por mi entorno, quiero que mi entorno se vea condicionado por mí». Es lo que creo que tú deberías probar. Dejar que tus acciones, actitudes y gustos siembren la duda en el resto, y no a la inversa.

—¿Lo dices como una obligación?

—Nunca. Ni una imposición por mi parte. Es una simple sugerencia.

Mio se mordió el labio.

—A lo mejor no me estoy reprimiendo como dices, y simplemente no sé lo que quiero. Hay gente así, que está destinada a ir de un lado a otro sin saber a dónde se dirige.

—No es verdad. Me niego a pensar que eres una bala perdida. Todo el mundo quiere algo, Mio. A veces es una sola cosa, a veces son muchas; a veces puedes conseguirlas, y a veces son imposibles y te frustran. A veces son la meta de una vida, y a veces son un objetivo a corto plazo. Pero todo el mundo tiene una vocación, o un sueño, o un deseo, y tarde o temprano lo acaba descubriendo. Solo hay que estar receptivo a encontrarlo.

—¿Crees que no soy receptiva a encontrar lo que sea que me guste?

—Creo que pones muchos impedimentos al proceso de conocerte. Dedicas demasiado tiempo a convencerte de que te gustan ciertas cosas, y claro. Luego ves que no te llenan y te frustras.

Mio lo miró con una mezcla de temor y curiosidad.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Lo sé porque te conozco. Porque te observo y lo veo.

Ella se ruborizó sin querer.

—La verdad es que he descubierto que algunas cosas no eran lo mío y me he quedado ahí solo para que luego no me dijeran indecisa.

—Es que eres indecisa, pecosa. Lo eres. Igual que yo soy un gruñón y un amargado. Somos lo que somos y no podemos enfadarnos porque nos lo digan, siempre y cuando el objetivo no sea hacernos daño. Pero equivocarse no está mal. Yo no te juzgo por cambiar de carrera diez veces, ni por moverte en diez ambientes distintos hasta acertar con tus amistades. Me cabreo porque lo haces para complacer a los demás, no a ti. Y quiero que estés bien.

—¿Por qué? ¿Por qué te tomas tantas molestias?

—Es lo que tu hermana me pregunta todos los días. «Déjala, ya encontrará su camino». Pero ya te dije que no puedo dejarlo, ni puedo dejarte.

—Eso no siempre ha sido así. Algunas veces me has ignorado.

—¿Y no te imaginas por qué? —soltó una risa ligera—. Me pones histérico, Mio. He estado un año entero cabreado por lo que hiciste en ese bar. Necesito tiempo y estar de un humor concreto para lidiar con tus indecisiones.

—No tienes que lidiar con ellas.

—Claro que sí, porque forman parte de ti. Para ignorar tus problemas tendría que ignorarte, y eso no se me da nada bien. Aunque no negaré que lo intentase.

Se le aceleró el corazón.

—¿Y qué tal?

Caleb volvió a soltar una carcajada seca, cansada.

—Horrible. Una pérdida de tiempo. No puedo vivir sin saber cómo estás, esa es la humillante verdad. Y contradictoria, porque tampoco puedo vivir cabreándome por tus traspiés —suspiró—. Te lo dije una vez y te lo repito: eres importante para mí. Me importas, me preocupo por ti. No dejo de pensar en ti ni un solo minuto del día. No voy a estar tranquilo hasta que seas feliz.

—¿Y por eso me gritas?

—A veces hay que hacer cosas malas para conseguir un buen resultado. No digo que el fin justifique los medios ni que esté bien enfadarme, pero ¿qué hago si no? Mio, nunca respondes a este tipo de conversaciones. Se te olvidan. Y no voy a entregarme a las voces diarias porque me agobia, y mucho. —Apretó el volante, impotente—. Simplemente pierdo la paciencia a veces. Todo el mundo lo hace, joder, y no por eso me tienes que decir que soy injusto. Te he pasado muchas y en el fondo lo sabes. No espero que me pagues por seguir aquí, ni que me pongas una medalla, pero qué mínimo que respetarme y no reaccionar como si te quisiera hacer llorar.

—A lo mejor no me quieres hacer llorar, pero estaba llorando y has seguido hablándome mal —señaló con voz temblorosa.

Caleb frenó delante de un semáforo y se giró hacia ella.

—¿Quieres que te trate como a una niña? ¿Que te dé caramelos cuando llores, aun cuando me estás mirando como si fuera un cerdo por echarte habiendo sido irresponsable? —preguntó, irritado—. Por si acaso... No quiero hacerte llorar. Odio verte hacerlo. Pero algunas veces tienes que anteponer tus obligaciones a tus sentimientos, y en ese momento tocaba dejarte las cosas claras. Si te abrazo, da igual lo que diga después, porque ya habré demostrado que te perdonaría un asesinato. Sé que no soy perfecto, por Dios. Y sé también que no eres un desastre, solo has sido infeliz toda tu vida. Pero deja que intente ayudarte a estar bien e intenta ser un poco comprensiva cuando pierdo la cabeza. Me vuelves loco y eso hace que a veces me desvíe.

Mio se mordió el labio inferior. Joder, ¿por qué estaba tan sensible esos días? ¿Era por el sexo con Cal, por la pelea, o porque acechaba la menstruación? Solo quería llorar y llorar hasta quedarse dormida, porque Caleb tenía razón. No se sentía realizada ni bien consigo misma y no tenía ni la más mínima idea de por dónde empezar a arreglarse.

Le dio la espalda para mirar por la ventanilla, esquivando así su examen. Él suspiró por tercera vez, contagiado por su culpa por el gen de la frustración romántica, y puso el coche en marcha en cuanto el semáforo cambió de color. Mio lamentó que fuera lunes y hubiese tanto tráfico; lamentó haber ofrecido ese espectáculo con Gavin y sobre todo lamentó que ambos fueran de los que se hacían daño cuando discutían. Al menos no estaba sola, él también lo pasaba mal. Quería decirle que deseaba no volver a gritarle, y que en el fondo necesitaban lo mismo, un poco de estabilidad, equilibrio emocional... Pero tampoco quería decirle nada, sino seguir enfadada un rato por quererlo tanto.

¿Cómo no iba a quererlo, si era el único que le decía las cosas tal y como eran, el que se preocupaba de guiarla, el que la llevaba y le traía, el que no se iba hasta que estaba bien, el que era permisivo y la trataba de entender, el que se disculpaba cuando le hacía daño en lugar de hacerse el loco, el que ponía parches a su sufrimiento en los momentos en que lo dejaba entrever? Fuera por su sentido de la responsabilidad, porque eran casi familia o porque de verdad lo volvía loco, era un hecho que se equivocaba tanto porque intentaba demasiadas veces abrirle

los ojos. Y ella no se dejaba, porque la cruda verdad era que prefería seguir donde estaba, en ese punto donde no era feliz, pero tampoco una desgraciada, y contentaba a todo el mundo menos a sí misma. Era mucho más cómodo quedarse ahí, vivir de las rentas, que arriesgarse a salir a buscar su vocación o decirle que estaba enamorada de él.

Ya lo intentó otras veces, retirándose en el último momento para no oír su respuesta; arrojándose a los brazos de otra persona a la que nunca querría tanto. Algo similar sucedía con su decisión de cambiar. Se metía en la cama pensando que al día siguiente buscaría en el periódico un trabajo, haría cursos y *test* vocacionales, y cuando abría los ojos volvía a subordinarse a lo preestablecido.

Mio parpadeó para contener las lágrimas y bajó la ventanilla para apoyar los codos. Se fijó en los grupos de adolescentes que pasaban por la calle con helados en la mano, en los ejecutivos que se secaban el sudor con pañuelos de tela, las mujeres que se abanicaban con la mano y se detenían a respirar bajo la sombra de los árboles. El verano apenas comenzaba y, con ello, las vacaciones. Se dijo que ese sería el tiempo que tendría para tomar una decisión definitiva. Si en septiembre no había encontrado lo que quería, se quedaría como estaba. Abogada para siempre.

Ladeó la cabeza y cerró los ojos un momento. Iban a adentrarse en la interestatal cuando oyó un coro de risas y los maullidos quebrados de un gato. Mio se incorporó y entornó los ojos en busca del sonido, ubicando enseguida a un grupo de chavales de instituto. El coche no iba muy rápido; por eso pudo apreciar, aunque vagamente, que se turnaban para patear a una bola de pelo gris que gritaba en busca de socorro.

Mio casi dio un salto sobre el asiento.

—¡Para el coche! —gritó. Caleb la miró sin entender—. Cal, ¡para!

Si hubiera tardado un solo segundo más en reaccionar, Mio habría saltado del coche en medio de la marcha. Gracias al cielo, Cal fue rápido y no hubo ningún accidente. Pudo salir sin riesgos y dirigirse al grupo corriendo con el cuerpo en tensión.

—¿Qué haces? —exclamó Caleb. Le pareció que él también abandonaba el vehículo, pero solo se fijó en el que los chavales dejaban al gatito en el suelo al verla aparecer.

—¿Qué coño creéis que estáis haciendo? —gritó. Contó cuatro en total. Se apresuró a sacar el móvil del bolso, pero los chicos fueron más rápidos echando a correr entre risas que le crisparon los nervios—. ¡Cabrones! ¡¡Volved aquí!!

Se iba a quitar los zapatos para ir tras ellos —una mala idea, porque no era la mejor echando carreras en gimnasia—, pero el ronroneo triste del animal captó su atención. Mio olvidó a los criminales y se acercó a la bolita que no podía moverse. El pecho se le encogió al agacharse y observar que era incapaz de abrir un ojo. Tenía las uñas fuera, una pata inmóvil, le sangraba el morro... y quién sabía qué más.

Dejó caer el peso sobre las rodillas y estiró los brazos hacia él. Se le rompió el corazón al ver que renqueaba para alejarse de ella y sacaba más las garras, como si estuviera convencido de que iba a retomar la paliza.

—No... —balbució, temblorosa—. No voy a hacerte daño, pequeño... Te lo juro. —Le acarició la oreja que no sangraba con la yema del dedo índice. El gato maulló—. Tranquilo... Ya nadie te va a tocar, y si lo intentan, pasarán por encima de mi cadáver. Te lo prometo —aseguró. El animal no se resistió más; estaba demasiado débil para protestar, pero no dejó de estar a la defensiva—. Me... Me llamo Mio. Mi hermana me llama Miau porque cuando le dijeron cuál era

mi nombre, se confundió y pensó que era ese. Miau, como los maullidos... Ay, por favor, qué malito estás —sollozó. Metió las manos debajo de su estómago para cogerlo en brazos—. Supongo que no tienes dueño...

—¿Qué ha pasado? —jadeó Caleb, preocupado—. ¿Por qué has salido corriendo?

Mio levantó la cabeza para mirarlo con los ojos húmedos. Tenía el cuerpo pinzado de la impotencia. Le costó horrores ponerse de pie sin trastabillar.

—El gato... Estaban dándole una paliza. A este gatito de aquí —tartamudeó. Lo apretó contra su pecho y lo intentó cubrir con la chaqueta—. Míralo... Está hecho p-polvo. ¿Por qué la gente hace estas cosas? ¿Por qué...? —Negó con la cabeza y miró al animal. Este no se movía, aunque estaba despierto. Mio empezó a sollozar—. Tienen que ir a la cárcel, t-tienen que...

—¿Te acuerdas de sus caras? Podemos ir a denunciar, aunque no sé si servirá con una descripción física. Y antes que nada necesita un veterinario —observó—. ¿Estás llorando? Mio... —llamó de nuevo. Sintió unos dedos en la barbilla. Cedió a su insistencia de mirarla a la cara y tragó saliva. No se avergonzaba de su reacción, y él tampoco; repasó su rostro con ojos dulces—. Mio, nena.

Se acercó a ella y acarició su mandíbula con los labios, donde una lágrima se había quedado estancada. Mio se estremeció, y temiendo perder el control de sí misma, sostuvo al gato con más decisión. Pero él siguió tentando a la suerte, besándola cerca del tabique nasal, en la comisura del ojo y la sien.

—No llores más —pidió.

Como si eso hubiera accionado un mecanismo interno, Mio dejó de oponer resistencia a la marea de sentimientos que amenazó con derribarla. Se puso a llorar de veras, con hipidos y temblores que Caleb intentó calmar acariciándole la espalda, la cara y los hombros. Ya ni siquiera sabía por qué lloraba.

«Vaya día de mierda, y eso que no es ni hora de comer».

—Siento sacarte de quicio —consiguió articular—. Lo hago s-sin querer...

—Lo sé, por eso te lo perdono todo. Venga, no llores, no pasa nada. Esta vez me he pasado yo.

—Pero tenías razón...

—Eso da igual ahora. Tú misma lo dijiste: no todo en la vida es tener la razón. ¿Qué? —preguntó, al amparo de su mirada sorprendida—. Te escucho cuando hablas. No es tan raro... Tranquilízate. Todo está bien.

La besó en la punta de la nariz, en la mejilla, en el cartílago de la oreja que asomaba entre la melena... Dios, odiaba sus orejas, pero cuando él le apartaba el pelo y lo colocaba detrás o dejaba besos tiernos allí, sentía que sería la última parte de su cuerpo que cambiaría.

—No me quiero pelear contigo —susurró Caleb—, ¿vale? No más.

Mio asintió y sorbió por la nariz. Se puso de puntillas pidiendo un beso en lenguaje corporal. Caleb sonrió suavemente antes de posar su boca sobre la de ella, y ella se perdió al recordar las sensaciones que se le dispararon la noche del sábado. Sostuvo al gatito con cuidado de que no se hiciera daño, y movió los labios con lentitud. Su estómago se derretía y encogía a la vez según los momentos. Notó los dedos de Caleb jugando con su pelo y descendiendo a la falda. Dejó las manos sobre sus nalgas, que trajo hacia él, encajando las caderas de ambos. Mio jadeó de necesidad.

—Cal... Creo que hay... hay que llevarlo al veterinario. Está... muy mal.

—Yo también —confesó él con voz ronca. El cuerpo de Mio se rindió a un escalofrío generalizado al contacto de su aliento en el cuello. Caleb presionó los labios contra su garganta —. Me tienes mal, nena. No dejo de pensar en lo de la otra noche.

Mio se calentó tan rápido que pareció por obra de magia negra. No le extrañaría. Caleb tenía los ojos del mismo color que el humo de los magos malvados de las películas Disney. Del que envolvía a Maléfica o a la madrastra de Blancanieves.

Cogió aire y lo soltó muy cerca de su oído. Dios, lo quería por encima de toda convicción. Él era esa única convicción.

—No digas esas cosas delante del cachorro, guarro.

Cal se rio por lo bajo, y ella no se lo perdió, buscando entre la barba sus dientes blancos.

—¿Qué cachorro de los dos? ¿Tú, o él? —Ladeó la cabeza con aire juguetón. Mio se quedó sin respiración. Si hubiera nacido un poco más guapo, habría matado de deslumbramiento a la comadrona—. Vamos, anda, tú me guías al veterinario.

Le costó ponerse en marcha. No lo habría conseguido si él no le hubiera pasado el brazo por la cintura y hubiese tirado con delicadeza.

—¿Estamos bien? —preguntó ella en voz baja.

—Sí. De hecho, quería preguntarte algo esta mañana. Entre lo de Gavin y Amalia, y lo de ponerme como un energúmeno, se me ha pasado.

—¿Qué es?

Caleb perdió por un momento la seguridad en sí mismo. Carraspeó antes de decir:

—El otro día, cuando te llevaba con Gavin… Me pregunté si no echarías de menos que yo… te pidiera algo parecido. Quiero decir que, si estamos en algo, a lo mejor… —Se rascó la nuca—. ¿Te interesaría que te llevara a cenar, o a tomar cualquier cosa?

Mio, que estaba perdida acariciando al pobre animal, necesitó unos segundos para asimilar lo que le estaba pidiendo.

—¿Te refieres a si quiero ir a una cita contigo?

Caleb tragó saliva.

—Sí, supongo. Se me da bien tener sexo sin más, si es lo que quieres —se apresuró a añadir—, pero tú no eres cualquiera.

—¿Lo dices en serio?

—Claro.

Su corazón dio un triple salto mortal después de saltar por un trampolín.

—¿Me estás pidiendo salir? —exclamó Mio. Miró al gatito con los ojos muy abiertos. Él, como si ya lo supiese todo, maulló débilmente—. Dios mío, esto no me pasaba desde… Desde que Fede me preguntó si quería ser su pareja en el baile de promoción.

Caleb se relajó un poco.

—No podría habértelo pedido en ese caso. Tenías dieciséis y yo acababa de cumplir veinte, habría sido una especie de pedófilo.

—Y yo habría sido la envidia del colegio, con el guapísimo Caleb Leighton de mi brazo —sonrió ella, a través de las lágrimas—. Si me hubieras llevado no me habría quejado. Seguro que lo hubiésemos pasado genial.

—Lo dudo. No bailo. Bajo ninguna circunstancia. Ni aunque el mundo amenazara con caerse

en pedazos.

Le abrió la puerta del coche para que pasara, pero ella se resistió un instante.

—¿En serio? ¿Por qué? Bailar es muy divertido.

—Lo sé. Antes lo hacía a menudo. Pero ya me han caducado las ganas de hacer ciertas cosas —musitó—. Créeme, debes alegrarte de que te llevase Fede. Si hubiera sido yo, habríamos estado toda la noche sentados, mirando a los demás, porque no me gusta tampoco la fiesta. O quizá te habría metido en un cuarto de baño para pasarme horas y horas besándote.

Mio lo miró a caballo entre el asombro y la ilusión.

—¿En serio?

—En serio. Siempre he sido muy besucón. —Señaló el asiento del copiloto—. Entra, anda.

—Pero en esa época yo no te interesaba, ¿no?

—No exactamente —respondió con honestidad—. Pero siempre has sido preciosa, y en esos tiempos era lo bastante irresponsable para comerte a besos si te ponías en bandeja. Una pena que no lo hicieras.

«Venga, por favor, ¿qué más querías? ¿Un cartel de neón entre mis piernas, un guía con faros parpadeantes para llegar a mis bragas?».

—Podría haberlo hecho —dejó caer ella, obedeciendo por fin la orden de sentarse. Lo miró a los ojos al hacer su pequeña confesión, sin pestañear; él tampoco lo hizo.

—Y yo también. Pero a saber cómo habríamos acabado.

—A lo mejor ahora estaríamos casados —soltó de golpe. Caleb, que iba a cerrar la puerta, se quedó con la mano ceñida al asa. Joder, lo había asustado.

—No lo creo, pecosa. No habríamos durado.

—¿Por qué no?

Su mirada se dulcificó.

—Porque éramos unos inmaduros irresponsables y no basta con un brote de pasión, ni con todo el amor del mundo, para mantener una relación.

—Pero piensa en todo lo que te perdiste. Con dieciséis estaba más delgada.

Caleb esbozó una sonrisa indescifrable.

—Pienso mucho en eso, hazme caso. Pero prefiero perder sin saber muy bien lo que estoy perdiendo, a hacerlo sabiéndolo perfectamente. Lo primero es fácil de superar. Lo segundo sería imposible para mí.

Cerró la puerta, cortando la conversación. Mio no vio venir que aprovechara la ventanilla bajada para apoyar los codos y asomarse. Sus ojos brillaban, determinados y sinceros.

—Y las cosas tienen que pasar cuando tienen que pasar para que merezcan la pena —añadió con seguridad—. Ni antes, ni después.

14

Too much love will kill you

El viaje al veterinario le recordó a Mio por qué, por muchas veces que intentó sacarse a Caleb de la cabeza, no pudo conseguirlo. Aparte de porque su fuerza de voluntad escaseaba cuando no se proponía hacer algo —y la verdad sea dicha: nunca se empecinó en olvidarlo porque en el fondo, incluso quererlo sin posibilidades era una forma de ser feliz—, el motivo era que tenía cualidades que ningún otro hombre le había mostrado nunca. Y puede que aunque otros se hubiesen presentado con virtudes similares, no las habría reconocido o le habrían parecido escasas en comparación. Era posible que echara de menos un poco de humor, porque Cal no era una persona graciosa, ni tampoco llegaba a sentirse cómodo del todo con la gente para entrar al trapo con los bromistas, pero era capaz de perdonarla y hacerla sentir protegida de sí misma.

También era él el causante de que se lo replantease todo, eso era cierto, pero porque le ofrecía un colchón donde caer si se equivocaba. Caleb no era su madre, porque no le recordaba sus fracasos. Tampoco era Aiko, quien la dejaba siempre a su aire. Era simplemente Caleb. La única persona que la conocía y le decía la verdad, la aconsejaba y le recordaba que podía ser mejor.

Demostró durante el viaje, la espera y el contacto con el veterinario que no le costaba ser cariñoso con ella aun habiendo discutido horas antes. Mio no lo asociaba al cambio radical de opinión, sino a la madurez de saber que no merece la pena molestarse en seguir en algo que no va a llegar a ninguna parte.

Pero también temía esa calma.

Si no se la cargaba retomando el asunto de Gavin, algo de lo que indudablemente acabarían hablando —porque no era caso cerrado—, lo haría confesándole que había mentido a su madre. Se tomó muy bien su mentira al bufete para lo que imaginó, pero no era tan crédula como para pensar que aceptaría la fantasía de la pareja feliz, y menos estando su madre en medio. Para Cal, Aiko I era su familia. A diferencia de ella, él se atrevía a contrariarla, pero lo evitaba siempre que podía porque se sentía en deuda. Mio podía decir que su madre era intransigente, corta de entendederas, muy fácil de alterar y un poco inocente: la mayor parte de las veces que regañaba o decía algo, no se daba cuenta de que sus hijas sufrían. Sin embargo, con Caleb fue una persona estupenda, y lo seguía siendo. Era el niño que nunca tuvo. Y solo de pensar que ella la había decepcionado de parte de Caleb contándole que eligió a la hermana pequeña, se estremecía. ¿Cómo reaccionaría él?

Mio no pensó en eso cuando curaban al pequeño minino, porque tenía otras preocupaciones en mente. Discutieron sobre qué nombre ponerle, aunque no pudiera quedárselo porque Marc era alérgico al pelo de los gatos y aún vivía en su apartamento, y Caleb no era ningún fanático de los

animales. Lo más seguro sería entregarlo a una protectora. Pero el gatito estaba tan mal que la veterinaria lo tuvo que dejar allí, asegurando que en unos días podrían ir a buscarlo.

Eso eran buenas noticias. No obstante, en cuanto volvió al coche de Caleb y aparcaron para enfrentar al cliente de la tarde, volvió a ponerse nerviosa por la mentira. Él había dicho que se lo perdonaría todo, pero nadie hacía eso, por mucho que apreciara a alguien.

—¿Estás preocupada por Niro? —le preguntó, siguiéndola de cerca hacia la sala.

Mio rodó los ojos.

—No se va a llamar Niro, deja de intentarlo.

—Venga, ¿por qué no? ¿Qué te cuesta? —protestó, con voz de niño pequeño—. Es el apellido del mejor actor de cine del mundo, muso de Scorsese, el mejor director del mundo. Me parece el nombre de un triunfador, ¿a ti no?

Mio se giró solo para asegurarse de que hacía esa forma con las cejas que tan adorable le parecía. Y así era. Caleb ponía esa cara bajo tres circunstancias: cuando quería salirse con la suya, cuando llegaba la escena final de su película preferida —lo que podía significar que no quería que acabase, o que le dolía el dramatismo de *La Milla Verde*— y cuando Aiko se ponía a cantar... porque necesitaba que terminase de hacerlo. Él y cualquier que la escuchase.

Era una de sus expresiones preferidas, y que le sentaba de maravilla porque por un momento no era ni el niño perdido, ni el hombre silencioso, ni el abogado serio. Era un chico juguetón y bromista.

—¿Te pasa algo? —preguntó, cambiando la cara para examinarla—. ¿Estás pensando todavía en los gamberros?

—No son gamberros, son criminales —corrigió. Hizo una mueca—. La verdad es que sí, no puedo parar de pensar en ellos. Quiero que paguen por lo que han hecho. ¿Crees que la policía me hará caso si voy a denunciar?

—Claro, el maltrato animal no es bienvenido por aquí. El problema sería encontrarlos —comentó. Empujó la puerta y le hizo un gesto para que pasara. «Tan caballeroso... Espero que me mire el culo»—. De todos modos la policía animal de Miami se haría cargo, no la local.

—¿La policía animal? —repitió Mio, levantando las cejas. Se sentó sin perder el aire expectante—. ¿Eso existe de verdad? Porque solía ver un programa de televisión llamado *Miami Animal Police* en el que salvaban a los animales del maltrato, pero pensaba que no existía en la vida real, sino que era como... el encantador de perros.

—El encantador de perros también existe —rio mientras organizaba los informes—. César Millán se dedicaba a eso de verdad. Y el programa del que hablas está basado en la patrulla. Se te olvida que Miami es un lugar lleno de animales. Porque aún no conduces, pero se te cruzan patos muy a menudo en la carretera y he oído por ahí que de vez en cuando se escapan cocodrilos.

—¿De verdad? —exclamó ilusionada—. ¿Y qué hacen con los cocodrilos? Yo si viera uno me acercaría a acariciarlo. Leí una vez que algunos comen una vez al año. Si hubiera aparecido ya almorzado, no habría ningún peligro.

Caleb soltó una carcajada y se tiró sobre la silla.

—Salvo por el pequeño detalle que se te escapa, y es que eres un tentempié muy apetecible. Si fuera un cocodrilo haría el esfuerzo de comerte, créeme. —Mio se sonrojó y fue a responder,

pero en ese momento se abrió la puerta y la secretaria de Caleb apareció acompañada de una mujer joven—. Buenas tardes, señorita Raleigh.

Mio recordó los ancestros de Raleigh, uno a uno por haber interrumpido lo que podría haber derivado en un encuentro tórrido. No se le olvidaba que tenía una confesión pendiente con Caleb, y que cada minuto contaba por si al final todo se iba al infierno.

—Encantada de conocerle, señor Leighton. Sé que no me esperaba, pero Bruno me ha hablado muy bien de usted y quiero colaborar con el caso —expresó tras estrechar su mano. Hizo lo mismo con Mio y se sentó con una sonrisa amable—. No soy enfermera ni he trabajado nunca en el hospital, pero tuve una experiencia hace unos años de la que afortunadamente logré reponerme y, conversando con Bruno, un viejo amigo de mi familia, me puso al tanto de su objetivo. Puede tranquilizarse, seré discreta. Solo quiero contarle lo que sucedió para que pueda incluirme en la lista.

—Usted es Sarah, ¿verdad? —Raleigh asintió—. Sí, Bruno me dijo algo sobre usted. Perfecto, estaré encantado de escucharla. ¿Cuál es su relación con el hospital?

Sarah dejó de sonreír y adoptó una postura seria.

—Actualmente ninguna. Después de la experiencia, preferí no volver a pasar por allí. Pero hace diez años, cuando yo tenía quince, perdí a mis padres en un accidente de tráfico. Bueno, eso no es del todo correcto... Chocaron con un camión de carga y llegaron muy malheridos a urgencias. Afortunadamente, yo no sufrí daño alguno, así que esperé en la sala de los niños mientras les trataban. Entraron antes por preferencia, cada uno a un área distinta, y... no sé qué sucedió allí dentro. Es cierto que estaban muy mal al llegar, pero los dos... —Apretó los labios—. Que los dos murieran estando en manos de los mejores cirujanos fue sospechoso.

Mio escuchó con el corazón encogido. No quiso girarse hacia Caleb por si lo incomodaba con su curiosidad, y menos a riesgo de que Sarah intuyera que algo ocurría, pero temió su reacción. Tampoco esperaba que se echara a llorar como ella, pero su situación y por la que pasó Caleb eran muy similares.

Al ver que no respondía, que prevalecía el silencio, echó un vistazo de reojo y observó que estaba rígido, callado, con la vista clavada en la mesa. Mio temió que estuviera sufriendo un episodio ansioso, o que de un momento a otro explotara: ella nunca lo vio, pero sabía por Aiko que cuando era pequeño, e incluso siendo algo más mayor, seguía teniendo reacciones extremas al soñar con sus padres, o solo con mencionarlos.

Decidió tomar las riendas de la situación, dirigiéndose hacia Sarah con una sonrisa amable.

—Siento la pérdida —dijo de corazón—. ¿Tiene acceso aún a su historial médico? Imagino que siendo familiar directa podrían proporcionárselo.

—Lo dudo. Han pasado muchos años, tal vez esté destruido. Aunque no he intentado buscarlo porque no me hacía falta. ¿Por qué?

—Creo que podría ser interesante revisarlo. ¿Qué te hace pensar que no fue casualidad que ocurriese la tragedia?

—En realidad no tengo ninguna prueba, pero si el señor Leighton ha conseguido reunir a tantas personas que murieron en esas extrañas circunstancias, tal vez mis padres formaran parte del elenco. Quiero estar en la investigación para averiguar si fue una negligencia médica, o simple mala suerte, o bien hay algo detrás.

Mio asintió. Él seguía sin reaccionar, así que continuó repitiendo las preguntas que le había oído hacer a otros testigos y anotó los datos de los Raleigh por si Caleb los necesitaba más adelante. Esperó con paciencia, alargando la charla hasta el infinito, por si por casualidad Cal reaccionaba y decidía añadir algo. Nada. Intentó confiar en que le hubiese cedido la cliente para demostrar que estaba preparada, para darle la oportunidad de estamparle en las narices sus palabras... Pero la realidad era muy distinta y ella misma lo sabía. Acabó despidiendo a Sarah con la sonrisa amable de la última media hora y la acompañó a la salida.

—Supongo que estás de prácticas —comentó—. Eres muy joven para ser abogada... Me pareces buena. Díselo a él. Ya sabes, por si lo necesita para ponerte una nota alta, o qué sé yo.

Mio agradeció el comentario y la despidió prometiendo que Caleb la llamaría si necesitaba algo o descubría cualquier cosa. Después cerró la puerta, como si eso fuera a darles intimidad siendo las paredes de cristal, y rodeó la mesa en silencio. Caleb había cambiado la postura, pero sus ojos quedaban ocultos tras el reflejo de las gafas y el fruncimiento de sus cejas.

—Cal —llamó con suavidad. Se sentó a su lado y lo tomó de la mano por debajo de la mesa—. ¿Estás bien?

Temió que su silencio fuera más allá. Caleb era sereno y callado, y cuando se ponía a pensar, ignoraba a todo el mundo. Pero no parecía que ese fuera uno de los casos normales.

—Caleb, si no te encuentras bien...

—Cirugías —interrumpió de golpe—. Los fallos siempre vienen de cirugías, y en doce de los quince expacientes con los que he contactado, significaban la muerte. El novio de Amalia donó sus órganos, como así lo hizo el viejo Bramson, y Deborah... —Abrió la carpeta y empezó a buscar entre los distintos historiales—. Mis padres no creían en eso de la donación, pero en el informe salen sus firmas, probablemente falsificadas, y Aiko... —Su voz se apagó. Levantó la mirada, muy serio, y la clavó en la puerta—. Necesito que llamemos a los que sobrevivieron y les preguntemos si estaban inscritos como donantes. Ojalá me equivoque, pero es posible que los intervinieran por su propia conveniencia, para conseguir trasplantes... Imagino que con un objetivo ilegal. Joder... —Se pasó una mano por la cara—. Puede que incluso ese cerdo que te llamó china perdiera un pulmón sano.

—Pero... ¿A qué viene eso? ¿Cómo has llegado a esa conclusión tan rápido?

—¿Cómo he tardado tanto? —rebatió—. Cuando Amalia mencionó las donaciones de órganos no le presté atención, pero se me ha encendido la bombilla recordando que todos los casos vienen de cirugías.

—Eso que dices suena terrorífico —murmuró—. ¿Estás seguro de...?

—No, claro que no estoy seguro. Necesito que te pases la tarde cogiendo teléfonos. Yo debo conseguir una orden judicial para exigir al hospital un acceso al registro de trasplantes. Si ha sido un proceso legal habrá quedado constancia en los ordenadores, firmas de los que se ofrecieron... Ven. —Le hizo un gesto para que le siguiera y cruzaron el pasillo—. Es probable que hoy me quede hasta tarde, así que llama a tu hermana para que te recoja o coge el autobús, como quieras. Si todo encaja voy a tener que contactar con la policía. No es mi jurisdicción hacer los interrogatorios y si tengo razón será algo que afectará a todos, no solo a mí...

Frenó en seco al toparse con una figura femenina.

—¿Qué haces tú aquí?

Mio asomó la cabeza por encima del hombro de Caleb y sonrió al reconocer a Aiko con uno de sus épicos trajes de ejecutiva. La sonrisa no le duró demasiado. Aiko no estaba cabreada, sino furiosa. Y sus ojos brillantes apuntaban a Caleb.

—¿Cuándo pensabas contármelo? —le espetó.

Ninguno de los dos necesitó una explicación para entender que se había enterado del caso. Aun estando detrás de él, Mio se fijó en que Caleb perdía toda esa tensión emocionada que había arrastrado por todo el bufete al dar con el quid de la cuestión. Ella se quedó helada, sin saber cómo reaccionar. Caleb tomó las riendas tras unos segundos en vilo. Hizo un gesto hacia su despacho.

Aiko se dio la vuelta primero.

En cuanto la perdió de vista, Caleb la miró por encima del hombro.

—¿Se lo has contado?

—¿Qué? ¡Claro que no! —exclamó Mio, indignada—. ¿No te fías de mí?

—Tenía que asegurarme —respondió, con la mandíbula apretada. Le oyó decir algo por lo bajo y seguir a Aiko.

Mio no se quedó rezagada y se adelantó por debajo del brazo de Caleb cuando iba a cerrar la puerta. Preveía discusión y no le gustaba meterse en medio de ninguna, pero si su hermana iba a tomarla con él a lo mejor debería estar presente. A fin de cuentas, ella también la había engañado.

«Mierda, Mio, ¿por qué haces estas cosas? Búscate un pasatiempo y deja de liarlo todo».

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Caleb nada más entrar.

Aiko se giró, con los brazos cruzados, y lo miró echando chispas.

—¿Eso es lo que te importa? ¿Por qué? ¿Vas a castigarlo como si el culpable no fueras tú?

—No. Lo pregunto porque no es algo que sea de dominio público, y si hay alguien esparciéndolo por ahí, puede que tenga problemas.

—No hay nadie esparciéndolo por ahí. Le pediste ayuda a Jesse, y Jesse no tiene tantos contactos como Marc, así que le habló a él para que alcanzara lo que necesitabas: manipular a un juez para que acepte pruebas que podrían haberse conseguido en contra de la ley. ¿Te has vuelto loco? ¿Desde cuándo trapicheas a mis espaldas y me mientes a la cara, eh? ¿Y cuándo has dejado de ser el abogado al que admiro?

A Mio le habría gustado recibir ese golpe por él, pero como no pudo solo dio un paso al frente.

—En realidad yo tengo la culpa de que tuviera que pedir una licencia especial para que le aceptasen esa prueba. Tuve que mentirle al recepcionista del hospital y salir con él una noche para poder husmear y sacar lo que sacamos... Él estaba en contra, pero ya estaba hecho.

Aiko la miró con los ojos desorbitados.

—¿Tú lo sabías?

—No. O sea, sí —respondió—. Pero Kiko, tienes que...

—¿Sabías que se estaba metiendo en un tema por el que podrían inhabilitarle y por el que ambos perderíamos clientes, por no hablar de la reputación del bufete, y me mentiste cuando te pregunté qué pasaba? —Negó—. No me lo puedo creer.

—No la tomes con ella —se metió Caleb.

—No, debería meterse conmigo justamente. Él no me lo dijo de primeras, tuve que amenazarlo con que o me dejaba ayudarlo, o te lo contaba... Y luego hice eso. Todo lo que está mal de este caso lo he embarrado yo, Caleb intentaba hacer las cosas bien.

—¿Hacerlo bien es ocultarme un caso severo que me incluye como testigo y como prueba? —exclamó, cada vez más alto—. Caleb, ¡estoy en tus malditas pruebas! ¿Y no se te ocurrió decírmelo, o por lo menos preguntarme si quería que se me usara en el juicio?

—No iba a usarte como prueba en ningún juicio, solo necesitaba tu historial médico para poder partir de una base y de ahí seguir creciendo. Ya he hablado con quince personas afectadas, Aiko, no estaba teniendo alucinaciones. El problema es real... Y te lo iba a contar, pero solo cuando todo estuviera hecho para que no pudieras ponerte así y me dieras la razón.

Aiko presionó el puente de la nariz y se frotó la cara.

—Estarás tan orgulloso de haber desenmascarado a los malos portándote como uno, haciendo lo que quieres y ocultándoselo a alguien que, de haber salido mal, podría haberlo perdido todo. Yo también trabajo a tu nombre, Leighton. Si te descubrían, el bufete entero habría sufrido las consecuencias.

—Pero no ha sido así —se defendió Caleb—. Y parece mentira que te pongas así cuando Marc hace cosas mucho peores para ganar los casos.

—¿Por qué tienes que meter a Marc en todo? ¡Esto es entre tú y yo! —gritó, señalándose el pecho—. ¡Tenemos unos valores, y una amistad, y no podías simplemente mentirme cuando ibas sacando datos de mi enfermedad a mis espaldas! ¿Dónde diablos han quedado tus principios? ¿Falsificaste mi firma para poder conseguirlos? ¡Sabes que es algo que me toca la fibra sensible y que aún me afecta, y lo sacas a la luz para jugar a los abogados cuando no te concierne!

La puerta se abrió y asomó una cabeza de pelo cobrizo. Mio reconoció la ceja guasona de Jesse.

—¿Todo bien por aquí? ¿Alguien quiere un té?

—Jesse, lárgate —espetó Caleb.

—Me largaría, pero creo que alguien debía deciros que se oyen vuestros gritos desde el ascensor. Estaba poniéndole ojos golosos a la que ha venido a sustituir a Delfino cuando me ha parecido escuchar mi nombre, y ya sabéis que soy como la Verónica del espejo, si lo pronuncias varias veces aparezco...

Mio hizo un gesto cerca del cuello para indicarle que más le valía cortar el rollo. Tarde. Caleb se giró hacia él con el gesto ensombrecido.

—Conque ibas a ser discreto, ¿eh?

Jesse perdió la sonrisa, pero no llegó a preocuparse. Guardó las manos en los bolsillos.

—Ah, eso, bueno... Pensé que ya te harías una idea. Es decir... Después de vacilar al juez en aquel caso de violencia de género, mis contactos se redujeron a ninguno. Tuve que pedirle ayuda a Marc. Pero le especifiqué que no dijera nada. Ese Piolín... —comentó, metiéndose el puño en la boca—. Voy a descuartizarlo.

—Increíble. Marc siempre es el malo, pase lo que pase —jadeó Aiko, indignada. Se ajustó el bolso en el hombro—. Sois unos mentirosos y ni siquiera pensáis asumirlo. Jesse por lo menos lo hizo sabiendo que tarde o temprano llegaría a mí; no pienso culpar a Mio de guardarte el secreto porque fue un acuerdo privado entre vosotros, y yo no pinto nada ahí. Pero tú...

Se plantó delante de Caleb. Hasta Mio se encogió al detectar la decepción en sus ojos.

—No es solo que decidieras que dejáramos de ser un equipo cuando investigabas a mis espaldas, ni que me metieras en algo sin consultar, sino que no confiaras en mí lo suficiente para decírmelo. Esperaba algo mejor de ti, Caleb, aunque solo fuera por nuestros años de amistad.

Su rostro se contrajo, indicando que iba a llorar. Salió antes de que nadie pudiera responder.

—Espera, *Dandere* —exclamó Jesse, tirándose sobre la puerta para ir tras ella.

Mio pensó en hacer lo mismo, pero entonces habría dejado solo a Caleb, y era lo último que necesitaba. Estaba tenso y tenía la boca torcida en una mueca de dolor.

Se mordió el labio y se acercó a él sin saber cómo abordarlo.

—Cal —llamó—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió—. Sí, estoy bien. Aprovecha que ha venido tu hermana y vete a casa con ella. Necesito... —Se quedó en blanco y pasó los dedos por el pelo, como si no supiera si peinarlo o despeinarlo—. Necesito estar solo.

Mio estuvo a punto de asentir y acceder a su deseo. Era lo que se le daba bien, complacer a los demás. Pero aquella contestación le recordó a otras muchas que llevaba dando desde que era un crío y ella revoloteaba a su alrededor muerta de curiosidad, preguntándose por qué aquel niño tan guapo estaba tan triste y no hablaba, y por qué su familia parecía quererlo tanto como para tenerlo en casa y comprarle sus galletas preferidas.

El Caleb de once años no siempre la callaba. A veces solo clavaba la vista en el suelo y esperaba a que se aburriese de hacer preguntas, que iban de «¿cuál es tu animal favorito?» a «¿qué preferirías, no poder lavarte los dientes nunca o no poder ducharte jamás?». Pero otras, le decía que quería estar solo. Siempre quería estar solo. Y Mio no estaba de acuerdo: recordaba haber pensado de niña que lo que necesitaba era que lo agobiaran. Que lo agobiaran un montón. Que lo abrazasen y se lo comieran a besos. Seguía pensando lo mismo, aunque ya no fuera ella la que lo hacía. Conforme más se acercaba a Caleb, más se daba cuenta de que todos eran culpables de que no supiera abrir su corazón, por haberle obedecido.

—No —decidió Mio. Cerró la puerta, captando su atención, y se acercó a él con decisión. Caleb no se movió de donde estaba, con los brazos lánguidos y la cara pálida—. Claro que no necesitas estar solo. Eso que te ha dicho ha debido de doler.

—Estoy bien.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Puedo manejar una discusión. Luego la llamaré y le pediré perdón.

—Ajá. —Mio lo rodeó, acariciando la mesa de escritorio con los dedos. Él siguió sin moverse —. Entonces quieres que me vaya.

—Por favor —pidió en voz baja.

Mio dudó. Bueno, había gente que quería estar sola cuando le gritaban; que ella no formara parte del grupo no significaba nada. Pero entonces... ¿Por qué siempre sentía que con él era diferente? ¿Por qué tenía la impresión de que mentía?

Respiró hondo y se plantó a su espalda. Normal que odiara los trajes. La mayoría de las chaquetas debían apretarle porque le daba una fatiga tremenda hacérselas a medida, y definitivamente, aquel hombre necesitaba un sastre profesional para embutir sus hombros en un traje.

—Pues yo creo que haces como yo. Te mientes. No para complacer a los demás, pero sí para evitar molestarlos. Como si pudieras ser una molestia.

Él se puso rígido. «Mucho autocontrol, mucho autocontrol, pero luego el cuerpo te traiciona».

—Te voy a decir una cosa: no quieres estar solo, y da igual cuántas veces lo hayas dicho, o cuántas veces te lo hayas creído. Yo no te creo porque no es verdad. —No se resistió y lo abrazó por detrás, como antes—. Puede que te haya servido por mucho tiempo como excusa, o como escudo, pero llegará un momento en que no podrás huir de lo que sientes. Y por supuesto, tampoco podrás huir de mí. Tú también me necesitas, como yo a ti.

Caleb no reaccionó, igual que solía pasar cuando eran dos enanos que jugaban por separado. No reaccionó, y no reaccionó, y no reaccionó... Y Mio ya iba a retirar lo que había dicho, o por lo menos sus brazos, cuando él por fin asumió su torpe discurso. Notó su grande y cálida palma sobre el dorso, y cómo la separaba de su cuerpo. El corazón se le encogió pensando que la apartaría como en los días más grises, cuando el Caleb pequeño se hartaba de su insistencia y se enfadaba para luego mirarla de lejos con ojos de cordero degollado. Pero no lo hizo. Se llevó su mano a los labios y la besó, y lo único que Mio pudo odiar de ese momento fue no poder apreciar su expresión.

—Claro que te necesito. Nunca he dicho lo contrario —confesó sin girarse, en un murmullo—. Eres mi ángel de la guarda. A través de ti he aprendido todo lo que quiero ser, aunque ahora no puedas entenderlo.

Dio la vuelta muy despacio y la miró con los ojos tan verdes que ni siquiera se parecían al verde original. No dijo nada más, y Mio tampoco, temiendo quebrar la extraña calma que se había instalado entre ellos.

Caleb no soltó su mano, sino que entrelazó los dedos con los suyos y tiró suavemente de ella para sacarla del despacho.

«¿Alguna idea de a dónde vamos, Subconsciente?».

«Me temo que no, pero... ¿Realmente importa?».



Mio había encendido todas las alarmas. El silencio sepulcral de Caleb siempre era preocupante, pero que abandonara el trabajo cuando aún le quedaban unas cuantas horas y por fin había descubierto los trapos sucios del caso —o al menos ya tenía una idea—, era inaudito. El fin del mundo. La última vez que Caleb había dejado su puesto en horario laboral fue... Tal vez nunca. La bronca con Aiko debía haberle afectado mucho más de lo que creía, pero no se atrevió a retomar ese espinoso asunto. Obedeció en silencio la petición no pronunciada de no hacer más preguntas. Caleb condujo por el Miami naranja del atardecer. Mio reconocía las calles por las que se iban moviendo, mas no el destino.

¿Y si se había enterado de la mentira a su madre y estaba yendo al cementerio para enterrarla viva, o al polígono para abandonarla sin posibilidades de regreso...? No, eso era imposible. «Claro que te necesito», había dicho. Se lo creía porque era imposible no creerlo cuando siempre decía la verdad. Si decía que la necesitaba, la necesitaba y punto.

Estaba ilusionada, dentro de lo que cabía. Caleb y Aiko nunca se peleaban y habían tenido una gresca importante; seguramente Kiko estaría llorando en casa, porque encima aquello le habría

recordado las horas de hospital, y podía apostar cualquier cosa a que Cal se martirizaba para sus adentros. Mio quería meterse en sus pensamientos, pero como no podía y no era el momento de insistir, se limitaba a alimentar los suyos.

Ella, su ángel de la guarda... habiendo aprendido a atarse los cordones con dieciséis años —y por insistencia de su padre—, sin saber montar en bicicleta y confundiendo aún la izquierda con la derecha. Fuera como fuera, había sonado a rendición. A dar un paso más. A «algún día te devolveré tus abrazos y te daré las gracias». Pero ella no quería que le diese las gracias. Quería que se desahogara, que dijera la verdad, que contara su historia. Mio estaba cansada de saber de sus miserias por terceros y de querer consolar a alguien a quien en realidad no sabía qué le pasaba. Él se esforzaba por comprenderla y ella a él también, pero si no le decía qué le ocurría como Mio solía, estaría moviéndose a ciegas para siempre. Y no quería eso. Quería llegar a puerto seguro.

Sus plegarias silenciosas fueron escuchadas muy pronto. Mio no se creyó que Caleb estuviera abriendo el portal del edificio donde vivía, montándose en el ascensor y después metiendo la llave en la cerradura de su casa. ¿De qué se sorprendía? Estaban en el barrio de Weston, la típica zona familiar y cálida que ella asociaría con Caleb sin pensar dos veces.

No había estado nunca allí. Aparte de que veía a Caleb muy poco, cuando lo hacía era en casa de sus padres, o en la de Aiko, o en Barcelona. Y era tan celoso de su intimidad que apenas le había enseñado el apartamento a Kiko, y solo porque necesitaba ayuda para decorarlo. Ni su madre había puesto un pie en su santuario, cosa de la que se quejaba muy a menudo. Ahora entendía por qué: era la clase de sitio en el que le encantaría vivir a cualquiera, tanto a los amantes de las casas grandes como los que preferían no subir escaleras.

Aunque el momento era especial para ella, no se detuvo a examinar parte por parte el lugar, y Caleb tampoco se lo enseñó. La corriente nocturna cerró la puerta por ellos sin hacer mucho ruido. Y él, como si no recordara que estaba acompañado, se sentó en el borde de uno de los sillones del salón y se deshizo de la chaqueta y los gemelos. Se sacó la camiseta por fuera de los pantalones y la desabotonó. Después siguió el cinturón, que lanzó al sofá. El nudo de los cordones de los zapatos desapareció con un par de movimientos. Mio asistió al *striptease* menos erótico y más desganado del mundo como si fuera un espectáculo único en la vida.

—¿Estás preocupado por Aiko? —se le ocurrió preguntar, de pie en medio de la nada. Estaba a una distancia muy estúpida de él, pero no se atrevía a avanzar sin una orden directa. Eran sus dominios, y no pisaría una alfombra cara mientras no hubiera una petición formal—. Seguro que te perdona enseguida, es muy blanda. Y si te sirve de consuelo, creo... que no tenía razón al decir algunas cosas.

Caleb la miró con ojos cansados. Jugaba distraído con el cuello de la camisa.

—Tenía razón en todo lo que ha dicho. Si no la he seguido es porque lo más inteligente es esperar a que se tranquilice un poco. Pero la tiene. Y tendrá razón si no me lo perdona. He invadido su intimidad y se lo he ocultado.

—No seas dramático. Lo olvidará enseguida.

—Lo sé. Nunca me ha asustado perder a Aiko porque somos la misma persona y si yo me disculpo, ella lo hace también. Pero sé que le he hecho daño, y mientras no lo asuma yo, ella tampoco lo hará. Tristemente sigue teniendo razón... —Clavó los ojos en el cinturón de la falda

de Mio—. Lo bueno es que sabía lo que me diría antes de que lo soltara. Lo malo… es que siempre duele oírlo. Nadie está preparado para oír unas cuantas verdades.

—¿Qué quieres decir con eso? —vaciló—. ¿Lo vas a dejar?

—No. Queda poco para acabar, no voy a abandonar ahora. Pero sí que necesito... Encontrar un poco de calma.

Mio abrió y cerró los puños, estirando unos dedos que se morían por llegar al hueco de su cuello y hombro.

—Lo has manejado muy bien, puedes estar orgulloso.

—No —negó de nuevo—. He estado en la cuerda floja desde que pedí sus historiales. Y soy el perfecto equilibrista, puedo controlarme de manera que nada ni nadie intuya lo que me pasa, pero no siento ningún interés en engañarme a mí mismo. Por eso he sabido todo este tiempo que llevar esto me iba a destruir.

Se quedó en silencio un buen rato, y cuando creyó estar preparado, buscó los ojos de Mio. Abrió la boca varias veces antes de, por fin, decirlo con la voz sin usar que suena cuando hablas de algo jamás pronunciado.

—Solo ver sus caras en fotografías me duele —confesó—. Imagina tener la ligera sospecha de que los mataron. De que podrían estar ahora conmigo. No puedo dormir ni respirar a veces, cuando pienso en todo lo que sería capaz de hacer si se demostrara que fue todo un complot para conseguir donantes. Yo no soy como Marc, o Jesse... Debo ser el único abogado que contempla saltarse la ley para ver sufrir a quien hizo daño a sus seres queridos.

Mio quiso ir a abrazarlo, pero la sorpresa la frenó. Era increíble que hubiese hablado de ellos en voz alta. Y era increíble que ella no lo hubiera teniendo en cuenta. Claro que sospechaba que no le haría gracia tener tan presente el motivo de que su vida se convirtiera en un infierno, pero no imaginaba el alcance de sus emociones. La certeza de que Caleb se sintiera miserable con y sin su ayuda le hizo el mismo daño que a él sus recuerdos.

—No tienes que fingir conmigo —susurró—. Soy Mio. Llevo toda la vida queriendo que saques a la furia y la pena que llevas dentro. No es justo que todos nos desahoguemos, a veces pagándolo contigo, y no nos dejes pagarte con la misma moneda.

Caleb sonrió despacio. Se reclinó en el respaldo y separó las piernas, poniéndose cómodo. Observó que se quitaba las gafas, doblaba las patillas y las dejaba sobre la mesa.

«Es la señal», se dijo. Sí, era la señal, la que siempre hacía. La señal que anunciaba que sería ser besada hasta el desmayo.

—De acuerdo, la sacaré. Pero no te he traído aquí para hablar, sino para distanciarme de todo lo que no soporto. Así que acércate.

Una parte de Mio, la impulsiva y deseosa, la empujó por detrás con el objetivo de encajarse entre sus rodillas. Pero la otra, la emocionada por la confesión que se había ganado, era ambiciosa y no quería conformarse con eso, aunque debiera sacrificar algo para seguir avanzando. Algo grande. Enorme. Veinte centímetros de sacrificio.

—No vas a liarme con sexo —se plantó, apuntándolo con el dedo—. Puede que eso sea lo que quieras ahora, pero seguro que hablar conmigo te va a sentar mucho mejor a la larga. —«No pienses en qué otra cosa es larga también»—. Y no pienso permitir que interrumpas algo tan importante para ti y para mí como tu primer desahogo solo para olvidarlo. Las cosas no se olvidan, se afrontan.

—Mio, el sexo no es algo que quiera ahora, es algo que quiero siempre. Especialmente contigo.

Lo dijo con tanta honestidad que no supo qué responder.

«Maldito abogado... Y maldito lo que tiene ahí colgado».

—Me alegro de que por fin tengamos algo en común —replicó con demasiada vehemencia. Tenía que sonar convincente o conseguiría lo que quería sin soltar prenda. Nunca mejor dicho—. Quiero decir... Tenemos en común lo del sexo entre nosotros, no es que a mí me haga ilusión tocarme a mí misma, ni nada de eso. Masturbarme es divertido, pero tampoco lo paso tan bien como... la otra vez, por ejemplo.

Caleb levantó la ceja.

—Si quieres volver al tema inicial, es tu momento. Si prefieres seguir por ese camino, voy a levantarme y voy a hacer lo que pretendes retrasar.

«Dios, sí...»

«Hazte un favor y ubícate».

—De acuerdo, hagamos una cosa. El otro día, en la cocina... Descubrí que te gusta desvestirme. Pues aquí tienes otro reto: voy a dejar que me quites una prenda a cambio de contarme algo de tus padres. Cualquier cosa me vale. Pero tienes que hablar de ellos, Cal. Si quieres a alguien y no lo dices, es como no quererlo, y al final significa olvidarlo. Y es mejor olvidarlo que sufrir por ellos, sí, pero son tus padres y siempre lo serán. No creo que quieras renunciar a recordarlos con cariño porque sea más simple acallar esas voces.

«¿Cuándo te has vuelto tan sabia?».

«Ah, no sé, a lo mejor vino a raíz del tremendo polvazo del otro día. Eso me abrió todos los chakras».

Mio fingió sacudir la cabeza para arreglarse el pelo, cuando su objetivo era dejar a un lado los pensamientos estúpidos. Clavó los ojos en Caleb, esperando un veredicto que llegó en forma de mirada evaluadora.

—Si crees que acallar esas voces es más simple, estás muy equivocada.

—Pues elige el camino fácil. No siempre es para los más flojos: también para los más prácticos. ¿Qué me dices?

—Contar mis secretos a cambio de desvestir al ángel —caviló—. Suena justo para mí. De hecho, parece la clase de justicia por la que me dedico a las leyes.

Mio rio suavemente, procurando no sonar histérica. Santo Dios, ya la había visto desnuda un par de veces y cada vez se ponía más nerviosa con la idea. ¿Iba a cambiar eso algún día? Fuera cual fuese la respuesta, estaba lista para acercarse.

Caleb se levantó: metro noventa y cinco de hombre preparado para enloquecer a metro setenta de puro nervio.

—Los zapatos también cuentan —se le ocurrió decir—. Y las medias.

—No se me ocurriría dejarlas fuera —contestó, dando una vuelta alrededor—. Aunque eso son demasiados secretos.

—Las bragas valen por tres.

Tuvo que cubrirse la boca para no reír cuando le oyó sisear una palabrota.

—¿Y el sujetador?

—Ese solo uno. Tampoco es para tanto lo que hay debajo, ya sabes.

—Nena —bufó—. No voy a decir lo que vale para mí cada prenda que cubra tu cuerpo porque sería incapaz de alargarlo tanto. Pero para pagar el precio de tu sujetador, igual que el de tus medias... —Paró detrás de ella. Le recogió el pelo en una coleta que sostuvo con la mano y pegó los labios a su cuello—. No habría suficientes secretos en el mundo.

Mio se tragó un suspiro y dejó caer el peso de la cabeza al lado contrario, suplicando un beso más largo.

—Pues que no se te ocurra inventarte nada para estar a la altura. Si mientes, lo sabré.

—Ah, ¿sí? ¿Eres el polígrafo?

—¿Y tú eres un pesado y un tonto pensando que no me doy cuenta de que pretendes retrasarlo?

El aliento de Caleb la envolvió, lleno de intentos frustrados. Lleno de miedo. Sabía que era difícil para él. No en vano llevaba años, dos décadas sin ir más lejos, poniéndole filtro a todo lo que salía de su boca. Al contrario que ella. Por eso, quizá, lo quería tanto. Porque eran las dos personas más distintas del mundo.

—Muy bien —suspiró con brusquedad—. Allá voy.

»Se conocieron en un concierto de *Queen* —soltó de carrerilla—. A mi padre le gustó mi madre a primera vista. Ella era todo exotismo y alegría, y él era un coleccionista de cosas bonitas. Pero cuando le preguntó cuál era su canción preferida y ella dijo *The Show Must Go On*, pensó que estaba en el concierto por apariencias, porque sí, y en realidad solo conocía las básicas.

»Mi padre era un poco purista, ¿sabes? Le molestaba la gente que iba de apasionada por las cosas que a él le volvían loco, y en realidad no le interesaban. Pensó que era de esas, pero justo al empezar el concierto… Mi madre consiguió que la subieran al escenario y cantara una parte de *Too Much Love Will Kill You* con su voz rota. Entonces mi padre volvió como un perro a suplicarle otra oportunidad, por haberla llamado *groupie* descerebrada.

Mio sonrió imaginándolo.

—¿Estaba Freddie Mercury entonces?

—En todo lo alto, además. Estuvieron tan cerca de él que su sudor les duchó. Recuerdo tan bien cada detalle que parece que me lo contaron ayer. Hicieron de *Love of my Life* su canción. La de los dos… En casa siempre sonaba el grupo, y creo que me encantaba.

—¿Ya no?

La tristeza veló sus ojos.

—No puedo ni escucharlos. Cambio la emisora, o apago la radio, o me largo. Ese es uno —añadió, rápido—. Ahora, mi premio.

Caleb le sacó la americana y la lanzó sobre el sillón.

—Segundo *round* —murmuró Mio. Pasó medio minuto hasta que él habló.

—La única cosa que les hacía pelear era conducir. No porque mi padre se metiera con mi madre porque fuese pésima al volante, que es el típico cliché, sino porque los dos querían conducir. Él, para poder elegir la música —porque solo coincidían en que Queen era el mejor—, y ella porque era la loca de los coches.

—¿Consiguieron ponerse de acuerdo alguna vez?

—No realmente. Y menos cuando llegué yo, que solo quería escuchar canciones clásicas versionadas por los dobladores de Doraemon.

Mio soltó una carcajada que él cortó sacándole el cinturón. Cayó sobre la alfombra con un sonido sordo.

—Vivíamos en Vancouver, pero nos mudamos a Miami porque mi padre se peleó con su familia y no quería estar cerca del negocio conjunto. En esa época no lo sabía, solo me dijeron que me gustaría vivir en la costa. Lo saqué como conclusión cuando recuperé sus datos bancarios y me ingresaron la herencia al cumplir la mayoría de edad.

—¿En qué trabajaba? ¿Era abogado?

—Jefe contable de unas cuantas consultorías. Y eso vale por dos secretos, así que...

Caleb bajó la cremallera trasera de la falda y se la sacó de un tirón que la hizo tambalearse. Después, como pidiéndole disculpas por ser brusco, rodeó su cintura con las manos para llegar a los botones de la blusa. Sintió el tacto áspero de su barbilla cerca de la clavícula al apoyar ahí la cabeza, y el calor de su cuerpo seduciéndola al fundirse con ella. Le costó darse cuenta de un detalle importante, intentando concentrarse entre el mareo de su perfume y el hecho de que Caleb volviera a quitarle la ropa, pero ya se hacía extraño que no se moviera de su sitio. Mio no le daba la espalda porque así lo quisiera, sino que él se había ocultado ahí... Quizá para que no le viera la cara al confesarse.

Abrió la boca para decirlo en voz alta, pero la interrumpió mientras iba deslizando los dedos ágiles por la abertura de la camisa. Mio se apoyó en su pecho, temblando de agitación.

—Mamá era natural de México. De Puebla, para ser más concreto. Y papá no tenía ni idea de español, así que cuando ella se enfadaba...

Deslizó la prenda por sus brazos. Mio lo facilitó, moviendo los hombros muy despacio hasta que cayó a sus pies. No tardó en volver a arroparla con sus palmas calientes, que la acariciaron desde los pechos cubiertos hasta el interior de las medias.

—...cuando ella se enfadaba, le hablaba muy rápido y mosqueada en español —jadeó cerca de su oído. Mio se puso de puntillas y contoneó las caderas, buscando esos dedos que no llegaban a tocarla del todo—. Papá se quedaba callado, la escuchaba atentamente, y cuando se iba... Me miraba, me guiñaba un ojo y me decía: «Cuando una mujer te grita así significa que te quiere, pero que dejará de hacerlo si te portas mal». Luego iba detrás, le decía las tres o cuatro palabras en español que sabía, ella se reía... Y todo volvía a la normalidad.

—¿Qué palabras eran? —preguntó con un hilo de voz.

Caleb desabrochó el sujetador con una mano.

—«Corazón». —Dejó un beso en la esquina del pómulo—. «Cielo»... —Le regaló otro en la línea del mentón—. «Cariño»... —Hizo una pausa en la que Mio juró que sonreía; lo confirmó cuando sus dientes le aplastaron el hombro desnudo—. «Teporocho», «quesadilla», «padrísimo», «frijoles». —Le llegó una risa triste al oído—. Mi madre le decía muy a menudo «viejo rabo verde» cuando se ponía a «apapacharla» en público, y pensaban que no me sabía este, pero creo que aprendí lo que era el sexo por andar buscando en Internet eso de la chingada. También sabía decir «lo siento». Con eso se la ganaba. —Le acarició el cuello con los dedos y se le echó la cabeza hacia atrás. Mio apreció el brillo emocionado de sus ojos al inclinarse para besarla en los labios—. Y si eso no funcionaba... Decía «te quiero».

Mio se quedó sin respiración, y casi sin ganas de seguir de pie si él no la sujetaba. A esas alturas, Caleb tenía todo el peso de Mio en el pecho: por eso se mareó al volver a su eje cuando hizo ademán de agacharse para sacarle las medias.

«Te quiero». Qué bonito sonaba, especialmente en su boca.

—No —dijo ella con voz estrangulada—. Date la vuelta. Quiero verte la cara.

Caleb tardó en reaccionar, pero que obedeciese su súplica sin rechistar le dio esperanza. Tal vez no estuviera siendo tan horrible para él. Tal vez, y por pimera vez, se estaba sintiendo bien. Fue un pensamiento dulce vilmente machacado en cuanto tuvo a Caleb arrodillado delante de ella, con los dedos metidos en la escueta faja de las medias, preparado para cobrarse ese precio y acabar con la tristeza que lo acorralaba. Mio jamás había visto esa expresión en él, porque era todo control y en ese momento le desbordaban las emociones. Había pasado de ser el culmen de lo inexpresivo, a perderse en sí mismo, y eso le pareció... Bonito y triste.

No tuvo voz para preguntarle si quería seguir, ni tampoco hizo falta porque estaba más que listo para sacarle las medias con cuidado de no romperlas. Dedicó un pequeño recodo de su mente a cómo se las arreglaba el destino para hacerle recordar que Caleb era el único para ella, habiendo conservado la tela en perfecto estado para que que fueran dignas de él. Después se entregó por completo a la sensación, a la piel erizada de sus dedos trazando líneas difusas hasta dejarla exhausta de emoción. Le perdonó los zapatos quitándoselos con torpeza, y dejó al aire los pies, que él estudió no sabía si por interés o por temor.

Caleb levantó la barbilla, acomodado como estaba sobre sus pantorrillas, y la admiró en completo silencio. Puso la palma abierta en su vientre y la deslizó en horizontal, atracando en su cadera, en la forma de su trasero. Sintió el arañazo de sus uñas allí, y luego sus brazos haciendo de cinturón al protegerla por la cintura.

—No puedo decirte más —susurró él, mirándola a los ojos—. No puedo.

—Sí que puedes. Solo tres. O... Puedo bajarlo a dos —balbució—. ¿Una más?

—Si quieres tres secretos, son tres secretos. No dejes que te convenza. No te dejes convencer por nadie, nunca.

—Entonces dime tres y se acabará.

Sintió sus hombros tensos al apoyarse allí, y no supo si alegrarse u odiarse por obligarlo a hacerlo. Aunque no lo había obligado, ¿no? Un trato era un trato, y él accedió... Igual que era él quien pegaba la frente a su ombligo y respiraba a través del último pedazo de tela que quedaba. El calor se propagó desde la entrepierna hasta el resto del cuerpo, concentrándose en las caderas a las que se agarró con las uñas para hacer su último intento.

—Los domingos, mi madre ponía canciones viejas de mariachis y bailaba con ella hasta que mi padre volvía de trabajar. *Las mañanitas*, *La bamba*, el *México lindo y querido* de Jorge Negrete... —Inspiró hondo y mordió el borde de encaje de las bragas, amenazando con bajarlo. Lo soltó con una especie de sollozo quebrado—. Mi padre decía que no importaba si no era el mejor en matemáticas, que lo único que él quería para mí era que fuese honrado y me rodeara de buenas personas. Y... —La abrazó con fuerza, presionando los labios contra su piel—. Salvo cuando se enfadaban, que era Caleb Leighton a secas, me llamaban ángel.

Mio se inclinó para abrazarlo antes de que pronunciara la última palabra, pero en cuanto la asimiló, los ojos se le llenaron de lágrimas. Le pasó el brazo por los hombros y pidió verle la cara alzando su barbilla. Él le negó el placer. En su lugar le quitó la ropa interior de un solo tirón y la cogió por las caderas para sentarla sobre su regazo. Mio no lo vio, pero recibió un beso hambriento que le recordó parte a parte que estaba, de nuevo, desnuda sobre él. Solo eso era más excitante que nada en el mundo, y a eso se sumaron la emoción, la combinación de sentimientos

y que su boca la azotaba con las ansias de un juego demasiado estricto, demasiado prolongado. La besó para recuperar los últimos minutos, y ella soñando con años de salivas compartidas, jadeos mezclados y cuerpos que se empujaban el uno al otro para llegar al mismo sitio. Juntos.

Le desabotonó la camisa hasta que se cansó de esperar y simplemente tiró. Caleb se resistió todo cuanto pudo a soltarla para que apreciara su entera desnudez, y la abrazó casi con agresividad al quedar libre. Mio tuvo la sensación de que tocaba el amor con los dedos al palpar el pecho de Cal, donde palpitaba un corazón lleno de cosas buenas. No tenía ni una mala palabra para él, ni una palabra en general. Lo único que le dolía en la garganta eran todos los «te quiero» que no dijo, y todos los que dijo y luego trató como si fueran mentira.

—¿Vamos... v-vamos a acostarnos todas las veces contigo teniendo pantalones? —jadeó, sin separarse de sus labios. Parecía mentira que lo tuviera tan cerca. Se sentía como abrir un regalo que se llevaba toda la vida esperando—. No es justo que yo esté desnuda y tú no.

Caleb no contestó. La sostuvo con una mano cerca de la tela más sensible del pantalón, y con la otra consiguió, dificultosamente, liberar una erección que le secó la garganta. La primera vez también le sorprendió que no necesitara ninguna clase de insinuación para endurecerse de ese modo, como si no hubiera estado con una mujer antes, o, mejor dicho, como si no hubiese estado con mujeres despampanantes otras veces. Se abrazó con desesperación a su cuello y alzó las caderas con la expectación y las ansias instaladas en los músculos. No había ni una parte que no le doliese, que no la matara despacio. Cuando Caleb estaba así de cerca, su cuerpo se daba cuenta de que no podría resistir sin él de tanta necesidad que la embargaba. Sin más, porque no necesitaba otra cosa que sentirlo parte de ella, dejó que la guiara por las caderas y encontrara espacio para él de una sola penetración.

Mio se entregó a un escalofrío vibrante, disfrutando de ese segundo de apreciación. Cerró los ojos y entreabrió los labios, buscando aire para darle vida a sus huesos. Todo se subordinó a él. Lo sentía. Sentía cómo se emplazaba y la llenaba de fuego, de ganas, reinventando el amor de la forma más ruda. Mio se balanceó hacia delante, temblando tanto que temió que lo malinterpretase como miedo o dolor.

Sus labios querían un beso, pero tocaron piel salada; piel ligeramente húmeda. El corazón lo supo antes que ella, desbocándose de golpe. Se separó lo suficiente para confirmar que había lágrimas en sus mejillas.

Abrió la boca para decir algo, pero él la calló colocando el dedo índice. Sí, estaría más mona en silencio, y así la libraba de tener que decir algo que no sabía. No sabía, no entendía, y su cabeza flotaba muy lejos de allí, perdida en los vaivenes que ella misma reproducía, buscando el encaje perfecto.

—Cal... —susurró. Acarició sus mejillas con los pulgares, secando lo único que podría hacerle ver humano.

—*Sh*... —La trajo hacia él por las nalgas y besó un punto perdido en su pecho—. Me estás curando.

Mio espiró todo el aire retenido. Esa brisa acarició el pelo de Caleb, que no cerró los ojos para no perderse el instante en que ella decidía —como si pudiera hacerlo o no lo hubiese hecho ya—, quererlo para siempre. Sin condiciones, sin pensar en qué pasaría al día siguiente. Solo se dejó llevar por el ritmo que ella eligió, uno pausado y profundo que los hizo sentirse solos en el

mundo. Escuchaba sus jadeos. Nada más. Sentía sus dedos hundidos en la carne, la propia abriéndose, cediendo, acoplándose; y ella, sudorosa y elástica, enamorada a todos los niveles.

Él era el olor predominante. El sabor preferido. Amó tener sus ojos encima al cabalgarlo, y que complaciese sus caprichos uno a uno. Un beso allí, otro allá. Una caricia, un lametón travieso, un mordisco que ojalá dejara marca. Un azote. Un abrazo apretado. No había nada que él no entregase, y aunque no lo hiciera físicamente, Mio lo sentía de otra forma gracias a la honestidad con la que la miraba. Porque la miraba desde el alma.

Se le atrancó un «te quiero» en la garganta que no sonó porque antes la poseyó el orgasmo. Caleb absorbió parte de esa energía apretando su carne entre los dedos mágicos, eléctricos, que jugaban con su cordura. Se corrió con ella y se hizo más grande de lo que disminuyó, como si aquello solo hubiera sido el calentamiento. Mio se dejó caer sobre su pecho y cogió aire para luego soltarlo, poco a poco, contra la fina barba oscura.

No supo qué decir. A lo mejor, porque no había forma de comunicarse cuando de una manera u otra se lo acababa de decir todo. Bloqueó el miedo a que eso terminara, a que él se hubiese quedado en las mismas... Y no lo consiguió. Temió que la echara de la casa, que se ofreciera a llevarla con su hermana. Cualquier cosa distinta a seguir allí abrazado a ella.

Caleb no dio señas de querer moverse. Por el contrario, la sostuvo con fuerza y besó la punta de su oreja.

«¿Quieres que me vaya? ¿Quieres que me quede...? Por favor, di algo».

Resolvió todas sus dudas con una sencilla frase.

—No me dejes —pidió en voz baja. Empujó sus nalgas hacia arriba, penetrándola más hondo. El sollozo de alegría de Mio se convirtió en un jadeo—. Por lo menos esta noche.

Mio respondió propulsando las caderas en su dirección. Húmeda de nuevo, caliente como el infierno porque todo en él la excitaba: la emoción, el sexo, su ternura. Lo besó en la boca. «No me voy. Ni esta noche ni nunca». Él respondió su respuesta silenciosa relajándose, como si le hubiera dicho lo único que necesitaba oír.

Habría cerrado la conversación llena de secretos dando las gracias por confiar en ella, por darle algo que ni Aiko tenía —la verdad—; por ser él mismo... Le habría dicho «te quiero», incluso. Pero no habría sido del todo cierto, porque el sentimiento empezaba a alejarse de cualquier palabra dicha, convirtiéndose en una presión en el pecho que tarde o temprano no la dejaría respirar. Solo esperaba que Caleb llegara a tiempo, antes de que el corazón se le rompiera de amor contenido, y le diera el aire que le faltaba.

15

Que es Mio con o, pesados

Caleb despertó de uno de los sueños más dulces que había tenido por culpa de un desagradable politono. No era desagradable del todo porque lo personalizó en cuanto fue obligado a conseguirse un móvil de empresario, de esos táctiles multifuncionales que le hacían sentir diminuto en comparación, y *She Loves You Ya* de Los Beatles siempre era bienvenida... Pero no reaccionó demasiado bien al darse la vuelta en la cama y observar que Mio no estaba a su lado.

Se lanzó a por el teléfono y respondió sin mirar quién era el llamante, esperando que fuera ella con alguna excusa. Caleb levantó las sábanas por si por casualidad se había perdido allí debajo. Frunció el ceño y maldijo entre dientes mientras intentaba contestar al teléfono pulsando aleatoriamente la pantalla. ¿Habría elegido ese maldito día, ese jodido y puñetero día, para demostrar que podía tomarse en serio su trabajo? ¿No podría haberse aplicado en otro momento? Además, la había despedido. ¿A dónde iba a ir a esas horas?

—Qué —ladró al móvil. Se desplazó al baño por si estaba duchándose. Nada.

—*¿Sabes por qué nunca serás tan bueno como yo?* —preguntó la voz del peor de los demonios —*. Porque a los triunfadores nunca se nos pegan las sábanas, y estamos en pie antes de que salga el sol.*

Caleb rodó los ojos por no hacer algo peor, como estrellar el teléfono en la pared. Una llamada de Marc Miranda era lo que le faltaba cuando estaba al borde del ataque. ¿Y si Mio se había arrepentido? Admitía haberse dejado en evidencia al llorar delante de ella. ¿Cómo se le habría ocurrido? Mio estaba demasiado perdida para lidiar, encima, con los problemas personales de un adulto que se negaba a superar sus traumas infantiles.

«Joder, joder...»

—*Generalmente, otra clave del éxito es ser amable respondiendo al teléfono* —continuó el tío mierda.

—¿Te refieres al «qué»? Si hubiera sabido que eras tú, lo habría adornado con algún adjetivo —gruñó—. ¿Vas a decirme ya qué quieres? O para empezar, podrías decirme cómo has conseguido mi número.

—*Creo que conocerás las páginas amarillas. Allí suelen registrar a la gente que dedica su vida laboral a atender al público, a ponerle facilidades... Venga, seguro que sabes sumar uno más uno* —replicó en tono arrogante—. *De todos modos ha sido mucho más difícil tomar la iniciativa de llamarte que conseguir que el juez acepte tus pruebas sin necesidad de mentir, ni hacer nada ilegal.*

Caleb se quedó en silencio un segundo. Solo uno, porque no iba a darle a ese imbécil más motivos para creerse el mejor. Decidió dejar la educación y los agradecimientos en otra parte

mientras seguía buscando a Mio como un neurótico.

—Oh, de ser así te habrá resultado tremendamente aburrido.

—*Tremendamente innecesario* —corrigió enseguida—. *No me va colaborar con el enemigo, pero pienso cobrarme el favor. Estaré en la puerta de* Tiffany's a las diez. Si me haces esperar, puede que me apetezca robarte el caso.

—¿Qué? —exclamó, mirando el reloj. Eran las ocho menos diez, tenía tiempo de sobra, pero la idea de pasar un rato a solas con él no le parecía muy divertida—. ¿Tengo que recordarte lo que pasa cuando tú y yo nos quedamos solos? Y, ¿por qué coño quieres ir a la joyería?

Marc lo dejó suspendido colgando de sopetón. Le soltó una palabrota y tiró el móvil sobre la cama. Maldito imbécil.

Se pasó una mano por el pelo. Apenas se dio cuenta de que estaba desnudo, se plantó un pantalón de algodón y salió de la habitación con la mandíbula desencajada. Cuando se cabreaba tendía a repasar todo el vocabulario atroz que le enseñó una de sus muchas madres adoptivas, aquella que pese a no temer pincharse delante de él, era la más cariñosa y la única a la que no le avergonzaba preocuparse por él. Lo hizo mentalmente: recordar insultos en inglés y en español, todos dirigidos a Marc y a su estupidez supina, por haber accedido a contarle su vida a Mio.

Caleb frenó de golpe al reconocer los diminutos pies que se ponían de puntillas para estirarse. Parpadeó una, dos, tres veces, solo para asegurarse de que su mente no le jugaba una mala pasada. Y no, Mio estaba allí, con su camisa puesta y sin nada debajo, canturreando una de las canciones de ese grupo que Aiko adoraba y que a él le ponía de mal humor. Bueno, solo le ponía de mal humor cuando no había mujeres sexis bailándolas en su cocina.

—*Y aunque ahora el mundo gire en otra dirección... Eres tú quien le da sentidoooooooo<u>7</u>* —chapurreaba ella. Caleb hizo una mueca. No cantaba tan mal como Aiko, pero desde luego las hermanas no podrían formar su propio grupo—. *A lo que dice tu dormido corazo-o-ón... No todo está perdido. Dímelo de verdad, ¡¡la respuesta no es la huida!!*

Contuvo un suspiro de cansancio. La música no se cansaba de lanzar indirectas cuando menos las necesitaba. Ni siquiera había pensado en huir —solo en *ella* huyendo—, pero sabía que habría restado hierro a la noche anterior si hubiese tenido un rato más para pensar en cómo hacerlo. Sabía cómo empezaba aquella canción cutre de Maldita Nerea: «es difícil volar cuando esperas la caída».

¿Se caería esa vez, como las otras veces? Esa no era la cuestión más importante del día, sino que se sintió miserable por quedarse allí parado, incapaz de acercarse como quería y bailar con ella. Aunque fuese una canción patética e *imbailable*, en caso de que existiera esa palabra.

—*Uy*, no sabía que estabas ahí —dijo Mio, haciendo una mueca cómica. Dejó sobre la encimera la pala de madera que había elegido como micrófono y se encogió de hombros—. El plan era hacer de desayunar, pero tienes una vitrocerámica muy extraña y solo sé hacer natillas caseras.

—Y yo solo sé hacer arroz a la cubana —respondió. Ella se ruborizó, y él estuvo a punto de descojonarse. Ya no podría hacer su plato estrella sin acordarse de aquel humillante episodio—. Creo que no he usado la cocina en mi vida, pero podemos experimentar.

—¿No tienes que ir a trabajar? Van a dar las ocho. Ya llegas como... media hora tarde.

—Una hora tarde —corrigió. Se acercó con timidez, rescatando fragmento a fragmento los recuerdos de la noche anterior—. Pero no creo que me echen de menos por un día. Jesse y Julie

estarán al mando.

—¿Y Aiko? —preguntó ella, mordiéndose el labio—. ¿Has hablado con ella?

Caleb suspiró y apoyó las manos en el borde de la mesa. No sería Mio si no le recordara que tenía cientos de problemas que resolver, ya fuera hablando o solo mirándolo. En otro momento se habría preocupado por todo lo que sugería el día: tenía que ver al perro de Marc por obligación, disculparse con Aiko, conseguir su orden judicial para desvalijar el Kendall West si fuera necesario, intentar no pensar en que Mio le debía una cita a Gavin y... Cientos de cosas que por una vez prefirió aparcar.

—Voy a ver a Marc en un rato. Cuando acabe, la buscaré y me arrastraré cuanto sea necesario. Estoy seguro de que cuando se lo explique todo, me entenderá. Dios, había cientos de posibilidades, ¿y has puesto Maldita Nerea? —bufó, pausando la canción que seguía sonando. Buscó en la lista de reproducción del móvil de Mio algo decente. Sonrió, aliviado—. Mucho mejor.

—No es la mejor de Estopa.

—¿Y por qué la tienes ahí?

—Por el síndrome de Diógenes que me cargo con las canciones. Nunca borro ninguna, aunque me canse y prefiera morirme a escucharlas otra vez... Como me pasó con *Happy* de Pharrell Williams. Me rayó tanto que no soporto ni verla en el reproductor, pero no la quiero borrar. *Tú me rompes las entrañas, me trepas como una araña, bebes del sudor que empaña el cristal de mi habitación...8* —canturreó, dándose la vuelta y dirigiéndose a la nevera—. Tenemos que ir a recoger al gatito.

—Niro —corrigió Caleb, estudiando las arrugas que hacía la camisa sobre su trasero. Recoger tal vez no, pero quería cogerse a ese gatito concreto otra vez.

Mio se giró para decirle, seguramente, que no se iba a llamar así y que dejara de intentarlo. Pero o bien recordó que el gato sería enviado a la protectora de animales y daba igual qué nombre temporal le pusieran, o quizá le chocó la mirada hambrienta que le dirigía, porque se trabó y al final balbució una incoherencia que lo alivió. No podía decir que la situación fuera rara, porque la había visto recién levantada muchas veces antes —y de mal humor, bailando, riendo y de resaca—, pero era evidente que la tensión entre ambos era ahora muy distinta a la normal.

—Oye... —carraspeó—. Tengo que decirte algo muy importante. No sé si contártelo ahora por eso de que cuanto antes lo digas, antes se olvida, en caso de que quieras olvidarlo... O si dejarlo para cuando ya hayas comido, aunque haya riesgo de que vomites.

«O puedes quitarte eso y me lo dices después», pensó, husmeando en el escote con los ojos entornados.

—Sí —contestó. Tardó un rato en recordar que no era ninguna pregunta—. Quiero decir que puedes contármelo cuando quieras.

—Ya... —Cambió el peso de una pierna a otra—. No quiero hacerlo, ese es el tema, porque te vas a enfadar y prefiero no discutir hoy. Ni nunca. Pero tiene que ser hoy —se plantó, asintiendo convencida—. Así no me siento mal por estar mintiéndote a la cara.

Caleb se olvidó de las piernas y la camisa y el efecto de las dos juntas y la miró a los ojos. Capturó su vergüenza, temor y arrepentimiento, y lo primero en lo que se le ocurrió pensar fue en que iba a mandarlo al carajo. Pero había hablado de estar mintiéndole en la cara, lo que le

llevó a meditar sobre un posible engaño… aunque no supiera cuándo ubicarlo. Había pasado el día anterior con él, y el sábado. ¿Y si fue el domingo?

«Joder, joder, joder».

Frunció el ceño y la estudió más a fondo. Nada más que bochorno y miedo a su reacción, como si ya hubiera decidido que era culpable de todos los cargos.

Intentó que no se notara que se venía abajo. Solo eran sospechas, pero le gustaba anteponerse al golpe contemplando todas las posibilidades. A lo mejor la había asustado la noche anterior. En el momento manejó su tristeza a la perfección, como si se sintiera orgullosa de su pequeño paso hacia delante, pero tal vez después se arrepintiera. Caleb no pensaba poner sobre sus hombros el peso de sus preocupaciones o sus lamentos infantiles. Podía aprender a hablar de ello, pero no lo usaría como excusa, ni como forma de abrirse camino en la vida, ni mucho menos para dar lástima a una persona a la que necesitaba queriéndolo por lo que era, no por pena. ¿Y si ella lo malinterpretó todo?

«A la mierda. Se va todo a la mierda». No se explicaba que estuviera tan nerviosa y que no supiera cómo enfrentarlo. Solo esperaba que no se le ocurriese dar detalles como acostumbraba. Y que no llorara, por muy culpable se sintiera.

—De acuerdo —asintió. Localizó la silla junto a la isla y se sentó muy despacio—. Adelante.

Mierda, podría llevar puesta otra cosa si pensaba decirle algo doloroso. Unos pantalones, por ejemplo... O un traje de buzo. No, eso no; le marcaría la figura. Un *burqa* estaría bien, así nada le distraería del enfado supremo que debería durar, por lo menos, treinta años más.

—Verás. —Entrelazó los dedos de las manos—. Primero quiero pedirte perdón. No quería hacerlo, te lo juro, simplemente surgió. Y luego no pude parar. Aunque ha sido solo una vez, y con una única persona.

Si Caleb guardaba alguna esperanza de estar equivocado, con aquel inicio de discurso concluyó que había dado justo en el clavo. Lo bueno era que empezaba a cabrearse; lo malo... todo lo demás.

—...Bueno, dos. Pero una de esas personas es tu amiga y sabe lo que pasa entre tú y yo, así que no cuenta.

¿Cómo que era amigo suyo? ¿A qué amigo suyo se le habría ocurrido meterse con Mio? Siendo honesto consigo mismo... a cualquiera. Todo aquel que la viera querría algo con ella, eso solo para empezar, y la regla de no mirar a intereses amorosos ajenos no aplicaba en él porque nadie excepto Aiko sabía lo que sentía. Aparte, no tenía ningún jodido amigo aparte de Jesse. Un mujeriego desvergonzado que no le tenía lealtad a nada ni a nadie.

Dios, Jesse y Mio se habían acostado. Y a saber cuál era el otro. No sabía si estaba más cabreado, frustrado, decepcionado, o profundamente deprimido. ¿Podía reclamar cuando no eran pareja oficial? Claro que sí, especificó que quería exclusividad por su parte. En cuanto a Jesse, estaba en todo su derecho de partirle la cara. Las mujeres de Miami se pasarían un año entero llorando, pero le importaba un carajo. Había estado burlándose de él por babear por Mio para luego tirársela... Maldito cabrón. En cuanto lo viese, lo destrozaría, y a la mierda los códigos y la asertividad.

—Bueno, resulta que estábamos en casa Aiko, mi madre y yo, eligiendo las invitaciones para la boda —empezó, sin lograr distraerlo del todo. Caleb la escuchaba como si estuviera debajo del

agua—, cuando mamá empezó con la historia de siempre. Que si Kiko no había elegido bien a su prometido, que si tú seguías enamorado de ella, que si erais perfectos juntos...

Caleb frunció el ceño. ¿En serio? ¿Se le había ocurrido engañarle porque volvió a creerse la estúpida historia de que Aiko y él fueron pareja?

Se mordió la lengua y procuró mirar al techo para no fulminarla de un vistazo. Joder, no se lo podía creer. No se lo esperaba para nada viniendo de ella, y eso que aquella era una de las razones por las que nunca le dijo lo que sentía: su capacidad de cambiar de hombre como quien cambia de ropa interior. No la juzgaba por eso, podía acostarse con quienes gustase, solo que *no estando con él.*

Al final tendría que alegrarse de haber mantenido la boca cerrada.

—Fue horrible —murmuró—. Aiko se cabreó muchísimo porque mamá no dejaba de decir que Marc era un cabrón, y que ya se portó mal con ella una vez y no dudaría en hacerlo de nuevo, mientras que tú siempre la querrías y jamás te enamorarías de otra mujer. Me sentó como una patada en el estómago y sentí por primera vez que... que tenía que hacer algo.

—¿Y por eso decidiste tirarte a Jesse, porque te creíste lo que dijo tu madre antes de lo que yo te aclaré por activa y por pasiva? —espetó.

Mio retrocedió con los ojos abiertos como platos.

—¿Cómo? ¿Qué tiene que ver Jesse aquí? —exclamó, mirándolo con asombro. Estuvo boqueando unos segundos hasta que asimiló su propio discurso. Se ruborizó hasta las orejas, que aún teniendo el pelo inflado de no haberse peinado seguían asomando—. ¡No, no, no! ¡No es lo que piensas! —Se acercó a él con los brazos por delante, agitándolos con la misma vehemencia con la que negaba moviendo la cabeza—. Ay, jo, no sé cómo se me ocurre contarlo de esa manera, como si te hubiese... Pero ¿de verdad crees que yo te haría eso? ¿O que se lo haría a alguien?

Lo miró necesitando una respuesta negativa que no llegó. Caleb se había quedado estático. Ella hizo un puchero.

—No, no —insistió—. Yo nunca te pondría los cuernos, Cal.

—Entonces, ¿qué dices de que fue solo una vez, y que lo sabe un amigo mío? ¿Qué es eso tan horrible que has hecho?

Mio se miró las manos. Fue a hablar con esa postura, pero en el último momento levantó la barbilla y lo enfrentó muy seria. Y no tuvo nada que ver la seriedad, la templanza o lo guapa que era con que Caleb empezara a creer firmemente que nunca lo engañaría. Y no porque se creyera su pose segura, sino porque quería.

—Le dije a mamá la verdad —confesó—. Ya sabes, que Aiko y tú nunca estuvisteis juntos, que ni siquiera estabais enamorados, y que Marc era el mejor para ella porque lo quería. Y que tú y yo estábamos en algo.

Caleb parpadeó una sola vez. Temió que sus labios cedieran a la sonrisa de alivio y diversión que le picaba por dentro. Dios, debía haberse presentado como un auténtico villano si Mio le ponía esa cara de pánico al contarle algo evidente.

—¿Y qué tiene eso de malo? ¿No querías decírselo a tu madre por si te arrepentías?

—No, claro que no —respondió enseguida—. El problema es que... Ella interpretó mi respuesta como que éramos novios, y yo... Estaba enfadada y triste, y... bueno, no lo voy a justificar porque no hay justificación que valga, pero no lo desmentí. Le dejé que creer que lo

éramos e incluso se lo confirmé. —Cogió aire y lo soltó para exclamar—: Mi madre cree que somos pareja oficial. Eso.

Su primera reacción fue arrugar la frente. No porque le molestara o porque siguiera conmocionado, sino por lo que aquello era: la típica metida de pata de Mio Sandoval, que en lugar de buscar soluciones, confesaba su error esperando que lo resolvieran por ella o la perdonaran... Como si hubiese algo que perdonar, o como si a él le interesara que lo solucionase. Se hizo una imagen mental de la cara que habría puesto Aiko I cuando Mio decidió tomar las riendas de una discusión, y tuvo que esforzarse por no sonreír de felicidad. Y si no lo hizo, fue porque seguía habiendo mentido cuando le prometió que no volvería a hacerlo.

Encima a Aiko I, a la que él tenía en un pedestal.

—¿Se lo creyó? ¿O siguió con que Kiko y yo somos los únicos y verdaderos John y Yoko, herederos del amor inmortal?

—Creo que sí se lo creyó —lamentó.

«Santo Dios, ¿por qué pones esa cara? ¡Me has solucionado la vida!».

—¿Y cómo se lo dijiste?

—Pues... Fui un poco dura con ella. Le dije más o menos que no se metiera en la vida de Kiko ni hiciese comparaciones, igual que nosotras no interveníamos en la suya, y que abriese los ojos contigo. Luego añadí que estabas conmigo. —Movió los morritos de un lado a otro—. Como diciendo... «Jódete».

Caleb fingió rascarse la barba para ocultar una incipiente carcajada. Se tomó su tiempo para responder, disfrutando en secreto de la expresión expectante que ella le dirigía, como si fuese a anunciar un premio.

—Así que me utilizaste para quedar por encima de tu hermana. Lo que Mio tiene y Aiko no.

—¡No! —exclamó enseguida, empujándolo por el pecho. Caleb se habría caído si ella misma no lo hubiese abrazado por la cintura—. Me daba igual eso. Me enfadé porque hizo sentir mal a Kiko, porque está muy equivocada y porque me cansé de que intentara salirse con la suya. Y porque quiero que todo el mundo sepa que eres mío... —Se ruborizó y escondió la nariz en su pecho—. Aunque sea por ahora. Por un tiempo corto.

Le asustó que Mio estuviera tan cerca de su corazón y pudiera oír, o sentir bajo sus labios, que le dio vida a su corazón respondiendo eso. Si le quedaba alguna duda, ya la había resuelto: Mio podía querer ser Aiko y tener sus mismas cosas. Y él no era una de ellas. Gracias al cielo, eso era todo lo que necesitaba saber para descansar en paz.

Podría haber cortado ahí su sufrimiento, pero debería disculparse por haberlo puesto en el ojo del huracán. Si Aiko I hubiese llamado exigiendo una explicación, habría perdido un valioso tiempo de su vida pensando distintas formas de ahorcarse, y luego tendría que haberse mosqueado con ella de verdad.

—Entonces, soy tu trofeo. Quieres que la gente sepa que has conseguido algo valioso.

—No. Quiero que la gente sepa que ese algo valioso me considera valiosa a mí. Y ni siquiera es eso —se corrigió, sin soltarlo. Caleb alabó su fuerza de voluntad al quedarse quieto como una estatua—. Se lo dije para que vaya haciéndose a la idea, porque no eres nada pasajero para mí y pensé que, si lo contaba, te sentirías presionado a quedarte conmigo. Sé que es muy rastrero, incluso peor que decírselo para ponerme por encima..., y que no tiene nada de romántico. Y que

al final tú eres el que decide si me sale bien o mal —añadió. Apoyó la frente en su pecho—. Pero no puedo evitar querer lo que quiero; lo quiero hasta cuando no pienso, por eso se me escapó.

Desde luego no era nada romántico en términos de equilibrio, pero hacía tiempo que él era un inestable y un trastornado cuando se trataba de ella. El romanticismo le importaba un pito, porque era incapaz de entregarlo de vuelta poniéndose duro con esa confesión tan sincera. Aquello era lo que había estado esperando toda su maldita vida, y Mio tenía la caradura de abrazarlo como si fuera a mover un músculo con intenciones de marcharse. Claro que merecía un toque de atención por, de nuevo, ponerle en un aprieto sin consultar. Pero joder, bienvenido fuera ese nuevo problema, igual que todos los que llevaban su nombre.

La abrazó de vuelta y cerró los ojos. Olía como quería que oliera su casa.

—¿Estás segura de lo que quieres? —preguntó—. Porque apenas tengo sentido del humor, trabajo demasiado y tiendo a regañar a la gente cuando no hace las cosas como me gustaría. Tengo actitudes paternalistas que intento corregir sin grandes resultados y a veces me comporto como un egoísta. Soy de los que ven sus películas favoritas diez veces antes de ponerse una nueva, de los que gruñen los «buenos días» y de vez en cuando entran en trance y se quedan callados por horas. No sé fingir ilusión cuando me hacen un regalo si no me gusta. —Hizo una pausa, viendo que Mio se separaba para mirarlo con curiosidad—. A veces incluso me gusta, me encanta y me enloquece, pero no lo puedo expresar. Igual que mis sentimientos.

Le devolvió la mirada intensamente.

—Así que, si te quiero mucho... —continuó—. Si te quiero más que a mí mismo y te he querido toda mi vida, si te amo como a nada ni a nadie y doliéndome en el alma porque, aun sabiendo que no es lo correcto ni lo justo, me cambiaría a mí por ti sin pensarlo dos veces... Me costará tanto decírtelo que dudaré, me trabaré, y a veces no te lo diré, porque escupir algo tan grande parece imposible.

»Y además de eso, tengo bastantes canas. Si siguieras conmigo, antes de los cuarenta estarías con un tío con el pelo completamente blanco. Nos verían por la calle y, si te pusieras un vestido veraniego, me confundirían con tu padre.

—¿Y a mí qué me importa lo que piensen? —espetó ella, en un arrebato sincero. La sonrisa de Caleb se ensanchó. «Ojalá aplicaras eso a todos los aspectos de tu vida»—. Tus canitas me parecen muy monas, y si te pones el pelo blanco mañana, pues muy bien. Así te parecerás a James Carstairs, que era mi preferido en *Los Orígenes.* La gran pregunta es si tú quieres estar con alguien que ha suspendido el carné de conducir más de tres veces, que habla con los animales como si fueran personas y comete locuras cada vez que encarta.

»A mí también me gusta repetir las películas, ¿sabes? Captas detalles que antes no habías notado, y también gruño los buenos días si me despiertan antes de tiempo. Pero me hace ilusión cualquier regalo, así que si tanto te molesta que te los hagan a ti, puedes pasármelos a mí. Yo sí las valoraré, te lo aseguro. —Encogió un hombro, coqueta, y Caleb se echó a reír—. No voy a perder el tiempo hablándote de mis defectos porque los conoces mejor que yo. Solo diré que, si veo que me quieres y no me lo puedes decir, lo entenderé y te lo sonsacaré aunque tenga que usar un palo con pinchos, como la Lucille de Negan o el de Pedro Picapiedra. Conmigo nunca vas a estar solo, ni tranquilo, ni cómodo en tu conformismo emocional.

«Y a Dios doy gracias».

—En realidad es un bate de béisbol envuelto en alambres de púas de espino —corrigió, acariciándole la mejilla con el pulgar—. Puedo tolerar cualquier defecto salvo que no hayas visto *The Walking Dead*.

Mio lanzó una mirada ansiosa al reloj, despiste que Caleb aprovechó para desabrochar los botones de la única prenda que la vestía.

—Pues podemos ver el primer capítulo ahora. —Bajó la vista a los dedos masculinos y tragó saliva—. O podemos... hacerlo en otro momento.

Caleb la trajo hacia sí tirando del cuello de la camisa y atacó su boca entreabierta con un beso húmedo. La oyó gimotear y pelear con su lengua para decir su nombre. Echó los brazos hacia atrás, y Caleb le sacó la prenda robada acariciando su piel con mimo. No se sintió entero hasta que ella se colgó de su cuello y le devolvió el beso.

Lo que empezó como un simple sello de aceptación, el acuerdo de que a partir de ahora serían lo que él siempre quiso, se convirtió en un choque de bocas ávidas, trastornadas por la imposibilidad de fundirse en uno. Se le puso la piel de gallina al sentir sus pezones duros contra el pecho, su vientre y sus caderas ondulando para encajarse con él. Desnuda y suave, perfecta. Tanto que se desesperaba por tocarla en todas partes.

La agarró por el trasero y la levantó sin esfuerzo. Ligera como una pluma, *sexy* y lo bastante experimentada para saber lo que él pedía: envolverse con las piernas soñadas. No pudo ni quiso desclavar las uñas de su carne, porque ahora ya no era solo una parte de él, sino una parte de su vida.

—Mía —gruñó sobre sus labios.

Mio rompió el beso y lo miró con el ceño fruncido.

—Oh, no, ¿tú también? —protestó, dándole un puñetazo torpe en la espalda—. Que no es Mía, que es... Espera, no te referías a eso, ¿verdad? —Caleb negó, demasiado excitado para reírse—. Vale, entonces bien...

Rodó los ojos y la miró con la cabeza ladeada.

—¿Puedo besar a la novia ya?

Mio se rio y lo tomó de las mejillas para darle ese beso.

—Me gusta esa palabra.

—A mí me gustas tú —confesó él. La plantó sobre la mesa y acarició sus piernas desde la rodilla, subiendo, y subiendo, quedándose donde quería enterrar sus labios para siempre. Tuvo que esforzarse para seguir hablando cuando ella suspiraba de placer—. Aunque la palabra no está mal. Y ahora calla, que me tengo que concentrar. Los vecinos también merecen enterarse de las nuevas noticias.



No había estado tan cansado y satisfecho en toda su vida. Los vecinos no se habrían enterado porque era hora de trabajar; él debería estar en el despacho atendiendo clientes, cogiendo teléfonos y, en general, haciéndose cargo de sus responsabilidades, pero solo de pensar en moverse le daban ganas de echarse a llorar. Quería agarrarse a una de las piernas de Mio y pedirle que le encadenase a la cama. O a la mesa de la cocina. O la alfombra. O en cualquiera de los lugares en los que habían tenido sexo, que aunque no fueron pocos, tampoco suficientes.

Sin embargo, le tocaba prepararse para su cita con Marc. Se lo había dicho a Mio para que no le pillara por sorpresa cuando su hermana se lo contase —Caleb Leighton y Marc Miranda en el mismo metro cuadrado sin Aiko por medio para crear distancia era una especie de leyenda cósmica imposible de cumplir—, y su reacción fue la esperada.

Por lo menos tuvo el consuelo de que ese día no se ducharía solo.

—¿No crees que va siendo hora de hacer buenas migas con él? —propuso Mio, agitando el bote de gel sobre la palma. Caleb sonrió al verla fruncir el ceño porque no salía, divertido también porque sus orejas fueran más visibles ahora que tenía el pelo mojado—. Es decir... A mí también me cayó mal cuando descubrí lo que hizo y creo que le dije que lo descuartizaría, o algo así. Pero si Aiko lo perdonó... Y, oye, es que en realidad no hizo nada. Solo estuvo a punto de hacerlo. Se arrepintió a tiempo.

Caleb se sentó en la plataforma que salía de la pared con una mueca.

—Lo siento, pero no creo que pudiera perdonar jamás a una persona que jugó con los sentimientos de Aiko. Y aunque lo consiguiera, no querría ni acercarme a una persona así.

—¿No estás siendo muy radical? Todo el mundo comete errores, Cal. Lo decía Hannah Montana: *everybody makes mistakes, everybody has those days*... —Se calló al recibir una mirada divertida—, una serie que no he visto nunca, porque ya tenía una edad cuando la retransmitían por televisión, que conste... —carraspeó—. El caso es que Marc pudo tener malas intenciones al principio, pero nunca le hizo daño a Aiko de verdad. Ella solo sufrió por un malentendido. No me pongas esa cara, es verdad... Y si no lo fuera, ¿piensas pasarte el resto de tu vida refunfuñando en las cenas navideñas porque lo tienes que aguantar? Va a ser su marido. La historia va para largo. Y si es así, digo yo que algo le habrá visto.

—Pues que es guapo —masculló con la boca pequeña, poniendo voz de crío—. Malditas mujeres superficiales.

—Eh. —Le dio un golpe en el hombro—. Ni que vosotros fuerais de los que solo se fijan en el interior. De todo hay en la viña del Señor.

—¿No es un poco extraño ese dicho? Debería ser «la villa» del señor, no «la viña». Sería raro que Dios bebiera vino. Tragarse la sangre de su propio hijo... Qué perturbador.

Mio hizo una mueca cómica.

—No esquives el tema, filósofo. Conoces a Aiko y sabes que lo último que la mueve es el atractivo físico. Vamos, por favor, es un tío encantador, elegante e inteligente, y... De acuerdo, no voy a hablar de tu enemigo mientras te enjabono la espalda —acordó, descifrando a la perfección la mirada agresiva de Caleb. Suspiró y puso las manos en sus hombros—, y menos recordando que es más guapo que tú.

—¿Perdón?

—Es broma, es broma —rio. Sus carcajadas borraron el enfado antes de que echara raíces—. Pero tienes que quitarte de la cabeza que es malísimo... Que todos somos malísimos, en general. Fíjate, antes has pensado que te había puesto los cuernos. ¿En qué lugar me deja eso?

Caleb torció el cuello en un quiebro desagradable para mirarla. En cuanto sus ojos entraron en contacto se dio cuenta de que aquella falta de confianza le había dolido.

—La manera que tuviste de empezar a contarlo no daba lugar a dudas, no puedes negarme eso. Y no fue tu culpa, no te deja en ningún lugar. En todo caso a mí, que tengo problemas de

confianza con todo el mundo. Sobre todo contigo, que eres tan impredecible… Lo que no quiere decir que te viera capaz de hacerlo.

—¿Y no crees que eso es un problema, que no confíes en mí?

—Estoy trabajando en ello —dijo con prudencia—. Dame un poco de tiempo, y motivos. Sabes que soy muy ágil de mente y pesimista. Si me das material para montarme una historia deprimente, y tengo experiencia en la que basarme, lo hago.

—Bueno, pero no quiero que pienses mal de mí —replicó. Caleb cerró los ojos conforme sus dedos fueron descendiendo por su espalda, rodeando sus caderas... Mio se puso delante de él para seguir por el pecho y el estómago. No sabía qué tenían de eróticas esas manos pequeñas, con las uñas pintadas de morado brillante, pero todo lo que hacían era sublime—. Daría igual quién se me pusiera enfrente mientras te tuviera a ti. Lo he estado pensando este rato, de hecho...

—¿Has podido pensar este rato? —interrumpió, levantando una ceja—. No lo he hecho bien, entonces.

Mio sonrió un poco.

—He pensado cuando me dabas tiempo para respirar, y... Creo que solo te pondría los cuernos contigo. —Al ver que Caleb no lo entendía, carraspeó y continuó—: Quiero decir que, si estuviera con otra persona, como... Gavin, o Jesse, por poner ejemplos, y tú te insinuaras... Creo que no me lo pensaría dos veces. Y no sé en qué clase de persona me convierte eso, supongo que es porque te... —Carraspeó—. Eres más valioso para mí. Sin quitar valor a los otros, claro.

—La verdad es que espero ser un poco más valioso que un tío que va a tu despacho a llorarte porque le cancelaste una cita. No me pongas esos ojos: me parece un acosador y un tío raro, al margen de que te caiga bien o no.

—Ya... Tampoco me cae tan bien, me dijo «zorra» cuando vino a discutir a la oficina. Espera, espera, no te enfades —interrumpió, cuando su cabreo ya viajaba a años luz—. Debemos zanjar ese asunto, y... Digamos que... Te lo digo ahora porque estás vulnerable, no hay ningún objeto punzante cerca y creo que no te enfadarías conmigo estando desnuda. —Y lo miró retándolo a negarlo. Caleb alzó las manos en señal de rendición. «Puedes hacerme lo que quieras vestida y desnuda, me importa una mierda»—. Pues... Se presentó diciendo que sabía lo que estábamos tramando. Lo del caso. Y me asusté muchísimo, porque sé que es muy importante para ti. Así que, como lo único que quería era salir conmigo para mantener la boca cerrada, pues... Le dije que me gustaba.

Le hirvió la sangre recordando la cara de imbécil que se le quedó al verla deshacerse en halagos con un capullo que la miraba como si fuese un filete. Cómo se relamió y la examinó de arriba abajo varias veces...

—Mira, si quieres cumplir tu palabra, muy bien. Yo me tomo mis promesas muy en serio, comprendería que al final salieras con él un rato. Pero no te escudes en que podría destapar nada para hacerle el favor, porque no estamos de incógnito. Ya hemos llegado al fondo del asunto, o estamos casi llegando. Las amenazas de Gavin me importan una mierda frente a la orden judicial que pienso plantar en su mostrador para que me muestre el registro de órganos trasplantados.

—Lo pensé luego, pero en su momento me dio miedo cargarme el caso, que me odiaras para siempre y todo eso.

Caleb la miró con severidad.

—Si hubiera en mi cuerpo alguna célula con predisposición a odiarte, aunque fuese una sola, ya lo habría hecho. Cuando te cargabas mis juguetes, me agobiabas persiguiéndome por toda la casa, arruinabas mi reputación y un largo etcétera. Pero no ha pasado, así que nada de lo que hagas podrá cambiar lo que pienso o siento por ti. —Observó que su reacción era la misma que la de él ante ese desliz: tragar saliva y mirarlo expectante, por si especificaba. Mio reanudó las caricias con un rastro a decepción, trazando círculos sobre su ombligo—. Lo que no quita que me moleste que te pongas guapa para un baboso que se pasará toda la noche pensando en lo que te besaría primero. No lo culpo porque estoy igual de salido que él, o quizá sea peor, pero yo por lo menos me esfuerzo en que no se me note. Ese tío está desesperado por meterse en caliente con alguien. Se le notaba en la cara.

—Si crees que no corre peligro el caso, pasaré de él. No tengo ningún interés en salir con nadie por obligación. Pero si lo hubiera llegado a hacer, habría dado igual lo que Gavin pensara porque yo solo estaría pensando en ti —aclaró. Detuvo la tarea de enjabonarle justo sobre su miembro, que ya notaba endureciéndose bajo la mirada curiosa de Mio—. En qué me besarías tú primero, o en qué besaría primero yo.

Caleb tensó todos los músculos del cuerpo al roce en su entrepierna. Jadeó cuando la vio agarrársela con cada uno de los dedos. Lo masturbó hacia arriba muy despacio, estudiando su reacción por el rabillo del ojo. «¿De verdad quieres más?», estuvo a punto de preguntar. Una estupidez. Su cara lo decía todo, y él quería más. Todo el maldito tiempo. Más si estaba dispuesta a regalarle los oídos. Necesitaba esas palabras, empaparse de ellas para pasarse el resto del día en la nube en la que ya flotaba. No quería bajar aún. Prefería seguir fantaseando con que ella se moría por él de la misma forma, y no era solo deseo y simpatía.

—¿Puedo decirte algo sin que me mires raro? —preguntó ella en voz baja. Caleb asintió, rendido por completo a sus perversas caricias—. Llevo mucho tiempo queriendo... *Algo así*.

—¿Algo así? —articuló.

«Algo así, ¿qué? ¿Una polla?».

—Algo así contigo —confesó, mordiéndose el labio—. Desde que supe lo que era estar con alguien, y todo eso del sexo... Te imaginaba a ti, conmigo. No quiero que me digas que te pasaba igual solo para complacerme, aunque sé que no eres de los que mienten por agradar, pero por si acaso... Quería que lo supieras. Soy peor que Jesse con los secretos, solo que con los míos. No aguanto mucho tiempo sin decirlo, y...

Mio se mordió el labio, sin despegar los ojos de su polla. Joder, ella lo estaba haciendo. Durante el éxtasis del sexo apenas podía pensar en que estaba realmente follando con Mio, pero la lentitud de su juego estaba a punto de hacerle reventar porque no era consciente de nada, salvo de lo que estaba pasando. Su mano tocándolo porque quería. Ella *quería*; nadie decidía a través de sus acciones.

—Sonaba mejor cuando lo pensaba, estas cosas nunca se dicen en voz alta, pero no puedo tener la boca cerrada. —Lo miró con atención y se pasó la lengua por el labio inferior—. No hay tiempo para hacerlo otra vez si quieres ser puntual, así que...

—Marc puede joderse.

Pero Marc no iba a joderse, porque Mio se había propuesto que hicieran buenas migas, y además, tenía unos planes distintos. Asistió, con el corazón en la boca y unas ansias irreconocibles, al gesto de Mio de arrodillarse, acercar los labios a donde el agua caía y llenarse

los mofletes de agua que usó para borrar los rastros de jabón en su entrepierna. El chorro caliente que manó de sus labios y le tocó directamente, no pudo con él. No podía respirar. Su decisión, su desnudez y la mirada que le echó fueron demasiado para él. Tuvo que apretar los dientes para soportar la tensión que le arrasó desde los tobillos con el simple y lánguido lametón que dio a su piel ardiente. Sí, Dios, estaba ardiendo.

—Mio... —dijo, sin ninguna intención de añadir más. Fue como un reclamo, una petición silenciosa que ella tomó sin vergüenza, introduciéndoselo en la boca hasta la mitad.

Caleb murmuró una bendición. Juró que no solo le palpitaba aquella zona, sino todo el cuerpo. Vibró en el interior de su garganta. O él estaba demasiado loco por ella para valorar, o ella era simplemente increíble. Sentía cómo los músculos más profundos lo acogían, cómo Mio se quería ahogar con él, succionándolo con agonía. Apretó el puño para contenerse, pero los dedos acabaron volando a su pelo empapado y negro como el carbón. De todas sus fantasías, aquella había sido la más recurrente después de meterse entre sus piernas. Y Mio no dejaba de jadear, metiéndoselo en la boca y escupiéndolo, apretándolo con los dedos, dándole largos repasos con la lengua. Todo mirándolo sin esperar nada a cambio, solo verlo correrse agarrado desesperadamente a su melena.

—Joder, joder... —explotó. La separó por los hombros para no mancharla y tiró de su brazo para ponerla de pie, masturbándose con la otra mano—. Ven aquí ahora mismo.

Dieron las diez menos veinte cuando las piernas más bonitas de América se enredaban en su cintura y le hacía el amor de una nueva forma, mirándola con la rabia que solo se sentía cuando se amaba demasiado. Mio no pudo abrir los ojos, ni moverse, pero decía su nombre y le pedía, por favor, que la besara aquí y allá, señalando cada zona con el índice. Caleb obedeció y se dijo perro orgulloso, sorprendiéndose porque claro que se podía enamorar otra vez. Se podía enamorar diez veces más. Cuando ella se corrió pegada a la pared húmeda, sudando bajo la ducha y con el cuerpo cubierto de marcas de uñas y agarres, se dio cuenta de que no podría decirle que la quería a través del sexo por mucho más tiempo. Debía confesárselo o el corazón le estallaría, y si ella se iba, cansada de esperar, la tendría que perseguir. No importaban las fronteras a cruzar, ni los días perdidos, si lo invertía todo en el precioso momento en que abría los ojos, exhausta, y hacía que él llegara al clímax con esa sonrisa tímida y soñolienta.

La segunda ducha tuvo que ser más rápida, y vestirse le costó la vida teniéndola a ella buscando sus medias por toda la casa. Mio llevaba una sonrisa dulce y satisfecha en la cara, y se movía con tanta tranquilidad que Caleb decidió acostumbrarse.

Terminó de vestirse apropiadamente. Eran las diez menos cinco; aún podía llegar a tiempo. Pero Mio se cruzó con su ropa, con la de él, vistiéndola con el orgullo de los vanidosos y se derritió a todos los niveles. «Díselo», le empujó el corazón. «Dile que la quieres. Solo suéltalo o se te enquistará». O lo decía o se moría de amor por ella, y no tenía tiempo para drenar esa necesidad desesperada de pedirle que se quedara para siempre a través del sexo. Lo cual no habría estado mal. Un polvo con ella habría resuelto los problemas del Avatar, unificando las naciones en una sola.

—Mio —llamó. Ella lo miró por encima del hombro con las cejas arriba.

Guapa, *tan guapa*. Se le caía el alma a los pies.

—¿Mm?

«Díselo. No es tan difícil. Vamos, imbécil. ¿Vas a dejar que ella lo haga todo? ¿Vas a esperar a que ella te quiera?». Negó para sus adentros. Mierda, le sudaban las manos y la nuca y aún no había pronunciado ni media palabra. «Te quiero». «¿Cuándo fue la última vez que lo dijiste, que no se lo dices ni a Aiko?».

«No llegaremos muy tarde, así que cuidado con lo que haces...». «Vale, mamá. Pasadlo bien. Te quiero». «Yo también te quiero».

Caleb ladeó la cabeza hacia la puerta y cerró los ojos. Solo era un «te quiero». Ella no se iba a mover. No se asustaría. Alguien como Mio Sandoval debía tener la devoción ajena interiorizada, y más la suya. La expresaba cada día, a través de sus acciones.

Tal vez Mio lo veía y prefería no hacerle caso. O quizá no fuese suficiente para lo que esperaba en el futuro. A lo mejor... Dios, era culpa de su bloqueo, no podía culparla a ella. Simplemente, tenía el corazón atrancado. La puerta de entrada funcionaba, porque Mio estaba allí instalada. Pero la puerta de salida estaba jodida, rota, oculta y oscura. Nada podía salir de ahí. Nada bonito.

—Nada —se cortó a sí mismo y empujó la puerta, enfadado consigo mismo—. Nos vemos esta tarde.

Caleb apareció en *Tiffany's* con la mandíbula desencajada y los hombros tensos. Odió ofrecer ese aspecto de vulnerabilidad al hombre que todo lo sabía, y si no, lo inventaba, pero no encontró la calma durante el trayecto. Condujo como un *kamikaze* para no llegar tarde, aun sabiendo que Marc Miranda aparecía cuando le daba la gana. Si decía a las diez, se le veía el pelo entre las y media y las once menos cuarto. A veces se hacía de rogar y no asomaba la cara hasta las doce. Pero por lo menos siempre cumplía con las citas, y curiosamente ese día decidió llegar solo veinte minutos tarde. Veinte minutos que Caleb invirtió en intentar relajarse.

Mio no necesitaba un «te quiero» todavía, era demasiado pronto. Apenas habían formalizado la relación hacia unas horas. Entonces, ¿por qué sentía que se le escapaba de las manos y que se lo debía? Tal vez por eso, porque se lo debía desde hacía años. Pero se lo debía *a sí mismo.*

—Leighton —saludó Marc, quitándose las gafas de sol y colgándolas en el bolsillo de la chaqueta—. Pareces preocupado.

—No por ti, puedes estar tranquilo. Dame lo que me tengas que dar, te daré las gracias y ambos podremos irnos.

Marc sonrió como si le hiciese mucha gracia.

—Hablas como si fuera un kilo de coca.

—Nos queda un rato para drogarnos juntos.

—Una lástima. Pero tranquilo —cortó, levantando una mano. Señaló la puerta de la franquicia —. Lo primero es lo primero. Después hablaremos de negocios.

—¿Estás de coña? No me interesa ver cómo te compras un reloj, Miranda. ¿No tienes amigos que te acompañen para eso?

—No. Y creo que tú tampoco, ¿no? —respondió sin vergüenza—. En mi caso lo entiendo, a la gente no le gusta hacerme la sombra. Lástima. Y ahora, entra.

Caleb no pudo encontrar una réplica hiriente a ese comentario, porque tenía razón y le pasaba justo lo mismo. Nunca lo expresaría de esa manera, como si fuera el rey y el resto sus súbditos, pero era cierto que sus compañeros lo odiaron por obtener mejores calificaciones y conseguir prácticas en bufetes de renombre. Aiko era la única que estaba a su nivel y que, al igual que él, no se regodeaba en su esfuerzo. Ninguno de los dos querían medallas por el trabajo bien hecho, y por eso se llevaron tan bien siempre, siendo así los únicos amigos verdaderos del otro.

—¿Has estado alguna vez en *Tiffany's*? —preguntó Marc.

Él lo miró con los ojos entornados. No se fiaba un pelo de aquel tío. Toda respuesta o palabra suya podía ser tomada en su contra si se despistaba, y no olvidaba que era increíble interrogando en la Corte.

—No, ¿por qué?

—Simple curiosidad. Baja la guardia, Leighton. No te he traído para pelear.

—¿Me has traído para pedirme matrimonio? —se burló, señalando uno de los escaparates dedicados a las alianzas.

—No creas que no lo pensé. Tengo en mente una fusión, y sabía que solo sería posible manipulando a un jefazo de Leighton Abogados. Elegí a Aiko porque es más mi tipo, pero no te ofendas, podrías haber sido tú.

Caleb frunció el ceño aun sabiendo que no lo vería, estando demasiado ocupado valorando los distintos relojes expuestos. Prefirió no mirar el precio o acabaría soltando unos cuantos insultos. Unos que Miranda se habría merecido por hablar en esos términos de su matrimonio con Aiko, si no supiera de qué iba.

Marc era todo fachada, pero una tan reluciente que no podía no odiarla. Mentiría si no dijera que sentía curiosidad por cómo se mostraría a Aiko. Sabía, por ella y por cómo congeniaban cuando estaban juntos, que Marc no era el mismo dentro y fuera de casa. Al llegar a casa se quitaba el traje, la placa de mejor abogado y la arrogancia, y se quedaba… No sabía qué se quedaba. Y una parte de él quería descubrirlo, pero no pensaba hacerse su amigo para eso.

—¿Qué reloj te gusta más? —preguntó, señalando el expositor—. Estoy entre esos tres. El cuadrado no me termina de simpatizar, pero me dice que estará ahí siempre porque no me molestaré en quitármelo. Este otro me asegura que, si quiero tener buenos días, voy a tener que crearlos. Es un reloj honesto. El tercero combina con todo.

—¿Qué dices?

Marc lo miró como si fuera idiota. Los señaló por el orden en que los había nombrado.

—El cuadrado eres tú. Y te pega, eres bastante cuadriculado. El segundo es Jesse. El último, es Aiko. Me podría haber comprado los tres de una sentada, pero soy de los que van poco a poco. Ya tengo el segundo y el tercero. Ahora me faltas tú.

—Que te falto yo, ¿para qué? ¿Y qué se supone que significa que estará siempre porque no te molestarás en quitártelo?

—Las enemistades duran mucho más que las amistades, pero no me voy a molestar en corregir nuestra ojeriza porque también me conviene tenerte por aquí. Hay que dártelo todo mascado, ¿eh? —Le dio una palmada en la espalda. Caleb lo miró como si estuviera loco—. Con esto quiero decir que eres quien me queda por convencer.

—Convencer, ¿para qué? ¿Y por qué tanto paralelismo con relojes? Háblame claro y terminamos antes.

Marc sonrió levemente, no más que tirando de las comisuras hacia arriba.

—Verás, Leighton. Los relojes me apasionan, ¿y sabes por qué? Porque son una auténtica falsedad. No se puede medir el tiempo, porque el tiempo como tal no existe, es inabarcable. Y sin embargo, un tipo decidió que lo comprimiría en una pieza de plata con correa de cuero y lo pondría al alcance de todo el mundo. Ese hombre era un genio. Resolvió un problema humano haciendo creer que de verdad es posible atrapar un segundo, porque la gente quería escuchar exactamente eso.

—¿Y qué?

Marc clavó en él sus profundos ojos azules. El único parecido con los de Jesse eran las finas vetas doradas que se apreciaban en el fondo.

—Que yo soy ese hombre. Le digo a la gente lo que quiere escuchar, incluso si es una locura imposible, y de un modo u otro lo hago realidad. Hay quienes me pillan, y hay quienes se lo creen, pero todos compran mi producto. Con esto no solo quiero decir que te facilitase el lidiar con tus cargos de conciencia responsabilizándome de que Sabina se acostara conmigo, algo que sin duda deseabas escuchar para sacártela de encima, y que te hace falta recordar para seguir detestándome con fundamentos. También quiero decir que todo el mundo me necesita. Incluso tu bufete, para tener a alguien contra quien competir.

—Eso último que has dicho es lo único coherente que te he escuchado. ¿A qué viene todo esto?

—A que creo que debes conocerme un poco, ahora que me he aburrido de ser el mejor y se me ha ocurrido que fusionemos nuestros bufetes. Tendríamos que pasar mucho tiempo juntos, durante y después del proceso, y antes de eso es conveniente que limemos nuestras asperezas.

Caleb se quedó de una pieza, como le pasó cuando trató a Jesse por primera vez. Marc y el capullo de su amigo no podían ser más distintos, pero ambos tenían el poder de hablar y no dejar indiferente a nadie.

—Ni de coña —atajó—. ¿Sabe Aiko que me has liado para proponerme esto?

—Por supuesto. ¿Qué no has entendido de que eres la única pieza que me falta? Jesse y Aiko lo ven tan factible como yo. Tú tienes a mi hermano y a mi mujer, y una importante bolsa de clientes de clase media-baja, salvo las deshonrosas excepciones de empresarios que yo rechacé…, y en cuanto a lo que yo tengo, son ventajas.

Caleb seguía perplejo.

—Voy a intentar no volver a preguntar a qué viene todo esto para no repetirme. —Carraspeó —. ¿Has estado hablando con Aiko y Jesse sobre una fusión a mis espaldas, siendo yo el gerente y quien tiene la última palabra?

—A esta técnica la llamo hacer presión de grupo. Es una táctica psicológica.

—E insuficiente —acotó, mosqueado—. ¿A qué se debe todo esto? ¿Moore te ha echado? ¿Necesitas pasta?

Marc apoyó el codo sobre la vitrina.

—¿Te parezco en necesidad de pasta, o de algo en general?

—Una buena dosis de humildad, por ejemplo.

—Te sorprenderá esto, pero la gente me pone en mi lugar muy a menudo, solo que yo elijo quién, cómo y cuándo.

Caleb negó con la cabeza.

—¿En qué se parece esto a mi orden judicial?

—En que sin mí, esto no habría llegado a buen puerto —aclaró—. Realmente no era tan difícil explicarle al juez que un recepcionista se ofreció a enseñarle a una abogada guapa lo que esta le pidió a cambio de una cita. Fue un intercambio legal y justo en el que no hubo mentiras sino malentendidos; ella estudió enfermería, tenía esas amigas allí. Él quizá entendió lo que quiso, estando demasiado ocupado con su escote para prestar atención.

»Para hacerlo más divertido podría haber mencionado algo de acoso. Jesse oyó cómo iba al bufete a llamarla zorra, pero prefiero guardar eso como prueba incriminatoria en caso de que el tal Gavin se ponga flamenco. Ya sabes, la carpetita oculta en el último cajón del escritorio por si las cosas se ponen feas. La coartada perfecta para que mi buen amigo Gerry, juez del tribunal, echara una firma. Esto que llevo en el maletín va a compañado de una propuesta de fusión con la que ganarás paredes mucho más gruesas, y no esas de papel a través de las que mi hermano se puede enterar de todo. Incluida tu pasión hacia Mio Sandoval.

Caleb se esforzó por no expresar su perplejidad. Incluso su admiración. Hacer aquello le habría costado tirar de un hilo y hacer sonar una campana.

—Mi pasión hacia Mio Sandoval —repitió en tono burlón—. ¿Quieres decir con eso que ya has comprendido que no estoy enamorado de Aiko?

La sonrisa que torció los labios de Marc valió por doce intentos de burla como la suya.

—Estuvo claro que mi mujer no significaba nada para ti en cuanto Mio puso un pie en la habitación de hospital. Tuve que llevar la americana a la tintorería después de que me babearas el antebrazo.

—¿Cómo te diste cuenta, estando tan ocupado babeando por tu lado?

—Yo soy un perro de caza, no el perro experimental del condicionamiento clásico que eres tú; no babeo en ninguna circunstancia. Y, por si me cabía alguna duda, tengo unas cámaras de vigilancia muy hermosas en la cocina de mi casa. Eres un juguetón, ¿eh, Leighton?

Caleb desencajó la mandíbula. Joder, había cámaras. ¿Por qué no lo pensó antes? Ah, ya. Porque tener a Mio desnuda le hacía olvidar hasta su nombre.

—Pues yo diría que vas a tener que empezar a babear un poco si quieres esa fusión, porque no pienso ceder con facilidad. Si no trabajo en un bufete ya construido y con un nombre, es porque siempre quise tener mi propio negocio. Y si tuviera que compartirlo, antes me desplazaría al vertedero del extrarradio con las ratas de cloaca que a las oficinas de un cerdo chantajista.

Marc exhibió una sonrisa entretenida.

—¿Sabes por qué tengo fama de chantajista? Porque consigo todo lo que quiero, y eso le chirría tanto a los perdedores que tienen que inventarse formas de desprestigiarme. La orden judicial es toda tuya, Leighton. No te la doy a cambio de la fusión, porque a decir verdad, esa es otra forma de ayudarte.

—¿Y por qué querrías ayudarme? ¿Cuál es el beneficio que sacas tú de la fusión, si encima no te llevas a Moore contigo? ¿Mis contactos?

—En singular: un contacto.

Caleb entornó los ojos.

—¿A qué cliente quieres?

—Eres un poco lento, ¿eh? No quiero a ninguno de tus clientes, quiero tu prosperidad económica y quitarme de encima la reputación de abogados exquisitos que no trabajan para cualquiera. Y a tu socia mayoritaria un poco más cerca.

—¿A Aiko? ¿Para qué? ¿Para controlarla?

—No hay ningún objetivo en especial, es simple preferencia.

Sacó del maletín un forro con varios folios grapados y se lo lanzó al pecho.

—Ahí está la orden, por si quieres indagar, pero ya no te hará falta ir al hospital. Se han puesto nerviosos al verme, el director se ha negado a recibirme y los registros de donde van los órganos donados aparecieron vacíos. Aparte, me encantaban las enfermeras cuando tenía veinte; era una especie de fetiche. Solo he tenido que localizar a la más sensible y hacerle tres preguntas para que admita que la organización es una tapadera para el tráfico de órganos. Anna Greene, se llama. Ahí tienes su testimonio junto con mi declaración jurada de que su identidad como detractora no será revelada ni antes ni después del juicio, ni mucho menos durante.

»Se enteró de la historia con la muerte de un tal Samuel de Carolina del Norte, por el que sacaron una buena cantidad trasladando los órganos a Arabia Saudí y Japón, respectivamente. Ella estuvo presente en la operación y fue la que se prestó a buscar en listas de espera quiénes recibirían el trasplante, cuando enseguida se trasladaron en un avión privado equipado destino Asia. Como Anna hay varias más dispuestas a hablar, aunque la mayoría fueron despedidas y amenazadas. A algunas hasta les hicieron firmar un contrato de confidencialidad. Tienes trabajo que hacer.

Cerró el maletín y le hizo un gesto al encargado para que se acercase.

—Ah, Aiko firmó por el caso conmigo, por lo que técnicamente iremos a juicio los tres. Somos tus abogados adjuntos.

Caleb tardó en reaccionar lo mismo que el empleado en abrir la vitrina. Era mucha la información que debía asimilar, y que aquel desgraciado había reunido en cuestión de días. U horas.

—¿Y me traes a *Tiffany's* a hablar de algo tan serio y confidencial como esto?

—Por supuesto. Invierto tanto dinero en este lugar que podría confesar que he matado a mi hermano y solo me sonreirían con amabilidad. ¿No es cierto, señor Jenkins?

El señor Jenkins, un hombre exquisitamente vestido de traje, asintió con un elegante gesto.

—Todos aquí estamos al corriente de que su hermano es un personaje molesto, señor Miranda.

Marc sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—Me llevaré los tres. El anillo envíenlo a mi dirección. A raíz del viaje de la alianza por el desagüe de la cocina, Aiko ha desarrollado la costumbre de examinarme cuando aparezco por si le he comprado otra y así tirármela a la cara. Espero que no se les haya olvidado el grabado.

—No, señor.

Caleb no sabía qué decir.

—A ver si he entendido bien... Te has metido en mi caso junto con Aiko aprovechando la ley de mi bufete de intervención, lo has resuelto y no quieres nada a cambio salvo que me piense la fusión.

—Es un buen resumen.

—Si no se tratase de ti, diría que es un gesto muy generoso.

—Bueno, el demonio fue ángel en algún momento. Alguna obra de caridad hizo.

—Yo diría que no es una obra de caridad, sino que quieres limpiar tu expediente antes de que empecemos a trabajar juntos, si es que lo hacemos.

—¿Limpiar mi expediente?

—Así es. Debes arrepentirte mucho de haberte tirado a Diane.

Marc puso los ojos en blanco.

—En absoluto, fue un polvo magnífico y ella era encantadora. Lamentablemente no duró mucho lo nuestro; no me gustan las mujeres que mienten sobre su estado civil para acostarse conmigo, ni sobre su nombre. Se llamaba Sabina, no Diane, y estaba en tratamiento por mentirosa compulsiva.

—¿De qué estás hablando?

—De que también era mi novia, aparte de la tuya. Le gustaba el juego a dos bandas. O a tres; quién sabe si anduvo con otro mientras tanto. Sabina Novak, por si quieres investigarla. No siento ninguna necesidad de mentirte, créeme.

»Aunque, si tanto interés tienes en que me disculpe, puedo probar con esto: sí que me arrepiento de haberte destrozado la cara hace un tiempo. No pensé que me importaría en su día, pero después de ver que quedaste considerablemente peor que yo aun sacándome una cabeza, creo que alguien debía hacerse cargo del efecto que tendría en tu autoestima.

Caleb sonrió con frialdad.

—Tratarme con condescendencia no es el camino para conseguir lo que quieres.

—Tampoco tengo por qué hacerte la pelota. Esto es una oferta, y si la rechazas, muy bien. Pero ten en cuenta que sois tres socios. Dos igualitarios y uno menor. Jesse es mi hermano y Aiko duerme en mi cama. Acabaréis siendo dos contra uno; tres, si me añades a mí. No sé si te conviene ponerte en contra de la mayoría.

Le estrechó la mano con la convicción del que siempre gana y le dio un golpecito al ala del sombrero invisible.

—Llámame cuando hayas tomado una decisión.

---

7 No pide tanto, idiota, Maldita Nerea.

8 Como Camarón, Estopa.

16

Dilo

Una fusión, decía. Y no con cualquier bufete de abogados, sino con el de Marc Miranda. Lo que le faltaba. Si no conociese a su mejor amiga, habría pensado que mandó a su demoníaco marido para vengarse por su falta de confianza. Aiko no era de esas. Como tampoco solía meterse en sus asuntos, y, de repente, ahí estaba su firma como testigo principal, junto a la de Marc Miranda como abogado adjunto al caso. Por mucho que le doliera admitirlo, el tipo había sido muy meticuloso contactando con sus secuaces y consiguiendo en tiempo récord las pruebas que necesitaba para presentar al juzgado. Sabiendo cómo era, lograría que se celebrase el juicio antes de lo normal. Así no había quien lo odiase.

Aunque amenazara con destruir la unidad de su bufete.

Eso le recordó que debía discutir con la posible traidora. Aiko lo quería, igual que adoraba a Marc, pero siempre se posicionaba del lado de la justicia, la coherencia y el beneficio. Y una fusión de ese tipo era todo beneficio. Estaba seguro de que trataría de convencerlo para iniciar el procedimiento.

No le vendría nada mal contar con la lista de contactos de los Miranda, ni mucho menos sus exorbitantes ingresos anuales. Ganaría en prestigio, mejoraría su economía, y dispondría de nuevos especialistas del oficio de los que podría aprender.

En otro tiempo se habría planteado que Marc tuviera intenciones ocultas. Pero estando Aiko por medio, imaginaba que se reservaría las conspiraciones. Solo había un problema. Y este estaba muy lejos de ser ‘convertirse en el segundón’. Caleb sabía aceptar con humildad que alguien fuera mejor que él. Siempre lo habría, a fin de cuentas. Lo malo era perder su preciada soledad y someterse a un trabajo de grupo con alguien que no le caía simpático. Prefería depender de los socios que tenía y de su propia opinión. Eran pocos, pero eso significaba pocos problemas. Poco ruido. Uniéndose a Marc todo se volvería un caos. Tendría que aplicarse en muchos aspectos, y si no estaba a la altura… No quería ni pensarlo.

Tenía que resolver cuanto antes ese asunto, así que le mandó un mensaje rápido a Mio, que pudo apartar de su mente durante unos segundos, y se dirigió a casa de Aiko.

Caleb: ¿Sigues en casa o has ido al veterinario?

Respondió enseguida.

Mio: No estoy en casa, me he pasado por el bufete. Y sí he ido al veterinario. El gatito está mucho mejor, puede que mañana ya la pueda tener en casa. Tu casa, quiero decir.

Caleb: Mi casa siempre ha sido tu casa, ¿o se te olvida que dormía en la litera debajo de tu cama?

Guardó el móvil y suspiró. Podría haber contestado algo peor, como «mi casa puede ser tu casa desde hoy, si quieres». Pero esa propuesta podría haber acabado como el rosario de la Aurora. Mio aún tenía que encontrarse a sí misma, no necesitaba que él la agobiase con sus estúpidos sueños. Aunque tampoco podía evitarlo. Había estado tanto tiempo deseando aquello que lo quería todo de golpe. Ya. *Ahora*. Quería a Mio todos los días paseando por su casa; que no le volviera a faltar nunca, como lo estuvo haciendo desde que sus caminos se separaron. Quería decirle lo que sentía, sacárselo de dentro de una vez y poder decir que respiraba por fin. Pero eso sería ir demasiado rápido, y lo que se hacía rápido acababa de la misma forma: rápido. Y él, para empezar, no quería que concluyera. Necesitaba que fuera perfecto para estar satisfecho.

Poco a poco. Tiempo al tiempo.

Tocó al timbre de la única puerta del ático y esperó. Sus pensamientos se desviaron a la discusión con Aiko.

Se sentía raro desde que ella se marchó dando zapatazos. Su mejor amiga no sabía enfadarse hasta que conoció a Marc. Parecía que ‘el demonio de los juzgados’ le había enseñado el lado perverso de la vida, la visceralidad emocional… Y no le había venido mal para humanizarse un poco, porque antes de eso, algunos la apodaban unicornio, otros, ángel, y a él siempre le dio la impresión de que vivía en un mundo distinto. En uno donde se confiaba ciegamente en los demás y había que perdonarlo todo. Pero no podía evitar pensar con egoísmo en esos momentos. Hubiera preferido que siguiera manteniendo su personalidad permisiva, incluso pasiva, para disculpar su metida de pata. La regañina le dolió, solo que, en el momento, no supo hasta qué punto: tenía a Mio para distraerse. Ahora que ella había abierto la puerta con una mueca, la culpabilidad le increpó mentalmente.

—¿No me vas a dejar pasar? —preguntó, observando que Aiko no se apartaba de la puerta. Mierda, llevaba su vestido amarillo con floripondios. Eso significaba que estaba deprimida. «Al carajo con la asertividad», decidió. Dio un paso hacia delante y la miró con la mandíbula tensa —. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Aiko relajó los hombros y, aunque le costó, esbozó una pequeña sonrisa de asentimiento. Ya estaba. Nada odiaba más un Sandoval que estar enfadado por mucho tiempo. Aiko I era así, Raúl también, Mio para qué iba a hablar; los problemas de bipolaridad de Otto mejor ni mencionarlos, y con él mismo ni se molestaría. Porque sí, aunque nunca dejara de ser un Leighton y atesorase los recuerdos de sus padres como reliquias, así como sus imágenes y su cariño, Caleb se sentía en cierto modo un Sandoval. Y la niña más buena de las tres, Aiko de su corazón, lo hacía sentir más integrado cuando lo abrazaba como hizo entonces.

—Yo también siento lo que te dije. No tengo derecho a reclamarte nada sobre confianza. Es solo que a veces me desespero porque me gustaría saberlo todo de ti, igual que sabes todo de mí. —Suspiró. Le acarició los rizos de la nuca con cariño—. Me he sentido muy mal pensando que habría tirado por la borda todo el trabajo de años echándote en cara que no te abras conmigo. Pero es que... Si querías hacer esto, ¿por qué no me lo dijiste? ¿De verdad pensabas que te lo prohibiría? Cal, nunca he hecho nada cuando me has pedido que me estuviera quieta, ni siquiera cuando me moría de ganas de ignorarte. Lo sabes bien.

Lo sabía mejor que bien. Aiko y él solo habían tenido dos discusiones horribles, y una de ellas tuvo como centro a Mio Sandoval. Caleb no necesitó hablar en voz alta de sus sentimientos con su mejor amiga para que lo supiera. Aunque era escueto y tenía un gran autocontrol, Aiko era muy avispada. No era difícil asociar los silencios y tristezas del niño Leighton a las ausencias de

la hermana menor, al igual que era fácil interpretar correctamente su ansiedad cuando ella se marchaba, cansada de insistir en hacerle sonreír con caritas tontas, abrazos y besuqueos. Hubo muchas insinuaciones por su parte para sonsacarle la verdad, pero no hubo una declaración sincera hasta que cumplió diecinueve y se emborrachó por primera vez en la ceremonia de fin de curso de Mio.

Aparte de autodenominarse pedófilo asqueroso, hacer muchas referencias a Nabokov[9] y flagelarse con otros muchos insultos, confesó que odiaba que su vestido de graduación tuviera un cierre tan fácil. Tan, tan fácil, que lo podría haber fundido de una mirada celosa. Solo tenía dieciséis, pero ya se había desarrollado y llevaba aún el pelo largo, apartado de la cara con una diadema. Aiko aguantó sus lamentos durante tres horas en la barra del bar, interviniendo para repetir lo mismo. *Díselo. Díselo. Díselo. Ya. Ahora. Llámala. Ve. Persíguela. Bésala. O la abrazas. Cuéntale lo mismo que a mí. Haz algo. Solo haz algo...* ¡Haz algo!

Caleb no hizo nada, como era lógico, y Aiko se enfadó porque se ahogaba en su propio veneno.

Hubo una discusión peor, un tiempo después. Aiko amenazó con que se lo contaría cuando Mio apareció en su vigésimoprimer cumpleaños y él casi se corrió encima. *No se lo digas, por favor, no, no, no... Pues hazlo tú. Aún no. Por qué no. Pues porque no es la hora*. Claro que no era la hora. Mio estaba enviándole mensajes de texto muy románticos a un tipo de segundo de carrera que tenía de foto de perfil su brazo tatuado en una postura muy favorecedora. Además, no se sentía capaz de manejar el nuevo largo de su falda, que era justamente lo opuesto. Corta, muy corta. Aiko le montó una escena cuando desapareció de su fiesta de cumpleaños con una morena con pecas y regresó algo despeinado. *Eres asqueroso. Se lo pienso decir. A ella le encantas, ¿es que no lo ves? Dile algo*. Pero no le dijo nada. «Algún día, cuando estemos los dos listos, confesaré», le prometió. Y desde entonces, Aiko le recordaba cada vez que coincidían que existía ese juramento. Para nada, porque Caleb no sabía cómo dar un paso hacia delante.

Caleb intentó no pensar en ello o sus ojos lo contarían por él.

—No pasa nada, tienes razón. Nunca he sido del todo honesto contigo, ni me he abierto como mereces. Aunque sabes que no entiendo los desahogos como un pacto entre amigos. Cuando alguien te cuenta un pedazo de su vida tu trabajo es dar las gracias, no decir que ya era hora, porque no te debe nada. Pero sabes que, si hubiera sido capaz de expresarme, tú habrías sido la primera en saber cómo me sentía.

—Creo que no he sido la primera —corrigió Aiko, separándose. Lo miró con una pequeña sonrisa—. Confiaste en Mio, al margen de todo eso del chantaje.

Caleb asintió. Recordó la escena en su salón, en la que se sintió muy miserable y al mismo tiempo liberado, y cómo Mio calmó al niño y al hombre que vivían en él.

—Ella siempre ha sabido ponerme nervioso y sacar al monstruo que llevo dentro. —Sonrió, cansado—. Lo siento, de veras. No pensé que te acordarías de todo aquello de hace dos años. Solo tuve en cuenta...

—...tu propio dolor, que la mayoría de las veces nunca es suficiente para parar un segundo y darte cuenta de que te está destruyendo. Lo sé. Te conozco.

Se apartó de la puerta y le hizo un gesto para que pasara.

—Pero al final todo ha salido bien, así que debemos centrarnos en los siguientes pasos. Supongo que Marc te habrá ido a ver para contarte que hemos estado leyendo tus anotaciones y

ya casi cerramos el caso.

Con cara de palo, Caleb se tiró en el sofá.

—Qué bueno es tu novio, hijo de la caridad... No me mires así. Me ha amenazado con una fusión de bufetes en medio de *Tiffany›s* porque quiere verte todos los días. Espero que no te parezca romántico y le pares los pies antes de que consiga subordinar la vida de decenas de abogados, como también mi salud mental, a sus caprichos amorosos.

Aiko lo miró con curiosidad.

—¿En serio? ¿Qué te ha dicho? A mí me contó que quiere anexionarse a Leighton Abogados porque ha visto que tenemos problemas económicos y no nos vendría mal una mano.

—¿Qué coño vamos a tener problemas económicos? Solo con los ingresos Millstone podríamos tirarnos tres años sabáticos. Me dijo que quiere tenerte por ahí.

—¿Estás de broma? ¿Por qué no me dice esas cosas a mí, que soy la que suspiro cuando las suelta? Dios... —Se presionó el puente de la nariz, bufando—. Pues la verdad es que no lo parece. Llegó ayer y me trajo miles de fotocopias, me empezó a hablar de números, de ventajas e inconvenientes...

—¿Mencionó inconvenientes? ¿Realmente hay inconvenientes con Marc Miranda al mando? —ironizó.

—Claro, sabe que el inconveniente es que te cae mal, pero me ha prometido que va a conquistarte. ¿Te ha regalado algún reloj? Es su máxima expresión de amor.

—Pues no, y mejor, porque no me interesan teniendo un móvil para mirar la hora. Menudo impresentable, gastándose el dinero en gilipolleces innecesarias... Pero no quiero hablar de él, que lo va a tener jodido para caerme bien, sino de su idea. ¿De veras te parece factible? ¿Una fusión? Aiko, somos tú y yo. Contra el mundo. Es lo que decidimos al levantar esto.

—Somos tú y yo… y Jesse y pronto Julie —corrigió—. Estamos incorporando gente. Creciendo. Una fusión sería otra forma de crecer. Por favor, no me mires así, y si vas a hacerlo, procura recordar que eres quien me ha pedido opinión. Estamos hablando de Miranda & Moore SLP. No son ningunos pringados.

—Nosotros tampoco.

Aiko apartó la vista a un cojín de terciopelo, sobre el que dibujó unos corazoncitos.

—No te voy a mentir. A mí me interesa la fusión porque quiero trabajar con Marc. Antes no lo veía porque cada uno por su cuenta hace jornadas de doce horas, y ahora que estoy de baja, lo tengo a mi vera por las noches y nada más. Cuando llega estoy tan cansada que no puedo tener los ojos abiertos. Nos da tiempo a darnos cuatro besos antes de que los dos nos quedemos dormidos. A veces renuncia a citas para quedarse conmigo. Imagina la cantidad de pasta que eso le hace perder.

»Por no hablar de lo que le afecta no rendir al máximo y tener que cargar a terceros con su trabajo, incluida su secretaria, que no sé si recuerdas que es el amor de su vida y odia hacerla sufrir —masculló. Cambió la cara y se acercó a él con un puchero—. Necesita ser el mejor, yo necesito ser la mejor, pero también nos necesitamos mutuamente. Y me gustaría tener ambas cosas a través de una fusión. Así, cuando comience a trabajar, al menos nos veremos de lejos en la oficina de enfrente.

—Ah, que habéis hecho un croquis de la disposición de la planta —espetó—. Ya veo que no va por orden alfabético.

—Cal, no voy a obligarte a hacer nada que no quieres. Si no hay unanimidad por parte de los tres, no lo haremos, lo prometo. Pero Jesse adora a su hermano y yo también, además de que ambos sabemos que sería lo mejor.

—¿Jesse está de acuerdo? Se vino a este bufete para no coincidir con su exmujer, ¿y ahora le parece bien verla todos los días?

—Para que veas que todos están en una situación peor que tú: Jesse soportaría a la mujer a la que aún quiere, y Julie tendría que compartir el apartado de Derecho Mercantil con otra persona. Tú solo deberías intercambiar un «buenos días» con Marc. Y solo de vez en cuando, porque cuando tú aparezcas, él ya habrá salido.

—Tú sufrirías muchísimo más que nadie pudiendo tirártelo en el baño.

—Si es eso lo que te preocupa, Marc no me pone una mano encima en horario de trabajo. Es más cariñoso con su secretaria que conmigo.

—Y una mierda. ¿Te tengo que recordar lo que pasó con la alarma de incendios?

—No hicimos nada raro —refunfuñó—. Y haz el favor de callarte, que tú querías tirarte a mi hermana cuando tenía catorce años.

Caleb farfulló una maldición.

—No me ilusionar fusionar nada con Marc, ¿entiendes? Si lo hiciera, sería por ti, y hay muchas razones por las que no sería buena idea, y... Vale, no hay muchas —se interrumpió, inspirado por su ceja enarcada—. Pero quiero seguir siendo el que da las órdenes, y en el fondo me la pone dura competir con Marc. Eso era lo que querías escuchar, ¿no? Me gusta tener a alguien como referencia para superarme. Si trabajamos juntos no será posible pelear por el primer puesto en el *ranking* de mejores bufetes.

—Es un motivo ridículo para rechazar una fantástica oportunidad como esta —bufó Aiko, poniéndose de pie y dirigiéndose a la cocina—. Estaría mintiendo si no te lo dijera.

—Pues anda que el tuyo… ¿Ponerme ojitos de cordero degollado y suplicarme que ceda mi vida a los amantes imposibles no es lamentable?

Aiko lo miró por encima del hombro sin rastro de diversión. Se dio la vuelta y lo encaró.

—Me estoy poniendo en tu lugar, ¿sabes? Y entiendo que no quieras hacer nada, ni subordinarte a nadie, y mantener lo que hemos levantado con tanto esfuerzo. Pero podrías tener la amabilidad de intentar comprenderme a mí. Al margen de mis sentimientos, me parece una idea estupenda. Podríamos convertirnos en el bufete número uno de la ciudad, incluso en el número uno de Florida, si uniéramos nuestras fuerzas. Lo tenemos todo para triunfar. Y si esto, además, me garantiza solucionar el problema del marido ausente, ¿me vas a llamar Julieta? Matar dos pájaros de un tiro me parece más inteligente que lamentable.

—No te cabrees, Kiko.

—No me cabreo, pero que después de todo te siga moviendo la inquina hacia Marc me toca la moral. No debería resultarte tan difícil comprenderme: tú sabes lo que es echar de menos. Has visto a Mio una vez al año este último lustro.

—¿Qué tiene eso que ver?

—A que no voy a hablar de mí, porque ya veo lo que te cuesta ver que debajo del traje de cinco mil dólares hay una pesona trabajadora y con sentimientos. Voy a habla de Mio y de ti.

»Imagina que vuestra relación se formaliza. Que consigues estar con ella tal y como quieres. ¿Cómo piensas mantener ese amor vivo trabajando doce horas al día, sin delegar tareas ni apoyarte en nadie? ¿Crees que duraréis si no contratas a más gente, si no nombras a otro gerente? A lo mejor a ti no te ha costado quererla en la distancia, pero cuando esa pasión se convierte en amor, tienes que esforzarte porque no se marchite.

»Si vas a decir que no a la fusión, estoy de acuerdo. Pero aporta como argumentación algo que no te haga quedar como un crío de diez años. «No lo quiero en mi oficina porque es el hombre del saco y fue malo conmigo» —imitó su voz tan bien que dio miedo—. Es un arrogante, un engreído y un manirroto, pero no es solamente eso, por Dios. Está lleno de virtudes que, unidas a las tuyas, pueden catapultarnos al éxito. ¿Y le vas a tirar piedras por ser bueno?

Caleb se levantó con una mueca desagradable.

—Le voy a tirar piedras y todo lo que haga falta porque te jodió de lo lindo, Kiko. Esto no va de su personalidad, que de todas formas deja bastante que desear, sino de ti. Me la suda que lo perdonaras. Yo cuido de quienes quiero y no pienso confraternizar con alguien se rio en mi cara cuando fui a exigir una explicación.

Aiko se pasó la mano por el pelo. Empezaba a ponerse nerviosa.

—No lo voy a excusar porque es un provocador y un cabronazo cuando quiere, pero si te refieres a esa vez en la que os pegasteis como dos niñatos, tú tampoco estuviste mejor. Y en lugar de sudártela las decisiones que tomo, podrías empezar a respetarlas. Soy tu amiga, no tu hija, y no necesito que me protejas de un hombre porque creas que merezco algo mejor.

—Desde luego que lo mereces.

—¡Deja de decir eso! —gritó de repente. Caleb no respiró un instante, sorprendido por el arrebato—. ¿Es que quieres volver a la discusión de la última vez? ¡No soy ninguna pobrecita que no sabe lo que se hace, ni que se ha quedado con el primero que conoció! ¡Soy feliz y estoy harta de tener que justificarme, ante ti y ante los demás! Ni tú lo conoces, ni nadie salvo Jesse y yo lo conocemos, así que deja de hablar de lo que no sabes, ¿estamos? ¡No tienes ni idea de nada!

Caleb se acercó a abrazarla antes de que fuera a más y terminase llorando, pero aunque intentó contenerla, acabó donde siempre empezaba cada vez que discutían ese tema. Cuando Mio no era el problema entre ellos, lo era Marc. Y no quería pelearse con Aiko, pero era tan difícil... O a lo mejor no. A lo mejor solo se resistía a aceptar a su novio por costumbre, porque en el fondo no era tan humilde y no sabía encajar que le superasen en algo. Porque le daba envidia que tuviera a gente como a Aiko y Jesse, que lo defendían a hierro, mientras él iba por ahí pavoneándose como un gallo.

—Lo siento, es verdad —admitió—. No lo conozco. Pero él tampoco es el mejor dejándose conocer, o siendo amable.

—No, no lo es. Pero Marc no está en mi vida para que lo aceptes y seas su amigo. Si lo fueras, genial. Si no puedes, como mínimo respétalo en mi presencia, porque estás faltando a un aspecto de mi vida y me cansa retomar este asunto continuamente. Él me quiere y no necesita la aceptación de nadie más. Le vale así. Y tu bufete será el mejor de la maldita costa este si le dejas entrar. Esas son las dos únicas verdades de este tema. Fin de la discusión.

»Ahora decide qué vas a hacer y responde lo antes posible. Si es que no, ya encontraré la manera de que todo vaya bien. No te voy a guardar rencor por ello, pero si sigues atacándolo

empezaré a hartarme.

—De acuerdo, perdona. Me he pasado.

—¿Es que no ves lo que haces? Te encanta hacerme sentir mal por haberme enamorado de una persona que no te cae bien. Eres un puñetero infantil. Peor que los niños en el recreo, que se enfadaban porque su amigo se iba a jugar con otro que no le gustaba.

—Lo sé y lo siento.

—No pareces ni saberlo ni sentirlo, Caleb, porque lo sigues haciendo.

—Es un impulso.

—Los seres humanos no funcionamos por putos impulsos. De eso nos diferenciamos de los animales: sabemos contenernos gracias a algo llamado educación. Haz el favor de ponerla en práctica, joder.

—Tienes toda la razón, perdona. Es que me parece insoportable. Pero a partir de ahora procuraré no insultarlo delante de ti. Y dale a Marc también un toque de atención, porque no soy solo yo.

—Desde luego sois los dos unos niñatos. Superadlo de una maldita vez. Él necesita un amigo y tú también.

—¿Un amigo? Ah, no, no... Puedo pensarme lo de la fusión, pero ¿ser su amigo? Y un carajo. Como mucho le sonrío en el ascensor, y sería la sonrisa de Chucky, el muñeco diabólico.

Aiko suspiró y lo empujó sin ganas por el pecho.

—Como sea. Que os den a los dos, me tenéis harta con vuestras peleas de quién mea más lejos, quién la tiene más grande y quién saca más músculo. Y por Dios, no vuelvas a recordarme que podrías ser actor porno para ponerte por encima de él —bufó, poniendo los ojos en blanco—. Joder, odio estar tan sensible estos últimos días. Espero que aunque no quieras a Marc, al menos trates con cariño a su hijo.

—Oh, tranquila, mientras su hijo no herede... —Se cortó a sí mismo y miró a Aiko con los ojos muy abiertos. Ella se encogió de hombros—. No puede ser. ¿Me estás jodiendo? No respondas a eso, pero... ¿Me estás jodiendo? ¿Te ha preñado? ¿Marc te ha preñado?

—Qué va, ha sido el vecino. Tengo al Espíritu Santo en el décimo A.

—Santa mierda… y nunca mejo dicho. ¿Se lo has dicho?

—No. Me hice la prueba hace solo unos días, no me ha dado tiempo, y además… Es un paranoico. Te metería el caso por el culo y se encerraría conmigo en la habitación durante nueve meses si se lo soltara ahora. Esperaré a después de la boda por lo menos, que lo veo capaz de cancelarla y quiero ir a Bora Bora.

—Coño. No me lo puedo creer. Vas a tener un puto bebé —repetía en bucle—. Hay *algo* dentro de tu barriga. Y dices que solo tenéis tiempo para cuatro besos...

—Yo no tengo culpa de que sea un maestro. Jódete y mantén esa imagen mental en tu cabeza por el resto del día, te lo mereces por cerdo, irrespetuoso y... —Aiko se echó a reír de golpe por la reacción que tuvo Caleb de levantarla en brazos y darle un beso largo en la mejilla—. ¿Qué haces? ¡Bájame o te vomito encima! Dios... Ahora que lo pienso, mamá va a pensar que me caso porque me ha hecho el bombo. Es lo que lleva sospechando un tiempo.

Caleb la dejó en el suelo.

—Eso no tiene sentido. ¿Cuánto tiempo llevarías embarazada, dos años? Te sale el niño gateando y sabiendo contar. Un caso digno de Cuarto Milenio.

Hizo una pausa para mirarla de arriba abajo.

Embarazada. *Su* Aiko estaba embarazada. La niña buena y dulce a rabiar que iba a buscarlo por toda la casa cuando quería esconderse de sí mismo; la que se metía bajo la cama para acompañarlo en su soledad, durante sus ataques de pánico. La que se abrazaba las piernas si lo veía hundiendo la cara entre las rodillas, como diciéndole que, si él lloraba, ella también. La Aiko que dejaba estelas de corazones rotos a su paso porque solo quería estar con él. La que cancelaba sus planes para quedarse a su lado, cuidándolo, hablándole de futuros que veía muy negros; señalándole el camino que solo podían tomar juntos. Esa Aiko, ahora era una mujer hecha y derecha. Guapísima, por dentro y por fuera. La única persona que nunca, jamás, le daría de lado.

—No sé cómo decirte que... Me alegro, y que... —tartamudeó—. Ya sabes lo que siento, que eres la persona más importante de mi vida y que... Todo eso.

—Claro que sí.

—Solo me importa que seas feliz.

—Lo soy.

Caleb asintió y se acercó para tocar con el dedo su vientre plano. La miró con seriedad. Notaba la garganta seca.

—Lo sé. Y siento si a veces, con mis gilipolleces, te aparto de esa felicidad para hacerte temporalmente desgraciada.

Aiko sonrió sin mostrar los dientes.

—No tienes esa clase de poder, puedes estar tranquilo.

—¿Quién lo tiene?

—Nadie, solo yo. Nunca voy a hacerte caso si dices algo que no me gusta y sobre lo que no tienes razón, Cal. Por eso te pido que no te molestes en meterte con él. Todos esos insultos caen en saco roto porque nunca lograrás tu propósito.

—No pretendo separarte de él. Solo… Me gusta meterme con él.

—A mí también —dijo con una risilla.

Caleb bufó, masculló ‘cerda’ y le dio un codazo en el brazo.

De repente, y como iluminado, exclamó:

—Tenemos que decirle a tu madre que el bebé es mío.

—Pero ¿qué dices? —se descojonó—. Si lo haces, nos enterrará juntos. Y se pasará toda nuestra vida diciendo que tiene la nariz de un Leighton. Por no mencionar cómo se pondría Mio...

Ese nombre frustró su plan de venganza.

—Es verdad. Pero sería divertido, no lo puedes negar —comentó. Sonrió un poco nervioso—. Siento ser un amargado a veces. Me pensaré lo de la dichosa fusión, ¿de acuerdo? Puede que mi respuesta inicial estuviera un poco condicionada por... mi estupidez supina, y que he visto a Marc comprar tres relojes y un anillo cuando no soporto a los ricos, pero sé que es una idea cojonuda.

Aiko abrió los ojos como platos, la reacción que él estaba esperando para levantar un puño victorioso interiormente. Que se jodiera ese rubito chulo, Caleb también sabía jugar sucio.

—¡Sabía que me compraría otro! ¡¡Lo voy a matar!!

—Por favor, no me quites el honor... Quiero decir —se interrumpió, aceptando su mirada asesina—; invítame a la fiesta cuando lo hagas, no me gustaría perdérmelo... —Aiko le dio un puñetazo en el hombro y lo empujó—. ¡Arg! ¡Una embarazada armada! *¡Tieeeeeembloooo!*

—Payaso... —bufó—. Le diré a mamá que no sé de quién es el bebé, si de Marc o tuyo.

Caleb alzó los brazos en señal de victoria.

—Dios, ¡sí! —exclamó, mirando al techo—. Nunca perderá gracia el juego de liar a los demás, ¿verdad? ¿O es que estamos tan acostumbrados a aburrirnos e inventarnos historias que ya nos sale solo?

—Un poco de las dos. ¿Sabes qué tendríamos que hacer también? Ponerle Caleb de segundo nombre.



Caleb salió de casa de Aiko con una sonrisa bobalicona en la cara. Solo ella lo ponía de tan buen humor. Más bien de ese humor en específico, porque Mio, cuando quería, sabía alegrarle los días.

Eran muy distintas la una de la otra. Con la pequeña estaba alerta, emocionado y complacido por pasar el rato a su lado. También se sentía vulnerable, porque afloraba esa parte de él oscura y secreta que no enseñaba a nadie, que temía más que nada porque podría conducirle al verdadero caos. Mio cuidaba y mimaba unos miedos que ni siquiera había visto con sus preciosos ojos oscuros, pero que de alguna forma le pertenecían. Aiko, en cambio, le hacía sentirse cómodo y querido en todos sus formatos, respetado y consentido en algunos aspectos. Era la única persona con la que sabía reírse a carcajadas, la única a la que podía abrazar y decirle que la quería sin temer su reacción. También era en la que confiaba con los ojos cerrados. De ahí que pasara un buen rato contándole la aventura de abrir su corazón a Mio.

Aiko asistió a la explicación, escueta y tímida por su parte, con los ojos brillantes y una sonrisa llorosa en la cara. Caleb le relató lo mismo que a Mio. La historia del grupo de música, las palabras mexicanas, y que vivían tres ángeles en casa. Incluso lo alargó. Le contó que su padre odiaba su trabajo y soñaba con ser pintor, que su madre no soportaba el olor a tabaco y consiguió, a base de servir judías verdes durante un mes, que Leighton renunciara a su cigarrillo nocturno. Aiko se rio cuando le relató que su padre se quedó dormido en el cine y los otros dos decidieron vengarse de su falta de interés metiéndole palomitas en la nariz, y lloró a lágrima viva cuando Caleb relató su reacción a la noticia.

—Al principio no me lo creí —empezó, en voz baja—. Es decir... Claro que me lo creí. Ellos no habían vuelto y eso ya era raro. Pero una parte de mí, una bastante grande, se negó a asimilarlo. La otra... Fue como si la hundieran en el agua para que perdiera sensibilidad. Me dio tanto frío que en algún momento dejé de sentir.

»Pasé tres meses callado. Vino la burocracia de quién me adoptaría, a qué centro iría. La gente me daba el pésame, me abrazaba, me tocaba sin mi permiso, y yo no sabía qué responder. Ni quería. Creo que me fui llenando de odio hacia cada persona que me ponía un dedo encima. Me

daba rabia que pensaran que podían sentir lo mismo que yo. Empecé a odiar el contacto físico y me zafaba de todos los que intentaban tocarme.

—Recuerdo eso. Cuando intenté abrazarte me apartaste de un empujón.

—Y contigo fui amable. Pasé una buena época defendiéndome con puñetazos de cualquier intento de acercamiento. Tu madre recibió uno, y aun así… Se quedó conmigo. La he tratado muy mal muchas veces, igual que a ti, y ahí seguía. Nunca olvidaré cómo me sentí cuando me dijo que me llevaría con ella durante el verano, que me presentaría a su hija pequeña y a su sobrina. Que estaríamos en la playa, que habría helados. Se inventó historias de dragones para convencerme, y lo hizo, más o menos.

»Estaba fuera de cobertura, Kiko. Os oía hablar, pero tenía los oídos taponados y la cabeza metida bajo la tierra. Tenía una vocecita desagradable metida dentro que no dejaba de repetírmelo todos los días: *no van a volver, no van a volver, no van a volver*. Pero no me lo creía. Cuando tocaban a la puerta de la habitación seguía creyendo que serían ellos, por eso odiaba a todos los que venían a verme, porque no lo eran. Cuando oía el motor de un coche, o alguien encendía la placa de la cocina… Estaba seguro de que eran ellos.

»La cruda verdad es que no entendía nada de lo que estaba pasando. Solo me sentía bien contigo, porque no me molestabas. Ni siquiera me mirabas directamente. Estabas ahí y eso era suficiente para mí, mientras trataba de gestionarlo todo.

Aiko sonrió.

—Nunca se me olvidará cuando me miraste por primera vez desde el accidente. Me pareciste la persona más fuerte del mundo.

—No lo era. Solo me refugiaba en mí mismo, pero lloraba igualmente. Todos los días, durante meses. Hasta que, estando en el jardín de la casa de Otto, me crucé con una niña que no dejaba de atosigar a un pobre cachorro... y empecé a dedicar mis noches a pensar en la manera de evitar que ella me viera así. Una persona tan feliz no merecía que yo, con mis lamentos, le quitara las ganas de sonreír. Debía encontrar la forma de que nunca dejara de reírse así. De protegerla, cuidarla... Fue la única persona a la que no pude odiar cuando me abrazó, porque ella no lo hizo lamentándose conmigo ni porque ese fuera su deber, ni porque me quisiera. Lo hizo porque le dio la gana. Porque pensó que me gustaría.

—Y te gustó —dedujo Aiko, con lágrimas en los ojos.

—Claro —confesó en voz baja—, pero no sabía cómo decírselo, así que la apartaba. Me despertaba inventando formas de quitarla del medio porque me daba vergüenza estar triste a su lado, y me daba miedo que me importase tanto su opinión. Pero ella no se inmutaba con nada. Le importaba una jodida mierda que estuviera a un solo atrevimiento más de agarrarla de la coleta y sacudirla. Y eso a mí… me hacía ilusión. Esa niña feliz perdía su tiempo conmigo. Insistía en que acariciase al perro de su prima y la ayudara a armar puzles. La verdad es que eso era lo más bonito que podían hacer por mí entonces: comportarse como si no hubiera pasado nada, como si mi infancia siguiera intacta.

»A veces pensaba que no tenía ni idea de que era el niño de los padres muertos, y me asustaba pensar que se enterara porque empezaría a tratarme diferente. Pero un día que le dije algo feo... Dios, me acuerdo de esto como si la tuviera delante. Llevaba esa camiseta que robó en *El Corte Inglés* sin quererlo. Salió con ella puesta solo porque le gustó: la azul de tirantes con una nube y un sol bronceado con gafas. Aún llevaba flequillo recto, tenía unas antenas en la cabeza y los

labios pintados con la purpurina de una revista. Le solté que estaba harto y que me dejara en paz con más agresividad de lo habitual. Y ella me miró como si fuera imbécil y me dijo: «oye, que tus padres estén muertos no significa que tengas que actuar como si tú también lo estuvieras».

Aiko sonrió.

—Mio siendo Mio. —Se secó las lágrimas—. ¿Crees que pudiste asimilarlo a raíz de ese momento?

—No. Pero fue la primera vez que me acosté feliz por no haber muerto con ellos. Antes no dejaba de darle vueltas a que me habría gustado… vivir la tragedia.

—¡Ay! —suspiró ella, acercándose y envolviéndole el cuello con los brazos—. Si supieras que Mio te adoraba incluso entonces... Ya siendo una enana le preguntaba a mamá si le gustaría más esto o aquello a Caleb. Que cuándo vendría Caleb. Se comía tus galletas hasta empacharse porque sabía que así le hablarías directamente cuando odiaba el chocolate blanco. Eras muy especial para ella, Cal, y ahora más aún. No sé hasta qué punto; si mucho, poco, por un rato o para siempre… pero es obvio que te adora. Tienes que decírselo de una vez, ¿me oyes?

La oía muy bien y lo sabía aún mejor. Salió de la casa casi a la hora de almorzar sabiéndolo perfectamente, feliz porque aquello ocupara más espacios de su mente que haber abierto la caja de Pandora. Aiko se pasó toda la mañana llorando de ilusión porque había esperado años una confesión tal, y Caleb tuvo que reprimirse mucho para no seguir el mismo camino. Por suerte, el reproductor del coche le puso de buen humor entonando *Qué bien* de IZAL, y se le pasó la melancolía.

Relajó los hombros y silbó durante el trayecto a la oficina, manteniendo en el pensamiento la propuesta de Marc, la ilusión del bebé que Aiko tendría y todas las formas que existían de decirle a una persona que morirías por ella. Pensó que lo primero podía esperar y que lo segundo había que esperarlo porque no quedaba otro remedio, y clavó los ojos en el retrovisor.

—Mio, nena...

Carraspeó. Devolvió la vista a la carretera un instante y enseguida volvió a enfrentar su mirada, tratando de cambiar el verde por un castaño oscuro, dentro de unos ojos rasgados.

—Verás... Sé que es muy pronto para ti. No lo es para mí —aclaró—, pero no puedo guardarlo por mucho más tiempo. Ahora que estás en mi vida, que te veo todos los días... No puedo hacerme el tonto y esconderlo como he estado haciendo hasta hoy. —Agarró el volante con firmeza. Se centró en la carretera al tomar el desvío para aparcar en su plaza y cogió aire—. No sé si lo sabías o lo has sospechado alguna vez, pero la verdad es que...

Se trabó. Otra vez. Era horrible, y se sentía igual. Solo estaba practicando y le dolía la garganta, como si llevara horas gritándolo a los cuatro vientos. Si sudaba en un ensayo, no quería ni imaginarse lo que pasaría cuando llegara la hora de la verdad. Bufó sin humor, harto de sí mismo, y decidió dejarlo para otro momento y concentrarse en el aparcamiento.

Bajó la ventanilla para sacar la cabeza y medir la distancia. Esto hizo que oyera con claridad un grito de auxilio, y que a él se le pusiera todo el vello de punta. Caleb abrió la puerta de sopetón, solo para asegurarse de que habían sido imaginaciones suyas, pero le llegó otro grito femenino y el eco de una bofetada.

Salió del coche de un salto, dejando las llaves puestas, y escudriñó los alrededores con un pálpito confuso. ¿Era la voz de Mio, o estaba soñando? ¿La obsesión por ella llegaba hasta el punto de escucharla en todas partes?

No, era ella. La localizó enseguida porque reconoció sus medias del martes y su mohín triste. Estaba llorando, y no sola, sino acompañada por un tío que la agarraba del brazo y la zarandeaba.

—¡Suéltame... ahora!

Caleb corrió en su dirección con el corazón en la boca. El tipo había obedecido, pero oyó a la perfección cómo la acusaba de puta rastrera y la intimidaba dando un rodeo agresivo. Lo reconoció enseguida. Era ese asqueroso de Gavin, vestido aún con el uniforme de hospital. Había olvidado que sabía dónde trabajaba Mio, y que reaccionaría mal al enterarse de que todo fue por el caso contra sus superiores.

Se plantó en medio de los dos. No quiso mirar a Mio por si su máscara de pestañas corrida le inspiraba para cometer una locura. Lo cogió por la pechera de la camisa y lo zarandeó. Estuvo a punto de clavarlo en la pared como a un cuadro, de reventarle la cabeza contra el borde de los escalones que daban al ascensor, pero no lo hizo por dos razones: la primera, Mio lo abrazó por detrás y lo inmovilizó con facilidad. La segunda era que podría sacar mucho partido a aquella situación para que el castigo por ponerle un dedo encima durase más que una nariz rota.

—Lárgate, hijo de puta —le espetó. Le dio tal empujón que Gavin cayó al suelo sentado después de trastabillar—. Como te vuelvas a acercar a ella te mato.

—Es una zorra manipuladora —escupió el tipo—. Me utilizó para sacar beneficio...

Caleb hizo ademán de tirarse encima de él y destrozarle la cara, pero Mio le pidió que se estuviera quieto. «Porfi», dijo. Y una mierda, «porfi». Le acabó dando una patada en la cadera que le hizo aullar.

—Cierra la boca y vete de aquí. Si te veo merodeando otra vez... Te voy a plantar una denuncia que para pagarla vas a tener que vender hasta las muelas.

Gavin hizo una mueca y se levantó con los ojos llenos de rabia. Caleb permaneció a la defensiva, preparado para destruirlo si hacía algo raro, pero no se movió más que para retroceder, echarle una mirada extraña a Mio y salir de allí. Sin dignidad ni nada parecido. Pensó en qué sería lo peor que podía pasar si lo seguía y le partía los dientes. *Hijo de puta.*

Cualquier idea fue olvidada cuando Mio rompió a llorar más fuerte. Su orden de prioridades tomó el mando. Giró sobre los talones y dejó que ella se abrazara a él como hacía siempre, pegándose completamente a su pecho; agarrándolo para que no se fuera. Su abrazo de koala típico, ese que adoraba con el alma y que esa vez le rompió el corazón.

—¿Te ha hecho daño?

—No —murmuró—. Pero me he asustado mucho. H-había bajado a cogerle el abanico a una compañera de arriba, q-que se lo dejó en el coche, y... y él me ha sorprendido cerrando la p-puerta, y diciéndome cosas horribles. Lo sabe t-todo, Cal, y piensa... Me ha dicho que el hospital ahora va a tener que def... defenderse... Y que soy una perra y una desgraciada y... Me estaba agarrando con cara de loco. Creía que me iba a matar, n-no exagero, me miraba como... Como si mereciese morir.

Solo de pensarlo se estremecía. La apretó contra su pecho y permitió que se desahogara a su ritmo. Gracias a Dios que había llegado a tiempo, porque no quería ni imaginar lo que podría haber ocurrido.

—No pasa nada. Ya no estás sola… ¿Habías venido a recoger tus cosas?

—Como te sigo ayudando con el caso de… d-del hospital… M-me pasé para poner en orden unas…

—Da igual, olvídalo. No hablemos de eso ahora —interrumpió con voz suave—. Ven, te llevaré con tu hermana.

—No, con mi hermana no —balbució. Contuvo en los puños la tela de su camisa—. Quiero quedarme contigo.

Se le aceleró el corazón.

—De acuerdo.

—Tenía miedo —confesó. Él le besó el pelo y asintió, cuando no podía verlo—. Yo... y-yo... Dios... —Lo apretó más, y más, y más cerca de ella—. Ojalá no hubiera salido de tu cama hoy.

«Ojalá no salieras de ella nunca».

—Ya está, ya ha pasado. Cálmate...

—No, no me puedo calmar —repuso, muy segura.

Caleb la separó con cuidado por los hombros para examinarla.

—¿Es que te ha hecho algo más? Porque si te ha tocado...

—No, no ha hecho nada, es que...

La vio inspirar hondo y restregarse los churretones de máscara de pestañas.

—No me puedo tranquilizar sabiendo... sabiendo que en cualquier momento explotaré y no tendré ninguna excusa para protegerme si me rechazas. Llevo toda la mañana pensando y no se me ocurre ninguna forma de decírtelo de manera que me... me asegure que todo estará bien después. He tenido más miedo cuando te he visto aparecer que cuando me he encontrado con Gavin, porque tú... —Lo cogió por los brazos y tiró hacia ella—. Caleb...

Él la miró sin entender nada. Su frustración le puso el estómago del revés.

—Me estás asustando.

—Bien, porque yo también estoy asustada.

—Mio… ¿Qué ocurre?

—¿Que qué ocurre? Ocurre que... q-que... Ocurre que, si mañana te quiero más que hoy, y el domingo más que el sábado, la semana que viene mis sentimientos habrán crecido tanto que no me cabrán en el corazón… y me moriré intentando contenerlos —tartamudeó, con los ojos sobre los suyos. Caleb se mantuvo en vertical solo gracias a la gravedad—. Te quiero y tienes que saberlo ya, ahora mismo, para que me puedas corresponder lo antes posible. Porque te necesito, lo necesito... desde hace mucho tiempo.

Caleb se quedó petrificado. «Te quiero», resonó dentro de su cabeza.

«Y tienes que saberlo ya para que me puedas corresponder...».

«Te quiero». «Te quiero». «Te necesito».

No podía estar pasando de nuevo. Se lo volvía a decir como si nada, después de amanecer juntos... Solo un amanecer. No sabía de lo que hablaba. No podía saberlo. Le costaba tomar una decisión meses, años, y era impulsiva. Era imposible que hubiera decidido enamorarse de él en una noche. Imposible, imposible. A no ser que lo hubiera querido antes.

Lo miraba como si fuese verdad, tan emocionada que temblaba, y todavía resonaban las palabras de Aiko en el interior de su pecho, donde las alojaba esperando que se hicieran realidad. «Siempre has sido importante para ella, y ahora más».

Cuánto deseaba creérselo, cuánto deseaba que fuese cierto.

—Caleb, ¿me oyes? —suplicó ella sin soltarlo—. Te quiero. No pasa nada si no me quieres

ahora, puedo esperar.

Sonó tan sincera que algo dentro de él se activó. ¿Y si decía la verdad? ¿Y si a la tercera iba la vencida? Entonces sería igualmente terrible, porque no sabía cómo sintetizar casi veinte años de enamoramiento en una respuesta a la altura de sus sentimientos.

Decírselo... Tenía que decírselo. Pero ¿cómo? ¿El qué? Se le cerró la garganta de golpe y la ansiedad lo paralizó. ¿Y si no era cierto, y si no iba en serio? ¿Adónde iría su alma?

—Te quiero —repitió por tercera vez—. Te quiero mucho.

El miedo y la desconfianza formaron un tándem lo bastante fuerte para que se estremeciese de pavor, pero por primera vez en su vida, la ilusión ganó a cualquier juicio o razón. La ilusión de creérselo y de responder calentó su corazón y abrió la boca enseguida, conmovido por sus sollozos. Dios, le gustara o no, él lo hacía. La quería. Y debía confesarlo. Ella lo merecía, él también. Sin embargo, el pánico fue tan grande que solo dos palabras salieron su boca, haciéndole sentir directamente miserable.

—Yo también.

---

9 Autor de Lolita.

17

Todas las verdades duelen

«Yo también».

Él también, ¿qué? ¿Él también se lavaba las manos antes de comer, él también adoraba los chistes malos, él también tomaba desvíos para llegar antes a los sitios...? Porque no sonó a «yo también te quiero». Caleb estaba rígido, serio... Casi en *shock*. La gente no se ponía así cuando se le declaraba alguien a quien correspondía. Solía sonreír, o darle un beso de película al susodicho, no mirarlo como si hubiera sido el desencadenante de una epidemia mortal.

No podía decir que estuviera decepcionada, pero sí que le daba vueltas desde el día anterior. Caleb había contestado a sus sentimientos con cara de vinagre. Parecía que se sintiera en deuda con ella y lo hubiera dicho por decir. Si no lo conociera, habría pensado que solo quería complacerla con esas dos palabras. Pero como lo conocía, la única opción lógica era que, simplemente, la quería a su lado para seguir beneficiándose de su acuerdo sexual.

¿Quién le aseguraba que no accedió a ser su pareja porque el sexo con ella estaba bien? Los hombres funcionaban así, Otto no dejaba de decir que pensaban con el pene, y Caleb no podía ser para menos solo porque fuese tan serio. Debía haber visto la oportunidad del siglo con ella, que se dejaría meter mano hasta en un funeral si era él quien se ponía tontorrón.

Eso era lo único que le parecía factible mientras esperaba, sentada en el sillón de la tienda de novias, a que terminasen de preparar el vestido de Aiko para marcharse a almorzar.

La noche anterior fue muy incómoda. Después de que Caleb contestara ese «yo también» robótico, Mio se quedó tan planchada que solo quiso volver a casa, pero a él le dio un pronto y acabaron teniendo sexo sucio en el coche, esta vez en la parte de atrás. Le pareció que estaba intentando reivindicar a lo que en realidad se refirió cuando le dijo que la quería: que su amor entre comillas, estaba subordinado al sexo. Y, bueno, se quejaba solo en parte, porque conectaba tanto con él cuando estaba dentro de ella que las palabras acababan siendo solo una pequeñez en comparación. Después durmió en su cama de nuevo, permitiéndose soñar con que iba en serio, que sí que la quería... Pero esa mañana lo dudaba bastante. Era mucho más realista que lo dijera para conservarla, como si ella fuera a largarse cuando por fin lo tenía.

Bueno, no hablaría antes de tiempo, porque su respuesta le dolió en el alma y no sabía si podría soportar por mucho tiempo ser solo la tía a la que se tiraba. Ella misma había dicho que no le importaba esperar, pero sí que le importaba. Llevaba años desesperada por su cariño, por Dios... Podía darse un poquito deprisa.

Pero en fin, no era como si no estuviese acostumbrada a su forma de ser, a sus cambios de opinión y giros drásticos repentinos. Igual que tuvo que decir en voz alta que lo quería para darse

cuenta de que necesitaba que se enamorase de ella *ya*, decidió, solo en base a lo que sintió al ver a aquel gatito herido, que había encontrado otra alternativa al bufete. Los animales.

Le encantaban, los adoraba y daría su vida por ellos. Amaba al chucho de Otto, que tristemente murió unos años atrás de viejo; a su agaporni, al periquito de su hermana, la ninfa de su prima... Ese gato precioso —que había resultado ser una gata—, los peces de Leighton Abogados, a los que observaba durante horas con interés. Eran lo suyo, y no podía recordar un solo momento de su vida en el que se hubiese planteado enfocar su vocación a ellos.

Descubrió por qué en cuanto se le llenaron los ojos de lágrimas al ver las heridas del gatito debajo de las vendas. No podría ser veterinaria porque no soportaría hacerles daño, ni abrirlos en canal, ni siquiera por una buena causa. Ni mucho menos tener que sacrificarlos. Solo de pensarlo le entraban ganas de llorar. Sin embargo, aquello de la Policía Animal le llamó la atención en cuanto Caleb lo comentó. Pero no se atrevió a decirlo, ni a investigar, por si hería su sensibilidad insinuando que podría dejar el caso después de todas las oportunidades que le había dado. No quería ser una desagradecida...

...Ni tampoco una infeliz toda su vida. Por eso pasó un buen rato leyendo en Internet la información que había sobre los *Animal Cops*. Recordaba cada capítulo del programa de televisión con especial ilusión y total detalle, así que conforme más leía, más se imaginaba siendo ella la que se ponía en cualquier tipo de peligro para rescatar a un animal o cazar a sus maltratadores. Ese trabajo estaría muy demandado en un estado como Florida. Abundaban los animales salvajes. Y eso le parecía apasionante, pero no sabía si se le daría bien.

Conocía de memoria todas las leyes aplicables a los animales, que incluían por supuesto las penas por maltrato. También sabía suficiente de ellos gracias a los amigos apasionados de la biología que tuvo en el instituto, a los manuales que leía por gusto y todos los documentales que se había tragado en La Dos durante sus vacaciones en Barcelona.

Sin embargo, formar parte del cuerpo requería resistencia física y superar una serie de pruebas que tal vez se le resistieran. Temía al fracaso más que a nada en el mundo, y si volvía a dejar lo que estaba haciendo para probar algo nuevo y le salía mal… Tal vez no pudiese volver atrás. Pero por una vez en su vida, no tenía dudas de que eso era lo que quería al cien por cien. Lo que no sabía era cómo decirlo, de ahí que cerrase la ventana informativa rápidamente cuando Aiko se acercó.

—¿Nos vamos? Mamá quiere ir al japonés, pero yo tengo antojo de *pizza*. ¿Tú qué prefieres?

Mio miró a su hermana con cara de pena. Por preferir, prefería estar en casa, tumbada en la cama... O en casa de Otto, escuchando música española de baja calidad pero muy pegadiza, pensando en cómo aconsejar a su prima respecto a sus líos amorosos... que no eran pocos. Lo último que le apetecía era pasar un rato con su madre, que le preguntaría por Caleb —y si no lo hacía, igualmente se mosquearía— cuando ni ella misma sabía qué contar o a qué a tenerse.

«Yo también».

«Tú también ¿qué? ¿Tú también te rascas si te pica?». Capullo...

—¿Estás bien? Te noto un poco rara —dijo Aiko, pasándole el brazo por los hombros—. ¿Ha pasado algo?

Lo que estaba pasando era que pretendía cambiar de gremio otra vez cuando ya estaba afincada en uno, y no tenía narices a contárselo por si la decepcionaba. Menos aún estando su madre delante, que le pondría esa cara de: «ay, Mio, eres como el río Guadiana, vas a intervalos

irregulares». Y luego le sonreiría a Aiko en plan: «no como tu hermana, que es decidida y guapa como el río Ebro». ¿Caleb qué sería? ¿El Guadalquivir? Bah. Ni que fuera un *test* de *Buzzfeed* para andar asociando personalidades a ríos de España.

—No, no ha pasado nada. Solo estoy un poco... Confusa. Y no sé si debería pedirte consejo, porque no quiero que se lo cuentes a Cal.

—Claro que no. ¿Qué pasa? Espera un momento, voy a decirle a mamá que vamos yendo al restaurante. —Fue hacia Aiko I, que hablaba con grandes aspavientos con la encargada de la tienda. ¿Florencia, se llamaba...? Daba igual—. Ya está. Dime.

Mio se humedeció los labios. ¿Cómo abordaba el tema? Era su hermana y la quería, pero no le gustaba quedar mal delante de ella y siempre le intimidó tanto que evitaba contarle sus desgracias para que no la mirase con lástima. Aiko nunca hacía eso, no desprestigiaba sus sentimientos y por el contrario trataba de entenderla, pero se sentiría pequeña e indefensa confesando que Caleb contestó a su «te quiero» con aburrimiento, cuando ella estaba por casarse con el hombre más guapo de Miami.

Estaba cansada de ser a la que le iba mal. Pero tampoco podía guardárselo.

—¿Cómo fue la declaración de Marc? —se le ocurrió preguntar—. Ya sabes. La primera vez que te dijo que te quería. ¿Fue él primero, o tú?

Aiko sonrió y le estrechó el hombro.

—Fui yo. Las Sandoval somos así, siempre nos declaramos antes, y lo tenemos que hacer todo nosotras para que salga bien. Está en nuestra sangre.

—Ya... ¿Cómo te contestó cuando te confesaste?

Su hermana se ruborizó.

—Bueno, eh… Si te digo la verdad, no me contestó. Se quedó callado.

—¿De verdad pasó de ti? Qué fuerte.

—Tampoco lo noté mucho, porque luego me quedé dormida.

—Pero te ha dicho que te quiere alguna vez, ¿no?

—Claro que sí. La primera vez fue muy emocionante. Bueno, siempre es emocionante porque no es un tío que lo diga mucho, ni tampoco de los que lo hacen a medias. Es muy amoroso cuando quiere.

Mio paró en medio de la calle y miró a Aiko con cara de pena. El frenazo seco entorpeció el paso del tipo que caminaba detrás de ella. Se giró para pedir disculpas, a lo que él agachó la cabeza cubierta por la capucha y pasó por su lado rápidamente.

No le dio importancia.

—Qué envidia. A mí nunca me han dicho que me quieren... Ningún hombre, me refiero. Me han dicho… «Yo también» —repitió—. ¿No te parece que es lo último que una mujer querría escuchar después de abrir su corazón?

Aiko entornó los párpados e indagó en su expresión, intentando ir más allá.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Solo... —Tragó saliva—, que le dije a Cal... que lo quería. Así, de repente. Por la mañana le conté que mamá creía que éramos pareja y que me gustaría que se hiciera realidad, y él accedió, y luego estuvimos juntos en la ducha, y como que... Me sentí tan bien y completa que

tuve que decírselo. Se lo solté cuando coincidimos en el *parking*. —No añadió más, pensó que sería buena idea omitir el episodio de Gavin—. Y Cal...

—Te respondió que él también —dedujo.

Mio asintió con tristeza.

—Sonó tan extraño, como si no fuera él... Y se puso muy tenso. Entiendo que no se lo esperaba, pero estuvo nervioso y... algo enfadado durante el resto del día. No quería que se lo dijera, Kiko, estoy segura. Y él contestó eso por si me perdía, o para no contrariarme, porque no pareció como si me quisiera una mierda.

Mio no sabía qué reacción esperar por parte de su hermana, pero no imaginó que se palmearía la frente y gruñiría como un perro.

—No se puede ser más imbécil en este mundo.

—Oye, sin faltar…

—No lo digo por ti, sino por él. Es como si lo estuviera viendo, poniéndose a la defensiva porque le dicen algo bonito. Menudo tonto de las narices.

—Es normal que se ponga así si no se lo dice la persona que le interesa…

—Pues si no le interesas tú, no le interesa nadie. Mio, claro que Caleb te quiere.

Su seguridad al afirmarlo prendió la esperanza en su corazón.

—¿Cómo estás tan segura?

—Bueno… Supongo que, como ya te lo ha dicho, puedo hablar de esto sin problemas —murmuró, más para sí misma que para que Mio la oyera—. Miau, si tienes alguna duda a respecto, bórrala, porque te adora. Sonaría raro al responder porque no estaba preparado, o lo dejaste en *shock*, o le cabreó que tú tuvieras que decirlo primero, o... algún rollo de su enfermizo ideal de perfección. No ha sido la mejor declaración, está claro, pero Mio... Él te quiere. No lo dudes. Dejad de seguir dudando, joder, que ya estáis juntos y os lo habéis dicho.

Mio se quedó clavada en el sitio, sorprendida por la vehemencia con la que su hermana había reaccionado.

—¿Cómo lo sabes? O sea... Kiko, es verdad que esto me pone triste, pero no quiero que me consueles con mentiras, porque eso...

—Yo nunca miento —replicó muy seria. Cambió la pesada bolsa de brazo y se apartó para que una mujer con un carro pudiera pasar—. Mio, no le pongas más peros a tu relación con él y disfrútalo. Es sencillo. Caleb lleva enamorado de ti desde que tenía once años, y no era un tonto enamoramiento infantil. Por las circunstancias maduró antes que nadie, y con doce ya sabía mantener una conversación adulta sobre la pérdida, las cuestiones económicas que tuvo que aprender para dosificar las pagas en casa y otras tantas cosas. Entre ellas estabas tú. Estaba tan enamorado de ti entonces como ahora, siempre fue muy en serio. Que se haya trabado confesándolo es otro tema al que ya deberías haberte atenido. Es Caleb, por favor. Tardó dieciocho años en decirme que me quería por primera vez, e hizo falta que tuviera una experiencia cercana a la muerte.

Mio fue a quejarse por la forma desenfadada que tuvo de referirse a una historia que los marcó a todos, pero su cabeza capturó un comentario concreto que la hizo estremecer.

«Lleva enamorado de ti desde que tenía once años».

Aquello le produjo tantas sensaciones que no supo con cuál quedarse, siendo cada una un mundo distinto. Inició la sorpresa, deteniéndose un instante en la incredulidad. Estuvo a punto de reírse por lo absurdo que era, o de cabrearse porque le estuviera mintiendo, pero sabía reconocer cuándo su hermana intentaba soltar una trola, y aparte de que jamás le había mentido, la estaba mirando con auténtica solemnidad. Esta confusión la llevó a hacer un recorrido por cada uno de los recuerdos que tenía con Caleb, parándose específicamente en aquellos que no valoró cuando era pequeña.

Ella era la única con la que tenía el detalle de compartir su merienda, aun estando hambriento, porque en casa de sus padres adoptivos le daban una miseria; nunca la perdía de vista, cuidándola de lejos, y nunca dejaba que lo viera llorar, quizás porque no quería que conociese sus debilidades, porque necesitaba que lo viera como un héroe, un campeón, un superviviente. En esa época lamentaba que Caleb fuera especialmente introvertido con ella, pero el comentario de Aiko había abierto una puerta a nuevas interpretaciones. Era con la que menos hablaba, a la que le costaba acercarse. Mio lo asoció siempre a que no le caía bien, a que respondía siendo desagradable porque la odiaba, y que ponía distancia porque su compañía le sobraba, pero quizá fuera... timidez. Caleb al verla, y se le veía nervioso al interactuar con ella. La mayoría de las veces no sabía qué decir.

Mio abrió la boca y ninguna palabra salió. Vino la ilusión del reconocimiento, que estuvo a punto de aplastarla en medio de la acera. Caleb, enamorado de ella... Una parte de su cuerpo se deshizo de la emoción, y tantas cosas cobraron sentido, tantas cosas se pusieron en su sitio, que recobró rápidamente el juicio para acabar llegando a una dolorosa conclusión. Así aterrizó en la última fase de su conmoción, miserable, desgraciada y con un nudo en la garganta que no la dejaba hablar... porque fueron prácticamente veinte años perdidos. Veinte años viviendo engañada, pensando que quería a Aiko.

Veinte años sufriendo para nada.

Miró a su hermana a caballo entre la consternación y la sospecha.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Pues porque él me lo dijo —respondió con tranquilidad—. En tu graduación, si quieres que concrete. Pero yo lo sabía desde hacía un tiempo, solo que esperaba a que tuviera el valor de contármelo para asegurarme al cien por cien.

—En mi graduación —repitió.

—Sí. La que se hace cuando tienes dieciséis años...

—Dieciséis años —balbució—. Y ahora voy a cumplir treinta. Treinta menos dieciséis son… —Se miró los dedos con los que hacía las cuentas, sintiéndose muy lejos de sí misma y de su cuerpo—. He pasado los diecisiete, los dieciocho y los diecinueve... y los veinte... los veinticinco… años y años... pensando que te quería a ti, y que yo no tenía ninguna oportunidad... Cuando tú has sabido la verdad todo este tiempo. Prácticamente la mitad de mi vida.

Mio buscó la mirada de su hermana, que no parecía entender por dónde iban los tiros. Estaba mareada, confusa, y aún no terminaba de asimilar la noticia, pero dentro de todo eso había una sensación de traición que crecía a gran velocidad, y que estaba en contra de Aiko.

—No me puedo creer que no me lo dijeras. Lo has sabido siempre, incluso antes de que él lo confesara, y... Y me has visto sufrir por él, preguntar por él como una tonta... Sabías que lo quería y no me has dicho nada. Ni una maldita palabra, ni una insinuación...

—¿Por qué te lo iba a tener que decir? —replicó, sin comprender—. Eran sus sentimientos, Mio, no los míos, y estamos hablando de la persona más celosa de su intimidad del mundo. ¿Puedes imaginarte qué habría pasado si dijera algo, con lo que le costó confiar en mí?

Mio se mordió el labio para contener un sollozo.

—Entonces no niegas lo que he dicho. Siempre has sabido que yo le correspondía y no te has molestado en ayudarnos.

—Yo no sabía si le correspondías o no. Claro que tenía mis dudas, y claro que sabía que sentías una gran debilidad por él. Imaginaba que podría ser un enamoramiento, pero… Siempre te contradecías. A veces te comportabas como si fuera el amor de tu vida, y hablabas de él en esos términos, y luego te olvidabas de él por meses y no volvías a mencionarlo. Y cuando eras adolescente mencionabas mucho más de tus ligues, y bastante ilusionada, que a Caleb. No sabía cómo interpretarte...

—¿Cómo no ibas a saberlo? ¡Eres mi hermana, se supone que lo sabes todo sobre mí!

—Eso no es cierto. No lo sabemos todo de nadie. Yo no sabía que lo quisieras locamente, e intentar averiguarlo me daba dolor de cabeza. A veces parecía que lo adorabas, pero luego actuabas de otra forma y no tenía ni idea de qué pensar. Admítelo, Mio, no lo sabías ni tú. Y, si lo sabías, fingías muy bien que Caleb era tu amor platónico y te gustaba porque no te hacía caso. No quiero ser dura contigo, pero con ese historial no pensaba abrir su corazón por él. Caleb no necesitaba que le partieran el alma en dos otra vez.

—¡No tenías que abrir el corazón de nadie, solo decirme que había esperanza! —reclamó a voz en grito—. ¡Y en su lugar preferiste que siguiera pensando que estabais juntos, que erais pareja!

Algunos transeúntes se detuvieron a mirar con cara de preocupación.

—Yo jamás, en la vida, te dije que fuera mi novio o que estuviese enamorada, y él tampoco. Mio, por Dios, tú estabas allí cuando intentábamos desmentirlo y nadie nos hacía caso. Todos pensabais que era una forma de proteger nuestra relación en lugar de que solo éramos amigos y estábamos hartos de ser emparejados.

—¿Ahora es mi culpa que me creyera algo cuando vosotros disfrutabais haciendo el paripé?

—No había paripé en la intimidad, y tú formabas parte de esa intimidad.

—¡No es cierto! ¡Yo siempre era, y siempre he sido, la tercera en discordia!

Aiko se mordió el labio.

—Siempre has sido la primera para él, pero no confiaba en ti para decírtelo, y si él no quería hacerlo, yo no iba a contradecirlo. Y pensaba… Pensaba que, si tan importante era Caleb para ti, te acercarías un día y me lo dirías. Eres mi hermana y siempre has sido sincera.

—¿Cómo iba a decirte que estaba enamorada de tu novio?

—Pero ¿qué novio? —se desesperó—. Mio, no nos viste darnos un beso jamás, y nunca me ha abrazado. Incluso lo pillaste una vez paseando de la mano con otra chica y viniste a contármelo, y en lugar de confiar en mí cuando dije que no estábamos juntos, creíste que solo estaba protegiendo mi amor propio disculpando su infidelidad. Nunca nos has creído porque en el fondo no querías saber la verdad, y no querías saberla porque no estabas tan loca por él como piensas. O eres una cobarde —añadió, sin pestañear.

Mio controló el puchero haciendo una mueca furiosa.

—No soy ninguna cobarde. Ni una suicida. No iba a decirle que le quería cuando pensaba que estaba loco por ti. A lo mejor no erais novios, y yo me lo creyera porque así lo quise, pero Caleb siempre ha demostrado adorarte.

»Nunca os creí porque vivía en una casa donde se tenía la certeza de que os ibais a casar, ¿y me echas en cara que no preguntara directamente o me retirase antes de intentarlo?

—Pues si te sentías así, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Te crees que somos adivinos? No te culpo de que no hicieras nada porque sé que mamá puede ser pesada y convincente. No te culpo de nada en absoluto. Pero no me trates mal porque se supone que no ejercí como hermana preguntándote qué querías, cuando tú no dejabas de lanzar mensajes contradictorios. No soy ninguna zorra por no saber de qué ibas, joder, y menos cuando ni tú misma sabías a dónde te dirigías. ¡Ni siquiera lo sabes ahora, Mio!

—¡Vete a la mierda! —le espetó, roja de la rabia—. ¡Me has robado diez años de felicidad con él! ¿Sabes lo que es eso?

Aiko apretó los labios.

—No te he robado nada. Básicamente porque no habrías sido feliz con él cuando no eras feliz contigo misma. ¿De verdad crees que habría sido buena idea decírtelo? Eras una peonza y él estaba estancado, hasta las cejas de mierda que tú no podías entender todavía. Nadie puede entenderla, salvo él. Lo último que necesitaba era estar con alguien que le hiciera vivir con ansiedad, acojonado porque cambiaras de opinión. Además de que, *insisto*, no me corresponde a mí hablar de los sentimientos de nadie, y menos cuando me pidió expresamente que me callara.

—O sea, que estabas de parte de Caleb.

—¡Yo no estoy de parte de nadie, Mio! ¡Yo nunca he querido formar parte de vuestra relación, no quería meterme! ¿No crees que ya tuve suficiente haciendo de celestina con papá y mamá, para también resolver vuestros problemas? Si quieres cabrearte con alguien, cabréate con él o contigo, pero a mí déjame en paz. Y si estás insinuando que lo quiero más que a ti, estás muy equivocada. Hago lo que creo mejor, para mí y para los demás, que es comunicarse sin intermediarios… ».

—¡Pues que creas que era lo mejor no significa que lo fuera! ¡No tienes la verdad absoluta, ni eres perfecta!

Aiko se rio sin ganas y extendió los brazos.

—¡Genial, por fin te has dado cuenta! ¡Entenderlo solo te ha tomado toda una vida intentando ser como yo! Enhorabuena. Ya estás curada de mí.

—Que te den por culo —espetó, con lágrimas en los ojos. Pasó por su lado sin añadir nada. Había tenido suficiente.

—Espera. —Aiko la cogió del brazo—. No pensarás irte así, ¿no?

—¿Y cómo quieres que me vaya? ¿Sonriendo?

—Mio, por favor, no te enfades. Comprendo que esto es una mierda, y que tuvieras dudas: hasta yo tuve una época en la que pensé que Caleb estaba enamorado de mí. Pero tienes que reclamárselo a él, que es quien sabe por qué hizo y no hizo; yo en sus sentimientos no tengo nada que ver. Entiende mi posición, por favor. Todo esto me duele y no quiero que…

Mio se giró y la miró con odio.

—¿Y a mí no me duele? ¿A mí no me ha estado doliendo toda la vida? Eres una mentirosa, una falsa y una pésima hermana. Das asco. —Aiko soltó su brazo como si de repente quemara. A

Mio le dio igual que sus ojos se humedecieran, no pensaba quedarse para consolarla—. Iré a coger las cosas de tu casa y me largaré.

—No... Miau, por favor —suplicó de nuevo, con la voz rota. La sostuvo por la muñeca—. Compréndelo. Yo no pintaba nada ahí en medio, y no podía traicionarlo. Si salía mal os habría perdido a los dos. No podía estar en medio, no podía... Sois las dos personas que más quiero en mi vida.

Mio sacudió el brazo y se separó.

—Pues tendrás que buscar a alguien que ocupe mi puesto, porque yo ya no pretendo formar parte de ella.



Mio pensó que, conforme se alejara de su hermana, iría sintiéndose mejor. O por lo menos vería las cosas con mayor claridad. Pero no. Su cabeza tiraba cada vez más hacia el negro, hacia un profundo pozo de tristeza del que a lo mejor no sabría salir.

Claro que le dolió soltarle eso, y más a unas semanas de la boda. Era Aiko, por Dios. La única pelea que era comparable a la que acababan de tener, fue la que ocurrió cuando Aiko se cansó de aguantar que abusaran de su confianza, también en el peor momento. Pero nadie elegía cuándo explotaba, y que su hermana hubiese confesado haberlo sabido siempre con esa tranquilidad, como si no significara el mundo entero para ella, le había dolido tanto… Ignoró todas las veces que gritó su nombre en medio de la calle para hacerla volver. Ignoró sus llamadas. Y una parte de ella, la que se regodeaba en el rencor, quería ignorarla eternamente.

Ni siquiera se pasó por la casa de Marc. Estaba mareada, intranquila y le sudaba todo el cuerpo. Gracias al cielo, su bolso estaba equipado con lo que necesitaba para sobrevivir al día que se presentaba. Solo necesitaba a su pájaro. Noodles estaría en su habitación, cansado de la jaula... La empatía hacia el animal hizo que se planteara arriesgarse a chocar de nuevo con Aiko, pero se mantuvo en sus trece. Nood sobreviviría un día sin ella, y lo que era más importante: ella podría sobrevivir también sin él, porque ni siquiera tenía fuerzas para contarle lo que acababa de pasar.

Cuando se enteró de que la pareja de Caleb y Aiko nunca fue real, necesitó horas para asimilarlo y que todo volviera a la normalidad, pero aquella noticia era tan fuerte que no se veía capaz de ser quien era otra vez. Porque no era solo el hecho de haber vivido engañada durante toda su maldita vida, lo que ya parecía inverosímil, ni tampoco que su hermana lo hubiera sabido, cosa imperdonable... Sino que todo tenía su base en que ella era la culpable de todo.

Ella era siempre el condenado problema por no conocerse a sí misma, por poner en su boca las palabras, sueños, deseos y frustraciones de los demás, en lugar de los suyos. Eso era lo que venía a significar su punto de vista: que no era buena para Caleb porque no sabía lo que quería. Ni siquiera su hermana confiaba en ella, en sus sentimientos y necesidades. Ni la persona que más quería en el mundo pudo tomarla en serio, y quién sabía si seguía pensando lo mismo. A juzgar por su postura, que fue la de no pedir disculpas por romperle el corazón, Mio diría que la tenía por una imbécil demasiado flexible y veleta para mantenerse firme en sus decisiones.

Vagó por la ciudad durante horas, ignorando que su móvil no paraba de vibrar. Solo lo sacó una vez para asegurarse de que era Aiko, comprobando a su vez que tenía llamadas de su madre y un par de Caleb.

Sonrió sin ganas.

Seguro que ya sabía toda la familia lo que acababa de ocurrir. Le fundían el teléfono con la expectativa de regañarla y hacer que se arrastrara para ganarse el perdón de Aiko. Bueno, podían esperar sentados, porque eso no iba a pasar. Mio no era rencorosa, pero estaba dispuesta a estrenar defecto. Para colmo estaba furiosa. Y dolida. Aquello la había partido en dos.

Nadie se fiaba de ella, nadie apostaba por ella... Era algo que ya sabía desde hacía mucho tiempo, pero que ahora era tan evidente que no sabía cómo gestionarlo. Y lo peor era que admitía su parte de culpa. Su comportamiento dejaba bastante que desear en ese aspecto. Pero por el momento, no se haría cargo, porque sabía que tenía la razón. Aunque fuera por cariño, merecía saber la verdad, y nunca se la ofrecieron.

Se quedó mirando el nombre de Caleb en la pantalla. Era la tercera vez que la llamaba. Estaba tan cegada por la traición de su hermana, tan ahogada por los supuestos de cómo sería su vida en la actualidad si le hubieran contado lo que estaba pasando con dieciséis años, que no había pensado en qué medidas iba a tomar con él.

Para empezar, lo que Aiko había dicho sobre su indecisión, era perfectamente aplicable a Caleb. No la querría tanto si no se lo dijo. Podía vivir muy bien sin ella. Lo había demostrado. De hecho, fue Mio la que, desde su reencuentro, había propiciado los avances. La que le propuso un rollo desenfadado, la que le propuso iniciar una relación, la que confesó sus sentimientos. Visto desde fuera, y también desde dentro, era la que tenía las ideas claras. ¡Ella, a la que le decían que era indecisa…! Cuando él, el gran y maduro Leighton, ni siquiera dio muestras de interesarse por descubrir si ella podría sentir lo mismo. Mio tenía la excusa de que pensaba que adoraba a Aiko, y por eso no se movió. Pero… ¿cuál era la de él? ¿De veras se había callado durante años por su facilidad para cambiar de carrera y de novio?

No sabía si se debía a que empezaba a delirar, o estaba relacionado con que hubiera tres personas llamándola y enviándole mensajes de dónde diablos se había metido, pero sintió que alguien la estaba observando muy de cerca. Mio dio varias vueltas a la misma manzana, mirando hacia un lado y a otro, paranoica, para meterse al final en el primer hotel que encontró. Llevaba suficiente dinero encima para pasar allí unas cuantas noches, y no se lo pensó dos veces al deducir que la estarían buscando como si fuera una cría revoltosa a la que poner bajo vigilancia. Esa era ella: Mio Sandoval, la eterna niña de diez años que no debía tener derecho a hablar porque nada de lo que decía tenía ningún sentido. La que perseguir cuando se enfadaba por si se tropezaba con algo y se abría la cabeza, porque no hacía nada bien. Era torpe y ridícula.

Pagó el equivalente a la primera noche, cogió la llave que el encargado le ofreció y subió por las escaleras con el objetivo de cansarse un poco. Le dolía la cabeza de tanto pensar en lo que podría haber sido, que aunque no era lo que más la destrozaba, sí que le hacía preguntarse algo que le daba ganas de llorar.

¿Habría sido más feliz si lo hubiera sabido antes? Por supuesto que sí, no lo dudaba. Y su hermana se lo arrebató porque, supuestamente, no le concernía. ¿A quién le concerniría su felicidad, si no era a las personas que la rodeaban? Porque Mio no imaginaba serlo si no era con la gente a la que adoraba, y Aiko había reaccionado como si tuviera que aprender a descubrirlo sola. Y ella no podía sola.

Sin embargo, Aiko solo siguió órdenes. En realidad era Caleb quien nunca tuvo las narices de decirle la verdad. Tampoco confiaba en ella. Todo lo que le dijo de que no la juzgaba por dudar,

de que quería que fuese feliz... Era mentira, porque no se arriesgó para estar a su lado. En el fondo le importaba una mierda. En el fondo… No la quería nada.

Cerró la puerta de la habitación con llave y ni siquiera echó un vistazo para asegurarse de que fuera cierto lo del baño bien equipado y la neverita con refrescos. Se tiró sobre la cama, sintiéndose más pesada que nunca. Tenía un nudo en el estómago que solo crecería, y crecería, y lo único que ella esperaba de las horas que quedaban para que el día acabara, era apagar el interruptor de su cabeza y no pensar en nada. Pero había tantas cosas sobre las que meditar, lamentarse y llorar que pasó un buen rato inmóvil sobre el colchón, con el móvil en la mano y los ojos llenos de lágrimas que no derramó porque, simplemente, aún no podía creérselo. Si creyó que el amor correspondido de Caleb iba a llenarla, iba siendo hora de cambiar de opinión, porque el vacío que la carcomía estaba a punto de acabar con ella.

Antes de meditar sobre lo que haría a continuación, la tensión y la pena la vencieron, y se quedó dormida sobre la colcha con el corazón aún en un puño.



Despertó cuando el reloj marcaba las once de la noche. Había dormido casi un día entero, y aunque al incorporarse pasó unos minutos desorientada, enseguida le vino el recuerdo de lo que pasó y pudo entender por qué estaba en una cama que no le sonaba.

Entornó los ojos sobre la llave de la habitación, y poco a poco fue rescatando fragmentos de la conversación con su hermana. Cada palabra fue una punzada en su pecho. No quiso rememorarlas todas porque no deseaba volver a lo mismo. Ya bastante se había flagelado al recorrer Miami andando y pasando un buen rato sollozando sobre la cama. No quería derramar ni una sola lágrima, porque le parecía que todas las que había soltado en años anteriores eran estúpidas y sin sentido. Quizá ella misma fuera estúpida y sin sentido, como pensaban todas las personas que quería. No podía ser casualidad que todos coincidieran.

Aunque por un lado quería revolcarse en la autocompasión, otra pequeña facción de su cerebro se iluminó. Se le encendió la bombilla al asumir, como primera conclusión después de muchas vueltas, que no iba a comportarse de la forma que esperaban para darles la razón. Su madre, su hermana e incluso Caleb —que había seguido llamando hasta los diez llama-cuelga— la estaban acosando porque creían que haría una locura, o porque la veían como un peligro público. Pues no lo era, o no iba a serlo más. Eso iba a cambiar. Les demostraría que se equivocaban, o más bien se demostraría a sí misma lo que hiciera falta para que nadie pudiera decirle nunca que era una inmadura.

Se dirigió al baño y se dio una ducha fría, se puso lo mismo que llevaba y, aunque dudó sobre si abrir la puerta —porque en el fondo no quería enfrentar al mundo—, finalmente salió. El pasillo estaba oscuro, y le pareció que alguien la observaba entre las sombras. Se dijo que era una estupidez influida por las películas de terror y bajó a recepción para preguntar por un cibercafé. Tenía el móvil para trastear cuanto quisiera y ya había conseguido mucha información, pero le apetecía sentarse y estudiar más a fondo cuáles eran las posibilidades reales de cambiar de oficio.

Aunque se lo ofrecieran de nuevo, no iba a quedarse en Leighton Abogados. Esa era su primera decisión tomada. Si Caleb quería que colaborase con él hasta el final en el caso, lo haría: estaba

cualificada para sentarse a su lado y tomar anotaciones durante el juicio. Pero no volvería a poner un pie en el despacho de Aiko, porque quién sabía si el ofrecimiento del trabajo no era en realidad una prueba para demostrar que podía ser seria. Prefirió apartar ese pensamiento —que no la ayudaba en nada— y siguió la dirección que el tipo le dio.

—Es muy tarde para que haya abierto algún cibercafé, pero hay una sala multimedia al lado de la cafetería. Puede usarla hasta la hora que desee, no cierra en todo el día.

Asintió y siguió las indicaciones.

Estaba nerviosa y tenía miedo. Después de que tres carreras y un curso de formación que no la llenó, había desarrollado una especie de pánico hacia las novedades que le impedía tomar un camino si Aiko no lo había recorrido ya. Pero tenía un buen presentimiento, y sentía que aquello de la policía animal se adaptaría a ella, así que una vez sentada enfrente del ordenador, empezó a buscar información para inscribirse.

Para formar parte de la policía, en términos genéricos, debía tener un diploma de educación media —en eso andaba sobrada—, tener al menos veinte años —también cumplía el requisito— y ser ciudadano estadounidense. Solo debía aprobar un examen escrito y otro de condición física. Aparte del típico *test* de drogas, una entrevista, revisión de antecedentes, verificación de crédito... Burocracia que pasaría con éxito. Bueno, a lo mejor la prueba de personalidad llevada por el psicólogo se le atragantara, pero confiaba en que no estaba tan loca como para prohibirle trabajar. Después iría a la academia de policía y pasaría un periodo de prueba en capacitación menor a dieciocho meses. Luego podría especializarse como oficial de control de animales, o quizá investigadora de crueldad animal.

Mio leyó toda la información con una sonrisa emocionada en la cara. Quizá, al ser licenciada en Derecho, no tuviera que pasar por la academia de policía y entrar directamente. Si no, no importaba: los cursos no duraban más de unos cuantos meses, y según entendió, podría trabajar mientras aprendía. Todo era práctico.

Cogió el móvil para hacer una fotografía al centro al que debería acudir para conseguir la documentación necesaria e inscribirse como candidata. Justo entonces, la pantalla se iluminó. Su madre seguía llamando: no había dejado de hacerlo en toda la noche, y eso era extraño, porque Aiko I se acostaba a las nueve como muy tarde. Movida por la preocupación de que hubiera pasado algo, y también por las ganas de que la dejara en paz, descolgó.

—*¿Se puede saber dónde te has metido?* —exclamó, casi sollozando—. *¡Te estoy buscando por todas partes! ¡No me puedes dar estos sustos!*

No le chocaba que pareciese preocupada, porque la verdad era que su madre lo hacía mucho y muy a menudo..., pero no con ella. Aiko era la que le daba más dolores de cabeza por su enfermedad, y su padre también, por las infidelidades. Mio no la irritaba de esa forma nunca. Siempre le había parecido lógico que se empleara a fondo con la mayor porque el médico en persona recomendó que estuvieran muy pendientes de ella. Pero en ese momento le parecía todo injusto, incluso que tuviera el valor de fingir que le importaba.

—Soy mayor de edad desde hace muchísimos años. Puedo ir a donde quiera, cuando quiera, sin dar explicaciones a nadie. De hecho, llevo haciéndolo mucho tiempo y hasta ahora nadie se ha quejado.

—*Te has ido sin decir nada después de discutir con tu hermana y has estado ignorado el teléfono durante horas* —le reprochó—. *Aiko me ha dicho que vuestra pelea ha sido fuerte y que*

te has ido de su casa. ¿Qué demonios pasa? ¿Y dónde piensas dormir?

—En un hotel —contestó entre dientes—. No respondo al teléfono porque no me apetecía hablar con vosotros, es así de simple. Y lo que pase entre Aiko y yo no es de tu incumbencia, o al menos lo prefiero así. Me he cansado de que siempre te pongas de parte de alguien en estos casos y salga perdiendo yo cada una de las veces —le espetó, envalentonada. Cambió el teléfono de mano y se puso de pie, como si así fuera a tener más fuerza su discurso—. Si quieres saber qué ha pasado, pregúntale a tu hija preferida y a mí déjame en paz. Estoy harta de ser la culpable. Yo también tengo sentimientos, y el mismo derecho a cabrearme que vosotros.

—Pues claro que tienes derecho a cabrearte, pero quiero saber por qué… ¿A qué viene todo esto, Mio?

—¿Cómo que a qué viene esto? —Apretó el teléfono—. Te molesta que no sea como ella, y cuando intento ser como ella, me haces ver que nunca lo conseguiré. Te cabrea que me porte como una cría, pero no cojo el teléfono y ya armas un escándalo, como si tuviera cinco años y debieras saber en todo momento dónde estoy... Cuando ni siquiera te importa. Solo me has llamado porque quieres regañarme por discutir con Aiko.

—¡Pues claro que no! ¡Estoy preocupada porque tú nunca haces estas cosas! ¡Y no quieror regañarte, solo saber qué ocurre…! ¡Sois hermanas y también mis hijas! ¡No quiero que os peleéis!

—¡Pues que se lo hubiera pensado antes de hacerme esto! —gritó, al borde de las lágrimas—. Deja de llamarme. Cuando quiera saber algo de vosotras, ya haré lo que vea conveniente. Mientras, no me atosigues. No quiero saber nada de nadie ahora. Y de ti, menos.

—No me hables de esa forma, Mio Sandoval —balbució—. *Soy tu madre*.

—Ah, ¿sí? No lo sabía. Hasta ahora pensaba que eras madre de Aiko Sandoval y a mí de vez en cuando. Me tratabas, más por aburrimiento que por otra cosa. No está de más haber descubierto que tengo familia.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Lo que tendría que haberte dicho hace años pero no me atrevía a soltar por si dejabas de quererme del todo —espetó. Se secó las lágrimas de las mejillas con un manotazo airado—. Se acabó. No voy a aguantar más regañinas por tu parte, ni más comparaciones, ni nada que se le parezca. Llevo años callándome lo que siento y lo que pienso para no molestarte, para complacerte, pero he llegado a mi tope. Voy a hacer lo que quiera y cuando yo quiera, y me dará igual si estás o no de acuerdo, porque bastantes cosas he hecho para que estuvieras orgullosa de mí. Y ha sido en vano —jadeó, entre sollozos—, así que ya está bien de intentarlo. Si quiero dormir en un hotel, voy a dormir en un hotel, y si quiero cantarle las cuarenta a mi hermana, lo voy a hacer. Puedes trasladar esto a cualquier ámbito que se te ocurra.

—Pero… Mio...

Hizo caso omiso y colgó. La adrenalina la puso a temblar en cuanto soltó el teléfono sobre la mesa y asimiló lo que acababa de hacer: hablarle mal a su madre. Dios mío, ¿qué era lo siguiente? ¿Hacer *puenting*? Con las ganas que tenía de tirarse por algún acantilado u otra superficie alta, no le extrañaría acabar colgada de una cuerda.

Se quedó mirando la pantalla, que volvía a encenderse por una llamada de la persona a la que acababa de colgar. Apretó los puños y maldijo en voz alta. ¿No había sido suficientemente clara?

¿No pensaba respetar ninguna de sus decisiones, cuando no paraban de espetarle que debía tomarlas y ser firme...?

Como si Aiko I hubiese oído sus pensamientos, la llamada se cortó antes de que los pitidos se extinguiesen. Pasaron veinte minutos sin que diera señal de querer comunicarse con ella. Mio se sintió aliviada por un lado, y por el otro lamentó no ser lo bastante importante para que insistiera, para que le pidiera perdón. Aunque ya tenía asumido que Aiko Hayashi tendría que estar en su lecho de muerte, drogada hasta las cejas, para dirigirse a ella con una disculpa en la boca. O ni siquiera por esas.

Mio suspiró, apagó el ordenador y regresó a su habitación más cansada que antes de quedarse dormida. Mañana sería otro día. Un día en el que tendría que volver a la oficina, pues le quedaban algunas cosas por recoger, y enfrentar a Caleb. Tal vez a su hermana.

No sabía qué iba a hacer. O quizá lo sabía tan bien que le sorprendía su propia determinación. O no… A lo mejor no era ninguna de esas dos cosas, y solo temía haber decidido romper con todo y con todos por un tiempo, porque era una forma de romperse a sí misma. Hasta entonces, su madre, Aiko y Caleb habían sido la Santísima Trinidad, los que decidían a dónde iba y cómo. Iba a sentirse sola cuando anunciara que necesitaba desintoxicarse un poco... Y lo pasaría tan mal que quizá nunca llegara a recuperarse. Pero por encima del miedo, estaba el hastío y el desengaño.

Lo único que no le quedaba claro era quiénes la habían decepcionado más, si su familia… o ella misma.

18

Hiroshima y Nagasaki fueron juntas

Mio se repasó diez veces en el espejo del ascensor. A lo mejor se había pasado comprándose un vestido tan *sexy*, especialmente cuando no se sentía preparada para llevarlo, pero Otto se tintaba el pelo cuando tenía una crisis existencial y cambiar de estilo le parecía un reclamo perfecto. En su situación, cuando ignorar su armario era una forma de negarse a ser como Aiko, tenía más sentido aún.

Llevaba un vestido morado, oscuro y ceñido, y los labios del mismo color. El escote no era para tanto, pero el sujetador había obrado el milagro del siglo. Era un poco rastrero ponerse tan guapa para mandarlo todo al carajo, pero también muy poético. Así por lo menos la recordarían... O la recordaría quien debía hacerlo, porque sus compañeros del bufete apenas le prestaron atención cuando entró.

Debía hacer las cosas bien, no salir por la puerta de atrás como los criminales. Había ponderado enviarle un mensaje de texto a Caleb, emborracharse y llamarlo con miles de reclamos... Pero le pareció que lo más maduro sería darle con su aviso de renuncia en la cara cuando menos lo esperase. Maduro... Le había cogido tanto asco a esa palabra que se le arrugaba la nariz al pensar en ella.

Mio caminó sobre sus tacones de diez centímetros hasta el despacho que, de manera oficial, dejaría de ser suyo aquella misma tarde. Caleb la había echado hacía unos cuantos días, pero no habló de firmar hojas de despido, así que, siendo técnicos, aún le pertenecía ese rincón del bufete. Aunque fuera por delegación del poder titular.

Se sentó en la silla dispuesta a terminar el trabajo. Dejaría hecho lo que quedaba inconcluso, y luego se iría con la barbilla bien alta.

En cuanto a su actitud hacia Caleb... No tenía ni idea de cómo lo iba a enfrentar. Por mucho que Aiko hubiera insinuado que no lo quería tanto, se echaba a temblar de pensar en mandarlo al infierno por haberle mentido. No quería perderlo. Ni a su hermana. Ni a su madre. Los adoraba a los tres, por mucho daño que le hubieran hecho. Ella también se había equivocado, lo reconocía. No obstante, algo tenía que cambiar. Debía estamparles en la cara cada palabra con la que la atacaron. La gran pregunta era... ¿Por dónde iba a empezar?

La puerta se abrió dándole una magnífica idea.

—Aquí estás —suspiró Caleb, aliviado. Aquel día hacía especial calor, pero le sorprendió igualmente verlo sin chaqueta y con la camisa algo abierta. «Ahora no, ahora no»—. ¿Dónde estuviste anoche? Estábamos preocupados por ti. No pensé que fueras a venir.

Mio levantó la barbilla y lo miró inexpresiva.

—¿Y por qué no iba a venir? Aún no he firmado el despido, así que sigo trabajando aquí.

Habría añadido un: «¿acaso dudas de mi profesionalidad?», pero a ella misma se le ocurrían veinte formas distintas de desmontar aquel ataque. Además, no quería abofetearle con su verbalidad, solo dar a entender que estaba mosqueada. Necesitaba que él le preguntase, porque aunque Mio sabía abordar muchos temas de distintas formas, empezar discusiones se le daba como el culo.

—Eso es verdad.

Caleb se pasó una mano por el pelo. A Mio se le encendió la bombilla. *El vestido, debía ver el vestido...* Pero prefirió no arriesgarse a tropezar intentando un paseo desenfadado por la sala. Él se acercaría, le tendería una mano, la tocaría... Y todo lo demás sería historia, porque no estaba delante de un Caleb atractivo y *sexy* —eso lo era siempre—, sino ante un Caleb que llevaba enamorada de ella alrededor de veinte años. Y frente a eso, Mio se ponía tan sensible que quería comérselo a besos.

¿Que por qué no lo hacía? Porque también quería darle bofetadas hasta que espabilase. Ella no era la más indicada para abrirle los ojos a la gente, pero por Dios, solo de pensar que podría llevar diez años casada con él... Vale, tal vez diez fueran muchos, pero cinco eran factibles. Incluso podían tener un hijo de siete años.

Tanto tiempo perdido...

Hizo de tripas corazón para no llorar. Su falta de confianza le dolía demasiado, pero consiguió camuflarlo.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No. Solo quería que supieras que, si necesitas desahogarte, estoy aquí. Soy mejor escuchando que hablando, como ya sabrás… Aiko no me ha contado nada. Solo oí la discusión con tu madre porque estaba allí, y... Quería que supieras que estoy orgulloso de cómo la manejaste. Fue impresionarte oír cómo la ponías en su lugar por primera vez. Llevaba años esperando algo así.

Oh, genial, ahora le hacía la pelota. Tendría que ponerse seria, bloquear esa camaradería y echarlo de allí antes de que se pusiera tierno. No le costó mucho. Le pareció un hipócrita que aplaudía lo que odiaba que hiciera con él, cuando encima pensaba de ella lo mismo que su madre.

—Gracias. Me queda mucho trabajo que hacer —anunció—. Si pudieras dejarme, te lo agradecería mucho.

Se fijó en que la miraba con recelo, como si no se fiara del todo de su tono. «Esa es la nueva Mio, chico; si te gusta la tomas, y si no, pues la dejas... Como las lentejas».

—Claro. Necesitaré que me acompañes sobre las once a los juzgados para saber la fecha exacta del juicio contra el Kendall West. Ya he conseguido hablar con las enfermeras y auxiliares expulsadas con amenaza; han accedido a testificar, así que será pan comido. —Hizo una pausa nerviosa—. Gracias por todo. Sin ti no lo habría conseguido.

«Sin mí metiendo la pata, ¿no? ¿Es que te pone que la cague? Maldito falso».

Esa no fue su primera reacción, claro. Estuvo más centrada en su sincero agradecimiento, que la hizo sentir valiosa y realizada, casi hasta el punto de tirar por la borda su plan de hacerse la ofendida. No duró mucho, aunque peligró como nunca al recibir una rápida mirada evaluadora por su parte.

—Estás muy guapa hoy.

Dios, ¿por qué tenía que hacer eso? ¿Se había propuesto jugar a ser el galán por un día? ¿O era mentira eso de que no había hablado con Aiko y estaba siendo adorable para conmoverla y hacerle cambiar de opinión...? No le extrañaría, parecía que los dos tenían fijación por eso de fingir. El problema era que un cumplido de Caleb valía por quince, porque no los solía hacer.

No dijo nada. Solo asintió y esperó a que saliera, ofreciéndole una agradable perspectiva de su trasero embutido en la gloria de los pantalones de traje. Cuando estuvo a solas, bufó y se echó hacia atrás, pidiendo la ayuda del Salvador con los ojos clavados en el techo.

Enfadarse con Aiko no era fácil: más bien era imposible. Era Caleb quien solía ser cosa hecha. Pero se le estaba resistiendo romper toda relación con él, quizá porque, en el fondo, le dolía perder más tiempo cuando ya lo tenía. Lo lógico y justo para ella, sería aclarar las cosas con tranquilidad y seguir a su lado como las últimas semanas... Desgraciadamente, no era tan fácil, aunque lo pareciese.

Inspiró hondo y se centró en el trabajo, que resolvió bastante rápido. Solo burocracia, papeleo inútil, unas cuantas llamadas, pasar resoluciones de papel impreso a ordenador, y a la inversa.

Unas horas después, recibió un mensaje de texto vía correo electrónico.

De: Caleb Leighton
Para: Mio Sandoval
Asunto: (vacío)
¿Estás enfadada?

¿Enfadada? No estaba enfadada. Estaba furiosa, triste, decepcionada, perdida, sola y terriblemente enamorada. Vamos, *furiosatristedecepcionadaperdidasolaenamorada.* Pero eso era más explícito, así que si quería la contestación entera, tendría que concretar. ¿No era así como jugaban sucio los abogados? ¿Manipulando la verdad a su antojo...? ¿Jugando con la retórica persuasiva? Joder, sabiendo que era así desde el principio, ¿cómo no se le ocurrió que no estaba hecha para trabajar en departamentos legales?

Suspiró y volvió a leer el mensaje. Por lo menos lo había notado. No podía decirle que sí, porque entonces acabarían hablando de aquello por mensajería y no le gustaba la idea. Ni tampoco podía contestar solo que no, o pensaría que era escueta porque estaba demasiado ocupada para extenderse... En definitiva, debía ser directa, pero no mucho.

De: Mio Sandoval
Para: Caleb Leighton
Asunto: (vacío)
No.
Reciba un cordial saludo.

Mio se separó del escritorio, satisfecha con su respuesta. Así no quedaría duda de que estaba cabreada y esperaba un poco de insistencia.

De: Caleb Leighton
Para: Mio Sandoval

Asunto: (vacío)
De acuerdo. Entonces no te importará traer tus saludos cordiales a mi despacho ahora.

No iba a alargarlo mucho más. No tenía sentido que se quedara hasta tarde en la oficina cuando podía zanjarlo todo en unos minutos. Se levantó con la hoja de renuncia firmada por la interesada —Mio, con un corazón formando la «o»— y se dirigió al despacho. Si esperaba unos saludos cordiales muy sonrientes, le iba a dar el sol.

Se presentó allí con la mayor dignidad que pudo reunir, cerró la puerta, y se acercó a la mesa sin darse aires de nada. Cerró el caso plantando el folio sobre la superficie con un manotazo no muy agresivo, y se llenó de fuerza para dar sus razones.

Caleb estuvo ocupado fijándose en el cinturón del vestido hasta que le llamó la atención la firma.

—¿Qué es esto?

—Lo que tú querías. Me voy —anunció—. Dejo el trabajo. He decidido que voy a dedicarme a estudiar para el examen de ingreso de la policía animal de Miami, y a entrenar para las pruebas físicas. La abogacía no es lo mío, por mucho que lo intente, y seguir aquí es una pérdida de tiempo.

Caleb evaluó su expresión con mirada crítica.

—¿Estás segura? Coincidimos en que la abogacía no te gusta, pero me parece un poco sospechoso que te pelees con Aiko y al día siguiente tomes una decisión tan radical. No deberías cambiar tu vida de golpe estando en caliente. Solo es un consejo —añadió con suavidad.

—No ha sido en caliente. Llevo unos días pensando en ello y probarlo no me matará.

De nuevo esa mirada que intentaba ver más allá de lo que decía. Esa mirada que recelaba, que no se fiaba ni de sus afirmaciones más firmes.

—Si es lo que quieres no soy nadie para contradecirte. Pero si lo haces porque Aiko...

—Te he dicho que he pensado en ello, y no tiene nada que ver con Aiko —interrumpió, cansada—. Esta decisión la he tomado yo sola. Me mantendré con el dinero que he ahorrado, alquilaré un piso asequible en un barrio barato y estudiaré. Y si tengo alguna necesidad, trabajaré en algún bufete al mismo tiempo. En el de Marc, quizá... Porque tienes razón, al margen de mi idea, no quiero ver a Aiko.

Caleb parpadeó un par de veces. Esa fue toda su expresión de asombro y confusión. Se puso de pie muy despacio y la miró con el ceño fruncido.

—He estado intentando no meterme, pero viendo que esto se os va de las manos, voy a preguntarlo directamente. ¿Qué coño ha pasado?

—¿De verdad ella no te lo ha dicho? Me extraña, con lo bien informados que os tenéis siempre. Vamos, es confianza lo que se necesita para compenetrarse tan bien incluso al mentir.

—¿Cómo?

Mio tragó saliva y apartó la vista un segundo. Era bastante difícil mirar a ese hombre a la cara y no cambiar el discurso a mitad. Todo lo que quería hacer era sentarse en su regazo y preguntarle si era verdad que la quería, y cómo la quería, y desde qué exacto segundo, y qué era lo que le cautivó de ella. Averiguar hasta el más mínimo detalle, porque la curiosidad y las ganas de acabar con todo superaban cualquier otra cosa... salvo el rencor.

«Sé fuerte».

—Mio, ¿qué pasa? —insistió él, plantándose delante con cara de preocupación.

—Eso digo yo. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa contigo, qué pasa con vosotros? Le dijiste a Aiko que me querías en lugar de a mí —soltó sin anestesia—, cuando *yo* soy la única persona a la que eso le concierne. Eran sentimientos tuyos *hacia Mio Sandoval*, y no parece que te arrepientas de haberte equivocado de hermana al declararte. Igual que Aiko no cree que deba pedir disculpas por habérmelo ocultado. Parece que no sabe que, en el momento en que uno conoce algo que otra persona ignora, está incluido en el problema. Haga lo que haga, diga lo que diga, ¡está en el medio! ¡Y si me hubiera querido un poco, me lo habría dicho!

A Caleb le costó salir del trance.

«Ve con un poco más de calma, haz el favor...».

«Y una mierda. No tengo tiempo para andarme con paños calientes, ya bastantes años hemos perdido dando vueltas».

—¿Os habéis peleado porque no te contó... *no te lo contó*? Porque en ese caso va siendo hora de que la llames. Si no dijo nada no fue por falta de ganas, sino porque le rogué y supliqué que no interfiriese en lo nuestro.

—*En lo nuestro* —repitió con una mueca. Hizo las comillas con los dedos—. ¿Qué es eso «nuestro»? ¿Lo que yo me he esforzado en conseguir, porque hasta hace unas semanas, yo no era nadie para ti ni parecía que fuera a serlo? Ni Aiko ni tú insinuasteis que pudiera ser posible, ni me disteis esperanza... Ni desmentisteis vuestra historia de amor. Más bien era *lo vuestro*. Así que tal vez no me quieras y esto sea una broma entre vosotros. Se supone que, cuando quieres a alguien, te arriesgas. Y tú no solo me ignorabas, sino que me hiciste pensar que estabas enamorado de otra.

—Yo nunca pretendí hacerte pensar nada de eso. Te lo creíste porque se lo creyó tu madre, en tu línea de confiar a ciegas en la palabra de cualquiera menos en la tuya —respondió, irritado. Debajo de su semblante tenso había algo que Mio quiso descifrar y no pudo. ¿Era miedo?—. Si ese es el reproche que vienes a hacerme cuando descubres... cuando *lo descubres*, ya puedes ir pensando en otro. No puedes culparnos ni cabrearte por habernos cansado de intentar abrir los ojos a todo el mundo, ni mucho menos restarle validez a lo que sentía... *siento*, porque no surgiera cuando y como te habría gustado. Además, ¿para qué te lo iba a decir cuando no estabas interesada en mí?

—¿Que no estaba interesada en ti? Eso sí que es gracioso —masculló—. No eches la pelota en mi tejado y dime de una vez por qué no me lo contaste. Se veía a kilómetros que me moría por un rato contigo.

—Oh, claro que se te veía..., pero cuando te venía bien. De lunes a miércoles, Caleb te interesaba, y de jueves a domingo ya te ibas a por otro. Te gustaba pasar el tiempo conmigo diez minutos, luego te ibas a tontear con otro. ¿Qué coño esperabas? —espetó.

—¡Que no fueras un cobarde y me dijeras la verdad!

La mirada de Caleb se oscureció. Dio un paso amenazante hacia ella.

—¿Quieres saber de verdad por qué no te lo dije? Porque amar a alguien y querer estar con él son dos cosas muy distintas.

Mio se mordió el interior de la mejilla para controlar un puchero.

—Pues no es lo más lógico que vayan separadas.

—No, no lo es, pero en mi caso era así. ¿Por qué iba a decirte que... por qué iba a *decírtelo* si no pensaba hacer nada al respecto? ¿Para alimentar tu vanidad y que lo olvidaras al día siguiente? ¿Para que empezaras a comportarte de forma extraña conmigo, o cuestionaras mis sentimientos como estás haciendo ahora, solo porque me cuesta demostrarlo como la gente normal? No, gracias. Necesitaba un poco de estabilidad. Sigo necesitando estabilidad, y a ti eso no te sobraba.

—¿Y tú si eres muy estable?

—Mio, cuando señalo tus defectos no es para ponerme por encima, ni para restarle importancia a los míos. Claro que soy inestable. Y un cobarde. Pero estamos hablando de mis razones, no de mis problemas para abrir mi corazón. Eso es… —Miró hacia un lado—, otro tema diferente.

—No es ningún tema diferente. Todo está relacionado.

—Sí, tienes razón. —Clavó los ojos en ella. Se intuía que estaba entrando en pánico—. ¿Vas a odiarme por haberte tenido miedo?

—Claro que sí, porque estabas siendo injusto.

—¡No digas que soy injusto! —exclamó, enfadado—. Soy muchas cosas, peo no injusto. ¡Estaba siendo precavido, porque tú nunca me has dado razones para confiar en ti!

—¿Y tú sí?

—¡Tampoco! ¡Pero yo no te estoy echando la bronca por no haberme dicho nada! Soy totalmente consciente de que me lo busqué, de que fui precavido a costa de ser un infeliz. Y también sé que eso me hace un imbécil, pero no fui ni soy ilógico, injusto o mentiroso. No actué porque me sobraban motivos.

—Que no eres un mentiroso… —balbució Mio, colorada—. ¿No fuiste tú el que me dijo que no me juzgaba por dudar, ni por equivocarme? ¿El que decía que me perdonaba? Todas esas cosas bonitas que me soltaste en tu coche eran patrañas…

—¡Claro que no te juzgo! ¡Tu situación familiar siempre ha sido una mierda y tú solo te ceñías a tu papel! ¡Eso también te lo dije en el coche! Pero que no vaya a rechazarte por tus idas y venidas, no significa que no vaya a tenerlas en cuenta cuando vaya a tomar una decisión que podría cambiar mi vida. Y sabes perfectamente que puedes ir dando tumbos, ser irracional e imprudente, que yo nunca te lo señalaré por maldad, sino para ayudarte, porque siempre he visto que no estabas bien…

—¡Ayudarme! —exclamó—. ¡Me decís todos que madure y fijaos en cómo os referís a mí! Como si fuera en silla de ruedas y dependiera de que me empujaseis para hacer las cosas bien. ¿Cómo queréis que crezca si no me dejas y me tratas como a una cría?

—¿Y cómo quieres que te deje crecer, si crees que se crece imitando a Aiko?

—No estás tú para darme lecciones de nada, ni aconsejarme, ni indicarme el camino.

—No voy a negar eso. Jamás me he tenido por el mejor dando discursos, pero alguien tiene que pararte los pies de vez en cuando. Igual que alguien debe parármelos a mí, y al resto del mundo. Reconozco que no soy el que mejor encaja una crítica *a priori*, pero con tiempo y perspectiva acabo admitiendo que me he equivocado. ¿Por qué no puedes admitir tú que no solo nosotros la hemos pifiado?

»Y te tratamos como a una cría porque quieres eso. ¿O te recuerdo que le dijiste cosas horribles a tu hermana porque quiso precisamente dejarte crecer y resolver tu drama amoroso por ti misma, en lugar de allanarte el camino?

—Olvida a Aiko ahora. Se trata de ti y de mí. ¿Se supone que no me dijiste que me querías porque yo debía demostrar madurez para merecerlo?

—No quería madurez, solo la certeza de que tú me deseabas en la misma…

—Pues lamento decirte que no me quieres a mí, sino a la idea que todos tenéis de lo que debo ser para que se me tome en serio —soltó. Levantó la barbilla—. Y lo siento también, porque si esperáis que sea como vosotros, os van a dar las uvas. Puede que me equivoque y tenga que mejorar mi impulsividad entre otras muchas cosas, pero nunca voy a ser una persona seria y amargada como tú.

Caleb se desinfló.

—Nunca he pretendido que seas como yo.

—¿No? Porque veo un poco de superioridad moral en todo este asunto. Aiko y tú sois mucho mejores que yo, por eso nunca me dijisteis la verdad. Porque no podría manejarlo y acabaría cagándola a lo grande. ¿Me equivoco?

—Sí, te equivocas. Cuando discutimos siempre te vas creyendo que te estoy atacando y solo intento que me comprendas. Compréndeme, Mio, joder. No te lo dije porque tenía miedo, lo que me hace un cobarde y un estúpido, sí… Pero ese miedo lo infundiste tú, en parte, con tus constantes cambios de opinión.

—¿Y se supone que eso no es juzgarme?

—No lo es —se empecinó él—. No te juzgaba porque un juicio suele ser desacertado, o como mínimo hace aguas, y yo solo era y soy consciente de quien eres. Te moleste o no, puedas aceptarlo o no, eres inconstante e insegura, igual que yo soy lo que soy.

—Alguien que no me quería tanto como pensaba.

Caleb cerró los dedos en su pelo oscuro, desesperado.

—Claro que sí… Claro que lo hago. Pero por mucho que sintiera lo que sentía, no iba a arriesgarlo todo —mi familia, mi amistad con Aiko, el simple hecho de verte y estar contigo— para perderte enseguida. Había demasiadas probabilidades de que saliera mal, e insisto en que no todas tenían que ver con tu volubilidad. No eres la mala, ni tampoco la santa. Muchas de ellas estaban relacionadas conmigo… y con los caminos tan distintos que elegíamos. Ahora es cuando estamos en la misma onda, y por eso lo hice ahora. *Decírtelo*.

Mio exhaló emulando una especie de carcajada.

—¿Qué es lo que has hecho, qué es lo que me has dicho? Porque tuve que confesarlo yo. Incluso ahora que estamos hablando de ello, no lo sueltas. ¿Por qué no eres capaz de decirlo en voz alta? Llevas toda la conversación evitando esas palabras. ¿Cuál es tu problema? ¿Por qué no lo confiesas, ni siquiera ahora que lo sé?

—Porque esta no es la manera, ni el momento —repuso Caleb—. No voy a decírtelo cuando estás tan cabreada y parece que todo se va a la mierda.

—¿Cuándo, entonces?

—Cuando me digas claramente que quieres estar conmigo. ¿Quieres?

Mio se resistió a afirmar con la cabeza. Estaba demasiado dolida.

—Las cosas se darían cuando y como tú quisieras. Ese es el resumen, ¿no? Te declaras ahora. Diez años después. O veinte. Cuando a ti te viene bien. Y has tenido suerte, porque aquí me has tenido, pero ¿y si me hubiera ido con otro hombre hace cinco? ¿Y si me hubiese enamorado de

otra persona? ¿Qué habrías hecho con tus sentimientos guardados a buen recaudo, esperando el momento ideal?

Caleb la miró directa e intensamente a los ojos.

—Morirme de pena y odiarme a mí mismo —dijo sin rodeos—. Créeme, me puse en todos los supuestos posibles y sabía que ese era uno de los riesgos. Pero son mis sentimientos. *Míos* —recalcó, clavándose el índice en el pecho—. Por eso los diría cuando me pareciese correcto. Y si nunca era el momento, nunca lo diría, acarreando con las consecuencias que eso conllevase. Pero los diría yo. *Yo*. No mi mejor amiga ejerciendo de mensajera, como si aún tuviéramos trece años.

—Según la gente que me rodea, es esa la edad que tengo —replicó en tono venenoso—. No habría quedado del todo mal.

—¿Por qué te pones tan a la defensiva? Claro que no tienes trece años, pero tienes defectos y problemas, y la gente intenta protegerse de ellos queriéndote en el proceso, que es lo que no comprendes. Intentas ser perfecta porque crees que, si no lo eres, no te vamos a adorar, sin darte cuenta de que ya lo hacemos. Lo que nos molesta es que intentes cambiarte. Sí, eres voluble, e irritante a veces, y una descerebrada imprudente… te quiero igual, o más, precisamente por eso. Pero te quiero para siempre —deletreó. Su voz se quebró—, y si te lo hubiese dicho antes no habríamos durado un carajo, porque ni yo confiaba en ti, ni había una maldita cosa en este mundo que quisieras en serio por aquel entonces.

—¿Que no? —espetó alzando la voz. Se rompió a mitad por culpa de un sollozo—. ¡Sí había una maldita cosa, y eras tú! ¡Tú eres la única constante en mi vida, lo único que me despierto y acuesto queriendo cada día, sin excepción! Te he querido desde siempre, Caleb... Y sobre eso no ha importado la opinión de los demás, ni mi supervivencia, ni que fuera imposible. Te he querido desde que tengo uso de razón, y que me digas que no es cierto, o que no es creíble, porque me hace daño y eso… eso es lo único que no me puedes quitar.

Caleb crispó los puños.

—No te lo pretendo quitar, ni lo habría hecho si lo hubiese sabido. Pero nada me aseguraba que no revoloteabas a mi alrededor porque yo era otra de esas cosas de Aiko que querías. Fuiste así durante tu adolescencia, durante parte de tu edad adulta. ¿Qué podía hacer yo? ¿Subordinarlo todo a ti? Créeme, lo habría hecho si no me hubieras dicho dos veces que me querías y te hubieses arrepentido cinco minutos después. Incluso con tu amor propio jodido hasta las raíces, te prefiero a cualquier otra persona.

—Pues nadie diría eso cuando no pudiste darme ni un solo voto de confianza —sollozó, secándose las lágrimas con los dedos. Dio la vuelta con el corazón encogido y se dirigió hacia la salida, murmurando por lo bajo—: ni uno.

—Porque aunque te prefiera antes que a nadie, yo no te habría servido para nada si no hubiese tenido la confianza necesaria para mantener una relación. Lo primero era sentirme seguro y que tú estuvieras segura, porque los dos éramos una bomba de relojería, cada uno con lo nuestro.

Mio abrió la puerta deshecha en lágrimas.

—Y yo no digo que no sea verdad. Solo que podríamos haber explotado juntos.

Ya estaba, se había acabado. No hizo falta que lo dijera. Su salida precipitada del despacho, sin empaquetar las tonterías que colocó sobre el escritorio de su hermana ni despedirse de los pocos amigos que tenía allí —que, en realidad, era solo Jesse— habló por sí sola. Con lo inteligente que era Caleb, imaginaba que lo habría captado al vuelo.

Mio nunca había roto con alguien. Solo con aquel chico con el que salió en la universidad, Don. No fue ningún drama, porque aparte de que no estaba enamorada de él, solo estuvieron juntos unas semanas. Con Caleb no llevaba ni una siendo su pareja y sentía como si le estuvieran abriendo el pecho con un cuchillo al rojo vivo. Y no era una sensación corriente, porque es cierto que, cada vez que se peleaban, Mio regresaba a casa llorosa y con ganas de enterrarse en mantas hasta el milenio próximo.

Eso era lo que imaginaba que desearía hacer. Una pelea era una pelea.

Pero aquella no fue una normal, porque significaba el fin, y ella ni siquiera quería que fuese el fin. Solo pedía lo que Caleb no había hecho en esos veinte años: demostrarle que la adoraba y que necesitaba que se quedara con él. También habría perdonado a su hermana si se hubiese disculpado, pero todos insistían en que no tenía la razón y la trataban de loca por querer tirarse del pelo. Y probablemente se hubiera planteado que estuvieran en lo cierto... en otro momento. Ahora ya no. Ahora no iba a renunciar a sus sentimientos ni a su dolor, ni iba a ponerle más parches, ni pensaba cubrirlos de falsedad. Traduciendo... Le esperaba un día llorando a lágrima viva en un hotel aleatorio de Miami. Ya al día siguiente iría a la estación de policía para inscribirse y recompondría su vida pedazo a pedazo.

Había enviado un mensaje a Marc para preguntarle si Aiko estaría en casa. Necesitaba pasarse para rescatar a Noodles, recoger su ropa y devolver la llave. Este le había dicho que sin problema, que su hermana estaba en Miranda & Moore y que nadie la molestaría mientras cargaba sus bártulos. Podría haber elegido no creerle. A fin de cuentas, se decía que Marc mentía más de lo que hablaba. Pero conocía también a su hermana, y sabiendo que le había hecho daño y necesitaba estar sola, no intentaría acercarse a ella en un tiempo... Ni mucho menos utilizando a su prometido para traerla con los ojos vendados a sus dominios.

De todos modos, cuando Mio entró en el apartamento, supo que no estaba sola. Se le puso la piel de gallina al oír de fondo el sonido del microondas, y unos pasos pesados acercándose al recibidor. Mio llevaba sintiéndose observada desde el día anterior, con el mal presentimiento de que iba a ocurrir algo terrible. Y ahí estaba. Alguien se había colado en el ático de Marc Miranda —una buena elección, porque encontraría muchas cosas bonitas para robar—, y ella... No sabía qué hacer, si acercarse con un objeto punzante en la mano, salir corriendo, esconderse...

Decidió no mover un músculo cuando esas pisadas la acorralaron en el pasillo. Mio se puso tensa, con el pomo de la puerta en la mano. Si la abría, haría ruido, y sabría que había estado allí. Y si echaba un vistazo a las cámaras de seguridad, reconocería también su cara.

De repente se sentía como en una peli de terror, sobrecogida por la desconocida sombra que se proyectaba en la pared.

Mio chilló en cuanto vio el cuerpo del ladrón.

—¡Pero serás puta! ¿Qué coño haces? —gritó una voz femenina, llevándose la mano al pecho —. *Mare meva10*, por poco me cago encima. Pensaba que había venido Lola y ya estaba empuñando el cuchillo jamonero.

—¿Qué Lola?

—¿Qué Lola va a ser? Pues *lola*drones.

Kyoto Sandoval no era una persona que inspirase abrazos o reencuentros sentimentales —por mucho que le gustaran las películas dramáticas y su recreación—, pero Mio rompió a llorar en cuanto la vio al fondo del pasillo, con su pelo teñido de rojo y su bata de seda de AliExpress. Echó a correr desde la puerta con los brazos abiertos y se lanzó sobre ella, sin mirar dónde moqueaba.

Hacía por lo menos un año que no la veía en vivo y en directo, y seguía oliendo igual: *Amor Amor* de Cacharel, la edición de verano. Su piel era igual de suave, sus ojos igual de azules. Cuánto la había echado de menos. No sabía cómo lo hacía, pero aparecía siempre que alguna de las hermanas Sandoval tenía una crisis existencial para recordarles que había que ser un poco menos sensible.

—¿Qué haces aquí?

—Sonarte los mocos, parece —masculló, aireándose la hombrera de la bata—. ¿Qué voy a hacer aquí? Pues prepararme para la boda de Aiko. Anteayer hice mi último examen, el jodido Internacional Privado, y como me copié del listo sabía que iba a aprobar, así que me he venido corriendo para probarme el vestido. Menuda sorpresa encontrarme el drama que os montasteis ayer. Tu madre y tu hermana no paraban de llorar, Caleb estaba en *shock* y Marc tan buenorro como siempre. ¿Has visto el vestidor que tiene? ¿Cómo de mal está del uno al diez que le levante el marido a tu hermana?

—Para eso el marido tendría que dejarse —intervino una voz masculina. Marc estaba también allí, vestido con ropa de andar por casa.

Mio se mordió el labio.

—Hola.

—Hola —saludó—. Veo que tenéis mucho de lo que hablar. Si necesitáis lo que sea, estaré arriba.

Esperaron a que desapareciera escalera arriba, con su característico andar pausado. Entonces, Mio gestionó lo que su prima acababa de decirle y preguntó:

—¿Cómo que llorando? ¿Aiko? Eso no lo hice yo.

—Sí que lo hiciste tú, pero da igual, que se jodan. Estoy orgullosa de que pusieras las tetas sobre la mesa, hay que hacerlo al menos una vez en la vida, enseñarles quién manda... Ven, que estoy haciendo palomitas. —Hizo un gesto hacia la cocina—. Aprovecha para contarme qué coño pasó.

—¿Aiko no dijo nada?

—No. Estaba como cuando se cabreó con el mundo en el hospital, hecha un guiñapo y dando manotazos para que la dejaran en paz. Es su resaca postdiscusión, ya la conoces. Y oye, que estoy de acuerdo con eso de que le plantes cara a quien te toque las narices, eres demasiado blandiblú y tienes que espabilar, pero hacer sufrir a tu hermana estando embarazada... Haberte esperado un poquito, que lo mismo se le forman trombos de la irritación y ya *pa* qué más. —Sacó las palomitas del microondas—. ¡*Collons*, cómo quema!

Algo que caracterizaba a Otto era que recogía todos los dialectos y acentos de la península ibérica. Su abuelo paterno, al igual que el de Mio y Aiko, era andaluz, y la abuela, catalana de pura cepa, así que no era extraño que conjugara el acento de Sevilla con exclamaciones en

catalán. A veces incluso hablaba en catalán directamente, a riesgo de que nadie la entendiese, aunque eso era solo con aquellos que le caían mal.

«Espera, espera, espera...»

—¿Has dicho embarazada? —repitió.

—Sí, ya sabes. —Silbó al dibujar una barriga redonda en el aire—. Fecundada, preñada, encinta, concebida, gestante, grávida, en estado de buena esperanza, esperando a la cigüeña... Trastorno hormonal transitorio, etcétera, etcétera. O, como me gusta a mí: le pusieron fruta a la piñata, se comió la torta antes del recreo…

—Vale, vale, lo he pillado. Entonces no estás bromeando.

—Que ya me gustaría a mí —masculló, abriendo el paquete de palomitas. Cazó una que casi cayó al suelo—. Mimi, tú sabes que yo bromeo con todo excepto con dos cosas: maquillaje y el Apocalipsis. Y un bebé es un Apocalipsis de lo peor, especialmente cuando tienes insuficiencia renal crónica.

Mio no pudo reaccionar enseguida.

—Pero... Ella no me dijo nada —murmuró, a punto de llorar de nuevo.

—Supongo que porque estabas muy ocupada diciéndole que era una zorra, y todo eso. En serio, no dijo ni pío, pero a Aiko se le nota en la cara cuando la llaman zorra. ¿Vas a contarme qué ha pasado, *petit carallot*?

No se hizo de rogar. Habían pasado un tiempo sin hablar, así que tuvo que narrar la historia desde que pronunció la primera mentira sobre el miembro de Caleb hasta la discusión en el despacho, pasando por el azote, las clases de coche, la cagada con Gavin y otros muchos detalles a los que Kyoto atendió prácticamente haciéndole los coros con carcajadas muy ruidosas.

—No me lo puedo creer, entonces estaba pillado por ti. Has pasado de ser la protagonista de *Amiga mía* de Alejandro Sanz a la de *A que no me dejas*. Bueno, ahora estás un poquito *Corazón partío*, pero no pasa nada... Esta historia solo puede acabar como *No me compares*. Ya sabes: «ahora te enseño de dónde vengo y de qué tengo hecho el corazón (...) Ahora podemos mirarnos sin miedo al reflejo en el retrovisor» —cantó con voz dulce. Mio recordó todas las veces que Aiko se rio de ella diciendo que no era una Sandoval por saber entonar—. Creo que sobre este tema solo podemos sacar tres conclusiones.

—¿Cuáles?

—La primera es que es normal que estés cabreada y te sientas traicionada. Diez años sin deciros nada... Podríais tener dos gemelos estudiando en primaria y llevar media hipoteca pagada.

—¡Exacto! ¡Gracias!

—La segunda es que Aiko te quiere demasiado para que pienses que lo hizo a maldad. Si no te dijo nada fue porque lo creyó mejor, y yo, personalmente, entiendo que lo dejase en vuestras manos después de llevar toda su vida intentando reconducir la relación de Aiko I y Raúl. Se te olvida que Aiko ha sido una desgraciada durante años por culpa de intentar ayudar en ese sentido, Mio. Si no se metió era porque tenía muy clarito que podría acabar igual.

—Ya, pero...

—Y la tercera es que ya me jodería haberme tirado años esperando a alguien para dejarlo justo ahora. Si no tuviera las uñas recién pintadas te daría una colleja por lerda. —Entornó los ojos—. Hazlo sufrir, tírale del pelo, ponte caprichosa y pídele que te compre un anillo de diamantes...

Pero no lo mandes a la mierda, porque así le estás dando la razón y encima te estás saboteando. Coño, Mio, que te puedes enfadar todo lo que te dé la gana, pero al césar lo que es del césar: si no demostrabas que estabas enamorada de Caleb, si no se lo dijiste directamente a Aiko y si eras una bala perdida, pues se dice y ya está. ¿Que se han portado mal? ¿Que te han menospreciado? Chica, tú eres la primera que se menosprecia, ¿qué esperabas? La gente te va a tratar como dejes que te traten.

—Tú también te pones de su parte —murmuró con tristeza.

—Yo no estoy de parte de nadie, te digo las cosas como son. Si todos tenéis razón. Es normal que estés triste, ha sido mucho tiempo perdido... Pero como te dijo Caleb, a lo mejor debía ser así. A lo mejor no era vuestro momento. —Dejó de sonreír—. Yo lo entiendo. Sabes que es la persona indicada pero no te atreves por las razones que sean. Eso es humano. Equivocarse, tener miedo, contradecirse, dudar... Los dos tenéis lo vuestro y estabais condicionados por unas cosas y otras. Ahora que ya se sabe toda la verdad, ¿vas a ignorarlos para siempre? ¿Cuando por fin podéis entenderos y ser felices?

—No me gusta mi vida tal y como está, ni me gusta cómo me siento.

—Puedes cambiar tu vida sin cambiar a las personas que hay en ella... A no ser que quieras echarlas de verdad. ¿Quieres vivir sin Aiko y sin Caleb?

—Pues claro que no —respondió rápidamente, ofendida con la suposición. Apoyó la mejilla en el hombro de Otto—. Pero quiero una disculpa por haberme infravalorado.

—Entonces empieza pidiéndote perdón a ti misma. Mio, todo el mundo te ha querido siempre, incluso cuando se peleaban contigo. De hecho, te los han perdonado tantas veces que no te has molestado en cambiarlos. Y tú, por supuesto, has perdonado a los otros. De eso van las relaciones, de disculparse mutuamente e intentar entenderse. Ellos tienen que ponerse en tu lugar, eso está claro. Cuando lo hagan, llegará tu disculpa. Pero ¿te has puesto tú en el lugar de ellos?

Mio no respondió, porque la respuesta era sencillamente negativa. No quería ponerse en el lugar de ninguno de los dos sabiendo que tenían parte de razón, pero no le quedaba otro remedio. Si se imaginaba con una persona como ella... O no con una persona como ella, sino *con una persona como la que fingía ser* para contentar a los demás... La respuesta estaba clara. Tampoco se habría atrevido a abrir su corazón, y eso que Mio era de las que lo soltaban todo. Hablando de alguien como Caleb, que tardó dieciocho años en decirle a su mejor amiga que la quería y que ni hablando con ella directamente era incapaz de decir con claridad que la adoraba, podía figurarse que sería más difícil aún confesar los sentimientos.

—Qué sabia eres, Otto —dijo al final.

—¿Qué coño voy a ser sabia, si no sé ni poner una lavadora? Es que me he tirado toda la semana viendo *Merlí* y ahora me creo filósofa —se descojonó—. Anda, vamos, no llores y elige una película. Lo más importante ya está resuelto, que es tu vocación, lo que vas a hacer a partir de ahora y que esos zapatos que llevas son monísimos.

Mio ni siquiera se había dado cuenta de que lloraba. Se secó las lágrimas rápido y suspiró.

—Nada romántico. Odio las películas de amor —confesó. Otto la miró con cara de «por fin lo dices»—. Y odio el pelo largo, y la ropa que se pone Aiko, y también a los tíos malos con los que salía y se supone que debían gustarme a mí también. Ni los tatuajes me interesan.

—Me alegra que te hayas dado cuenta. Igual, igual... Intentar ser como Aiko no fue tu idea más brillante, ¿no?

—Pues no —murmuró.

—Qué bien que lo admitas. Así estarás más cerca de entender a Cal, como él te entiende a ti. Que si las pelis favoritas de Aiko, que si los perfumes de Aiko, que si la ropa de Aiko…, que, por cierto, te sienta como el culo porque tenéis un cuerpo distinto. Busca algo que te favorezca —le dijo en voz baja, poniendo las manos como bocina—. De pequeña copiabas sus expresiones, sus gestos... Buscabas tíos parecidos a los chavales que se enamoraban de ella. Lo último fue estudiar Derecho para acabar igual. En serio, y luego te extraña que Caleb no se fiara de ti y metiera el rabo entre las piernas. Que lo raro es que no le arrastrara, porque joder, veinte son muchos centímetros.

Mio soltó una carcajada que acabó sonando amarga.

—¿De verdad piensas que me veía capaz de obsesionarme con él, solo porque Aiko lo adora?

—Nena, te adoro con toda mi alma… Pero hasta yo te veía capaz de eso —confesó—. Y no estábamos pensando lo peor de ti, estábamos pensando exactamente en lo que hacías. Ni más ni menos. Es como si ahora vienen a decirte que Kyoto Sandoval le ha puesto los tochos a su novio. Te lo crees, ¿verdad? Porque así soy yo, capaz de hacer esas cosas. No estás pensando lo peor, estás pensando en quien soy.

—Vaya —murmuró ella—. Visto así tiene mucho sentido. Pero no tienen por qué recordármelo todo el tiempo.

—Caleb te lo recuerda cuando hace algo que le cabrea. La que te lo recuerda es tu madre. No los metas en el mismo saco, porque no son la misma mugre. Moraleja —exclamó, levantando los brazos—: si quieres a alguien, díselo. Eso de saber que alguien te ama con solo mirarlo a los ojos no pasa en la realidad, solo en los libros románticos. Y coño, no es por nada, pero Caleb tiene nueve dioptrías en cada ojo. No ve una puta mierda, el cabrón.

—Vale, vale, ya me he enterado, no me agobies más. Pero sigo necesitando tiempo para asentar este aluvión de noticias. Fue chocante descubrir que Aiko y Cal no estuvieron juntos, pero que estuviera enamorado de mí... Simplemente no me entra en la cabeza. He estado pensando y creo que habría preferido no saberlo, porque no hay nada peor que saber que todo tu sufrimiento ha sido para nada.

—No ha sido para nada. Necesitabas tocar fondo para darte cuenta de todo lo que hemos hablado. Antes habrías pasado de nosotros y habrías seguido como los avestruces, con la cabeza metida en la tierra. No nos habrías escuchado. Nos hubieras tratado de locos. Y también te hacía falta darte cuenta de que ni Aiko ni Caleb son tan perfectos como creías.

—Sí, supongo que sí.

—Además, que no sois Fermina Daza y Florentino Ariza[11]. Todavía sois jóvenes, podéis recuperar el tiempo perdido. Cuando te sientas bien para hacerlo, digo —añadió, mirándola de reojo.

Mio suspiró y la abrazó por el estómago.

—El problema con Caleb es que me siento mucho peor sin él que con él. Con él nunca me siento mal, en realidad. Pero quiero que haga algo por mí. ¿Crees que pido mucho?

—Pues claro que no. Le dices tú de follar, de tener una relación seria y te declaras antes, ¿y pides mucho porque quieras que mueva su culo cuadriculado? No te jode... —Rodó los ojos—.

Tú ya has demostrado lo que tenías que demostrar: sabes lo que quieres. Ahora le toca a él.

---

10 Madre mía en catalán

11 Personajes de El amor en los tiempos del cólera, de García Márquez.

19

La calseñal

Tres semanas sin saber nada de Mio, cuando solo quedaban cuarenta y ocho horas para el juicio y setenta y dos para la boda de Aiko. Si no hubiese sabido que Otto andaba por Miami ayudándola a organizar la mudanza, habría pensado que se las arregló para desaparecer de la faz de la tierra. Reencontrarse con la pequeña de las tres fue un alivio, y le hizo muchísima ilusión, sobre todo porque no escatimó en detalles al ponerle al corriente de qué estaba haciendo la gran revolución mientras ignoraba a los pobres perros que la adoraban, ya no tan en secreto. Sin embargo, ni siquiera el terremoto que era Otto le subió el ánimo o tranquilizó como necesitaba para resolver sus tareas con éxito.

El bufete echó humo durante el mes. Entre el caso —que ahora era de dominio público y estaba teniendo una gran repercusión mediática—, la posible fusión y la reincorporación de Aiko por unos pocos meses, Caleb no tenía ni tiempo para respirar. Pero curiosamente, no le faltaba para echarla de menos.

No sabía qué diablos hacer. No podía sacarse de la cabeza la mirada triste que le dirigió el último día, como diciéndole «no sé si quiero quererte». La verdad era que había estado dándole muchas vueltas a su postura, y sabiendo ahora que ella siempre lo adoró, lo veía todo rojo. Entendía que hubiese blasfemado y se hubiera dirigido a su discreción con tanto desprecio, pero ¿qué iba a saber él...? Que actuase como si a él no le hubiera gustado enterarse antes, le daba rabia.

Concentrarse era tarea imposible, y por eso agradeció muy en el fondo que Marc se estuviera haciendo cargo de todo, porque su cabeza estaba en otra parte.

Lo odiaba. Odiaba demostrar a su enemigo, y a sus amigos también, que no seguía sus propios consejos. Que, cuando su vida personal se hundía, su vida profesional también. Que todo afectaba a su forma de trabajo. Mas por raro que pudiera parecer, Miranda no le echó nada en cara, ni hizo ninguno de sus acostumbrados comentarios desagradables. Tal vez porque no tenía tiempo que perder con él, pudiendo maniobrar para sacar adelante la demanda con Aiko.

La verdad era que sufría por lo que el Kendall West había resultado ser: la tapadera de uno de los negocios ilegales más fructíferos de los Estados Unidos. Tráfico de órganos. Cuando se reunió con Amalia Souza y la puso al tanto, y cuando comentó a Bruno y a su hija lo que todo aquello significaba, casi se vino abajo con ellos. Los Marcello eran personas muy sensibles al sufrimiento ajeno, y en cuanto a Amalia... Caleb entendió, gracias a ella, que lo más doloroso no solo era que sus padres, al igual que su novio, hubieran sido prácticamente liquidados por un mal mayor, sino que sus órganos estarían en cuerpos que avalaron esa brutalidad. Aún no podía asimilarlo, pero cada vez que se veía en la cuerda floja, a punto de rendirse a las lágrimas o al

coraje, recordaba todas esas cosas que le había contado a las hermanas Sandoval. Las cosas buenas, las bonitas, las que perdurarían. Y se decía a sí mismo que no existía forma de que no hubiera justicia al final, menos cuando Marc estaba involucrado. Se decía que no tenía sentido llorar por ello.

Al principio no podía soportarse, y los que estaban a su alrededor, menos toleraban su comportamiento. Aiko estaba harta de verlo de mal humor por haber dejado ir a Mio, deprimido por el descubrimiento de la verdad; por no saber cómo afrontar el hecho de que sus padres podrían estar vivos si los hubieran llevado a otro maldito hospital. Pero en general, lo entendían. Se sentía arropado. Escuchar a Otto despotricar sobre lo cabrones que eran los supuestos especialistas le hizo el día, y la profesionalidad de Marc subía sus ánimos. A pesar de esto, costó seguir adelante cuando faltaba esa pieza indispensable en su vida, la que le colgaría si llamaba. Toda su tristeza y desesperanza podía resumirse en el *qué habría pasado si*, en *cómo sería su vida si.*

¿Qué habría pasado si le hubiera dicho a Mio que la quería desde el principio? ¿Cómo sería su vida, si sus padres hubieran sido tratados por verdaderos cirujanos? La incertidumbre y los condicionales le estaban matando. Lo estaban hundiendo. Pero conforme se acercaban el juicio y la boda, los que pensaba que serían los momentos más felices de su vida —o por lo menos, los que le quitarían un peso de encima—, compartidos por la escurridiza Mio, iba sintiéndose mejor.

—Ahora podríamos hablar de la fusión —comentó Marc. Acababan de despedir a los testigos que llevarían a juicio: Bruno Marcello, Amalia Souza y Jonas Reyes, además de Aiko, que se quedó en el asiento para discutir dicha cuestión—. ¿Has tomado alguna decisión? ¿Llamo a Jesse?

Aquello era prácticamente una amenaza. Llamar a Jesse era lo equivalente a llamar a sus refuerzos, a los que ejercerían presión para convencerlo. Y lo convencerían, porque ya había decidido que seguiría adelante con la propuesta. No se enorgullecía del todo de haber aceptado en las condiciones en las que se hallaba. Estaba alterado, se sentía enfermo, y llevaba los últimos días tomando pastillas para conciliar el sueño. Pero confiaba en sus dos grandes apoyo, Aiko y Jesse, que además de querer lo mejor para él, querían lo mejor para el negocio.

—Dile que venga.

Había estado pensando largo y tendido en la fusión para mantenerse distraído. La idea general no estaba nada mal. De hecho, si fuera como los demás, si tuviera espíritu de grupo, mínima ambición y afán de progreso, habría dado el sí sin pensarlo dos veces. Marc podía ser un imbécil, pero su negocio era envidiable y uno se echaba las manos a la cabeza al ver sus cuentas. Unirse traería exclusivamente beneficios, tanto económicos como de aprendizaje, y poco tenía que ver esa conclusión con la desesperación de Aiko por ver a su novio más a menudo.

Pero lo que había convencido a Caleb era que, siendo más y mejores, tendría horarios flexibles y podría dedicarlos a hacer otras cosas. Como por ejemplo, estar con la mujer que había dimitido y aún no se pasaba por la oficina para recoger su caja. No podría verla ni por casualidad si seguía encargándose de todo un bufete a su nombre. Aunque claro, nada le garantizaba que fuese a verla por muchas horas que le descontara a sus jornadas. De hecho, todo apuntaba a que no quería saber nada de él.

—¿Qué tal estáis, guapos? —saludó Jesse. Se sentó en la silla que presidía la mesa y le dio un azote en el culo a Marc, que se daba la vuelta para programar el proyector—. Qué raro verte por

aquí, papisongo... ¿Por qué me miráis así? ¿Es por el azote? ¿Es que no sabéis que se hizo tendencia hace poco?

Caleb puso los ojos en blanco. Acercó un pedazo de papel a su espacio y sacó la punta del bolígrafo presionando un botón. Se lo había regalado un tipo que hacía propaganda de empresas de seguros en la entrada del edificio de Miranda & Moore SLP. Desde entonces era su fiel amigo, su ayuda contra la ansiedad. Como una pelotita antiestrés. Por lo menos hasta que se distraía y empezaba a garabatear estupideces en lugar de centrarse en lo que debía.

—¿Tendencia? ¿Por qué? —preguntó Aiko.

—Podríamos ir directamente al grano —interrumpió Caleb—. A la parte donde el mejor abogado de Miami aprende a conectar el proyector a la pantalla.

Marc lo miró por encima del hombro. Llevaba al menos veinte minutos intentándolo con todas sus fuerzas.

—No se puede ser el mejor en dos cosas.

Caleb ignoró lo que se habría convertido en una discusión, y clavó los ojos en el papel en blanco. Pasaron diez minutos hasta que pudieron conectarse con Moore, que estaba de viaje en Inglaterra por motivos personales. Había una diferencia de cinco horas entre Miami y Londres, y el tipo no estaba en oficina, así que asomó las greñas blancas y los ojos de cansancio con cara de mala leche. Después, Caleb asintió y empezó una discusión que atendió solo a ratos.

Le parecía una soberana estupidez estar allí cuando Aiko era una prolongación de sí mismo y pensaban igual. Todo lo que él dudase, ella lo expresaría con el ceño fruncido, y se negaría a ceder a determinadas cláusulas que ya habían discutido días anteriores. En general, todo era bastante sencillo. El lugar al que se trasladarían, qué empleados se conservarían, de cuáles se desprenderían, quiénes tomarían el mando, cuáles cubrirían qué departamentos, qué presupuestos zanjarían...

Caleb estuvo en otro mundo durante toda la reunión, tarareando una canción para sus adentros y dándole vueltas a lo mismo. Sus padres. Joder, sus padres. Muertos por error, por maldad. Y Mio, la única persona a la que le había hablado con total franqueza, con la que se abrió en canal una noche… Estaba lejos de él.

¿Qué tenía que hacer? Necesitaba, por lo menos, una señal para ir a buscarla. Le daba igual si su deber era enfadarse por las cosas que le dijo. ¿Que era un amargado? Sí. ¿Que era un cobarde? Pues claro. ¿Que habían perdido mucho tiempo? También. No le importó la discusión, porque sabía que tarde o temprano llegarían a ese punto. Al de los reproches. Tenían que soltarse ciertas cosas a la cara: ella tenía que soltárselas. Lo que le atormentaba de veras, era que ella estaba queriéndolo en alguna parte, tanto como él lo hacía… y le creía. Le creía de la misma forma en que la necesitaba. Locamente.

Pero Mio se había desvanecido. Y eso podía significar muchas cosas. Él era el primero que sostenía que amar a alguien no conllevaba querer estar con esa persona. Quizá la pequeña revolución hubiera elegido ese momento para adoptar su lema y mantener las distancias. Muy oportuna, si le preguntaban su opinión. Pero también sería justo. Fuera quien fuese el culpable, y tuviera quien tuviese la razón, ella tenía derecho a elegir si soportarlo o mandarlo al infierno. La gran pregunta era: ¿cuánto tiempo tendría que esperar al veredicto? ¿Cuánto podría aguantar hasta presentarse en dondequiera que estuviese con una súplica debajo del brazo?

No solo le rehuía a él; también a su hermana. Aiko tampoco se comunicó con ella. Ni siquiera probó a llamarla, y tampoco hablaba de lo que ocurrió. Se había refugiado en el caso, al igual que él, para no pensar en que quizás habían metido la pata de manera que no se podía sacar.

Cuando se cansó de trazar líneas paralelas sobre el papel, pasó a las onduladas, a los círculos, a cualquier figura geométrica. La conversación que mantenían los demás le recordaba al zumbido de las abejas cuando estaba a punto de sumirse en un sueño, tendido en la hamaca del jardín de la casa en Barcelona. El bochorno desmentía que pudiera estar allí; la costa catalana no levantaba humedades en el aire. Pero cuánto desearía hacer un viaje, dormir en esa hamaca… Fingir que lo hacía, cuando en realidad miraba cómo Mio devolvía la pelota con su bañador estampado al estilo de los cincuenta.

Más líneas onduladas, más círculos, más geometría en un pedazo de papel. Dibujar se le daba mal, pero tenía una bonita caligrafía. Acabó arrancando la esquina del folio y escribiendo lo primero que le vino a la cabeza.

«Ella borra las horas de cada reloj y me enseña a pintar transparente el dolor con su sonrisa». «Podéis destrozar todo aquello que veis porque ella de un soplo lo vuelve a crear, como si nada».

—¿Cerramos el trato? —preguntó Marc.

Caleb aceptó como lo haría el niño cansado de seis horas seguidas de clase. Habría dado igual la pregunta. Su respuesta habría sido ese asentimiento amodorrado. Se sentía como ese chaval adolescente, atizado por la melancolía estival. El que se repantigaba en la mesa, con el codo apoyado sobre los apuntes, y miraba a la ventana con ganas de salir al recreo. Con ganas de volver al campamento. El que se preguntaba cómo estaría esa chica que puso su mundo patas arriba. O, por lo menos, su verano. ¿Pensaría en él?

Nunca fue especialmente holgazán, ni se distraía con facilidad. Era el que atendía en clase, se empapaba de detalles. No buscaba cualquier excusa para distraerse, sino todo lo contrario; se las arreglaba para concentrarse y así ocupar su mente. Ya no era así. Ahora su solo retenía lo que concernía al corazón, y no podía dejar de preguntarse qué había estado haciendo en ese despacho, o en esa clase, o en esa casa sentado durante años, cuando podría haber pasado cada minuto en brazos de Mio. No le parecía que nada tuviese sentido al compararlo con ella.

«Solo puedo aceptar ser solo suyo. Tan solo tuyo. Te quiero a morir».

Se despistó cuando Aiko le pasó el contrato. Caleb firmó sin ilusión, pero con orgullo; convencido y seguro, y también preocupado por los cambios que debería afrontar partir de ese día. Se sentía exactamente igual que cuando levantó Leighton Abogados. Fue curioso mirar su nombre impreso en el papel y darse cuenta de que todo lo que él creía que era su vida entera, al final significaba únicamente una parte. Y no era la más importante. Le dolió el corazón al asumir que nunca había sido feliz allí, entre esas cuatro paredes. En el bufete encontraba satisfacción, alimentaba su vanidad, se sentía realizado, necesitado. Pero solo había sido feliz al bailar con su madre, jugando al billar con su padre en el bar de debajo de casa… y cuando tropezaba con la pequeña gran revolución. Qué bien se le daba hacer lo suyo. Revolucionar. Y qué bien lo pasaba viéndola hacerlo.

Si se peinaba, ella ponía la mano en su cabeza y lo desbarataba. Si se vestía, ella lo manchaba con sus manos, verdes por la hierba, llenas de tierra o con churretes de chocolate, crema, o pegajosas por la miel. Lo perseguía para sacarle la seriedad de encima con sus travesuras. Ella siempre iba por el otro lado. Siempre hacía las cosas del revés. Del revés… no necesariamente

mal. Caleb tomaba calles que muchos otros ya tomaron. Iba a lo seguro. Pero ella cogía los desvíos que llevaban a los sitios en los que nadie se atrevía a estar, en los que nadie se atrevería a vivir: la indecisión, la incertidumbre. ¿Y por eso se equivocaba? ¿Por probar, por dudar, por experimentar? ¿Ese era su error? Era más humilde que nadie por rehacer sus pasos, más valiente que ninguno por aceptar que no había elegido el mejor rumbo, y cambiarlo en busca del justo. Su único error había sido creer que la gente que la rodeaba conocería mejor que ella las inquietudes de su corazón.

Ella se lo había dicho. Tener razón no lo era todo. Tener la razón podía ser la clave del éxito, pero no te prometía la felicidad. La seriedad, la constancia… Eso siempre tenía sus beneficios, garantizaba un buen puesto, pero ni siquiera él como abogado valoraba lo mismo el dinero que una carcajada sincera. Y aunque a Mio le faltara disciplina, le sobraban las risas. Con ella estaban todas las cosas que eran bellas y estaban bien. Las sonrisas, los abrazos, los tropiezos con disculpa, la familia, la amistad y el amor. ¿Cómo iba a estar ella equivocada?

Caleb salió de la sala de reuniones con el pedazo de papel en la mano. ¿Cómo iba a estar equivocada la persona por la que se escribían todas las canciones que le gustaban? Jarabe de Palo cantaba por la flaca, por querer a morir, ese «me gusta como eres» tan bien se ajustaba a ella. IZAL hablaba del temblor, de las revoluciones, y de qué bien estaba todo. Estopa contó el problema de las faldas cuando Mio desfilaba con sus vestidos por la acera, y de lo irritante y también maravilloso que era no querer mirarla… pero aun así, verla por dentro al cerrar los ojos. Lo dijo y habló por Mio: «yo siempre voy donde va mi alma». Esa era ella. Y si su alma no tenía raíces, sino alas… Si su alma era de pasar temporadas aquí y allá, y no de lugares fijos, ¿por qué iba a estar equivocada? Fácil. No estaba equivocada. Y aunque lo estuviera, no iba a quererla menos por eso.

Se dirigió a su despacho, pensativo, cuando por el rabillo del ojo apreció cierto movimiento. Reconoció un vestido veraniego sin mangas, unas piernas largas y una melena algo más corta de como la tuvo sobre su almohada. Sonrió sin querer y siguió sus colores.

Finalmente se había decidido a coger sus cosas, que, aunque mínimas, llevaban su nombre escrito con tinta invisible. Quién si no iba a tener un lapicero con forma de gato, o una agenda de Mr. Wonderful, o una alfombrilla con forma de corazón. Le hizo ilusión que tuviera el pelo apartado de la cara con una diadema de las suyas, de esas que dejó de llevar porque «es que son demasiado infantiles».

Metió las manos en los bolsillos y la estuvo observando hasta que se armó con su caja de madera.

—¿Necesitas ayuda con eso?

Solo por la forma que tuvo de mirarlo, supo que no había nada irreparable entre ellos. Mio seguía siendo extremadamente expresiva, tanto que a veces le daba pavor mirarla a la cara, por si descubría algo que podía romperle el corazón. Era su némesis. La persona más distinta a él que existía en el mundo.

Y se había vuelto a pintar los labios.

—No... Gracias —respondió, carraspeando. Dejó caer todo el peso en una cadera—. ¿Qué tal? Me ha dicho Otto que hoy os reuníais con Marc para cerrar el asunto de la fusión. Venía pensándolo por la calle, y la verdad es que no os podía imaginar a Marc y a ti haciendo el gesto ese de unir los dedos... Ya sabes, la de *Dragon Ball*.

Caleb sonrió como un imbécil.

—*Dragon Ball* nunca me ha gustado demasiado. Yo era más de *Detective Conan*. Pero sé a lo que te refieres. No ha habido dedos juntos ni meñiques agarrados, aunque sí que se ha salido con la suya. Nada sorprendente, ¿verdad?

—Pues no. Pero es buena idea. Así Aiko puede estar con Marc.

«Mujeres...»

—¿Has hablado con ella?

—No —confesó Mio—. No es que la odie ni nada de eso, el día que hablamos fui un pelín exagerada. Solo un pelín, *eh* —recalcó, como si no quisiera que le arrebatara la razón. Caleb levantó los brazos en señal de «yo no he dicho nada»—. Pero le dije cosas tan horribles que... me da vergüenza llamarla. No sabría por dónde empezar. Nunca hemos estado enfadadas. Como mucho solo unos minutos.

—Aiko no es una persona difícil. Solo tienes que decirle que lo sientes, y seguramente ella se disculpe enseguida.

—¿Y tú? —preguntó de repente—. ¿Tú eres difícil?

«Contigo soy más fácil que la tabla del cero».

Negó con la cabeza y esperó a que dijera algo, pero estaba cohibida, aunque no en el mal sentido. No se la notaba temerosa por tener que hablar, sino ansiosa por hacerlo, como cuando se reencontraban después de un año sin saber nada del otro y ella pasaba horas organizando sus ideas para contarle con detalle lo que había estado haciendo.

—Bueno... ¿Cómo estás? —probó—. ¿Dónde vives ahora, a qué te dedicas...?

—Pues estoy todavía en el hotel, porque me sale más barato y me ponen de comer. Estoy esperando una buena oferta para mudarme definitivamente. No quiero seguir dando bandazos, sino establecerme de una vez —explicó, mirándolo a los ojos—. Y ya he hecho el examen teórico de la poli. Me metí en la convocatoria de últimas y aprobé. De hecho, saqué la máxima puntuación. Solo me falta la prueba física. A esa la temo más, necesito ponerme en forma. ¿Sabes qué me dijo uno de los polis cuando fui? Que con estas piernas no llegaría a ninguna parte.

«Se me ocurre un sitio al que llegarían perfectamente y donde además podrían entrenar hasta la extenuación».

—Que le jodan.

—Algo así le dije. Ahora me he ganado su respeto —rio, tan contenta que le brillaban los ojos —. Bueno... ¿Y el caso? Mañana es el juicio, ¿no?

—Pasado. Estoy un poco nervioso, pero Miranda es mi refugio… Y Jesse y yo hemos quedado esta noche para que me tranquilice. —Se rascó la nuca con timidez—. Quiere llevarme a un bar, o algo así. En el fondo ninguno de los Miranda es tan terrible como imaginaba. A Marc nunca le agradeceré lo suficiente que me haya ayudado con esto. Habría sido imposible llevarlo solo estos últimos días.

—¿Os lleváis algo mejor?

Caleb torció la boca.

—Chocamos demasiado para llevarnos bien del todo, pero ahora… parece que nos toleramos. Ya no pienso en partirle la cara cuando lo veo. Es un avance. —Observó que Mio echaba un

vistazo al reloj de pulsera—. ¿Tienes que ir a algún sitio? ¿Te llevo?

—Ah, no, no hace falta. Me saqué el carné de coche ayer y estoy usando el Mini de mamá, el que me regaló para cuando aprobase y acabó cogiendo polvo en la cochera. Sé lo que vas a decir: he hecho más cosas en casi un mes que en toda mi vida. Iba siendo hora, ¿no? —Encogió un hombro—. Si quieres puedo llevarte yo a casa.

—Aún no he acabado, pero te acompaño a donde lo hayas aparcado. —Hizo un gesto para que pasara antes que él. Mio sonrió con la galantería, como hacía siempre—. Parece que Otto planea quedarse aquí, ¿no?

—Sí. Va a pasarse este año estudiando para el BAR y poder ejercer en Estados Unidos. No le vale solo con la carrera en Barcelona. No sé cómo lo va a conseguir cuando lleva toda su vida copiándose en los exámenes... Supongo que le pagará a alguien para que lo haga por ella. O tal vez lo hagan gratis. Es Kyoto —dijo, como si eso lo resolviera todo. Una vez en el ascensor, se replegó al fondo y esperó a que pulsara el botón—. ¿Quieres que vaya?

Caleb la miró sin entender hasta que lo asoció al juicio.

—Sí —respondió sin pensar—. Claro que quiero que vengas. Será una gran victoria, y si tengo que compartirla con alguien... Prefiero que sea contigo.

Ella sonrió y prometió que estaría allí, lo que él interpretó como un comienzo. Un nuevo comienzo. Pero necesitaba otra señal, algo que le dijera que podía ahogarla en un abrazo sin que nada se torciera después. Al verla salir de su despacho con cara de perrito pachón, y por el silencio que siguió después, estuvo convencido de que la había perdido para siempre. Gracias a Dios que había sido cosa del maldito síndrome del pesimista, tomando las riendas de su vida.

Se quitó las gafas con la sensación de que, si no le daba una ocupación a sus manos, acabaría tocándola por todas partes. Las examinó sin ningún interés y utilizó el dobladillo de la camisa para limpiar los cristales, que estaban perfectamente.

Miró a Mio de soslayo, cazándola con los ojos muy abiertos y cara de ilusión.

—¿Qué? —preguntó Caleb, intrigado por su expresión. Se colocó las gafas de nuevo—. ¿Qué pasa, por qué me has mirado así?

Mio se ruborizó y negó con la cabeza.

—Ah, por nada, nada... Es una tontería.

—Lo dudo. ¿Qué ocurre?

—Nada, de verdad.

—Insisto, ¿qué es?

—Pues… nada —balbució—. Que, como siempre que vas a besarme te quitas las gafas, cuando lo haces… Me lo tomo como la señal. La *batseñal* de Batman, solo que en vez de avisar el peligro, pues significa que viene candela, como dice Otto. —Carraspeó—. O sea, que en realidad es la *calseñal*… Una estupidez, olvídalo.

Caleb la miró fijamente.

—No me hagas esto —pidió con voz suave. Eso llamó la atención de Mio—. Te fuiste del despacho dando un portazo y no volví a saber de ti. Entiendo eso como que lo último que quieres, o querías… es verme. Así que, si no vas a dejar que te bese, o que me quede contigo después de hacerlo, no me digas esas cosas así. Ni me mires así.

Mio se humedeció los labios, gesto que él apreció con el cuerpo en tensión. Había sido duro no verla todos los días, igual que la sospecha de que lo odiaba por su falta de confianza. Por las noches se hacía el doble de difícil, porque entonces sí estaban en tablas. En esos momentos se lo daban todo. Mio correspondió cada beso y abrazo en la misma medida. Y eso le hacía echar de menos su cuerpo mucho más de lo humanamente posible.

—Puedo dejar que me beses, y lo demás lo vamos viendo.

En ese momento pensó en una única cosa. Nunca la había besado siendo consciente de que ella *quería sus besos*. No le gustaban, ni le apetecían, ni los deseaba. Los quería porque lo amaba. Y no es que hubiera sido difícil tocarla con la sensación de que le faltaba su amor, pero no era lo mismo que hacerlo sabiendo que lo significaba todo para ambos.

No se lo pensó dos veces. Y siendo sinceros, no le habría venido nada mal una segunda opinión para que no hablaran de él durante el resto del año en el bufete. Pero a esas alturas, con la reputación por los suelos y el corazón en vilo, poco le importaba.

Se quitó las gafas, las colgó del escote, y cubrió a Mio con su cuerpo. Al abrirse las puertas, nadie la vio. El pecho se le encogió de emoción al rodearle la cintura con un brazo y cogerla de la nuca con el otro, y no pensó en que entraba una horda de empleados al tomar sus labios. No pensó en que todos se quedaban en silencio, incómodos, al ver lo que estaba pasando. Ni siquiera supo quiénes eran. Se fundió con Mio desesperadamente.

Su manita encontró un buen espacio de la camisa al que agarrarse. Gimió en el interior de su boca y Caleb respondió apretándola más contra su cuerpo. No necesitaba nada, solo eso. Su boca dulce, y lo feliz que era entregándose a él. De milagro no levantó la falda. De milagro no se encajó entre sus piernas o la sacó en volandas.

No la liberó hasta que el ascensor estuvo de nuevo vacío. Mio se balanceaba hacia delante y hacia atrás con las mejillas sonrosadas y el pintalabios corrido. Caleb se lo limpió con los dedos, dándole una mirada hambrienta que ella devolvía en la misma medida.

«No quiero perder más tiempo. Quiéreme ahora».

—Ya estamos en el *parking* —anunció, con voz temblorosa—. ¿Qué plaza has usado? ¿La de Jesse? —probó, recordando que no la usaba porque iba en bicicleta a todas partes—. Tendrás que ir primero a por...

—No, no, no es justo —espetó ella de repente. Caleb se giró para mirarla. Le pareció la mujer más guapa del mundo con restos del pintalabios en la barbilla y los ojos brillantes—. ¡No vale, Leighton!

Pestañeó.

—¿El qué?

—¡Que seas así!

—¿Cómo soy?

—¡Injusto!

—¿Otra vez me vas a decir injusto?

—¡Pues sí! ¡No puedo estar enfadada ni hacerme la difícil cuando haces... *cosas*! ¡Ni siquiera tienes que ser romántico, me tienes en la palma de tu mano con quitarte las puñeteras gafas! —exclamó entre sollozos. Caleb se acercó a ella rápidamente para tranquilizarla—. No, no vengas, que soy capaz de saltar encima de ti y pedirte que me beses otra vez. Y no puede ser. ¡Tú también tienes que esforzarte! O sea... Ya sé que has hecho muchas cosas por mí. Rescatarme de

violadores, perdonar los impulsos que te han dado mala reputación en el trabajo, y todas las veces que te he insultado o intentado pegar... Pero quiero que hagas cosas de hombre enamorado, no de hombre sobreprotector.

—Todas esas cosas las hacía porque estoy enamorado, no por deber ni por protección —repuso, sin comprender—. Si no fueras tú, lo habría dejado hace mucho tiempo. ¿No te dabas cuenta?

—¿Cómo iba a darme cuenta, con la cara de mala leche que llevabas siempre?

—Es mi cara.

—Ya —jadeó—. Pues no me gusta.

—Pues estamos jodidos, porque a no ser que me la partan y necesite cirugía, no la podemos cambiar.

Mio bufó.

—No me estoy explicando bien. Yo solo quiero que entiendas que… Que quiero que me demuestres que me quieres. Lo has demostrado cuidando de mí, ya lo sé, pero quiero… Romance. Como en los libros. ¿Me entiendes? Quiero que me digas que me adoras, y te comportes como un tío enamorado. ¿Tanto pido?

—No. Es justo. Lo entiendo. Es solo que yo… No sé… No sé cómo hacer lo que dices. No soy nada romántico.

—¿Y qué? ¿Vas a aferrarte eternamente a la excusa de que eres inexpresivo y te cuesta declarar tus sentimientos, para no decirme que me quieres? No me has llamado en casi un mes —le reprochó.

—Tú a mí tampoco —se quejó—. Fue una discusión en la que los dos dijimos cosas, ninguno estaba más obligado a llamar que el otro.

—¡Pero siempre soy yo la que se acerca a ti! La que lo propone todo, la que dice lo que siente, lo que piensa… ¿Qué te costaba venir a verme y hacer... *algo*?

—Pensaba que no querías saber nada de mí. ¿Qué quieres que haga?

—¡Pues no sé! ¡Algo! —gesticuló exageradamente—. ¡Improvisa!

—Mio... Soy la persona menos espontánea del planeta. Solo dime qué quieres que haga y yo lo hago.

—¡Es que si lo digo yo no vale!

Echó a andar hacia la plaza de Jesse, afanándose en buscar las llaves en el bolso. Caleb la siguió de cerca, poniendo a su cabeza a trabajar a toda velocidad. ¿Quería flores, o algo así? ¿Bombones? ¿Mariachis? Seguro que podía conseguir un grupo, su madre tenía contactos, incluso tuvo un *affair* con uno.

Joder, ¿qué necesitaba?

—Mio...

Ella se dio la vuelta de golpe. Casi chocaron.

—Yo ya te he demostrado que te quiero dando el primer paso, el segundo y el tercero. El cuarto, si cuentas este toque de atención. Sé que la discusión fue un poco desagradable y... siento haberte llamado amargado. Y cobarde. Y todo lo demás.

—No tienes que disculparte, dijiste la verdad.

—Pero la dije queriendo avergonzarte, y eso no estuvo bien. Tú nunca señalas mis defectos para que me sienta mal, ¿verdad?

Caleb se relajó parcialmente.

—No, ese nunca es mi objetivo. Me alegra que por fin lo hayas comprendido.

Ella suspiró.

—La verdad es que no tengo fuerzas para cabrearme, porque si me pongo a pensar en todo el tiempo que hemos perdido, me pongo triste y no avanzo. Y quiero avanzar. Quiero estar contigo *ya*, pero si volvemos no va a ser porque yo insista, que bastante lo he hecho. —Se giró hacia el coche y abrió la puerta. Como si hubiese olvidado decir algo, volvió a cambiar de sentido—. De verdad. No me hagas esperar más. Me voy a arrancar la piel como tenga que pasar otra noche sin ti.

Echó un desesperado vistazo alrededor, como si no supiera si llorar o darle una patada en los huevos.

—Anda, dame un beso —pidió.

Caleb no entendía nada, pero se agachó para rozar sus labios con suavidad, buscando inspiración en ellos. Mio sollozó al abrazarlo muy fuerte. Su estallido había sido incluso cómico, pero le dolió la forma en que tembló al estrecharlo contra su cuerpo, y la cara de pena que puso al meterse en el Mini.

Estuvo a punto de ponerse delante del coche para que no se fuera, pero se dijo que necesitaba una muestra de amor mayor que un atropello voluntario. Esperó a que bajara la ventanilla, intranquila.

—Se me ha olvidado ir a por el *ticket* para salir de aquí. ¿Puedes ir a por él?

—Claro.

Observó que arrancaba y se colocaba delante de la barra entre el *parking* y la salida, con tan poca maña que suplicó al cielo que no se matase en el proceso de volver al hotel. Se dirigió a la máquina, pulsó un par de botones y fue a meter el *ticket* en el bolsillo cuando se fijó en el pedazo de papel que asomaba. Ah, sí, sus garabatos durante la reunión... Patético. Les echó un vistazo largo al regresar a la entrada. Líneas, ondas y la letra de la canción favorita de Mio. La idea que se le ocurrió fue vergonzosa, pero bueno, era una forma de decirle que improvisaría algo bonito.

Se detuvo delante de la ventanilla bajada y extendió el pliego sin mucha ceremoniosidad. No dijo nada. Esperó a que hiciera ademán de pasarlo por el sensor para colocar él el código de barras. Mio lo miró y estudió el papelito con cara de rara hasta que se le ocurrió desdoblarlo.

Apoyó el brazo sobre el techo del coche y se inclinó a tiempo para captar su asombro.

—Soy el primero que quiere dártelo todo y hacer que sea perfecto. No te pido que tengas piedad, ni que esperes, solo que sepas que no estás sola... —Se separó, dando un golpecito con el puño al capó—, y que yo también me desespero a mí mismo.

20

Cambio de roles

De no haber sido porque se cumplían dos años desde el divorcio de Jesse y no quería pasarlo solo, Caleb habría rechazado tajantemente su propuesta de salida. Partiendo del hecho de que no le gustaba nada la fiesta, ni las discotecas, ni la música comercial del momento, y sumando que el objetivo de Jesse sería beber hasta la indisposición, podía prever que esa noche sería un infierno. No tenía ningunos ánimos de jarana y le faltaban unas clases de educación para preocuparse de no exteriorizarlo. Quince minutos después de reunirse en la barra de un *pub* con karaoke, en el que su amigo insistía en participar, Jesse ya le había dicho un total de cinco veces que alegrase la cara.

¿Cómo mierda iba a alegrar la cara? El juicio se llevaría a cabo en solo dos días, y eso significaba nervios. Mio quería ver amor por su parte para quedarse con él, y eso significaba histeria. Y sus padres seguían muertos por culpa de un crimen organizado, lo que significaba… Rabia, odio, desesperación, tristeza.

No sabía por dónde empezar a desahogarse, o con quién. Siempre había tenido la sensación de que abrir su corazón le traería problemas. De que no podía permitirse ni una debilidad, ni tenía derecho a aguar la fiesta de nadie con sus preocupaciones. Caleb no era más que un peón, un individuo insignificante que debía dar gracias porque alguien le aguantara siendo un amargado. Lo mínimo que podía hacer, era no causar más problemas que el que representaba él mismo, manteniendo la boca cerrada y tendiendo siempre una mano amiga. Estaría permanentemente en deuda con los que perdían el tiempo a su lado.

Al final se había acostumbrado a llorar en secreto, a esconderse en los días malos y rechazar cualquier ayuda, asustado por si molestaba a los demás.

Pero sentía que ya no podía seguir adelante. La demanda contra el Kendall West le había hecho tocar fondo, y darse cuenta de que cubrir el dolor no hacía que desapareciese. Al contrario. Le añadía un peso que ya no podía soportar.

Llevaba días bloqueado, sin poder dormir; despertándose de las breves siestas empapado en sudor, con palpitaciones y una terrible sensación de muerte inminente que no sabía cómo sofocar. Ya no podía pasar mucho tiempo solo, cuando apreciaba su soledad como el que más. El pecho se le bloqueaba y perdía la respiración.

Era mucho más fácil vivir cuando creía que lo perdió todo por accidente, y no porque incluso Dios, o quienquiera que estuviese allí arriba, estaba de acuerdo con él en que no merecía nada. Era mucho más fácil vivir cuando no se figuraba lo bonito que era estar con Mio, cuando no sabía lo que era perderla por no saber actuar.

Quería que demostrara estar enamorado, y le encantaría hacerlo. Le encantaría dejar patente que la respetaba, que sabía que a él le quedaba mucho por mejorar… Pero había algo dentro de sí, una especie de garra espectral, fría como la muerte, que lo paralizaba cada vez que intentaba dar un paso. Era miedo. Miedo de veras. Miedo a fallar, a perder otra vez.

¿En qué lo convertía eso? ¿En un cobarde… o en un ser humano corriente?

—Pensaba que esta noche iba a ser yo el de la cara de perro, pero ya veo que te he subestimado —comentó Jesse, trasladándolo a la realidad—. No sé, Cal, entiendo que tienes tus problemas; medir un metro noventa y cinco debe ser jodido a la hora de comprar camisetas, y seguro que te dicen de todo menos guapo si te intentas poner delante en un concierto… Pero por una vez podrías dejarme ser el protagonista, ¿no? Que soy yo el que está de aniversario por su divorcio, no tú.

—No sabía que existieran aniversarios de divorcio. ¿Por eso te has vestido de negro?

—Por eso y porque he estado escuchando mucho a Juanes últimamente*; tengo negra el alma*, Caleb. Y, ¿sabes cuál es la mejor forma de quitarle las manchas? Bebiendo.

A continuación, pidió un par de bebidas.

Caleb dejó a un lado sus preocupaciones y se concentró en el curioso personaje que tenía al lado. Por lo general, no le costaba imaginarlo en una discoteca. Las luces parpadeantes y los focos que cambiaban de color se acoplaban a su figura y arrancaban destellos a su pelirrojo natural; se movía con desenvoltura entre desconocidos, tratándolos como si fueran sus amigos de toda la vida, y se conocía de memoria la carta de cócteles. Sabía que a Jesse le gustaban los bares y que acudía muy a menudo, más de lo que debería un hombre de su edad y con un trabajo de sus características. Pero no sospechó que podría hacerlo porque estaba tan amargado como él, hasta ese preciso momento.

Conocía hasta el último detalle de su vida porque no temía a abrirse en canal delante de cualquiera, en parte porque no estaba formada por detalles sórdidos ni historias excepcionalmente problemáticas. Su padre fue el fiscal del distrito, su madre era una puertorriqueña con más salsa y merengue que sangre en las venas, tenía cientos de amigos, y estuvo casado con el amor de su vida. Esto último era la única causa de su tristeza circunstancial. No podía superar a Victoria Palermo. Él mismo lo admitía: si algo le causaba rechazo, y al mismo tiempo curiosidad, de Jesse Miranda, era que no temía confesar en voz alta qué le dolía. Y lo hacía con una franqueza que parecería hostil si no viniera del hombre-bufón. «Nunca dejaré de quererla», decía. Mirándolo a los ojos uno se daba cuenta de que era imposible que estuviese mintiendo, o que lo dijera sin pensar. Caleb en particular lo entendía porque sentía lo mismo por otra mujer. Sabía, al igual que él, que nunca dejaría de estar enamorado de Mio Sandoval. Por eso experimentó un rápido fogonazo de empatía hacia su compañero.

—Ya que has sacado el tema… ¿Cómo lo hiciste? —Jesse se giró hacia él, intrigado por la pregunta—. ¿Cómo conseguiste seguir adelante después?

—Bueno, ya sabes que me tomo las cosas con humor. La actitud fue determinante. Pero también tuvo algo que ver la esperanza. Sigo manteniendo que volverá a mí.

Caleb ladeó la cabeza.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque me quiere. Sea cual sea el motivo por el que dejó de sentirse bien conmigo, o por el que se cansara de la vida matrimonial… Ella está en alguna parte de esta ciudad, queriéndome. O

sea, sé en qué parte de la ciudad está, pero el aire ambiguo le ha dado un toque romántico, ¿no crees?

—Lo que creo es que deberías dejar de esperar.

—Esperé durante año y medio, pero hacen ya unos cuantos meses desde que hago vida normal. Lo único que estoy esperando conscientemente ahora mismo es a que se me acerque la rubia que hay junto a los servicios de caballeros.

—Así que me has traído a rastras hasta aquí para abandonarme por una rubia. Ya decía yo que no te ibas a conformar con mi compañía.

—Te he traído porque necesitas beber tanto como yo.

—¿Tú necesitas beber?

—Por supuesto. ¿Qué otra excusa podría usar para llamar a mi ex, que la de estar borracho?

—Eres consciente de que eso que acabas de decir es una gilipollez, ¿no? ¿Es que quieres quedar como un imbécil? Y encima molestarla a estas horas…

—Bueno, parece que estar borracho a veces justifica algunas cosas. En este caso, una llamada lloriqueando. Es algo que no podría hacer sobrio sin perder la dignidad.

—¿Acabas de insinuar que tienes dignidad?

—Una locura, ¿verdad? —Y se rio.

Caleb lo acompañó con sus carcajadas, cascadas y sin fuerza. La diversión les duró poco. Ninguno estaba allí para celebrar nada, sino porque las penas compartidas pesaban menos. O eso se decía.

—¿Quieres hablar? —le preguntó Jesse de repente—. Imagino que el tema del hospital te está carcomiendo más de lo que te gustaría… y que no ha debido hacerte mucha gracia que la inspiración del *hentai* se largara de un portazo.

—No me gusta que te refieras a ella de esa forma.

Jesse le quitó importancia aireando la mano.

—Sabes que no es nada personal. Conmigo nada lo es.

—Y gracias a Dios —suspiró—. No, no quiero hablar. Ni pensar.

Fue un milagro que Jesse respetara su decisión y se limitara a asentir.

Brindaron en cuanto recibieron sus cubatas y los vaciaron sin ninguna emoción. Si a Caleb le hubieran dicho que acabaría un jueves aleatorio bebiendo ron a palo seco en un garito, y con un pelirrojo sinvergüenza a la derecha, no se lo habría creído. No le gustaba especialmente el alcohol porque siempre que lo probaba, acababa muy enfermo o haciendo estupideces. Su compañero de habitación de la facultad podría dar fe de ello.

Se resistía a convertirse en uno, pero la verdad era que se parecía mucho a esos hombres que soslayaban sus problemas entreteniéndose con copas bien cargadas. Solo que, en general, Caleb prefería distraerse con el trabajo, no apuñalando su hígado con baratijas de garrafón. Que estuviese allí sentado, y no hubiera puesto gran resistencia a la proposición de Jesse, significaba que la situación debía haberse hecho insostenible. Desde luego, no veía cómo librarse de la impotencia y el desprecio, si no era en el camino a la inconsciencia; dicho de otra forma, a base de alcohol. Con suerte vomitaría hasta las vísceras, y con estas se iría el puño que oprimía su estómago.



Mio había quedado con Marc para recoger unas últimas cosas de su casa. Hizo las maletas tan deprisa para afincarse en el hotel, que se le olvidó revisar la ropa de la colada, y no podía permitir que los calcetines del lunes estuvieran en otro sitio que no fueran sus pies al inicio de semana. Aunque el riesgo fuera encontrarse con Aiko.

No terminaba de encontrar las fuerzas para llamarla. Sabía que se excedió durante la conversación que tuvieron, pero seguía molesta. Mio tenía a su hermana como si fuera dios encarnado; todavía le costaba creer que se hubiese reservado información vital. Información que ella necesitaba.

Por supuesto, la entendía. Después de haberlo visto a través de los ojos de todo el mundo, y más importante, de los *suyos*, se había dado cuenta de que cada una tenía su parte de razón. Pero aún le duraba el rencor. Era inevitable. Le quedaba mucho por gestionar, y la soledad solo servía para comerse más el coco sin sacar ninguna conclusión al final.

Por eso había preguntado antes a Marc si Aiko estaría por allí. Negativo. Esa noche de jueves iba a pasarla con su madre. Cuando lo supo no pudo evitar ponerse celosa. No le habían dicho nada de que fueran a verse. Tal vez estuvieran ultimando detalles de la boda, que se iba a celebrar en unos días, y no contando batallitas... Pero igualmente la frustró. En contra de sus sentimientos —o, por el contrario, muy a favor de ellos—, quería estar allí, con ellas.

—¿Todo bien? —inquirió Marc en tono suave.

Mio se incorporó con la ropa de la lavadora en la mano. El novio de su hermana llevaba un pantalón de chándal gris, y una camiseta de una empresa de fruta desgastada por el tiempo. Aún le chocaba ver a Marc Miranda fuera de su traje, y aún le imponía lo bastante para ponerse nerviosa.

—Sí, gracias. —Se colocó un mechón tras la oreja—. No tendríais que haberos molestado en lavarme esto.

Marc apoyó el hombro en el marco de la puerta. Le sentó bien el aire casual.

—Aiko dijo que eres un desastre poniendo lavadoras, y que si hubiera dependido de ti, habrías mezclado el rojo con el blanco. Prefirió asegurarse de que no te ponías un vestido ibicenco rosa haciendo dos coladas distintas.

Mio esbozó una sonrisa cansada.

—Para ella soy un desastre haciéndolo todo. Bueno, para ella y para el resto de habitantes del estado de Florida.

—No es cierto —repuso él—. Tu hermana está preocupada por ti. Si pudieras contarme qué andas haciendo y dónde antes de que se arranque el pelo, te estaría muy agradecido. Tengo su melena en mucha estima.

—Puede estar tranquila —musitó. Dobló las prendas húmedas con cuidado—. Estoy bien. Muy ocupada.

Esperaba zanjar con eso la conversación. Se sentía especialmente estúpida al hablar con Marc, y que fuese el portavoz de Aiko no le simpatizaba. Estaba claro que iba a hablar en su nombre para que la perdonase... O al menos le pareció que eso haría, pero se equivocó.

Marc entró en el lavadero y se sentó cerca de ella, en un taburete demasiado bajo para un hombre de metro ochenta y cuatro.

—¿Recuerdas cuando hablamos en el hospital? —inquirió—. Caleb acababa de traerte un té de menta a la sala de espera.

Mio dejó lo que estaba haciendo y asintió.

—Hablábamos de lo importante que es confiar en alguien. De que nadie confiaba en ti. Yo te dije que no corregir a alguien cuando sabes que se va a estrellar, es una crueldad. Te hace cómplice de su sufrimiento porque pudiste evitarlo y no lo hiciste. ¿Te suena?

—Sí.

—Pues no es del todo cierto. Cuando corriges a alguien, estás dando por sentado que tu idea o tu consejo es mejor. Es superioridad moral. Paternalismo. Pero también es preocupación fundamentada, porque a lo mejor ya has visto a esa persona equivocarse más veces y temes que a la siguiente se dé por vencida con todo.

»Ignorar dicha persona también tiene su parte buena y su parte mala. Le estás dando alas para vivir, estás depositando en esa persona cierta confianza, pero también te desentiendes de ella. Con esto me refiero a que ninguna decisión que tomemos en esta vida va a ser la acertada o la justa al cien por cien. Solo la más o menos conveniente. Y eso nos hace a todos egoístas y culpables en cierto sentido.

Mio se mordió el labio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No me gusta meterme en asuntos ajenos. Prefiero que la gente resuelva sus historias por su cuenta. Pero creo que alguien tiene que decirte que, en esta discusión, y dicho bíblicamente, nadie está libre de pecado. La cruda realidad es que ser el que peor lo pasa no te convierte en la víctima. Ni tampoco en el que tiene la razón.

—¿Crees que me estoy victimizando?

—Creo que tu reacción ha sido muy humana y está justificada. Pero también creo que va siendo hora de que lo encajes y hables con tu hermana, aunque solo sea porque os queréis y este rencor no beneficia a nadie.

»Ella ha actuado según lo que le parecía conveniente. Conveniente para quién, me preguntarás. Mi respuesta es: para todos. Para los tres. Y se han equivocado creyendo que su elección era la correcta, la mejor. Ahí estaría la superioridad que te he mencionado... Como también la preocupación. Está mal intentar proteger a una persona de sí misma; hay que dejar que ella haga y deshaga porque es su vida..., pero es inevitable intervenir cuando la quieres.

—Tú no proteges a Aiko de sí misma. Siempre confías en ella —apuntó—. ¿Por qué yo no puedo tener eso?

—Claro que la protejo. No lo hago con voces y ceños fruncidos como Leighton, pero a mi manera intento aconsejarla y pararle los pies cuando creo que va a hacerse daño. De todas formas creo que sigues dándole un enfoque erróneo, Mio. —Apoyó los codos en los muslos y la miró con seriedad—. La comparación no te beneficia en nada. No puedes anhelar las mismas cosas que tiene tu hermana.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes tenerlas. Sois personas diferentes, con distintas ambiciones, que ven las cosas de manera radicalmente opuesta.

—Eso ya lo sé, pero creo que el respeto y la confianza son algo que merece todo el mundo. Seguro que son derechos humanos.

Marc sonrió.

—El respeto hay que exigirlo bajo cualquier circunstancia. En eso estamos de acuerdo. Pero la confianza hay que ganársela. Y ni tú ni ellos os la habéis ganado. Podríamos pasarnos el día entero discutiendo sobre quién empezó antes con los secretos. Yo creo que es mejor quedarse en el porqué de cada uno, comprenderlo y después pasar página.

Mio asintió en silencio. Tenía su parte de razón, igual que Otto —que no lo había expresado de esa manera tan elegante—, e igual que Caleb. E igual que ella misma, que estaba de acuerdo. A la única que seguía tratando de injusta, hasta el punto de no haberla dejado hablar, era a Aiko, y ahora se sentía mal por haberle negado algo que le había facilitado a los demás. Debían hablar, eso era evidente. Pero aún no estaba de humor.

—Gracias por el consejo —murmuró.

—*My pleasure*.

Mio se lo quedó mirando con ligera diversión, mientras metía la ropa húmeda en una bolsa de plástico. Observó cómo se levantaba y estiraba con la intención de marcharse.

—¿Por qué dicen que eres un cabrón? —preguntó sin poder evitarlo—. Quiero decir... No eres un ángel de la caridad, pero no me parece que seas tan cruel o perverso.

—Lo soy. Pero no con la gente que tiene mi confianza.

—Vaya. Visto así parece crucial ser de fiar.

La sonrisa de Marc se torció a un lado.

—Veo que ya lo has entendido. Los comportamientos de los demás son un reflejo de nuestros actos. Dependiendo de si confiamos en ellos, seremos o muy buenos, o muy malos. Por eso, efectivamente, es crucial ser de fiar. —Se colgó del marco de la puerta antes de cruzar, y añadió —: Llama a Aiko. No esperes al día de la boda.

—No preten...

El estridente comienzo de una canción de La Oreja de Van Gogh interrumpió y sacudió a Mio: se estremeció al notar la vibración en el bolsillo trasero del vaquero. Lo sacó y echó un ojo a la pantalla. Se le encogió el corazón al ver que era Caleb, y aunque pensó en ignorarlo, le pudo la curiosidad. Él nunca llamaba a esas horas de la noche.

—¿Sí?

Esperó una respuesta que no llegó. Se oían los golpes secos de ritmo de una canción pegadiza, que sonaba a lo lejos, y muchas risas y gritos. Algo de cristal se cayó y se hizo añicos; entonces escuchó que Caleb soltaba un alarido y maldecía. Abrió los ojos como platos y se aferró al teléfono.

—¿Cal? ¿Qué pasa?

Marc enarcó una ceja desde el umbral. Ignoró lo que decía moviendo los labios y se tensó con los gruñidos de Caleb.

—¿Hola? ¿Estás bien?

—¿Mio? —balbució—. ¿E... eres tú? T-te he llamado sin q... querer. Jesse quería llamar a Miranda y se ha... quedado s-sin b-batería, y... J-joder, esto duele como el d-demonio.

—¿Qué es lo que duele? —preguntó con voz aguda—. ¿Dónde estás? ¿Te has emborrachado?

—*Estoy... Creo que estoy...*

Mio estuvo a punto de chasquear los dedos para volver a tener su atención. Un grito mezclado con una risa floja lo interrumpió cuando intentó retomar la palabra; oyó unas palabrotas, más risas y los gruñidos de Caleb.

—¿*Deredere*? —llamó Jesse. También le costaba vocalizar, pero no parecía tan afectado—. ¿Eres tú...? Ya veo que sí, pone bien tu nombre en la pantalla. Mira, voy a poner de excusa que me piro a casa de una *mami* para que vengas y recojas a Cal. Así habláis, que creo que os hace falta. Ya tienes coche, ¿verdad?

Mio asintió. Luego se dio cuenta de que no lo habría visto. No importaba: Jesse supo de su afirmativa y le vomitó la dirección en la que se encontraba. No quedaba demasiado lejos de allí, podría estar con Caleb en diez minutos.

—Pero... ¿está bien? —balbució de nuevo, con una mano en el pecho—. Él no hace esas cosas, no entiendo...

—Ni los buenos son siempre buenos, ni los malos son siempre malos. Te dejo, Deredere. ¡Ah! Y ven con un botiquín. Parece que el caballero se ha rajado la mano.

—¿Que se ha...? Dios mío. Vale, vale, estaré allí en... No tardaré. Dile que no se mueva de dónde está, ¿vale? Que no se mueva —repitió, deletreando cada palabra—. Y no hable con desconocidos, ni acepte copas de nadie, ni... ¡Se quede dormido!

—Estoy borracho, no moribundo —oyó mascullar a Caleb—. *Y no hace falta que...*

Mio colgó enseguida y salió escopeteada del lavadero, olvidando allí la bolsa de plástico. Marc se apartó a tiempo de la entrada, y menos mal, o habría muerto arrollado. No parecía demasiado preocupado cuando se acercó y le preguntó qué estaba ocurriendo. Explicó a grandes rasgos que dos hombres adultos se habían emborrachado y ella debía ir al rescate. Un poco lamentable, si le pedían su opinión: ese tipo de locuras se dejaban de cometer en la universidad. Era una irresponsabilidad increíble, beber hasta el punto de necesitar un chófer. ¿Qué clase de persona cercana o sobre los treinta era tan imprudente como para...?

Mio frenó de golpe, como si acabara de toparse con alguien desagradable. En efecto, así era: dio de bruces con el amargo sabor de la verdad.

«Tú. Tú lo eres», le dijo su subconsciente. «¿O se te han olvidado tus numeritos?».

Sacudió la cabeza y trató de olvidarlo. Seguro que Caleb no se preocupó ni la mitad de lo mucho que lo estaba haciendo ella. Seguro que él guardaba la calma porque sabía que no era grave. Seguro que...

Oh, Dios, ¿así se sintió él cuando Aiko le llamó pidiendo que la buscara por toda la ciudad, no fuera a ser que ocurriese una desgracia? Una desgracia como la de la fiesta de la fraternidad en la facultad de Miami; también fue Caleb quien acudió en su busca. Y en fin de año. Y en uno de sus cumpleaños...

Se metió en el coche de su madre, mordiéndose la lengua para no gritar. Era diferente. Ella era... más joven. Inmadura. No era para tanto. Él, en cambio, era gerente de un gran bufete y tenía responsabilidades. No podía permitirse esas juergas, en las que se terminaba sangrando...

Por favor, ¿qué estaba diciendo? ¿Se estaba escudando en su inmadurez para darle menos importancia a sus locuras que a las de Cal?

Se puso en marcha con el corazón en un puño. Solo esperaba que estuviese bien. Si hubiera llamado Otto, estaría solo levemente preocupada, pero era Caleb. Ya debía haber bebido para necesitar auxilio. Nunca, jamás, lo había visto borracho o fuera de sí, ni tampoco herido.

¿Se habría metido en una pelea? Apostaba que era por culpa del vaso que oyó romperse. O eso esperaba.

Una vocecita egoísta dentro de ella quiso quejarse. ¿Esa era su forma de demostrar que la quería? ¿Llamarla cuando la liaba parda...? Por una parte, le mosqueaba, pero por otra, ¿no era eso lo que quería? Había confiado en ella lo suficiente para solicitar su rescate, y permitiendo así que lo viera vulnerable. Bueno, lo había permitido Jesse pidiéndole que fuera a recogerlo, y él mismo había confesado que pulsó la tecla equivocada, pero algo era algo.

Llegó a la dirección anotada mentalmente en siete minutos. Los radares de velocidad habrían reventado por su culpa. Tampoco le importaba demasiado: después de unos días al volante, se había dado cuenta de que no le gustaba conducir, y prefería tomar el transporte público. Si le quitaban el carné le estarían haciendo un favor.

Bajó del coche y buscó, entre las sombras y luces de una noche de fiesta en la calle principal de bares, a un hombre cuyo aspecto respondiera a la idea de perfección. Lo encontró apoyado en la pared bajo una marquesina, con la cabeza descolgada hacia atrás y la americana en la mano. Tenía sangre en la camisa, y unos cuantos botones saltados.

Mio soltó un grito ahogado y echó a correr hacia él. *Qué gran decisión tomó al ponerse las zapatillas de lona blancas.*

—¡Caleb! ¿Qué ha pasado?

Caleb se estremeció: fue como si su voz hubiera reactivado su cuerpo, como si lo hubiese poseído. La iluminación superficial externa tiñó de naranja sus ojos verdes. Dos pupilas dilatadas brillaban en un rostro moreno, encogido en una mueca de difícil clasificación.

—Me han intentado atracar y me he defendido —dijo con voz pastosa. Señaló la sangre de la camisa—. No es mía, aunque creo que me he abierto los nudillos... Qué susto —añadió, nervioso.

Tendría que haberse resistido, pero le pudieron las ganas y se abrazó a él.

—Debes haber pasado mucho miedo. Es terrible que te atraquen.

—No —musitó, con voz estrangulada. Le devolvió el abrazo con una mano torpe—. Es que le he dado un puñetazo que se ha quedado tirado en el suelo. Pensaba que lo había matado: he tenido que volver para asegurarme de que respiraba. Imagina lo que podría haber sido de mí y de mi carrera si lo llego a... —Se detuvo para tragar saliva—. Ya no estoy sangrando, puedes tranquilizarte.

—¿Seguro? —Revisó sus manos con los ojos entornados—. Tienes unas pequeñas heridas.

—Es porque me he cargado el vaso y me ha rozado uno de los cristales rotos, pero no es… no es nada. Gracias por venir.

Mio se tranquilizó al sentir que estaba bien en el tono suave de su voz; en sus músculos relajados. Al menos el licor le había servido para atenuar su tensión de siempre.

—Tenía que hacerlo yo alguna vez, ¿no? Vamos. —Entrelazó los dedos con los de él y tiró—. Te guiaré yo a...

Caleb no se movió.

—¿Por eso has venido? —Le costó entender lo que decía—. ¿Piensas que me debes algo por las veces que yo he salido a buscarte? Porque si es así, quiero que sepas que no...

—He venido porque te quiero, no porque sienta ninguna obligación moral. Que también, ¿eh? No iba a dejarte tirado. —Suspiró—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

Era difícil saberlo ahora que se habían alejado de las farolas de la acera, pero intuyó que sonreía.

—Bueno… No me quejaría si lo repitieras de nuevo, ahora mismo.

—¿Puedes decirlo tú? —le retó. Intentó aplastar la decepción al percibir que se envaraba—. Pues hasta que no lo tenga de vuelta, no me repetiré. Pretendo que nuestra relación esté al mismo nivel.

Inició la marcha con energía. Tuvo que parar enseguida. Caleb no estaba para trotes. No encontraba el equilibrio, seguramente estaría mareado y se tropezaba cada dos por tres. Se puso a su lado para abrazarlo por el costado y guiarlo, aunque suponía que no serviría de gran cosa. Un borracho de esas proporciones no era muy manipulable que se dijera.

—Ya lo sabes —murmuró—. Sabes lo que siento por ti.

Mio se contuvo para no lanzar una mirada indignada. «Está borracho, déjalo estar».

—Pero quiero oírlo. ¿Tanto pido?

—No. Te lo diría... —Frenó delante del coche y se apoyó con torpeza, como si fuera a vomitar —. Mio... Te lo diría cada día. Cada hora. Pero no puedo. —Le lanzó una mirada ahogada, llena de pánico—. No puedo, ¿entiendes? Llevo toda mi vida con el corazón metido en una cámara blindada y he perdido la llave. No sé cómo...

Mio tragó saliva con dificultad. Se había quedado quieta en la acera, a un lado del coche, mirándolo con el estómago encogido. Lo vio tan destruido, y sintió tan dentro su confesión, que le contagió esa terrible parálisis de la que hablaba. Por un segundo no supo cómo reaccionar.

—Vamos —murmuró—. Métete en el coche. Te llevaré a casa.

Caleb necesitó casi un minuto para encontrar la manilla de la puerta. Cuando lo hizo, se golpeó la cabeza intentando entrar en el pequeño escarabajo. Desde luego, el coche no había sido creado para hombres tan grandes, pero se las apañó para sentarse. Lo de ponerse el cinturón ya fue otra historia. Mio tuvo que estirarse para colocárselo antes de que acabara clavándose el imán en el muslo, presa de la impaciencia.

La tarea los aproximó tanto que pudo oler el licor en la respiración de Caleb. Parecía ron. Pero sus ojos eran de absenta, verdes como el hada de los bohemios... Hipnotizadores. No se pudo controlar y le dio un beso en los labios, relajada ahora que sabía que no había pasado nada malo.

Pretendía dejarlo como un simple gesto de aceptación, una señal que decía que podía esperar, pero él la envolvió con los brazos y tiró para sentarla sobre su regazo.

—¿Qué…? —Mio se mordió la lengua—. Dios mío, tienes un gran problema con los coches, ¿verdad?

—Tengo un gran problema contigo.

El impulso de contestar se diluyó tan rápido como había aparecido. Caleb hundió la nariz en su cuello y dejó ir un suspiro contenido. Su respiración errática y su corazón acelerado eran solo dos avisos de muchos que precedían al llanto.

Pero él no lloraría, porque nunca lloraba... ¿verdad?

La postura no era la más cómoda, pero lo abrazó de vuelta. Acarició con suavidad los pelillos de la nuca, que ardía al igual que el resto de su cuerpo. Le costó percatarse de que él estaba

temblando, de tan fuerte que la agarraba, como si se estuviese aferrando a ella para huir de algo grande. Algo terrorífico.

—¿Por qué te has puesto así? —preguntó ella en un susurro, intentando sonar comprensiva—. Tú nunca haces estas cosas.

—No las hago porque tiene que haber alguien preparado para salir a buscarte cuando tú las haces. Alguien listo para cuidarte. No podemos estar locos los dos… Si no, nuestra convivencia sería imposible.

Ella cerró los ojos, conmovida.

—Eso no es cierto. Mira al Joker y Harley Quinn. Que conste que no te estoy animando a emborracharte y pelearte con nadie —añadió enseguida—, solo digo que no quiero que te prives de hacer cosas... por mí.

—Yo dejaría de hacer cualquier cosa por ti. Y haría cualquier cosa por ti —replicó, en un arrebato. Le costaba vocalizar, pero milagrosamente lo estaba entendiendo—. Cualquiera.

Un ramalazo de rencor la poseyó antes de pensar en su contestación:

—¿Incluso fingir que *no* lo harías? ¿Incluso fingir que no me quieres en absoluto?

Caleb la abrazó más fuerte. La barba la pinchó en el hombro desnudo, gracias al corte del *top* veraniego, y su nariz ahondó más en su cuello, como si no fuera suficiente escondrijo para huir de ella. Que no respondiera le rompió el corazón.

—Siempre he pensado que me odiabas, Cal —musitó, con la voz rota—. Desde que era pequeña... Estaba convencida de que era la última persona en este mundo con la que querías matar las horas.

—Tú no matas mis horas —barbotó—. Eres la única persona que consigue darles vida. Protagonizas todos mis recuerdos porque sabes convertir cada insignificante segundo en algo memorable.

Caleb rozó la espalda desnuda de Mio con los dedos. Ella se estremeció.

—Pero yo eso no lo sabía. Lo que detesto de toda esta historia no es que no me dijeras que me querías, Caleb, sino que actuaras como si no me soportaras.

—Es que no te soporto —jadeó, quebrado—. No puedo soportar todo lo que me haces sentir, ni lo bien que se te da sacarme de quicio. No creo que nadie sepa de veras a lo que se refiere cuando dice que está loco por alguien. Yo estoy loco por ti y lo paso mal, porque tú y yo no hemos nacido para estar juntos. Tú y yo... Nos llevaremos a matar toda la vida, porque somos las dos caras de la moneda.

Caleb inspiró hondo, pegado al punto en que había alojado unas gotas de perfume. Al exhalar, todo su pecho vibró como si estuviera en un concierto con la música muy alta.

—Y, aun así… nado a contracorriente porque quiero que nos complementemos. Puedo recortar la pieza que soy para encajar con la que eres tú. Siempre lo he sabido. Pero ¿y si me deconstruía entero y luego me dejabas?

Mio clavó una mirada horrorizada por encima del hombro de Caleb.

—Yo nunca voy a dejarte —repuso, con un hilo de voz.

—Te lo dije... Te lo dije cuando fui a recogerte el día que suspendiste el BAR. No soy la persona que necesitas, mi amor. —Un sollozo ronco interrumpió sus jadeos. La estrechó más fuerte—. Nunca seré lo suficientemente paciente o comprensivo, ni tan bueno, y tú siempre me

tendrás bailando en el borde de tus dedos. Un día te echaré la bronca y tú decidirás que ya ha sido suficiente. No podría culparte, pero…

—No —le cortó—. No digas tonterías.

—Siempre lo he sabido, Mio. Siempre he sabido que una persona como yo te amargaría la vida, y tú a mí no me vas bien. Pero aun así... Aun así... No podría dejarte. No puedo. *No puedo* —repetía—. Eres mi vida. Eras mi vida cuando rompías mis juguetes, cuando llegaba tarde al cine por tu culpa y cuando salía con otras mujeres.

—Y tú eres la mía. ¿Por qué dices todo eso? ¿Por qué...?

—Porque toda la vida he mantenido la sospecha de que, si no llegabas a necesitarme, nunca tendría el «para siempre» que deseaba contigo. Si todo dependía de que me quisieras... Nunca estaría seguro. Y no es porque no crea que no puedes querer a alguien para siempre; ya me he dado cuenta de que estaba equivocado, y he visto que adoras y adorarás a tu hermana durante el resto de tu vida... Es porque ni siquiera yo me querré hasta el final. Menos después de haberte... —Exhaló de golpe—. Te he hecho daño.

—Caleb, por favor, basta —cortó. Se separó de él lo suficiente para mirarlo a los ojos. Se quedó helada al ver sus lágrimas—. Dios mío, ¿por qué te cuesta tanto entender que pueda quererte tal y como eres, con tus broncas incluidas? ¿Y a qué viene todo esto? No te he abandonado, no he cambiado de opinión, solo quiero que me quieras de la mejor forma posible... Y que entiendas mi frustración. ¿Vas a rendirte ahora?

Le costó limpiar sus lágrimas mientras negaba con la cabeza.

—No. Nunca. Solo quiero... Quiero que me perdones por no haber sabido manejar lo que siento, ni manejar nuestra relación. Yo... —Cerró los ojos un segundo y respiró para recobrar la compostura. Cuando los abrió, parecía decidido a hacer una confesión—. Llevo dos años con la pulsera que me diste colgando del tobillo. La que me regalaste por mi cumpleaños el día que Marc vino a la fiesta familiar. ¿Sabes por qué? Porque dicen que llevarlas ahí da buena suerte, y aunque no soy muy místico, quería tenerla contigo. No me la he quitado hasta la noche que pasamos juntos.

Mio intentó hacerse oír por encima de los latidos de su corazón. Pasó los dedos por sus mejillas húmedas y ásperas por la barba.

—¿Lo dices de verdad? Lo pasé muy mal ese día, Cal. Me ignoraste.

—Fue sin querer. Sabes que me puede lo mal que me cae Marc; pensaba que me estabas llamando para evitar que nos peleáramos, que querías separarme de él, no que… No que pretendías… Se me rompió el corazón cuando vi que tirabas el regalo a la basura. Por eso te llamé para disculparme.

Mio sacudió la cabeza con dulzura.

—No importa. Ya no. Pero si te la has quitado, ¿dónde está ahora?

—Atada al cabecero de mi cama. Como una señal de victoria. Como mi signo de revolución. —Tragó saliva—. Yo no sabía que me querías, pecosa. Me sentía estúpido guardando tus regalos como oro en paño. Tan fuera de lugar... Siempre estoy fuera de lugar.

Mio volvió a fundirse con él en un abrazo, esperando que fuera suficiente para sofocar los espasmos de ambos.

Sintió que la quería: lo sintió, y nunca creyó que algo así pudiera experimentarse en la carne, en la respiración, tan dentro que no sabía cómo habría llegado hasta allí ese amor invisible, si a

través de las venas, de los besos o de la piel. Sintió que Caleb la quería más que a ninguna otra cosa. En su vibrar, en sus taquicardias, en la manera en que repitió su nombre.

—¿Te has puesto a beber por eso? ¿Porque te sientes fuera de ti, o estúpido por mi culpa? No sé cómo tranquilizarte, más que diciéndote que no lo eres, y que… te quiero, todos te queremos. Pero yo en concreto… No sé cómo hacer esto menos dañino para ti.

—No es dañino para mí. No lo eres. Lo único que me aterra es que puedas dejarme. Por favor, no lo hagas. *Por favor*. No podría soportar que me dejaran otra vez, o que me arrebataran algo que amo de nuevo.

Mio besó el lateral de su cuello.

—¿*De nuevo*? —repitió en voz baja—. ¿Estás pensando en tus padres?

Dedujo que sí por el estremecimiento que agitó su cuerpo.

—Puedes hablar conmigo sobre eso —dijo Mio—. Sé que aún te queda mucho por decir. Y por gritar.

—No es tanto. Es muy poco, en realidad. Simplemente me los quitaron. Y no puedo parar de pensar en cómo habría sido si... Todo habría sido tan diferente. *Tan diferente* —repitió en un murmullo, ido—. No es justo.

—No lo es, no voy a mentirte. Pero no puedes pasarte toda la vida torturándote con ese condicional. El «qué habría pasado si» no te lleva a ninguna parte, Cal, todo lo contrario. Te quita tiempo de vivir el presente, que es el que importa. Ellos... —añadió en tono comedido—. Ellos se han ido y es terrible, pero actuar como si tú también lo hubieras hecho... es imperdonable. No querrían verte así. Tú lo sabes. Y tienes voluntad de sobra para convencerte y para sanar. La he visto. La demuestras conmigo. Por eso creo que conseguirás superarlo… No, no lo creo: lo sé. Yo confío en ti.

Caleb reprimió un escalofrío aferrándose a su cintura. Lo hizo con tanta energía que Mio pensó por un momento le quebraría hasta el último de los huesos... y no le habría importado. A pesar de todo, quería tanto a ese hombre... y lo entendía. Lo entendió al separarse un poco y ver en sus ojos una rabia fluctuante parecida a la que ella había enfrentado en el espejo durante esos días.

Mio también pensaba en el condicional. Había ideado cientos de supuestos acerca de cómo sería su vida si no hubiera habido malentendidos. Cómo vivirían en la actualidad si no hubiesen tenido miedo. Porque, al final, a eso se reducía todo. *Miedo*. A no ser suficiente. A que todo se fuera al infierno para nada. A perder.

—Eso me consuela... Espera, no te muevas. Necesito... Solo un rato más contigo.

—Vas a tener todos los ratos conmigo que quieras, pero ahora necesitas descansar. El juicio es en dos días, y mañana tienes que pasar toda la mañana y la tarde ultimando detalles, Cal. ¿En qué estabas pensando?

—En todo lo que me va a doler.

Mio se mordió el labio para reprimir un puchero.

—Yo estaré contigo. Lo prometo. Pero ahora vamos a casa. Te dejaré en la cama, después de tomarte un analgésico y limpiarte esas pequeñas heridas, y me marcharé, ¿de acuerdo?

Caleb asintió con tanta solemnidad que ella sonrió. Verlo devolver el gesto fue como presenciar un amanecer después de años de ceguera.

—Podría acostumbrarme a que me cuidaras —confesó. Acarició el óvalo de su cara con los dedos. La miraba con absoluta adoración desde el rincón de los borrachos, los que tenían los ojos vidriosos y siempre decían la verdad—, pero entonces mi vida no tendría ningún sentido. Yo soy quien tiene que cuidarte.

—*Eras* quien tenía que cuidarme. A partir de hoy, nos turnamos. ¿Vale? —Le sostuvo la mirada con determinación—. ¿Me lo prometes?

Caleb se tomó un segundo para pensarlo. Asintió muy despacio y estiró el cuello, pidiendo un beso de la forma más mendiga. Ella se lo entregó sin cerrar los ojos al principio, para captar ese preciso y precioso momento en el que él lo hacía. Mio suspiró dentro de su boca y se rindió al sabor electrizante del ron y las dulces confesiones.

—Te lo prometo.

21

El romanticismo está sobrevalorado

Partiendo de que las corbatas le hacían sentir incómodo y había llegado el gran día, estaba tan nervioso que no le paraban de sudar las manos. Llevaba alrededor de veinticinco minutos dando vueltas por el recibidor del bufete Miranda & Moore, donde había quedado con Marc y Aiko para coger el coche que les llevaría a los juzgados. Saber que Jesse era el que estaba al mando de todo en Leighton Abogados tampoco ayudaba a que se tranquilizase; se lo imaginaba descorchando el champán y haciendo una orgía en el centro de la oficina con Fall Out Boy de fondo. Pero en general, estaba ansioso por ver todo aquello zanjado para siempre. Estaba seguro de que sus palpitaciones, sus ataques de pánico y su tristeza se irían con la resolución del juicio. Y entonces podría dedicarse enteramente a su vida y a la persona que quería.

Estaba ansioso por ir a buscar a Mio y darle lo que quería. Sobre todo después de la forma en que lo trató al dejarlo en casa. Lo ayudó a curar sus heridas, las que se veían y las que no, y se quedó a su lado hasta que le venció el sueño. A la mañana siguiente ella ya se había ido, porque tenía que verse con un entrenador personal para enfrentarse preparada a las pruebas físicas de la policía, pero le dejó una nota cariñosa que había colgado en la nevera. No se le olvidaría la sonrisa que llevó para parte de la mañana gracias al detalle; la misma que se le puso a ella al comprobar, en efecto, que su pulsera estaba en el cabecero de la cama.

Por supuesto, nada de eso significaba que ya tuviera el trabajo hecho. Aún se devanaba los sesos pensando en la mejor forma de demostrar —y a lo grande— que la adoraba. Si algo merecía Mio Sandoval, era sentirse querida. Y estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de hacerla feliz durante el resto de su vida.

Había estado pensándolo parte de la noche anterior: su cabeza se dividió en dos secciones, la que dedicaba al juicio, y la que pensaba en Mio para suavizar los nervios. Se dedicó a darle vueltas a lo que podría querer una mujer como símbolo de amor. Solo se le ocurrió una idea que sabía que Mio valoraría y que quedaría entre ellos. Pero para realizarlo tendría que pedir ayuda a Marc, y solicitar que le dejara robar el protagonismo de los novios el día de la ceremonia. Esto no le hacía demasiada gracia. Odiaba a Marc Miranda y a las bodas por separado; juntos, más lo que tenía pensado para sorprender a Mio, podrían matarle del disgusto. Se consolaba pensando que todos estaban al tanto de sus fobias y, por tanto, enfrentarlas sería un gran gesto de amor.

Las bodas no le simpatizaban porque sus padres se casaron oficialmente cuando él tenía ya nueve años. No había olvidado aquel día, y de hecho, era el recuerdo al que recurría de forma más recurrente cuando quería pensar en ellos. Le era inevitable comprar cualquier celebración de matrimonio con la de los Leighton, y eso, inevitablemente, lo bloqueaba.

Así era como se sentía todo el tiempo. No era solo miedo, o desesperación, o inseguridad: él solo necesitaba el «te quiero» de Mio para dar un paso hacia delante, y ya lo tenía. Era un bloqueo.

Cuando quería decírselo, cuando quería hacer algo por ella, o soltar en voz alta lo que pensaba —estaba guapa, o le divertía lo que contaba, o se enorgullecía de sus logros—, un mecanismo dentro de él se obstruía. Se le cerraba la garganta, le oprimía el pecho y, durante unos instantes, no podía respirar.

Reconocía lo que era un ataque de ansiedad. Los tuvo de niño. Y era horrible.

A veces no podía soportarlo. Se quedaba inmóvil delante de Mio cuando lo que quería hacer era abrazarla, o darle un beso, o contestar a todo lo que le pedía con una declaración de las que se veían en las películas.

No podía, y ni siquiera era su decisión.

Su cuerpo, y a causa del que fuese el problema que tenía, era el que sentenciaba que la decepcionaría. No solo ella era la que volvía a casa frustrada. Él también, y no era algo con lo que se pudiera luchar directamente. Practicaba muy a menudo, a solas, y entonces era fácil. Pero cuando había una persona delante de él —podía llamarse Mio, o Aiko, o Aiko I, o Jesse—, ya podía arderle el corazón de la necesidad de expresar que lo quería, que al final nada salía de sus labios. Estaba inmovilizado. Algo le impedía el paso. Y había mejorado muchísimo con el paso del tiempo, sobre todo a raíz de la noche que pasó con Mio en casa. No obstante, sentía que seguía estando a años luz de ser el hombre honesto en el que quería convertirse.

Mio era directa y sincera, él debía estar a la altura. Pero no sabía cómo luchar contra sí mismo.

Sacudió la cabeza y procuró mantener en el pensamiento que todo saldría bien, desde el juicio hasta su declaración. Volvió a dar otra vuelta por el recibidor hasta que el reloj le avisó de que Marc estaba llegando tarde, y decidió seguir las indicaciones hacia el despacho marcado con una placa a su nombre. *Leighton Abogados* y *Miranda & Moore* no se diferenciaban en muchas cosas; a simple vista, las oficinas estaban segmentadas por medio muro, y los despachos daban a una vista increíble de *Downtown* gracias a ventanales que iban del suelo al techo.

Al otro lado del despacho de Marc, estaba el que vestía y calzaba con un traje color azul cobalto y una mujer bellísima a la que acariciaba la barbilla. Aiko y él hablaban a distancia nula de sus labios, aunque sin llegar a besarse, y parecían tan concentrados en el movimiento de la boca del otro que a Caleb le dieron ganas de cogerles de la nuca y juntarlos de una vez.

—Dan mucho asco, ¿verdad? —preguntó una voz femenina. Caleb se giró, topándose con un flequillo pelirrojo y unos gatunos ojos claros. Sobre su mesilla, que daba a la puerta de entrada a la guarida del demonio, reposaba un letrero con su nombre: Verónica Duval—. Tú debes ser Leighton. Marc te describió a la perfección.

—Ah, ¿sí? ¿Qué dijo?

—Dijo que cuando apareciera un tipo con cara de querer arrancarse la corbata, le avisara. También mencionó que lleva las mismas gafas de *hipster* que el Señor Potato.

—Conque el Señor Potato —masculló—. No sabía que Miranda tuviera tiempo para ver películas de dibujos animados.

—Si verlas le ayuda a establecer comparaciones para burlarse de sus compañeros, lo hará. —La mujer devolvió la vista a su manicura, que reforzaba con una lima de uñas forrada en

lentejuelas doradas—. Yo que tú, no entraba a molestar. Cuando se pone así y le interrumpen, se venga de la forma más rastrera que puedas imaginar. Soy Nick, por cierto.

—Eres la famosa secretaria, ¿no? —La mujer asintió sin ninguna humildad—. Encantado. ¿Y cuándo más o menos voy a poder cortar el rollo? Nos está esperando un juicio importante, y no creo que la corbata aguante mucho.

—Eso es porque te la has puesto mal.

Nick se puso de pie, en todo su esplendor de curvas agresivas y pecas repartidas por toda zona del cuerpo que hubiese a la vista. Se tomó la libertad de deshacerle el nudo y volver a ponérselo.

Caleb se sintió cohibido al tener tan cerca a una mujer, como si un favor sin intenciones detrás pudiera denominarse engaño.

—Tranquilo, esto no es ningún intento de seducción. En este bufete tenemos la tradición de tratar mal a quienes nos gustan, y tú en concreto tienes cara de bueno como para ser mi tipo. —Sonrió como una víbora y volvió a sentarse. La oyó suspirar antes de pulsar un botón del teléfono y decir—: Severus Snape lleva esperándote un rato, haz el favor de cumplir con tu puto deber y salir de ahí de una vez.

—¿Severus Snape?

—¿Has visto Harry Potter? —preguntó Nick, ladeando la cabeza—. Se me ocurrió que podrías llamarte así. Snape jodía a Harry porque no se tiró a su madre. Algo así, pero supongo que con Aiko.

—Y supongo que Harry sería Marc.

—No lo creo, me pega mucho más la casa Slytherin —interrumpió Marc a su espalda. Caleb se giró con el ceño fruncido, captando la sonrisa que le dedicó a Nick—. Deséame suerte, nena.

—Suerte. —Y le lanzó un beso.

Aiko puso los ojos en blanco y tiró de la mano de su futuro marido hacia el ascensor. Dentro de lo que cabía —estaba en la guarida del lobo y encima había sufrido *bullying* por una persona de un rango bastante inferior al suyo—, le hizo gracia que Aiko marcara territorio de esa manera. Con lo particular que siempre había sido con los hombres, era divertido verla salir de allí tan dignamente.

—¿Estás nervioso? —le preguntó Kiko. Estaba espectacular con su atuendo de abogada seria.

—No —dijeron Marc y Caleb al unísono. Intercambiaron una mirada rápida. Fue Cal quien siguió hablando—: Era a mí, capullo.

—*Slow*, amigo. No iremos a pelearnos hoy, ¿no?

Aiko puso los ojos en blanco. Se disculpó con la excusa de que necesitaba ir al baño y los dejó solos en la entrada del edificio. Los dos observaron la andada de la mujer hacia la puerta del fondo. No era nada *sexy* o rompedora, ni siquiera intentaba llamar la atención al mover las caderas dentro de la falda, pero Caleb reconocía que era maravillosa, y no podía salvo preguntarse cómo lo habría hecho Marc para conquistarla.

Era el gran interrogante que jamás le sería respondido. Cada vez que intentaba ahondar en la gran cuestión, Aiko respondía con evasivas; a veces ni se tomaba la molestia y solo sonreía sumergida en sus recuerdos. Hiciera lo que hiciese, envidiaba a Marc por saber hacer feliz a una persona que antes no lo era del todo.

—¿Puedo preguntarte algo sin que me lo estés restregando durante toda la vida?

—No te lo restregaría durante toda la vida; seguro que antes de que cumpla unos años, haces otra estupidez por la que merezca la pena humillarte. —Hizo una pausa para mirarle con una sonrisa sesgada—. Es broma. Solo me divierte muchísimo buscarte las cosquillas. ¿En qué puedo ayudarte, además de consiguiéndote un sastre en condiciones?

—¿Qué le pasa a mi traje? Da igual, no quiero saberlo. —Se pasó una mano por el pelo, mucho más cansado de sí mismo que de Marc. Lo miró a los ojos y preguntó—: ¿Cómo lo hiciste con ella? Para que t...

—No me gusta hablar de mi vida privada —zanjó antes de que acabara de hablar. Se plantó las gafas de sol sin girar la cara hacia él—, y menos con la competencia.

—Soy prácticamente tu cuñado.

—De esa frase, me voy a quedar con el «prácticamente». No es lo mismo que un «literalmente», y no se me olvida que me odias tanto como para usar cualquier cosa que diga en mi contra.

—Puedo usar muchas cosas que ya has dicho en tu contra. Y no es por nada, Miranda, pero vamos a fusionar nuestros bufetes. Tarde o temprano tendremos que llevarnos bien.

Marc se giró hacia él. Era imposible saberlo a través de las gafas de sol; aun así, intuyó que le había picado la curiosidad.

—No me gusta hablar de mi vida privada —repitió.

—Ya veo que es un mantra muy bien estudiado. Y necesario cuando eres una figura pública —apostilló. En lugar de repetir el discurso, se sinceró—, pero necesito consejo. Tu hermano me diría una gilipollez, y podría preguntárselo a Aiko, pero preferiría el consejo de un hombre para complacer a una mujer.

—Pues nadie sabe mejor que una mujer lo que quiere una mujer.

Caleb suspiró, cansado. ¿En qué coño estaba pensando al pedirle ayuda a Marc? No era ninguna mala idea, el tipo era la definición de «hombre al que todas quieren» antes de establecerse, y sabía cómo llevar a la gente a su terreno, pero debería haber previsto que las enemistades no se curaban pidiendo asesoramiento. Y tampoco quería acabar con su enemistad, dicho fuera de paso. Seguía guardándole rencor, y seguramente se lo guardase toda la vida.

—Lo único que quieren las mujeres es que seas honesto —dijo de repente, sorprendiéndolo. Marc seguía sin mirarlo, como si el contacto visual fuera a dar pistas de esa vida privada que protegía con tanto celo—. Y eso significa ser tú mismo. Así que no me pidas consejo para ligar, porque primero... Cada mujer es un mundo. Y segundo: si intentaras hacerlo como yo, te estarías falsificando. Hay que ser real, Leighton.

—Pues tú en concreto eres todo fachada, así que no entiendo qué clase de consejo inventado me estás dando. —Recibió una mirada aburrida de su parte. Bueno, pareció aburrida, tampoco estaba muy seguro con las *Ray-Ban* puestas—. No me pongas esa cara, sé la verdad, y fuiste de todo menos real.

Marc sonrió.

—Tú no sabes nada más que lo que yo quiero que sepas.

—En todo caso *lo que Aiko quiera que sepa.*

—Pues eso. Lo que yo quiero que sepas.

—¿Estás insinuando que la manipulas para que diga lo que tú quieres?

—No me has entendido y no voy a perder mi valioso tiempo explicándome, porque la verdad es que me da igual lo que pienses de mí mientras ella no lo comparta. Si quieres a una mujer, díselo —atajó—. No hay más ciencia que esa.

—No puedo —soltó sin pensar. Enseguida recordó con quién estaba hablando y se arrepintió, pero era tarde para retroceder—. Quiero y voy a hacerlo, y no puedo. Algo me bloquea y las palabras no salen. Me quedo petrificado.

Sintió los ojos azules de Marc examinándole a conciencia. La posibilidad de haber hecho el ridículo diciendo eso en voz alta le preocupó.

—A lo mejor debería limitarme a regalar flores —bufó, más para sus adentros que para ser escuchado.

—Es suficiente con lo que dijiste ayer a Aiko —apuntó Marc—. Eso le gustará. Sobre todo teniendo en cuenta que, para ello, has tenido que convencerme a mí.

—¿De qué habláis? —preguntó Aiko, apareciendo de la nada. La mano de Marc fue como un imán directamente a la suya, entrelazando los dedos.

—Caleb me estaba preguntando cómo ser romántico.

Aiko levantó las cejas.

—¿A ti? —Parpadeó una sola vez y, de repente, se echó a reír. Fue una risa alegre que poco a poco se fue transformando en una serie de carcajadas brutas—. ¿Vosotros dos hablando de romanticismo?

—¿Qué pasa? Soy romántico de vez en cuando. Escucho a Luis Miguel.

Aiko no podía hablar de la risa que le había entrado. Tuvieron que acomodarse en el coche en silencio, uno incómodo, y el otro a punto de carcajearse con ella. Ninguno de los tres conducía. Fueron en taxi al juzgado, Marc y Caleb probando posturas distintas en el asiento trasero para no tocarse, y Aiko hablando con el taxista, como tenía por acostumbrado. Sentía debilidad por la gente que desempeñaba empleos tan aburridos y a veces solitarios, faltos de conversación.

—¿Tienes claro lo que vas a decir? —preguntó Marc.

—Sí, me sé de memoria las preguntas, aunque por si acaso las llevo en una libreta...

—No hablo del caso, sino de lo otro. ¿Sí, o no?

—Sí, lo tengo claro.

—Pues ese es el problema. Si sientes que no puedes decirlo, no lo fuerces. Con la ansiedad no se juega —recalcó en tono severo—. Pero si le quieres ganar... No te concentres ni vayas con un discurso, porque cuando lo tienes todo preparado cuesta más cumplir con las expectativas. Di lo primero que te venga a la cabeza, sin pensar. Da igual si sale atropellado, porque en cuanto lo dices la primera vez, ya las demás vienes solas.

Marc no añadió nada más, aunque tampoco hubo demasiado tiempo. El trayecto era de menos de quince minutos, y Caleb los pasó meditando sobre el que podría haber sido el problema desde el principio: que intentaba programarlo todo, y ya iba con el pavor instalado en el cuerpo, temiendo el rechazo. Si lo soltaba sin más, tal vez se sintiera libre.

Salieron del coche por distintas puertas. Aiko miró a Caleb, aún riéndose por su supuesto romanticismo, y echó a andar por delante de ellos para reunirse con Jesse.

Jesse.

Caleb lo miró en la distancia. «¿Qué coño haces aquí?». El Miranda mayor se encogió de hombros y sonrió. Habría sido mucho pedir que no armara un escándalo en la puerta de los juzgados. No temió ser él mismo haciendo una bocina con las manos y gritando que Julie estaba al cargo de todo.

—Cuando mi dinero sea el tuyo... —empezó mascullando, sin perder de vista a Jesse—, ¿dejarás que use los fondos del bufete para comprarle un bozal a tu hermano?

—Creo que hasta los fondos públicos del estado de Florida se ofrecerían a subvencionar eso. Pero sí. Por ese bozal te dejaría meterle mano incluso a mi salario —respondió Marc.

«Por fin estamos de acuerdo en algo».

—No me digas... ¿Y cómo pagarías los relojes?

—No negaré que prefiero pagar al contado, pero por mensualidades también es posible. —Hizo una pausa para examinar el reloj, un BVLGARI con la correa azul, a juego con el resto del traje —. Ha llegado la hora de la verdad. ¿Estás listo?

«Eso creo».

—Sí. Gracias por haberme ayudado. No te agradezco tanto que te inmiscuyeras e impusieras, pero por ahí dicen que el fin justifica los medios.

Marc se giró hacia él y sonrió sin enseñar los dientes. Pensó vagamente en que nunca los había visto; sabía que eran blancos, pero no porque sus sonrisas fueran sinceras.

—Gracias a ti por no paralizar la fusión. —Creyó apreciar algo de nerviosismo en él al meter la mano en el bolsillo—. Es importante para mí.

—Espero que lo recuerdes siempre y haga que te lo pienses mejor antes de tocarme las pelotas.

—Estoy agradecido, pero no voy a lamerte el culo. Si no hubieras accedido, lo habría conseguido por mis propios medios... Y estos no habrían sido tan amistosos.

—Ya tardaba en aparecer el mafioso —bufó—. Sabes que todo lo que digas pierde su fuerza si luego sueltas cosas como esa, ¿no?

—Ese es el plan; no puedo dejar que el enemigo piense que hay algo de humanidad en mi cuerpo —repuso—. Y sí, soy un mafioso. No me escondo.

Caleb soltó una carcajada sin mucho humor, aunque en realidad le hizo gracia la honestidad con la que lo dijo.

—Realmente harías cualquier cosa por ella, ¿no? —preguntó, solo para quedarse tranquilo. Marc desvió la vista al espacio donde Jesse y Aiko se abrazaban, como si necesitara inspiración.

—No me gusta hablar de mis debilidades —dijo al final.

—Entonces parece que no te gusta hablar de nada.

—Por eso pensaba que podríamos llevarnos bien; tú tampoco lo haces mucho, ¿o me han informado mal? —Ladeó la cabeza, sonriente—. Hay algo de lo que siempre me encanta hablar, y es de cómo lo voy a partir *in the court*. —Empezó a subir las escaleras, dejándolo atrás. Se detuvo un segundo, extendiendo los brazos y señalándolo con el índice—. Prepárate, es tu primer día en el bando ganador. Llama a quien quieras que comparta la victoria contigo.

Caleb no tuvo que pensarlo dos veces. Sacó el móvil del bolsillo del pantalón y tecleó un mensaje que obtuvo respuesta enseguida.

Mio: No me queda mucho, acabo de salir. Estaré allí en diez minutos.

Caleb respiró, más tranquilo, y siguió a los que lideraban el paso hasta el interior del juzgado. Había estado allí mil y una veces. Podía hacerlo solo, sin que Aiko o Jesse le acompañaran, pero por algún extraño motivo, tenía la sensación de que sin Mio no saldría tan bien como esperaba. Defendió demasiados casos para acordarse de todos y, sin embargo, aquel que estaba a punto de comenzar hacía que el resto le pareciesen ridículos, tan simples que un niño de ocho podría haberlos resuelto. No había nada que temer porque llevaban pruebas de sobra y el director del hospital no se libraría de la cárcel, así como los distribuidores y, en general, todos los que participaron en el proyecto ilegal, pero ansiaba la pena más alta para cada uno de ellos.

Se sentó junto a Marc en la mesa correspondiente. Aiko estaba detrás de ellos, como representante de todas las víctimas del Kendall West, tanto las presentes entre el público como las que no habrían podido, aunque quisieran. No podía no sentirse poderoso cuando tenía a su derecha a un abogado inmejorable. Pero sí estaba nervioso y enfadado, porque al otro lado de la sala, no lo suficientemente lejos para que se levantara y los matara uno a uno, se encontraba el acusado. Uno entre todos los que pasarían por allí esa mañana, haciéndose eterna.

Echó un vistazo al reloj y comprobó que la sesión estaba a punto de empezar. Habían pasado más de diez minutos, aunque no le extrañó que Mio no estuviera allí aún. Si no llegaba tarde, no era ella. Pensó en enviarle otro mensaje para decirle que se apresurara si no quería que le cerrasen la puerta o interrumpiera la sesión, pero Marc intervino para preguntar algo sobre el repaso de notas.

—¿Va a venir Mio? —preguntó Aiko, pasado un rato—. Las puertas van a cerrar ya.

Caleb frunció el ceño y sacó el móvil de nuevo.

—Le enviaré otro mensaje.

Tecleó un «¿Dónde andas?» y se quedó mirando la pantalla sin saber muy bien qué pensar. Mio no era como Marc. Si aparecía tarde, era por unos diez o quince minutos, no casi media hora. Tenía suerte de que los juicios tendieran a retrasarse o no podría entrar... A no ser que ese hubiera sido su objetivo desde el principio, una especie de venganza por no haberle dado lo que quería cuando lo quería. No le faltaba lógica: en su momento le prometió que iría, pero después de un día sin saber nada de él, tal vez hubiera cambiado de opinión.

Sin duda se habría ceñido a esa posibilidad si no conociera a Mio y supiese que ella no hacía esas cosas. Cuando daba su palabra, aparecía... y nunca tarde.

Caleb se puso de pie y volvió a mirar la hora. Treinta y dos minutos tarde. Pudo ser la presión de la sesión que estaba a punto de empezar o que tenía demasiadas cosas en la cabeza, pero le invadió un mal presentimiento cuando pasó otro rato y Mio no contestaba. Ella siempre lo hacía. *Siempre*. Iba con el móvil a todas partes, incluso al cuarto de baño.

Prefirió pensar que se había perdido, o que no encontraba aparcamiento. Pero incluso en esos supuestos se agobió y acabó mirando a la puerta lleno de dudas.

—Ahora vengo —anunció.

—¿Disculpa? —inquirió Marc, levantando una ceja—. El juez ya está en su puesto, si sales, no entras.

Una vibración avisó de que acababa de recibir un mensaje. Se tranquilizó a medias al ver el nombre en la pantalla. Solo una palabra: «baño». Caleb suspiró. Un excelente momento para pedirle que se moviera de donde estaba, cuando ya se habían acomodado los testigos de la defensa y de la acusación en sus respectivos bancos. Los de la primera eran más, ya que las

amenazadas preferían no mostrar sus caras y darían su testimonio por escrito y firmado o bien con modulador de voz tras una pantalla. Había contado más o menos cinco de parte del Kendall West, entre los cuales estaba Gavin.

Dio una vuelta para ubicarlo entre los asientos. Reconoció a Amalia, a Bruno, a Lina, al capullo de los Red Socks que llamó china a Mio, a la mujer que estuvo en su misma situación y cuyo nombre no recordaba... Muchas caras que ni le sonaban. Y de Gavin no había ni rastro.

Un *flashback* del día en que había encontrado a aquel cabrón acosando a Mio le hizo devolver la vista al mensaje. No pudo volver a sentarse, aunque Marc le hizo una señal, algo ofuscado.

El baño. ¿Qué baño? ¿*Su* baño? No quedaba muy lejos del hotel donde se hospedaba, cuyo nombre sabía gracias al chivatazo de Otto.

—Siéntate ya —ordenó Marc en voz baja, lanzando una mirada elocuente al juez, que empezaba a hablar.

Caleb tragó saliva y fue a obedecer. Ese debía ser el mejor día de su vida. Era el caso más importante de su historia como abogado. Quería estar presente cuando el juez dictara la sentencia, y atribuirse la victoria para poder enterrar a sus padres de una vez, sin temblar cada vez que le preguntaban por ellos. Era su última oportunidad para salvarse a él y defender a los que quería, y a los que confiaron en él reuniéndose en su despacho para contarle su situación. Iba en contra de sus principios, y de lo que anhelaba, dejar aquello como estaba y largarse por un mensaje de una palabra.

Pero no pudo sacarse la espina del pecho y, conteniendo un grito de frustración, le pidió a Marc que se apartara para dejarle pasar.

—¿A dónde vas?

—Es importante —dijo solamente. Y esperaba que así fuera—. La demanda se divide en varias sesiones; no creo que importe demasiado que este quede en tus manos, Miranda. Seguro que lo haces mejor que yo.

Marc sostuvo su mirada con una sola pregunta. «¿Estás seguro?». No, no estaba nada seguro, y sabía que cada paso que diera hacia la puerta sería otro año más de críticas hacia él mismo por haber abandonado. Pero lo hizo igualmente. Dejó a Marc allí, y a Aiko con cara de preocupación porque sabía que algo iba mal, y salió de la sala aparentando tranquilidad. Una vez fuera, llamó por teléfono a Mio y se dirigió a la salida casi corriendo, tirándose de la corbata hacia abajo.

—Venga, cógelo. Cógelo…

Estaba intentando recordar el número de pedida de taxis de Miami cuando le pareció oír al fondo del pasillo una canción de La Oreja de Van Gogh. Frenó de golpe y aguzó el oído. Nada, debían haber sido imaginaciones suyas... O no. Acabó girando sobre sus talones y rehaciendo el camino, acercándose a los baños del edificio.

Empujó la puerta del servicio masculino. No parecía que hubiera nadie, cuando oyó una voz masculina hablando en murmullos y un amago de grito femenino. Un escalofrío le pinzó la espalda hasta la nuca. Reconocerla en esas circunstancias habría sido imposible, pero supo que era ella antes de entrar como un abanto en el baño femenino y ver lo que estaba pasando.

Interceptó primero el móvil. Alguien lo había arrojado a mala idea contra las losetas. Clavó los ojos ahí un instante para guardar la calma, para concienciarse de que no podía explotar, porque cualquier cosa que hiciera contra Gavin sería utilizada a su favor cuando se ocupara personalmente de mandarlo al infierno... Pero ni siquiera barajando las consecuencias de un

arranque iracundo pudo contenerse. Mio estaba en alguna parte oculta por su cuerpo. Lo único que veía era su puño cerrado golpeándole la espalda, un puño tembloroso, como toda ella lo estaría.

Caleb se tiró sobre la espalda de Gavin y lo agarró por los hombros. Entre la adrenalina y la diferencia de altura, fue tan sencillo estrellarlo contra la pared que sintió que sus huesos estaban hechos de papel. Escuchó el sonido hueco de su cabeza al golpear los azulejos y su alarido de dolor. Una parte de él estuvo a punto de ir a cogerlo del cuello y repetir, pero el tipo se quedó inmóvil en el suelo, evitando que tuviera que elegir.

—Cal...

Se aproximó rápido, con el corazón latiendo a mil por hora. Mio estaba sentada en el suelo con las piernas recogidas y la espalda apoyada en la pared. Despeinada, y con la falda arrugada de haber intentado subírsela. Examinó su rostro ansiosamente, con los ojos y con los dedos, y se quiso morir al ver que sangraba por una herida en el labio.

No podía ni imaginarse lo que Mio vio en su cara al mirarla, pero tuvo que ser una exageración de lo que explotó en su pecho para que lo cogiera por la camisa e intentara retenerlo.

—Estoy bien. Estoy bien, no ha pasado nada —balbució. No lo estaba. No estaba bien. Tenía los ojos llorosos y seguro que le dolía. «No me mientas, porque lo voy a matar igual»—. Estoy bien, d-de verdad, podría p-ponerme a saltar a la pata coja ahora mismo...

Caleb ignoró su amago de broma. La cogió en brazos para ayudarla a levantarse, observando que le temblaban tanto las piernas que ni siquiera podía tenerse en pie. No pudo con eso, ni con la herida por la que seguía manando sangre. Tuvo que apartar la vista, y sus ojos decidieron ir a parar a Gavin, que se agarraba a la pared para intentar volver a poner las plantas en tierra.

—Cal, por favor, estate quieto —pidió—. ¡Caleb!

Le dio la espalda a Mio y apartó el móvil con un puntapié para coger de nuevo a Gavin, que gimoteó una súplica patética. Caleb no sabría decir qué ocurrió después, porque empezó a verlo todo rojo y ni se le ocurrió contar las veces que estrelló su puño en la cara del cabrón. No sentía el cuerpo, ni el alma, ni se sentía dueño de sí mismo. Si hubiera algún pensamiento en su cabeza, lo cual ya era dudoso, giraba en torno a la falda arrugada de Mio. A su mirada asustada. Y a toda la gente a la que mataría personalmente para no volver a verla así.

Cuando Gavin escupía sangre por la boca y le empezaron a doler los nudillos, Mio interrumpió abrazándolo por la espalda y tirando de él hacia atrás.

—¡Basta ya o acabarás en la cárcel! —suplicó en tono lloroso.

Lloroso. *Lágrimas*.

Caleb recuperó el dominio de sus acciones y poco a poco fue saliendo del trance oscuro que le había poseído. Mio estaba tras él, pidiéndole que se calmara.

Bien, se iba a calmar. Poco a poco.

Inspiró una vez. Soltó a Gavin. Expulsó el aire y lo apartó con un pie. Volvió a respirar y echó un vistazo alrededor. No había cámara de seguridad, pero sí un testigo. ¿Y qué? Los resultados de su arrebato eran lo de menos. En cuanto recordó que se llamaba Caleb Leighton —algo que curiosamente había olvidado, mientras que Mio permaneció en su mente en todo momento—, se dio la vuelta y la abrazó con fuerza. Temió que lo que había visto hiciera que lo viese de otra forma, pero ella lo abrazó de vuelta con la misma intensidad.

—No tenías que… No ha pasado nada, solo... —Caleb la interrumpió con una lluvia de besos en la coronilla, en las sienes y la frente—. Solo hemos discutido y... —Más besos; esta vez en las mejillas y la mandíbula—. Lo de la cara no duele, te lo prometo. Caleb, no... ¿No estás enfadado? El juicio habrá empezado ya y... No quería interrumpir, pero...

Creyó no haber oído bien. ¿Acababa de decir «enfadado»?

No se separó de ella para fulminarla con la mirada porque habría sido imposible. Se sentía como si acabara de correr una maratón, tan cansado que no podía ni respirar con normalidad. Solo tuvo fuerzas para estirar el brazo hacia un rollo de papel, aún con ella pegada al pecho, y cortar un trozo para secar el río de sangre que corría por su barbilla.

«Joder. Joder, joder, *joder*».

Cerró los ojos e intentó no pensar en que, si se le antojaba, podía rematar a ese cabrón pisándole la cabeza.

—Concéntrate en el protocolo. El protocolo —se repitió en voz baja—. Hay que... avisar a alguien de que este tío está aquí... E ir a la policía a denunciar y... Y... ¿Qué sigue? —preguntó, lleno de ansiedad.

Los ojos de Mio lo rescataron de dondequiera que estuviese su alma.

—Pues poner una orden de alejamiento, y... Volver al juzgado para atender a la resolución, o llevarme a casa para que me ponga hielo en la boca, o si no pareceré Carmen de Mairena, que en paz descanse la reina, y... Bueno, no quiero que me dejes sola. Pero llamaré la atención si entro así y no quiero preocupar a Aiko, dice Otto que se le pueden formar trombos y... —Un sollozo le quebró la garganta—. No llores, *porfi*. Estoy intentando ser graciosa para que no te sientas mal.

—No intentes ser graciosa, joder, esto no tiene ninguna puta gracia. Compórtate como una persona normal y llora, o dime que soy un gilipollas por no haber llegado antes, o... O como mínimo no me pidas perdón por nada.

—Estoy bien, de verdad —juró. Le quitó las gafas con cuidado y tiró de su blusa para secar la humedad—. Sabía que ibas a venir. Siempre apareces para rescatarme.

»No me ha tocado un pelo aparte de eso, y me ha pegado en defensa propia porque yo le he partido la nariz. O eso creo. —Levantó su diminuta mano engurruñida en un puño, marcada en los nudillos por una rojez—. Ha crujido cuando le he dado el puñetazo, así que digo yo que por lo menos le habrá dolido.

Caleb procuró concentrarse en lo que decía, aunque la herida le estaba poniendo histérico.

—¿Le has partido la nariz? —Ella asintió con una sonrisa orgullosa que temblaba—. Esa es mi chica. —La envolvió con los brazos y la apretó—. Joder... Cuando creo que no puedo quererte más, vas y me sorprendes. Viniendo a rescatarme del alcohol o partiéndole la cara a los malos. Un día de estos me vas a matar, ángel… y eso que se supone que estás en el mundo para cuidarme.

—Oye, yo intento cuidarte, pero si insistes en darle puñetazos a la gente no puedo hacer nada. Que me sacas dos cabezas —chapurreó—. Y... ¿En serio? Caleb, de todos los momentos del mundo, este es el peor que podrías haber elegido para decirme que me quieres.

Caleb se separó lo suficiente para mirarla a los ojos. Ya no lloraba. Y eso no era un alivio, sino el alivio entre los alivios, lo único que podía quitarle peso a su corazón.

—Todavía no lo he dicho propiamente...

—¿Qué ha pasado? —preguntó una voz masculina. Caleb se giró justo cuando el agente

entraba y abría los ojos de golpe al ver a Gavin—. ¿Qué cojones...?

—He sido yo —dijo Mio, levantando una mano temblorosa. Caleb la cogió de la muñeca con suavidad y bajó el brazo. «Nena, mira cómo tengo los nudillos. No se lo va a creer», le dijo al oído. Ella suspiró y se encogió de hombros—. Pues había que intentarlo.

El agente demostró no estar acostumbrado a historias de ese tipo en el juzgado. Caleb no lo podía culpar. Como mucho, entraban y salían con los apresados tirando de las esposas. Ese era su único contacto con la criminalidad. Pero se hizo cargo del asunto con la mayor profesionalidad posible, escuchando con atención la historia que contó Mio. Caleb estaba tan nervioso que no paraba de lanzar miradas asesinas a Gavin, abrir y cerrar los puños y besar la frente de Mio, que llegados a un punto le dio un manotazo y le pidió que parase.

—Sentía que me estaba siguiendo hacía un tiempo, y él mismo me lo ha confesado... Estaba furioso porque le hice pensar que me gustaba cuando en realidad estaba saliendo con otra persona. Lo descubrió ese día del *parking* —especificó, mirando a Caleb—. Se quedó un rato para escucharnos hablar y me oyó decirte todo aquello.

—¿Qué paso ese día del que habla? ¿También la siguió?

—E intentó atacarla —apostilló Caleb—. Llegué justo cuando la estaba agarrando.

—Sí... Después no volví a saber de él, pero coincidimos aquí y me acorraló. No fue muy violento al principio, solo me gritaba a la cara que era una zorra, y... Más cosas de ese tipo —resumió, con una mueca. Se cobijó en el costado de Caleb—. Luego le golpeé por agarrarme con agresividad, y él me lo devolvió, y... Se puso como loco. Empezó a tocarme la falda, aunque no creo que hubiera llegado a hacer nada, de verdad.

—Entiendo —asintió el tipo—. Y luego apareció el señor Leighton, que es su novio...

—Sí. Todavía no se lo tiene muy creído, pero sí —bromeó, todavía temblando. Caleb la sostuvo con fuerza, inmovilizándola contra su cuerpo.

—Bueno... Hay una cámara en esa esquina. Sería cuestión de comprobar que la historia es cierta. Solo intentaba defenderla, o eso creo yo... Soy nuevo en esto, no sé si debo esposarle o pedirle su número de contacto para ponerle al corriente cuando se vea lo que pasó, o... —El policía se rascó la nuca—. La verdad es que le ha dejado la cara hecha polvo. Eso es pura alevosía... El pobre no volverá a ligar en su vida.

—Tampoco es que ligara mucho antes si tenía que forzar a una mujer de esa manera para que le hiciese caso —espetó Caleb—. Incel hijo de puta...

El agente ayudó a Gavin a levantarse, que había estado consciente durante aquel rato, y se ofreció a acercarlo a un hospital mientras lo interrogaba. Fue incómodo para Caleb viajar a la estación de policía en el mismo coche que aquel cabrón, que de todas formas no se atrevía a mirarlo a la cara. Se imaginó agarrándolo del pescuezo de diez formas distintas, todas ellas delante del guardia, y no pudo arrepentirse de recrearse en cada una de las posibilidades. Su cabeza fue una oda a la violencia durante todo el trayecto.

Pusieron la orden de alejamiento en comisaría. Después se quedaron solos, y ella puso punto final a su sufrimiento —quizá al de ambos— cogiéndolo de la mano y apoyando la mejilla en su hombro.

—Debes de quererme mucho si has dejado el juicio en manos de tu peor enemigo para venir a por mí cuando solo te he mandado un mensaje tonto —dedujo en voz baja.

Caleb ni se percató de que el agente echaba un vistazo por el retrovisor, curioso. Tragó saliva y le apretó la mano.

—Te quiero más que a mi vida —respondió con honestidad—. Ya... Ya sé que sigue sin ser el mejor momento, pero me he dado cuenta de que, si espero el momento perfecto, voy a pasarme la vida esperando. Ningún minuto concreto estará nunca a tu altura. Debo intentar dejar de ser perfecto para ser solamente... lo que necesitas.

»Lo siento si quieres romanticismo. Yo... Me veo incapaz de hacerlo, las palabras me cuestan más de lo que podrías llegar a entender jamás. Pero siempre que quieras que lo repita, lo diré. Te quiero. Antes, ahora, mañana, dentro de diez años... Me dejes o estés conmigo, no importa dónde estés igual que no importó dónde estuvieras. Si no te lo digo es porque te siento tan dentro, siento que eres una parte tan grande de mí, que tiendo a pensar que por estar ahí lo sabes mejor que yo. Soy más tuyo que mío; no te llamas así por casualidad.

Mio presionó la mejilla contra su brazo, en una especie de caricia silenciosa.

—Es verdad que tiene que pasar una desgracia para que digas lo que sientes —rio en voz baja —. Pero no me importa. No necesito que hables, todo lo que quiero saber me lo dices con lo que haces... Y eso vale mucho más. He aquí la respuesta. —Cogió aire y lo soltó con dramatismo—. YO TAMBIÉN.

Caleb soltó una carcajada llena de amargura.

—Soy gilipollas —masculló, pasándose la mano por la cara—. Siento eso. Y no habértelo dicho antes. Y haberte menospreciado por atreverte a cambiar tu vida miles de veces, cuando no hay mayor expresión de valentía que esa.

—Oh, venga, para ya. —Lo abrazó por la cintura—. Me tuviste poniendo la letra de *La quiero a morir* en un papel lleno de garabatos. Soy una chica fácil y, ¿sabes qué? Me alegro un montón.

22

Bienvenida a casa

—Ya veo que lo has adaptado todo a tu gusto —comentó Caleb, echando un vistazo a las paredes de la habitación.

Mio seguía viviendo en el hotel. Había pedido permiso para meter a Noodles —cuando no se aceptaban animales de compañía, por muy limpios que fueran—, además de decorar la estancia con telas de su color preferido. Todo era tan morado que no le sorprendió que Caleb sufriera un empacho al entrar allí.

—Sí... Aunque no planeo estar aquí mucho tiempo. En cuanto empiece a trabajar y encuentre un piso decente, me mudaré. No iba a estar abusando de la hospitalidad de Aiko durante toda mi vida.

Ahora era cuando él decía: «Puedes venirte a vivir conmigo». Y ella respondería: «¿En serio? ¡Qué ilusión!». Se darían un abrazo gigantesco, olvidarían que tenía que ponerse hielo en el labio antes de que la hinchazón fuera a peor, y le quitaría los restos de miedo del cuerpo desnudándola entera. Porque sí, seguía algo tocada. No hacían ni dos horas desde que Caleb le había sacado a Gavin de encima, y no, no le pasó nada, pero Mio tendía a fantasear con los supuestos tanto para lo bueno como para lo malo. Gavin haciéndole daño formaba parte del segundo grupo. Pero Caleb confesando que la quería y que nada era importante en comparación con ella, servía para que siguiera soñando un rato y apartara ese pensamiento.

Siempre lo sospechó. Ahora lo confirmaba: cuando Caleb estaba a su lado, nada era tan malo.

Se fijó en que se desanudaba la corbata con tanta torpeza que nadie diría que la debía llevar a diario. No le gustaba un pelo la tensión que percibía en su cuerpo, aunque entendía que estuviera tenso por lo que acababa de pasar. Sin embargo, Mio tenía la suficiente capacidad de abstracción para no permitir que la contagiase con su pesimismo, y pensara en su lugar en la experiencia maravillosa que era tenerlo allí, recién confesado, guapo como él solo y dispuesto a hacerla feliz.

Todavía temblaba, pero también recordaba aquella mítica frase que Harry le soltó a Sally al final de la película en la que se encontraron: «Vine porque cuando te das cuenta de que quieres pasar el resto de tu vida con alguien, quieres que el resto de tu vida empiece lo antes posible». Algo así le pasaba a ella. Claro que tenía razones para seguir enfadada, y por supuesto que podría seguir exigiendo flores, pero Mio nunca quiso rosas, o canciones, o actos heroicos con puñetazos de por medio. Lo único que ella quiso siempre, simple y llanamente, era a Caleb de su parte, adorándola de vuelta.

Conocía su forma de ser y así le gustaba. Reservado, silencioso, serio, a veces aburrido y casi siempre un aguafiestas. No quería pedirle nada que no fuera con él, porque entonces no le gustaría igual. A ella le bastaba y sobraba con lo que había hecho: renunciar a la primera sesión

del caso del Kendall West para ir a buscarla. Significaba tanto para ella —porque sabía que era la gran cosa, por mucha normalidad que él fingiera dentro de lo que cabía— que incluso se sentía culpable.

—Me alegro de que te sientas cómoda aquí, pero... No me hace ilusión que vivas en un hotel cuando ese hijo de puta anda suelto —dijo él, echando un vistazo por la ventana—. Así que si te parece bien... Solo es una idea, puedes negarte tranquilamente; no pondré objeciones. He pensado que podrías venirte a vivir conmigo —soltó de golpe. Metió las manos en los bolsillos, como siempre que estaba nervioso y pensaba que podía luchar contra ello—. Si quieres, solo por unas semanas, o unos meses. Entendería que quisieras tener tu casa, es una experiencia que aún no has probado... Y si no te importa, pues un tiempo más. Para siempre, por ejemplo.

«Coño, ¿desde cuándo se te cumplen a ti los sueños con solo pensar en ellos?».

—A lo mejor es demasiado precipitado —añadió, trabándose—. Puedes…

—Sí a todo —respondió, sentándose en el borde de la cama. Desde allí le sonrió—. Aunque debes saber que doy patadas voladoras mientras duermo. Todas sin querer, claro. Y que los domingos no me levanto antes de la hora de comer. También suelo dejar restos de la pasta de dientes en el lavabo...

—...y también te duchas con agua ardiendo, sin importar la estación del año, así que tendré que andarme con ojo cuando llegue la factura mensual. Que necesitas que haya leche en la nevera, y té de menta, porque son tus bebidas favoritas, y que Noodles pasa más tiempo fuera de la jaula que dentro; deberé acostumbrarme a que me salte encima cuando abra la puerta al volver de trabajar. Sé que dejas pelos por todas partes, que tu silla de escritorio es la segunda parte de tu armario y tardas tres horas en maquillarte, desmaquillarte, volver a maquillarte, borrarlo todo y suspirar porque no tienes ni idea de cómo se hace, para al final echarte máscara de pestañas y pintarte los labios como mucho. Sobre eso, tendrás que andarte con cuidado. Siento una especie de fascinación por tus labios pintados, no puedo resistirme a borrártelos.

Hizo una pausa para sonreír al ver que Mio se quedaba boquiabierta.

—¿Qué? He vivido contigo durante todos los veranos por casi ocho años. Acabas conociendo a los que comparten habitación contigo. Y tranquila, puedo aguantar cualquier cosa menos que me digas que no.

—¿Te vas a poner violento si me niego? —bromeó.

Caleb se acercó en silencio hasta la mesilla donde habían dejado el hielo. El tipo de recepción se lo proporcionó de buen grado. Le caía bien, aunque no lo echaría de menos si se mudaba con Cal.

Este se arrodilló delante de ella y la cogió de la mejilla para observar la herida.

—No hará falta que te pongas violento, eh —dijo, antes de que pegara la bolsa fría a su labio inferior—. Me gustaba cómo me gruñías los «buenos días», comías como un pajarito, grano a grano, y se te olvidaba cambiarte de ropa.

—Ya no se me olvida, y desayuno en cantidades industriales —respondió suavemente. También suavemente rozaba la zona que le dolía, de forma que apenas lo notaba—. Solo era lo que tenía por acostumbrado. En las casas donde estuve te ponían algo de almorzar para el colegio porque, si no, los profesores podían denunciar que no se me estaba dando un trato digno..., pero los desayunos los olvidé en cuanto murieron mis padres y me costó habituarme cuando tu madre hacía diez platos distintos.

»Con la ropa es más de lo mismo. —Separó el hielo unos segundos, dándole tiempo a la piel a absorber el frío—. Llevaba uniforme a clase, así que no me lo quitaba en todo el día. Lo lavaban una vez cada quince días, cuando ya estaba despellejado vivo y me picaba todo el cuerpo.

Mio fue a hacer una mueca, pero recordó que le dolería y se mantuvo inexpresiva.

—Nunca me has hablado de tus familias de acogida. ¿Por qué no se hicieron cargo de ti tus parientes canadienses, o los mexicanos de tu madre?

—Mi padre estaba peleado con toda su familia por cuestiones de principios, y un poco por el dinero. Le dio la espalda y ellos se la dieron a él. Era hijo único y su madre murió; nadie fue al funeral por su parte. Mi madre se escapó de casa para estar con él, así que seguramente ni sabrían de mi existencia. Aun así, contactaron a mi abuela paterna y decidió darme en adopción.

»Tampoco estuvo tan mal vivir en casas de acogida —añadió—. No me querían, pero no les necesitaba, porque no eran las personas que esperaba que ejercieran como padres. He tenido siempre muy claro que nadie los reemplazaría, y entiendo que la convicción de un niño pequeño a no dejarse querer ni abrazar también hacía mella en la gente que debía encargarse de mí. Por eso tampoco me apreciaron nunca. Conmigo vivían algunos chavales que sí aceptaban ese cariño, y los veía siendo infinitamente más felices que yo pese a las pésimas condiciones. Era mi culpa estar apartado y ser ignorado.

—Pues claro que no. Era su deber insistir e intentar hacerte sentir mejor. Seguro que los otros niños siempre estuvieron solos. Tú te quedaste huérfano muy mayor, eso es un impacto fuerte.

—No creas, había de todo. Por lo menos en la tercera casa en la que estuve, había niños de varias edades y con distintas situaciones.

—¿Con cuántas familias estuviste?

—Tres. En la primera no duré mucho. Eran unos padres de verdad, que pretendían adoptarme en serio y criarme como si fuera su hijo, pero después de unos meses dijeron que querían a un niño más joven y me devolvieron. Los caprichos de la adopción... Suelen solicitarse bebés, o como mucho de cuatro o cinco años, y yo ya tenía más de diez.

»Luego fui a parar con una mujer que tenía un novio bastante cabrón. Ya de pequeño sabía que era una yonqui y que necesitaba ayuda, y que su pareja no ayudaba a que lo dejase... Pero era buena conmigo. Estuve en su casa conviviendo con su hija biológica hasta los trece años, cuando le dio una sobredosis y los servicios sociales nos sacaron a la niña y a mí. Ella se recuperó, gracias a Dios. Te aseguro que era una muy buena persona, simplemente no frecuentaba las compañías adecuadas. Después... ¿Te duele? —preguntó, apartando el hielo.

Mio negó y le hizo un gesto para que siguiera.

—Después llegué con los que serían mis padres hasta la mayoría de edad. Eran una pareja obsesionada con el dinero. Cuando me acogieron, éramos cuatro niños en total. Al irme, ya iban por seis. Se hicieron un buen negocio aprovechando que el Estado subvencionaría nuestra pensión alimenticia. Obviamente ese dinero nunca fue para nosotros, y se quedaron una buena parte de la herencia de mi padre cuando la recibí.

—¿Qué?

—Tranquila. En cuanto acabé la carrera y gané mis primeros juicios, fui contra ellos y me devolvieron lo que me correspondía. También nos indemnizaron, a mí y a los chavales, por los malos tratos. No nos pegaban, pero dejaban que nos pudriéramos y llorásemos de hambre. Yo no

lo hacía. Me negaba a darles el gusto y sabía buscarme las habichuelas por mi cuenta. Pero los otros lo pasaban mal.

—¿Y cómo es que nadie se dio cuenta de lo que ocurría?

—Los servicios sociales mandan a un trabajador cada cierto tiempo para comprobar que todo está en regla. La mujer con la que viví en esa época nos adiestraba para comportarnos cuando venía. Normalmente, usaba amenazas. Pero créeme, no era tan mala. Recuerdo haber pensado en que deseaba que lo fuera, que me levantara la mano para denunciarla y salir de allí antes.

—No me lo puedo creer... ¿Esto lo sabía mi madre? —preguntó Mio, apartando el hielo a un lado. Caleb bajó el brazo.

—Porque nunca lo supo del todo. Ella lo sospechaba, y pasaba horas intentando sonsacarme qué me hacían, por qué estaba tan delgado, si no comía bien o necesitaba ropa... Pero yo no respondía. Para una persona que se preocupaba por mí, no iba a decepcionarla. No me preguntes en qué sentido, porque no lo sé. Cuando era pequeño tendía a pensar en eso muy a menudo, en que si me mostraba vulnerable o admitía que estaba mal, dejarían de quererme.

»Además de que tenía muy reciente el rechazo de la primera familia. Tu madre era tan buena como ellos, y creía que, si me iba a vivir con ella, también se cansaría y me devolvería. Prefería conformarme con las sobras, que era lo seguro, a arriesgarme a perderlo todo. —Acarició un mechón de pelo que escapó de la coleta que Mio había improvisado—. Supongo que me pasaba lo mismo contigo.

—Yo nunca voy a dejar de quererte.

Caleb sonrió un poco y la abrazó. No era la primera vez que lo hacía, pero en ese caso fue... distinto.

—Me alegro, porque yo tampoco —susurró—. Deberías cambiarte de ropa. El juicio estará a punto de acabar, y creo que deberías hablar con tu hermana de lo que ha pasado... O por lo menos decirle que todo está bien y mañana irás a su boda.

—¡Claro que voy a ir a su boda! ¿Qué clase de insinuación es esa? Si he estado practicando con Otto la entrada de las damas de honor y todo... —Se separó un poco, sin soltarlo, e intentó expresar lo que no se podía decir con una mirada—. Siento que no hayas podido defender el caso. Sé que era muy importante para ti.

—No pasa nada. Ahora que lo pienso, puede que, aunque fuera importante… No fuese lo más conveniente. Podemos verlo como la defensa de mis padres, una especie de desahogo, o como una forma de hacerme más daño a mí mismo. En realidad, no debería haber estado allí, porque cada palabra me habría dolido horrores y los recuerdos podrían haber acabado conmigo. Así que, de nuevo, eres tú la que me ha salvado a mí, y no al revés. Es aquí donde debo estar. Contigo.

Mio juntó la nariz con la suya y olvidó el estado de su labio inferior, acercándose para rozar la boca de Caleb sutilmente. Así no dolió, pero cuando intentó besarlo de veras, un pinchazo la hizo retroceder y ponerse un dedo en la zona.

—¿Por qué tengo tan mala suerte? —gimoteó—. Años esperando este momento y no puedo besarte sin ver las estrellas. Esto no es justo.

—No lo es... —Deslizó los dedos por sus piernas cubiertas por las medias, subiendo hasta el interior de la falda—. Pero yo sí puedo besarte a ti. Seguro que podemos hacer algo con eso.

Mio se estremeció al sentir sus dedos colándose en el interior de la faja de las medias. Exhaló con todo el cuerpo tembloroso, advirtiendo enseguida sus intenciones. Facilitó que la desnudara

elevando las caderas, utilizando sus hombros como punto de apoyo. La brisa fría del aire acondicionado fue una caricia bienvenida conforme él fue bajando la tela con cuidado, deteniéndose solo para sacarle los zapatos.

Se le deshizo el estómago con un beso en la rodilla, y le empezó a doler como miles de aguijones con uno en el interior del muslo, muy cercano a su ropa interior.

—Siempre llevas bragas rojas —apreció él.

—Sí. Dicen que, si te pones unas el treinta y uno de diciembre, empiezas el año con buena suerte... Pues yo me las pongo los 365 días para no dejar de ser afortunada.

Caleb levantó la barbilla. Ella echó de menos poder apretar los muslos para reprimir la palpitación que provocó su mirada oscura.

—¿Y lo eres? ¿Te sientes afortunada?

—¿Ahora mismo? Sí.

Apreció su sonrisa con el pecho agarrado de ilusión. Sentía cómo todo su cuerpo vibraba, cómo sus signos vitales se volvían locos al procesar cada acción que él llevaba a cabo para sacarle el tanga y luego la falda, siguiendo el orden contrario al resto del mundo.

—Pensé que podría regalarte unas como regalo de bienvenida cuando te mudes conmigo, pero si no son tan especiales para ti, es absurdo. Siempre me pregunté si las echarías de menos —confesó. La cogió de las piernas y tiró de ella hacia el borde de la cama, poniéndose sus muslos sobre los hombros.

—¿El qué?

—Las bragas que te quitaste delante de los borrachos de turno después de suspender el BAR y nunca recogiste. Me las quedé para poder devolvértelas cuando tú pudieras darme algo mejor a cambio.

—¿Se supone que ya puedo darte algo mejor?

Caleb asintió sin hablar y sin mover la cabeza: sus ojos lo hicieron por él antes de sumergirse en la unión de sus piernas. Mio jadeó con el roce de su nariz en la carne y el aliento que emanó de su boca para evaporar su humedad.

—Oh... ¿Lo vas a hacer? No... No sabía que esto de verdad pasaba, creía que solo lo hacían los actores porno, p-porque nunca... Ah —gimió, sorprendida. Agachó la cabeza como si así pudiera ver qué estaba haciendo. Algo dentro de ella explotó ante la visión de la cabeza morena entre sus dos pálidas piernas. Caleb le agarraba muslos con sus manos, grandes y morenas—. Cal...

Caleb se cobró ese «algo mejor» con una serie de besos con lengua que la ruborizaron hasta darle la vuelta a la cabeza. Apretó las sábanas entre los dedos, como si eso fuera a ayudarla a desviar el calor de su entrepierna. No sabía si juntar las rodillas o separarlas más, ni si pedirle que siguiera o parase. La sensación fue tan extraña, y tan tórrida y sensual al mismo tiempo, que no intentó hablar. Sentía su lengua en zonas que no había tocado ni ella misma, solo superficialmente. Borraron la saliva de su garganta y un calor relacionado con el sexo se instaló entre sus sienes. Le cosquilleaba la nuca, la baja espalda y conforme más succionaba él, más ganas tenía ella de sollozar en voz alta y moverse. Hacia delante o hacia atrás, pero moverse.

—Oh, Dios... —tartamudeó—. ¿Has estado haciéndole esto a mis bragas cuando yo no estaba, g-guarro?

La carcajada que Caleb soltó pegado a su clítoris la hizo sentir hueca por dentro, porque la llenó, viajando por su cuerpo hasta quedarse en su propia garganta. Mio se habría reído de la

misma forma si el orgasmo no la hubiera encontrado antes, poniendo sus manos calientes en la garganta para que solo pudiera buscar aire.

—No sé si me alegro de que nunca te hayan hecho esto, o por el contrario estoy cabreadísimo —jadeó él—. Creo que lo segundo.

—Yo sí que estoy cabreadísima —balbució con un hilo de voz—. Aunque no es como si los b-baños de... de... los bares... fueran cómodos para estas cosas.

—No me lo recuerdes. No quiero oír hablar de bares nunca más... —Mio estiró los brazos y lo cogió de la chaqueta, tirando de él para que cayera sobre ella en la cama—. Nena, nos tenemos que ir. Tu hermana estaba preocupada antes de que fuera a por ti, y con razón...

—Aiko puede esperar veinte minutos, ¿no?

—Comparado con veinte años, creo que es justo.

Mio sonrió. Él besó la esquina de su boca.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Caleb.

—Pues... Creo que nunca te he desnudado yo. ¿Crees que podríamos jugar a eso de desvestir al ángel, pero contigo? Hay muchas preguntas que quiero hacerte.

—¿De qué tipo?

—Pues… —empezó, tirando de la hebilla del cinturón—. Cuándo supiste que estabas enamorado, en qué piensas cuando me ves, qué es lo que más te gusta y lo que menos de mí, si hubo alguna temporada en la que me quisieras menos, cuánto me echabas de menos del uno al diez cuando no estaba, si alguna vez has estado con alguien pensando en mí...

—Ya sabía yo que llevar traje completo llevaba problemas —suspiró Caleb, divertido—. Puedo responder a todo eso y diez preguntas más y todavía llevaría la ropa interior. Pero el juego no va así: el que se va a quedar desnudo es el que pregunta.

—Tú ya lo sabes todo de mí.

—Tú también. Sabes que te quiero desde que me abrazaste antes de preguntarme mi nombre. —Mio sonrió y se incorporó con él encima para sacarle la chaqueta—, y que no he dejado de hacerlo, aunque no te viera o estuviera con otras... —Adiós a la corbata y la camisa, y hola a su pecho moreno—. Siempre he sabido donde acabaría; da igual que no tuviera ni idea de qué hacer para llegar hasta aquí. También sabes que adoro tus piernas, sobre todo cuando se ven a través de los rotos de las medias; que seas un desastre... —El cinturón cayó al suelo con un golpe sordo—. No hay nada de ti que no me guste, porque me encanta que me saques de quicio, es un derecho reservado exclusivamente a tu nombre.

»Y, por si se te ha olvidado, lo que pienso cuando te veo... es en mi canción favorita. Si te vas a quedar conmigo ya lo puedo decir sin miedo. —Le plantó un beso dulce en la punta de la nariz —. *Bienvenida a casa, pequeña gran revolución.*

Epílogo

Si le hubieran dicho hacía años que Marc aceptaría celebrar una boda en la playa, Mio no se lo habría creído. Ninguno de los invitados se lo creía, a decir verdad, excepto por los cinco que Marc había invitado. Esos parecían conocerlo más allá de las apariencias. Y lo que las apariencias decían era que gastaría un dineral en la celebración, pero le había salido muy barato alquilar una parcela en la costa, y su camisa blanca con unos cuantos botones desabrochados no parecía de las más caras.

Le gustaba la intimidad que se respiraba. Marc tenía a muy pocas personas de confianza, y no todas estaba allí. Solo Verónica Duval —su secretaria y mejor amiga—, su hermano Jesse, su abogado adjunto —Hugo Salamanca—, la madre de Jesse, una puertorriqueña que se reía a voz en grito y pedía que la llamaran Camila, y un hombre guapísimo de pelo oscuro y ojos negros que llamó la atención de todas las invitadas. Lo presentaron como Maine Wentworth, Went para abreviar; inspector de policía.

—Ojalá me diera con la porra —le susurró Otto en el oído—. Y si me quiere llevar a la cárcel por perra salida, aquí le estoy esperando para enseñarle para qué otras cosas se pueden usar las esposas.

—Otto, tiene diez años más que tú. O quince.

—El amor no conoce edad.

Por parte de Aiko, los invitados también eran reducidos. Caleb, su hermana, su prima, su madre y su padre; Ivonne, su secretaria, y Julie, con la que había hecho muy buenas amigas en los últimos tiempos. Era imposible que no fueran todos presentados, como tampoco que Mio pudiera ignorar a su madre por mucho más tiempo. Pero la esquivó tan bien como el tal Salamanca esquivó a Otto, procurando darle la espalda y prometiendo que se marcharía en cuanto terminase la ceremonia propiamente dicha. Eso habría llamado la atención de Mio si no hubiera sido porque ya estaba bastante ocupada ignorando a su madre, y aguardando con el corazón encogido la llegada de Aiko. Su hermana había pedido que fuese Caleb quien la llevase al altar improvisado.

Y para ser improvisado, había quedado bastante estético. Las sillas almohadilladas, blancas como los lirios que brotaban del arco bajo el que esperaba el sacerdote, formaban una pasarela reforzada por una alfombra a juego. Las telas que colgaban de los postes que segmentaban el espacio ondeaban como banderas. Todo el mundo iba vestido de blanco, incluidas las dos damas de honor, Otto y ella. Ambas esperaban con impaciencia, cambiando el ramo de mano para secar el sudor de las palmas en la falda plisada.

—Oye —interrumpió Otto, con la vista clavada en el cabizbajo Hugo—. Ese tipo que está ahí sentado, al lado de la pelirroja... Me suena familiar. ¿No te parece como si me estuviera rehuyendo?

Mio abrió la boca para responder, pero entonces vio aparecer el taxi del que bajaría su hermana. Tenía que ser un taxi, cómo no...

Aiko era la novia más guapa de la historia de la humanidad. Y Marc, el hombre más enamorado del mundo. Otto y ella lo aseguraron al fingir que se les caía el ramo para ver su cara de ilusión al verla aparecer. Debía ser el único hombre sobre la faz de la tierra que se alegraba de estar casado. Y ella, la única mujer en el planeta feliz de casarse con él. Pero no fue a su novio al que se dirigió al llegar al altar, sino a Mio, lo que impidió que le echara un vistazo a Caleb.

En contra de lo que esperaba por su parte —una bofetada por no haberla llamado—, Aiko reaccionó tirándose en plancha sobre ella. Se la comió de un abrazo que por poco la borró del mapa.

Marc se giró para mirarlas con una sonrisa circunstancial.

—Ya sabía yo que tarde o temprano me dejaría por alguien más atractivo.

—Calla —le espetó Aiko. Lo acompañó de un sollozo al volver a dirigirse a Mio—. ¿Puedes dejar de enfadarte conmigo? Es muy desagradable por tu parte, sabiendo que mi vida es miserable sin ti.

Mio le devolvió el abrazo con el pecho encogido.

—Estaba dolida.

—Lo sé, lo entiendo. Lo siento. Pero no podía hacer otra cosa. No lo quiero más que a ti, ni es más importante que tú, sois los dos muy especiales para mí, y...

—Lo sé, yo también lo entiendo. A veces se me olvida que la gente no es tan bocazas como otros y no va por ahí contándolo todo.

—¿Ya estáis hablando de mí otra vez? —espetó Jesse, fingiendo haberse ofendido—. ¡Buscaos una vida!

—Hablaba de mí —se quejó Mio—. Siento no haber contactado contigo y haber bloqueado todas tus llamadas. No ha sido justo... Pero este no es el lugar o el momento para hablar de ello. Tienes que casarte.

—Oh, es verdad.

Aiko se separó con una sonrisa bobalicona en la cara. Se dirigió a Marc, pidiéndole una disculpa silenciosa; él negó y le secó las lágrimas con las yemas de los dedos antes de hacer un gesto al cura. Este asintió y comenzó la misa.

Entonces pudo mirar a Caleb. Se había sentado en primera fila, justo delante de ella. Estaba guapísimo con una camisa ancha y cómoda, blanca al igual que sus pantalones; contrastaba con su bronceado de manera criminal. No llevaba nada en los pies, solo una pulserita que alguien le regaló hacía mucho tiempo, y que hizo estremecer su corazón. Caleb le sonrió al darse cuenta de que se había percatado del detalle, y ella se ruborizó como una tonta.

Le alegraba verlo de mejor humor. Cuando regresaron a los juzgados para conocer el impacto de la primera sesión, estuvo un buen rato hablando con Marc de la deliberación del jurado. La cantidad de gente afectada por la organización de tráfico era tan elevada que el procedimiento se alargaría; quizá una semana más de juicios no sería suficiente para condenar a todos los culpables. Lo que sabían era que la pena de los seis a doce años normal por haber perpetrado la ley se multiplicó, de forma que los precursores y dueños de la idea pasarían el resto de su vida entre rejas. El hospital cerraría sus puertas o, en última instancia, se reutilizaría el edificio para levantar otro que sí se ocupase de la salud de los pacientes.

El ambiente cambió radicalmente cuando Caleb comentó el encontronazo con Harvey y contó la historia a grandes rasgos. Aiko se había marchado porque tenía unos aspectos de la boda que resolver, así que nunca lo sabría; Marc mostró entereza y acabó soltando su famoso, admirado y temido «déjamelo a mí». Alguien normal se habría reído de él, pero sabiendo que Marc hacía y deshacía según su conveniencia, nadie temió que Caleb tuviera el más mínimo problema.

Habían cenado los tres juntos, como si Caleb y Marc no se hubieran odiado desde la primera vez que coincidieron, o como si Marc no rechazara cualquier contacto o intimidad con alguien que no fuese Aiko. Más que nada para cuadrar unos aspectos de las diferentes sesiones. Al abandonar los juzgados, Marc había tenido que cambiar el nombre del representante de la demanda para ponerse a sí mismo, y no era común cambiar al abogado titular durante los pases. Mio se sintió terriblemente culpable al principio, pero tras conocer los buenos frutos que daría y ver que, en el fondo, Caleb se sentía aliviado, también se relajó. Aunque se dedicaba, en esencia, a las grandes corporaciones, Marc trabajó como abogado del estado en sus primeros años, era hijo del que fue fiscal del distrito y tomaba suficientes casos de oficio para saber lo que se hacía. En términos profesionales, Caleb confiaba en él, si bien no ciegamente. Pero para eso estaría él a su lado, mirándolo todo con lupa. Aconsejando y dictando por dónde debería seguir.

Por si acaso, y mientras volvían a casa, Mio lo había asaltado con sus dudas.

—¿No te importa que Marc sea el titular? —preguntó con la boca pequeña—. No se me olvida que era el caso más importante de tu vida, y a él… lo odias.

—Lo odio, en parte, porque no soporto admirarlo tanto. Es un abogado titánico. Se ha grabado para la televisión parte de la primera sesión por la repercusión mediática que tiene todo este tema, y se me ha puesto el vello de punta. Claro que me jode no ser el que lo lleva, pero esto son las normas. Abandoné. Ahora no puedo volver. Lo bueno es que no me tengo que preocupar porque él sabrá defenderlo. Quiere a Aiko tanto como yo, esto le afecta casi en la misma medida.

—Yo no te lo preguntaba por Aiko, sino… por tus padres.

Caleb la había mirado con un brillo opaco en los ojos.

—Esa es una herida que siempre va a doler. Pero aprenderé a gestionarla… Con ayuda de un especialista, con fuerza de voluntad y contigo a mi lado. Y metiendo a esos cerdos en la cárcel, claro, pero me va a producir el mismo placer sea quien sea el representante. Aunque es Marc el que habla, soy yo el que ha conseguido las pruebas. Lo he hecho todo y no he dejado ni un cabo suelto. Creo que ya los he vengado.

—¿Y estás más tranquilo?

—Sigo muy nervioso. Hasta que no acabe no me relajaré. Pero presiento que esta noche conseguiré pegar ojo. A lo mejor solo unos minutos, que mañana serán una hora, y pasado, dos, y el lunes siguiente, cinco… Así sucesivamente. Lidiar con esto me va a tomar muchísimo tiempo, pero por ahora me siento con fuerzas para hacerlo, que es lo importante.

Mio se dio por satisfecha con su promesa personal y su expresión de absoluta solemnidad. Esa noche hablaron hasta bien entrada la noche, se rieron con batallitas de la infancia y durmieron juntos. Y ahí estaban al día siguiente: celebrando una boda preciosa y sencilla, escuchando los votos de un novio reacio a hacer cómplices a los demás de su amor por su mujer. La ceremonia se dio por zanjada con un abrazo tierno y un beso casto... y por una serie de aplausos y gritos que empezaron Jesse y su madre.

En cuanto pudieron romper filas, Mio hizo ademán de acercarse a su hermana para felicitarla. Alguien se interpuso en su camino antes, e intentó apartarla de la fiesta para tener una conversación.

—Mio... —Se giró para mirar directamente a su madre, con la que no había intercambiado ni una palabra desde que le colgó el teléfono, casi mes y medio atrás—. ¿Podemos hablar?

—¿Ahora? —Torció la boca. Fue a decir que no, pero sus ojitos tristes la conmovieron—. Bueno... ¿Qué pasa?

Aprovecharon que los invitados se dirigían a la mesa de cáterin, desde la que llegaba una canción romántica, para seguirla adonde ella quiso. «¡Una boda en la playa, con lo rico que es!», había oído decir a su madre. «¡Parece mentira que un hombre que gasta tanto dinero en trajes se conforme con algo tan cutre!».

—¿Y...? —la animó.

No estaba enfadada con ella. Claro que seguía dolida, pero no venía a cuento de la discusión telefónica. Tenía que ver con todo en general, con la vida que llevaban como madre e hija, con las comparaciones que establecía, la mayoría de veces sin imaginar que podían molestarle. Sus preferencias.

No obstante, Mio sabía que ella también tenía parte de culpa por haber dejado que aquello llegara tan lejos. Debería haberle puesto punto final antes... O eso se decía cuando se dejaba arrastrar por la debilidad. ¿Servía de algo pensar en lo que podría haber sido su vida si hubiese hecho determinadas cosas en lugar de otras? No. ¿Se había equivocado tomando decisiones? Sí y no, porque aunque lo pasó mal, gracias a todo lo que había vivido estaba en el punto en que tenía lo que quería. Ahora valoraba más la paciencia que tenían con ella, el cariño que le ofrecían, y sobre todo se valoraba más a sí misma. No habría pasado por ese proceso de crecimiento si no hubiese elegido determinados caminos.

Era mejor verlo así que de otra manera, o nunca superaría la amargura.

—Mio... Sé que no he sido una buena madre. Ni para ti, ni para Aiko. A ella la llené de responsabilidades que no le incumbían, la obligué a cuidar de mí, y a ti te he estado infravalorando constantemente... Sin darme cuenta. Suena a excusa estúpida, pero te lo digo de corazón —juró, poniéndose una mano en el pecho. La sinceridad abrumaba sus ojos oscuros—. La conversación que tuvimos me dejó trastocada porque nunca vi nuestra relación así.

»Siempre he pensado que tú eres más independiente, que no nos necesitas, que eres feliz por ti misma y nosotros solo estamos aquí para ver cómo te vas moviendo según tus decisiones... Claro que te conozco y sé que eres sensible, generosa y te importamos, pero al mismo tiempo eres tan... Mio, que no imaginaba que te podría hacer daño con lo que decía. También hablé con Aiko de esto y me ayudó a entender que no lo he hecho bien comparándoos, y no voy a buscar una excusa para eso porque simplemente... Pienso mucho en ella porque es a la que he traído y llevado del hospital desde que tenía nueve años. Estoy acostumbrada a ver la vida a través de sus ojos, porque no he dormido tranquila desde que la diagnosticaron. Por culpa de eso... A veces ha dado la impresión de que me olvidaba de ti, de que no te cuidaba o quería tanto, pero no es así.

»Yo te quiero, Mio. Quizá no lo he expresado bien y me he equivocado cientos de veces, pero lo hago. No pienses que te menosprecio o eres menos que tu hermana. No lo eres. —La cogió de las manos y le besó el dorso—. No lo eres... Y lo siento mucho por haber conseguido que lo creyeras, especialmente cuando no era ni de lejos mi intención.

Mio le sostuvo la mirada durante unos segundos. Después sonrió, dando a entender que todo estaba bien. O que pronto lo estaría.

—¿Crees que podríamos empezar de nuevo? —preguntó su madre con voz temblorosa—. Una... Nueva oportunidad. Vernos más, hacer cosas juntas, tú y yo... Solas.

—Claro que sí. —Su madre pestañeó, sorprendida—. ¿Qué pasa? No iba a odiarte toda la vida. Solo quería una disculpa sin tener que ir yo a buscarte.

¿Para qué servía guardar rencor con las cartas puestas ya sobre la mesa? ¿Para qué, cuando se quería locamente a la persona que se había equivocado? Conocía a su madre y sabía que no era la mujer más avispada del mundo. Su inteligencia emocional era nula, lo que hacía extraño que tuviera hijas tan sensibles a los sentimientos ajenos. Era consciente, igual que siempre lo fue y por eso le costó tanto rebelarse, de que Aiko I nunca hacía nada para herir directamente. No tenía esa maldad, por eso llevaba toda la vida sufriendo.

Mio la abrazó con cariño y la consoló cuando rompió a llorar de veras. Ella era el claro ejemplo de que en el mundo no había personas buenas y personas malas, sino solo gente que se equivocaba; la diferencia radicaba en que unos lo afrontaban y pedían disculpas, y otros lo ignoraban.

—Estás muy guapa —alabó Aiko I—. Ese color te sienta de maravilla.

Mio se rio y le pasó un brazo por los hombros.

—Vas a tener que hacerme muchos cumplidos para darme todo lo que me debes —bromeó—. No iba en serio, tranquila.

—Ya lo imaginaba, seguro que Cal te hace todos los que necesitas y más. Hoy ha venido a hablar conmigo seriamente... No me puedo creer que fuera tan tonta de emparejar a los dos niños equivocados —bufó—. Supongo que me pudo la ilusión de imaginar que alguien que conocía todos los problemas de Aiko se quedaría con ella para siempre.

—Tiene a ese alguien. Marc está justo ahí. Y no es nada feo.

—Oh, ese es el problema, es demasiado guapo para ser trigo limpio. Pero bueno, ya veremos... —refunfuñó, en sus trece. Mio suspiró.

—Ya sé que no se puede construir Roma en un día, pero ¿podrías dejar a un lado tu ojeriza hacia Marc, aunque sea solo por hoy? No quiero que Aiko se irrite en su día especial.

—Oh, no, no, claro que no. Hoy soy una tumba. Una tumba sonriente.

Mio se rio con la comparación y tiró de ella para guiarla a los asientos. Había una sola mesa para todos, lo que hacía de la fiesta algo muy íntimo. Aiko era la que presidía la mesa junto a Marc; este estaba sentado, mirando a su ahora mujer con una sonrisa conspiradora. Esta parecía buscar a alguien a quien. A ella. En cuanto la encontró, le hizo un gesto para que no se sentara.

—¿Qué pasa?

—Toca el baile nupcial.

—¿Ahora? ¿No se supone que va después de comer?

—A veces... Tampoco importa mucho, no es como si hubiese practicado para la ocasión.

—¿Qué dices? ¿No has practicado? ¡El baile es muy importante, Aiko!

Su hermana sonrió de oreja a oreja.

—Pero es que no voy a bailar yo.

Mio notó que alguien la cogía de la mano por detrás y tiraba suavemente para darle la vuelta. Se encontró con unos brillantes ojos verdes que la examinaron entre curiosos e ilusionados.

Parpadeó varias veces seguidas.

—¿Tú? ¿Vas a bailar conmigo?

—Sí, a no ser que tengas alguna objeción.

—No, ninguna objeción —balbució, con los ojos fuera de las órbitas. ¿Estaba soñando?—. Pero tú odias bailar. Necesitaría que me pellizcasen para creérmelo.

Antes de acabar de hablar, recibió un sonoro azote en el culo. Mio dio un respingo y miró a Caleb con cara rara.

—Te aguantas —la interrumpió antes de hablar—. Ya iba siendo hora de que me lo cobrara.

«Pues tiene razón».

Bajo la atenta mirada de Marc y Aiko, que cuchicheaban por lo bajo como dos adolescentes, y el resto de los invitados, dejó que Caleb la guiara al centro de la plataforma colocada para el baile. Estaba tan serio que parecía enfadado, pero el rubor le delataba. Solo era vergüenza, o miedo a hacerlo mal... o que seguía siendo adorablemente tímido.

—No tienes por qué hacer esto —comentó en voz baja, esperando que de un momento a otro estallara la música. Como si su gesto de estirar el cuello fuera el detonante, una canción que conocía llenó el silencio.

Love of my life, you've hurt me
You've broken my heart and now you leave me
Love of my life, can't you see?
Bring it back, bring it back
Don't take it away from me, because you don't know
What it means to me

Mio descolgó la mandíbula.

—¿Bromeas? ¿La canción de tus padres? —Se mordió el labio por la parte que no dolía—. ¿*Queen*?

—Podría ser peor. —Se encogió de hombros, como si no fuera para tanto—. Podría ser *Maldita Nerea*.

—No tenías por qué hacer esto —murmuró, abrazándolo por el cuello.

—Pensé que era la mejor manera de recordarlos con cariño. Quiero que su canción sea la mía, la que te dedico a ti. Y me pediste romanticismo, así que prepárate para oírme cantar.

—Cal... —Se atragantó con la emoción—. Sé que es difícil para ti, no es necesario.

—Contigo nada parece tan difícil, pecosa.

—Pues será para ti, porque yo no sé bailar. Vas a tener que limitarte a abrazarme.

—Lo dices como si fuera un problema para mí.

—Podría serlo —dijo ella, muy seria—, porque si me gustara demasiado, podría no volver a separarme de ti... Y tendrías que llevarme a todas partes.

Caleb sonrió. Las arruguitas que asomaban en las comisuras de sus ojos sellaron el acuerdo no-verbal que significaba «para siempre».

—Te llevaba conmigo a todas partes antes de esto, así que no te preocupes. No supondrá ninguna diferencia.

NovaCasaEditorial
novacasaeditorial
Nova Casa Editorial
NovaCasaEditors

NovaCasa Editorial

#novacasaeditorial #leyendoaNova